JAIME SAENZ

FELIPE DELGADO



Jaime Saenz nació en La Paz, en 1921. Sus obras publicadas abarcan un período de veinticinco años, que se inicia con *El escalpelo* (1955) y culmina con *Imágenes paceñas* (Editorial Difusión, 1979), y la novela *Felipe Delgado* que hoy presentamos. Actualmente, Jaime Saenz prepara varias obras en prosa –relatos, teatro, novela–, y se anuncia la próxima publicación de *Vidas y muertes*, narraciones.

Por varios años, Jaime Saenz colaboró en revistas y publicaciones nacionales y extranjeras, y sus trabajos fueron traducidos al alemán, italiano e inglés. Fundó y dirigió las revistas *Cornamusa* (1944), *Brújula* (1956) y *Vertical* (1965, 1972).

– Los Editores

Felipe Delgado *es una novela de la ciudad. La Paz como una ciudad que ha sido y ya no es; pero que, como* Felipe Delgado *mismo, "está aquí" de una manera mágica. La vida de Felipe Delgado es una extraña aventura espiritual que busca, a través de los caminos, una desaparición que sería también una verdadera presencia. "La música se aniquila por sí misma –escribe Delgado en sus Memorias– a través de una fracción de segundo y se realiza gracias a la duración fragmentaria de la existencia". Como esa música,* Felipe Delgado *es la historia de una aniquilación que sólo así inscribe su más propia sonoridad.*

Novela novelesca a momentos, Felipe Delgado *no es un experimento narrativo. En este sentido, su narración es más bien tradicional. Es, sobre todo, la narración de una experiencia del mundo. Un mundo regido por oscuras y secretas leyes, donde los hechos y las acciones cuentan menos que los sentidos en ellos escondidos. Hasta lo más insignificante es el principio (o el fin) de intrincados procesos. Quizá por ello, una oscura bodega, perdida en la noche de los aparapitas, la bodega de Corsino Ordóñez es el ámbito privilegiado para vivir y contemplar este mundo. En ella y desde ella, Felipe Delgado realiza su búsqueda, marcada por una frase de Colón, que Juan de la Cruz Oblitas –adivino y brujo, según unos; filósofo y médico, según él– rescata para Delgado: "Es necesario navegar, vivir no es necesario".*

(sigue en la 2da. solapa)

FELIPE DELGADO

Editores: Difusión Ltda.
Registro de propiedad
Nº. 313/79

Fotos de la carátula:
Javier Molina B.;
montaje de
E. Moiferquín.

Foto de la contracarátula:
Alfonso Barrero.

Impreso en Bolivia – Printed in Bolivia
Editores: Difusión Ltda.
Impresores: Talleres Gráficos C.E.U.B.

Jaime Saenz

FELIPE DELGADO

Difusión Ltda.

La Paz – 1980

—A la memoria de mi madre.

PARTE PRIMERA

CAPITULO PRIMERO

Llovía a torrentes.

Arrostrando el mal tiempo, con cierta indolencia, tal vez con cierta arrogancia, con lento andar avanzaba Felipe Delgado, lloviendo a torrentes —llegando a la esquina, en la calle Lanza, torciendo a la izquierda, en la calle Evaristo Valle, encaminando sus pasos cuesta arriba y subiendo, en dirección a Churubamba, descansando en la avenida América y prosiguiendo la marcha, ya acelerando ya retardando, con rumbo al convento de la Recoleta.

Allí se dirigía por encargo de su padre, quien se encontraba en el lecho de muerte en los actuales momentos, y se aferraba angustiosamente a la vida esperando los auxilios de fray Guzmán —que así se llamaba su confesor—, a quien Felipe Delgado debería buscar con mucha urgencia; pues su padre no quería morir sino como buen católico —esto es, libre de culpas. Tal el problema.

A ese paso, hallábase el caminante en Churubamba, a unas diez cuadras de su casa, y habiendo tardado más de lo debido —según estaba en su conciencia—, ello no obstante, todavía no pensaba llegar al punto de destino. Extrañamente, se resistía a tomar un auto, y, por alguna razón, en lugar de seguir la ruta directa, había escogido un camino tortuoso. Estaba empapado de pies a cabeza; abrigo no tenía, paraguas no usaba, y sombrero tampoco.

Ahora se detuvo. Se sentía indeciso. En este momento, le pareció haber olvidado algo que estaba pensando y que seguramente debía ser importante. De improviso experimentó una

sensación de malestar. El único viandante era él. Un poco sorprendido, dirigió una mirada en torno y no pudo encontrar un alma. A lo largo de la calle desierta corría impetuosamente un torrente de aguas turbias, y las aceras se inundaban. Poco a poco empezaba a cundir la oscuridad bajo una pesada sombra, con las nubes y con el velo de la lluvia. De un momento al otro había declinado el día, y eso que era verano. Le parecía raro. Ganó la puerta de una casa y se quedó mirando. Comenzaba a soplar con violencia un viento helado; bruscamente cesó de llover. De rato en rato, una húmeda negrura palpitaba con los resplandores del relámpago. En lo alto de la ciudad se iniciaba la noche. Sin embargo hacia los confines del sur, la atmósfera era diferente. El mundo era una luz. El espacio se difundía en la transparencia, más allá de las montañas, y con una dilatada ansiedad, el crepúsculo se transfiguraba por momentos. A lo lejos, parecía ofrecerse una extraña morada, en un trasfondo de quietud —para la contemplación y la muerte, pensó Delgado. Perdidos aires. Desvanecidas formas se confundían con los vapores, con las emanaciones de la niebla.

La calma no duró mucho. Comenzaba a gotear nuevamente, y se reanudaba la lluvia. Perplejo, Felipe Delgado vaciló un momento. A la vista de una chingana en la avenida América, cruzó la calzada. Quería hacer un descanso. La chingana estaba desierta; se metió en un rincón y pidió tres copas —de una vez por todas. Estaba rendido. Temblaba de frío, era mucha su pena. Con un pañuelo trató de secarse la cara y de pronto sintió temor. Algo pugnaba dentro de él, un sentimiento de culpa, la urgencia de mirar claramente las cosas. Tal la incongruencia de sus propios actos frente a la gravedad de las circunstancias. Con alarma y con recelo buscaba alguna explicación en su conducta inexplicable. Era difícil conciliar la realidad con ciertos hechos de por sí contradictorios. Bien lo sabía. Su padre estaba esperando; él debería darse prisa en buscar al confesor y socorrer a su padre. Su padre estaba esperando; no podría morir en paz si él se demoraba. El hecho era claro. Felipe Delgado lo comprendía; no quería admitirlo. "Las cosas son muy otras de lo que parecen", decíase en sus adentros; "no es miedo lo que tengo. La realidad pura y simple me disgusta". Y, tratando de encarar la cuestión, buscaba una salida: "No hago mal en tardarme", pensaba él. "En realidad, hago bien. Mi padre no morirá mientras espera. Quien espera no muere".

El hijo de Virgilio Delgado bebió —aún quedaba una copa. Escuchaba la lluvia, miraba las cosas. Volvió los ojos y se quedó absorto. En el trasluz, más allá de la puerta, una imagen cobraba forma, con el aire de lluvia que soplaba en la calle. "Un mundo olvidado, un mundo seductor", dijo para sí. "Nada puede hacerse; las cosas fluyen de lo profundo".

Con una sensación de temor, Felipe Delgado se reclinó sobre la mesa, ofreciendo la bienvenida a las evocaciones y buscando la manera de tranquilizarse, cuando acudió a su mente un recuerdo más bien lejano, y cuando se vio caminando junto a su padre, una mañana de noviembre, un día muy importante. El ya lo sabía; nadie podría ignorarlo, pues todo el mundo lo felicitaba. Era el octavo aniversario de su nacimiento; y con tal motivo, el cielo quiso revestirse de bruma. Acababan de salir de la iglesia. Felipe Delgado miraba a su padre. Con gran atención escuchaba sus palabras: "Fíjate", le dijo éste, "ya eres grande; amar a Dios es lo más importante. Ya lo sabes. Pero también debes amar al mundo; óyeme, como niño inteligente que eres: el mundo se halla en tu cuerpo, junto con tu propia alma. El alma del mundo eres tú. Si el mundo no tuviera alma, tú no existirías. A medida que pasen los años el mundo irá creciendo contigo, y cuanto más lo ames, serás tanto más grande y crecerás con el mundo. La vida es eterna. Si el mundo no muere, si el espíritu no fenece y el hombre no sucumbe, ello se debe al amor y a la lucha. El calor del sol está hecho de amor y de lucha. Palabras textuales de tu abuelo; palabras únicas, pan del espíritu. Si las guardas y te nutres con ellas, tu padre será feliz. Todo hombre bien nacido ha de conservar la tradición como el más preciado tesoro, no lo olvides; tu abuelo fue un gran patricio. Tenlo presente. Germán Adolfo Delgado era una lumbrera; amar y luchar, he ahí su divisa. Por algo era poeta y militar. ¡Y qué hombre radical! Había escrito cientos de poesías, y dramas y novelas por docenas: todas joyas literarias, en opinión de amigos cultos; estratega de la más alta escuela prusiana, campeón de tiro al blanco y osado jinete; chicos y grandes lo admiraban y lo respetaban; su talento y su fama habían llegado a la cumbre, y su estrella brillaba con fulgores difícilmente imaginables. ¿Y sabes lo que hizo? Un buen día dijo: "¡Basta!", y arrojó sus obras al fuego; renunció a las letras, a las armas, lo dejó todo: mujer, hijos, amigos y fortuna, y buscó la soledad para sufrir, para meditar, para morir, en fin, para

crecer con el mundo que amaba. Fíjate, qué grandeza de alma. Los grandes hombres no hablan por hablar; para ellos la palabra es acción. ¿Comprendes ahora el espíritu de ese patricio insigne que fue tu abuelo? Acostúmbrate a meditar, y presta atención a las siguientes palabras: juzga tú mismo. El alma del mundo es el hombre; el hombre amará al mundo, y cuanto más lo ame, será tanto más grande y crecerá con el mundo. Mías no son estas sublimes palabras, expresamente lo declaro; siendo niño las escuché de mi padre, y desde entonces las guardo en mi corazón. Toma nota". Ante semejantes palabras y el tono con que fueran dichas, Felipe se quedó mudo, sin saber qué hacer ni mucho menos tomar nota de nada. Y como esto le causaba gracia, y por otra parte debía aguantarse la risa, hizo un esfuerzo para sobreponerse, y al cabo saltó con una pregunta: "¿Y tú", dijo tímidamente, "también has crecido con el mundo?". El padre lo miró sorprendido: "¡Eso sí que yo no sé!", contestó con brevedad para luego exclamar, apurando el paso y tomando a su hijo de la mano: "¡Pregúntaselo al mundo!".

Virgilio Delgado había visto por conveniente hacer coincidir el cumpleaños de su hijo con la iniciación de éste en los misterios de la religión, y como la fecha coincidía asimismo con cierto festejo del colegio, Felipe Delgado no estuvo solo. Muchos niños hallábanse reunidos ante una mesa de inmensas proporciones, en una oscura sala del colegio para tomar chocolate después de la comunión, y todos ellos hablaban en voz baja ante las atentas miradas de los parientes y de los frailes. Felipe se sentía orgulloso de su padre, que, sin duda alguna, era muy alto. Pero sin embargo, ahora parecía un pobre enano en comparación con un fraile que, precisamente, acababa de aparecer en la sala y se había puesto a charlar con Virgilio Delgado. Y como la verdad siempre duele, Felipe se zampó de un solo golpe su taza de chocolate, y de pura rabia, se atoró. Con la consabida distribución de estampas y medallas conmemorativas concluyó el desayuno; chicos y grandes se lanzaron en tropel hacia la calle. Y cuando a todo esto Virgilio Delgado se dirigía a su hijo, interrumpiendo empero sus palabras en momentos en que éste vio aparecer misteriosamente entre sus manos una vela más grande que él, y cuando se quejaba a su padre y no sabía qué hacer con la vela, mientras la gente lo miraba en la calle, el padre se limitó a sonreír y le dijo: "Ya puedes imaginarte: el mundo está lleno de misterios. La gente es chistosa; la

gente es curiosa; no le hagas caso y más bien mira esa vela" —así diciendo, con un soplo hizo desaparecer la vela; y sin referirse para nada a un prodigio que para él era seguramente la cosa más natural del mundo, el padre le dijo: "Apúrate, vamos a comprar un lindo traje de pantalones largos como regalo de cumpleaños. Te lo dije y lo repito: ya eres grande. Escucha esto: a partir de hoy, tendrás un cuarto independiente, para ti solo. Al fin y al cabo el cuarto de tu tía Lía resulta demasiado chico para dos personas, y además fíjate, ya es hora de que aprendas a dormir solo. Acostúmbrate a la idea de que tu tía Lía no es inmortal y tu padre tampoco, sentimentalismos aparte. El día de tu primera comunión precisamente, la pobre tía Lía ha tenido que quedarse en cama. Nadie tiene la vida comprada. El que nosotros seamos longevos no quiere decir nada. Es bien sabido que los Delgado viven de ochenta a noventa años y los Pérez no menos, pero ahora apúrate". Felipe Delgado ya tenía referencias en lo tocante al regalo de su padre; su tía Lía se las había dado. Pero en cambio no sabía nada en lo tocante al cuarto. A decir verdad, éste había de parecerle demasiado hermoso, y si bien le daba pena que un cuarto fuese tan hermoso, le gustaba que la pena no le diese pena, por lo mismo que le daba pena la alegría; y le gustaba no poder explicarse el porqué de todo ello.

En el trayecto de retorno a casa, desviaron por una calle céntrica; el padre se detuvo ante una vitrina. El hijo miró al padre; éste miró al hijo; dio un soplo y, como por arte de magia, aparecieron ambos en el interior de la vitrina. Y conste que no era una tienda, era una vitrina. Bastaba el olor para darse cuenta. El olor a tienda era feo. Nada tenía que ver con este fantástico olor, a vitrina, que tenía olor a vitrina y que, de entre todos los olores habidos y por haber, era quizá el que más le gustaba a Felipe Delgado. Y para qué más, si precisamente fue él y no otro quien cayó desmayado con este fantástico olor en plena vitrina, cuando unos caballeros que charlaban repantigados sobre unos grandes sillones de cuero lo miraban con asombro en momentos en que volvía en sí, cuando el padre lo condujo de la mano ante una vitrina en miniatura —en la que atendían unos hombres en miniatura— para elegir el traje de pantalones largos, y cuando el hijo notó una cosa extraña: la luz de la calle no llegaba a la vitrina grande, y la luz de la vitrina grande, no llegaba a la vitrina en miniatura; cada

una tenía su propia luz, que en realidad no era luz sino una especie de oscuridad. De entre todos los trajes, el más bonito era uno, de color azul, que los hombres en miniatura envolvieron, y habiendo recibido el paquete, el padre se lo entregó al hijo; hizo una seña misteriosa, y luego aparecieron en la calle —saliendo a través de los cristales seguramente, puesto que una vitrina mal podía tener puertas.

Era necesario apurarse; en casa los esperaban. El padre miró su reloj. Al pasar por la calle Lanza, se puso pálido: el hijo lo notó. Aún no habían de agotarse las sorpresas por las cuales se singularizaba una jornada ya de por sí memorable. A pocos pasos de un par de estatuas de estuco de los Colorados de Bolivia que montaban guardia en la puerta de una casa, bruscamente el padre cruzó la calzada y se fue a la acera de enfrente. Una pequeña sospecha dio paso a una definida certeza: el hijo asociaba la imagen a ciertas alusiones que él recordaba haber escuchado. No era así nomás tener dos Colorados de Bolivia fabricados en estuco y nada menos, para montar guardia en una casa; la única persona en el mundo que podía darse ese lujo era un señor, muy famoso por sus grandes riquezas, cuya protegida era precisamente una huérfana, muy famosa por sus grandes encantos, a quien llamaban la Rompecatre; y todo el mundo sabía que la Rompecatre era íntima amiga del padre de Felipe Delgado. Con desasosiego, con cierto rubor que le quemaba las mejillas, el propio Felipe había oído muchas cosas. Por ejemplo, un señor de anteojos ahumados y de bigotes negros, vecino de la casa, había dicho lo siguiente: "Este don Virgilio no se duerme; es un demonio. Tiene sus cosas y prepara un gran golpe. Me han dicho que quiere fugar con la Rompecatre". Ante tales referencias, el hijo de Virgilio Delgado se ponía pensativo. Seguramente lo que decía ese señor era cierto; por algo la gente hablaría mal del padre de él, Felipe Delgado. De un caballero más mañudo que una cabra del monte, de un fulano de tal, que estaba locamente enamorado de una mengana de tal, llamada la Rompecatre.

El hijo sacaba sus propias conclusiones en circunstancias en que el padre no era dueño de pasar de una acera a la otra sin hacerse sospechoso, en una calle que por lo demás estaba infestada por una turbamulta de vendecositas y cachivacheros que —según el padre se lo había prevenido— eran una caterva de rateros, bellacos, viciosos y perdularios que reclamaban soberanía absoluta de la vía pública a título de comerciantes, aunque todo el mundo sabía que eran expertos en toda clase de artimañas, especialistas en el cuento del tío, jugadores y malentretenidos que dominaban el difícil arte de abrir candados y chapas con la sola ayuda de un alambre y que —según dictaminaba Virgilio Delgado— vivían martirizados por la duda y fascinados por la incertidumbre. Pues bastaba que cayese en sus manos una cosa para volverse automáticamente sospechosa, y cuanto más sospechosa, tanto más fascinadora, de tal manera, que estos seres, cautivos de un raro embrujo, abismados en un mundo truculento, se pasaban la vida contemplativamente medrando a la sombra de pocilgas y de toldos a lo largo de la calle, traficando con peregrinos y misteriosos objetos, y se enredaban en toda clase de operaciones a cuál más complicada con las gentes que por allí pululaban a toda hora del día y de la noche para mirar, para tocar, para hurgar, para tasar, para comprar, o para vender fierros y palos, botellas rotas, cadenas y ruedas, clavos retorcidos y cosas tales como el espaldar de una silla, un perro disecado, un busto hecho pedazos, los restos de una capa, barajas por montones, un biombo, una alegoría alusiva a los sufrimientos de los veteranos de la guerra del Pacífico, un zapato por acá y otro por allá, un San Santiago sin caballo y con las piernas abiertas, un maniquí, un lechón al horno y una corneta, una puerta, un irrigador, libros, revistas y un mundo de cosas.

Mientras iba caminando Felipe Delgado, cuando iba mirando los cachivaches de los cachivacheros, imaginando que las estatuas de estuco lo miraban, de pronto se tropezó y cayó al suelo con el hermoso paquete que contenía su traje —y, aunque el padre le dijo que estaba en las nubes, y esto era verdad hasta cierto punto, ello no obstante, el reflujo de una duda le había hecho tropezarse y le causaba sufrimiento. Pues Felipe Delgado pensaba que su padre tal vez no lo quería, o bien le ocultaba su cariño por alguna misteriosa razón. Cavilaba sobre el motivo por el que se mostraba siempre serio y siempre triste, sin hablar ni sonreír sino muy rara vez; y se tranquilizaba con el pensamiento de que el padre lo quería a su manera, que le profesaba un cariño misterioso a través de su mirar. Para convencerse le bastaba sentir cómo lo miraba, cuán hondamente, desde muy lejos y también desde aquí, en la profundidad del alma; todas las cosas del mundo se volvían visibles en los ojos

del padre. Era como sentir la impresión estremecedora del llanto. Con que no se le ocurriese mirarse detenidamente en el espejo, él estaría tranquilo; pues si lo hacía, perdería irremediablemente la hermosura de su mirar. ¡Y pensar que muchísimas personas con ojos hermosos no podían mirar como miraba el padre, que, en cambio, los tenía chiquitos y oscuros! Y qué hacer con los misterios del mirar y de las cosas que con el mirar se volvían misteriosas; qué hacer con los misterios del mirar como los ángeles y con unos ojos nada hermosos. Pues los misterios no podían explicarse, y tampoco lo podían la pena y el olvido. Por el mirar del padre se iluminaba el olvido; se dejaba notar una pena muy grande por los recuerdos perdidos. Tal vez el miedo de olvidarse de la muerte; tal vez el miedo de acordarse de ella. Pues todo el mundo se ponía triste pensando en la muerte. Y eso que la muerte era el olvido. La tía Lía se lo dijo. Ella le contó la historia de su madre: "La muerte es el olvido".

Y su madre estaba allá, en unos grandes retratos que colgaban en el salón; no estaba aquí. Su madre había muerto el día que él nació. "Ya ves", le dijo la tía Lía; "a todos nos dejó Ramona. Se olvidó de vivir y se murió". "¿Para siempre?", preguntó el sobrino. "Para siempre", dijo la tía Lía: "La muerte es el olvido". Y luego, suspirando y extendiendo el brazo, señaló un retrato, cerca del espejo: era muy hermoso. "¿Has visto unos ojos tan hermosos?", le dijo: "Anda, mírate en el espejo; son tus ojos". Felipe Delgado fue y se miró en el espejo: "No son mis ojos", pensó. Y luego, dirigiéndose a la tía Lía, dijo: "Son mis ojos". El que no lo fuesen le importaba poco; pero le daba rabia no poder mirar sus propios ojos como los miraban los demás, pues él no era quien se miraba en el espejo, sino que el espejo lo miraba a él, de la misma manera que no era su madre sino el retrato quien lo miraba. "¿Has visto?", reiteró la tía Lía. "Son tus ojos. En el cielo, tu madre nos mira con sus ojos". "¿Y no podrá mirarnos en la tierra?", preguntó él. La tía Lía pensó un momento. "No", dijo. "Dios se la recogió el día que naciste; El permitió que nacieras, en Su infinita bondad, y El la guarda en el cielo; Ramona mira por nosotros en el cielo". Así habló la tía Lía. Y entonces le contó un cuento del Perico Sarmiento. Sin embargo, el cuento del Perico Sarmiento no daba respuesta a ciertas preguntas que él se formulaba. Pues seguramente, de no haber nacido él, su madre no se habría olvi-

dado de vivir; y si esto era así, quien tenía la culpa de un olvido tan tremendo no era otro que él; ante cuyo razonamiento la tía Lía movió la cabeza y dijo: "Tú no te metas; Dios sabe lo que hace". Y viendo que el sobrino lloraba, lo hizo sentar a su lado y le dijo: "Cálmate, niño de Dios. No debes llorar. Y nunca llores en presencia de tu padre; tu padre es propenso al llanto. No le gusta llorar. Y ten cuidado cuando llueve; tu madre llora con la lluvia, cuando llueve". Felipe Delgado miraba a su tía Lía; y ahora pensaba en el imán. Un imán grande y pesado, con rayas rojas y blancas sobre la negra superficie. Un gran imán que ella guardaba en la cómoda —si en este momento se lo pedía, ella se lo daría para siempre. Sin embargo no se lo pidió. Temía que encendiera la luz para traerlo; era mejor no pensar en el imán y estarse así —al caer la tarde, al caer la noche, en medio de las sombras. El perfil de la tía Lía, recortándose sobre un cuadrado en el cielo, en el hueco de la puerta, negro como la noche; el cielo, casi azul, casi negro. Una estrella, dos estrellas. Cuatro, cinco, seis estrellas; una por una, y después todas juntas, comenzaban a brillar en lo oscuro, en el cielo, en lo alto. Estaban muy lejos. Y sus habitantes eran inmortales. Aquel que los viese entre sueños dejaría de llorar por siempre jamás... Felipe Delgado no quería moverse; poco a poco el salón se oscurecía, densas eran las sombras: en sus manos, en las formas y en las cosas, percibía un resplandor, en los espacios y en las sombras. No quería moverse. Era peligroso; si se movía, se encendería la luz. Si se encendía la luz, se apagaría este resplandor. El resplandor con que miraba el padre; el mismo que ocultaba la madre —el resplandor con que ella miraba desde el retrato. Por eso Felipe quiso repetir esta reflexión: si se encendía la luz, se apagaría este resplandor. Pues si se apagaba este resplandor, se apagarían las estrellas. Y con las estrellas se apagaría la noche, y con la noche, se apagaría la vida. La noche y la vida, que miraban con este resplandor. Un terrible misterio. Era seguramente muy peligroso. . .

Aquí las evocaciones se vieron interrumpidas.

Alguien había irrumpido con gran estrépito en la chingana; algo había pasado. Una pestilencia atroz cundía en el ámbito. Felipe Delgado bebió el resto que aún quedaba en una copa. No tenía más remedio que irse, salir volando; pagó a toda prisa. Se sentía dominado por el pánico. En la puerta se topó con alguien que obstaculizaba el paso. Un viejo, de elevada es-

tatura, harapiento, con un extraño aire de prosperidad y despreocupación, silbando entre dientes cuando lo vio acercarse, tan sólo se movió de la puerta para dirigirle una mirada inquisitiva. Felipe Delgado se estremeció de asco a tiempo de pasar junto al viejo. Era la pestilencia personificada. Con una sensación inexplicable, de huída y de persecución a la vez, volviendo aprensivamente la cabeza, en pocos minutos llegó al convento y se metió en el zaguán. Su temor no era gratuito: la imagen del viejo se le apareció en este momento. Es más: no se trataba de una imagen, sino que, muy al contrario de lo que él quería suponer, estaba presente un ser humano, de carne y hueso. Felipe Delgado no podía moverse. Se sentía inerme. Se quedó parado junto a la pared en tanto que el viejo, supuesto que tenía plena libertad para obrar como mejor le pareciera, con el ostensible propósito de hacerse notar, se plantó en el hueco de la puerta y, mientras se ponía a orinar, inclinándose con toda afectación y escudriñando el sitio, miró descaradamente a Delgado, como si éste no existiera, y luego, ignorando todo escrúpulo, transpuso el umbral y tranquilamente se puso a ensuciar, en pleno zaguán, quedándose extasiado con la gran cantidad que había ensuciado, limpiándose aparatosamente con los dedos mientras se limpiaba los dedos ensuciando la pared, y con fingida sorpresa, a tiempo de subirse los pantalones, profirió una exclamación, como si tan sólo ahora se hubiese dado cuenta de que no estaba solo, y moviendo la cabeza, con un gesto de repugnancia ante aquel a quien miraba, llevó una mano a la nariz, y la otra, a la vieja gorra de soldado que tenía puesta, saludando burlonamente y con una familiaridad ofensiva, y por fin desapareció. Mientras tanto hacíase difícil respirar en el zaguán. Felipe Delgado se avergonzaba consigo mismo. Tan grande humillación le parecía inconcebible. Se acercó a la puerta y sacó la cabeza. No había nadie. La lluvia y tan sólo la lluvia. Ya se disponía a volver sobre sus pasos para cumplir de una vez la misión encomendada por el padre, cuando a esto reapareció el viejo. Había surgido de pronto, fantasmagóricamente, deslizándose a lo largo de la acera, pasando como una exhalación junto a la puerta y derribando a Delgado con un certero golpe. Delgado se incorporó en seguida; no obstante la violencia del impacto, estaba ileso. Y para gran extrañeza de su parte, no se sentía sorprendido con el suceso, sino en la medida en que tan sólo le parecía natural que hubiese ocurrido.

Con un sentimiento de abandono y de miseria, se encaminó trabajosamente hacia el fondo del zaguán y notó que estaba temblando. Ya era casi de noche. Con apremio, jaló repetidas veces el alambre de la campana en el portón. No tardó en abrirse el mirador. El portero, que escuchó la petición, hizo entrar al suplicante en un recinto, pequeño, oscuro y frío. Allí se quedó esperando Felipe Delgado.

En el espacioso patio circundado por anchas galerías, la lluvia resonaba sobre los árboles. Quizá no cesaría de llover en toda la noche. Delgado contemplaba el vacío, más allá de la puerta. Una rara sensación de inmovilidad hacía presa de él —una sensación totalmente nueva para él. "Qué extraño", pensó. "Qué extraño que nada valga tanto como nada, ahora, en esta oscuridad y en este patio, en el abierto limbo de un círculo en que tiene su causa este anhelo de quedarse toda la vida pensando en la línea que imagina la lluvia, y que no alcanza a cerrarse en un círculo. Qué extraño el contacto. El contacto se opone al movimiento, y al mismo tiempo origina la distancia. Qué extraña la distancia. Es inseparable de la lluvia que cae, y sin embargo, se opone al contado, y se esconde como una irrealidad aquí, en este demonio, en esta madera, en esta silla que ahora me sirve de asiento, y que únicamente existió el preciso momento en que yo la miraba. Este convento es de piedra y madera; es de carne y hueso. Piedra es el hueso, y la madera carne. El contacto de la carne y el hueso es el contacto de la piedra y la madera. Una distancia que se sitúa en el frío vital, el clima en que prospera la muerte. Este recinto, este patio, son de carne y hueso; la espera está aquí, y la distancia se cubre de bruma y se vuelve esperanza. Distancia es comunión, y yo espero. Espero en esta distancia. La piedra y la madera pertenecen a ella, a la distancia; y se reunen aquí, como la carne y el hueso, que se reunen en mi. Yo soy, pues, obra de la distancia; vivo en espera del tiempo, en espera del principio y del fin... Incesantemente, calladamente, vibra y se nutre el hueso en las tinieblas, al contacto de la carne que devora, para enclavarse triunfante en la pulpa del mundo. Nada, nada hay; ningún pavor comparable al pavor que me infunde el designio del hueso, que espera y espera. En los campos, en las ciudades, en todos los horizontes; que espera y espera, con el solo y gratuito propósito de recibir, desnudamente, al embate de la lluvia, la doble embestida del contacto y la distancia. El tiem-

po discurre en la espera y también se detiene en ella; el tiempo es la vida, y allá, en el seno del tiempo, ocurre el vivir. Muy grande es, y muy grave, la desproporción del vivir y la vida; por eso se llama esperanza. Sin embargo es posible volverse vida; sacudirse este hechizo del vivir, sacarse el cuerpo. Tal la esperanza sin esperanza" —Felipe Delgado se estremeció al refulgir el relámpago en este momento.

Por el estampido del trueno se verían estimuladas sus ansias de adentrarse en el recuerdo; Delgado vislumbraba nuevamente la evocación de un pretérito muy distante.

CAPITULO II

Era una visita.

El nieto encontraba el mayor encanto en salir de paseo con su abuela Filomena; por lo general tomaban el tranvía, iban unas veces al Montículo y otras a San Jorge, y comían fruta y también maní. Cada cual por su lado encontraba solaz, el nieto recogiendo piedras o cazando insectos, y la abuela, vigilando las travesuras de aquél —y así pasaban ellos, tardes enteras y felices horas.

Mas esta vez, las cosas habían de suceder de otro modo.

Pues habiendo recorrido escasamente unas dos cuadras y faltando mucho todavía para llegar a la parada del tranvía, la abuela se detuvo bruscamente, de bajada en la calle Santa Cruz; el nieto la miró, quizá con descontento; ella lo miró, quizá muy enojada, y le dio un buen pellizco; lo agarró con fuerza de la mano, musitando palabras misteriosas, y lo arrastró hacia una casa; y subiendo por un graderío de ladrillo, entraron sin llamar en un enfarolado, y se metieron en un hermosísimo salón, con dos balcones abiertos a la calle.

La abuela, muy segura de sí misma, echó un rápido vistazo; y luego, después de abrirse paso con el nieto a cuestas por un laberinto de muebles rojos y dorados, escogió un espléndido sofá para sentarse. Alegres y suaves rayos de sol inundaban el

salón; era completa la calma, no había un alma; callada y tranquila junto a su nieto, la abuela exhaló un profundo suspiro, por toda respuesta a las miradas de inquietud que aquél le dirigía; y de repente se puso frenética, y con unos gestos y con unos ayes que causaban susto, contrajo la boca y extendió los brazos y se quedó extática, con la mirada fija en algún punto del ámbito enorme que se ofrecía a sus ojos, cuando de pronto crujieron los muebles y comenzó a temblar la casa desde sus cimientos, al mismo tiempo que resonaba un estampido tremendo, haciéndose presente un extraño personaje surgido de entre los torbellinos de una bola de fuego que en aquel preciso instante se disipó —y tal el demonio entrando en acción, para infinito asombro del pequeño Felipe Delgado. Pues él recordaba haber visto aquella imagen, quizá en las páginas de un libro —entre sueños tal vez, no estaba seguro.

El todopoderoso personaje había ejecutado un salto mortal, de extremo a extremo del salón, y muy ufano de su agilidad, todo currutaco y jacarandoso, ahora se situaba a tres pasos del sofá, con aire seductor, saludando con gracia inimitable, un brazo en alto, y el otro, apoyado sobre el pecho, las manos inconcebiblemente bellas, con unos ojos resplandecientes de júbilo que fascinaban al niño.

En tales circunstancias, empero, el visitante hubo de sufrir un gran desencanto respecto a la vestimenta del personaje. Pues vista de cerca, evidentemente, esta vestimenta era ridícula por completo; no correspondía en absoluto a un personaje de tan alta reputación. Daba pena esta levita, mal hecha, con adornos y colgandijos en las solapas y en las mangas; la enorme corbata de rosón, que parecía todo, menos una corbata; el cuello de la camisa, arrugado y tan alto que, por poco, no llegaba hasta las orejas; la medalla de lata, una especie de estrella, prendida sobre el pecho como gran cosa; los pantalones, con unas tiras de todo color en ambos costados, nada dignos del demonio, pero sí de un payaso; he aquí que, con semejantes trapos en el cuerpo, y al parecer sin darse cuenta, hacía un gran papelón el demonio, y seguramente ya nadie le temería. Pues en realidad, era un disfraz que causaba tristeza, y esta tristeza resonaba con no sé qué ruido en la cabeza. Parecía un disfraz de papel a punto de quemarse. Una cuestión sumamente rara. Y la persona toda, que más parecía cosa que persona, estaba cubierta por una espesa capa de polvo; se diría un señor que, habiendo esperado

muchos años en algún oscuro rincón a los visitantes, hubiese salido en este preciso instante para recibirlos.

Aunque Felipe Delgado habíase puesto a temblar y estaba muerto de miedo, ello no obstante, descubrió con asombro que dicha sensación le gustaba, ahora que la abuela pasaba al olvido y él contemplaba al demonio, el cual permanecía de pie, en el mismo lugar y como petrificado. Pues propiamente él no se movía en absoluto, sin duda complacido con el desconcierto que causaba, mueve que te mueve la cola.

Mueve que te mueve la cola y nada de bromas; con huesos y todo, deslizándose por el espinazo como una serpiente. Indudablemente humana, sumamente elástica, extraordinariamente reluciente, parecía de goma. Una cola hecha a medida, ni larga ni corta, ni fea ni bonita, no sería tal si realmente no lo fuera, por más que fuese verdadera; una cola ni buena ni mala, con tal que terminara en forma de trompo y sanseacabó. Forma de trompo que algún peluquero de los infiernos seguramente cuidaba del peluquero. Trompo de los infiernos la cola del peluquero, que seguramente cuidaba los trompos en los infiernos del peluquero. El trompo cuidaba del peluquero que descuidaba. Pues evidentemente, el peluquero había de ser muy urbano, a juzgar por el corte del mechón.

Mas no así el sastre, si lo hubo. Pues faltando un buen ojal para la cola, fatalmente había de rasgarse el pantalón, mientras el demonio, muy campante, exhibía la feísima rotura, mueve que te mueve la cola.

Encogida en el sofá, la abuela estaba triste, un poco llorosa. El niño la vio temblar ante la alta figura del personaje, que, en este momento, saltó con la rapidez del relámpago hasta el centro del salón, y con voz que retumbaba como el trueno, gritó: "¡Génesis Némesis! ¡Sartalasarta!", profiriendo exclamaciones que nadie entendía. Y era de ver cómo le bailaban los ojos cuando gesticulaba dando grandes zancadas y la cara que ponía, cuando mostraba unos dientes largos y afilados en una boca de la que salía humo, cuando tan sólo ahora se revelaba este rostro seco y alargado, con negrísima y puntiaguda barba, con unos cuernos ni feos ni bonitos, pero cuernos al fin, como los del chivo, con una nariz terrible y ganchuda, llena de pelos en las fosas, con unos ojos misteriosos en que el júbilo ardía y con una piel de color plomo, la cual precisamente era de plomo —¡y cómo no mirar con temor estas facciones petrificadas, en las cuales tan sólo la boca y los ojos se movían!

Daba mucho en qué pensar el demonio; pues según estaba visto, había de ser extremadamente descuidado. Ahí estaba el pantalón, dejando al descubierto unos trapos, las puntas de la camisa y del calzoncillo, en el nacimiento de la cola. Humanamente hablando, bien podía ser muy solo el demonio, precisamente por ser quien era. Y por idéntica razón, no tendría dónde caerse muerto, ni tampoco tendría con quién casarse, y eso era lo malo. Si hasta sus calcetines estaban agujereados en los talones. Y sin embargo era un personaje omnipotente. Estas miserias humanas como tales le importaban un comino seguramente, y se gozaba con ellas y se mofaba de ellas, y hasta podía castigar a la pobre abuela por lo mismo que ésta lo miraba con pena —y todo esto, naturalmente, daba pena, no solamente por la abuela, sino también por el demonio.

Este no cesaba de gesticular en medio de sus idas y venidas a lo largo del salón, volviendo la cabeza y mirando de soslayo. Y se diría peligrosamente disgustado a juzgar por los movimientos de la cola, que, en este momento, enroscaba y desenroscaba sin descanso, haciendo temer que se le fuese la mano —por así decirlo— y diese un coletazo el rato menos pensado. Pero ahora había comenzado a divagar y pronunciaba un discurso, en tales términos que, así nomás, nadie habría podido entender. El orador se detenía en seco y se ponía furioso; se doblaba en dos para golpear el piso con los puños levantando una nube de polvo; y luego asumía un gesto de ofendida dignidad y se golpeaba el pecho, con tal violencia, que se ponía a toser y se atoraba, y se ponía tanto más furioso en cuanto sus oyentes se atrevían a mirarlo. Pues él, el demonio, se hallaba en una situación sumamente comprometida; no siempre era posible satisfacer las exigencias que se le planteaban; la gente se empeñaba en atormentarlo sin comprender que también para él existía el imposible —hizo un gesto significativo para señalar al nieto y miró furtivamente a la abuela, quien escuchaba con intensa angustia las palabras del personaje—: ¿Y cuál la razón para que los seres humanos fuesen tan incomprensivos y exigentes? —se preguntaba él. Pues los seres humanos eran incapaces de comprender que las condiciones de vida que él, el demonio, había de afrontar, en particular, eran más duras de lo que generalmente podía suponerse; y resultaba difícil imaginar los sufri-

mientos que él soportaba, y los trabajos que lo atingían a diario, tan ingentes, que no habrían dado reposo a millones y millones de hombres por toda una eternidad. A él, ciertamente, nada le costaba hacer milagros; pero sin embargo, sus principios se lo impedían. El único y solo milagro era la acción. Ello no obstante, él era enemigo de hacer sufrir a la gente, y por eso mismo, quería abordar sin más dilación cierto asunto de marras... ¡Pues cómo no condolerse ante aquellas lágrimas que, en estos instantes, él veía brotar en los ojos de una anciana desvalida! Ahora bien; he aquí una mala noticia; el asunto no tenía remedio. El, con todo su poder, no podía hacer absolutamente nada, lo que se llama nada, ante lo irremediable. Y para que conste, él tenía en su conciencia haber procedido con ejemplar abnegación en todo momento. Por lo demás, era bien sabido que él se desvivía por la gente, hacía lo posible y también lo imposible por contentar a la gente, y sin embargo estaba reventado. La ingratitud era el único pago. Pero no escarmentaba. Pues no obstante de haberse jugado el todo por el todo en aras de la especie humana, la especie humana lo dejaba solo y lo tildaba de farsante. Así era la vida; él no esperaba otra cosa. Y maldito si se preocupaba por ello arrostrando como arrostraba la malignidad del mundo. Maldito si necesitaba nada de la especie humana que lo difamaba y que, sin embargo, lo importunaba con sus desdichados problemas y le pedía favores y más favores...

En este tenor se expresaba el personaje. Y se paseaba nerviosamente de aquí para allá, retorciéndose en extrañas contorsiones y adoptando un tono quejumbroso. De pronto se detuvo y, habiendo dejado escapar un sollozo desgarrador, sacó a relucir un frasco de cristal y lo destapó a toda prisa, para recoger dos lágrimas muy brillantes y hermosas que, en este preciso momento, rodando velozmente por sus mejillas, cayeron sobre el cristal, resonando como pequeñas campanas en manos de quien las vertía con patetismo verdaderamente infernal —y tal ocurrió con dos lágrimas como aquellas, que no eran sino de mercurio. El dueño del frasco hizo un gesto. Contemplativamente miraba sus manos, y se sacudió con gran violencia; arrojando una densa humareda por la boca, con los ojos saltándosele de las órbitas, dio manotazos y barbotó palabras que nadie entendía. Y en este momento gritó: "¡Sartalasarta! ¡Portalacarta!". Y cuando se puso junto al balcón, cuando cogió la punta de un cortinaje para

sonarse ruidosamente la nariz, echando un vistazo a la calle, profirió un espantoso alarido, al haberse vuelto momentáneamente invisible por efecto de los rayos del sol. Pidió disculpas y se palpó el cuerpo, y como quien se convence de su materialidad, abrió la boca y sacó la lengua el muy astuto, deteniéndose frente a un imponente espejo que colgaba en la pared para mirar a la abuela, como quien se mira la cara, y al mismo tiempo que le dirigía una traviesa mirada, le envió un beso con la punta de los dedos. La abuela se puso colorada y bajó los ojos; pues evidentemente, el demonio se había vuelto loco.

Este dio media vuelta y se acercó lentamente, asumiendo cierta actitud con el ostensible propósito de mostrarse apenado, moviendo compasivamente la cola de un lado al otro, y la cabeza en dirección opuesta. Luego cruzó los brazos sobre el pecho y entrecerró los ojos, como herido por inmensa conmiseración, y se quedó absorto durante largo rato, hasta que de pronto saltó con la rapidez del rayo hacia un alejado rincón y, habiendo pronunciado un conjuro, se envolvió en una oscura llamarada desapareciendo sin dejar rastro.

La abuela se levantó en el acto; sus ojos arrojaban llamas. No había poder humano que la detuviese. Alzando los brazos al cielo se prosternó de hinojos y empezó a maldecir, y cuando fue corriendo al balcón y se puso a gritar arrancando un cortinaje, lo hizo tiras, de una vez por todas. Y tan resentida estaría, que de pura rabia se embolsilló un cenicero. Y luego descargó su furia sobre unos hermosos retratos que colgaban en las paredes —bien sabe Dios de qué señoras y caballeros, tal vez parientes del demonio: la abuela los arrojó al suelo y los pisoteó sin asco — de tal modo se zanjaba la cuestión.

La abuela tomó al nieto de la mano y puso fin a la visita, murmurando: "A lo hecho, pecho". Y luego añadió, con extraña vehemencia: "¡Todo pasa, todo desaparece!" —y no habló nunca más del asunto.

Ahora bien; ¿a qué ir a robarle un cenicero al demonio y nada menos, cuando en casa había ceniceros por montones? ¿Acaso la abuela no le temía al demonio para ir a faltarle al respeto en su propia casa, rasgando cortinajes y rompiendo y pisoteando retratos a diestra y siniestra? ¿Tendría la pobre abuela problemas tan tremendos para verse obligada a recurrir al demonio y pedirle favores que sobrepasaban su inmenso poder?

¿Y el demonio, tenía acaso alguna obligación de hacerle favores, para que ella se pusiese furiosa con una negativa? Era un poco difícil dar respuesta a semejantes preguntas; así lo reconoció el afligido nieto. Sin duda alguna, se trataba de algo muy grave; y seguramente se trataba de él, Felipe Delgado. La abuela no perdía así nomás los estribos. La cuestión daba miedo; él no lo negaba. Y no podía decir ni preguntar nada a nadie. Lo único que le quedaba era atenerse a lo que sabía y conformarse con la duda. ¡Quién sabe si aquel personaje sería realmente el demonio! Nada raro que no lo fuese, sino algún señor de esos, o tal vez un brujo o mago, que no le gustaba hacerse negar y que, empero, se disfrazaba de diablo para ahuyentar a las visitas indeseables.

En cuanto al cenicero, la historia era muy triste. El cenicero había desaparecido misteriosamente, hacía mucho tiempo. Y sin embargo un día de esos, Felipe lo encontró botado en un cajón que servía para guardar el martillo y los clavos. ¿Quién podría explicar un misterio tan grande? El cenicero, de metal amarillo y forma ovalada, con unas inscripciones y un grabado que representaba a dos señores de barba y anteojos dándose la mano —pues Felipe recordaba muy bien el detalle—, este cenicero, demasiado común para haber pertenecido al demonio, a los pocos días de que hubo reaparecido, volvió a desaparecer, tan misteriosamente como la primera vez, pero ahora para siempre. Coincidiendo con semejante misterio, la abuela Filomena ya no volvió a salir y se quedó encerrada en su cuarto. Al cabo de poco tiempo, el nieto llegaría a saber que la abuela había muerto. Una vez apareció fugitivamente en el corredor y todos se ocultaron al verla; estaba desgreñada y gritaba, y tenía un espantoso emplasto en el ojo. La tía Lía había traído a la casa a una señora, muy viejita y muy chiquitita; tan chiquitita, que apenas si le llegaría al hombro a Felipe, y conste que él, Felipe, le llegaba al codo a la tía Lía. Su gran amigo Uaca —Jesuso Uaca, el hijo de Toribia, la cocinera—, le contó muchas y muy graves novedades. La viejita era bruja; esta bruja entraba todas las noches al cuarto de la abuela, y llevaba una canasta; y en esta canasta había: un gallo negro, una víbora, un mono, y una talega de lagartijas; y con estos animales, la bruja fabricaba un remedio para la abuela. La abuela se había vuelto loca, y estaba a punto de morir; todas las santas noches había ruidos y

gritos en la casa. Uaca había visto con sus propios ojos unos bultos misteriosos; unos diablos con guantes de box, que sacaban la lengua en el patio y en la cocina; unas calaveras, que escupían, cantaban y fumaban en el corredor.

Uaca y Felipe habían decidido espiar por las rendijas en el cuarto de la abuela y ver lo que pasaba, precisamente por habérseles prohibido terminantemente acercarse allí; de tal manera, que una noche de esas ultimaron los planes para hacer una incursión secreta. Y reunidos en la cocina, sentados cerca del fogón, comiendo unos bollos de chocolate robados en la alacena, un cuaderno que sostenían entre las manos les servía de pantalla cuando la tía Lía entraba en la cocina, y Felipe se ponía a deletrear en voz muy alta mientras que Uaca se rascaba la cabeza como quien no comprendía, pues ya sabían ellos que todo el mundo había de salir aquella noche, y sólo esperaban que la madre de Uaca se quedase dormida para ponerse en campaña y ejecutar el plan. Y así fue en efecto: llegado el momento, tragando saliva y revistiéndose de coraje, armados con una pistola de agua, salieron de la cocina. Uaca abría la marcha. Este dio cuatro pasos al frente y luego se tendió. Felipe siguió el ejemplo, y ambos comenzaron el avance, moviéndose poco a poco, arrastrándose en plena oscuridad, y doblaron a la derecha, y luego a la izquierda. Al mucho rato, habiendo avistado el sector prohibido, se infiltraron por último y con todo éxito en los lejanos confines del corredor. Allí se hallaba el cuarto de la abuela Filomena. Hicieron un alto. Uaca se incorporó, reconoció el terreno, echó una escudriñadora mirada sobre las tinieblas del patio, y volvió a tenderse. Ahora los atrevidos espías, envueltos por el silencio, avanzaban con infinita cautela, milímetro a milímetro, aguantándose la respiración, cuando de repente se escuchó un formidable estruendo y tembló la casa: un alarido rasgó los aires y, en este momento, al resplandecer en el fondo del corredor un siniestro fogonazo, en medio de unos lamentos de ultratumba, apareció la abuela Filomena por un vidrio roto, y con cara horrenda, sin dientes y con la cabeza pelada, alargó unas manos como garras para aprisionar a Felipe, que, habiéndose incorporado, dio alcance a Uaca cuando éste corría despavorido en dirección a la cocina, adonde llegaron con el corazón en la boca. Toribia dormía; pero no obstante, en este momento despertó, y de buenas a primeras em-

prendió a golpes con el pobre Uaca, el cual sin embargo, no solamente no se chupó la paliza sin decir ay, sino que, a los pocos momentos ya estaba aguantándose la risa y fingía llorar, mientras se frotaba la cabeza con las dos manos.

Como resultado neto de la incursión, aquella misma noche, Uaca y Felipe juraron no aventurarse nunca más en los tenebrosos dominios de la abuela Filomena, y se conformaron con las habituales reuniones en la cocina. Felipe deletreando el silabario junto con Uaca, y Uaca, rascándose la cabeza mientras el olor del fuego se mezclaba con el olor de la taquia, el cual se confundía con la rapada cabeza de Uaca, la cual se convertía en un animal con miles de patas en cuanto la tocaba Felipe.

Ahora bien. Uaca tenía madre y no tenía padre, y Felipe tenía padre y no tenía madre; así era la vida. Pero, de todas maneras, en opinión de Felipe, el pobre Uaca llevaba la peor parte. Pues no obstante que tenía madre, sin embargo no tenía ropa; y además de eso, dormía en el suelo pelado y todos lo pegaban, porque seguramente no tenía padre. En cuanto al padre de Uaca, Felipe estaba convencido de que no se llamaba Uaca, sino Vaca. Pues una noche que estaba estudiando con Uaca, le fue dado notar que a Uaca no le era posible pronunciar la V como tal sino como U, precisamente en circunstancias en que deletreaba una palabra en la que —precisamente— figuraba la V de vaca junto al dibujo de una vaca. Pero había algo más en cuanto al verdadero nombre de Uaca: Felipe estaba seguro de que era Jesús, y no Jesuso; pero se llamaba Jesuso, simplemente por la sencilla razón de que su madre le aumentaba una O. Y sin embargo, en abierta contradicción con los razonamientos de Felipe, su amigo figuraba oficialmente en los cuadernos escolares con el nombre de Jesuso Uaca. Pues Jesuso Uaca asistía a la escuela nocturna de la Tercera Orden de San Francisco por expresa determinación de Virgilio Delgado. Y asistía con toda puntualidad, de siete a ocho, con un guardapolvo de tocuyo y una caja de lata en la que guardaba los cuadernos, el silabario y la pizarra, y con dos lápices bien tajados, uno corriente y otro de tinta, y la goma de borrar, bien sujetos en el bolsillo del guardapolvo con un cordel que servía asimismo para hacer bailar el trompo —pues Uaca tenía un trompo.

Felipe, en cambio, no asistía a la escuela. Felipe tenía un profesor particular, llamado Frederic de Vilalba. ¡Y qué aburridas las clases de este Vilalba! La tía Lía le enseñaba muchas cosas, en dos hermosos libros; *Instruír deleitando* se titulaba uno, y el otro, *Las aventuras del Rey Midas*. Y estos libros tenían hermosos dibujos, con ranas, con hadas, con gigantes, con quimeras. Por lo tanto, el profesor de Vilalba estaba demás, en opinión del alumno. Pero desgraciadamente, como el padre no compartía dicha opinión y la tía Lía tampoco, el señor de Vilalba se presentaba todos los días, a las nueve de la mañana, menos los domingos. Rubicundo, agestado y sudoroso, hecho el gran personaje, mirando hacia la lejanía, con un bigotito que daba risa y un maletín que daba rabia, trasminado de un perfume que hacía doler la cabeza, no bien entraba al salón se ponía a echar pestes contra los indios, y terminaba exclamando: "¡Santo Cielo! ¿Qué se hará con estos indios? ¡Ah indios, ah indios!". Y sólo entonces daba comienzo a la lección. ¿Y qué enseñaba el profesor de Vilalba? ¡Pues enseñaba francés! Y Felipe odiaba el francés. Y porque odiaba a de Vilalba, odiaba la aritmética, la botánica, y todo cuanto de Vilalba pretendía enseñar. "¡Yo soy el señor de Vilalba; no soy el señor Vilalba a secas!", se enojaba el profesor cuando le decían señor Vilalba a secas. Y ni qué decir cuando Uaca se dirigía al profesor y pronunciaba su nombre, que resultaba siendo Uilalba. De Vilalba se las había agarrado con Uaca; y lo expulsaba del salón, declarando que no concebía un indio hablando francés, y mal podía cometer el sacrilegio de enseñar tan aristocrático idioma a un indio, por más que le pagasen en oro.

Al cabo de algún tiempo, empero, Felipe y Uaca tuvieron una gran alegría. La política del profesor de Vilalba cambió bruscamente. Este declaró que no había nada de malo en que Uaca entrase a escuchar las lecciones, siempre que se quedase callado. ¿Y este cambio del afrancesado y asustado profesor de Vilalba, a qué se debería, sino a que éste sabía que Virgilio Delgado pensaba sacarlo de la casa? —al menos, Felipe Delgado estaba seguro de ello.

Pues si todo pasa, si todo desaparece, si aun la vida misma pasa y desaparece, ¿cómo así no había de pasar y desaparecer el profesor Frederic de Vilalba? Dicho y hecho: hacia fines de año, coincidiendo con la clausura del año escolar, pasó y desapareció y se perdió de vista el antipático señor.

Y coincidiendo con ello, poco antes de la Navidad, Felipe tuvo un sueño con la abuela Filomena. Al despertar echaba de menos a la buena viejita, que lo llevaba a pasear; echaba de menos a la traviesa viejita, que tuvo la osadía de interceder por él cerca del demonio y nada menos, y la temeridad de robarle un cenicero y destrozar su hermoso salón, a riesgo de enemistarse mortalmente con el omnipotente y temible personaje; la pobre viejita, que se volvió loca; la pobre abuela, a quien quería tanto; con sus flores y sus estampas, con sus cruces, con sus medallas; seguramente ella y nadie más que ella había muerto. Felipe lo sabía.

El sueño se lo había revelado.

La abuela Filomena vivía en un lugar muy solitario; vivía en un ojo. En un gran ojo, que traspasaba el alma. Felipe buscaba un cuaderno; el cuaderno estaba en la mesa de su cuarto, y su cuarto navegaba en el mar. En el mar no había agua. En el mar habitaba un gran gentío. Para llegar a su cuarto, Felipe debía embarcarse en un tranvía. El tranvía no podía moverse sino por medio de un vals, que precisamente el gentío se encargaría de tocar, siempre que Felipe exhibiese cuantas cosas en sus bolsillos guardaba. Pero como sus bolsillos estaban vacíos y no tenía qué exhibir, Felipe rompió a llorar, y como ante esto también rompió a llorar el gentío con un gran llanto que en realidad era un vals, de pronto el tranvía se puso en marcha, atravesó valles, ríos, bosques, ciudades, montañas y mares, y finalmente se detuvo frente a una casa desierta al mismo tiempo que él, pues el tranvía era él. Y ahora que tenía frío, hallándose en un jardín abandonado, caminando a tientas, cansado, triste y solo, habiendo encontrado su cuarto en la oscuridad de la tierra, en la oscuridad de la piedra, en la oscuridad del mundo, repentinamente se vio tendido sobre la mesa, ante el gran ojo en que la abuela vivía, y ésta lo miraba a él, con gran atención, y al mismo tiempo lloraba escuchando los sones del vals, en momentos en que despertaba Felipe.

La tía Lía escuchaba en silencio; el sobrino había insistido en contarle su sueño. Y ante una pregunta de aquél, le dio una mala noticia. El sueño era cierto. Y con palabras en las que Felipe identificaba a su abuela, ella dijo: "¡Todo pasa! ¡Todo desaparece!" —pues el sueño era cierto. Y la tía Lía estaba triste, y su hermano Virgilio también, habiendo perdido a su madre; había volado su madre, como había volado Ramona, la joven madre de Felipe. Y ahora estaba en el cielo, pues ella también era madre. Felipe escuchó con toda calma. Movió la cabeza —y nada más.

CAPITULO III

Una sombra apareció en la puerta del recinto.

Fray Guzmán estaba pronto, con un pequeño envoltorio y el paraguas en la mano. Felipe Delgado salió del ensimismamiento. Le infundía pavor cierta realidad encarnada por fray Guzmán. Este le hizo una seña; él se paró de un salto y lo siguió apresuradamente.

De pronto fray Guzmán se detuvo y profirió una exclamación de espanto. Por lo visto, tenía el don de mirar a través de las tinieblas, puesto que en realidad era ya noche cerrada y todo estaba oscuro. Tocó la campana, llamó al portero y armó un escándalo —sentíase horrorizado con tamaño montón de mierda en pleno zaguán del convento. Comenzó a vociferar, preguntándose por el desconocido autor de tamaño sacrilegio, amenazando con las manos crispadas; pidió agua bendita y una lámpara, enrojeció de ira y puso el grito en el cielo. Felipe Delgado se quedó atónito. A sus ojos se mostraba una realidad totalmente diferente de aquella que él conocía como verdadera, y ahora temía perder la razón. Pues por paradoja, él no notaba nada, en lo más absoluto, y ni siquiera alcanzaba a percibir olor ofensivo alguno, y eso que él más que nadie sabía la verdadera causa que lo habría originado. En una palabra: no podía advertir nada, ni la más leve señal ni el más mínimo rastro, allí donde el portero alumbraba con la lámpara en este momento, y donde precisamente fray Guzmán señalaba con el dedo a tiempo de taparse las narices para protegerse de aquella fetidez que él, Felipe Delgado, era incapaz de percibir ni siquiera remotamen-

te. Y sin embargo, viéndose arrastrado por la fuerza de las circunstancias, inopinadamente empezó a gritar de indignación y se quedó sorprendido por el ardor con que lo hacía.

Fray Guzmán se encaró con el portero y lo reprendió severamente; masculló ciertas locuciones en latín, sin duda para exorcizar el lugar, y por último salió. Felipe Delgado lo condujo a paso vivo hacia la plaza de Churubamba y allí tomaron un auto. Había cesado de llover.

"Hemos de llegar demasiado tarde", dijo Delgado para sí. "El tiempo no tiene la culpa. El recuerdo me hizo tardar. El tiempo no importa. Que sea mucho o poco el tiempo, que se detenga, que se acorte o se alargue según las circunstancias, qué importa. Pensando en el pasado se llegará a tiempo; pensando en el futuro se llegará tarde. Fray Guzmán no se da cuenta de lo que pasa. Fray Guzmán no se da cuenta de nada. Lo único que sabe es ver porquería a cada paso; en lugar de mirar con los ojos ajenos, él mira con los suyos propios. Si yo hubiera visto con mis propios ojos, habría visto lo que él, que no habría visto lo que vio, si hubiera visto con los míos... Comer, como vivir, es una anticipación del pretérito, me dijo una vez don Nicolás. Morir, como cagar, es un retorno al futuro, me dijo. ¿A qué afligirse, después de todo? ¿Qué de malo hay en cagar?, me dijo. El que caga, caga en pretérito perfecto, me dijo; es muy franco. Por eso me gusta su carácter. El que no caga, caga en pluscuanperfecto, me dijo; el que no puede cagar, caga en participio. El que no quiere cagar, caga en gerundio, y el que no caga en absoluto, caga en futuro imperfecto. Pues los últimos serán los primeros, me dijo don Nicolás. El lunes me indispongo; el martes me dispongo, me dijo. El miércoles depongo, y el jueves me propongo. El viernes me doblo, el sábado me desdoblo, el domingo me canso, y nunca descanso. Qué difícil pensar de tal modo que el que uno piense no sea como la muerte; qué difícil que sea fácil decir lo difícil, si es fácil decir: esto es así, esto es asá. Qué difícil comprender por qué no lloramos todos juntos, y por qué se callan pensando lo mismo que yo. La alegría, el dolor, y todas las cosas, llegarían a ser una y la misma cosa, siempre que todos y cada uno de nosotros tuviésemos la valentía de decir todo cuanto sentimos y pensamos. Así dejarían de ser necesarias muchas cosas, como leer, reír o llorar. Quizá, inclusive, dejaría de ser necesario comer, siendo la libertad el verdadero pan. Por el verdadero pan se alimenta la fe; el mundo merece ser amado. El amor del mundo sólo adquiere significación con el verdadero pan. La fe debería volverse como el pan, una cosa susceptible de amasarse y de comerse, y hacerse y deshacerse conformándose a semejanza de aquel que amasa, de aquel que come, amasando o comiendo como mejor le parezca"...

El auto descendía por la calle Evaristo Valle. Pronto dejó atrás la calle Lanza, y después de cruzar la plaza de San Francisco, tomando la calle Figueroa, dobló cuesta arriba, y comenzó a subir por la calle Santa Cruz, trabajosamente, patinando en el empedrado por el que aún se precipitaban las aguas de la reciente lluvia.

Recostado en el asiento, tratando de ver en qué lugar estaban, mirando la acera de la mano izquierda, acordándose de la casa que un día sirviera de morada al demonio todopoderoso, Felipe Delgado volvió la cabeza.

La imagen del maestro Calixto María Medrano surgía del remoto pasado.

El maestro Calixto María Medrano encerraba un gran enigma; había compuesto muchas cuecas, y por nada del mundo quería darlas a conocer. Su cueca preferida se llamaba: *No le digas.* Alguna vez la tocaba al piano, y cantaba con voz de bajo, muy quedamente:

Si te encuentras con la Ninfa,
no le digas que he llorado;
dile que en los ríos me viste,
lavando oro para su cofre...

Si te encuentras con la Trini,
no le digas que he sufrido;
dile que en los campos me viste,
buscando lirios para sus trenzas...

Si te pregunta la Flora,
acordándose de mí,
no le digas que me has visto...
No le digas que la quiero,
en un rincón del olvido,
no le digas que la espero...

Y Felipe se quedaba absorto.

Pues el maestro Calixto María Medrano, el hombre que había compuesto muchas cuecas y que por nada del mundo quería darlas a conocer, el autor de *No le digas*, él y nada menos, era el profesor de piano de Felipe Delgado.

Adoptando un aire muy serio, y llamando al niño a su cuarto, la tía Lía le había dicho: "Tu padre se muere por que aprendas a tocar el piano. Tu madre, allá en el cielo, derramará lágrimas de alegría no bien te pongas al piano". Y de esta manera, Felipe empezó las clases con el maestro Calixto María Medrano. El maestro Calixto María Medrano, pensativo, tocaba el piano con gesto grave —como si aquello que precisamente tocaba, le causara disgusto. Una música en la que se encontraba la explicación de ciertas cuestiones misteriosas. En ella podía revelarse lo desconocido: tal el mirar de la madre, escondido en algún lugar del teclado —en una música de sueño, que Medrano, con tres dedos de la mano izquierda, tocaba suavemente, con mucha lentitud, y con dos dedos de la mano derecha, con prodigiosa rapidez, alternando la posición de las manos, a medida que ambas íbanse acercando al centro del teclado. ¡Y qué endiabladamente difícil debía ser esto; una lástima tener que estudiar para aprender! Había que ver cómo los dedos se deslizaban sobre las teclas; aun el anillo del maestro, en el dedo meñique, tenía algo que ver con todo esto, en medio de esta melodía que, flotando en el aire, provocando un hormigueo a lo largo del espinazo, volaba en pos de aquellos espacios, más allá del umbral de la puerta, en pos de la grave luz de la tarde.

El maestro, que algunas veces se quedaba hasta tarde, cierto día decidió no dictar la lección. Algún bicho tenía que haberle picado para portarse de un modo tan raro. Alguna desgracia tenía que haberle ocurrido. Con ruidosos suspiros en lo profundo del pecho, el maestro no se desprendía de un enorme bulto con el que había llegado, tal como si estuviera de viaje, y además estaba de muy mala traza, cosa rara en él. Y ahora lo más grave era que los suspiros del señor Medrano, ni siquiera podían ser suspiros dignos de un músico; hasta el momento no había dicho una sola palabra. Nadie habría creído que con semejante facha, y con el chaleco arremangado, se podría tocar el piano. Pues el señor Medrano, que se había dejado caer pesadamente sobre un sillón y había puesto en el suelo el enorme bulto, estaba con el chaleco arremangado. La camisa abierta dejaba al descubierto la barriga. Los pliegues de la barriga rebalsaban aprisionados por una correa, ordinaria y gruesa, como las que se usan para ensillar caballos.

Y para inmenso asombro de Felipe, ahora el señor Medrano extrajo una botella del bolsillo y se puso a beber, como si estuviera muy apurado. Y en este momento estaba trasminado de aguardiente, con un olor que precisamente era el mismo que exhalaba Apolinar Borda cuando se emborrachaba, cuando metía espantosas trifulcas en la casa y se disfrazaba de duende, y cuando empezaba a llorar y a gemir a voz en cuello. Mas lo que Medrano hacía en este momento no era eso precisamente, habiéndose puesto de pronto frente al piano para arrancar una grave melodía que surgía de lo profundo, a tiempo que Felipe juraba en su corazón tocar algún día aquella misma melodía, no importaba el instrumento... Y entonces, habiendo vuelto la cabeza para mirar a Calixto María Medrano, que en menos de lo que dura un suspiro y de un solo golpe habíase remontado a las alturas, volviendo a ser lo que fue, Felipe avanzó de puntas y se detuvo tímidamente frente al piano, a la derecha del maestro. El maestro, absorto y extasiado, tocaba y tocaba, con un gesto como de duda y de miedo, como si estuviera mirando el fuego, o como si, por el contrario, estuviera esforzándose en no mirarlo; y con esto —¡qué cosa rara!—, parecía que estaba aguantándose de reír, y si no de reír, de algo tendría que ser, a costa de un tremendo esfuerzo, pero resultaba difícil averiguar el porqué. ¡En realidad era difícil adivinarlo! Quizá estaba a punto de llorar. Quién sabe qué le pasaría al pobre señor Medrano, que ni siquiera había dicho nada, desde que apareció, con ese enorme bulto a cuestas, suspira que te suspira. Pues ahora había que ver: era para quedarse admirado... Una especie de sonrisa se dibujaba en los labios del profesor, crispábanse los labios, y con la mirada velada, tocaba aquel pasaje que tanta fascinación le causaba a Felipe. El gesto del músico habíase concentrado totalmente sobre las manos; ante cuyo movimiento, aquel extraño gesto se convertía en máscara de muerte —el busto gigantesco del maestro, con excepción de las manos. Felipe, inclinándose levemente, moviendo nerviosamente los dedos, apenas si respiraba, como con temor de hacerse notar. Y se quedó inmóvil.

Pues había hecho un descubrimiento. En su vida había escuchado algo que se pareciese a lo que escuchaba ahora. Unos chirridos en el piano. Unos chirridos en la madera, en el armazón, en los pedales; en el intrincado mecanismo del piano. Unos ruidos en lo oculto. Felipe había descubierto un secreto que el piano guardaba. Toda obra del hombre tenía que gemir, y el piano con mayor razón; pues no podía ser obra del hombre aquello que no gimiera. Y desde que la música era obra del hombre, estos ruidos tenían que ser obra de la música. Por tanto, el ruido era inseparable de la música. Pues el dolor del hombre se transmitía a sus obras, y éstas se dolían por él. Y ahora Felipe hizo un segundo descubrimiento. Y por el impacto que produjo en su espíritu, le impresionó mucho más aún que el primero. Era el dolor. Mejor dicho: era el olor. El ruido era el dolor; y el dolor era el olor —el olor del piano. Un olor recóndito, de vejez. De la vejez del hombre, mas no de las cosas. Un oscuro olor, sumido en las sombras, un olor sepulcral, yacía en el olvido, en las entrañas del piano. En las pulidas superficies, en aquellos espacios accesibles a la mirada, un olor quizá demasiado conocido, quizá demasiado familiar, se confundía con aquel olor recóndito, al contacto con la luz y con el aire. Así se revelaba desnudamente el olor de la vejez, el cual Felipe, por lo demás, ahora asociaba con el recuerdo de la abuela. Algún remoto vestigio de vejez, habiendo permanecido sepultado en las profundidades del piano, se remontaba con un abrumador aire de juventud, y se desvanecía, en medio de misteriosos gemidos. ¡Seguramente era éste el olor de la limpieza eterna! Las cosas hermosas estaban hechas para recibir la luz de la tarde, y se quedaban en las sombras. ¿Qué será aquello que no muere? Algo que no tiene nombre; y se encontraba allá, en este momento, y flotaba sobre el piano, a la luz de la tarde, cual un cuerpo transparente...

De pronto se hizo el silencio. Felipe lo advirtió tan sólo al cabo de algunos momentos, y, cuando Medrano dejó de tocar, fue sorprendido con las palabras de éste, quien repentinamente exclamó:

—¡Este tu profesor Medrano ni siquiera tiene sangre en la cara, chiquitín! —dirigió una mirada vaga a su alumno y con tono de pesadumbre añadió—: En realidad ya no podré darte más clases; solamente he venido a despedirme de ti... Y por eso he tocado esa pieza de Brahms, que tanto te gusta —extendió el brazo en dirección al bulto que estaba en el suelo y dijo—: Pero ahora quiero convidarte un pedazo de queso. Ten la bondad de arrastrar ese bulto.

Felipe arrastró el bulto; Medrano se llevó un dedo a los labios en señal de secreto y murmuró:

—¡Cuidado que digan que te doy mal ejemplo!

Abrió el bulto; sacó una botella y bebió apresuradamente; sacó un paquete con queso y aceitunas para ponerse a comer con el alumno; y luego sacó una cajita y la puso en manos de aquél:

—Esta es una cajita —le dijo—: guárdala como un recuerdo imperecedero de Calixto María Medrano.

Felipe estaba a punto de llorar cuando recibió la cajita, que inmediatamente guardó en su bolsillo. El queso no le gustaba. Y tampoco las aceitunas. Haciendo de tripas corazón había comido una.

—Esta noche parto en el tren nocturno, con rumbo a Potosí —prosiguió diciendo Medrano—; voy en pos de mi hija. Es una historia muy triste. Sería largo de contar. Yo soy un gran aventurero; el libro de mis grandes aventuras es mi vida misma. Soy fiel a mis principios. Ojalá que encuentren un buen profesor para ti. El piano es cosa seria, no se puede jugar. Hay que estudiar años de años, todos los días, horas y horas seguidas. Ayer me encontré con tu papá y se lo dije. Y al saber que me iba, él me dijo: "Hágame favor de ir a despedirse de mi hijo Felipe; él lo quiere mucho a usted". Y yo le dije: "De todas maneras tengo que ir, porque yo lo quiero mucho a su hijo Felipe". Y por eso vine. Y además porque la señorita Lía tiene que entregarme una maleta por orden de tu papá. Así son las cosas. Tu papá me está regalando una maleta; yo no tengo maleta. Soy muy pobre. Voy por el mundo con mi bulto a cuestas, como los gitanos. La pobreza es así. Pero aquel que sabe sobrellevar dignamente su pobreza, no tiene por qué avergonzarse ante nadie... Ahora te ruego decirle a tu tía Lía que quisiera hablar una palabrita con ella... —dijo finalmente el autor de *No le digas*—: ¡Pero no le digas que me has visto bebiendo!...

Y Felipe Delgado recordaba con emoción a Calixto María Medrano descendiendo las gradas de la casa con una maleta a cuestas, despidiéndose con patéticas palabras en el patio y perdiéndose de vista para siempre.

CAPITULO IV

El auto se detuvo en la esquina de las calles Santa Cruz y Jiménez; esta última era demasiado angosta para el tránsito de vehículos. Fray Guzmán y Felipe Delgado bajaron allí. La casa quedaba a media cuadra de distancia.

Un hombre, de barba y tonguito, corrio a darles encuentro no bien los hubo visto. Nicolás Estefanic era hombre sensitivo. Hacía rato estaba en la calle esperando a Felipe. Quería reconfortarlo ante la fatal noticia. Virgilio Delgado había fallecido. Estefanic logró su propósito, con palabras discretas y mesuradas. "¡Calma, mucho valor, Felipe de mi alma!". Y luego entraron a la casa.

El dormitorio estaba sumido en la penumbra. Allí, sobre un alto catre de hierro con adornos de bronce, yacía el cadáver. En la cabecera ardían dos cirios. Fray Guzmán, con su gigantesca estatura, se acercó al lecho. La tía Lía avanzó hacia la puerta y retuvo a Felipe. Un hombre menudito, calvo, de porte distinguido, se aproximó a Nicolás Estefanic y se puso a charlar quedamente con él. Se llamaba Armando Sanabria. El doctor Sanabria era un viejo amigo de la familia, y médico de la casa. Apolinar Borda, el tío de Felipe, estaba allí, inmóvil, estupefacto. Con la boca abierta y los brazos colgando.

La tía Lía, habiéndose puesto a sollozar, clamando a Dios y pidiendo misericordia, dio las espaldas a Felipe y, de pronto, con el brazo extendido señaló a Borda. Acusadoramente y como si éste fuese el culpable de su dolor.

Borda se persignó, haciendo un gesto irónico. Con estudiada indiferencia echó una mirada en dirección a la tía Lía, en momentos en que fray Guzmán oraba frente al cadáver. Luego hizo una seña a Felipe, lo tomó del brazo y salió con él —ya se sabía a qué, compartiendo como compartían de las botellas que Borda guardaba en su cuarto.

El doctor Sanabria se apartó bruscamente de Estefanic. Se dirigió a la tía Lía y exclamó:

—Nada, nada; serenidad, hija mía. ¡Serenidad y prisa, mucha prisa! —la tomó por un brazo y la llevó frente a la cómoda—. Serenidad, hija mía —reiteró, y luego dijo—: Mientras yo voy, ustedes preparan todo. Me acompaña don Nicolás, y mandamos el catafalco; es cosa de una hora. Si Apolinar bebe, que beba, con tal que ayude. Ahora vamos —dijo finalmente, y se inclinó ante el cadáver.

Estefanic también lo hizo. Ambos salieron a toda prisa.

Para cumplir con su propósito, sólo tenían que escoger un ataúd, muy sobrio, y contratar un catafalco de gala. Luego fueron a los periódicos. Y después de tomar un café, Sanabria, con la satisfacción del deber cumplido, se despidió de Estefanic prometiendo ir más tarde al velorio. Debía visitar a sus enfermos graves.

Estefanic se fue a pasar un rato a su botica —pues tenía una botica. Quería darse un respiro más que otra cosa. Se sentía abrumado con la desaparición de su amigo. El suceso tenía para él graves implicaciones de orden económico; en las actuales circunstancias ya podía vislumbrar un inevitable desastre. Estefanic se inclinó sobre un estante en la solitaria botica.

Este hombre, triste y sensitivo por naturaleza, débil de corazón, errático y derrochador como él solo, se complacía en jactarse de unas virtudes que precisamente le faltaban a él, y se sentía orgulloso al declararse croata de origen y boliviano de corazón. Aparentaba una edad de cincuenta años a lo sumo, siendo así que había sobrepasado los sesenta. Era mayor que Virgilio Delgado. Su amistad con éste databa de unos treinta años atrás, esto es, el tiempo que radicaba en Bolivia. Químico de profesión y entendido en minas, fue acogido en calidad de socio en una empresa formada por Virgilio Delgado, que, por aquella época precisamente, había comenzado a explotar unas minas con el aporte financiero de Armando Sanabria. Las operaciones fueron canalizadas con mucho tino, haciendo rendir unos beneficios que, en el caso particular de Estefanic, significaban para éste un verdadero golpe de fortuna. Sin embargo al cabo de algún tiempo, Virgilio Delgado vendió las minas y, siempre con la ayuda y el consejo de Sanabria, se propuso organizar una agencia para el rescate de minerales. Estefanic se resintió. No le habían consultado. No quiso asociarse en aquel negocio; recibió una bonita suma de la disuelta sociedad y, des-

oyendo todo consejo, se marchó precipitadamente a Potosí. Allí le fue mal. Fracasó rotundamente en sus operaciones, gastó toda su plata, se vio en la calle y, finalmente, al cabo de dos años retornó a La Paz, lamentándose de su suerte y mascando coca —un hábito adquirido en tierras de Potosí, al cual Estefanic guardaría fidelidad durante el resto de su vida.

Con todo, el impulsivo amigo de Virgilio Delgado encontró un camino de salvación gracias a la benevolencia de éste. En realidad, Virgilio Delgado le había tomado un especial afecto, y Sanabria no menos, de modo que ambos acudieron en su ayuda, compadecidos de su situación y le dieron un puesto en la empresa rescatadora que, a todo esto, prosperaba incesantemente gracias al tino y la habilidad de Virgilio Delgado, por una parte, y por otra, a los fuertes capitales aportados por Sanabria.

Sin embargo, junto con el éxito en los negocios, a Virgilio Delgado le tocaba un terrible infortunio: habiendo contraído matrimonio escasamente un año atrás, ahora lloraba la pérdida de su esposa, una dama muy bella y muy distinguida llamada Ramona Borda, quien había muerto de parto dejando un niño, el cual sería bautizado con el nombre de Felipe. Y precisamente a esta altura de los acontecimientos, hubo de producirse el retorno de Estefanic, que, con la peculiar nobleza de su corazón, supo mitigar en algo el dolor de su amigo y acompañarlo en las horas amargas.

Con el andar de los años, habiendo los socios decidido abrir una agencia en el interior, ésta fue fundada en Oruro, con la participación de Estefanic a quien nombraron apoderado. Y así las cosas, a Sanabria hubo de ocurrírsele viajar a Europa, con lo que Delgado, en vista de la nueva situación, tuvo que restringir sus actividades en el bufete —pues era abogado— a fin de atender los múltiples asuntos de la empresa, así como unas minas que recientemente le fueran adjudicadas y que prometían mucho, viéndose en la necesidad de acudir a Estefanic que, sin descuidar sus responsabilidades en la agencia de Oruro, en cuyo cometido había logrado grandes éxitos hasta la fecha, se encargó de iniciar algunos importantes trabajos en dichas minas.

Mas un buen día, hubo de ocurrir lo imprevisible. Ni Virgilio Delgado, ni Armando Sanabria —quien por lo demás seguía en Europa—, ni nadie en absoluto había soñado siquiera remotamente que Nicolás Estefanic fuese capaz de hacer lo que

hizo: pues fugó y nada menos que con los fondos de la empresa destinados al rescate de minerales. Virgilio Delgado, que había comenzado a inquietarse por la falta de noticias de su agente en Oruro, una tarde recibió en su oficina la visita de una dama, muy atractiva y que, habiéndose presentado con el nombre de Rosita Fuenzalida, le entregó una carta, fechada en Antofagasta y firmada por Estefanic. Esta carta estaba concebida en términos sumamente patéticos. Su autor, refiriéndose a las circunstancias por las cuales se viera obligado a apropiarse del dinero de la agencia, contaba una larga, oscura y embrollada historia, de la que la señorita Fuenzalida resultaba siendo la heroína, tal como ella misma lo reconoció a tiempo que dirigía ardientes miradas a Virgilio Delgado, afirmando que era ella la culpable de todo y que, para confesar su culpa, precisamente, había decidido venir a La Paz, dispuesta a soportar el rigor de la ley.

Virgilio Delgado, pensándolo bien, le dijo que tuviera calma y le hizo muchas atenciones, a sabiendas de que la galantería tenía sus propias leyes, dependiendo de los encantos de la persona el rigor con que debían aplicarse las mismas. Pues en efecto. La tuvo alojada en un buen hotel y, desentendiéndose de sus obligaciones, se la llevó a Yungas, para pasar unos días en la finca de un amigo. Y de retorno a la ciudad, le regaló una espléndida pulsera de oro. Luego, al cabo de dos semanas, la condujo de vuelta a Antofagasta, su tierra natal, y habiéndose presentado de improviso la feliz pareja en el hotel en que precisamente Estefanic paraba, todo quedó entre amigos, desde que tanto el uno como el otro por igual estaban prendados de la chilenita. Y tan sólo entonces Delgado pudo enterarse de las habilidades de la señorita Fuenzalida. Pues esta señorita era una célebre contrabandista y se jactaba de serlo, dedicándose al comercio internacional, no contenta con la lucrativa profesión que ejercía en una alegre casa de Oruro, donde gozaba de merecida reputación como reina de la noche.

En conclusión, Estefanic no había gastado sino una parte del dinero; y lo repuso con su trabajo, en cuotas que se descontaban mensualmente de su sueldo, habiendo sido nuevamente posesionado en la agencia de Oruro, ya que Virgilio Delgado quiso devolverle su confianza.

Aquella aventura databa de muchos años atrás. Y quién sabe las razones que tuvo Estefanic para ponerle a su botica el

nombre de la chilenita, pero lo cierto es que ahora la botica "La Rosita" estaba al borde de la quiebra. El remate, que era inminente, según estaba visto, no alcanzaría ni con mucho a cubrir las demandas de los acreedores. Muerto Virgilio Delgado, Estefanic no tenía más remedio que recurrir a Sanabria, o bien a Felipe Delgado. De otro modo le esperaba la cárcel. Pues no pensaba fugar esta vez, y tampoco creía que valiese la pena, no habiendo con quién ni con qué. Era demasiado viejo y sabía que las chicas ya no le hacían caso. Sanabria, que conocía a fondo su situación, no le negaría un préstamo de honor, Estefanic bien lo sabía; pero sin embargo tenía reparos. Era preferible acudir a Felipe Delgado. El corazón se lo decía. Por lo demás, Virgilio Delgado había muerto después de larga enfermedad, y Estefanic, habiendo despachado todas las recetas, no podía cobrar, sin incurrir en una imperdonable falta de delicadeza, por fuerte que fuese la suma.

Sobresaltado escuchando unos pasos, en este momento Estefanic salió al mostrador, tan sólo para atender a un cliente. Había dejado entreabierta la puerta. Sonaron nueve campanadas en el reloj de péndulo: "¡Al diablo con todo!", murmuró y sonrió con amargura; puso un poco de agua, otro poco de alcohol, tres comprimidos de sacarina, unas gotas de jarabe en un vaso, y bebió de un golpe. Luego cogió las llaves. Abrió una pequeña vitrina y extrajo un frasquito, con una mirada socarrona y aspiró profundamente por la nariz una porción de cocaína en la punta de un cortapapel. Se miró al espejo enderezando el tonguito, que para nada se había sacado. Se alisó la barba y afiló las guías de los mostachos, y salió, con rumbo a la casa del difunto.

Algunos inquilinos y vecinos se reunían en el patio. Estefanic pasó de largo. En un cuartito contiguo al salón encontró a la tía Lía y a Borda. Se disponían a vestir el cadáver; procedían con enorme lentitud. A la luz de un foco, que colgaba en lo alto del tumbado, preparaban unas ropas y las miraban por todos lados, como con desconfianza. Y las colocaban con todo cuidado sobre una silla. Observando la escena, Estefanic les hizo notar que el cuerpo estaba poniéndose rígido: sería difícil vestirlo si tardaban demasiado. Mas ellos hicieron caso omiso de la advertencia. Al parecer estaban empeñados en dilatar la tarea. Cogían una camisa y la colocaban al trasluz, cerca del foco; se ponían a mirar detenidamente y discutían todo el tiempo. En este cuarto, de estrechas dimensiones, el aire se volvía pesado, según notaba Estefanic mientras consultaba la hora; de pronto un vocerío se dejó escuchar en el patio. Llegaban las pompas fúnebres. Un señor de anteojos, vestido de negro, y los operarios. Estefanic los condujo al salón. Allí quedó erigido el catafalco, en un santiamén. Como tenían que soldar el ataúd y el cadáver aún no estaba dispuesto, los operarios quedaron en regresar más tarde. Estefanic les entregó un papel; los operarios, que seguramente esperaban recibir una propina, se miraron con descontento y, sin saber qué hacer con el papel, consultaron al señor de negro. Este les arrebató el papel y se sacó los anteojos. Exhibió una pluma, pidió a Estefanic una firma y guardó el papel en el forro de su sombrero. Luego sacó otro papel y se puso los anteojos, firmó y entregó el papel a Estefanic y le dijo que se quedara con él, y finalmente se fue con sus operarios. Estefanic los vio partir; sacó otro papel y se acercó al teléfono, hizo muchas llamadas y habló mucho rato, quién sabe con quién. Todo era silencio y al mismo tiempo, todo era ruido en esta casa. Unas sombras aparecían de rato en rato sobre unos rectángulos de luz en el patio. Alguien murmuraba ante las puertas de los cuartos alquilados. Los inquilinos echaban rápidas miradas hacia lo alto y se quedaban quietos un momento. Luego desaparecían y, a la indecisa claridad del corredor, al cabo reaparecían, para cerrar las puertas tras de haber sacado la cabeza.

Estefanic dejó el teléfono. Se rascó la cabeza y fue en busca de Felipe. Desde hacía rato no lo había visto por ninguna parte. Lo encontró en su cuarto. Yacía sobre la cama con una botella de aguardiente al alcance de la mano. Borda habíase encargado de suministrarle la botella. Fray Guzmán, sentado en una silla frente a la cama, departía con Felipe y lo acompañaba con una copita. Estefanic dio cuenta de los sucesos recientes. A falta de un vaso, cogió una taza y bebió un buen trago de aguardiente. Luego se fue al cuartito; minutos más tarde lo seguiría Felipe. Fray Guzmán se encaminó al salón.

En el cuartito, la ayuda que ofreció Estefanic fue rechazada. Borda y la tía Lía suspendían a Virgilio Delgado por el busto. Trataban de ponerle una especie de levita, de fino paño negro. A esta sazón entró Felipe, y bruscamente se detuvo ante la escena. Borda hacía esfuerzos por mantener en una posición adecuada los brazos del cadáver mientras que la tía Lía trataba de meter éstos en las mangas de la levita. Felipe Delgado se sobre-

saltó de pronto con los ruidos que aquí se producían por el roce de la tela y la manipulación del cuerpo, y que se multiplicaban y se escuchaban claramente sin que el fragor de la lluvia, que otra vez comenzaba a caer, pudiese apagarlos. Y en tanto que las maniobras seguían su curso trabajosamente para colocar la levita, para anudar la corbata, para calzar los zapatos y para arreglar mil detalles, Felipe se quedó fascinado. Estaba escuchando la escena, mas no la miraba. El padre era quien producía estos graves y apagados ruidos para expresar de algún modo su gratitud por la pía oficiosidad con que sus parientes lo vestían —y sin embargo estos mismos ruidos, según el sentir de Felipe Delgado, al desprenderse del cuerpo y quedarse flotando en el aire, podían provocar una explosión de un momento al otro, reduciendo a escombros la casa y despedazando a todos sus ocupantes por obra y gracia de algún designio misterioso, más allá de la humana comprensión y que, de todas maneras, tendría su causa en la gratitud de Virgilio Delgado. A juzgar por la actitud que Borda y la tía Lía asumían en estos momentos, Felipe daba por sentado que también ellos presentían el peligro, al redoblar sus esfuerzos para conjurar una amenaza de la que, empero, no podían darse cuenta cabal, y precisamente era por eso por lo que se ponían a mover las manos, dando la impresión de que ensayaban unos pases mágicos, tratando de atrapar los ruidos junto con el escondido carácter de los mismos, a fin de reducir a la nada el peligro de esta extraña gratitud, en circunstancias en que Borda dejaba el cadáver en posición de descanso y arreglaba el cabello de éste, mientras que la gruesa almohada dispuesta por la tía Lía se aplastaba bajo el peso de la yerta cabeza.

Y ahora que Felipe Delgado escuchaba un murmullo que llegaba como desde lejos a sus oídos, él esperaba que su padre remediase un antiguo silencio. El silencio de las cosas nunca dichas a lo largo de los años. Echaba de menos el diálogo de toda una vida, el cual se vislumbraba en el hermoso mirar del padre y que la muerte interrumpió. Tenía la tentación de extender las manos. El aire era visible. Una nube flotaba y se dispersaba. Un espíritu maligno se complacía en resollar, Felipe escuchaba este resuello. Borda y la tía Lía se movían cautelosamente y con secreto sobresalto. Estaban a oscuras, habían enceguecido, manipulaban el cadáver a tientas. Y tampoco podían percibir el olor. En un rincón. Estefanic hizo un ruido y tosió.

Se puso a mascar coca. Felipe lo miró. Borda y la tía Lía se daban prisa para finalizar la tarea. Resonó un estampido sordo: —¿qué sería? El cadáver crujió. La cabeza se movió de su sitio. Borda dio unos golpes con las palmas de las manos. Estos zapatos no podían entrar; la tía Lía trajo otros zapatos, pero tampoco éstos podían entrar. Borda los suspendió a la altura de sus ojos. Daba pena mirarlos. Se contentaron con unos zapatones. Unos zapatones blancos y negros, de alpaca, con unas borlas negras y blancas. Felipe se vio con unas tijeras entre las manos, cosa extraña —y las puso sobre la silla. Borda dirigió una mirada a la tía Lía. Era de satisfacción. La tarea había llegado a su fin.

Felipe Delgado pasaba desapercibido por completo. De pronto la tía Lía se puso a mirarlo con extraña fijeza, quedando revelada tan sólo ahora su verdadera imagen a los ojos de Felipe. Un cuerpito de criatura, unas mejillas hundidas y secas, unas manos descarnadas, un aplicarse al trabajo para olvidarse de sí, una sonrisa siempre triste. Unos ojos en los que miraba infinito el desamparo. Un aire de soledad y de vacío, unos pies que es movían presurosos todo el día, un afán de ser útil, de hacer, de cuidar, de buscar y de encontrar, una solicitud que resultaba penosa, una desconsoladora indigencia. El vestido, opaco y fantasmal. Cierto hermetismo, cierta extravagancia. Los labios, que repetían las sílabas con no sé qué temor. La voz, que resonaba con un eco en la garganta. Una inmensa candidez, la flor artificial cubierta de polvo, hace años, en la cabeza blanca. Tal un conjunto, confluyendo rápidamente hacia la disolución La tía Lía, imagen adorable en este escenario lúgubre, no parecía un ser del otro mundo: una viejita sepulcral, muy encorvada y muy pequeña; sino que realmente lo era. Felipe D lgado rogó por ella, por la tía Lía, en este instante y se condolió, mirando furtivamente la imagen.

La tía Lía, que comenzaba a recoger las cosas, pidió que llamasen a la vieja Toribia, y Borda lo hizo. Luego éste, con aire abatido, la boca abierta y los brazos colgando, se acercó a Felipe, lo miró de frente y señaló en dirección al cuerpo. Felipe volvió la cabeza, y pensó: —¿en qué se parecían los niños y los muñecos a los cadáveres? —en que se dejaban vestir. Así la tía Lía lo vestía a él, cuando era niño. El cuerpo estaba cansado. ¡Qué actividad abrumadora la vida! Cada cual, quieras que no, hacía lo posible por liberarse de la vida durante toda la vida.

Todos hacían lo posible. Virgilio Delgado no era el único. El también había hecho lo posible. Y tal vez en este momento, allá lejos, le escocían las tripas y le escocía el corazón y la cabeza, y no podía rascarse. Con atroces ruidos estallarían muchas cosas en sus adentros, y no podría decir nada. Estaría liberándose. Si se rascaba o decía algo, no se liberaría. Felipe Delgado volvió la cabeza. Sobrecogido por el enigma del cuerpo, miró a Borda: no pudo decir nada. Entonces llevó ambas manos a la cabeza, y con súbito temblor, profiriendo un grito, cayó al suelo y rompió a llorar.

La vieja Toribia salió corriendo y retornó con su hijo Uaca. Jesuso Uaca, fornido, bien peinado, bien lavado, con camisa blanca sin cuello, chaleco negro, pantalón negro y zapatos negros, ayudó a Felipe, Borda estaba cansado; dio el brazo a Felipe y salió con él —los demás podían llevar el cadáver y ponerlo en el salón. Al poco rato apareció Sanabria. Ya comenzaban a llegar las amistades. Fray Guzmán había bajado a recibirlas.

El cuarto de Borda era para Felipe un refugio seguro. No quería ver a la gente. El cuarto estaba ventajosamente situado en el fondo de la casa, a dos pasos de una angosta grada que daba al segundo patio y desde cuyo sitio, uno podía salir a la calle sin ser visto. Además, para llegar a él, era necesario sortear una serie de obstáculos. Muebles y trastos viejos dificultaban el paso a lo largo del corredor. El antiguo cuarto de la abuela Filomena colindaba con este cuarto; y actualmente, Borda lo utilizaba para guardar unas mercaderías de su propiedad. Y también tenía allí una mujer oculta. Había declarado que se trataba de una real hembra —y si bien Felipe Delgado era el único partícipe del secreto, ello no obstante, Borda estaba convencido de que la tía Lía lo sospechaba.

Felipe Delgado se encerró en el cuarto de Borda; allí permaneció sin moverse durante dos días con sus noches. No asistió al entierro. Un sofá le sirvió de cama. Tenía una buena provisión de aguardiente y cigarrillos. Por lo demás, mientras Borda pasaba la noche en el velorio, él ignoró por completo la presencia de la mujer ya referida, que aquél ocultaba en el cuarto contiguo y que, efectivamente, salió y volvió a salir, pasó y volvió a pasar, repetidas veces y con un propósito que resultaba obvio, aunque no manifiesto —al menos, así lo comprendió Felipe, viendo una mujer obesa y retaca, que en ningún momento mostraba la cara y que, al atravesar el cuarto con toda lentitud, enfundada en una bata de raso multicolor y cubierta la cabeza con una especie de velo, asumía una actitud misteriosa, profiriendo ayes, llevando en la mano una vela encendida y emanando su persona un ordinario y penetrante perfume de violetas. Sin embargo, en una de esas se detuvo en el centro del cuarto, largó una risita nerviosa y, dejando caer la vela, de repente empezó a dar unos ridículos saltitos, para desaparecer sin más en el cuarto que le servía de escondite. !Y cómo podía Borda llamar a esto una real hembra! —pensó Felipe Delgado, en medio de su íntimo dolor, y mirando a otro lado, no pudo menos que condenar con carácter irrevocable el mal gusto —nunca desmentido— de Apolinar Borda.

CAPITULO V

En contraste con la indolencia de Felipe Delgado que estaba entregado por completo a la bebida, la tía Lía desplegaba una febril actividad en procura de restablecer el orden. Y Felipe, irritado por este sólo hecho, más de una vez había proferido injurias contra ella. A los pocos días del entierro de Virgilio Delgado, la famosa mujer que Apolinar Borda ocultaba en su cuarto, apareció de repente en pleno corredor del brazo de aquél, cantando un tango de moda y exhibiendo un vaporoso camisón por toda vestimenta. La tía Lía y Estefanic se hallaban en la cocina cuando vieron a la mujer que, avanzando por el corredor y echando miradas desafiantes, escoltada por Apolinar Borda, se encaminaba con dirección al salón, donde efectivamente entró y se puso a golpear el piano, haciendo retronar la casa con el tango de marras. Esto rebasaba todo límite —así lo dijo Estefanic montando en cólera: "¡Esto rebasa todo límite!", y se dirigió a la tía Lía exclamando: "No se aflija doña Lía; aquí estoy yo para defender la dignidad de esta casa, mien-

tras Felipe siga celebrando sus incontables borracheras". Y habiendo agarrado un rollo de periódicos a falta de un palo, entró al salón seguido por la tía Lía, avanzando de puntitas hasta situarse a un paso de la semidesnuda mujer, en momentos en que Borda la contemplaba con mirada extática, y sin más trámite, le aplicó un buen golpe, viéndose bruscamente interrumpida la ejecución del tango por un chillido que profirió la mujer, quien se puso a bramar y dijo que su casa era la casa de su prometido, señalando a Borda, quien se puso a temblar y la condujo a rastras hasta su cuarto.

A todo esto, atraído por el alboroto, apareció Felipe Delgado y comenzó a matarse de risa. Ultimamente, andaba buscando el lado grotesco de las cosas, pero sin embargo no lograba soslayar la realidad, y él se daba perfecta cuenta de ello. Por lo demás, tenía sobrados motivos para mostrarse complaciente con su tío Apolinar, ya que necesitaba de él, y éste a su vez se encargaba de apañarlo. Estaba visto que el formidable material de risa que Delgado acumulaba, poniendo en evidencia unas cosas y pasando por alto otras, no podía desperdiciarse, y por esta razón precisamente, él tenía que reírse solo, por más que sus allegados se lo recriminasen, toda vez que no compartían de su buen humor. El doctor Sanabria, que criticaba duramente su conducta, tomó partido por la tía Lía y asumió las funciones de consejero de ésta. La tía Lía lloraba amargamente; y en vista del estado de cosas, propuso la testamentaría de su difunto hermano a la mayor brevedad posible, contando para ello con los abogados de Sanabria. Pues había resuelto legar su fortuna a las monjas y tenía el firme propósito de refugiarse en el asilo, para terminar sus días allí. Estas decisiones causaron verdadero revuelo. Apolinar Borda, ante el inminente peligro de verse en la cochina calle, puesto que él no tenía arte ni parte en la fortuna de los Delgado, se llenó de pánico; y habiendo declarado inopinadamente su intención de consultar con un poderoso brujo, íntimo amigo suyo, el cual no vacilaría en mover cielo y tierra para ayudarlo, se puso al habla con su sobrino Felipe Delgado y le propuso entrar en sociedad con el referido brujo, en primer lugar, para explotar un taller de fuegos artificiales, y en segundo lugar, para rescatar corderos en el Altiplano —"pero tío: ¿qué taller de corderos, qué fuegos artificiales y qué brujos son esos?" —preguntó aquél con fingido tono de alarma, y estalló en risotadas mofándose de él.

Mas no era esa la manera de encarar las cosas, según Borda se lo hizo notar, y mucho menos ahora que la cuestión se ponía fea con las decisiones de la tía Lía, de tal modo, que Delgado empezaba ya a considerar seriamente su situación, admitiendo el hecho de que tarde o temprano tendría que quedarse solo. Una noche se le vino a la cabeza la palabra ahuyentar, y habiéndosele ocurrido la extraña idea de ahuyentar el piano, reconoció el disparate y prefirió creer que era él y no el piano quien debería ahuyentarse. Y tuvo el presentimiento de que efectivamente lo haría, a la larga o a la corta, y tal vez superando con mucho todo cuanto imaginaba en aquel instante.

En su cuarto, que se iluminaba con la débil claridad de la calle, aquella noche Felipe Delgado estaba sumido en el letargo. Tendido sobre la cama, de rato en rato era sacudido por violentos escalofríos. Durante toda la tarde había tratado de abordar el tema de una carta que pensaba escribir a su tía Lía; pero luego decidió dejar la cuestión para más adelante en espera de alguna clave precisa. Sobre una silla estaba la ropa. En la pared opuesta a la cama, unos estantes repletos de libros. En una repisa, una composición de ciertos objetos que Delgado llamaba *La muerte de Vittoretti*. En otra repisa un cuadrante solar y un cristal tallado. Un trozo de mineral de estaño servía de sostén a unos libros de gran formato. Un pequeño sofá, un gramófono y un estante con discos junto al balcón. En el balcón, un cortinaje de paño rojo oscuro muy gastado, roído y descolorido. Una mesa, con una máquina de escribir y con un montón de papeles y de libros, servía de escritorio. Una lámpara, un cenicero de barro y otros objetos sobre la mesa de noche. En la cabecera, un grabado de *El aquelarre* de Goya. En un rincón de la pared, una pequeña imagen, cubierta de polvo, del Señor de la Buena Esperanza. Unos mapas, unas fotografías de músicos, de escritores y quién sabe qué personajes; el plano de La Paz y un gobelino que representaba el Vesubio, adornaban profusamente las paredes.

El silencio fue roto con el viento que ahora hizo crujir las ventanas. Al caer las primeras gotas de lluvia, Delgado percibió con ojos inmóviles la claridad del balcón sobre la quietud de

su cuerpo —su cuerpo, quizá muerto y solo, flotaba en una región más allá de la casa, y se fragmentaba con un estruendo en invisibles gotas de lluvia. La cadencia de la lluvia se deslizaba sobre la curva de un segundo estruendo, y se precipitaba sobre el abismo de un círculo que no podía cerrarse. Un torrente se alejaba en pos del silencio sin llegar nunca a encontrarlo, y resurgía como un oscuro lamento y penetraba a través del balcón, junto con aquellos estruendos y con la lluvia perseverante, suspendiéndose sobre algún misterioso espacio del tiempo y desapareciendo a cada momento para reaparecer otra vez, a lo largo de un viaje sin partida y sin retorno. Y buscando algún vacío que llenar, algún círculo que cerrar, se repetía, se multiplicaba y discurría con una muerte anterior a la muerte, con una inexplicable posterioridad a su término, a su presencia y su ausencia, más allá del ruido y del silencio, allí donde la lluvia parecía buscar un descanso, resonando en el ámbito en que Delgado yacía.

Un hombre, alto y flaco, de blanca barba, de pie a la vera de la cama, se presentó en el preciso momento en que Delgado hablaba entre sueños. "No temas", dijo el hombre moviendo la cabeza: "No soy un fantasma. Te habla Estefanic, Nicolás Estefanic, un viejo luchador croata, químico de profesión, actualmente en quiebra". "¡Ah, don Nicolás!", exclamó Delgado; "¡Tratándose del viejo luchador croata, químico de profesión y actualmente en quiebra, yo me levanto en seguida y le doy la bienvenida!" —y en este propio momento, con gran asombro de su parte, Delgado despertó, para hallarse en presencia de Nicolás Estefanic en persona, quien en efecto estaba de pie a la vera de la cama, habiendo entrado furtivamente al cuarto de Delgado mientras éste dormía.

Felipe Delgado se levantó y se puso una bata de bayeta, con incontables remiendos artificiales de todo color, los cuales la tía Lía había cosido a petición de su sobrino.

—¡Qué extraño! —exclamó Delgado—. Seguramente yo me soñaba lo que usted hablaba, mientras usted hablaba lo que yo me soñaba. ¿Cómo se explica esto? —preguntó.

Estefanic recorrió el sofá para sentarse junto a la mesa, dejando su tonguito en el suelo, con descuido.

—Telepatía pura —dijo—. En cualquier momento se puede comprobar el hecho.

Delgado todavía no salía de la modorra.

—¿El hecho? —replicó intrigado—. Aquí se trata de una coincidencia verdaderamente asombrosa. Usted aparece en momentos en que precisamente necesitaba hablarle.

—En tal caso, si me presento y lo hago porque también necesito hablar contigo, se plantea una doble coincidencia, pero eso no puede ser. No puede haber dos coincidencias a un mismo tiempo, sino que la primera se neutraliza con la segunda, y entonces no existe ninguna.

—¡Cómo que no existe ninguna! —dijo Delgado—. De todas maneras se trata de una coincidencia asombrosa. Pero dejemos esto. En todo caso yo tengo necesidad de hablar con usted. Como puede ver, soy afecto al disfraz —declaró intempestivamente señalando su bata—; afecto al disfraz en lo exterior, no en lo interior.

—Menos mal, Felipe de mi alma.

—Claro que tengo mis razones para ello, y muy personales por cierto —dijo Delgado con locuacidad y, al encontrarse con unos profundos ojos azules que lo miraban atentamente, se sentó en una silla y adoptó una actitud de expectativa, tal como si ya hubiese dicho todo cuanto tenía que decir.

En efecto, sin esperar a que Delgado dijese cosa alguna en relación con la anunciada necesidad de hablar con él, Estefanic exclamó de pronto:

—¡Eres débil, Felipe de mi alma!

—Soy débil, es cierto —dijo Delgado, desconcertado por el giro que el viejo quería dar al asunto, y añadió—: Pero ahora no se trata de recordar mis defectos.

—¿Y quién dice que la debilidad es un defecto? —replicó Estefanic—. Te conozco desde que naciste; mi intención es hablar con toda franqueza. Para eso he venido. Te has quedado solo; no hay remedio posible. Lo único que vale es la acción. Pero créeme: lo que está escrito, está escrito; lo leerás esta noche. Tu alma adivinará.

—¿Mi alma? ¿Y por qué esta noche precisamente?

—Precisamente, porque esperaba el choque de la fantasía.

—Según supongo, el choque de la fantasía no habrá sido la muerte de mi padre.

—¡Un momento! ¡No me ofendas atribuyendo a mis palabras un sentido distinto del que realmente tienen! Invítame una copa; te lo ruego; quiero aclarar mis ideas y brindar a tu salud.

Delgado buscó debajo de su catre y sacó una botella. Era coñac. A falta de copas sirvió en tazas.

—¡Coñac! —exclamó Estefanic y bebió de un golpe—: El coñac es una fantasía; mejor dicho, una porquería. Yo prefiero un buen alcohol de botica —extrajo del faldón de su levita un atado de coca y se puso a mascar—. Mis palabras se inspiran en la meridiana claridad del corazón —dijo ahora—. No quise decir que la muerte de tu padre fuese una fantasía. En realidad la muerte es algo fantástico, nada real. Antes de que muriese tu padre, la realidad fantástica que ahora conoces no era para ti sino una fantasía fantástica. Te sentirás renovado pensando que tu padre ya no sabe nada del mundo ni de nada. El golpe de la fantasía te hará vivir si miras con un ojo la realidad que se transforma mirando con el otro la realidad que se realiza. Ahora eres ave libre, muerto tu padre. Ave libre, te has quedado solo en el mundo, y podrás hacer muchas cosas o no hacer nada en absoluto. Podrás mirar el cielo día y noche y preguntar. El cielo te dirá: "Haz esto, haz aquello". Mirando el cielo se mira la desesperanza. En la desesperanza se ilumina la vida. No puede haber otro camino. En la desesperanza aprendemos a ser humildes. Todas tus esperanzas han de verse colmadas con la falta de esperanza. Imagínate, es muy sencillo deshacerse de la esperanza: basta con mirar el cielo. Quizá por eso la gente teme hacerlo. El hombre cree que no tiene nada que ver con el cielo y que el cielo no tiene nada que ver con el hombre. El hombre odia. Odia al relámpago, al trueno, a la lluvia. Son pocos los que aman las cosas del cielo. Lo único que yo sé es que mirando el cielo uno se vuelve adivino —y luego añadió—: Pero todavía tengo que decirte algunas cosas para despedirme...

—¡Don Nicolás adoptando un lenguaje epistolar! —exclamó Delgado—. Todavía es muy temprano para despedirse.

Estefanic se quedó mirando a Delgado, hasta que éste llenó de nuevo las tazas. Y luego de beber de un golpe, declaró con tono patético:

—Me quedaré un rato más. Pero pronto recibirás cartas mías.

—¿Cartas suyas? ¿Acaso ha de viajar?

—Así es —afirmó Estefanic bajando la cabeza—. Dentro de una semana o dos, a más tardar, siempre que se arreglen mis asuntos. Esto es, siempre que no vaya a parar a la cárcel. ¡No me interrumpas! —gritó, haciendo un gesto para atajar a Delgado, y luego añadió—: La situación me obliga. La botica me llevó a la ruina. Me voy en calidad de químico; me ofrecen un contrato en Antofagasta. Conozco el salitre; con el salitre estaré a mis anchas, con un buen sueldo. Justamente quiero consultarte algo muy serio. Pero poco a poco.

—Si se trata de plata, no se aflija; pero quédese, no se vaya.

—Justamente, de plata se trata, es lo malo —reiteró Estefanic—. Y quiero consultarte al respecto. Pero poco a poco. ¡Cosa seria! Para pagar lo que debo tengo que prestarme; y para pagar lo que me preste tengo que ganar un buen sueldo. Un sueldo que aquí nadie me lo paga. Mis acreedores me meten a la cárcel. Ya se sabe que el remate de mi botica no satisface la deuda. Si alguien me presta la plata para librarme, yo me sacrifico, y voy y trabajo en las salitreras. ¡No insistas, Felipe! Además quiero ir al mar. Es mejor que la cárcel. Ya ves que soy franco. Te quedarás muy solo, no te compadezco. De lo contrario me quedaría. Qué quieres: a medida que pasan los años aumenta la soledad. La familia, los hijos, los nietos, eso no significa nada. Quién más solo que yo. Pero así y todo, estaría mucho más solo con hijos, con nietos y con biznietos a mi alrededor. Es la pura verdad. ¡La salvación se encuentra en el espíritu! —exclamó de pronto, cogió la taza y bebió con entusiasmo—. El espíritu es más importante que la verdad, pero mucho más importante que la verdad es el hombre, por ser quien inventó el espíritu. ¿Por qué el hombre tuvo que inventar el espíritu? Mirando el cielo encontrarás la respuesta. El hombre no sabe por qué llora; y le cuesta llorar.

Sin fijarse en la poca o ninguna parquedad con que él mismo bebía, miró a Delgado y dijo:

—¡Estás bebiendo mucho, Felipe!

—¡Para precipitar la marcha! —contestó éste.

—Si precipitas la marcha, es porque amas la vida —repuso

Estefanic—. Y la amas porque le tienes miedo. Sí, mucho miedo; y sólo tu corazón lo sabe. Sin embargo, apurarse es tan inútil como dejar de apurarse. No es suficiente vivir, hay que conocer; y para conocer habrá que morir. Te equivocas si crees que la muerte se opone al conocimiento: el conocimiento se revela con la muerte.

—¿Qué es el misterio? —preguntó Delgado inopinadamente.

—El misterio soy yo —dijo Estefanic—. No tú. ¿Qué es el misterio?, te pregunto yo. El misterio eres tú, no yo. Fíjate, en cuanto problema personal, individual y particular, el misterio no significa nada. El misterio corporizado que tú eres y que también soy yo, no se encuentra en ti, ni tampoco en mí. ¿Qué es la espera, sino una forma del misterio? ¿Qué es el mundo? ¿Por qué abusar de tu paciencia? ¿Se puede matar zancudos con mil disparates? Es razonable y justo que prefieras quemarte tú, antes de que te quemen; con las estrellas no se puede. Si buscas un alcahuete con fines inconfesables, te hace gestos de buenas a primeras dándose aires de gran señor, y te revienta. La materia y la nada, la inmortalidad y todo lo demás, son puros fantasmas, puros inventos del pobre hombre. Finalmente, ¿qué son los inventos? ¡Estoy borracho, Felipe de mi alma! Y hago bien, porque ahora quiero decirte algo gordo: necesito que me prestes un poco de plata. ¿En qué quedamos, a todo esto? Sanabria tiene mucha plata, pero me da vergüenza pedirle. Además los gallos cantan, tuercen de repente la cabeza al escuchar el canto de los otros gallos, y levantan el índice hacia lo alto para preguntarte: ¿en qué quedamos?

—En que yo le prestaré la plata —dijo Delgado.

—¡Pero los gallos cantan! —dijo Estefanic.

—Le prestaré lo que me pida. ¿Cuánto necesita? —preguntó Delgado.

—¿Que cuánto necesito? ¡Te responderé por carta! No, por carta no. Es muy sencillo responder, y sobre todo esta noche. Pero qué fea me resultó la cosa: una ensalada de rábanos. La lucha triste, día y noche, miles y miles de años para nada. Necesito cinco mil bolivianos para no ir a la cárcel. ¿Pero por qué hacerse daño? ¿Qué pasa en esta casa? ¡Responde!

—No pasa nada. Uno busca la verdadera vida, no para vivir, pero para hacerse daño. Mi tío Apolinar no tiene la culpa.

Busca tres, cuatro, seis botellas a diario. El se encarga de traer las botellas. Eso es todo.

—En realidad nada —dijo Estefanic—. ¿Y qué más?

—Hay mucho que hablar —declaró Delgado—. Pero antes, si usted me lo permite, le daré un cheque —extrajo del cajón de la mesa una libreta y, habiendo girado un cheque, se lo dio a Estefanic—: Mañana a primera hora puede usted cobrarlo —dijo.

—¡Ah!, ¿sí? —comentó éste guardando el cheque—: ¿Y qué me dices de los chismes? Cuidado con decir nada a nadie; cuidado con que Apolinar sepa nada. ¿Qué pasa con este Apolinar? Tu tío Apolinar se resiente conmigo sin motivo. ¿Qué tengo yo que ver con los asuntos de la casa? Tu tía Lía no te perdonará. Actúa bajo el asesoramiento del doctor Sanabria, pero no le hace caso. Si se va al asilo será por tu culpa. ¿Quién le dice que se vaya al asilo? Ella dice: "En cuantito se venda la casa y todo lo demás, me voy al asilo. Allí moriré". Además quiere designar a las monjas como herederas universales de su fortuna. Cuidado que digas nada. Yo no me meto.

—Yo tampoco —afirmó Delgado—. La quiero infinitamente a mi tía Lía, y la ofendí gravemente. Estoy acongojado, qué terrible: usted ve. De borracho uno dice cosas. Le dije que su presencia me daba miedo. "Tu presencia me da miedo", le dije. "Tu presencia me anuncia la proximidad de tu muerte y me horroriza, precisamente por el hecho de que te quiero infinitamente", le dije. Mi tía Lía se acurrucó en un rincón, y se puso a llorar. Se arrancó la cofia, se arrancó los cabellos, y con el mandil, empezó a frotarse la cara. Estas lágrimas caen sobre mi conciencia. Me queman el alma.

—Sigue, sigue —dijo Estefanic y echó mano a la coca.

—Mi tía Lía seguía acurrucada en el rincón del cuarto cuando me acerqué y le pedí perdón. Y cuando la tomé por un brazo y ella no quiso perdonarme, toqué sus huesos; toqué sus huesos, su ropa, sus lágrimas. No hay perdón para mí. Este atroz sentimiento de culpabilidad no me abandonará nunca. Pienso escribirle una carta a mi tía Lía, urgentemente. Qué opina usted.

—Sigue, sigue —dijo Estefanic—. Prosternate ante tu tía Lía, pídele perdón de rodillas, y escríbele una carta; ella jamás te perdonará. Ella misma me lo dijo. "Hay cosas que no tienen perdón de Dios", me dijo. "Yo no pensaba morir, me había olvi-

dado de eso; me miraba al espejo y estaba bien arreglada, pero ahora, me voy a morir para darle la razón a mi sobrino, ya que él se asusta con mi presencia y no le hago ninguna falta". Lo que hiciste con tu tía Lía me horroriza. Mucho menos grave habría sido que la agarres a palos. Has ofendido mortalmente a una pobre anciana indefensa, que con infinita ternura te crió, te hizo crecer y te cuidó. Que te persiga un irremediable remordimiento hasta la tumba, Felipe de mi alma. Si te molesta lo que acabo de decirte, eres dueño de retirar tu cheque. No puedo darte la razón o dorarte la píldora por cinco mil bolivianos, y tampoco lo haría, aunque me ofrecieras todo el oro del mundo. Ni el alcohol, ni la plata, ni los halagos, ni el peligro de podrirme en la cárcel, nada en el mundo podrá torcer mi rectitud.

—Tiene usted razón —dijo Felipe—. Pero no hablemos más del asunto. Es muy triste, muy grave. En cuanto a mi tío Apolinar, no hay que negar que tiene sus motivos para resentirse con usted, póngase en su pellejo. Lo que es del César al César; esta vez habrá que darle la razón. A mí me da pena, y me da pena esa su mujer. Es muy susceptible, anda resentido con medio mundo, y no quiere que nadie le diga nada, no obstante los desatinos y barbaridades que comete. El escándalo de esa pobre mujer lo dice todo. A mí personalmente me parece que hizo usted bien. No tuve la suerte de ver el golpe, pero seguro que estuvo bien dado.

—Muy bien dado; y eso que era una mujer quien lo recibió —afirmó Estefanic—. Pero ni por esas se fue la gran puta. Es lástima que tu tía Lía tenga que sufrir las consecuencias. Ya por esto, ya por aquello, siempre es ella la pagana. En fin, con estos ingratos temas se me pasó la borrachera y lo lamento. Rara vez me siento con ánimo de emborracharme; dame otra copa. Bebamos como buenos amigos.

—Bebamos como buenos amigos —repitió Delgado.

En la taza de Estefanic había una mosca. Delgado salió al corredor y lavó la taza en una canaleta que chorreaba con la lluvia torrencial. El aire fresco de la noche penetraba en el cuarto con un olor a agua.

—Que se quede un momento la puerta abierta —dijo Delgado—. El olor de la lluvia me alimenta. Me pone jubiloso.

Vació las últimas gotas de la botella y sacó otra.

—Por lo visto, tus reservas son inagotables; bebamos sin asco —dijo Estefanic con jovialidad y vació la taza.

Delgado lo miró.

—No sé qué hacer; ya veré lo que hago —dijo de pronto—. Me preocupa un poco la situación; se lo digo con toda franqueza. Su sola presencia me infunde optimismo y me da valor, don Nicolás. Quiero hablar concretamente y pedirle un consejo, una opinión, estoy desorientado. Nunca he vivido solo. Se vende la casa, se vende todo, no me opongo. Me iré a vivir por ahí, me llevaré mis discos, mis libros, algunos muebles. Mi tío tiene no sé qué negocios con un brujo, a quien me ofreció presentarme. Parece que quiere irse al Altiplano. Dice que el lago le sienta bien. Y me propone entrar en sociedad con el brujo, qué le parece.

—Según y conforme —comentó Estefanic—. Yo no sé quién será el tal brujo. Tu tío siempre anda metido con gente rara. Yo no critico ni acuso, pero de todas maneras esas sociedades me parecen un poco sospechosas. Sin embargo, quizá el brujo es una buena persona. Los brujos no suelen ser tan perversos como se los pinta. Pero cuidado con los proyectos descabellados; todo desatino tiene algún atractivo, es lo malo. Trabaja, escribe, haz algo. Lo demás es camino de perdición. Pero ya ves, yo mismo me doy cuenta de cuán ridículos son los consejos. Sólo el corazón tiene voz y voto. El doctor Sanabria podría aconsejarte en materia de negocios. Te quiere. Pero es un hombre escaso de miras. No tiene un pelo de loco. Su vida carece de poesía. Su escuela es la práctica. No por eso dejo de estimarlo en altísimo grado. A veces es extravagante y eso lo salva. Es hombre muy original. Y la gratitud que yo guardo por él es muy grande.

—La plata es lo de menos —dijo Delgado—. Gracias a Dios no tengo apego por la plata. El conflicto se me plantea en un orden totalmente distinto. Soy un sentimental y por eso mismo el sentimentalismo me revienta. Necesito construír un mundo objetivo que me nutra. Necesito crear mi propia fe, necesito incorporarme en un orden que me corresponda, en función de algo, por algo, para algo. De otro modo, el mundo invalidará mi propio mundo. Y en tal caso me veré perdido, puesto

que no tengo, lo sé muy bien, la capacidad de gobernar un mundo en su correlación con el mundo, tal como lo exigirían las circunstancias, si es que he de conservar el contacto con la realidad. Estos problemas me tocan; y son de mi directa incumbencia, precisamente porque soy un artista. Para resolverlos, o, cuando menos, para tratar de resolverlos, debo buscar un medio de expresión. Si no lo encuentro, querrá decir que no lo tengo. Y si no lo tengo, tendré que crearlo. En uno u otro caso, mi vida ha de tener un sentido. Acaricio la idea de fundar un partido político, fanáticamente nacionalista. Son cosas que se pagan caras, lo sé. Y si todo tiene su precio, habrá que pagarlo, sin la menor vacilación. Por eso es que me infunde espanto el camino que me queda por recorrer, no me avergüenza decirlo. Y es que yo quiero ser siempre lo que soy, a costa de lo que sea. Ningún poder humano podrá apartarme de este principio. Seré siempre lo que soy, contra viento y marea, y jamás me arrepentiré. Es éste mi único principio, mi única moral; el punto de partida soy yo. No pretendo nada, ni tengo planes para el porvenir. La figuración, los honores, la salud, el bienestar, la riqueza, el afán mundano, son cosas que me infunden asco. Amo mi tierra. Quiero ser como mi tierra. Quiero estar a la altura de ella. Unicamente pretendo ser lo que soy; nada más.

—Admirable —dijo Estefanic—. Tú lo sabes. Pero cuidado: tienes grandes aptitudes para caer al abismo.

—No sé —declaró Delgado—. Cuando uno aborda ciertos temas, corre el peligro de caer no ya en el abismo, pero en una retórica que suele resultar despreciable. Yo le abrí mi corazón, don Nicolás, y con eso basta; pasemos la hoja.

CAPITULO VI

Le venga o no le venga tenía que hablar del brujo. El brujo era su tema. Todo era hablar del brujo y de las hazañas del brujo —noche y día, tarde y mañana, Apolinar Borda insistía sobre el tema, hasta que finalmente, acabó por despertar sospechas en el ánimo de su sobrino, cuando le propuso entrar en sociedad con Juan de la Cruz Oblitas —que así se llamaba el brujo. "Pero ¿qué nos haríamos", preguntaba Felipe Delgado con estudiada seriedad, "en caso de que este famoso brujo no fuera sino un vulgar ladrón?". "¿Un vulgar ladrón?", protestaba Borda: "¡Eso sí que es chistoso, en tratándose del hombre más honrado, más recto y más correcto que pisa la tierra!". "¿Y si fuera un vulgar charlatán y no un brujo, qué nos haríamos?", insistía aquél. "¿Qué dices?", replicaba Borda: "¿Vulgar charlatán don Juan de la Cruz Oblitas, un hombre que con una sola mirada puede fulminar tranquilamente a cualquiera, y que con su sola presencia infunde terror a los brujos más temibles del país? Además es todo un caballero, y cuando lo conozcas ya vas a ver: es el hombre más servicial y más entretenido que pisa la tierra".

Y de tal manera, que al cabo de algún tiempo y después de haber insistido hasta el cansancio sobre el tema, Apolinar Borda vio por conveniente entrar en acción, y se presentó una noche de esas en el cuarto de su sobrino, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y el sombrero en la nuca, al parecer muy alegre pero no perdidamente borracho, y con aire de suficiencia y actitud apremiante, le anunció de sopetón que Juan de la Cruz Oblitas en persona se había dignado venir a visitarlo, poniendo especial énfasis en estas palabras y repitiendo una y otra vez: Juan de la Cruz Oblitas, él en persona; y luego le previno que el visitante estaba esperando en el corredor.

—¡Imagínate! —dijo—: ¡Juan de la Cruz Oblitas, él en persona se digna venir a verte, haciendo una gran concesión! ¿Te das cuenta? ¡Un hombre de semejante calibre!

Felipe Delgado miró a su tío: el anuncio no dejaba de causarle cierta impresión, tanto más porque estaba desprevenido, y simulando aprensión y angustia, declaró con fingida solemnidad que no convenía hacer esperar a un hombre de semejante calibre, y salió precipitadamente al corredor.

En este preciso momento, una imponente figura avanzaba lentamente abriéndose paso en medio de la penumbra, con los brazos abiertos y con gesto de regocijo: aquí estaba el hombre. Juan de la Cruz Oblitas extendió la mano y se presentó con las siguientes palabras:

—Juan de la Cruz Oblitas, Profesor en Ciencias Magnas y Naturales; a sus órdenes.

Aunque Delgado tenía fundamentos para sospechar la patraña urdida por el tío y por el brujo en esta inopinada visita, ello no obstante, estaba encantado con el personaje: "Estoy encantado con el personaje, tío; su sola gordura es ya algo digno de verse", dijo en voz baja a su tío, observando atentamente a este hombre moreno, entrado en años, con el sombrero en la mano y vestido de negro, con un saco ajustado hasta más no poder, por lo que los brazos se mantenían rígidos y considerablemente separados del cuerpo, dando una impresión muy chistosa y extraña. Unos ojitos negros y vivaces parpadeaban rápidamente; el cabello corto, hirsuto; la cabeza redonda; la nariz aguileña, muy pequeña, en contraste con los carnosos mofletes. La boca, grande y sensual, se agestaba con ironía.

Esta imagen le causaba mucha gracia a Felipe Delgado, el cual, escudriñando con impertinencia y mal disimulada curiosidad al personaje, se le acercó y, a tiempo de estrecharle la mano, de pronto le dio un pellizco en el moflete, y por todo saludo le dijo:

—¡Qué tal, gordo mañudo!

Y con esto surgió una situación harto enojosa. Juan de la Cruz Oblitas echó bruscamente el cuerpo hacia atrás; a juzgar por su expresión, había de estar intensamente alarmado. Y tan sólo atinaba a frotarse la cara con la mano empuñada, cuando al cabo exclamó:

—¿Qué es esto? ¿Una pesadilla? —y dirigiéndose a Borda, con extraño tono de angustia dijo—: ¡Me ha pellizcado la cara! ¡Usted es testigo!

—Soy testigo —asintió aquél sin vacilar y luego añadió—: Dios es grande; usted no haga caso; mi sobrino está afectado.

Oblitas parpadeó con rapidez, y estallando en cólera dijo:

—¡Entonces Dios es grande y su sobrino está afectado! ¡Es decir que puede venir tranquilamente y pellizcarme la cara, por el hecho de que está afectado! ¿No es así?

—Cabalmente —afirmó Borda con desconcierto—: Dios no permita que se tomen a mal mis palabras. ¡La muerte de su padre, hágame favor; eso es lo que lo tiene afectado! Mi sobrino es incapaz de molestar ni pellizcar a nadie. Esté usted convencido de que no lo hizo por maldad, sino simplemente, por pura broma y por puro jugar.

Delgado se mantenía a la expectativa. Hacía un esfuerzo para no estallar de risa.

Oblitas escuchaba con asombro y con incredulidad, torciendo la boca, empuñando las manos y temblando de ira, y finalmente dijo:

—¡Juan de la Cruz Oblitas no es una mansa paloma para que le vengan a pellizcar la cara por pura broma y por puro jugar! ¡Una mansa paloma no tolera que le pellizquen la cara!...

—Perdone usted, señor Oblitas —intervino ahora Delgado—: ¿La cara a una paloma? Perdone que tome literalmente sus palabras. Una paloma no tiene cara, y por mansa que fuera, no es posible pellizcarle la cara.

—Qué cinismo; no hablo con locos —declaró Oblitas con aire de dignidad dirigiéndose a Borda—: Yo exijo una explicación de usted. Usted y solamente usted tiene la culpa de todo. Usted que me trae con engaños a esta casa; jura y rejura que su sobrino estaba loco por conocerme, y yo vengo por puro cándido, y no bien acabo de entrar, sale el loco y se me abalanza, me cubre de injurias y me pellizca la cara, y usted, encantado con las hazañas del loco; y como si fuera poco, no contento con festejarlo, todavía lo defiende con todo cinismo, y viene y me dice que Dios es grande, que no haga caso, que mi sobrino está afectado; que le pellizque la cara, que lo cubra de injurias y lo

revuelque a patadas, a usted qué le importa, si todo lo hace por pura broma y por puro jugar...

—Mi tío Apolinar es un alma de Dios —declaró Delgado—. Mi tío no tiene la culpa de nada. Yo soy quien debe ofrecer a usted las explicaciones del caso, asegurándole que no tuve la más mínima intención de ofenderlo, y tan es así, que yo mismo me pregunto por qué soy así, cuando se me presenta alguien y me causa viva simpatía, cuando yo lo miro y cuando agarro y, en lugar de darle la mano, le doy un pellizco en el moflete. Ahora ya ve usted, señor Oblitas, con qué franqueza le hablo. ¡Ofensa no puede haber, de ningún modo, en un acto de pura cordialidad y simpatía!

—¡Explicaciones absurdas! ¡Disparates incompatibles con la enormidad de la ofensa! —rugió Oblitas encolerizado—. A ese paso yo podría cocinarlo a balazos o degollarlo tranquilamente, por pura cordialidad y simpatía, y lavarme las manos como si nada. Es peligroso jugar, amigo, cuando no se debe; es muy peligroso abusar, amigo. Quien en este momento habla, no tolera bromas. La situación es muy clara. Hay dos caminos: al ofensor le toca escoger. O usted me ofrece las explicaciones del caso, o yo acudo al lenguaje de las armas para lavar con sangre la ofensa. El ofendido es todo oídos.

Estas palabras fueron dichas con gran firmeza. Según todas las evidencias, iba en serio la cosa; Delgado lo advirtió, y como no quería ofender a este visitante ni mucho menos pasar a mayores, se propuso cambiar de actitud y con tono conciliador dijo:

—Señor Oblitas: líbreme Dios de ofender a un caballero. Yo lamento lo sucedido y le ruego aceptar mis disculpas. En realidad, la imagen de su persona se revela en admirable consonancia con las referencias que me proporcionó mi tío; en una palabra: yo estaba muerto por conocerlo, y mi tío no mintió cuando se lo dijo. Y tampoco mentiré yo, en estos momentos, al poner de manifiesto el enorme aprecio que guardo por usted, aunque tal vez no soy digno de su amistad y su confianza...

Y Delgado extendió la mano a Oblitas, que, en tales circunstancias, agradablemente sorprendido con aquellas palabras, no tuvo inconveniente en retribuir el gesto cordial y con tono amistoso dijo:

—Cómo no; cómo no; en realidad, usted no se imagina hasta qué punto yo comprendo. Ferocidad y locura no puede haber, allí donde existe calor humano; esa es la cosa.

Felipe Delgado expresó su complacencia con palabras deliberadamente rebuscadas; y luego, después de hacer entrar a las visitas a su cuarto, habiendo adoptado nuevamente cierto tono que, según estaba visto, tenía por virtud sacar de quicio a Oblitas, miró atentamente a éste y exclamó, en forma totalmente inopinada:

—¡Qué cosa seria! ¡Qué le parece, tomar la gordura como tal y la mañudería como cual!

Con alarma ante la intempestiva salida, Borda dirigió una mirada de soslayo a Oblitas.

—¡Qué afan de salir por la tangente mi sobrino! —comentó.

Oblitas por su parte estaba visiblemente alterado. Recapacitó un momento y al cabo dijo:

—Fíjese bien, señor Delgado; por última vez se lo prevengo: no estoy dispuesto a tolerar insolencias. No son insultos, ya lo sé, son palabras de un demente; nadie se ofende con ellas —y con gran severidad exclamó—: ¡Haga gala de ingenio con sus amigos, conmigo no tal! Yo le pido se abstenga mientras no le brinde mi confianza; tenga la bondad; esta situación no tiene sentido. Respete su persona.

—Usted se equivoca al juzgar mis actos —replicó Delgado poniéndose muy serio de pronto—. La verdad es que yo me equivoqué al juzgarlo a usted, y por pura candidez asumí una actitud totalmente reñida con las circunstancias. Sin embargo la cuestión es muy simple. A toda costa se debe evitar el trato con gente cuya presencia nos desagrada. Hay que huír de esa gente como de la peste. Yo lo lamento. Permítame que se lo diga. No puedo admitir que los amigos de mi tío vengan a plantarse en mi propia casa y se den el lujo de juzgar mis actos a título no sé de qué, confundiendo la amabilidad con la debilidad, el humor con la estupidez, después de haberme amenazado descaradamente con hacer uso del lenguaje de las armas... ¡Un momento; déjeme hablar!... Es usted dueño de llevar adelante sus amenazas; hágalo el momento que le plazca; a mí eso me tiene sin cuidado. Por mi parte, soy dueño de hacer bromas cuando

me dé la gana, como también puedo inhibirme, si es que me da la gana; según parece, tengo que habérmelas con un personaje muy solemne, esa es la cuestión. Con todo, permítame añadir algo —dijo ahora, y con tono resuelto declaró—: Estoy dispuesto a dejar a un lado cualquier falso orgullo; en honor a mi propia sinceridad estoy dispuesto a reconciliarme con usted y olvidar este incidente, señor Oblitas. Usted tiene la palabra.

—Desconcertante —dijo Oblitas esbozando una sonrisa—. La sinceridad es cosa desconcertante; el hombre suspicaz la ignora. Yo comprendo mucho más de lo que usted se imagina; ya se lo dije; pero sin embargo le rogaría no seguir burlándose de mí, por lo menos hasta que yo comience a burlarme de usted —añadió con tono festivo—. ¡Necesito un pequeño respiro; usted me abruma, no me deja desenvolverme! En fin; para chistes y bromas yo no me corro, dígame; de ser gordo claro que lo soy; pero mañudo, eso sí que no. Precisamente me gustaría saber qué entiende usted por la palabra mañudo, amigo.

—¡Hombre de mundo! —declaró Delgado sin vacilar y sonrió, señalando a Oblitas con aire amistoso—. El hombre de mundo es un verdadero as, en tratándose de ironías y de sutilezas. Profundo conocedor de almas, perdona los yerros y saca partido de los defectos del prójimo. Dueño y señor del dolor y de la alegría, enseña y ríe, puede llorar, sabe perdonar, es desprendido, y no se para en pequeñas; pone en práctica todas las virtudes y vicios habidos y por haber. Espíritu amplio, su horizonte no conoce límites; y así como sabe ser bueno, también sabe ser malo. Tal la imagen de su persona, señor Oblitas; usted perdone mi franqueza.

—¡Qué soberbia definición! —comentó Borda sonriendo y dio una palmada en el hombro a Oblitas, para luego añadir—: El hombre de mundo es un sabio; el hombre de mundo tiene la paciencia de Job; y si me equivoco, ahí está mi sobrino para hacérmelo notar.

—Precisamente —dijo Delgado—; ahí tiene usted, señor Oblitas: el hombre de mundo es un santo; y si me equivoco...

—Ahí está su tío para hacérselo notar —comentó Oblitas con buen humor, y luego añadió—: Sea dicho de paso: es peligroso jugar con la palabra; palabra suelta no tiene vuelta. Que el señor Delgado no lo olvide.

—No lo olvidaré, profesor Oblitas —declaró Delgado, y luego propuso—: ¿Unas copitas? Disculpe usted; aunque casual por cierto, no deja de ser chistosa la consonancia de copitas con Oblitas; pero todavía no le ofrecí una silla. Siéntese.

—Así que sea —dijo Oblitas.

Y con mal disimulada satisfacción, se posesionó del asiento. Borda salió a toda carrera; en seguida volvió con una botella y tres copas. Delgado ofreció un brindis, exclamando:

—¡Yo bebo a la salud del señor Oblitas!

—Y yo, por la ventura y dicha del señor Delgado —repuso Oblitas cogiendo la copa, en la que humedeció sus labios.

Borda bebió de un golpe; hizo un brindis por el futuro, y luego dijo:

—Señores: qué les parece si hablamos en serio; los negocios son los negocios. Aquí don Juan de la Cruz nos ofrece una brillante oportunidad para hacer plata —y dirigiéndose a Delgado, añadió—: Ya te hablé del asunto; es cuestión de que te decidas de una vez, y aproveches la oportunidad para sentar las bases de una sociedad ganadera, industrial y comercial. Tú entras como socio capitalista; y nosotros dos, como socios industriales. Pero dejemos que te lo explique don Juan de la Cruz. Don Juan de la Cruz —dijo a éste—: no sea usted así; me encomiendo a su benevolencia; explíquele a mi sobrino los alcances de la sociedad que tenemos en mente.

—Cómo no, con el alma —asintió Oblitas—. Pero ante todo, sería bueno saber qué opina su sobrino. A lo mejor no se interesa por la sociedad que tenemos en mente; y si tal fuera el caso, entonces no valdría la pena gastar saliva explicándole nada.

Ante el mutismo de Delgado, que miraba a uno y otro lado y que, al parecer, no se daba por aludido, Borda consideró oportuno hacer un comentario. Y dijo:

—No hay pena. Para saber hasta qué punto se interesaría mi sobrino en los negocios, habría que preguntarle si conoce alguna persona a quien no le guste ganar plata. Ponte la mano al pecho —dijo a Delgado—: piensa un momento, antes de contestar a esta pregunta: ¿Te gusta o no te gusta ganar plata? ¡Sé franco!

—No me gusta —contestó Delgado con tono rotundo—. Pero, una cosa es que me guste o me disguste ganar plata, y otra

muy diferente que me guste o me disguste entrar en sociedad con ustedes. En una palabra: si a mí me diera la gana, yo entraría en sociedad con ustedes, pero no porque me guste o me disguste ganar plata.

Atento a la estupefacción con que Oblitas escuchaba estas palabras, Borda preguntó:

—¿Y entonces en qué quedamos?

—Quedamos en que el señor Oblitas me explicará los alcances de la sociedad que ustedes tienen en mente —dijo Delgado.

Para gran alivio de Borda, que observaba atentamente a Oblitas, éste no había notado el tono de burla de Delgado que, al referirse a la sociedad que ellos tenían en mente, lo hacía de un modo muy especial, poniendo énfasis en dichas palabras con la intención de ridiculizar a los gestores de la misma.

La suposición de Borda se vio confirmada cuando Oblitas, en respuesta a las palabras de Felipe, asumió una actitud más bien solemne y dijo:

—Muy bien, señor Delgado; con todo gusto le explicaré los alcances de la sociedad que tenemos en mente. Pero antes, le diré una cosa, yo soy franco; he notado no sé qué locura: me apena haber hecho una vivisección de su alma. El acto cometido por usted al pellizcarme la cara dice mucho. No es meramente un acto de audacia o de atrevimiento, no es una travesura, una ocurrencia más, ni tampoco un acto de burla, no amigo, es mucho más que todo eso. Según don Apo, usted estaría afectado con la muerte de su señor padre, pero no hay tal, según yo sostengo, sino que la muerte propiamente dicha es lo que lo tiene siempre afectado. ¿Porqué los niños y los ancianos serán objeto de amor, de interés, de curiosidad y de ternura, sino simplemente porque emergen de la muerte los unos, en tanto que los otros se sumergen en ella? Una sola cosa nos llama la atención; una sola cosa nos conmueve, una sola cosa nos hace vivir, y es el pensamiento de la muerte, lo demás es lo de menos. El pensamiento de la muerte es el más poderoso acicate de nuestras capacidades; su influencia opera milagros, dígame, es positiva hasta no más. Y precisamente con respecto a usted, la cuestión va más lejos; en realidad, usted no hace caricias a gil y mil y pellizca a medio mundo porque sí, sino porque todos y cada uno de los seres que lo rodean están muertos, al menos

para usted, o sea que, en conclusión, todos están muertos, amigo, menos usted, en el mundo en que usted habita. Tanto amor, tanta vida, tanta congoja, tanto desconsuelo por la muerte de los seres, más bien que por los seres mismos, es algo que me da mucho en qué pensar y me da pena, ofreciéndoseme una visión aterradora, señor Delgado, o sea, la soledad de su alma. Los seres no lo aman a usted. Ellos carecen del amor de la muerte con que usted los ama, dígame. Precisamente es por esto por lo que dije que había notado no sé qué locura, amigo, apenándome de haber hecho la vivisección de su alma. Ahora ratifico lo dicho, y al mismo tiempo, volviendo a repetir que el acto cometido por usted al pellizcarme la cara dice mucho, hago notar que no fui temerario al decir lo que dije...

Oblitas fue interrumpido por Delgado que, poniendo de manifiesto una sincera admiración, exclamó en este momento:

—¡Caramba, qué extraordinaria penetración psicológica! ¡La agudeza de su pensamiento me asombra!

—A mí también me asombra —afirmó Oblitas—; sólo que la psicología me importa un comino. La verdadera sabiduría no se encuentra sino en las cosas; el hombre sabio, si realmente lo es, buscará en las cosas pero no en el hombre, y allí encontrará la sabiduría para desentrañar los misterios que rodean a éste.

—Un punto de vista muy original —dijo Delgado.

—Así parece —repuso Oblitas esbozando un gesto indefinible, y con tono cortante dijo—: Pero dejemos el tema; ya dije lo que tenía que decir al respecto; y cumplí con un deber moral. Ahora paso a explicarle los alcances de la sociedad que don Apolinar y el que habla tenemos en mente. Y lo haré, en el entendido de que ha de ser un socio potencial, y no precisamente un simple curioso quien me escucha.

—Hágalo —dijo Delgado amablemente—, en el entendido de que no será un simple curioso precisamente, sino un socio potencial quien ha de escuchar sus palabras.

—Claro; así nomás tiene que ser —repuso Oblitas—; y tanto más si se trata de cuestiones serias. Pues imagínese, entrarán en juego muchos intereses una vez formada la sociedad, al servicio de la cual habré puesto yo algunos de mis inventos, y entonces ya se verá quién es quién.

—¡No sabía que también era usted inventor! —exclamó Delgado.

—¿No lo sabía? —dijo Oblitas—; por extraño que pueda parecerle, soy inventor, y tengo una serie de inventos revolucionarios. Tan es así, que en un futuro inmediato pondré en práctica mis novísimos procedimientos para beneficiar el ganado ovino, y luego, mis técnicas secretas para la fabricación de fuegos artificiales, con ingenios, colores, formas y efectos de una belleza tan impresionante, que no han sido vistos ni siquiera en la propia China, dígame, y eso que los chinos son los inventores de los fuegos artificiales; y naturalmente, estos novísimos fuegos artificiales, fabricados por el que habla, causarán verdadera consternación en nuestro medio. ¿Será una ventaja, o será una desventaja el ser soñador y hombre práctico a la vez? Yo no sé; pero lo único que sé, es que puedo conciliar perfectamente los extremos, en lo espiritual y en lo material. Tocante a esferas más elevadas, le diré que no creo en el tres, ni tampoco en el uno. Soy devoto de Zaratustra, semidiós y mago por quien guardo un fervor que no conoce límites; en cuanto al cristianismo, mis capacidades para asimilar tan alta doctrina han sido siempre escasas. Soy aymara, y con esto queda dicho todo. Este servidor, quien le habla, ha luchado a brazo partido defendiendo sus principios. Acosado por la adversidad y por el dolor; por el odio de enemigos poderosos; por la envidia de comediantes despreciables, pasando pruebas amargas y difíciles, sólo pude ir adelante gracias a mi entereza moral. La alfarería, el pastoreo y la agricultura han ocupado mis años de infancia y primera juventud. Posteriormente corrí mucho mundo, pero no aprendí nada absolutamente, sino de retorno y por oposición, habiendo comenzado mis estudios a partir del cero. Los cielos de otras latitudes serán bellos, las ciudades lo serán, pero créame, para mí no lo son. Los extranjeros son feos. Son ladrones, habladores, hipócritas, mentirosos. El progreso es depravación.

—¡Don Juan de la Cruz conoce la Oceanía y la India como la palma de su mano! —afirmó Borda, y se quedó mirando al aludido.

—¡La Oceanía y la India como la palma de su mano!— repitió Oblitas con sarcasmo—. Eso será verdad, pero sólo hasta cierto punto. ¡Como si don Apo no supiera lo difícil que es conocer una cosa, y todavía quiere que uno conozca como la palma de su mano esas dilatadas regiones del globo! —comentó con benevolencia, y luego se dirigió a Delgado y dijo—: Pero no nos apartemos del tema, señor Delgado; según tengo entendido, don Apo ya tuvo oportunidad de adelantarle algo sobre el asunto. En realidad, bastará poner las cartas sobre la mesa para entendernos en una cuestión por demás simple. Efectivamente, quiero manifestarle con toda franqueza que requerimos de su concurso financiero. Quiero ser breve; no quiero cansarlo; iré por partes. Ante todo, hago notar que no se trata de una sociedad ganadera, industrial y comercial, como don Apolinar ha manifestado erróneamente, sino que se trata, pura y llanamente, de una sociedad comercial a secas. Como usted comprenderá, una sociedad comercial puede abarcar actividades muy amplias, o bien muy restringidas; puede dedicarse a fabricar, a comprar, a vender, a importar, a exportar, a rescatar, a alquilar, a fletar, a arrendar, a prestar, a supervisar mercaderías y especies de la más diversa índole; y puede, asimismo, dedicarse solamente a rescatar y a fabricar, como ocurre en el presente caso. Pues nosotros hemos tenido muy en cuenta el proverbio según el cual quien mucho abarca poco aprieta, de modo que la sociedad que tenemos en mente abarcará tan sólo dos aspectos, a saber: el rescate de corderos y la fabricación de fuegos artificiales. No pecaré yo de alabancioso al afirmar que mi experiencia en dichas actividades es verdaderamente inmensa, como que, en tal virtud, tampoco pecaré de temerario al asegurar que las ganancias en perspectiva son más que pingües. De convertirse en socio nuestro, señor Delgado, usted percibirá una renta líquida del diez por ciento mensual sobre sus aportes de capital. Al cabo de diez meses se habrá doblado su capital, amigo, y sin que usted haya movido un solo dedo. En cuanto a garantías, las hay, reales y materiales: en la calle Rodríguez, en el corazón de la ciudad, allí donde palpita lo más noble, lo más auténtico y viril del espíritu paceño, se yergue el humilde fruto de años y años de privaciones y de sacrificios, un inmueble que poseo yo, con dos patios, cinco tiendas, catorce cuartos, luz, agua corriente y alcantarillado, totalmente libre de deudas y con impuestos al día; el cual puedo yo ofrecer a usted, en calidad de primera hipoteca si gusta —dando a entender que había terminado, se que-

dó mirando a Delgado, y en vista del silencio que guardaba éste, bebió su copa y dijo resueltamente—: No sé si le convendrá; ahí tiene usted, señor Delgado; tales son los alcances de la sociedad que tenemos en mente.

—Ya lo veo —dijo Delgado con tono vacilante, y añadió—: Pero eso de ganar plata sin mover un dedo no me gusta.

—No hay tal —repuso Oblitas animándose de pronto—; en realidad no hay tal; un exceso de escrúpulo le hace pensar de ese modo. ¿Acaso es poca cosa exponer su capital? Usted sabe que en todo hay riesgo, dígame, y no dejará de existir, al menos mientras los imponderables y las circunstancias imprevisibles existan. ¿Qué haría usted con mi casa si se entra el lago Titicaca, por ejemplo, o la Tierra choca con la Luna, o los paraguayos o los chilenos invaden nuestro territorio?

—¿Qué haría? —dijo Delgado a su vez—: ¿Si el mundo se cae o yo me muero, qué haría con su casa? ¿Y cuánto necesitan ustedes para la sociedad que tienen en mente? —preguntó de pronto con una seriedad que, positivamente, llamó la atención a Oblitas.

—Ocho mil bolivianos como mínimo, y veinte mil como máximo —declaró éste sin vacilar.

—Así me gusta —dijo Delgado con tono categórico—. No me equivocaba al decir que usted era un gordo mañudo, señor Oblitas, en el buen sentido por supuesto —añadió, y se puso a reír estrepitosamente—. Si bien desprecio el dinero —dijo ahora con seriedad—, tengo que respetar el que perteneció a mi padre, pusto que él es quien lo ha ganado, bien sabe Dios a costa de qué esfuerzos. Yo, por mi parte, no tengo idea de cómo se podrá ganar dinero. Y aunque lo supiera, me resistiría, no lo haría. Dada esta extraña incapacidad, estoy condenado a la miseria. Pero menos mal que la miseria no me espanta. Y ahora fíjese, señor Oblitas: mi padre ha dejado cuantiosos fondos en el banco; ya en vida de mi padre, yo manejaba estos fondos, y los sigo manejando, naturalmente. Se entiende que con la muerte de mi padre yo pasé a ser dueño de sus bienes, por más que todavía no se hayan hecho los trámites del caso. Pero de todas maneras,lo que yo haga estará bien hecho. El que yo confíe en la buena fe de usted, señor Oblitas, y que le profese un gran cariño a mi tío Apolinar, son razones suficientes para entrar en sociedad con ustedes. Mañana mismo les daré los ocho mil bolivianos. Mi tío irá con un cheque a recoger la plata del banco.

Tanto Oblitas como Borda, los dos por igual se quedaron atónitos.

—Pero —dijo ahora Delgado—, no quiero garantías de ninguna clase; no necesito casas, ni hipotecas, ni documentos, ni recibos, ni juramentos, ni papeles, ni nada en absoluto. Si yo entro en sociedad es porque me da la gana, pero no porque quiera ganar plata, o por temor —añadió, mirando a Oblitas— a que usted me mande a la eternidad o me fulmine con una mirada. Pero le ruego escuchar una cosa, señor Oblitas —dijo, asumiendo una actitud ante la cual se asustó aquél—: Tenga usted en cuenta que soy hombre de principios, y que, por otra parte, no soy un calzonazo; le prevengo que si me salta usted con cuentos y no me devuelve mi plata cuando yo se la pida, lo mato.

—Tenga usted seguro que no llegará el caso —replicó Oblitas con serenidad—: Y se lo aseguro porque en primer lugar, soy honrado; y en segundo lugar, sé estimar mi pellejo. ¿Pero qué hago yo si usted me pide su plata de un momento al otro? Ante todo, sería bueno estipular un plazo.

—¿Qué le parece un año? —propuso Delgado.

—¡En ese caso duermo tranquilo! —exclamó Oblitas—. Pero permítame señor Delgado —dijo ahora, y se rascó los mofletes—: Quisiera hacer un comentario muy de pasada. He observado una cosa. Cuando usted sonríe, y cuando las comisuras de sus labios se relajan, se arquean y se confunden con las mejillas, brilla una infinita bondad en su rostro, tornándose, empero, sumamente cruel y despiadada la expresión cuando usted se ríe a carcajadas.

Delgado, visiblemente turbado, enrojeció al escuchar estas palabras y guardó silencio.

—¡Qué formidable don Juan de la Cruz! —comentó Borda en cambio—. ¡Usted sí que tiene un ojo clínico! —añadió, y luego salió corriendo en busca de una segunda botella, que abrió en seguida.

En el ínterin, Delgado y Oblitas, cada cual por su lado, habíanse quedado callados, mirando pensativamente ante sí.

—Prácticamente, la sociedad ha quedado fundada esta noche —declaró Borda—; ahora se impone celebrar tan magno acontecimiento. Yo te agradezco de todo corazón, Felipe —dijo a su sobrino—. No te harás pesar, ya verás que no —llenó las copas, bebieron todos, las volvió a llenar y, con extraordinaria locuacidad, empezó a contar casos y cosas de Felipe Delgado—. ¡Mi sobrino es de lo que no hay, don Juan de la Cruz! —exclamó, mirando de soslayo a Felipe, que, al parecer, escuchaba complacido—. Era famoso en todo el barrio, como también más allá del barrio; y todos creían que era loco, imagínese. ¿Te acuerdas cuando andabas del brazo con una gitana por calles y plazas? —preguntó a Felipe—. Entre sus amistades había gente contrahecha, rara y formidable —prosiguió diciendo—: cojos, tuertos y mancos. Pero para que conste: en tratándose de los intereses ajenos, mi sobrino es y ha sido extremadamente serio, responsable y ordenado, mientras que en tratándose de los suyos propios, no le digo nada. Sacaba la cara por los mendigos, por los maleantes, por los aparapitas. Actualmente le encanta ir a la morgue, a la hora crepuscular, para quedarse horas enteras contemplando los cadáveres, para recibir un baño de luz, según dice él. Y según me imagino yo, así debe ser realmente la cosa. Mi sobrino tiene sus caprichos.

—Esas son otras cuestiones, y no tienen nada que ver con lo que nos cuentas, tío Apolinar —observó Felipe—. Sería mejor que vuelvas a los pasados tiempos.

—¡Se entiende que todo tiempo pasado fue mejor! —comentó Oblitas.

—Naturalmente —dijo Borda—. Aquellos tiempos de terror, con las amistades de mi sobrino, unos personajes que parecían del otro mundo. "¿Eres loco, o poeta, para fascinarte hasta tal extremo con esa gente tan peligrosa y atroz?", le decía su padre cuando se enojaba. Una vez, la aparición de mi sobrino con una banda de músicos fue el acabóse. Marcó época en la casa. Y cosa rara, no era carnaval, ni se celebraba nada, era un día ordinario. Me acuerdo que ni siquiera era domingo. Un viejo, de estatura imponente, de barba blanca y blancos cabellos, con botas y sin sombrero, portaba un estandarte y llevaba la batuta. Todos estaban borrachos, y comenzaban a subir las gradas con mi sobrino a la cabeza, cuando apareció su padre y lo llamó.

Estaba colérico. Felipe le dijo: "Quiero presentarte a unos amigos, papá, son músicos". "No te atrevas", le dijo su padre. "Si no los arrojas tú, los arrojaré yo". "¡Pero papá, no cometas el pecado de atentar contra la alegría de tus semejantes!", le dijo respetuosamente Felipe. Todo el mundo estaba pendiente de la escena; mi concuñada Lía temblaba de miedo, atisbando desde un rincón del corredor; y yo, en la puerta del salón, estaba en espera de los acontecimientos, situado en un campo estrictamente neutral. A todo esto, el viejo había reemprendido la marcha gradas arriba, mientras los de la banda lo esperaban; poco a poco, tambaleándose y con el estandarte en alto, llegó al corredor, y se plantó en posición de firmes. Entonces avanzó resueltamente, a paso marcial; se enfrentó con mi cuñado, y en medio de un silencio de muerte, se prosternó de hinojos, y exclamó con voz potente: "Piedad para el vencido!". Mi cuñado, que no se había movido un milímetro, se quedó frío; pero al cabo, se puso rojo como un camarón y, según me consta a mí, ello se debía a que estaba aguantándose de reír, seguramente por haberle causado gracia una escena tan extraña en su propia casa, cuando de repente, dio media vuelta y abandonó bruscamente el campo, dando a entender que el vencido era él. Y entonces desapareció en sus habitaciones. Mientras tanto el viejo se había levantado. Mi sobrino le hizo una seña, y los músicos empezaron a tocar con todas sus fuerzas, subiendo en tropel al corredor. A todo esto, ¿qué podía hacer yo? Precisamente hice circular cerveza, cerveza y más cerveza para saciar a la gente sedienta. Tocaban cuecas y boleros con mucha alma; mi sobrino lloraba y de rato en rato gritaba: "¡Viva Melgarejo! ¡Viva el Capitán del Siglo!". Y finalmente se quedó dormido en las gradas, y los músicos se fueron tranquilamente, con el estandarte y con el viejo.

—¡A ver, tío, cuéntale al señor Oblitas mis aventuras en el hospital! —dijo Delgado mientras se desternillaba de risa, entusiasmado con el relato de su tío.

—Las aventuras de mi sobrino en el hospital son, desde luego, muy célebres y sumamente macabras, a mi leal saber y entender —afirmó el condescendiente Borda, con un tono al par misterioso y festivo—. Claro que semejantes aventuras no habrían podido realizarse jamás, de no mediar el concurso de unas

buenas copas. Quién le dice a usted que una noche, mi sobrino se presenta en mi cuarto, desenvuelve un paquete y saca a relucir un pie humano, me lo muestra y me pregunta si no sabría yo decirle dónde podría guardarlo. "En la cocina", le dije yo por salir del paso. Y era de ver el escándalo al día siguiente. La pobre cocinera encontró el pie en la cocina, y notificó del macabro hallazgo a mi concuñada. Mi concuñada notificó a mi cuñado. Y mi cuñado notificó a la policía. Resultado: a las doce del día, todos los vecinos de la casa a comparecer como sospechosos de un presunto asesinato ante el estrado del comisario, quien exhibía el cuerpo del delito, o sea el pie. El portero de la morgue compareció en calidad de testigo, y declaró que Felipe le había dado una propina al ser sorprendido hurgando el pie, y que este pie, o sea el pie que exhibían en la policía, en realidad no era ningún pie, sino precisamente el pie que Felipe había robado. Lo peor es que por aquel tiempo se había desencadenado una espantosa epidemia de fiebre exantemática, y ni por esas mi sobrino dejaba de ir a la morgue. Aparecía en casa y nos hacía asustar, ya con un pie, ya con una cabeza, ya con una mano, ya con un brazo. Por todo lo cual, se podía pensar seriamente que estaba volviéndose loco. Una aventura verdaderamente célebre es la que voy a contar ahora. Y sucede que mi sobrino agarra, se presenta una mañana en el hospital y acude a las monjas, diciendo que era un leprólogo colombiano que quería estudiar casos de la enfermedad en el Altiplano. Las monjas se movilizan y lo conducen al pabellón de hombres. El leprólogo hace formar a los leprosos, los mira y los remira, y lanza una pregunta: "¿Cómo resuelven ustedes su problema sexual?". "No sabemos cómo resolverlo", le contesta un paciente. Entonces el leprólogo se le acerca, le pellizca la cara, y luego le dice: "¡Ajá, mi capitán!". Luego sale, se hace conducir al pabellón de mujeres y las hace formar, las mira y las remira, y lanza idéntica pregunta: "¿Cómo resuelven ustedes su problema sexual?". "¿Y cómo quiere usted que lo resolvamos, si no tenemos con quién?", le contesta una paciente. Y entonces, don Juan de la Cruz, ¿sabe usted qué hace mi sobrino el colombiano? Se acerca a la paciente, le da un pellizco en la mejilla, y le dice: "¡Ajá, mi capitana!". Y luego se despide con toda cortesía de las leprosas y luego de las monjas, que seguramente se quedan

estupefactas con los extraños procedimientos, sin duda revolucionarios del famoso leprólogo colombiano, que se aleja del hospital, muy feliz de la vida.

—¡Y ahora tío, cuéntale a mi sobrino las aventuras del señor Oblitas en la ciudad! —exclamó Felipe festivamente.

—Siempre que me presentes a tu sobrino —replicó Borda en consonancia con el chiste; y luego dijo—: Pero hablando en serio: ¿Te acuerdas de esa señora que se zurró de miedo cuando le adivinaste la suerte? Tal como suena, don Juan de la Cruz —declaró el tío de Felipe—: una señora, a quien mi sobrino le estaba adivinando la suerte en el hospital, se zurró de miedo cuando él le dijo: "Señora: lamento comunicarle que dentro de tres días usted morirá"... Y lo terrible del caso fue que efectivamente, a los tres días la señora murió. ¿O me dejarás mentir, Felipe?

—No te dejaré mentir, tío. El hecho es absolutamente real. A los tres días justos de habérselo anunciado, la señora murió. Pero ahora, si eres tan amable, cuéntale al señor Oblitas el caso de la muerte de Vittoretti.

—Cómo no —asintió Borda—. Dígase lo que se quiera, hay que reconocer que el caso de la muerte de Vittoretti es sencillamente atroz. ¿Ve usted esa repisa, don Juan de la Cruz? —preguntó, señalando con el dedo una repisa en la pared, y luego declaró—: Esa repisa es la muerte de Vittoretti.

Oblitas se acercó a la pared y miró.

Era una repisa esquinera, de regular tamaño, tallada en madera y colmada de los más diversos objetos, los cuales formaban un extraño conjunto, dando la impresión de que la totalidad tan sólo podía realizarse en virtud del encuentro, tal como si todos y cada uno de aquéllos no hubiesen sido creados sino para permanecer allí, como parte integrante e indivisible de la repisa. Unos trozos de carbón, una taza de fierro enlozado conteniendo una materia que parecía ser tierra, un dado, un pan, y otros objetos, difíciles de identificar, yacían cubiertos de polvo sobre la repisa, mientras que en el borde de la misma, colgando de unos hilos y de unos alambres, podía verse un picaporte, un guante de lana, una perilla de las que se usan en las puertas, un zapato y un papel, muy arrugado y roto, que, al parecer, era una carta. Oblitas alargó la mano, tocó la pe-

rilla y la hizo mover, cuando en este momento, una araña se deslizó rápidamente en el contorno de la repisa y desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

—Se trata de un arte sin artificio —dijo Oblitas. Volvió a sentarse y comentó—: Es algo que verdaderamente me llama la atención, señor Delgado, esto que usted ha llamado la muerte de Ivanzeti.

—La muerte de Vittoretti —corrigió Felipe—. Todas cosas robadas en el hospital —explicó—. Menos la repisa. Es un poema. Los poemas se hacen, no se escriben. De escribir, si uno quiere, puede escribir; pero no antes de haber hecho. Ante todo es necesario conocer. Y para conocer, es necesario hacer. En cuanto a la muerte de Vittoretti, si yo lo quisiera, en este mismo momento podría escribir un poema. Pues el poema está ya hecho, ahí en la repisa. De otro modo no sería posible. Si falta el hecho, si falta el acto, un poema no será tal, sino un mero papel. Por esta razón yo desconfío de la literatura, señor Oblitas, por lo mismo que la realidad no puede inventarse. O mucho me equivoco, o la realidad es ante todo una creación.

—¿Y cómo fue la muerte de Vittoretti? —preguntó aquél.

—Mi tío Apolinar se lo contará —repuso Delgado.

El aludido tomó la palabra:

—Efectivamente —dijo—, yo le contaré, como que fui testigo de las atroces circunstancias en que murió Vittoretti. Y fui testigo por puro cantor, gracias a mi sobrino; él me llevó con engaños a un galpón que, según me di cuenta con horror, era nada menos que una sala de locos. Y en esta sala de locos estaba Vittoretti. Pero, si cabe preguntar quién era Vittoretti, la respuesta no se hace esperar, pues todos saben quién era Vittoretti, el poderoso industrial italiano radicado en Bolivia, amigo íntimo de Benito Mussolini; pero sin embargo no todos saben las circunstancias en que murió, como tampoco saben que se volvió loco al verse en la más absoluta miseria, de la noche a la mañana, habiendo sido sus propios familiares, según dicen, quienes lo hicieron arrojar en un sótano del hospital, en que los locos de atar se amontonaban por docenas, abandonados de la mano de Dios. Si mal no recuerdo, era un domingo por la mañana cuando yo de repente me vi allí, y sin saber leer ni escribir, presencié la muerte de Vittoretti. "¡Tío, ven, ven aquí,

quiero presentarte al señor Vittoretti!", me dijo Felipe y me llevó a un rincón, presentándome o, diré mejor, mostrándome a un señor, tendido sobre unos harapos, totalmente desnudo, tan calvo como una bola de billar, más flaco que un esqueleto y que, en aquel preciso momento, se revolcaba en sus propios excrementos y botaba espuma por la boca, lanzando horrorosos alaridos y pidiendo desesperadamente un cura. "¿No ves que se está muriendo el señor Vittoretti, y nadie hace nada por socorrerlo?", me dijo mi sobrino. "¿Y qué quieres que yo haga?", le dije yo. "Nada", me dijo él; "yo iré a buscar un cura, por lo menos para cumplir su deseo, y tú te quedarás aquí, cuidando al señor Vittoretti". Y salió mi sobrino a toda carrera, dejándome a merced de los locos que pululaban a mi alrededor, sin que yo pudiera ni siquiera moverme de puro susto, mientras se reunían por montones y como si el diablo los hubiese llamado, para observarnos a mí y al moribundo con unas miradas inexpresivas y espantosas. Este tormento duraba para mí una eternidad; pero quién le dice que de repente aparece mi sobrino como una tromba, y se abre paso por entre los locos, mientras un cura lo seguía: y era nada menos que el Capellán General del Ejército, según más tarde llegaría a saber. "¿Qué novedades?", me preguntó mi sobrino; y se dirigió al cura y le dijo: "Aquí está el señor Vittoretti, monseñor; llegamos a tiempo". El cura se acercó; Vittoretti seguía gritando y revolcándose, el cuerpo cubierto por la inmundicia y la espuma rebalsando por la boca. Y lo que entonces ocurrió es algo que hasta ahora no he podido explicarme, aunque tácitamente se explique, pero en todo caso, jamás se borrará de mi mente. Como ya dije, el cura se acercó; y en momentos en que se inclinaba sobre el suelo, Vittoretti volvió la cabeza, dando la impresión de haber experimentado un súbito cambio o mejoría, y se quedó mirando fijamente al cura. Instintivamente, yo me alejé unos cuantos pasos y me paré detrás de Felipe, que estaba al lado de aquél. El silencio era completo; los locos, idiotas o qué diablos, continuaban allí, cerca del rincón, y observaban la escena, cuando de pronto, en forma totalmente imprevisible, Vittoretti dio un salto, se incorporó, rápido como el rayo, y se abalanzó sobre el cura. Las cosas ocurrieron en cosa de segundos; yo vi con espanto cómo Vittoretti cogía por el cogote al cura y lo zaran-

deaba como a un pelele, y lo injuriaba y gritaba con voz cavernosa: "¡Desaparece, maldito hijo del diablo!". El cura pataleaba como un demonio; no podía gritar, y sólo emitía unos ronquidos y unos gemidos de lo profundo de la garganta, mientras su cara se ponía más y más morada, momento tras momento. Sin lugar a dudas, Vittoretti habría terminado por estrangularlo, de no haber ocurrido lo que ocurrió en este preciso instante, poniendo fin a la espantosa escena, cuando Vittoretti cayó al suelo como fulminado, profiriendo un horrendo alarido y quedándose tieso, con los ojos saltándosele de las órbitas y la boca abierta; pues cuando nos acercamos ya era cadáver. Ahí tiene usted la muerte de Vittoretti, don Juan de la Cruz —terminó diciendo Borda.

Delgado se había quedado dormido a todo esto, y Oblitas dijo:

—Qué historia más impresionante y rara, amigo, la muerte de Vittoretti; pero el señor Delgado se nos quedó dormido, dígame.

—Una pena —repuso Borda señalando las botellas vacías y luego dijo—: Ha tomado mucho; habrá que hacerlo acostar.

Delgado estaba completamente borracho; en efecto, había bebido él solo, prácticamente las cuatro o cinco botellas que ahora estaban vacías sobre la mesa.

—Más bien hágalo despertar —dijo Oblitas—: Quisiera verle la suerte.

—A lo mejor se enoja —objetó Borda—; usted no lo conoce.

—Hágalo despertar —insistió Oblitas—. Yo respondo si se enoja.

Con grandes esfuerzos, Borda hizo despertar a Delgado. Este se quedó atontado y con los ojos abiertos mirando el vacío.

Oblitas se acercó y miró fijamente a los ojos de Delgado para adivinarle la suerte, y al cabo, se dio por satisfecho declarando lo siguiente:

—Ay mamita; las cosas que pasan. Hay que ver, oír y callar, y de la vida gozar.

Y luego se apartó de Delgado que, mientras tanto, se había quedado otra vez dormido.

Existiendo como existía un tácito acuerdo entre Oblitas y Borda, quienes tenían mucho que hablar sobre sus asuntos a

la luz de las nuevas perspectivas que se ofrecían con la plata prometida por Delgado, hicieron acostar a éste y luego se fueron al cuarto de Borda para charlar allí.

Sin embargo, no bien entraron. Oblitas hizo un gesto significativo. Señaló la puerta del cuarto contiguo y, mirando a Borda, con cierto tono punzante dijo:

—¿Y la famosa dama? ¿No me da un barato? No hablo de negocios mientras no me dé un buen barato, dígame.

Borda se puso rojo; ladeó la cabeza y luego, después de dudar un momento, hizo un gesto de resignación y dijo:

—Bueno; cómo no Le doy un barato. Pero eso sí —previno ahora—: No abra la boca, comprenda mi situación, no diga nada; menos mal que en el cuarto no hay luz.

—¿Y luego? —inquirió Oblitas sin comprender.

—Yo soy usted —explicó Borda—. Mejor dicho: usted es yo. ¿Comprende? Si descubre que yo soy usted y que usted es yo, nos puede arañar y morder. Ahora pase, estoy nervioso. Déjeme su sombrero; no se tarde.

Borda apagó la luz de su cuarto y, con gran cautela, abrió la puerta del cuarto contiguo.

Oblitas entró.

CAPITULO VII

Estefanic tenía motivos para estar contento y triste al mismo tiempo. Pues por una parte, con la plata que le prestó Felipe Delgado, por fin había logrado salir del atolladero en que andaba metido, y con esto, por otra parte, su proyectado viaje quedó decidido.

Y en vísperas de su partida, hubo de sentirse íntimamente conmovido al cumplir una delicada misión que le encomendó Delgado, haciendo llegar a manos de la tía Lía una carta que

—por razones que Estefanic conocía—, el remitente no se animaba a entregar personalmente.

La tía Lía se sorprendió.

¿Estaría loco su sobrino? ¿A quién se le ocurre enviar cartas dentro de la propia casa? ¡En sobre cerrado y con doble sello de lacre! ¡Una carta escrita a máquina!

"Querida tía Lía", decía la carta: "Quiero pedirte perdón antes de que sea demasiado tarde. Cualquier día puedo morir yo, como también puedes morir tú, y si no me perdonas, cometerías una grave falta y te privarías de la satisfacción de perdonarme a mí, obligándome a que te perdone yo.

"No te escribo llevado por ninguno de esos arrebatos que tú desgraciadamente conoces y que ya me tienen asqueado. Tienes que perdonarme el que yo haya nacido. Necesito tu bendición en el actual trance de mi vida, ahora que me preparo a seguir por mí mismo el camino. Tengo mis planes, si planes pueden llamarse los sentimientos que me llevan a vivir por el sufrimiento para recuperar los instantes perdidos a causa del engreimiento y de la indolencia que yo tenía por virtudes mientras tú me ofrecías tus cuidados y desempolvabas tu gorro de lana en tu propia cabeza, cuando te arreglabas los cabellos con aire aturdido y mirabas desde lejos mi infancia adivinando que algún día sufriría mucho al quedarme completamente solo. Pero tú sabías que yo era un pobre niño y también sabías que sería capaz de recuperar aquellos instantes perdidos. Aquí me tienes ahora dispuesto a emprender la jornada por mi propia cuenta, sin tener ya nadie de quien burlarme y sin tener nadie que mire con ojos compasivos mi engreimiento y mi indolencia.

"El mundo se mira a sí mismo y no le importa que nadie lo mire. De no vivir en un mundo, nadie tendría por qué llorar. Si alguien es responsable de la vida es la mujer, y en cambio el hombre, lo es tan sólo de la muerte; está condicionado a ella y con ella renace. Yo sé que son los muertos los únicos que verdaderamente pueden comprender, y por lo tanto no me hago ilusiones.

"Pero ahora quiero tocar un punto concreto. Hay muchos niños, mujeres y ancianos que necesitan un pan para sobrevivir. Es bien sabido que tienes la intención de entregar tus bienes y tu plata a las monjas y nada menos. Aunque lo tomes a mal

y aunque te enojes, quiero manifestarte mi opinión al respecto, y es la siguiente: si tal hicieras realmente, cometerías un crimen. ¿Acaso no tienes en cuenta que las monjas están reventando de gordura y están vendiendo salud y se tratan a cuerpo de rey en sus conventos, mientras que en este mundo, o más concretamente en esta ciudad, hay muchos hambrientos y sedientos que pululan por las calles y necesitan socorro? ¡Piénsalo, tía Lía!

"Por lo que se refiere a mi tío Apolinar, yo creo que es un hombre digno de mejor suerte. Se queda en la calle. Pero tiene sus designios y sabe defenderse. El señor gordo y moreno a quien trajo de visita hace días, y que se llama Oblitas, parece que le ha metido no sé qué cosas en la cabeza. Lo positivo es que quieren comerciar con ovejas y con fuegos artificiales en el Altiplano. El señor Oblitas es un señor raro, misterioso. Me da mala espina, y eso que siento una rara simpatía por él. Es adivino, brujo y comerciante. Es mañudo, chistoso y taciturno; es inventor y escritor, y además es técnico en fuegos artificiales. Quien trata con él nunca sabe dónde pisa. Tía Lía, te diré que me entran ganas de irme con ellos a donde se fuese. A las profundidades del lago Titicaca o a las cumbres del Illimani. Tengo miedo quedarme aquí, y no sé dónde estar. Pero quizá encuentre alguna luz y alguna sonrisa. En realidad estoy como perdido. "¡Calma, calma!", dice Goethe. Y Tamayo dice: "Habitar un sueño como habitar el Ande".

"Ultimamente he hablado largamente con don Nicolás. Y ha sido para mí como recibir una carta. Yo nunca he recibido una carta; ¿te das cuenta lo que significa no haber recibido jamás una carta? ¡Guay de aquel que no haya recibido jamás una carta! Ya don Nicolás ha de ver cómo soy capaz de soportar el sufrimiento.

"Finalmente me quedaré solo. Me daría vergüenza suplicar a nadie que se quedara conmigo. Allá ellos. Aquí yo. Quiero decir: allá mi vida perdida y mi juventud estéril, y aquí yo, conmigo mismo al comenzar en este instante una nueva jornada y decir adiós a mi antigua vida que eras tú, tía Lía. Yo no pido nada a nadie. No quiero nada. Lo único que quiero es que tú me perdones. Así habré conseguido el perdón de la vida perdida.

"El olor de las aguas en que las flores han muerto, en las tumbas, me dará una medida de la vida; me hará ver el círculo de la disolución. De dónde vengo, a dónde voy. ¿Quién morirá primero: el mundo, o el hombre? La respuesta me habrá sido dada en cuanto escuche allá lejos el llamado de la muerte, cuando tus manos olorezcan hundidas en la tierra al ornar mi tumba en medio de un calor sofocante. ¿Quién llorará primero: tú, o yo? El llanto es un vicio secreto y terrible. La calavera no llora; nada hay que pueda esperar tanto y tanto como el hueso, con una calma sólo comparable a la de la vida en su contigüidad con la muerte. La contemplación de la vida se ha originado en el hueso, y sólo concluirá cuando la enormidad del futuro concluya. Por eso la calavera es y será siempre una cosa nueva, aun a pesar de su terrible antigüedad.

"¡Ten piedad de mí! En un páramo se encuentran mis huesos y me esperan. Terrible es el instinto que nos conduce a la destrucción, y amarga la certidumbre de que jamás nadie podrá contemplar la suya propia. La destrucción nos contempla ya en un páramo, mientras palpita la carne inservible en la penumbra.

"Perdóname por este desahogo, tía Lía. Para pedirte perdón no era necesario escribirte. Yo te pediré perdón de rodillas.

"Tu sobrino que te quiere mucho, Felipe".

La tía Lía se enterneció con esta carta, pero no obstante, se mantuvo firme en sus decisiones. Felipe Delgado no tardaría en comprobarlo.

En cuanto a Estefanic, habiendo aparecido un día de esos en la casa, inopinadamente y sin previo aviso, dio la noticia de su viaje escasamente dos horas antes de la partida del tren, rojos los ojos, la cara pálida, sucia la barba, un portamanta y una maleta entre las temblorosas manos. Y, con fingida serenidad, dijo que no había tiempo que perder y que, si por ventura querían despedirlo, deberían correr en el acto a la estación. Todos se quedaron atónitos con la noticia; pero luego, cada cual se puso en movimiento. La tía Lía, con una especie de caperuza, totalmente apolillada, y con paraguas —un paraguas más viejo que Matusalén—, pues llovía; Apolinar Borda, con un buen sombrero, guantes y chalina; Felipe, con una botella de aguardiente en el bolsillo; Toribia, la cocinera, con una manta de lana roja a cuadros, y Uaca, con camisa blanca, saco azul y pantalón negro. Y llegaron a buena hora, en auto.

La estación estaba colmada de gente; el tren partía a las 3 y 15 de la tarde, exactamente; Estefanic, nervioso y afligido, dijo adiós, saltando al estribo el preciso momento en que el convoy se ponía en movimiento, y habiéndose sacado el tonguito en señal de despedida, en medio de un griterío ensordecedor, de pronto cayó sobre su cabeza un montón de coca que, por lo visto, él guardaba en el tonguito, provocando con ello una tempestad de carcajadas en el público. Y de este modo, el viajero se perdió de vista junto con el tren, mientras la tía Lía y sus acompañantes derramaban lágrimas agitando pañuelos en las manos, sólo que Felipe estaba en una tremenda borrachera.

Nicolás Estefanic dejaba un gran vacío. Felipe Delgado se sintió afectado con su ausencia y lo extrañó mucho, lo mismo que la tía Lía, que, por su parte, ya no tenía con quién pasar las horas muertas y se entristecía, tanto más por cuanto que el doctor Sanabria, sin que nadie pudiese explicarse el motivo, había suspendido sus visitas a la casa, de un momento al otro y con mucha anterioridad al viaje de Estefanic, quien por lo demás no tuvo oportunidad de despedirse de él. Pero sin embargo el doctor Sanabria, pese a su alejamiento, no descuidó su promesa pendiente con la tía Lía, habiéndole enviado a tres de sus abogados para los efectos de la testamentaría. Estos se pusieron a sus órdenes muy respetuosamente, mostrándose, empero, poco comunicativos y tanto menos imaginativos en cuanto se les preguntaba por el doctor Sanabria: "El doctor Sanabria está con dolor de muelas"; "El doctor Sanabria está de viaje"; "El doctor Sanabria está con tos" —pues los abogados ofrecían, todos y cada cual a su turno, una respuesta que invariablemente era la misma; y de esta suerte, como no se les ocurría inventar ninguna otra, daban pábulo a un sinnúmero de conjeturas tan descabelladas como sus propias respuestas sobre el paradero y el estado de salud del pobre doctor Sanabria, el cual, efectivamente, no podía estar de viaje y quedarse al mismo tiempo, ni podía estar con tos y con dolor de muelas sino con eso mismo, según pensaba con no poca amargura y desencanto la perspicaz tía Lía.

Así las cosas, a Felipe Delgado la presencia de los abogados no le causaba la más mínima gracia, habiendo recibido una gran decepción con respecto a las determinaciones de la tía Lía, que, por enésima vez, volvió a poner de manifiesto su propósito irrevocable de entregar sus bienes a las monjas y recogerse en el asilo, contestando con amargas sonrisas a los requerimientos de su sobrino y haciéndole ver la ingenuidad en que incurría al imaginar que su carta pudiese obrar milagros y resucitar muertos.

—Tú sufres por causa de tus ilusiones —dijo la tía Lía—. Ya quedaron perdonadas las ofensas que me inferiste; pero no por eso dejaré de favorecer a las pobres monjas y refugiarme en el asilo.

Y después de exponer sus puntos de vista como mejor pudo, habiendo tratado de hacerle comprender que las cosas no tenían remedio y que precisamente Felipe lo reconocía en su carta, la tía Lía le dirigió una mirada honda y compasiva y luego prosiguió diciendo:

—De lo contrario te haría daño; tendrías que enterrarme tú, y todo para qué, para quedarte solo y con tu alma en esta casa llena de fantasmas. El diablo sabe más por viejo que por diablo, así dice la gente; y yo digo: a mi edad, todos son adivinos. Ojalá que seas un poco sensato; ¡me da pena tu manera de ser! ¡Mira cómo desaparece la familia! Funda un hogar, ten descendientes, no te quedes solo. Doy consejos aunque todo el mundo se ríe de mí, no conozco el escarmiento. Hace tiempo que perdí mi autoridad; a ti te consta la desfachatez de tu tío Apolinar. Hace lo que le da la gana; me mira de reojo; se burla de mí. Con sus iniquidades ha logrado ahuyentar a ilustres amigos de la casa, a todos esos varones que me hacían respetar. Dios no quiera y la Virgen no lo permita, pero el corazón me lo dice: ¡El doctor Armando Sanabria, ese varón ejemplar, ha huido de esta casa por culpa de tu famoso tío!

—¡Pero tía Lía,tú exageras! —exclamó Felipe.

—¡No exagero! —exclamó la tía Lía—. Digo la verdad, no exagero: ¡cuídate del perdulario, mal hermano de tu santa madre; ave de rapiña! Su ocupación favorita es inculcar la depravación en las almas, y sin embargo, tú te atreves a decir que sus opiniones son muy sabias. El no tiene nada que ver con la

servidumbre y tú, por tu parte, no tienes para qué preocuparte por Toribia y Uaca; yo los tomo a mi cargo y los llevaré, para que me acompañen y me sirvan en el asilo. ¡Cuídate de tu tío, te saca plata y con aguardiente te paga!

—¡No confundas, tía Lía, eso es otra cosa! Yo soy quien le pide aguardiente; él no me lo trae por su gusto.

—¿No confundas, dices tú? ¿Y quién ha traído el oprobio y la vergüenza? ¿Quién se tutea con Satanás? ¿Quién se regodea con el mal, sembrando el vicio? ¿Cree en Dios tu tío Apolinar? ¿Trabaja? ¿Hace algo de provecho? ¡Tu tío Apolinar es hereje, es ocioso, diabólico y miserable! ¡Oh Virgen Santísima, qué fin ha de tener el personaje, la criatura corrompida! Acostumbrado está a sacar y sacar; me roba una porción de cosas, y va y las vende por las calles. ¡Yo pido la intercesión de las almas del Purgatorio! Mi juego de peinetas, el rosario de coral y las miniaturas que tu padre me trajo de Roma; un candelabro de plata, mis alfileteros, mis mantillas de encaje; ¿dónde fueron a dar? Tu tío lo sabe, y además lo han visto. Lo ha visto mi amiga, la Filu Cantares. ¿Sabes cuánto yo te quiero, Felipe? ¿Quién ha enjugado las primeras lágrimas de tus ojos? ¿Quién ha vigilado los primeros pasos de tu infancia, pobre huerfanito? ¿Quién te ha enseñado a leer? En cuatro días aprendiste a leer; tu tía Lía te adora, eres mi tesoro; llora sangre mi corazón por tu abandono. ¡Sé fuerte!... ¡Toma estado! Dios manda pruebas; solamente el fuerte de alma recibe el premio divino; mujeres virtuosas las hay todavía en este mundo, busca una. Mi fe en Dios me reconforta, El es testigo. Pobre vieja, con un pie en el sepulcro, estoy tranquila, he cumplido con mi sagrada misión. Pero no creas; el mal no tocará tu frente; yo estaré siempre contigo. Te encomendaré en mis oraciones... Pero ahora ven; acércate y escucha; quiero que sepas: hice promesa solemne a la Virgen. ¡Promesa solemne! Y por eso me voy, por eso renuncio; por la Virgen María. No por capricho ni por maldad; Dios es testigo, para que veas...

Así habló la tía Lía.

Felipe Delgado se retiró de su presencia, silenciosamente, ahogando un sentimiento de tristeza en el corazón.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, y sin detenerse a pensar en el porqué o para qué, tomó un abogado. Y,

ya sea por el afán, harto pueril, de afirmar públicamente su espíritu independiente, ya sea por dar la contra a los abogados de Sanabria que, precisamente, se preciaban de ser amigos de su padre, a quien habían prestado servicios durante largos años, la verdad es que Felipe Delgado escogió al azar un nombre de entre los muchos que figuraban en los letreros frente al tribunal, y luego, se puso al habla con un abogado que, a juzgar por su cara patibularia y por su facha, más bien parecía asesino, pero que, en realidad, era un temible borrachín que no respondía de sus actos. En efecto, el tal H. P. A. Estrada —que así se llamaba el abogado—, de buenas a primeras y con la venia de Felipe Delgado, que por su parte no dejaba para nada el aguardiente, inició juicio criminal contra las monjas que amparaban a la tía Lía, y luego, no contento con eso, estableció querella contra los abogados de Sanabria, provocando un escándalo de graves proporciones y cavando así su propia sepultura —pues en efecto, el doctor H. P. A. Estrada fue reventado sin misericordia por los susodichos abogados que entraron en acción para terminar de una vez por todas con el escándalo, y habiendo visto la necesidad de puntualizar su criterio a este respecto, señalaron a Felipe Delgado como único responsable de aquél.

En vista de semejante desenlace, Felipe Delgado tuvo a bien reconocer sus errores, y dio explicaciones a todo el mundo; peros sin embargo, a renglón seguido declaró haber obrado con toda intención, pues según dijo, él no era ningún idiota para no darse cuenta de lo que hacía.

—¡Acabáramos! —exclamó a esto el doctor Pinto (que así se llamaba uno de los abogados), saliéndole al paso—: ¿Ha oído usted, doña Lía? En mi opinión, ni siquiera un idiota sería capaz de cometer idioteces con toda intención; y sin embargo usted, señor Delgado, es hombre inteligente. Perdone la franqueza.

—Sin duda alguna, señor doctor Pinto —replicó Delgado con tono de amenaza—: Pero, según mi opinión, el idiota es usted, y si no se calla, yo le rompo la crisma.

La tía Lía se puso a temblar; y con el deseo de aplacar los ánimos, exclamó:

—¡Calma, señores! ¡Ten misericordia, Felipe! ¿No te das cuenta que la única persona que puede ayudarnos a vender la casa es el doctor Pinto?

—¿Qué doctor Pinto? —dijo Delgado con fingida extrañeza—: ¿Qué cuenta puedo darme yo del doctor Pinto ni de la casa? —y dirigiéndose al abogado añadió—: ¿Cuál doctor Pinto? ¿Qué casa, cuál casa? Hágame favor, doctor Pinto: olvidemos la cabeza. Yo no sé nada; no tengo idea de nada ni veo por ninguna parte la casa; pero sin embargo, véndala; mejor dicho: no la venda.

El doctor Pinto echaba chispas. Y en vista de la actitud de Felipe Delgado, que según todas las evidencias no tenía la menor intención de prestar su concurso en las gestiones y que, por el contrario, las entorpecía y se mofaba de ellas, preparó un documento que luego sometió a consideración de Delgado, quien lo firmó a costa de mil ruegos en la oficina del notario; con lo cual toda ulterior dificutad quedó eliminada de raíz.

De este modo, los trámites adelantaron sin mayores tropiezos y no tardó en hacerse la liquidación de bienes. Como desde hacía días la tía Lía se hallaba ya en el asilo, el doctor Pinto la acompañó, habiéndose incorporado al séquito de monjas que la escoltaban con rumbo a la oficina del notario para realizar la ceremonia. Felipe Delgado concurrió puntualmente. Todos se quedaron estupefactos al verlo. Estaba en sus cabales, vestido con extremada elegancia y se mostró muy respetuoso. De entrada y como quien nada hace, le regaló al notario un hermoso paraguas que llevaba entre las manos, retribuyendo así las genuflexiones con que éste lo recibía. Apolinar Borda, que lo acompañaba, patidifuso y con la cabeza baja, hizo una gran reverencia, inclinándose hasta tal punto, que por poco no toca el suelo cuando entró la tía Lía, que, rodeada por un impresionante cortejo de monjas, recibió el homenaje más bien con desdén, haciendo un leve movimiento de cabeza y pasó de largo, para abrazar y besar efusivamente a su sobrino, a quien bendijo mientras elogiaba su buen talante y su buen semblante, así como su buen gusto, acariciando con ambas manos las solapas del finísimo abrigo que aquél llevaba puesto. A última hora, el doctor Sanabria hizo acto de presencia y causó revuelo con su estado mayor de abogados, habiendo declarado enfáticamente que éstos no habían de cobrar un solo centavo ya sea por concepto de honorarios o por cualquier otro concepto. Y luego, sin dignarse mirar a nadie, se acercó a la tía Lía y la saludó

con voz tonante, a tiempo de pedirle disculpas por haber dejado de visitar su casa: cuestiones de Estado, muy serias, muy graves, de fuerza mayor, se lo habían impedido, y, según dijo, era de suponer que doña Lía Delgado estaría al tanto de ello por los abogados que, sin duda, tenían que habérselo dicho. Ante esto, la tía Lía vio confirmadas sus viejas sospechas y dirigió una mirada de extrañeza al doctor Sanabria, que, ante esto, dirigió una mirada de asombro a los abogados, que, ante esto, dirigieron una mirada de reproche a la tía Lía, que, ante esto, dirigió una mirada de rencor a los abogados, que, ante esto, dirigieron una mirada de temor al doctor Sanabria, el cual, finalmente, dirigió una mirada de comprensión a la tía Lía, y luego se puso a guiñar los ojos —y ante esto, todos los demás se pusieron a guiñar los ojos, y la cosa no pasó a mayores.

En cierto momento, el notario asumió una actitud solemne. Y tal como las circunstancias lo exigían, tosió varias veces, y habiéndose hecho el silencio, dio lectura a los documentos para luego cumplir otras formalidades, al cabo de lo cual, con muchos abrazos y muchos apretones de manos, concluyó la ceremonia.

Felipe Delgado siguió viviendo por algún tiempo en la casa paterna. A un principio, la cocinera y Uaca lo acompañaron, aunque no así Apolinar Borda, quien había emprendido un viaje de negocios con su amigo y socio Oblitas. Y llegó el momento en que Delgado tuvo que desocupar la casa, apremiado por los nuevos propietarios, lo cual no dejó de causarle una gran pena. Pues una vez perdida la casa paterna, él ya no quería saber nada. Y aunque tenía plata suficiente para comprar no una, sino dos casas, decidió buscar unos cuartos, y, desplegando una gran actividad, logró conseguir un departamento en el piso alto de una vieja casa situada en la calle Catacora, en un recodo en forma de ele confluyendo con la calle Junín, y allí se llevó sus cosas. Sus libros, sus discos, su gramófono, sus muebles. La cama, unos estantes, mesas y sillas, la máquina de escribir, unas copas de cristal de roca, el ropero. Unas cajas, una cómoda con espejo ovalado, dos tinteros con adornos de bronce, el método de piano, y varios retratos. Objetos que testimoniaban la infancia de Felipe Delgado, la infancia del padre, de la madre, y aun de los abuelos. Vejestorios, pequeñeces sin importancia; empero, de inapreciable valor para él. En el traslado se perdieron algunas cosas, y Delgado lo lamentó, habiéndose ido al diablo aquella famosa repisa que rememoraba la muerte de Vittoretti. ¿Y el piano? Para gran contrariedad de Delgado, mientras él andaba borracho, el piano, junto con otras cosas, había sido vendido al doctor Pinto.

Felipe Delgado padeció durante algún tiempo. Le costó mucho acostumbrarse a la idea de que tendría que adoptar una forma de vida radicalmente distinta. Todos los cuartos del departamento eran húmedos y ófricos salvo uno, con balcón a la calle, que recibía un poco de sol por la tarde. El piso era de ladrillo; el empapelado, en colgandijos, se desprendía de las paredes. Los tumbados estaban cubiertos de lamparones; la cocina, sumida en una oscuridad impenetrable, parecía una tumba. No existía cuarto de baño como tal. Felipe Delgado, por el solo hecho de haberle gustado la ubicación de la casa, había alquilado un departamento en ruinas. Reconoció su error y buscó la manera de remediarlo. Hizo refacciones, introdujo grandes reformas y gastó mucha plata, y al cabo, habiendo salido con su gusto, sorprendido con el nuevo aspecto que los cuartos ofrecían, llamó al dueño de casa. Era éste un viejito, más estúpido que una pared y más bueno que no sé que; le mostró los cuartos, aunque guardándose de mencionar —por no ofender al viejo— cierta pelea que había surgido a raíz del plan de reformas, a las cuales aquél se oponía mostrando un profundo recelo, ya que Delgado se había comprometido a correr con la totalidad de los gastos por cuantiosos que fuesen, y sin que el dueño tuviese que desembolsar un centavo. Empero éste, difícilmente pudo entender los alcances del ventajoso ofrecimiento, y habiéndose sometido a torturantes esfuerzos mentales, tan sólo entonces y tras mucho vacilar dio su consentimiento.

El inquilino estaba contento con las refacciones; pero sin embargo, estaba descontento por lo mismo que se sentía tan contento, y se lo dijo al dueño de casa. Este, seguramente creyendo comprender que jamás comprendería, lo miró atónito, cual si quisiera comprender por qué no comprendía; y luego se retiró callada la boca.

En realidad, el departamento había cambiado totalmente de aspecto; hasta tal punto, que podía decirse que era otro. Del-

gado echó otra vez un vistazo, quizá el vigésimo del día. El piso de madera y la blancura de los tumbados era algo que daba gusto. El empapelado se distinguía por la sobriedad del dibujo, por el suave matiz del color. Si se quiere, inclusive la luz parecía haber cambiado de aspecto. El aire volaba, con el grato olor vivificante de la pintura fresca. Todo ello podía traducirse, aunque con algunas reservas quizá, en términos de alegría. El cuarto de baño, blanco, con grifos de bronce y con el respectivo calefón, era una cosa fantástica; funcionaba a las mil maravillas —y por eso mismo costaba un ojo de la cara. Para hacer la instalación fue necesario ganar campo derribando una pared en la cocina, la cual finalmente dejó de existir, y habiendo surgido un nuevo espacio con una oscuridad poco menos que sepulcral, ello fue remediado con una buena ventana que por lo demás se ofrecía a la contemplación de los astros, con un vasto escenario de cerros perfilándose hacia el oriente.

Los muebles, que habían sido movidos continuamente y de un lugar a otro para facilitar el trabajo, ocupaban ahora los sitios convenientes, en conformidad con la nueva disposición del departamento. Como el cuarto con balcón a la calle era el mejor de todos, según el parecer de Felipe Delgado, allí fue instalado el dormitorio, junto con el gramófono y el estante de discos. El cuarto contiguo estaba destinado al escritorio. La puerta de este cuarto, que comunicaba con el corredor, servía de entrada al departamento, habiendo quedado condenadas todas las demás puertas. Finalmente el cuarto situado entre el escritorio y el baño hacía las veces de comedor —pues los cuartos, dispuestos en fila, eran tres solamente.

Delgado compró cortinas y alfombras, lámparas de pie, lámparas de mesa, dos estufas, un reloj de pared y un reloj de mesa, y muchas otras cosas que él acomodó como mejor pudo. Compró sábanas y frazadas, platos y cucharas, cuchillos y tenedores. Y también compró bebidas, aguardiente en abundancia, y dos quintales de azúcar. Conservas y té, sal y pimienta, y gran cantidad de cigarrillos. Muchos libros, muchos discos. Y finalmente, se echó en cama.

Habían transcurrido rápidamente los días, en medio de una gran actividad —y ahora no pasaba nada. Ignorando el sueño, Delgado se estremeció con el pensamiento de que solamente en

un lugar del mundo era de noche, el cual no podía ser otro que la cama en que él estaba echado, con la mirada puesta en el vacío —escudriñar la oscuridad era vano, ya lo sabía, y habiendo cerrado los ojos con el sentimiento extraño de que no echaba de menos a nadie, pensando que podía estar a su lado, echó de menos a alguien que no conocía. Recordando ciertas caras, muchas aventuras sin importancia, no encontraba un alma en el camino recorrido. Era necesario pensar, meditar, poner en claro un sinnúmero de cosas, sí, pero en su actual estado de confusión no podía hacerlo, según él mismo lo reconoció, y tanto más por cuanto que, en este momento —y quizá por milésima vez—, había decidido desentenderse del futuro; él no tenía por qué hacer planes a este respecto. Pues ¿qué sentido podía tener el futuro para un hombre que pretendía haberse desligado de él? Evidentemente —si hemos de creer a Delgado—, el futuro no tenía sentido, la muerte era su nombre. No existía otro nombre para calificar el futuro. Mas para calificar la muerte, había que buscar el nombre en uno mismo y muy pocos lo encontraban, nadie comprendería su significado, a menos que hubiese renunciado a vivir y que, sin embargo, siguiese viviendo; claro que Felipe Delgado era uno de ellos (según él se creía, naturalmente).

Muchas veces rechazado con desdeñosas sonrisas por amigos y conocidos, éstos afirmaban que su actitud era fruto de lecturas mal asimiladas, y se lo decían en su cara. "¿Por la muerte me lo dicen?", replicaba Delgado: "Pues ha de saberse que el vivir muere y por lo tanto no dura; en cambio la muerte se está, ella no puede morir. La muerte no nace, ni vive, ni muere; simplemente se está. Si la piedra y la vida es, y la vida y la piedra no es, ¿qué es? Ahí tienen una adivinanza: es la muerte" —de este modo, Delgado asumía un tono festivo ante las críticas que le dirigían.

CAPITULO VIII

¿Cómo no había de ser infinito el mundo del olor, si todas las cosas eran infinitas y cada cual tenía un olor infinito? El mundo del olor era un verdadero misterio. Habría que vivir en un mundo del tamaño de una manzana para percibir el olor del mundo, y para percibir el olor de una manzana, habría que vivir en una manzana del tamaño del mundo. Pero sin embargo, ni aun así podría uno tener una idea acerca del tremendo misterio del olor.

Tales reflexiones se formulaba Delgado a propósito de un grato olor que había percibido en el patio de la casa. Este olor se desprendía de la cocina y, a su juicio, tenía su origen en la inocencia de los alimentos. Cosas tales como el ají, las papas, las cebollas, la carne y los tomates, eran totalmente inocentes, y forzosamente habían de tener un olor de inocencia, por lo mismo que, según el sentir de Delgado, podía darse cierto estado de inocencia en simetría con cierto malestar provocado por el hambre en las entrañas —pues el problema de la comida era un verdadero tormento.

Delgado no se sentía a gusto ni en las pensiones, ni en los hoteles, ni en los restaurantes, ni en las chinganas que durante los últimos tiempos habíase visto obligado a frecuentar. Allí las gentes, en medio de un olor insoportable, no comían con una verdadera hambre, pero sí con mucha pena y con recelo, como por cumplir alguna obligación, dando la impresión de que por el acto de comer hallaban placer en la plata que ganaban, y así se desquitaban de la plata que pagaban. Eran estos unos seres que comían silenciosamente, y —por así decirlo— comían a oscuras, sin atreverse a decir esta boca es mía: un gusano en la lechuga, por ejemplo, era cosa corriente. El comensal ya podía cogerlo con los dedos, colocarlo en un platillo si quería, y sanseacabó. Las papas eran duras y no tenían sal, y la carne, también era dura, sólo que tenía mucha sal. En una pensión había un chico que atendía con los mocos que le chorreaban hasta la boca; y precisamente se sorbía los mocos a tiempo de colocar los platos sobre la mesa. En otra pensión había dos señoras, gorda la una y flaca la otra, con un gato que llamaban Isaac, el cual comía del mismo plato que ellas. En otra pensión había un caballero, ya de edad y con el ojo bien abierto, que, al primer descuido, agarraba y vaciaba sin asco el azucarero en su bolsillo, hasta que en una de esas fue sorprendido con las manos en la masa. El dueño de la pensión agarró y le dio un buen golpe en la cabeza con el azucarero, y entonces siguió renegando, no ya con el caballero, pero sí con el azucarero, por la sencilla razón de que éste se había abollado. La cosa es que ya no había chiste en cuestiones que por el estilo ocurrían a diario en las pensiones que frecuentaba Delgado, cada vez más aburrido con las ceremonias de los comensales que, a tiempo de entrar y a tiempo de salir, se volvían súbitamente expansivos y saludaban con un "Buen provecho"; y estos comensales se hacían enemigos mortales de aquellos comensales que tenían la mala ocurrencia de no contestar el saludo con otro "Buen provecho".

Cierta clase muy especial de comensales a los cuales Delgado miraba con menos pena que asco eran aquellos comensales que daban muestras de alegría, de contento y hasta de dicha frente al plato de comida, mirando a uno y otro lado como si estuvieran en el mejor de los mundos y como si fuera ese el momento culminante de su existencia, temerosos quizá de que alguien fuese a turbar semejante goce supremo. Y estos comensales hablaban en voz baja y como en secreto; al partir el pan, al recorrer un plato, al coger la cuchara, se ponían colorados y se quedaban un momento con la mirada perdida en la distancia, y, cual paralizados por la gratitud ante el raro privilegio de almorzar, se miraban entre sí, seguramente para comunicarse quién sabe qué recónditos secretos; y entonces tosían a ratos, con mesura, cual si de pronto hubiesen visto sorprendido su secreto; y siempre que tosían otra vez, nuevamente se ponían colorados estos comensales. Delgado sabía muy bien que no todos los comensales estaban cortados con la misma tijera; pero sin embargo se burlaba de ellos y, ya al entrar, ya al salir, los sa-

ludaba a gritos con estas palabras: "¡Muy buenas tardes tengan ustedes, y muy buen provecho, señores comensales!".

Hasta que un buen día, pensando en el misterioso olor del patio de la casa, y seguro ya de que este olor se desprendía de la cocina, decidió tocar la puerta; y habiendo aparecido en el umbral una vieja, Delgado se dio a conocer con mucha educación, y le dijo que vivía en los altos: —¿Sería posible que me diesen la pensión? —preguntó con mucho respeto; y la vieja, sin vacilar, le dijo que sí, y se quedó azorada con la plata que le dio Delgado —un año adelantado por la pensión. Serafina Bustillos se llamaba la vieja, y era tan pequeña, que parecía enana; vestía un primoroso mandil floreado, y vivía con una hija suya, que era coja. Una india, muy vieja y muy activa las acompañaba, y quedó encargada de llevar las viandas al departamento de Delgado; el cual, a partir de aquel día, dijo adiós a los hoteles, a las pensiones, a los restaurantes.

En esto, y habiendo hallado una feliz solución a sus problemas en la esfera doméstica, el inquieto vecino de la calle Catacora recibió una visita por completo inesperada. Se trataba de Juan de la Cruz Oblitas y de Apolinar Borda, que retornaban del Altiplano y que, a despecho de una torrencial lluvia que en estos momentos caía, hacían acto de presencia para saludar a Felipe Delgado, en primer lugar; y en segundo lugar, para consultar sobre ciertos asuntos de la sociedad, según palabras de Oblitas. Delgado se quedó asombrado: —¿Y cómo así habían llegado a saber dónde vivía? —preguntó. —¿Que como así? ¿Acaso el señor Delgado no estaba hablando con un adivino? —repuso Oblitas con tono de broma; pero no había tal, según confesó luego, sino que preguntaron en la antigua casa.

El departamento mereció palabras de admiración por parte de los visitantes; Delgado los hizo sentar y abrió una botella: era necesario brindar por el encuentro. Entre charla y charla, y a la segunda o tercera copa, Apolinar Borda se puso sentimental y, dejando traslucir mucha pena, miró con ojos aguanosos a su sobrino. Oblitas, que había notado el detalle, le dirigió una mirada glacial y tomó la palabra.

—Cosas muy raras se ven en esta vida —declaró inopinadamente dirigiéndose a Delgado—; me muero de impaciencia por mostrarle una cosa. Estuve trabajando en mis ratos de tensión

sobre unas tablas sincrónicas en base a datos que para el efecto me permití recabar de su señor tío —añadió, y luego sacó unos papeles de su bolsillo—. Fíjese usted... La sincronía no es así nomás, en tanto se enlaza y funciona con la simetría, dígame. Es un tanto terrible; perdón si peco de redundante.

Oblitas señaló en las tablas que exhibía el año 1903, en que nació Delgado, así como el año 1929, en que el padre de éste murió a la edad de 62 años, cuando Delgado tenía 26, y entonces dijo:

—No pretendo aparecer como profeta o adivino; ni tampoco creo que usted se amilane con las revelaciones de la nona síntesis, según las cuales, existe una cifra que representa la edad en que, concordando con mis tablas, habrá de morir el sujeto, o sea: la mitad del número señalado por la edad en que murió el padre, menos dos.

—¿Menos dos? —preguntó Delgado estupefacto.

—Ni más ni menos —sentenció Oblitas.

—¿Y por qué menos dos precisamente? —insistió Delgado con ironía.

—Menos dos —dijo Oblitas—, por el año en que murió el padre; es decir, la nona síntesis de los últimos dos dígitos de mil novecientos veintinueve, o sea, dos y nueve, que sumamos: dos más nueve, igual once; uno más uno, igual dos. Ahora fíjese: si el padre del sujeto ha muerto a la edad de sesenta y dos años y dividimos entre dos esta cifra, tenemos treinta y uno como resultado; y si le quitamos dos, obtenemos veintinueve. Fíjese bien en esta cifra, señor Delgado; esta cifra señala la edad de la muerte, amigo, y para maravilla de maravillas, corresponde exactamente a los dos últimos dígitos de mil novecientos veintinueve, o sea, el año en que murió el padre. Pero ahora fíjese bien, queda en pie el dos, siempre el famoso menos dos: pues si al veintinueve le quitamos dos, obtenemos veintisiete como la cosa más inquietante del mundo: cuídese del veintisiete, es decir del nueve, esto es del cero, señor Delgado; en cuanto a su existencia se refiere, es la clave fundamental de muchos enigmas. Y la cosa es que amigo, usted no comprende porque no conoce. Los misterios de la sincronía guardan sincronía y guardan simetría con los misterios de la simetría, y recíprocamente,

estos con aquellos, amigo, y son algo muy distinto de lo que usted probablemente se imagina.

—¡Ah..., ya! —exclamó Delgado.

—Ah, ya y todo —dijo Oblitas—, así nomás es la cosa. El conocimiento esotérico es cosa seria. Y si no, fíjese bien en esto; aquí se confirma de un modo más que elocuente la interrelación sincrónico-simétrica del hecho mismo.

Y aquí Oblitas hizo una explicación que puede resumirse como sigue.

Existía una segunda fórmula que, en simetría con la primera, confirmaba la edad en que moriría el sujeto; en efecto, la edad en que murió el padre señalaba el número 62, que, al invertirse —¡y qué portentosa simetría!—, daba 26, o sea la edad del sujeto en 1929, año de la muerte del padre; ahora bien; la nona síntesis de 1929 era 3, y correspondía asimismo al último dígito de 1903, año del nacimiento del sujeto; más 26, daba 29.

—Y ahora qué me dice —prosiguió Oblitas—. Es terrible; si hasta yo me quedo asombrado, qué diré de usted. Le dé usted las vueltas que le dé, el veintinueve es nomás el veintinueve y nadie lo mueve, por más que intervenga Satanás en persona. Las cosas son porque son precisamente, pues de lo contrario no serían. Fíjese, he encontrado multitud de puntos de sincronía y de simetría en mis tablas, pero hay que saber interpretar, yo le diré; en estas honduras ya no quiero meterme, francamente, y no tanto por falta de tiempo cuanto por verdadero temor. Aquí no se trata de patrañas ni supercherías o curiosidades matemáticas que las hay por montones en los almanaques de la cocina, dígame, sino que se trata de armonía pura, en términos de sincronía y de simetría; y se trata de síntesis, en el más elevado sentido.

Esta vez Delgado se quedó lelo. Y lo confesó hidalgamente, cuando dijo:

—Esta vez me he quedado lelo. Y lo confieso hidalgamente.

—Menos mal, amigo —repuso Oblitas con tono de suficiencia—: Se lo agradezco en nombre del conocimiento esotérico y mío propio. Pero ya que le he mostrado el humilde fruto de ciertas investigaciones mías, las cuales ciertamente responden al vivo y sincero interés que guardo por su persona, ha llegado

el momento de tocar el punto de los intereses comunes a todos nosotros, en la esfera de los negocios...

—¿Entonces quiere decir que no me quedarían sino unos dos años de vida, poco más o menos? —preguntó de pronto Delgado con tono grave, sin prestar atención al requerimiento de Oblitas.

—Según y conforme —dijo éste disimulando la satisfacción ante una pregunta que, evidentemente, delataba a Delgado, quien hasta el momento había tratado de mostrarse indiferente, y luego añadió—: Eso es relativo. Pues no necesariamente la cifra en cuestión deberá referirse a una muerte física, en el estricto sentido de la palabra. Es bien sabido que la simetría del curso cósmico depende de las mutaciones a que se sujeta la sincronía; pero sin embargo, mientras que estas mutaciones forman parte integrante e indivisible del plan cósmico y en sí no son tales, para nosotros sí lo son, dígame, en la medida en que repercuten sobre el destino humano en todos y cada uno de los aspectos imaginables. Pero hay cosas que escapan a toda percepción. Pues dada la limitación y la pobreza humana, no tenemos más remedio que traducir la realidad cósmica en términos de unidad y de multiplicidad, en miserables términos de cantidad y de número, razón por la cual no debería sorprendernos el hecho de que el propio mago, aun siendo mago, tenga que atenerse a ellos, por no haber podido vislumbrar otros.

—¿Y a qué iba usted? —inquirió Delgado.

—Iba a que la muerte es cosa relativa. Iba a que la cifra no siempre deberá referirse a una muerte física. Y de un modo concluyente y rotundo, iba a que la cifra en cuestión señalaría el fin de la substancia espiritual. En casos como éste no se puede dorar la píldora, amigo —concluyó Oblitas.

Delgado escuchaba con toda atención y seriedad. Y ahora dijo:

—En ese caso, permítame felicitarlo: es usted un hombre íntegro. Pasemos la hoja, señor Oblitas; vayamos a la cuestión de los negocios, tal como usted deseaba.

—Eso se llama hablar con entereza —declaró Oblitas e hizo notar que no se trataba de un mero cumplido.

Luego, después de dirigir una mirada a Apolinar Borda que, a todo esto, permanecía mudo y pesaroso, Oblitas pasó a

referirse a los asuntos de la sociedad, con tono solemne y sentencioso; y dijo que, habiendo llegado a primeras horas de la tarde, aquí estaba él, ansioso de cumplir un deber con el señor Delgado, ante cuyo criterio quería exponer ciertas observaciones e ideas relativas al comercio en las comarcas del lago.

Extensas y detalladas explicaciones cuyas alternativas pueden resumirse del modo siguiente.

La región del lago ofrecía, según era bien sabido, inmensas posibilidades a todo hombre de buena voluntad. El comerciante vulgar podía volverse medianamente rico; mas el comerciante hábil y audaz podía tranquilamente amasar miles y miles, y hasta millones en el término de meses. Había que tener en cuenta la inconmensurable variedad en el intercambio potencial de productos; la poca o ninguna competencia; la bancarrota de toda iniciativa, tanto en lo moral como en lo práctico; la mala fe en el mercado de la demanda y la buena fe en el mercado de la oferta, fenómeno en virtud del cual, ésta última se colocaba en abrumadora desventaja respecto de aquélla; la increíble baratura del transporte en acémilas y el constante encarecimiento del transporte motorizado, lo cual no todos sabían aprovechar debidamente; los acaparadores que, en globo, carecían de tacto y de inventiva, así como de capital; los párrocos que, en contubernio con traficantes facinerosos, se dedicaban a ilícito y desenfrenado comercio y se desprestigiaban a los ojos de los indígenas, a quienes explotaban dando pábulo, de un modo indirecto pero eficaz, a la odiosa expansión de los evangelistas; la alarmante escasez de artículos de consumo, que nadie se ocupaba de remediar puesto que nadie pensaba en términos de verdadero intercambio; el comerciante inescrupuloso, que sacaba tajada de la indolencia y de la venalidad de los capitanes de puerto, en desmedro del comerciante probo; y así, eran éstos tan sólo unos pocos de entre los muchos factores que, una vez sopesados y debidamente barajados por el comerciante hábil y audaz, prometían consolidar el comercio de las comarcas del lago en beneficio de aquél, toda vez que el nuevo profeta de dichas tierras de promisión no podía ser otro que éste. Pues en realidad, el señor Delgado debía de tener en cuenta que aquí no se trataba de práctica sino más bien de principio, de gratuidad que no de utilidad, debiendo entenderse el comercio en términos de enriquecimiento espiritual mas bien que material; y esta paradoja, que evidentemente era tal para el comerciante nato, precisamente abonaba en favor del comerciante no nato, pues lo paradójico para los más no lo era para los menos, habida cuenta una moral en términos de calidad, mas no de cantidad; y a buen entendedor pocas palabras. Ahora bien; con estas consideraciones previas, únicamente se trataba de entrar en materia. Había dos alternativas, de entre las cuales podía escoger el señor Delgado, con toda libertad y sin temor de resentir a nadie: primera, recuperar su capital y desentenderse de todo compromiso con la sociedad; él, Oblitas, estaba con los bolsillos repletos de plata, dispuesto a devolver en el acto los ocho mil bolivianos contantes y sonantes y sin esperar a que hubiese fenecido el término de un año; segunda, doblar el capital ya aportado a la sociedad o sea, suscribir otros ocho mil bolivianos. ¿El señor Delgado quería dignarse dar una respuesta o formular alguna pregunta? Claro que sí —ahora se dejaba escuchar Delgado; Oblitas era todo oídos: ¿Y qué fue de la fábrica de fuegos artificiales? A esta pregunta bien podía responder Oblitas con evasivas, pero aquí se trataba de hablar como caballeros y sólo cabía una respuesta: los proyectos para la instalación de la fábrica de fuegos artificiales estaban a punto. A mayor abundamiento, él podía exhibir mañana mismo los planos del galpón que debía erigirse en un canchón de la calle Sebastián de Segurola; y precisamente, había concertado contratos con un sinnúmero de clientes en el lago, que necesitaban con toda urgencia provisiones y más provisiones de fuegos artificiales en diversas variedades y en cantidades más o menos ingentes, tal como podía atestiguar el respetable socio industrial don Apolinar Borda, aquí presente.

¿Y qué les parecería una tercera alternativa que acababa de ocurrírsele? —propuso Felipe Delgado de pronto: ya que no entendía de negocios, ni de paradojas, ni de comerciantes natos y no natos, ni de enriquecimiento espiritual y material, él decidía, como cosa absolutamente definitiva, ceder su capital de la sociedad en favor de su tío Apolinar, el respetable socio aquí presente, quien a partir de aquel instante ya podía considerarse como socio capitalista y dejar su condición de socio industrial.

De tal modo Felipe Delgado se deshacía de la sociedad.

¡Inaudita generosidad! ¡Qué corazón de oro! ¡Alma grande, alma noble! ¡Y qué desprendimiento! Apolinar Borda y Juan de la Cruz Oblitas se sentían jubilosos y les faltaban palabras para alabar la decisión.

Y con el júbilo de Apolinar Borda y con el júbilo de Juan de la Cruz Oblitas, Felipe Delgado echaba de menos el júbilo. Así lo declaró. Precisamente sabía que el júbilo de aquéllos no era tal sino mera alegría. Pues el júbilo no podía darse como alegría sino como espanto. El espanto en cuanto se manifiesta lo desmedido, la manifestación de cuanto no conoce medida. Un sentimiento oculto, que debe permanecer siempre mudo. Y por eso era espantable el júbilo; por eso mismo era deseable. Pues quienquiera que quisiese en verdad vivir tendría que querer morir. Así podía el júbilo manifestarse en la misma medida en que el mundo se manifestaba. Con un lenguaje secreto y común, a la vez singular y diverso. El júbilo del hombre que se quema es júbilo. El hombre que vive se llama júbilo en cuanto muere. Así el adiós puede llamarse júbilo. Una lágrima que se desliza. Y se llama júbilo la sonrisa que se apaga. El júbilo es terror, y el terror del júbilo es vida. Así el hombre se confirma. Hundido el mundo, para celebrar el cataclismo la alegría es nada. Esto se llamaba júbilo.

"¡Qué bondad! ¡Qué altruísmo!", exclamaban ellos. Y sin embargo no había tal bondad, no había tal altruísmo. Hacía falta el júbilo.

Una botella, dos botellas, tres botellas, cuatro botellas. Las botellas se iban vaciando. De pronto Oblitas sacó un envoltorio de su bolsillo, rápidamente improvisó un brasero e hizo humear el sahumerio para consagrar la casa. Y conforme el humo se volvía más y más denso, a medida que Oblitas iba soplando como un demonio sobre el brasero, todas las cosas íbanse esfumando menos la cara de Oblitas, que fulguraba con el rojizo resplandor del brasero... "Ahora, ya que las tinieblas se vuelven espesas como la gelatina, ya que la muerte se acerca, ya que el mundo se apaga y ya que todo concluye, declaro mi solemne condición, amigo profundo de las tinieblas como soy, y digo: no todos sufren; no todos lloran; no todos sienten, no todos gimen, y yo soy así; pero mis amigos no me dejan, y con infinita tristeza me dicen: No seas así"... —Felipe Delgado, que escuchaba o creía escuchar como desde muy dejos estas palabras, con un cansancio muy grande cayó profundamente dormido.

Cuando despertó, al cabo, ya no había nadie. Estaba tendido en su cama y tenía frío. Se dejaba sentir un ruido, vago y distante: todavía llovía. Todo estaba oscuro. Según pensó Delgado, seguramente habían apagado las luces a tiempo de irse, y no se despidieron por no despertarlo. ¡Allá ellos! Pues en realidad habían cometido una grosería. Se sintió aislado, como si por la fuerza tuviese que estar solo. ¿Qué hacer? ¿Adónde ir? ¿Por ventura, no habría algún lugar en que se pudiese estar como en la propia casa, pero con mayor libertad, un poco más solo y un poco menos solo, por así decirlo, y más conforme con uno mismo? ¿La tumba? ¿Un lugar tan oscuro y frío? ¿El mar? ¡El mar era mucho pedir, y además, era una amplitud demasiado grande para poder estar! Un lugar oscuro y frío, un lugar íntimo, pero que no fuese como la tumba, en el que uno pudiese sentir aquella amplitud del mar dentro de uno mismo. El verano, el otoño, el invierno y la primavera, el día y la noche, deberían ser una sola y misma cosa allá. ¿Pero, cómo y dónde encontrarla? ¿Acaso podía existir, por ventura?

Felipe Delgado se levantó. En la mesa del rincón había una botella. Bebió con avidez. En medio del silencio, de pronto dejóse escuchar un golpe formidable. Algo había caído al suelo haciéndose añicos. "Es el reloj", pensó con recelo y se quedó inmóvil, un momento. Al cabo, fue a ver al comedor. Efectivamente era el reloj. La caja, unos vidrios rotos, el péndulo y la máquina, unas piezas y tornillos desparramados por aquí y por allá —lo que quedaba del reloj fue recogido y depositado sobre la mesa. Según todas las evidencias, el clavo estaba mal puesto y además se había doblado. No correspondía al peso del reloj. De todas maneras el reloj estaba destrozado. No había más remedio que hacerlo arreglar.

Felipe Delgado, muy afligido, se acordó de un viejo relojero, que vivía en la calle Ingavi; y recordando al mismo tiempo la imagen de Titina Castellanos, una gentil amiga suya que también vivía allí, a quien no había visto hacía tiempo, el día siguiente a primera hora de la tarde se movilizó, en busca del relojero y de Titina: mejor dicho, de Titina y del relojero, ya que —según adujo— primero es el uno y después el dos.

Y habiendo tocado una puerta por él demasiado conocida, sin embargo esta vez nadie acudió. Tocó y tocó repetidas veces sin resultado, y cuando ya estaba por irse, a todo esto una chica muy pequeña apareció en el patio, y se le acercó. Lo miró fijamente y de sopetón le dijo:

—Ha muerto una personita; ha muerto una señorita.

Felipe se puso pálido.

—Pero entonces..., no me digas: ¿ha muerto la señorita Titina? —musitó, y sin poder contenerse, gritó luego—: ¡No puede ser!

Mas he aquí que, en tales circunstancias, de pronto se abre la puerta y aparece la señorita Titina, vivita y coleando.

—¡Pero entonces no has muerto! ¡Estás viva! —exclamó Delgado sin atinar a otra cosa.

—¡Ah!..., ¿sí? —dijo Titina con ironía—: ¿Estoy viva? Yo no sabía. ¿Y quién ha dicho que había muerto? ¿Esta chica? —añadió señalando a la chica.

—Sí, esta chica —afirmó Delgado.

—¡Esta chica! —repuso Titina—. ¿Y le crees a esta chica o me crees a mí? ¿Acaso no ves que estoy viva?

—Claro que veo —dijo Delgado—, pero esta chica me dijo que habías muerto, y forzosamente me asusté... Es decir, no forzosamente, sino simplemente, y por eso me asusté al verte viva, y entonces te dije que estabas viva. Ahora te pido disculpas y te felicito por no haberte muerto... ¡Estás viva..., indiscutiblemente viva!

—¿Indiscutiblemente viva? ¿Y me felicitas por no haberme muerto? ¡Qué manera de galantear a una mujer! —recriminó Titina y, en este momento, con un gracioso y provocativo movimiento de los hombros, de las caderas y del cuerpo todo, echó a un lado su hermosa cabellera negra, pues hermosa era y, como tal, el delirio de Delgado, que, habiendo afirmado que esta situación era increíble, inconcebible y absurda, miró a la chica con intensa curiosidad y le preguntó:

—¿Y tú, chiquita; por qué has dicho que había muerto esta señorita?

La chica sacó la lengua.

—Porque me he soñado —contestó al punto, y se alejó a todo correr.

—Es la nieta del pobre relojero —comentó Titina y franqueó la puerta a Delgado.

Lo hizo entrar a su cuarto. Un cuarto pequeño y humilde, bien arreglado.

—¿Quieres que te diga una cosa? —dijo Delgado—: Te noto un poco pensativa.

—¿Pensativa? —se preguntó Titina. Y luego admitió—: Sí, estoy un poco pensativa.

Se sentó en la cama, al lado de Felipe, y declaró que, en realidad, alguien había muerto en la casa.

—El pobre relojero —dijo.

—¿El pobre relojero? ¡Qué cosa tan extraña! —exclamó Delgado con la consiguiente turbación, tratando de disimular el impacto que le causaba la noticia; y como su intempestiva aparición en la casa no obedecía al exclusivo propósito de ver a Titina, y tampoco quería correr el riesgo de ofender a ésta, se cuidó mucho de decir una sola palabra acerca de su proyectada visita al relojero. Y para salir del paso, sacó la cara por la chica, y dijo que seguramente había sido víctima de una confusión como consecuencia de la muerte de su abuelo.

—Pero, después de todo —dijo ahora—, la culpa de que me haya asustado la tienes tú, y no la chica; ¿a qué esperar tanto rato para abrirme la puerta?

—Es que te estaba mirando por la rendija y me estaba riendo de la cara que ponías.

—¡Entonces ya tengo el consuelo de poder hacerte reír!

—Además estaba sorprendida viéndote de tanto tiempo. Te perdiste mucho tiempo, y me preguntaba qué vientos te traían.

—¡Qué vientos me traían, tú no sabes! —dijo Delgado—. Muchos vientos. Hablar de cosas tristes no sirve. Ha muerto mi padre y todos se han ido. Me he quedado solo, y además me persigue un fantasma, qué te parece. No he visto a nadie. Me acordé de ti y por eso he venido.

Titina lo miraba.

—Yo también estaba sola —dijo.

Felipe Delgado la miró. Se acercó, la besó, y se sumergió.

Sintió que Titina estaba irremediablemente sola.

CAPITULO IX

La noche era fría y caía una persistente llovizna. Felipe Delgado se sentía intranquilo. Estaba fastidiado.

Ciertos cambios en su estado de ánimo lo tenían preocupado de un tiempo a esta parte. Estos cuartos que habitaba le parecían mezquinos. El aspecto que ofrecían le parecía presuntuoso al par que ridículo. El haber adquirido tantas y tantas baratijas y cosas y haberse rodeado de ellas le parecía mezquino. A su modo de ver, todo esto era una vergüenza. Desechó todo intento de análisis. La amargura y el tedio lo embargaban. Decidió salir, en busca de algún lugar para beber en paz unas copas.

Se encaminó cuesta abajo, por la calle Junín, sin asomar para nada a las tiendas del barrio, y ahora que se detuvo en la esquina de la calle Sucre, con un repentino sentimiento de placidez que no sabía explicarse de dónde vendría, se le ocurrió dejarse llevar por el azar, avanzando una cuadra a la derecha y otra a la izquierda, alternativamente, imaginando una grada plana o bidimensional si se quiere, mientras iba trazando los peldaños de la misma en correspondencia con cada dos cuadras recorridas a lo largo de las calles, y finalmente, habiendo atravesado la Sucre, Yanacocha, Indaburo, Genaro Sanjinés, Ingavi —pasando de largo por la casa de Titina—, Pichincha y Evaristo Valle, vino a desembocar de un modo por completo inopinado e imprevisible en la plaza de Churubamba —sin pena ni gloria.

Sin pena ni gloria. Pues al no haber encontrado lo que él esperaba, no podía menos que sentirse defraudado. Las chinganas archiconocidas que, como de costumbre, a esta altura de la noche hervían de borrachos y despedían un olor insoportable, a sebo y a cebollas fritas en sebo, nada tenían que ver con lo que él buscaba, ni mucho menos con lo que pretendía encon-

trar. Además, ¿con qué tranquidad iba él a beber una copa, en medio de un griterío infernal que retumbaba a dos cuadras a la redonda? En estos momentos precisamente, un individuo salía de una chingana, huyendo despavorido mientras que alguien lo perseguía haciendo flamear tamaño cuchillo. Escena harto deprimente para quien buscaba un poco de paz.

El caminante prosiguió la marcha, esta vez sin trazarse plan alguno; y habiendo avanzado un corto trecho, inexplicablemente surgió ante sus ojos la oscura boca de un callejón que él no conocía, por lo menos hasta donde podía recordar, y eso que este barrio no le era extraño. El hecho mismo de no haberse fijado antes en semejante callejón le parecía extraño; y aunque se preguntaba si tal vez no se debería a su actual estado de ánimo el que viese cosas allí donde en realidad no existían, ello no obstante, Delgado estaba convencido de que este callejón encerraba algún enigma, y no se animaba a penetrar. Un vago temor se lo impedía. Según la perspectiva en aquel sitio, el callejón describía una suave curva, perceptible por los charcos que se formaban con la lluvia y que relucían y se perdían en las tinieblas. Delgado vacilaba, y observando atentamente, de pronto se puso en guardia. Una cosa rara se suspendía en el ambiente. Un soplo de fetidez, que por sí mismo revelaba su origen. Dominado por el pánico, vio aparecer una imagen, ya conocida, y se sintió perdido. Un sombrío presentimiento anudábase en su garganta. Aquel viejo, que había aparecido en una chingana cuando la muerte del padre, y que se había puesto a cagar en el zaguán del convento, ahora aparecía nuevamente, y se paseaba por la calle esparciendo como un río de fetidez a su paso. Mas ahora Delgado ya podía asombrarse con la facha que ostentaba el personaje —nada de harapos, nada de viejas gorras de soldado; el personaje más bien parecía haberse disfrazado. Se diría un extranjero, tal vez un fugitivo, un emisario secreto o cosa así, un hombre raro, con sombrero de alas caídas, guerrera de cuero, colán y botas altas. Un poeta alemán, un artista misterioso, quizá un músico o cosa así, sólo que —si hemos de atenernos a la impresión de Delgado— la fetidez difícilmente se conciliaba con ello. Y ahora que el viejo se acercaba a la esquina, silbando entre dientes, con el acostumbrado aire de prosperidad y despreocupación, de pronto dirigió a Del-

gado una mirada inquisitiva y pasó a la acera de enfrente, exhibiendo en su rostro algo que tendría que ser muy extraño, pues en realidad, según dedujo aquél, no podía tratarse sino de una especie de barba que se había desprendido del rostro, por así decirlo, y que efectivamente se desgarraba a manera de barba si se quiere, dejando los huesos al descubierto. La enorme fealdad de esta visión se había revelado al pasar, fugitivamente y con alguna claridad a través del velo de la lluvia, y persistía a una distancia incalculable en tanto que el viejo, al parecer muy ufano del odioso y ya conocido aire de prosperidad y despreocupación que ostentaba, hacía gestos y ademanes dando la impresión de que tarareaba, agitando los brazos y cual si llevara el compás mientras se alejaba, como extasiado y ajeno al mundo, hasta perderse de vista.

Delgado se quedó quieto un gran rato. Se sentía como anonadado ante la amenaza de alguna entidad maligna. ¿Cuál sería esta vez el infortunio que presagiaba la fatídica aparición? —se preguntaba él. Y tratando de hacer un esfuerzo a fin de serenarse, pensando que había pasado lo peor, se propuso vencer el temor que le impedía internarse en las profundidades del callejón y cruzó la calzada; tan sólo para detenerse al cabo, como paralizado. Pues en este momento y con verdadero estupor, habíase dado cuenta de que el lugar en que se hallaba no era otro que la avenida Pando: mal podía haber ningún misterio en el callejón Inquisivi, que precisamente desembocaba en dicha avenida. Y ya él sabía lo que le esperaba allí —oscuridad solamente. En efecto, Delgado no encontró ni una sola puerta abierta. Al final brillaba una luz y corría otro callejón, muy empinado y que, asimismo, se sumía en las tinieblas. Apenas si podía alumbrarse un pequeño espacio con la luz que vacilaba en un poste. Delgado no conocía este último callejón. De eso sí que estaba seguro; era sumamente extraño. No parecía existir sino en sí mismo. Una quietud temible, seductora como la muerte flotaba en el ámbito. Se asociaba con la imagen del sepulcro. Felipe Delgado lo presentía —he aquí el callejón que alguna vez había imaginado. Con los espejos del agua insumiéndose en esta oscuridad. Precipitándose desde lo alto el resplandor de las nubes con la lluvia para alumbrar esta oscuridad.

Mirando a izquierda y derecha, en la negrura del resplandor, Delgado no sabía si bajar o subir. Arriba y no muy lejos parecía insinuarse una luz, una puerta abierta. El silencio le daba en qué pensar mientras iba subiendo en pos de aquella puerta, y se imaginaba ir en pos del silencio. La distancia era mucho mayor de lo que él había creído; le pareció ver una ventana cuando se acercó, mas el hueco de una puerta se ofrecía allí, a considerable altura sobre el nivel del suelo. Un imponente graderío de piedra conducía a lo alto. Para ascender estos tramos el hombre había de ser un titán. En pleno callejón, reposaba un peldaño de enormes proporciones. Ocupaba casi la mitad de la vía pública. De haber faltado semejante cuña, habría sido imposible alcanzar el graderío. Todo hacía pensar en la intervención de un espíritu brutal, de una rara demencia. Esta arquitectura contrastaba y al mismo tiempo no contrastaba con el estrecho callejón y con el aspecto general del paraje. El aire se saturaba por completo con el olor del alcohol, aun a pesar de la lluvia y el viento. En el umbral, una cavidad, y en la cavidad, dos peldaños. Estos peldaños comunicaban con un descanso, que más bien parecía una cripta, con murallas más altas que un hombre. Sobre las murallas laterales se abrían las puertas. En la muralla del frente, una segunda cavidad, muy angosta, con cuatro peldaños, tan excesivos como para amedrentar y causar desaliento al más animoso —Felipe Delgado ascendió lentamente, trabajosamente. En lo alto del graderío y en ambos costados de éste, descansaban dos gigantescos toneles de metal. El hombre era pequeño en comparación, y guay del que cayese. Podía ahogarse tranquilamente. El contenido de un solo tonel, según cálculos de Delgado, alcanzaría y sobraría para emborracharse durante toda la vida. Las oscuras paredes se estrechaban. Eran muy altas. El tumbado se perdía en la oscuridad. Al fondo, un mostrador, en la plataforma de ladrillo. Detrás del mostrador, un hombre miraba. El visitante se sintió desorientado. El silencio, la oscuridad, la impresión profunda de un olor a nada. Un sentimiento de impunidad, de liberación, de fuerza. Alguna cosa extraordinaria se escondía aquí. Felipe Delgado no alcanzaba a mirar las cosas. Alguien murmuraba más allá de un cortinaje de cotense. El hombre que miraba, se borraba en las sombras. En el armazón de madera, los huecos vacíos —allí ardía una vela.

De pronto el hombre que miraba, salió del mostrador —hombre ya entrado en años y con aspecto vigoroso. Cogió una botella, la hizo llenar hasta la mitad en el tonel, y descolgó un jarro de lata. Puso ambas cosas en manos del recién llegado. Silenciosamente, retornó a su puesto.

Entonces habló y dijo:

—Sesenta centavos la media tira.

Las facciones se hicieron visibles tan sólo ahora. A tiempo de hablar suspendía las cejas y se le saltaban los ojos de las órbitas con una expresión de ferocidad y de astucia a la vez. Un gorro de lana, una cara hinchada. Del gorro de lana, salían unos mechones y caían sobre la cara. El cuello envolvíase con una chalina. El saco rotoso carecía de solapas. La voz áspera, el tono cortante. Al alcance de la mano, una botella. Vaciaba sin misericordia el aguardiente en su gargüero —un hombre de pocas pulgas, una cara de pocos amigos —pensó Delgado.

Bebió ávidamente. Pagó y dijo:

—Me moría por una copa. Parece mentira. ¿Usted es el dueño? —preguntó ahora—. No quisiera molestar. Parece que tienen una reunión allá dentro —añadió, señalando el cortinaje de cotense.

—No es reunión —dijo el hombre—. Es mi nieta. Es un pequeño velorio; usted no molesta. Si gusta y es piadoso, puede acompañarnos. Soy el dueño. ¡Amézaga! —gritó de pronto. Y como por encanto, un hombre surgió de entre las sombras. El bodeguero se dirigió a éste y, sin molestarse en consultar la voluntad del huésped, con tono de mando le dijo—: Haz pasar al caballero.

Sin saber cómo ni por qué, Delgado transpuso el cortinaje y se vio en un cuartito. Al primer golpe de vista el velorio más bien le pareció grato. A sus ojos esta reunión no tenía nada de fúnebre. Callados y con aire pesaroso, se congregaban los bebedores alrededor de un pequeño ataúd pintado de blanco. Un cirio ardía en la cabecera y dos velas en una repisa. No bien entró, un jorobado se puso de pie, como impulsado por un resorte, y le hizo una venia. Lo saludó efusivamente y como si lo conociera. El recién llegado se quedó estupefacto. El jorobado era muy bajito, y escasamente le llegaba al hombro. Le brindó su asiento y le alcanzó un jarro lleno hasta los bordes.

Acto seguido trajo un taburete y, acomodándose a su lado, se puso a murmurar mientras los demás permanecían silenciosos y parecían abismarse en el dolor, y dijo que se llamaba Román Peña y Lillo y que tenía hambre no obstante que tenía cincuenta años de edad —como si por el hecho de tener cincuenta años de edad pudiera uno dejar de tener hambre, pensó Delgado en sus adentros.

Miró al jorobado y con fingida seriedad dijo:

—Perdone que lo llame por su nombre, don Román; pero sus palabras me sorprenden. Sus palabras me dan a entender que a la edad de cincuenta años, el hombre no debería tener hambre. Tal afirmación me causa estupor, sinceramente se lo confieso. No lo digo por ofenderlo.

El jorobado bajó la cabeza. Miraba desde las profundidades de unos ojos negros. Unas manos de extraordinaria delicadeza se extendían sobre las rodillas. Vestía ropa de pordiosero, pero no obstante parecía muy limpia. La raya del peinado impecable. Estaba bien afeitado.

—Soy liberal y sostengo humildemente mis afirmaciones —dijo con tono de disculpa—. Yo me refería a las injusticias de este mundo; los pobres viven incómodos en este mundo porque el templo fue derribado. Los últimos serán los primeros, dice el Evangelio; pero ¿qué sacamos con eso hoy por hoy, cuando la sabiduría de los cielos ha sido suplantada por el oro de los infiernos? Lo único que quise decir era que el hombre debería de estar libre del hambre a la edad de cincuenta años, y desgraciadamente no lo está. A los sesenta, a los setenta años nada importa, a los ochenta ni hablar, cuando el hombre ya no sirve. Pero a los cincuenta años de edad, cuando el hombre está en la flor de la vida, no debería faltarle absolutamente nada, y mucho menos el pan. Hay gente que se dedica a predicar el amor, pero ¿qué saco yo del amor, si lo que necesito es pan? —hizo una pausa para respirar y luego, en vista de que el huésped no decía nada, preguntó—: ¿Y usted qué edad tiene? ¿Qué opinión le merece el problema del pan? ¿Se puede preguntar qué se llama, si no es indiscreción?

Felipe Delgado satisfizo la curiosidad de Román Peña y Lillo en cuanto a la edad y al nombre. Mas en cuanto al problema del pan, él prefería irse a los hechos, según declaró, y lue-

go, habiendo sacado del bolsillo un billete de cien bolivianos, dijo:

—Usted sabe; obras son amores y no buenas razones. Tome —y con todo disimulo, entregó el billete al jorobado. Este lo guardó a toda prisa, y después se quedó quieto. Era como recibir una fortuna—. En otra forma no podría responder —prosiguió Delgado—. Habría que ser filósofo para opinar sobre el problema del pan, ofreciendo como ofrece tan variadas como peligrosas aristas. Sin embargo el pan, el oro, las injusticias, el amor, la edad, los templos derribados y cuanto quiera que se fuese, son cosas que no valen absolutamente nada. Lo único que vale es la muerte. Esta noche me siento como nuevo. En esta bodega todo es verdad. ¿Quién es el bodeguero? —preguntó de pronto—. Tiene mucho de místico. Es un suicida. Es hombre que conoce la muerte, se lo aseguro. Es un gran humorista.

—Corsino Ordóñez es un gran hombre —declaró el jorobado—. Es lo único que yo sé. Corsino Ordóñez se llama el bodeguero. Es un hombre que sufre. Por eso bebe. Nadie en el mundo, ninguno de sus amigos, ha llegado a saber por qué sufre. Todos sufren, pero no todos beben. Los que verdaderamente sufren son quienes verdaderamente beben. Mientras uno sufre el tiempo dura mucho. Y mientras uno bebe el tiempo pasa volando. Así también la muerte se apresura. Es la ley del mundo. No hay para qué pegarse un balazo. ¿Qué saco yo pegándome un balazo? No saco nada. Si me pego un balazo me privo de beber, es lo único que saco, pudiendo morir bebiendo. Además, no solamente el aguardiente mata; todo mata. Todo, todo en este mundo mata. ¿O tal vez usted conoce alguna cosa que no mata?

—Yo no sé qué dirán estos señores —repuso Delgado dirigiéndose a los bebedores que, a todo esto, habíanse puesto a escuchar atentamente la conversación.

Un viejo de nobles facciones y cachucha, con abrigo hecho girones, tomó la palabra asumiendo un aire de superioridad y dijo:

—Estos señores, permítame usted, tienen algo que decir, y es lo siguiente: cuando se muere viviendo, no se vive muriendo; y cuando se bebe muriendo, no se muere bebiendo. Ahí tiene usted. Soy decano de estos alegres borrachos, y respondo por

ellos —bruscamente se volvió hacia Peña y Lillo y dijo, dirigiendo a éste una mirada penetrante—: ¿Y usted, buen hombre, qué espera para presentarnos a este caballero? ¿Percibe usted o no percibe el malestar reinante? ¿Olvida usted las reglas de urbanidad y cortesía?

—¡Qué reglas ni qué reglas de urbanidad y cortesía! —exclamó un hombre de aspecto siniestro—. ¡Este jorobado se limpia cierta parte con la cortesía; no acostumbra limpiarse con urbanidad!

—¡Cállese o le rompo la crisma! —gritó el viejo poniéndose rojo de ira y blandiendo una botella—: ¿No ve usted que velamos una pequeña difunta y sus groserías disuenan? Yo no le temo, y se lo prevengo: o se inclina ante la majestad de la muerte, o le rompo la crisma.

Delgado intervino en este momento. Se puso de pie y dijo:

—Nadie tiene la culpa de nada; ni don Román ni nadie —y luego declaró con tono grandilocuente, dirigiéndose al viejo y llevando la corriente a éste—: En realidad, he sido yo quien ha quebrantado las reglas de urbanidad y cortesía; yo debí haberme presentado sin esperar que nadie me presente; y ahora quiero rectificar mi conducta con el permiso de todos ustedes, apreciados señores.

Con estas palabras, Delgado recorrió su asiento y dio la mano a todos y cada uno de los circunstantes. Entre copa y copa, unos aparapitas repantigados sobre un poyo de adobe mascaban coca. Delgado los vio y los saludó con ademanes muy expresivos, no pudiendo darles la mano por estar situado en el extremo opuesto del recinto. Empero los aparapitas apenas si se dignaron contestar, moviendo la cabeza con indiferencia.

Indalecio Beltrán —que así se llamaba el viejo— se sacó la cachucha y con tono solemne dijo:

—Señor Delgado: ahora que nos hemos presentado y nos hemos identificado como corresponde a todo caballero, conociendo cada uno a cada cual, séame permitido ofrecer a usted nuestra más calurosa bienvenida. Acéptela. Un selecto grupo de amigos se lo pide; todos y cada uno de los aquí presentes se lo ruegan —y habiendo notado el gesto de burla con que lo miraba el hombre a quien reprendiera y a quien llamaban el Delicado, con punzante sarcasmo dijo—: Como habrá usted podido adver-

tir, señor Delgado, aquí abundan los apodos; ciertos señores prefieren hacerse conocer con sobrenombres; tendrán sus razones para ocultar sus nombres; allá ellos. Lo cierto es que aquí tenemos al Delicado; allá al Negro; acullá al Mazorral; tenemos al Fú y tenemos al Fá; son ellos quienes nos obligan a llamarlos así. Pero sin embargo, haré honor a la verdad si declaro que, siempre y cuando así lo quieren, tales personajes saben conducirse con decencia; lo cual ocurre muy rara vez, desgraciadamente.

Para evitar altercados, Delgado vio por conveniente disimular el sarcasmo y eludir todo comentario, y expresó su deseo de invitar unas copas a los circunstantes, a fin de rendir sentido homenaje a la memoria de la pequeña difunta, y por ende, en señal de gratitud por la bienvenida que aquéllos le ofrecían. Delgado se declaró acérrimo partidario del aguardiente, pero sin embargo, por esta vez excepcionalmente, él proponía un cambio, siempre que el dueño de la bodega así lo consintiera, quedando entendido que el vino, el ron, el coñac, y todas las bebidas habidas y por haber, encontraban un común denominador en el alcohol.

Tan tentadora invitación fue apreciada en su verdadero valor, y todos la acogieron como cosa llovida del cielo.

Beltrán se ajustó la cachucha y tomó la palabra.

—Yo respondo de la gestión en la bodega —declaró con entusiasmo—: Corsino es mi gran amigo, y se quedará atónito con estas novedades; no cabe duda —y con cierta ingenuidad preguntó, sin dirigirse a nadie en particular—: ¿Pero, señores míos, de dónde sacamos el ron, el coñac, y todas esas novedades que no se encuentran ni para remedio?

—Las vamos a comprar ahora mismo —explicó Delgado—. Le rogaría acompañarme; ya no llueve. Todavía es temprano, hay lugares abiertos. ¡Necesitamos beber y reventar, algo de comer y algo de fumar!

Avido y codicioso, el Delicado paró la oreja. Puso una cara triste y se sacudió la ropa. Frotándose las manos, se dirigió a Delgado y le dijo:

—Un servidor los acompaña; los ayuda a traer todas las botellas y todos los paquetes; un pobre peregrino. Vamos en auto.

Beltrán se interpuso y lo miró de pies a cabeza:

—¡Ah!..., ¿sí? ¡Qué tal! —dijo con sequedad—. ¿Y qué es eso de que vamos en auto? Pídame disculpas y ya se verá.

Intempestivamente, el diálogo se vio interrumpido. En este momento el bodeguero hizo acto de presencia. Al parecer, estaba de mal humor. Todos callaron al verlo.

Asumiendo cierta actitud con el evidente propósito de mofarse de ellos, permaneció un momento en el umbral, como petrificado de asombro, y luego avanzó y dijo:

—Disculpen mis estimados. ¿Qué se trama aquí? ¡No sea que el cadáver esté demás! ¿Por qué no hablarán con franqueza? ¡Si tratan de urdir sonseras y disparates a mis espaldas se equivocan, no soy sordo! ¡Y tú, Indalecio, no te ofendas; yo te estimo! Te das importancia a sabiendas de que tu gran amigo Ordóñez difícilmente se quedará atónito por más que se caiga el mundo; hablas de hacer gestiones a sabiendas de que mi bodega no es una oficina pública y que no hay gestión que se tenga. ¿Qué me importa que vayan o no vayan, que vuelvan o no vuelvan o se paren de cabeza? ¿Acaso yo los he parido? ¿Qué me importa que compren o no compren o que traigan o no traigan bebidas, novedades o lo que se sea, caro o barato, ordinario o fino? Vayan y compren todas las bebidas que les dé la gana, yo no me opongo, con tal que no sea cerveza; mi casa es mi casa, y aquí no entra la cerveza —declaró sentenciosamente y, con un gesto de profundo desprecio, se quedó mirando al Delicado—. ¿Qué dirá el Delicado? —dijo ahora y se puso a comentar inopinadamente—: Yo tengo oídos. ¿Qué se creerá el Delicado? Yo tengo ojos. ¿Qué querrá el Delicado? Yo tengo manos. ¿Qué hará el Delicado? Yo tengo puños. ¿Maneja cuchillo? A mí no me importa. ¡Ante la majestad de la muerte de mi nieta, no hay tutías! —exclamó finalmente, y de pronto se puso frenético.

Corsino Ordóñez cogió al Delicado con una fuerza que debía ser colosal, y zarandeándolo como a un muñeco, lo hizo hincar ante el ataúd propinándole un feroz golpe en la cabeza.

—¡Para que aprendas a respetar! —gritó luego, y echando una mirada en torno, dijo—: Perdonen mis estimados.

En seguida salió del recinto.

Ante la consternación general, Beltrán se adelantó compasivamente y ayudó a incorporarse al Delicado. El hombrón, que

sangraba por alguna herida en la frente, se apresuró a pedirle disculpas, y dio la razón al bodeguero, expresando que la falta cometida merecía tal castigo.

—Lo felicito —dijo Beltrán con caluroso acento, a sabiendas de que en realidad la falta que se le imputaba al Delicado no existía, y luego añadió—: Así se portan los hidalgos; usted merece acompañarnos. Vamos en auto.

Por lo visto, Beltrán hacía y deshacía de la situación a su antojo, habiendo asumido las prerrogativas que correspondían a Delgado que, por paradoja, más bien obedeció sin sorprenderse en absoluto cuando aquél le dijo con apremio:

—Vamos de una vez; el tiempo nos pisa.

Muy satisfecho, Beltrán sacó del bolsillo una correa para ajustarse el abrigo —así se remediaba la falta de botones.

—¡En marcha! —ordenó al Delicado, y luego, mientras éste se ponía un poco de aguardiente a su herida, se volvió a los concurrentes y dijo—: Ustedes no se mueven de aquí; en media hora estamos de regreso, trayendo una multitud de maravillas.

Lo dicho por Beltrán se cumplió al pie de la letra. Justo al cabo de media hora se hallaban de regreso en la bodega con un impresionante cargamento de botellas y latas de conservas. Delgado presentó a Peña y Lillo un buen paquete de carnes frías y pan, y sacó a relucir una ingente cantidad de cigarrillos; Beltrán adoptó un aire de príncipe y exhibió una soberbia caja de puros; por su parte, el Delicado se apresuró a destapar el champán y, sin duda por falta de experiencia y no por otra cosa, recibió el impacto de un corcho en el ojo, y luego sirvió —en jarros de lata, naturalmente. Ahora las botellas andaban por uno y otro lado; un veterano de la guerra del Pacífico, vestido con un viejo uniforme y cubierto de medallas el pecho, hombre muy anciano a quien llamaban don Julio César, tomó bajo su protección el coñac, alegando haber sido asistente del general Daza —¿y a qué venía eso?— le preguntaron; el veterano, en contestación a la pregunta, dijo que precisamente venía a que el general Daza tenía delirio por el coñac, habiendo sido dicho delirio la verdadera causa de la retirada de Camarones.

¿Y qué pasaba con el bodeguero, a todo esto? ¿Cómo explicarse la reserva, la extraña actitud del único deudo de la difunta, y que se mantuviese al margen de la reunión en el velorio? —preguntaba Delgado dirigiéndose a Beltrán en busca de alguna explicación.

—En realidad está entristecido —declaró Beltrán bajando la voz—. Lo que sucede es que su hija tiene la culpa de todo. Fugó con un francés y dejó abandonada a su criatura; Corsino se hizo cargo de la criatura; la criatura murió, y precisamente la velamos ahora. Una tragedia. En realidad, todos nosotros estamos bebiendo por cuenta de la casa desde esta tarde. Corsino se portó muy bien y nos hizo servir un buen plato de chicharrón, pero ya ve usted, no quiere estar con nosotros.

—¿Y qué pasaría —preguntó Delgado— si yo, que vengo por primera vez a la bodega, voy y le pido por favor que nos acompañe?

—Lo manda a rodar —sentenció Beltrán—. La única persona que podría influír en su ánimo soy yo, y luego, aunque lo dudo mucho, quizá este señor Peña y Lillo, y luego Amézaga, el ayudante.

—¿Y por qué no lo hacen?

—Porque nos mandaría a rodar, como dos y dos son cuatro.

Beltrán reflexionó un momento y luego propuso formar una comisión, con Peña y Lillo y Delgado, encabezada por él.

—Sólo así podríamos convencerlo —afirmó con tono categórico—. Como usted comprenderá, una comisión impresiona; al fin y al cabo, una comisión adquiere un carácter casi oficial...

—A mí no me parece —interrumpió Peña y Lillo—. Disculpe usted. Yo puedo ir y traerlo, sin necesidad de formar ninguna comisión casi oficial.

—¡Caramba hombre! —exclamó Beltrán con desdén—. ¡Haga lo que le parezca, nadie lo ataja!

Sin esperar más, Román Peña y Lillo salió, y para despecho de Beltrán, a los pocos momentos reapareció con el bodeguero en persona, el cual lo tomaba de la mano como a un niño. Aceptó el taburete que le ofrecieron, y con tono amigable dijo:

—No vayan a creer que me haga el interesante o que sea un mal educado, mis estimados, pero tendré mis razones para proceder como procedo. Acabo de hacer cerrar la bodega. Amézaga tiene orden de no abrir a nadie. Ahora yo quiero acompañar-

los, mis estimados, y disculpen si hago mal —de improviso se dirigió al Delicado y dijo—: Te pido mil perdones, Delicado; te he tratado mal y te he pegado, pero tendré mis razones para proceder como procedo. Abusas de mi buen corazón, y ni siquiera tienes un poco de urbanidad. Aquí mi gran amigo Indalecio es testigo. ¿Por qué te burlas de mi gran amigo Román? Será un lisiado indefenso, pero te puede enseñar a ser gente. Tienes que respetar la gran majestad de los muertos —se dirigió a Delgado y, poniéndose de pie, le tendió la mano y dijo—: Un amigo; Corsino Ordóñez, a sus órdenes. Disculpe lo pasado. Está usted en su casa. Ya conoce el camino.

Delgado agradeció con palabras conmovidas. Y, con el permiso del veterano don Julio César, sirvió al bodeguero un jarro de coñac.

Este bebió de un golpe y luego dijo:

—Yo soy realista; aquí no hay campo. Que el Delicado tenga la bondad de poner el ataúd en el poyo —señaló el poyo en que se repantigaban los aparapitas y añadió—: Todos ustedes quedan invitados al entierro; de aquí mismo nos vamos directamente al cementerio.

Ahora que el ataúd había sido colocado en el poyo, el Delicado y Amézaga comenzaron a poner las innumerables botellas y latas de conservas sobre una tabla que había quedado libre, cuando a todo esto el bodeguero hizo reír a la concurrencia abriendo tamaños ojos, y dijo que podía caerse de espaldas si no lo agarraban.

—¡Coñac, ron de Jamaica, champán y gin, anís del Mono, qué no hay aquí! —comentó mientras miraba las etiquetas—. Nosotros no estamos acostumbrados a beber, a comer y fumar cosas tan finas y delicadas. Semejantes conservas y cigarrillos en inglés y en francés, es lo malo. Y si mañana no aparecemos en el otro mundo y con ampollas en la lengua, será porque Dios es grande. ¿No me hará mal? —dijo con buen humor a tiempo de encender un puro que le ofreció Beltrán—. Estas cosas cuestan una fortuna; se necesita ser millonario para comprarlas —miró a Delgado y preguntó—: ¿Usted ha hecho pacto con el diablo?

—El diablo no hace pactos con gente insignificante —dijo Delgado siguiendo la broma—. Pero sin embargo me cuento en-

tre sus amigos. En estos instantes estoy hablando con él —añadió luego, provocando la risa general.

—¡Usted me desenmascara! —repuso el bodeguero para hilaridad de los bebedores.

En este momento se dejaron escuchar fuertes golpes. Alguien tocaba la puerta.

Todo el mundo enmudeció de pronto.

—Debe ser el fantasma —dijo el bodeguero.

Amézaga fue a ver. Desde adentro preguntó quién tocaba. No hubo respuesta. Reinaba el silencio. Abrió la puerta y sacó la cabeza. No había nadie.

Luego compareció ante el bodeguero.

—Es —dijo—. ¿Pongo el aguardiente?

—Primero ve la hora.

Amézaga fue a ver. En el cuarto del bodeguero había un reloj.

—La una en punto.

—¿No digo? Pon un jarro de aguardiente, volando. ¡Y mucho cuidado! Cierra bien la puerta.

Amézaga se apresuró a cumplir la orden.

—¿Dónde ponen el aguardiente? —preguntó Delgado con aprensión.

—En la grada de la calle. Para que beba el fantasma.

—¿Todas las noches?

—No todas. Sólo cuando toca la puerta el fantasma. Si dejamos de poner aguardiente para que beba el fantasma, nos atormenta toda la noche y se queda el fantasma, rondando y buscando aguardiente; imposible dormir con el mal olor del fantasma.

Delgado se puso pálido.

—¿Tiene mal olor el fantasma? —preguntó con incredulidad y temor.

—¿Y cómo quiere usted que no tenga mal olor el fantasma, si todos los muladares de la ciudad reunidos son poca cosa en comparación?

—¡Ah!..., ¿sí? Pero ¿habla usted en serio?

—¿Y entonces? ¿Cómo no quiere usted que hable en serio, cuando todos los aquí presentes conocen el mal olor del fan-

tasma? ¿Conocen o no conocen ustedes el mal olor del fantasma? —preguntó dirigiéndose a los concurrentes—: ¿Sí o no?

Los concurrentes movieron afirmativamente la cabeza.

—¿Me dejarán mentir?

Los concurrentes movieron negativamente la cabeza.

El bodeguero llamó al ayudante y dijo:

—Ahora ven aquí, Amézaga; acércate y contesta sin miedo: ¿qué se llama el fantasma?

—Elías el Cagatrapo.

—¿Y su apellido?

—Matías el Resentido.

—¿Y su sobrenombre?

—Urías el Vengativo.

—¿Y ahora qué me dice usted? —preguntó el bodeguero dirigiéndose a Delgado—. Elías brinca, y Matías mata; francamente yo le tengo miedo al tal Urías. Pero felizmente no estamos solos —y de pronto gritó—: ¡Amézaga! ¡Dales una botella de licor fino a los aparapitas!

Amézaga tomó una de las botellas y cumplió la orden.

Los aparapitas levantaron los brazos hacia lo alto en señal de agradecimiento.

CAPITULO X

Titina Castellanos no estaba contenta ni mucho menos. El despecho la devoraba. Se sentía relegada, abrigaba ciertas indefinibles dudas y se ponía susceptible a cada paso. Habiéndose dado la circunstancia de que su casa quedaba precisamente en la ruta de la bodega, Delgado se lo hizo saber a título de mera curiosidad, y bastó esto para que Titina se pusiese de mal humor. Nadie le sacaba de la cabeza que las visitas de Delgado tan sólo obedecían a dicha circunstancia. En cuanto a Felipe

Delgado, éste hallábase sorprendido con los acontecimientos. A su modo de ver, soplaban aires poco menos que providenciales, habiéndosele ofrecido como en bandeja de plata dos mundos diferentes entre sí para elegir, en todo momento y como mejor le pareciera. Por una parte, encontraba nuevos encantos, hasta ahora desconocidos por completo en sus relaciones con Titina; y por otra, estaba deslumbrado con la bodega y bendecía una y mil veces el momento de haberla conocido.

Pero Titina Castellanos no estaba contenta ni mucho menos. Y eso que Felipe Delgado le había propuesto tener un hijo, todo por halagarla. Ella había rechazado la propuesta alegando que no estaban casados. Pensaba que no había por qué hacerse ilusiones y se sentía herida en el amor propio. En realidad, el que no estuviesen casados le importaba poco. Delgado era un hombre que disponía de plata, y ella sabía de sobra que podía atraparlo teniendo un hijo de él, pero sin embargo, en el fondo tal vez no quería hacerlo. Una desconfianza fundamental anidaba en su corazón. Y esta desconfianza se acrecentaba a causa de la bodega. Titina pensaba que Delgado no era un hombre a quien se pudiera amar; y le causaba pena y recelo no poder explicarle el motivo, convencida como estaba de que nada tenían que ver con ello los defectos y debilidades de que aquél adoleciera.

Anecdóticamente, Titina recordaba los primeros tiempos de sus relaciones, que databan de unos dos años atrás, y algo que le había llamado la atención era que Delgado, al parecer, no tenía en cuenta que ella necesitaba vivir, comer y vestirse, y que para vivir, comer y vestirse, necesitaba plata. Titina sabía muy bien que Delgado no era mezquino ni mucho menos, sino que adolecía de una timidez en verdad estúpida. Lo cierto es que finalmente, Delgado se dio cuenta del problema, y lo resolvió a su manera, según infirió Titina en vista de la inopinada aunque sistemática aparición de plata botada por los suelos. Muy intrigada la primera vez y no obstante que sabía perfectamente a qué atenerse, con fingida alarma comunicó el hecho a Delgado, expresando al mismo tiempo el deseo de devolverle la plata, y le aconsejó tener un poco de cuidado. Mas él se puso rojo y le dijo: "¿Y qué quieres que yo haga? A mí siempre se me cae la plata del bolsillo. Déjala por ahí, o bien, si prefie-

res, bótala al canal". Y con esto, Titina no podía explicarse el porqué de tan estúpida timidez. No pocas veces Delgado cometía el error de olvidarse de hacer caer plata de sus bolsillos, y de este modo, surgía una situación crítica que empero era susceptible de remediarse con las indirectas que oportunamente lanzaba Titina. Entonces era seguro que, tan luego como se hubiese marchado aquél, ella encontraría un montón de plata botada por ahí, debajo del catre o debajo de la mesa, en algún rincón o, simplemente, en el asiento de una silla. Cierta vez, habiendo buscado en vano por uno y otro lado, se le ocurrió ver debajo del anafe de bomba, y allí encontró una cantidad, solo que, para gran dolor de su alma, varios billetes estaban achicharrados. Mas para gran alegría de su alma, en el banco se los cambiaron. Huelga decir que Felipe Delgado se mantuvo fiel a la táctica de hacer caer plata de sus bolsillos una vez que hubo reanudado sus relaciones con Titina.

Al cabo de algún tiempo se ensombreció el panorama. Delgado notaba una gran tensión. Haría escasamente un mes que concurría a la bodega, cuando a todo esto Titina se gastaba un humor insoportable. A cada paso sacaba a colación la bodega y hablaba pestes de la bodega. Con el manifiesto deseo de zaherirlo, miraba a Delgado, y bruscamente se apartaba de él, dando a entender que despedía mal olor, y luego se frotaba las manos con un pañuelo empapado en loción. Escenas tales se repetían cada vez con más frecuencia. Delgado, que prefería reírse y quería mostrarse ecuánime, trataba de restar importancia a las actitudes de Titina, y lejos de enojarse, un día de esos intentó conquistar a ésta por medio del halago, creyendo que con ello habría de allanarse la cuestión, y de pronto la miró con fijeza y, adoptando un tono de misterio, inopinadamente le propuso tener un hijo. Empero, al sentirse ofendido con las objeciones de Titina, que no quería saber nada de él y había asegurado que su ropa y su cuerpo y su alma estaban llenos de piojos, Delgado quiso vengarse habiendo abordado un tema que no podía ser más ingrato para ella precisamente, y se extendió en una larga perorata sobre la significación de la bodega.

En efecto, Delgado se refirió a un horizonte cargado de revelaciones que se ofrecía milagrosamente a sus ojos asombrados, y este horizonte, según afirmó, se extendía más allá de la realidad circundante: se extendía más allá de todo. En aquel más allá de todo podía encontrarse todo cuanto no se encontraba aquí. La bodega se situaba en aquel más allá de todo. La gente era buena allá, por más que fuese mala, y podía ser buena y mala al mismo tiempo, sin dejar de ser buena. Debía entenderse por gente buena aquella que vivía apartada del mundo; en el mundo la gente buena era mala, y la gente mala no tenía por qué ser buena. Lo que no era aquí, había de ser allá. En aquel más allá de todo se podía vivir lo pensado y mirar el tiempo. Se podía iniciar, cumplir y terminar el tiempo; se podía construir, destruir, morir y vivir, todo a la vez era posible; ser con el no ser, hacer con el no hacer, decir adiós y encontrar. El tiempo estaba unificado. Mirando el tiempo se miraba uno mismo; y habiendo dejado de ser el pasado, el presente y el futuro, eras tú mismo. Ser tú mismo no era difícil. Sólo había que conocer aquel más allá. Para conocer aquel más allá había que conocer la muerte. Para conocer la muerte había que amar la vida: amando la vida uno se alejaba del vivir. Ahí estaba el secreto. Pero era difícil amar la vida. Precisamente había que haber amado el vivir. Tan sólo habiendo amado el vivir podía uno conocer la inutilidad de ello, y tan sólo entonces podía uno amar la vida. A partir de este momento las cosas asumían su verdadera significación. De tal modo se iniciaba el conocimiento de aquel más allá, a condición de haber conocido la muerte. En la cúspide se hallaba el júbilo. El júbilo de haber sido, el júbilo de no ser habiendo podido ser.

Las cosas y cosas, la ropa, las costumbres propias del vivir, alcanzaban una importancia muy grande en aquel más allá. Había que conservarlas a toda costa por ser absolutamente necesario alejarse de ellas: he aquí una paradoja. Pues en modo alguno, pero tan sólo con la ayuda de ellas, era posible alejarse de ellas. Por eso precisamente se las amaba. Pues cuanto más duraban, tanto más se aprendería de ellas, en la misma medida en que se alejaban. En tal sentido, la ropa ofrecía un gran misterio; había que ser poeta para comprenderlo. El, Felipe Delgado, lo sabía, y estaba en vías de vislumbrar este misterio. La ropa envejecida, raída y sin color, adelgazada por el tiempo; la ropa remendada con cariño y humildad, durante largas horas; la pobre ropa, destinada a la basura, esa ropa encerraba un gran misterio. La gente no podía comprender...

Titina hizo un gesto de impaciencia; Delgado se vio interrumpido en este momento.

—Quiero que sepas una cosa —dijo Titina, sin ocultar el despecho que la dominaba—. Cuando uno tiene plata por montones para derrochar en las bodegas es fácil hablar en difícil. No me vengas con misterios. Soy una pobre ignorante. No entiendo esas cosas. He pasado mi niñez y la mayor parte de mi juventud en el hospicio, y sólo he leído libros de piedad, de fe y de virtud. Y para que veas lo que es la vida quiero contarte una cosa. Ya verás las razones que tengo para ello. No son misterios ni fantasías incomprensibles como las que cuentas tú. Son cosas de la vida real, son cosas verdaderas. Es un secreto; algo que pasó en el hospicio. Una cosa muy triste. Sor Pía Armonía, sor Lirio Eduviges, sor Corazón la Bondadosa, sor Rosicler del Alba, ellas eran las monjas encargadas de la vigilancia. Había dos huerfanitas, muy retacas y calladitas, de unos doce o catorce años: Inocencia del Campo y Soledad del Invierno, y tenían sus habilidades; guardaban un libro con dibujos indecentes, que todas nosotras las huerfanitas nos dábamos maña para leer a ocultas de las monjas. En ese libro estaba la historia del Rey de Hungría, que tenía una cama de dos cuadras de largo por una cuadra de ancho y se acostaba con cien mujeres al anochecer, las cuales se volvían negras al amanecer. Y estaban las aventuras del Macho Cabrío Alcanfor y las de su hermano menor, el Macho Cabrío Antenor, los Insaciables. Y estos machos cabríos, que sólo dormían despiertos porque no tenían tiempo, se acostaban con una mujer siempre distinta, a toda hora del día y de la noche. Y también estaba la historia de la Mona Mujer, a la que perseguían los Monos Hombres, y para protegerse de ellos subía a la montaña y pedía socorro, atrayendo con sus gritos a los Monos Hombres que acudían como moscas y caían fulminados por la furia del rayo que precisamente era el amante de la Mona Mujer en la montaña. Y en ese libro que leíamos, también estaba la famosa historia de los volcanes infernales que vomitaban legiones de fornicadores, los cuales eran enanos y se desbordaban por millones y millones y se arrancaban las barbas y los pelos y gritaban y aullaban y maldecían, y se presentaban en los conventos con todo al aire. Una confidente de sor Pía Armonía delató a las huerfanitas. Sor

Pía Armonía tomó medidas. Hizo amarrar a las huerfanitas en una argolla en el corral, y luego nos hizo formar en el patio a todas las hospicianas y mandó a las culpables preparar una pira, en la que éstas quemaron el libro con sus propias manos. Estaban rapadas, semidesnudas y pedían clemencia. Al amanecer del día siguiente, según supimos después, Inocencia del Campo y Soledad del Invierno fueron entregadas a la voracidad de las llamas en el horno de hacer pan.

Felipe Delgado profirió una exclamación de asombro, y dirigiendo una mirada de incredulidad a Titina, declaró con tono irónico:

—¡Pero es sencillamente una monstruosidad!

—El suceso que te cuento es infinitamente doloroso para mí, personalmente —prosiguió Titina sin hacer caso—. Has de saber que la confidente de sor Pía Armonía era yo. Sobre mi conciencia recae la muerte, verdaderamente espantosa, de esas pobres huerfanitas que fueron quemadas. Como ya puedes imaginar, sor Pía Armonía ha descendido a la tumba hace mucho tiempo con este terrible secreto, y nadie en el mundo lo conoce ahora, excepto tú y yo. Como podrás comprender, esta confesión es muy grave. Ha sido un verdadero desahogo. Mi desesperación era muy grande. La única persona en quien podía confiar eras tú.

Delgado se sentía molesto. Con toda intención, abrió la boca y fingió bostezar. Si por ventura Titina pretendía tomarle el pelo con semejantes historias, estaba equivocada —pensaba él sañudamente, y al cabo dijo con afectado estupor:

—En mi vida he oído cosa tan tremenda. ¿Cómo no quedarse admirado ante el formidable temple de tu espíritu? Yo no comprendo cómo has podido soportar tanto tiempo semejante sentimiento de culpabilidad, sin decir a nadie nada. Ante una cosa tan inaudita, únicamente cabe la admiración, y punto en boca. Sólo quisiera hacerte observar un detalle, y no es para que te enojes —dijo ahora con tono patético, y con el ostensible propósito de hacer escarnio de Titina—: Yo nunca te interrumpo a ti, y sin embargo tú me interrumpes a cada paso. Yo tengo que escuchar pacientemente las monstruosidades y los disparates que te inventas tú, y sin embargo tú prestas oídos

sordos y me insultas cuando yo trato de comunicarte lo que veo y lo que siento.

Titina se puso roja, y con indignación y despecho dijo:

—Cometes un acto de cobardía al insultar y humillar a una pobre mujer. ¡Y miren quién habla de monstruosidades y de disparates! No me obligues a hablar sobre la maldita bodega si no quieres oír verdades amargas y terribles. No aparezcas nunca más si pretendes humillarme. Vienes y me saltas con que quisieras tener un hijo, y luego te jactas de haber encontrado el mejor de los mundos en esa maldita bodega —de pronto rompió a llorar y dijo—: ¿Te atreverías a contestar si te pregunto para qué quieres tener un hijo?

—Ya que me lo preguntas, te lo diré —declaró Delgado—: Si tuviera un hijo, sería para que siga mis pasos.

Era ésta una cosa que quizá no esperaba Titina. Hizo un esfuerzo para contener el llanto y se quedó mirando a Delgado. Al cabo dijo:

—Tienes pensamientos criminales. A echar hijos al mundo y destinarlos al vicio prefiero morir. ¿Qué te has creído? Seré una mujer de la calle o lo que tú quieras, pero tengo corazón y me doy cuenta de muchas cosas. Tú eres un vicioso. No hay necesidad de que nadie te lo diga; ya sabes que esa bodega es el vicio y el vicio es la muerte. ¿Acaso no sabes que el vicio eres tú? Los misterios que te persiguen y de los que hablas sin cansancio, no son sino los vicios que te están matando. El Señor es testigo.

—¿Y de dónde sacas eso? Te haces problemas y mi persona te preocupa —dijo Delgado—. Se ve que me estimas y te lo agradezco. Has tenido que pensar para decir lo que has dicho, qué cosa rara. Conste que no me defiendo ni te acuso, pero ¿qué tengo yo que ver con el vicio? ¿Qué es lo que pretendes? ¿Y qué pasa con la bendita bodega a todo esto? ¿Qué tengo que ver con la muerte?

—¿Y qué tengo que ver contigo? —repuso Titina con exasperación—. ¿Acaso me imagino siquiera la clase de antro en el que estás día y noche y los degenerados a quienes buscas y con quienes rindes culto a la degeneración, que seguramente debe ser una especie de divinidad para todos los de tu laya? Yo nada tengo que ver con el vicio ni con la perdición y la muerte. Por

más que no tengas ningún vicio, eres vicioso. Por más que no mates, eres criminal. La perversidad es tu religión. El mal ha manchado tu frente. Uno te mira y en seguida te aborrece. Nadie te quiere. Yo al menos no te quiero; te querré con pena, sí, pero no con amor. Tú no me quieres ni con pena ni con amor, pero me miras, me observas y me espías. Mi carne te gustará, pero me odias y hasta podrías matarme. Los malos instintos guían tus pasos. Ves visiones y te emborrachas, bebes día y noche, y no trabajas atenido a tu plata. Para ti todo es un misterio, pero con eso no sacas nada. Y andas como alma errante, penando por el mundo. Es lo único que haces. No te importa estar solo. No te importa sufrir, y tampoco te importan los sufrimientos ajenos. Eres huérfano y nada te importa. No te faltan ganas de llorar pero por pura maldad no lloras. Todo lo haces por maldad y eso te parece una maravilla. ¿Qué razones tienes para creerte una gran cosa? ¿No te da miedo sentirte solo en el mundo? ¿Por qué el Señor te habrá privado de afectos? A mí me da miedo sentirme sola en el mundo, aunque el Señor no me ha privado de afectos y mi madrina vela por mí. Tú no te imaginas lo buena que es mi madrina y cómo se desvive por mí. Es costurera, cocinera, lavandera y hechicera. Y por las noches habla con los espíritus del más allá. No te conoce ni te ve, pero te conoce y te ve. La otra noche te ha visto con la cabeza pelada, ciego y sin quijada. Tú salías de un horno que era la bodega y llorabas por mí, y me arrastrabas por las calles y me cortabas el pelo. Me martirizabas y me ultrajabas, me arrancabas de las entrañas una criatura que había concebido para ti. Mi madrina está muy triste.

Titina calló y se quedó extática, con los ojos muy abiertos.

—¿Y quién es tu madrina? —preguntó Delgado con extrañeza—. Jamás me hablaste de ella.

—Mi muñeca —dijo Titina señalando una muñeca en el rincón del cuarto.

—¿Tu muñeca? Seguramente estás loca o te burlas de mí, y tratas de hacerme asustar. ¿Estás loca? ¿O quizá alguien te induce a odiarme y despreciarme? ¡Contesta y dí la verdad! ¿Quién es tu muñeca? Mejor dicho: ¿quién es tu madrina?

—Ya te lo dije. Mi muñeca es mi madrina. Ella es todo para mí. Por la noche se levanta y barre, plancha, cocina y zur-

ce, y vela mi sueño la muñeca, mi madrina. Y tú, no seas imbécil. Te presentas con tu cara larga y me vienes con misterios, y todavía te asustas con la madrina, mi muñeca. Por más que fuera un invento, basta con que yo diga una cosa para que sea verdad. Mi muñeca es mi madrina. ¿No sabías que también soy hechicera? Apostaría mi cabeza a que no te diste cuenta. Eres demasiado imbécil.

¿Acaso valía la pena seguir hablando? —se preguntó Delgado con resentimiento, habida cuenta que Titina tenía el diablo metido en el cuerpo, y se levantó silenciosamente. Le dirigió una mirada fría y distante, y encaminándose hacia la puerta, exclamó con tono cortante:

—¡Buenas noches y adiós, señorita Castellanos! ¡No volveré más!

Pero sin embargo, no obstante esta actitud que pretendía ser inapelable, al día siguiente Felipe Delgado ya estaba de regreso buscando a Titina, y aquí no pasó nada.

Algún tiempo después, Titina le comunicó cierta noticia de especial significación, y que, muy al contrario de lo que ella suponía, no fue bien recibida ni mucho menos.

Pues así ocurrió en efecto, no habiendo causado dicha noticia sino un grave disgusto a Delgado.

—¡Un hijo, y qué noticia! —exclamó entre dientes y luego declaró, con exaltada amargura—: He perdido todo entusiasmo, he perdido todo interés. Siento mucho decírtelo, pero la vida me señala otros caminos. Ya no me interesa tener un hijo, absolutamente. ¿Con qué motivo engendrar hijos? ¿Para qué? La vida no necesita de la especie humana para seguir siendo vida. Además, yo personalmente, he llegado a la conclusión de que no merezco ser padre. Pero discúlpame; esto ya no viene al caso. Con el solo hecho de contemplar mi sufrimiento tú me ayudas. Pero como eso también implica sufrimiento para ti, y como yo no estoy dispuesto a retribuir tu ayuda y contemplar tu sufrimiento, será mejor que me retire. Tú no me quieres, yo no te quiero; no me gusta que me tengas lástima. Yo ansío amar. Me muero por amar y no encuentro a quién. El enfrentamiento con la muerte se reduce a esto. Todo cuanto dije respecto a la bodega, en cuanto a mí se refiere, es rigurosamente cierto. Tal vez lo recuerdas. No sé qué amar, no tengo a quién amar. Quizá

será por eso por lo que querré volcar todas mis ansias sobre la bodega.

Delgado hizo una pausa. Sacó del bolsillo un frasco de aguardiente, del que no se desprendía durante los últimos tiempos, según había advertido Titina, y bebió un largo trago.

—Ten la bondad de comprender —prosiguió Delgado mientras Titina lo miraba con aire ausente—, y toda mi gratitud será para ti. No estoy plenamente seguro, pero ha sido quizá el menosprecio de tu parte lo que me abrió los ojos y me obligó a meditar seriamente sobre la cuestión de la bodega. Gracias a ello he podido ver que la relación de la bodega con mi existencia futura es un hecho real y efectivo. Tú sabes que cada cual busca, con intención o sin ella, algún significado, algún sentido en su vida. Yo soy solo y lo seré siempre. Tú lo has dicho con justicia. Y si bien es cierto que no me apeno con mi condición, también es cierto que no me conformo con ella. Ahora fíjate bien, y te ruego le tomes el peso a esto que te digo: Las visiones, profecías, alucinaciones o sueños que con toda maldad has querido atribuir a tu muñeca, mucho me temo que encuentren fundamento y se vuelvan realidad, acuérdate de mí. Has jugado con fuego al meter en danza a tu muñeca. Echar una calumnia, al fin y al cabo, es cosa corriente en este mundo; pero hacer recaer la calumnia sobre un objeto inanimado y nada menos, ya es cosa diferente. Es un acto monstruoso, que rebasa todos los límites concebibles. Y eso se paga caro. Siempre me sentiré condolido, hondamente condolido por tu muñeca antes que por ti; fíjate hasta dónde llegamos en nuestra fealdad moral, todo por no haber sabido ser sinceros y veraces. Ahora yo, a partir de este momento, quiero rendir el más profundo, el más humilde homenaje de respeto a la madre que veo en ti, ya que no a la mujer amada.

Titina Castellanos, que escuchaba silenciosamente estas palabras, en cierto momento se quedó turbada, mirando un lugar impreciso en el rostro de Felipe Delgado, hasta que finalmente dijo, con una dignidad de la que aquél no la creía capaz:

—Está bien. He comprendido todo. Ahora déjame en paz; olvídate de tu hijo. Es mío, no tuyo. La distancia, el desamor y el olvido lo protegerán de ti. Yo lo esperaré y sabré cómo criarlo. No necesito absolutamente nada de ti. Nada de nada. Ni una

mirada, ni una palabra de aliento. Ni siquiera un alfiler. Tan es así, que quiero que veas esto —se levantó con presteza y, de un cajón de la cómoda, sacó un envoltorio y mostró su contenido—. Mira esto —dijo con tono sereno mientras arrojaba puñados de billetes sobre la mesa—: mira esta plata. La plata que hacías caer de tus bolsillos y que yo recogía. La he guardado toda y no te la devuelvo; ya no pertenece a nadie sino tan sólo a mi hijo. Es suya, exclusivamente suya: así que, ya ves. Hazme favor. Lo único que quiero es que me dejes en paz.

La actitud de Titina era tajante y radical en extremo.

Delgado no supo qué decir ante tan inesperada cosa; miraba un montón de billetes que, sin duda, representaban una suma considerable. Mas sintiéndose enternecido con el gesto de Titina, cuya situación, a sus ojos, era muy triste, apartó la mirada y se dio prisa en salir, tanto más avergonzado por unas lágrimas que le quemaban la cara y que luego había de verter con toda libertad en la bodega.

Hacía una noche serena; Felipe Delgado se lanzó precipitadamente por el graderío de la calle Pichincha y de pronto se detuvo —era bueno respirar un poco de aire fresco. Soplaba una ligera brisa. Dejábase sentir un hálito sutil, casi helado, en el que parecía insinuarse un invierno prematuro. Sobre la línea de El Alto dos estrellas brillaban con intensidad, cerca del horizonte: Sirio y Proción. Delgado conocía estas estrellas. El espacio que ahora miraba fue hendido en este momento por una luz. Con fugitiva palpitación se desvaneció la imagen de un aerolito. Había que formular un deseo; y ésta era cosa difícil y grave. Pues ¿qué desear? ¿A qué desear el más caro deseo; a qué desear una presencia que se amaba, si el deseo que se ama ya no es cuando se cumple? Delgado pensó un momento; y buscando en sus adentros, con cierta congoja, descubrió que no deseaba nada.

En la plaza Pérez Velasco tomó un auto. Bajó en la calle Inquisivi, y luego se encaminó a la bodega.

CAPITULO XI

—Disculpe usted —dijo Peña y Lillo—, pero su pregunta me parece un poco ingenua. Y para que vea usted que soy sincero, yo le juro que ni siquiera recordaba el incidente.

—Es realmente muy raro —declaró Delgado—. Pero ante todo una cosa: dejémonos de ceremonias. El usted, en mi opinión, no cabe entre buenos amigos; nosotros deberíamos tutearnos. Qué te parece.

—Es precisamente lo mejor —dijo Peña y Lillo sintiéndose halagado—. Somos buenos amigos, y no tenemos por qué no tutearnos. Yo por mi parte, muy honrado. Y la sinceridad ante todo.

—Ahora una cosa —inquirió Delgado—: ya que hablamos con sinceridad, quisiera que me digas por qué te ha parecido ingenua mi pregunta.

Peña y Lillo miró a Delgado con extrañeza.

—¿No te estarás burlando? —dijo—. Incurres en una ingenuidad al preguntarme una cosa, y ahora me preguntas otra, como si no supieras que hoy por hoy los fantasmas ya no existen.

—Que los fantasmas existan o dejen de existir es cosa que no discuto —dijo Delgado—. Lo único que te pedí es que me dijeras la verdad de lo ocurrido aquella noche.

—Como digo y repito —afirmó Peña y Lillo—, yo ni siquiera me acordaba de lo ocurrido aquella noche; en realidad no fue nada más que una broma. A mí me extraña que no te hayas dado cuenta; me extraña mucho que hayas tomado en serio una inocente broma de Corsino Ordóñez. Si fuera cierto que un fantasma se presenta en la bodega en busca de aguardiente, los periódicos hablarían del fantasma; al fin y al cabo, sería una gran propaganda para el Purgatorio...

—¿Propaganda para el purgatorio? —preguntó Delgado—: ¿Qué tiene que ver el purgatorio?

—Se ve que no sabías —dijo Peña y Lillo—. Nosotros llamamos el Purgatorio a la bodega y realmente le cae bien el nombre...

—Realmente no sabía —declaró Delgado—. Y reconozco que le cae bien el nombre.

—Así es —dijo Peña y Lillo—. Y como iba diciendo, con semejante propaganda en los periódicos, todos irían como moscas al Purgatorio para hablar con el fantasma, y a estas horas el pobre Corsino Ordóñez ya estaría millonario. Hoy por hoy, como digo y repito, ya no hay fantasmas. Hoy por hoy sólo existen fantasmas de carne y hueso, y estos fantasmas son precisamente los más temibles.

—Tienes razón —asintió Delgado con afectada seriedad—. Reconozco haber incurrido en una imperdonable ingenuidad al creer que en la bodega había fantasmas —y luego dijo—: Hablando de otra cosa: no te imaginas cuánto te agradezco por el gran favor que me has hecho. Se han despejado muchas incógnitas gracias a tu colaboración. Al sólo pensar que sería padre me ponía a temblar.

Con gesto de fatiga, Delgado se detuvo.

—Detengámonos un momento —dijo—. Estoy cansado.

Hallábanse en este momento en la esquina de Churubamba.

Delgado sacó de su bolsillo una cantidad de plata, y, a tiempo de entregársela a Peña y Lillo, dijo que se trataba de un pequeño testimonio de agradecimiento. Peña y Lillo guardó la plata a toda prisa, y luego se quedó quieto.

Aquel día precisamente, Delgado había dado por terminadas ciertas diligencias en las que estuvo embarcado durante la última semana, tratando de averiguar el paradero de Titina Castellanos. Pues en efecto, habiendo ido a buscarla un día de esos —como de costumbre para reconciliarse—, se encontró con que el cuarto estaba vacío. Y entonces se le ocurrió solicitar la ayuda de Peña y Lillo. Se movieron por uno y otro lado, preguntaron en el hospital y acudieron a la policía, fueron a la morgue y pusieron avisos en los periódicos, todo en vano. Finalmente, y cuando ya Delgado estaba a punto de levantar los brazos y abandonar la búsqueda, a Peña y Lillo se le ocurrió

averiguar en la vecindad de la casa, con resultados sorprendentes y en verdad dolorosos para el interesado. Lo cierto es que una de las vecinas guardaba un sobre que había dejado Titina para Felipe Delgado, en el cual se encontraba un papel por el que Titina le hacía saber tres cosas: primera, que el hijo en cuestión era pura fábula; segunda, que no lo quería en absoluto, y que más bien lo despreciaba y además le tenía asco; tercera, que se sentía feliz al deshacerse de Felipe Delgado, y que emprendía viaje al interior del país para reunirse con el hombre que amaba. Y Titina, con humor hiriente, transmitía a Delgado los atentos saludos de su madrina, la muñeca.

Y tan sólo ahora que terminaba esta relación, Delgado se sentía abatido. Le causaba disgusto el haberse hecho muchas ilusiones con respecto a Titina Castellanos.

Sin embargo no quería dejar traslucir el despecho que lo dominaba. Miró a Peña y Lillo y con tono de indiferencia dijo:

—Después de todo, es una lástima. Un hijo, al fin y al cabo, significa mucho en la vida de un hombre.

—No hay mal que por bien no venga —observó Peña y Lillo conciliadoramente—. Si tú mismo dices que temblabas al sólo pensar en un hijo, ahora deberías alegrarte. Para tener hijos hay que llevar una vida ordenada; hay que ser sedentario, como dicen, hay que sacrificarse minuto a minuto, y hay que tener la paciencia de Job. Los hijos te cortan las alas; ni siquiera te dejan dormir, y tampoco te dejan beber; y si no los educas tú mismo, se te suben a las rodillas, se orinan y se hacen caca en tu persona, y te piden todo y te sacan el último centavo; y si no te sacan los ojos, será porque esperan que tú te los saques y se los dés, y si no lo haces, entonces no eres un buen padre, y ahí sí que estás reventado: te dan una patada y te maldicen. Por eso yo, si algún día tuviera hijos, los criaría con mano de hierro; los criaría lejos del mundo, y yo mismo les enseñaría a leer y escribir; y luego, les inculcaría la religión, es decir la fe, y les inculcaría el amor a la tierra en que han nacido, y les enseñaría a sufrir; pero, como tú podrás comprender, no les haría faltar nada, absolutamente nada, lo que se llama nada; y conste que si todos criaran en esta forma a sus hijos, el mundo estaría salvado. Pero como yo no puedo hacer esto ni mucho menos, entonces prefiero no tener hijos. Hoy

por hoy, según mi humilde manera de ver, es pecado mortal echar hijos al mundo. Por eso yo me alegro de que tu hijo haya quedado en la nada, y te felicito. Ahora si la señorita Castellanos Titina o, mejor dicho, Titina Castellanos ya no te quiere, harías mal en apesadumbrarte; mujeres hay por maldición en este valle de lágrimas.

—Es la verdad —dijo Delgado—. Pero de todas maneras, no deja de ser raro que todo haya terminado como si nada.

—A mí no me extraña —declaró Peña y Lillo—; es bien sabido que las mujeres todo lo hacen porque sí. Para las mujeres no existe lo que se llama seriedad; ellas todo lo terminan como si nada, y hacen y deshacen del hombre como si nada. Son pocos los que se salvan. Es un misterio.

—¿Y qué hacemos aquí? —dijo Delgado de pronto—. Vamos rápido. Se impone una copa.

Reanudaron la marcha y a poco llegaron a la bodega.

Allí estaban los bebedores escuchando atentamente a Beltrán, que en este momento disertaba sobre el tema de la inspiración, y con buen humor afirmaba lo siguiente:

—Para poder inspirarse, en primer lugar, uno tiene que aprender a despreciar todo aquello que se toca; y en segundo lugar, uno tiene que aprender a estimar todo aquello que no se toca...

Peña y Lillo fue al mostrador y trajo una botella y dos copas. Delgado bebió ávidamente y se quedó escuchando.

—¿Y en qué se inspiran los grandes artistas? —preguntó Peña y Lillo.

—Los grandes artistas se inspiran en el aire —afirmó Beltrán—. Los grandes artistas se inspiran en los huracanes, en los ciclones, en los vientos y también cuando sopla la brisa.

—¿Y no se resfriarán? —objetó Peña y Lillo con tono de burla.

—Usted habla sonseras —repuso Beltrán—. Los grandes artistas se inspiran, no se resfrían. El aire, la naturaleza, lo invisible; ese es su mundo.

—Ese mundo sí que debe ser grave —comentó Peña y Lillo.

—Indudablemente —dijo Beltrán—. Es sabido que los grandes artistas miran una cosa, y esa cosa es invisible; es decir, visible para ellos; y cuando no hay una cosa, entonces no hay inspiración; esa es la cosa.

—¿Y cómo podrán inspirarse? —insistió Peña y Lillo—. Ese sí que debe ser un problema.

—Para los grandes artistas no hay problema que valga —declaró Beltrán—. Ellos se inspiran, y se acabó. Hay que tener en cuenta que ellos agarran, por ejemplo, y salen a la calle, miran una cosa, miran otra, y miran lo invisible. Para ellos no existe cosa visible, por la sencilla razón de que todo lo visible es vulgar, y como tal, no tiene ni pizca de inspiración. Para ellos solamente es bello lo invisible; es decir, lo que no existe. Ellos saben muy bien que tienen que creer en lo que no existe, es decir en la inspiración, porque si no, están perdidos: adiós inspiración. La inspiración es una cosa invisible; una cosa que no se ve; pero sin embargo, ellos la ven en todas partes: en las calles, en el tranvía, en sus casas y hasta en sus camas. Lo que pasa es que ellos miran, ellos ven.

—Con perdón de usted —dijo a todo esto el Delicado—, una pregunta: ¿acaso nosotros también no vemos? ¿Acaso no estamos mirando estas paredes, estos taburetes y estas copas?

—Claro que nosotros también estamos mirando estas paredes, estos taburetes y estas copas, y todo lo que usted quiera —dijo Beltrán—, pero con los ojos; en cambio los grandes artistas miran con el alma. Como ustedes podrán comprender, señores, lo que se ve con el alma, tiene que ser invisible; y lo que se ve con los ojos, visible; ahí está la cosa. En esa forma se comprueba la existencia de la inspiración.

—Formidable —dijo Peña y Lillo—. Esa sí que ha de ser una existencia muy fuerte. Pero ahora una cosa: a mí me interesaría saber cómo se inspira el gran Vargas Vila, por ejemplo.

—Bueno; el gran Vargas Vila se inspira en seco; es decir fuera del agua; y según afirman ciertos críticos precisamente, para no perder la inspiración no se baña. En cambio, Juan de Dios Peza se inspiraba en el agua; una laguna, un lago, una fuente, eso le servía de inspiración a Juan de Dios Peza.

—Ya me doy cuenta —dijo Peña y Lillo—, y qué lindo es aprender: según deduzco, esa es la razón por la que se llama fuente de inspiración una cosa que inspira.

—Justamente —declaró Beltrán—, y ya veo que a usted nada se le escapa; por eso se llama fuente de inspiración una cosa que inspira. Y como su nombre lo indica, es una fuente de agua. Ya se dijo fuente; el agua mana de la fuente, y la inspiración mana del agua; es decir de la fuente. Ahí tiene usted el mar. Como usted sabe, el mar no existe; el mar es pura inspiración. La pura inspiración es invisible, y lo invisible no existe. Eso precisamente se llama idealismo; el mar filosófico, en otras palabras; casi todos los filósofos y los sabios se inspiran en el mar. Un mar de lágrimas, el mar de tus ojos, amado mar de mis sueños, y, en fin, el remoto maremoto del alma mía, son expresiones que usan los grandes poetas. Para ellos, el mar es como la música de las cumbres; en pos de esta música de las cumbres van los grandes poetas como moscas, es decir como almas solitarias, en busca de la inspiración...

—Eso ya no está bien —reprobó el bodeguero interviniendo de pronto—: Seré un pobre ignorante, pero tus palabras me extrañan mucho. Si los grandes poetas van como moscas en pos de la inspiración y las moscas son almas solitarias, yo soy el Rey de Prusia. Te diré francamente que haces muy mal en comparar a los poetas con las moscas; si yo fuera poeta, te garantizo que en estos momentos ya te habría pulido el culo a patadas.

—Estás totalmente equivocado —replicó Beltrán—. Y se ve que en tu vida has conocido a un poeta. Viendo que se lo compara con una mosca, yo te garantizo que cualquier poeta se sentiría halagado. Todo poeta es humano, y como humano, ama a las moscas. El poeta no tiene por qué menospreciar a las moscas; por el contrario, el poeta enaltece a las moscas. Sin ir muy lejos, todos nosotros aquí en la bodega, en nuestra calidad de poetas prácticos de la más alta escuela, amamos a las moscas, por lo mismo que conocemos el sufrimiento —y dirigiéndose a los oyentes, preguntó—: ¿No les parece a ustedes?

—¡Así nos parece a nosotros! —exclamaron todos en forma unánime.

—¡Así me gusta! —dijo Beltrán—. Nosotros sabemos lo que es el hambre; nosotros somos sensatos y sufrimos; nosotros no somos quiénes para menospreciar a las moscas; nosotros somos poetas prácticos. ¿No les parece?

—¡Claro que nos parece! —exclamaron todos nuevamente—. ¡Así nos parece a nosotros!

Cada vez más envalentonado, Beltrán insistió y dijo:

—Señores: alguien se ha molestado conmigo; alguien me ha dicho que hice mal en comparar a los poetas con las hermanas moscas; ahora bien, los poetas líricos, tan infortunados aunque menos numerosos que las moscas, no tienen por qué criticarme ni mirar con malos ojos a las hermanas moscas; ¿no les parece?

—¡Así nos parece! —exclamaron a voz en cuello los oyentes.

Notando la mala cara que ponía a todo esto el bodeguero, Beltrán dijo con tono festivo:

—Claro que no hay para qué exagerar; no hay para qué criar moscas, por ejemplo, ni hay para qué llorar por una mosca; sólo un loco podría llegar a tales extremos. Contentémonos con mirar amigablemente a las moscas, como a nuestros iguales, con un poco de benevolencia; porque ¿quiénes somos nosotros para sentirnos superiores a las moscas? Nosotros somos poetas prácticos, y por eso mismo decimos: pobres moscas; que se estén las pobres moscas. ¿No les parece?

—¡Así nos parece! —afirmaron unánimemente los oyentes. Y alguien añadió—: ¡Por algo nosotros somos grandes poetas prácticos, como usted dice!

—Yo me alegro en el alma, mis estimados colegas —declaró Beltrán en el colmo de la satisfacción—: Así es, y así será. Y les diré que yo, en mis tiempos, componía bellísimos sonetos y me gustaba vivir, precisamente porque no mataba una mosca. ¿Para qué mortificar a nadie? ¿Para qué matar ni lastimar a nadie, por más que se trate de una mosca? ¿No les parece?

—¡Así nos parece! ¡Y además las moscas nos gustan mucho, y nos parecen bellísimas!

—Muy bien, señores. Todo hay que mirarlo con cariño, como si fuera uno mismo; hay cosas chistosas, y también cosas tristes; todo tiene su valor, y por eso mismo hay que fijarse bien, para saber lo que pasa en este mundo. Yo, como buen poeta práctico que soy, tengo ojos y oídos para todo. Por ejemplo el otro día, en la calle Illampu, todos pasaban como si nada, sin fijarse en una chola que estaba sentada en el borde de la acera y que le limpiaba y le lavaba el culo a su guagua.

Había que ver el cuidado con que lo hacía; si todas las madres les lavaran así el culo a sus guaguas, el mundo sería un paraíso. Primeramente mojaba un trapo en la batea y después lo enjabonaba, y con el trapo así preparado, le frotaba el culo a la guagua, y la guagua ni chistar; más bien estaba como dormida, con una sonrisa y con los bracitos estirados, sin llorar ni gritar, porque su madre no le hacía doler; tenía mucho cuidado en no hacerle daño, lo que no ocurre con la generalidad de las madres. Las madres ante todo son madres, pero algunas son descuidadas, y otras la maldad personificada, y con cualquier pretexto martirizan a sus guaguas. En cambio esta madre era distinta, como les digo, y le lavaba el culito a su guagua haciendo sonar el trapo, y se ve que esto le gustaba a la guagua, que a ratos gritaba de alegría; ¡ploc, ploc!, sonaba el trapo mojado, y se ve que la chola estaba acostumbrada a lavar a la guagua. Ahora bien, yo hablo con conocimiento de causa, señores; no hablo porque sí. Yo conozco a mi gente. Mi esposa era chola, y mi madre también, a mucha honra; y a todos nosotros nos consta que la chola es una madre ejemplar, una madre sabia y severa, abnegada hasta el heroísmo, y sobre todo digna, con una moral muy rígida, señores míos...

—Estoy absolutamente de acuerdo con sus palabras y me permito felicitarlo —declaró a esto Delgado con tono categórico—. Yo en realidad no tengo la suerte de conocer profundamente a la chola, pero sé que es el ángel guardián de la tradición, y con esto queda dicho todo. De no haber sido la tradición, que precisamente se ha conservado gracias a la vitalidad de la chola, quizá a estas horas nuestra nación no existiría como tal. La chola es sin duda una acabada personificación de la tierra; ella es quien dicta las normas; tiene el más hondo apego por sus costumbres y jamás se aparta de ellas porque es parte consubstancial de ellas. Si hasta hoy nuestra cultura en su totalidad se ha mantenido intacta y por idéntica razón ha prosperado, y al mismo tiempo ha hundido sus raíces cada vez más profundamente en el espíritu nacional, ello se debe a la chola. Le pido disculpas por la intromisión, señor Beltrán, y le ruego que prosiga su interesante relato.

—Mis parabienes —dijo Beltrán con entusiasmo—. Créame, señor Delgado; sus palabras encierran grandes verdades. Es lo

cierto, y lo felicito una y mil veces. Y ahora prosigo. Como ustedes saben, las cholas no siempre disponen de comodidades para bañar a sus guaguas de cuerpo entero; y como las guaguas se hacen caca todo el santo día, ellas tienen que darse maña para mantenerlas aseadas. Yo me quedé mucho rato mirando a la chola, y el detalle que me llamó la atención, era simplemente que la chola cantaba; como ustedes saben, las cholas no cantan, excepto cuando han tomado unas copas; y ésta cantaba una especie de huayño mientras bañaba a su guagua. Y luego, pensé que si todos fueran como yo, quizá qué pasaría; en realidad, si todos los que pasan por las calles se detuvieran a observar a las cholas que lavan el culo a sus guaguas, el estado de cosas en general mejoraría radicalmente. Lo cierto es que todo tiene su pro y su contra; una cosa es ser curioso, y otra muy distinta ser observador. El curioso siempre se mete en lo que no debe, mientras que el observador siempre tiene sed de conocer.

—Es la pura verdad —dijo Peña y Lillo emergiendo de un rincón—; y yo pido un voto de aplauso para el señor Beltrán. Realmente la curiosidad perjudica, y la observación enseña; pero la gente siempre confunde las cosas. Razón teníamos nosotros en nuestros tiempos de colegiales, cuando decíamos: una cosa es tubérculo, y otra cosa es ver tu culo.

—¡Ya saltó con su chiste grosero! —exclamó el bodeguero con fingido enojo.

—¿Y cuándo no? —se quejó Beltrán.— Ya se sabe que aquí en la bodega no se puede abordar temas elevados; el rato menos pensado te saltan con una grosería.

Peña y Lillo giró en redondo y, con la joroba como eje volante, desapareció en las sombras, cerca del poyo.

—¿Y entonces por qué te extrañas? —dijo ahora el bodeguero—. Lo que pasa aquí en la bodega es que todos estamos encojudecidos.

Felipe Delgado guardaba silencio. Y con los ojos entreabiertos, bebiendo y fumando con recogimiento, escuchando vagamente, como en la distancia, en cierto momento cayó dormido, con la sonrisa colgante en el labio inferior —encogido y fatigado; las manos metidas en los bolsillos del saco, la espalda apoyada sobre la pared. Y tuvo un sueño.

Se hallaba solo, y estaba a oscuras. Con un soplo, con un ronquido, con un silbido y con un canto animal, alguien respiraba. Un hombre dormía, con negro bigote, nariz achatada, pómulos salientes, boca grande, frente despejada y —cosa extraña— los ojos abiertos, que irradiaban un tenue resplandor. Delgado, al reconocer su propia imagen, se apartó bruscamente y se asustó, ante un aliento de gran pureza, como el de los animales, con un olor a nada. Alargó la mano para tocar la cabeza del durmiente, y esta cabeza no era sino lana, y sin embargo, al mismo tiempo era de lana. Delgado se deslizó hacia la calle, y la calle no era sino lana; y sin embargo, era de lana. Más allá, él, Felipe Delgado y el mundo, y todas las cosas del mundo, no eran sino lana, y sin embargo, al mismo tiempo eran de lana. Buscando vanamente el suelo que pisaba y abriéndose paso a través de una niebla que no era sino lana y que al mismo tiempo era de lana, apareció en la bodega para participar en un juego de palabras y de moscas, y habiéndose convertido en una de las tantas que se posaban sobre el pretil, sin saber cuál de ellas era él, llegó a saber que éstas habían dejado de ser, de la misma manera que él, ya que ninguna sabía cuál era cuál. Corsino Ordóñez dio comienzo al juego cogiendo una mosca; le arrancó las alas y con ellas se adornó los párpados, en medio de los aplausos de los demás jugadores que ahora aguzaban el oído para desentrañar el significado de los mensajes que comenzaban a surgir con un gran vocerío desde las profundidades de un abismo que se hundía al otro lado del pretil.

A tiempo de pronunciar una palabra dada, cada jugador intentaba cazar una mosca, y con este propósito, ejecutaba un rápido movimiento con la mano semicerrada, y si acertaba en el intento, bautizaba a la mosca con la palabra en cuestión, y luego la arrojaba al abismo. En cada serie, el bodeguero daba la pauta con una palabra, y cada uno de los jugadores en su respectivo turno pronunciaba una consonancia, siempre y cuando tuviera la fortuna de captar debidamente los mensajes que surgían del referido abismo. En caso contrario, tendría que pronunciar alguna palabra de su cosecha, y si esta palabra no era bi n recibida por los demás jugadores, entonces sería pasible del correspondiente castigo, quedando automáticamente convertido en mosca.

La primera serie fue todo un éxito, y eso que ninguno de los jugadores tuvo suerte en la cacería. Corsino Ordóñez dio la pauta con la palabra *palidez,* y siguió la serie con *rapidez, sensatez, aranjuez, tartamudez* y *estupidez.* Aun a pesar de su angustiosa al par que arriesgada condición de mosca, el soñador no pudo menos que sentirse entusiasmado ante el extraordinario brillo alcanzado por la segunda serie, que comenzó con *melenudo,* y siguió con *embudo, cojudo, forzudo, trompudo* y *no pudo* (esta última consonancia, aunque no era sino de la propia cosecha del jugador respectivo, sin embargo causó mucha gracia, y fue aprobada con gran entusiasmo). La tercera serie, infortunadamente, tuvo por virtud horrorizar al soñador; hela aquí: *caracato, sindicato, carromato, literato, califato* y *mentecato;* pues en esta serie, tres moscas y nada menos fueron cazadas, y luego de ser bautizadas con los nombres *sindicato, mentecato* y *literato* respectivamente, todas tres fueron arrojadas al abismo por los correspondientes jugadores, habiendo sido laureados de inmediato en su doble calidad de poetas prácticos y de cazadores. Y precisamente el soñador se sentía horrorizado ante una espantosa duda, pensando que podía ser él quien había sido cazado y arrojado al abismo y sin embargo no lo sabía, por lo mismo que ignoraba en absoluto cuál de las moscas era él. Y ahora que acababa de comprobar que ni siquiera podía volar, no obstante que era una mosca, se sintió desalentado por completo. Mientras tanto los jugadores se explayaban a más y mejor con una nueva serie que habían dado en llamar compuesta, y que consistía en formular dos consonancias en lugar de una; así Corsino Ordóñez dio la señal con *versifiques-fabriques,* y prosiguió la serie con *mastiques-alfeñiques, forniques-tabiques, mortifiques-caciques, comuniques-meñiques* y *salpiques-alambiques;* sólo que esta vez, y para infinito espanto del soñador, seis moscas y nada menos fueron cazadas, esto es, a razón de una por jugador; y habiendo sido bautizadas con los nombres respectivos, todas ellas fueron a parar al abismo en medio de la gran algarabía de los jugadores, todos y cada uno de los cuales fueron laureados en una breve ceremonia que resultó notable por su dramática sencillez, tal como lo reconoció el soñador muy a pesar suyo, derramando abundantes lágrimas de pura emoción. Luego siguieron otras series, cada vez

más complicadas hasta que por último, el terror del soñador llegó al paroxismo, no pudiendo explicarse de qué modo permanecería allí, cuando a todo esto ya no quedaba una sola mosca en el pretil y el ámbito estaba absolutamente desierto. Pues en efecto, aquella mosca en que se había convertido Felipe Delgado seguía allí, inmóvil y solitaria en el pretil, y para mayor espanto de su parte, Corsino Ordóñez había dado por terminado el juego y, en estos momentos, restregaba una y otra vez con un trapo el pretil, pero ello no obstante, Delgado seguía allí, en el pretil, y ni siquiera había quién para cazarlo y arrojarlo al abismo; es más: en este preciso instante, el pretil se desvaneció junto con el abismo, y sin embargo aquella mosca, o sea él, Felipe Delgado, permanecía allí, inmóvil y silenciosa, en algún lugar que seguramente no existía.

En este momento despertó el soñador.

Flotaba una densa humareda en la bodega, y, en medio de la penumbra, con cierta angustia, Delgado escuchaba como desde lejos las voces de los bebedores, y habiendo vislumbrado muy cerca de sus ojos la silueta de un aparapita que le daba las espaldas, sin moverse para nada, se quedó mirando, sin decir una palabra. El espectáculo que tenía a la vista resultaba alucinante por completo. Pues al fin y al cabo —según pensaba Felipe Delgado—, la pesadilla que acababa de sufrir no pertenecía sino al mundo del sueño, mientras que los remiendos que en este momento se hallaba contemplando en el saco del aparapita, parecían haber sido concebidos en una pesadilla de la vida real. ¿Cómo era posible que tan sólo ahora se hubiese fijado en ellos, si ya antes los había visto a cada momento en la bodega? —se preguntaba Felipe Delgado. Y tenía ante sus ojos remiendos de todo tamaño y de toda forma; los había de las más variadas telas, pero sin embargo, el color era uno solo, pues la diversidad de colores había sin duda experimentado innumerables mutaciones hasta adquirir el color del tiempo, que era uno solo. Felipe Delgado vio remiendos tan pequeños como una uña, y tan grandes como una mano; vio remiendos de cuero y de terciopelo, de tocuyo, de franela, de seda y de bayeta, de jerga y de paño, de goma, de diablofuerte, de cotense y de gamuza, de lona y de hule. Vio remiendos de forma circular y cuadrada, triangular y poligonal, algunos espléndidamente trazados, unos

feos y otros bonitos, pero todos muy bien cosidos, y, desde luego, con los más diversos materiales: hilo, pita, cordel, cable eléctrico, guato de zapato, alambre o tiras de cuero. En la extensión de la espalda que abarcaba el campo visual, a una distancia de diez o quince centímetros, Delgado alcanzaría a contar una cosa de treinta remiendos como si nada. Con una mezcla de temor y de repulsión, miraba por momentos en este conjunto de remiendos un tejido vivo, y se imaginaba que éste debía ser sin duda el aspecto ofrecido por el cuerpo que se pudre en el sepulcro. Tal como él lo miraba, este saco de aparapita era en todo caso algo de lo más extraordinario y deslumbrante. Y de pronto se le ocurrió que un saco de aparapita no le vendría del todo mal a él, Felipe Delgado, pero luego pensó que, ante todo, él tendría que ser aparapita; y decididamente, esto no era tan fácil. Pues nadie podía ser aparapita así porque sí, con sólo querer y desear, sino que era cuestión de poder y de merecer.

En cierto momento desapareció del campo visual la silueta del aparapita, que hasta ahora se recortaba sobre un trasfondo de penumbra, y habiendo quedado el espacio vacío, al indeciso fulgor de la vela que ardía sobre la repisa, Delgado reconoció confusamente a los bebedores. Beltrán, que evidentemente fue el primero en notar que Delgado estaba despierto, con un gesto que denotaba sorpresa, exclamó:

—¡Dichosos los ojos que lo ven nuevamente despierto, señor Delgado!— y luego añadió con tono afable—: Es envidiable su sueño; usted duerme como una piedra, pero, precisamente por dejarse llevar en brazos de Morfeo, se ha perdido un espectáculo digno del circo romano. No se imagina la espantosa trifulca que acabamos de presenciar, señor Delgado; por poco no se matan dos individuos en una feroz pelea. Uno de ellos tenía una herida horrenda, y seguramente ha tenido que morir a estas horas, yo se lo garantizo.

—No es para tanto, con perdón de usted —intervino Delicado—. ¿Quién no lo conoce al que manejaba la alcayata? Lo llaman el Orangután, y dicen que tiene siete vidas, como el gato; pero la herida no era nada; quizá usted se ha asustado con la sangre, pero la sangre no es nada. Nosotros continuamente nos agarramos a golpes, y estamos acostumbrados. A nosotros la sangre no nos hace nada.

—Muy bien —repuso Beltrán con indignación—. Pero lo malo es que nadie le ha pedido a usted su parecer. Y si se las da de matón y me viene con fanfarronadas, y con que la sangre me asusta, le aconsejaría que se calle la boca. Ha de saber usted que está hablando con el sargento mayor Indalecio Beltrán, veterano de las Campañas del Acre y con actuación distinguida en el Cuerpo de Ametralladoras; estoy requeteacostumbrado a ver correr ríos de sangre, yo se lo aseguro. Y si no me cree, vaya y consulte los Archivos de Guerra del Estado Mayor General del Ejército. Ahora bien —prosiguió luego dirigiéndose a Delgado—; como iba diciendo, fue una trifulca del siglo; pero lo que más me admira, para ser franco, es que usted no hubiera despertado con el espantoso alboroto.

—Ahí tiene usted —asintió Delgado—. Se ve que realmente dormía como una piedra. ¿Y cómo fue la famosa trifulca?

—La trifulca no fue famosa —intervino nuevamente el Delicado—: la trifulca ha sido bastante grave, con perdón del señor Beltrán, pero no tanto; mejor dicho, no tan famosa.

Delgado atajó con un gesto a Beltrán, el cual se quedó con la palabra en la boca y seguramente se disponía a fulminar al Delicado, y luego, a la vista de unas heridas que éste exhibía en la cara, preguntó:

—¿Y tú también has tomado parte en la trifulca? ¿Qué te has hecho en la cara?

—Me he caído del cerro —dijo el Delicado—; doce metros, en el Calvario. En esos momentos apareció el aparapita que en estos momentos lo estás viendo sentado en el poyo; y siendo tan viejo, tiene una fuerza terrible; él me ha salvado. El me ha recogido medio muerto, y me ha traído cargado hasta la ciudad. Si no hubiera sido él, hubiera muerto, y me hubiera dado rabia morir. En este mundo yo vivo peor que el perro, pero no me gusta merecer favores. Yo soy solo.

—No hable humedades —increpó Beltrán al Delicado—. Usted será solo, pero no respeta las canas ni respeta nada. Además, a nadie le importa lo que a usted le pasa. Si no fuera usted tan insolente, quizá la cosa sería un poco distinta.

—¿Yo insolente? —se defendió el Delicado—. Eso nunca, señor Beltrán. Solamente opino, como cualquier ciudadano; pero

no soy insolente. Solamente hablo cuando sufro, y cuando no sufro, me callo.

—Déjese usted de sufrir y cállese la boca, de una vez por todas —dijo Beltrán.

—Es lo que justamente yo quisiera —repuso el Delicado—, pero no se puede. En cualquier momento uno cae; en cualquier momento viene la desgracia. Por eso yo soy humilde; no soy insolente. Más bien usted es bastante orgulloso para con los humildes, señor Beltrán, y ni siquiera nos deja hablar a nosotros, los humildes.

—¿Y quién soy yo para no dejarlo hablar a usted? ¿Qué autoridad tengo yo en la bodega? Lo que pasa es que usted es un malagradecido, y como si fuera poco, todavía menosprecia a los aparapitas.

—¿Yo menospreciar a los aparapitas? —protestó el Delicado—: Eso nunca. Más bien soy el primero en reconocer que los aparapitas son muy buenos. Los aparapitas no serán caballeros, ni serán ciudadanos, pero saben respetar a los humildes; ellos ganan el pan con el sudor de su frente, ellos ayudan a todo el mundo cargando bultos, y nunca hacen daño a nadie.

Mirando en dirección al poyo en que se congregaban los aparapitas, Delgado vio que uno de ellos no tenía manteo. Por este detalle pudo reconocer al aparapita cuyo saco le había llamado la atención. Y pensando que tal vez sería una buena idea proponerle la compra del saco, dijo al Delicado:

—Lo que acabas de decir es cierto. Es gente que nunca hace daño a nadie. Ahora sería bueno invitarle unas copas al aparapita que te salvó la vida; y además, yo quisiera hablar con ese otro que no tiene manteo. Qué te parece si les dices que se vengan un rato por este lado.

El Delicado no se hizo repetir la insinuación. Abriendo tamaños ojos, dijo:

—Es de justicia.

Se acercó al poyo y luego estuvo de vuelta con los dos aparapitas, los cuales, con cierto aire de suficiencia y sin decir nada, a falta de taburetes se sentaron en el suelo.

Beltrán se dirigió a Delgado y dijo:

—Buena está la cosa. Ahora sí que podemos explayarnos de lo lindo con estos demonios.

Peña y Lillo, que a todo esto había guardado silencio y mantenido una actitud reservada, saludó efusivamente a los aparapitas, en aymará, y éstos le contestaron en el mismo idioma. Pronto Beltrán y el Delicado intervinieron, iniciando así la conversación, ya que también ellos dominaban el aymará, y con esto, Delgado quedó completamente al margen —pues apenas si conocía una que otra palabra de dicho idioma.

—Señores —dijo de pronto sintiéndose cohibido y molesto—: debo confesar que yo, desgraciadamente y para vergüenza mía, no conozco el aymará. Por lo tanto les ruego a ustedes hablar en castellano; si no lo hacen, tendré que verme privado de participar en la charla.

Beltrán tomó la palabra y dijo, con extrañeza:

—Señor Delgado: permítame que me asombre. Yo no concibo un boliviano y mucho menos un hijo del Illimani, que no hable aymará. Mal boliviano sería usted si no aprende el idioma de nuestros mayores; con todo respeto se lo digo —y luego añadió con tono grandilocuente—: En cuanto a lo demás, no hay problema; estos aparapitas que se dignan acompañarnos conocen el divino idioma de Cervantes, por extraño que pueda parecerle. ¿Miento? —preguntó dirigiéndose a los susodichos.

—Miente —afirmó uno de ellos sin comprender—. Nosotros no conocemos; nosotros no sabemos.

—¡Ahí está! —exclamó el Delicado lanzando una risotada—. Dice que el señor Beltrán miente.

Este se puso rojo de ira.

—Qué cosa increíble —dijo con despecho—. Uno afirma que ellos hablan el divino idioma de Cervantes, es decir el castellano; y luego, uno les pregunta si uno miente; y ante esto, ellos contestan en idioma castellano, y afirman que uno miente. La culpa la tiene uno, al expresarse con elegancia aquí en la bodega— y dirigiéndose a los aparapitas, añadió—: Lo que yo dije es que ustedes, los aparapitas, hablan castellano —y luego preguntó—: ¿Miento?

—No miente —declaró el otro—. Nosotros hablamos castellano; nosotros comprendemos castellano.

—Ahora ríase y diga que miento, pedazo de insolente —reprendió Beltrán al Delicado.

—Eso nunca —se disculpó éste disimulando una mueca festiva—. Uno puede hacer bromas y puede reír, pero usted es una gran dignidad y uno le tiene un gran respeto. Yo le rompo el alma al primero que le falte al respeto.

—Lo sé muy bien y se lo agradezco, buen hombre, pero ahora basta de discutir —dijo Beltrán animándose de pronto ante las seis botellas de aguardiente que Delgado acababa de hacer servir.

Peña y Lillo se paró y, luego de llenar los vasos de lata que los aparapitas habían traído consigo, hizo otro tanto con aquellos que estaban sobre un taburete, y acto seguido, retornó a su asiento.

Entonces todos brindaron silenciosamente.

—Con perdón de ustedes, quisiera presentarles a mi gran amigo Fortunato Condori, el aparapita que me salvó la vida —dijo el Delicado inopinadamente.

A una seña de éste, el nombrado se puso de pie y dio la mano a los circunstantes.

—Yo ya lo conozco al Fortunato, pero si usted me lo presenta, tanto mejor —dijo Beltrán con tono de broma.

—Y también les presento a Damián Tintaya —prosiguió el Delicado—. Si quieres hablar con él —añadió dirigiéndose a Delgado—, puedes hablar; aquí está.

El aludido se paró y saludó con un ademán —Delgado no dijo nada.

Luego los aparapitas volvieron a repantigarse.

—Realmente, el Fortunato tiene la fuerza de un Hércules —declaró Beltrán—. Y además es hombre muy servicial; lo digo porque me consta. El otro día estaba yo en el doloroso trance de vender mi hermoso ropero de nogal, de dos cuerpos y con una hermosa luna veneciana, un recuerdo de mi señor padre. Un mueble más pesado que esta casa, muy fino y muy delicado que debía hacer trasladar hasta el domicilio de mi comadre, la señora doña Anticlea, a una distancia de por lo menos unas quince cuadras de mi domicilio. Y si ustedes me preguntan qué hice para resolver el problema, les diré que no fui tan iluso como para utilizar un camión, sino que simplemente acudí al Fortunato. Y si me preguntan qué hizo el Fortunato, les diré que el Fortunato agarró y cargó sobre sus espaldas la imponente mole, y con paso rápido y menudo, la transportó de un tirón

hasta el domicilio de mi comadre Anticlea. Ahora di tú —preguntó a Fortunato—: ¿Miento?

Fortunato, cómodamente repantigado en el suelo, sonrió y movió negativamente la cabeza.

—De tal manera — prosiguió Beltrán con aire de satisfacción—, que a mí no me extraña en lo más mínimo que el Fortunato haya cargado al Delicado desde el Calvario hasta la ciudad, y eso que el Delicado es un hombrón; ahora veamos —preguntó luego—: ¿Usted no sabe cuánto pesa, más o menos?

—Con hambres y privaciones, este pobre peregrino pesa mucho —dijo el Delicado—. Por puro cantor, el otro día me pesé en el matadero; yo siempre voy al matadero a tomar sangre de toro; es bueno para los nervios. La balanza marcó ciento ochenta libras.

—¡Ciento ochenta libras! —exclamó Beltrán triunfalmente—. Ya ven. Ciento ochenta libras. Y conste que eso no es nada en comparación con mi ropero de nogal, que seguramente ha debido pesar sus buenos cinco quintales como mínimo.

—Nosotros cargamos cajones de toda clase —declaró de pronto Fortunato Condori—. Seis quintales, cinco quintales, y también nosotros cargamos bultos de cuatro quintales solamente.

—Así cargamos nosotros —afirmó Damián Tintaya—. El peso de los cajones que nosotros cargamos está marcado en las fábricas de los cajones que nosotros cargamos; nosotros cargamos en las aduanas y en los ferrocarriles, y también en las barracas y en los mercados nosotros cargamos.

—También a los muertos en los hospitales y en los cementerios nosotros cargamos —aseguró Condori.

—En todas partes cargamos —dijo Tintaya—. En las calles y en las casas también nosotros cargamos cajones de toda clase de muertos. También nosotros cargamos enfermos y cojos que no pueden andar y toda clase de gente.

—En todas partes cargamos toda clase de bultos —puntualizó Condori.

—Ya ven —dijo Beltrán con orgullo y como si él precisamente tuviera algo que ver con las hazañas de los aparapitas—; así es la cosa; y todavía hay gente que se atreve a mirar desde arriba a los aparapitas.

—No es de extrañar —declaró Delgado— Téngase en cuenta que el aparapita es un anarquista nato. En el aparapita encontramos una auténtica grandeza. Según mi opinión, el indio como aparapita, en algo deja de ser indio; y luego, el aparapita como indio, hace y deshace de una ciudad particular en que él habita, mientras que se mofa de aquella otra ciudad que es responsable de un envilecimiento que por lo demás es sólo aparente. La bodega viene a ser una íntima configuración de la ciudad particular en que el aparapita habita; la bodega, al igual que el propio saco del aparapita, es una auténtica creación del aparapita: un saco de aparapita es una realidad total. Nada tan verdadero, nada tan humano. La realidad de un saco de aparapita es más que realidad, y esta realidad asume un carácter completamente fantástico. A mí esta realidad me asusta y me seduce. Y quiero confesar a ustedes que yo deseo tener un saco de aparapita. Pero mucho me temo que este mi deseo es ya de suyo imposible. Si Damián Tintaya, pongamos por caso, estuviera dispuesto a venderme el suyo y yo lo comprase, en modo alguno llegaría a ser mío, por más que hubiera pasado una y mil veces a mis manos. Y si por ventura intentase volverme aparapita, yo sé que con ello no lograría otra cosa que hacer el papel de impostor, y por lo tanto, jamás llegaría a poseer el saco. Así las cosas, yo quiero preguntar a ustedes lo siguiente: ¿Tengo o no tengo razón? ¿Qué me dicen ustedes?.

—Usted tiene razón —sentenció Beltrán—. A mi leal saber y entender, para tener un saco de aparapita, es necesario ser aparapita. Y para ser aparapita, usted tendría que nacer de nuevo. Perdone la crudeza de mis palabras: más vale ser franco.

Delgado miraba a los aparapitas, y los observaba atentamente. A Fortunato Condori le daba setenta años cuando menos. Fortunato Condori se encasquetaba una vieja gorra de soldado, y los blancos cabellos caían sobre su frente. Era extremadamente magro; la piel se arrugaba sobre los pómulos con surcos impresionantes y profundos. Empero, Fortunato Condori tenía ojos vivaces, su persona toda respiraba una gran vitalidad y sus movimientos eran firmes y rápidos. El manteo de lona, que llevaba puesto a manera de capa, asegurado con un alambre a la altura del pecho, era decididamente un poco fantasmal. No aflojaba para nada la soga, de cuero de llama, que se enrosca-

ba en el brazo, y tan sólo parte del saco era visible; aquí y allá, podían advertirse numerosísimos remiendos. Para Felipe Delgado, en definitiva, el extraordinario continente de dignidad y nobleza de Fortunato Condori, era en todo caso lo más sorprendente. Con aire apacible y meditativo, con actitud que denotaba una acabada seguridad en sí mismo, y con gesto indefinible, mezcla de sabiduría, de bondad y de burla, Fortunato Condori permanecía repantigado, mascando coca, fumando y bebiendo, mientras conversaba amablemente. A su lado, Damián Tintaya parecía joven, pero sin embargo, seguramente no contaría menos de cincuenta años, según la impresión de Delgado, sólo que Tintaya tenía el cabello negro y tersa la piel, lo que en cierto modo podía incidir en una falsa apreciación. Con una mueca en los labios, que parecía una sonrisa, Damián Tintaya hablaba y escuchaba, bebía, fumaba y mascaba coca mirando fijamente delante de sí, como hipnotizado, y todo el tiempo se mantenía en esta actitud. Cubierta la cabeza con una especie de cachucha, los pelos, largos y tiesos, se alborotaban en espesas crenchas sobre las orejas y el cogote. La soga se enrollaba alrededor del brazo. Y ahora que Delgado miraba el saco en su conjunto, extrañamente, la prenda tenía mucho que ver con el reino mineral. Daba la impresión de una terrible pesantez y dureza, no pudiendo advertirse el más leve rastro de pliegues o arrugas en la superficie, y por eso precisamente parecía de piedra. En realidad era un objeto; un objeto muy antiguo, pero, sin embargo, ajeno por completo al envejecimiento —como que la piedra y el mineral, en modo alguno envejecían, sino que simplemente eran antiguos, según Delgado razonaba. De tal manera, que este saco podía ser tranquilamente inmemorial, sólo que, en puridad de verdad, no era ya un saco —qué sería. Unicamente su propietario y nadie más en el mundo podría saberlo.

Damián Tintaya, cómodamente repantigado sobre el suelo, junto a Fortunato Condori, bebía mucho más que éste, y, de idéntica manera que aquél, guardaba con todo cuidado los puchos de los cigarrillos, pues según era sabido, los aparapitas, aprovechando el tabaco de esos puchos, envolvían cigarrillos con cáscara de choclo. Damián Tintaya había extendido sobre sus rodillas un trapo, y había vaciado sobre éste el contenido de una bolsa de cuero de oveja, consistente en hojas de coca, lejía, puchos de cigarrillos y monedas de cinco y diez centavos. Apartando las monedas y los puchos, compartía la coca y la lejía con Fortunato Condori, el cual a su vez le invitaba cigarrillos que extraía de las profundidades de un bolsillo interior.

De pronto Felipe Delgado, impulsivamente y sin saber lo que hacía, se inclinó sobre Damián Tintaya y, extendiendo la mano y tocando el saco, le preguntó si no quería vendérselo.

Tintaya, con aquella mueca en los labios, que parecía una sonrisa, siempre mirando fijamente delante de sí y como hipnotizado, sin moverse para nada, dijo con tono monótono:

—¿Y para qué quieres comprar mi saco? ¿En cuánta plata quieres que te venda mi saco?

Delgado se irguió al punto y, aunque ya había desistido de la idea de comprar el saco, repuso:

—¿Y en cuánto quieres venderme tu saco? ¿Cuánta plata quisieras que te pague?

Tintaya consultó brevemente en voz baja con su compañero, y luego dijo:

—No puedo venderte mi saco; si me pagas veinte bolivianos, puedo venderte; si me regalas tu saco y me pagas diez bolivianos, también puedo venderte. En diez bolivianos no puedo venderte mi saco.

Felipe Delgado, con desconcierto, de pronto no dijo nada. Y ante la mirada de reproche que ahora Beltrán le dirigía, quien sin duda estaba persuadido de que él, Delgado, compraría el saco y cometería así una mala acción, resueltamente se dirigió a Tintaya y dijo:

—No quiero quitarte tu saco; pero quiero regalarte mi saco; y también quiero regalarte veinte bolivianos.

Acto seguido, extrajo los objetos que guardaba en sus bolsillos y, habiéndose sacado el saco, se lo dio a Tintaya, y luego de entregarle veinte bolivianos, declaró con tono rotundo:

—Ya que ustedes los aparapitas tienen el valor de sacarse el cuerpo y yo no puedo hacerlo por pura cobardía, por lo menos quiero darme el gusto de sacarme el saco.

—Eso sí que es de hidalgos y de valientes —aplaudió Beltrán con entusiasmo—. Además, me permito notar la gran verdad que usted acaba de decir, señor Delgado: es muy cierto que los aparapitas se sacan el cuerpo. Es realmente una gran verdad.

Nadie me saca de la cabeza que usted ha nacido para sociológo, o, por lo menos, para psicólogo o para pensador, o bien para pedagogo.

—Perdone usted, señor Beltrán —dijo Delgado con resentimiento—: pero esta vez debo saltar con una grosería. La única gran verdad es que yo no he nacido ni para pedagogo ni para nada, sino para cojudo. En realidad no soy más que un pobre cojudo, y las más de las veces ni siquiera me doy cuenta de que lo soy.

—Me gusta su franqueza —declaró Beltrán sintiéndose sorprendido—. Lo cierto es que todos los mortales somos cojudos, en mayor o menor grado, con la diferencia de que unos lo reconocen y otros no. Claro que los primeros tienen una gran ventaja sobre los segundos, ya que por lo menos saben dónde están parados. Pero volviendo al tema, y con su permiso, yo sigo sosteniendo que usted ha nacido para pensador y para psicólogo, y me atengo a esta conclusión para rogarle que me explique de qué modo el aparapita se saca el cuerpo.

—Me extraña su petición —repuso Delgado con aspereza—. Si usted mismo ha declarado enfáticamente que era una gran verdad que el aparapita se sacaba el cuerpo, estoy autorizado a suponer que usted sabía muy bien por qué lo decía, y por lo tanto, me niego a satisfacer su pregunta.

—Hay una cosa —dijo Beltrán dando muestras de turbación—, y le ruego que comprenda el trance: yo aplaudí sus palabras llevado por el más puro y genuino entusiasmo; en realidad eso de que los aparapitas se sacaban el cuerpo era para mí una cosa totalmente nueva, y confieso que ni por asomo lo sospechaba. Valga la sinceridad, señor Delgado.

—Eso es otra cosa —transigió Delgado—. En tal caso, recojo mis palabras; así la cuestión varía radicalmente, y le agradezco por ofrecerme la oportunidad de hablar sobre un tema que me interesa en grado sumo.

Delgado llenó los jarros con la última botella de aguardiente que quedaba. Como sabía muy bien que para los apararitas una ración de cuatro o cinco botellas por día no era nada, no tenía por qué sorprenderse de la rapidez con que la provisión se había agotado, de modo que ahora hizo servir otras seis botellas.

Bebió su jarro de un golpe y dijo:

—En primer lugar, fíjese señor Beltrán, si no seré yo idiota para condolerme nada menos que de los aparapitas. Como si los aparapitas necesitaran que alguien se conduela por ellos. Mi estupidez va más lejos para tomar la cosa líricamente, con altura y con elevación, como quien dice, y fíjese qué afecto había sido uno a la palabrería. Aquí la única altura y la única elevación consiste en el orgullo del aparapita. Yo digo: en lugar de hablar y perorar y cuidar sus viditas, nuestros literatos y nuestros letrados deberían tratar de meditar seriamente sobre el aparapita. Pero no lo hacen porque temen mirarse frente a frente, y por eso prefieren condolerse a cada paso. Y así se pasan la vida, dice y dice, cuidando sus viditas, sus ropitas, sus abriguitos y sus casitas, haciendo venias a diestra y siniestra y muertos por congraciarse con gil y mil. Pero ha de ver usted: yo voy a escribir no un libro, pero sí un boletín, del tamaño de los boletines de los circos, así largo, sobre estos puntos, y yo mismo lo voy a repartir en las calles. En primer término voy a proclamar que soy un parásito, un rufián, un cobarde y un simulador...

—¡Usted está exagerando, y eso no está bien! —exclamó Beltrán.

—Aquí habría que aclarar un punto —dijo Peña y Lillo con tono sentencioso—, y es que entre los aparapitas, como todo el mundo sabe, hay también simuladores.

—Muy bien dicho —declaró Delgado—; muy atinada la observación. Y para que conste, yo no ignoraba este hecho: entre los aparapitas también hay simuladores, hay aparapitas falsificados que pretenden mezclarse con los verdaderos aparapitas, y ni siquiera pueden cargar un quintal sobre las espaldas, ni tienen el más mínimo remiendo en la vestimenta. Son simuladores que el rato menos pensado gritan y lloran y hasta dan vivas a los partidos, y se chupan escupitajos y empellones. Y todavía van por aquí y por allá muy contentos con sus sogas nuevecitas, pero de repente, por meterse a lo que no deben, se rompen las espaldas y finalmente quedan en nada. Menos mal que no se puede simular mucho tiempo entre los aparapitas; les va muy mal a los simuladores. El aparapita nunca grita ni llora, ni siquiera entre sueños. El aparapita siempre es solo. No tiene nada que ver con nadie, excepto con el propio aparapita, o sea consigo mismo. El mundo en que vive no le ha sido impuesto, sino

que es un mundo creado por él. Y cuando este mundo ha dejado de gustarle, cuando ya no le da la gana de vivir, el aparapita echa una larga mirada sobre la ciudad, y entonces se saca el cuerpo. ¿De qué modo? Precisamente ahora se lo diré, haciendo notar empero, en forma clara y concreta, que estas observaciones no tienen sino un carácter meramente personal. Lo primero que hace el aparapita para sacarse el cuerpo es reunir paciente y calladamente unos pesos. Como él no es ningún pordiosero y tiene que ganarse el sustento con el sudor de su frente, debe redoblar sus esfuerzos a fin de acumular la plata que necesita para cumplir su propósito, y, como mientras tanto se ha privado totalmente de comer, quiere decir que al cabo de dos o tres días de haber cargado bultos por calles y plazas está en óptimas condiciones para sacarse el cuerpo, penetrando en una bodega y poniéndose a beber y beber, si se quiere religiosamente, hasta reventar. Una sola cosa lo mantiene despierto, y al mismo tiempo le proporciona energías para seguir bebiendo y bebiendo, en una lucha mortal contra el agotamiento físico; es la coca. Sus compañeros, que están en el secreto, lo miran silenciosamente; ellos perciben un resuello y un olor misteriosos. La escena es por cierto poco común, pero sin embargo nadie le atribuye un carácter excepcional ni mucho menos, y transcurre como si nada, en medio de una extremada parquedad de gestos y de movimientos. El aparapita se mantiene inmóvil, ya acuclillado, ya de pie o acurrucado, y prosigue impertérrito en la tarea de vaciarse grandes cantidades de aguardiente en el gargüero, masca que te masca coca. Se aproxima él mismo al tonel, con gran lentitud, la mirada clavada en el suelo, para abrir la pila y llenar la botella que sostiene entre las manos, sin desperdiciar una sòla gota. Pone el embudo, saca el embudo, va al mostrador y paga, y luego se acurruca para seguir bebiendo. Al cabo sus ojos se le vuelven muy pequeños, y comienza a resollar sordamente. La cara se le pone reluciente, y, mientras en ella se dibuja un gesto, mezcla de pasmo y de terror, se diría un fantasma quien resuella. Y llega un momento en que los piojos comienzan a huír del cuerpo. En algún momento, el aparapita hace un esfuerzo prodigioso: el último esfuerzo de su vida, esta vez para no desplomarse en plena bodega. En este instante un temblor recorre su cuerpo. El aparapita se sacude, y logra salir de la bodega. No bien traspone el umbral, trata de avanzar en la oscuridad de la calle; pero no,

ya no puede. Se desploma ruidosamente y cae fulminado. Así se saca el cuerpo el aparapita, señor Beltrán. No es más.

—Realmente —afirmó Beltrán con tono de convicción—. Y permítame felicitarlo por su formidable agudeza, señor Delgado: así es la cosa. Justa, exacta y verdaderamente como usted la ha descrito. Nosotros aquí en la bodega, más de una vez hemos sido testigos oculares de tales escenas. Pero en realidad, no las habíamos visto. Nos faltaban los ojos del alma; nos faltaba la inspiración para columbrar el misterio, más allá del prosaico horizonte.

—Es mucha verdad —confirmó el Delicado.

—Los compañeros del aparapita se han quedado en la bodega —prosiguió Delgado—, y se están ahí mismo, como si nada. Claro que han escuchado el ruido de la caída, y saben muy bien lo que pasa; pero, precisamente por eso mismo, se están como si nada. Más tarde, al salir de la bodega, arrinconarán el cuerpo contra la pared, y tomarán para sí lo que legítimamente les corresponde, una especie de legado, por decirlo así; la soga, las abarcas, un espejito y el saco, una aguja con hilo, unos trapos, un trozo de lejía y unas cuantas hojas de coca. De tal manera, que estos efectos ya no irán a parar a la morgue o la basura.

—Es mucha verdad —comentó el Delicado.

—Realmente —dijo Peña y Lillo—; al que sabe ver nada se le escapa.

—Y tal es la historia, a mi entender —afirmó Delgado—. Así cumple el aparapita su tránsito en este mundo, con un acto de liberación. El aparapita ha logrado independizarse de su cuerpo; ha arrojado su cuerpo a la calle. La policía, o lo que fuere, recoge el cadáver y lo lleva a la morgue. Como nadie reclama por él, al tercer día los estudiantes disponen del cuerpo. Nunca se ha visto que entierren a un aparapita; yo al menos jamás he visto cosa semejante. El aparapita parece haber salido de la nada. Da la impresión de no haber sido engendrado, ni dado a luz, ni haber sido niño. Y tal como lo vemos, da la impresión de haberse presentado de repente en la ciudad, como salido de una cloaca o de un agujero. No tiene ni padre, ni madre, ni hijos. No tiene a nadie en el mundo. Y se diría que su extraordinario individualismo no le permite ni vivir, ni morir, ni ser enterrado. En todo caso, es muy difícil llegar a comprender al aparapita;

su temeridad y orgullo, su desprecio y humildad, ustedes saben. En realidad, es un hombre enormemente original. Y lo cierto es que el aparapita se ha quedado para siempre en la bodega; habiendo hecho un supremo esfuerzo para no desplomarse allí sino en la calle, y habiendo arrojado su cuerpo a la calle, a partir de ese momento, en verdad el aparapita se ha quedado para siempre en la bodega. Y su cuerpo, del que ya no necesita y ya no le sirve, se ha quedado en la calle. El espíritu del aparapita está entonces aquí, en la bodega, en lo más recóndito de la ciudad. Y dicho sea de paso: el aparapita es religioso por esencia, pero nada tiene que ver ni con el cielo ni con el infierno; esas cosas no le gustan. Es enemigo de hacer méritos, aunque más no fuera que para salvar su alma. Y si hace méritos, los hará, simplemente porque le da la gana. ¿Qué es lo que le interesa?, me pregunto yo y no hallo respuesta. Pero, hasta donde se puede ver, parece que le interesa la vida, y no menos la muerte. De la vida se interesa mucho, y defiende la suya propia a brazo partido y hasta cuando le da la gana. De la muerte se ocupa como se ocupa de la basura. Y conste que va a la basura y se repantiga sobre ella como sobre un colchón, para asolearse y para hurgar y mirar, a ver si puede encontrar algo que le interese. Después escupe y se va. Y por pura extravagancia va a la basura y se hunde en la basura para remendar su saco, y también para mirarse la cara en su espejito, cuando se le ocurre jalarse los pelos que le han crecido en las comisuras de los labios, utilizando para ello unas pinzas de lata que él mismo ha fabricado. Después escupe y se va.

CAPITULO XII

Con gran alivio, Delgado llegaba al convencimiento de que los esfuerzos que estaba realizando de un tiempo a esta parte para olvidar el episodio de Titina Castellanos habían dado un resultado positivo. Le causaba malestar el tener que llevar a cuestas un recuerdo nada grato, y ahora se avergonzaba consigo mismo al sólo pensar que alguna vez pudo haber profesado devoción y afecto a un ser que, según su entender, vistas las cosas desapasionadamente, no le correspondía en absoluto. Pues a la luz de una nueva perspectiva, resultaba indudable que la reiniciación de sus relaciones con Titina Castellanos tan sólo se había producido por efecto de ciertas circunstancias del momento, cuando él, sintiéndose solo y huérfano de todo afecto, orientó sus ansias por un camino fácil y corto, tratando de buscar un paño de lágrimas para la angustia y el sufrimiento que hicieran presa de él como consecuencia de la muerte de su padre y de los sucesos que siguieron a este infausto acontecimiento. En realidad, a Delgado le importaba poco el que Titina Castellanos no lo hubiese amado, pero lo que no le perdonaba era la ligereza con que había tomado las cosas. Pues en efecto, no le perdonaba que le hubiese mentido y se hubiese burlado de él en forma sangrienta, haciéndole consentir que sería padre para luego desaparecer sin más, dejando un mensaje en sobre abierto con el deliberado propósito de hacer escarnio de ciertos sentimientos que a él le habían sido caros.

A esta altura, sin embargo, se sentía reconfortado en gran manera, pues con el descubrimiento de la bodega, estaba persuadido de que se le había abierto un camino de insospechadas revelaciones. Tenía la impresión de que los clientes de la bodega, en su gran mayoría, eran dignos de aprecio y de confianza, y le causaba viva complacencia el que muchos de ellos

compartiesen sus opiniones. En realidad, miraba con cierto asombro a estos seres, pues hasta donde había podido observar, no se trataba de meros borrachines o perdularios, sino de individuos sencillos al par que profundos, muy conscientes de sus actos y que sabían muy bien lo que hacían, con una integridad a toda prueba y con un sorprendente conocimiento de las cosas.

En reciente oportunidad, por ejemplo, Delgado se había impresionado hondamente con un gesto de Beltrán, quien con mucha ceremonia, lo llamó aparte y de pronto le dijo:

—No vaya a sorprenderle la extremada pobreza y estrechez en que vivo, pero solamente quiero que me visite un momento para mostrarle una cosa. En invierno se mira a las seis, y en verano, a las siete. Ahora bien, como ya entramos al invierno y son casi las seis, y además las condiciones atmosféricas se muestran ideales, debemos apurarnos.

Delgado aceptó cortésmente la invitación. Salieron de la bodega y se encaminaron hacia Churubamba, donde precisamente vivía Beltrán, en una vetusta casa de dos pisos con balcones que daban a la plaza.

Subieron un graderío de piedra en el segundo patio, y luego de llegar al corredor, Beltrán se detuvo frente a la puerta y abrió un enorme candado de bronce.

—Pase, señor Delgado —dijo—, este es mi pequeño recibidor, como usted verá, con estos mis pequeños muebles de mimbre, un legado de mi señor padre.

A los ojos de Delgado, los referidos muebles de mimbre no tenían nada de pequeños, sino que más bien eran excesivamente grandes, y, si se quiere, contrahechos y desproporcionados por completo. Y por si fuera poco, su tamaño parecía cobrar insospechadas dimensiones en el reducido ámbito, de unos 4 metros de largo por 2 de ancho en que se hallaban amontonados.

—A mí me encantan estos pequeños muebles de mimbre, señor Beltrán —mintió Delgado—. Y tratándose de un legado de su señor padre, usted hace muy bien en conservarlos devotamente.

—Ya ve usted, así es uno —repuso Beltrán—. Por puro sentimental, uno se apega desesperadamente a sus cosas. Imagínese cuál no sería el dolor de mi alma cuando el otro día vendí mi hermoso ropero de nogal, con luna veneciana, tal como le

conté; un mueble que mi señor padre cuidaba como a la niña de sus ojos. Pero ahora dígnese pasar a este aposento —añadió a tiempo que empujaba la puerta de un cancel, el cual estaba totalmente en ruinas y, según la impresión recibida por el visitante, podía venirse abajo en cualquier momento—. Aquí tiene usted mi dormitorio —declaró luego con tono de resignación—: mi cuja, como usted puede ver, es de cedro, en otro tiempo era de dos plazas, pero, al haberme quedado viudo, la hice reducir a una plaza, por razones de tipo netamente económico; actualmente, mi único lujo es este mi lavatorio de palo de rosa, con plancha de mármol y con bañador, balde y jarra de fierro enlozado. Y luego, esta mi cómoda de nogal, compañera del ropero que vendí, y que espero no seguirá el mismo camino. Total de bienes, señor Delgado.

Delgado guardaba silencio. Se limitó a mover la cabeza.

—Ahora bien —prosiguió Beltrán—, si no fuera por la profesión que ejerzo, hace rato me hubiera muerto de necesidad. Los emolumentos que percibo en la Sociedad de Veteranos, y las pensiones que el Estado me confiere en mi calidad de veterano de las Campañas del Acre, no me alcanzan para vivir. Soy topógrafo, y a veces me ayudo un poco ganando unos centavos con algunas mensuras que ejecuto. Poseo un teodolito, y este hermoso instrumento que conservo desde mis años mozos, lo tengo bajo de llave en el pequeño aparador de caoba que usted puede ver en aquel rincón —declaró y, alargando el brazo, señaló un rincón en el cuarto.

Delgado no dijo nada. Miró en la dirección indicada y asintió con un gesto. Y con cierto estupor, ahora se preguntaba si, al haberle ofrecido mostrarle una cosa, Beltrán no se habría referido a sus muebles, los cuales empero, como era lógico suponer, podían mirarse indistintamente en invierno y verano, y sin que fuera necesario esperar una hora crítica.

—Pero ahora basta —añadió Beltrán de improviso—; olvidemos las miserias humanas, señor Delgado; el tiempo apremia. Y por eso no le ofrezco asiento; ya usted verá. La grandiosidad no puede esperar nuestras ganas; me temo que dentro de pocos minutos se sumergirá en las tinieblas. Tenga la bondad, acérquese y mire. Es esto lo que yo quería mostrarle.

Beltrán, habiendo trepado con gran agilidad a una banqueta adosada a la pared, abrió de un golpe las dos hojas de una especie de claraboya en lo alto de la habitación.

Delgado, con curiosidad, se acercó y subió a la banqueta. Y se quedó sorprendido.

En el fondo del cielo invernal, de una limpidez impresionante, bajo un aura cristalina, con un matiz de color lila profundo, se ofrecía el Illimani.

De pronto, mirando con desconcierto a Beltrán, Delgado dijo:

—Claro; el Illimani.

—¿Y qué más quería usted? —repuso Beltrán con extrañeza—. Seguramente lo ha visto mil veces, dos mil veces, muchísimas veces durante toda su vida; pero yo juraría que es ésta la primera vez que verdaderamente lo ve. Con mirarlo una sola vez como se debe, uno está salvado. Se acabó la historia.

—Es algo que yo no me esperaba —declaró Delgado—. Qué idea tan original la suya. De buenas a primeras me invita a su casa para mostrarme de sopetón el Illimani. Todo me habría imaginado, menos esto. Qué hombre tan especial y tan admirable es usted, señor Beltrán. Por otra parte, yo siempre he tenido la impresión de que soy merecedor de lo que recibo: este soplo del espíritu poderoso, a usted se lo debo. Con toda humildad se lo agradezco.

Delgado se mostraba conmovido. Ahora se quedó inmóvil, hundido en la contemplación.

Al cabo dijo:

—No hay palabras.

—Por el contrario —afirmó Beltrán—. Hay palabras. ¡Y qué palabras! —exclamó con vehemencia—. Han sido dichas por Tamayo: el más grande boliviano que haya existido jamás.

—Disculpe —dijo Delgado—. Hay palabras y palabras. Y verdaderamente hay palabras; las de Tamayo.

—Y nadie más que él podía decirlas —afirmó Beltrán y luego añadió—: Tamayo es abrumador. ¿Usted ha madurado algún juicio acerca de este gigante?

—Yo apenas si sabré formular meras generalidades a título de ciudadano —declaró Delgado—. Para opinar sobre Tamayo es necesario haber meditado y estudiado largamente. Sólo puedo

referirme a mis propias impresiones y sensaciones, a modo de comentar algunas cuestiones que por lo demás resultan demasiado obvias. El advenimiento de este genio, que precisamente había de pertenecer a la raza aymara, señala una nueva época en nuestra historia. Por otra parte, con la aparición de este poeta, virtualmente pierden significación todos los demás poetas bolivianos. En realidad el solo poeta boliviano es Tamayo. Hay quienes opinan que en América no hay otro como él. En cuanto a los versificadores, que los hay muchísimos, no cuentan. Poetas no son. ¿Usted sabe lo que es un poeta? Es muy difícil encontrarlo. El poeta es mago, adivino y profeta. Se debe íntegramente a su pueblo y a su tierra.

—Así es la cosa —dijo Beltrán—. Usted opina como hombre, no como erudito. Yo he leído mucho; soy un apasionado lector; pero, aun así, como usted comprenderá, mis modestas luces no me permiten captar los juicios del erudito. Para opinar sobre Tamayo hay que haber vivido; no es más. La erudición es una cosa aparte. Está más allá de mis capacidades. Sin embargo merece mis altos respetos. Ahora siga usted, señor Delgado; sus opiniones me interesan: es algo que comprendo. Siga. Muchos opinan sobre Tamayo, y lo hacen únicamente con la intención de deformar su figura. El otro día leí un artículo, y decía que Tamayo, en lugar de escribir en castellano, debería escribir en griego. Qué dice usted.

—Todo el mundo se ocupa de Tamayo —dijo Delgado—. Hay muchos que sostienen que la obra de Tamayo es ajena a nuestra realidad, y alegan que Tamayo debería escribir tragedias bolivianas y no griegas. No tienen idea del contenido. No pueden percibir la fuerza de Tamayo, y por eso ignoran que la obra de Tamayo es una obra boliviana por excelencia. Sin ánimo de ofender a nadie, yo afirmo que los versificadores precisamente jamás podrán comprender una letra de Tamayo. Los versificadores que se las dan de poetas son quienes se dedican a difamar a Tamayo. Y también los simuladores metidos a políticos. A mi entender, únicamente los artistas, es decir los creadores, es decir los poetas, están llamados a gobernar un país. ¿Y dónde están los poetas? No es que yo sea fanático, pero la cosa es que con Tamayo, todos los poetas bolivianos habidos y por haber están perdidos. Tamayo es el forjador del idioma nuestro, es el hacedor del

idioma boliviano. El fundador de una nueva actitud frente a la vida. Hasta la fecha, el total de lo boliviano ha sido dicho en definitiva por Tamayo. Entre paréntesis, debo declarar honestamente que no he leído sino muy poco a Tamayo. Si hasta ahora no lo he hecho como realmente debería, la culpa ha sido únicamente mía. La obra de Tamayo es una obra de sabiduría, y todo individuo que en algo se estima tiene el deber de conocer esta obra de sabiduría. Sin embargo puedo decir que conozco el espíritu del hombre. Sé cómo es, y sé lo que hace, y sé lo que quiere. Tengo de él la imagen total, créame usted. Sé muy bien quién es. Y eso que únicamente lo vi una sola vez, de lejos, en el balcón de su casa, con sombrero de paja. Y parecía un enano gigantesco, si se me permite la expresión. La cabeza enorme, impresionante. Los movimientos ágiles, y hasta tal punto rápidos, que me quedé asombrado. Unicamente en las películas de Chaplín uno puede ver a la gente moverse en forma parecida, diría yo. Hace girar la cabeza, y el gesto es sorprendente. No es ya un gesto, sino todo un acontecimiento. Tamayo suspende el brazo con la mano extendida a la altura de la cabeza para saludar, y al mismo tiempo hace una ligera venia, tornando muy pronto a quedarse inmóvil, para luego desaparecer como por arte de magia; y todo en un abrir y cerrar de ojos. Y sin embargo, cosa extraña: a una distancia relativamente grande y aun estando situado en un ángulo poco o nada favorable, uno distingue perfectamente y con todo detalle todos y cada uno de estos movimientos, como si la escena durase un gran rato y no una fracción de segundo, y esto, como usted comprenderá, a cualquiera le da en qué pensar y hasta le causa alarma. Uno tiene la impresión de que hubiese transcurrido mucho tiempo y hubiesen sucedido muchas cosas en un abrir y cerrar de ojos, todo por obra de Tamayo. Es para quedarse realmente lelo. A mí me consta. Porque ha de saber usted, señor Beltrán, que aquella vez que lo vi, Tamayo me saludó desde el balcón de su casa, cuando pasaba yo por la acera de enfrente. Sin duda alguna, ha tenido que equivocarse, bien sabe Dios con quién, y ni para qué decirlo. Pero de un modo u otro, semejante equivocación adquiere un significado tremendo, por lo mismo que no se trata sino de una equivocación precisamente.

—¿Y usted qué hizo? —preguntó Beltrán intrigado.

—Ya puede usted imaginarse —dijo Delgado—. Como es natural, me quedé terriblemente impresionado; yo había visto fotos de Tamayo en los periódicos y en alguna revista, y sabía que aquella era su casa. Hasta donde puedo recordar, en medio del inaudito estupor que me dominaba en esos momentos, yo me detuve en seco, como paralizado por un rayo, y con la intención de rendir pleitesía al grande hombre, hice una profunda reverencia, dirigiendo una mirada en dirección al balcón, cuando a todo esto ya Tamayo había desaparecido. Entonces seguí mi camino, con una secreta llamarada de júbilo en mis adentros. Imagínese usted, señor Beltrán; aunque más no fuera que por una de esas equivocaciones que suceden a diario, según me decía yo mientras me alejaba, el hecho es que Tamayo me había saludado.

—¿Y no será que a lo mejor no hubo tal equivocación, sino que Tamayo saludó a alguien que efectivamente pasaba por allí y, en tales circunstancias, usted tuvo la impresión de que lo saludaba a usted?

—No tal —afirmó Delgado—. Ni remotamente, señor Beltrán. Para ser más concreto, diré lo siguiente. Quien se equivocó no fui yo, sino Tamayo. Tal como suena. Tan es así, que existe una prueba absolutamente irrefutable, y es la siguiente: en esos momentos era la una y cuarto de la tarde, más o menos, y no había un alma en la calle. La calle estaba desierta como un cementerio. El único viandante que transitaba por allí era yo.

—Es una cosa formidable —declaró Beltrán—. Ya no sabe uno qué pensar. A uno se le pueden ocurrir multitud de cosas a propósito de tan insólito saludo. La vida es una cosa muy rara, señor Delgado —añadió de pronto—: El mundo está lleno de sueños, de espectros y de sombras. Todo es vano. ¿Qué somos nosotros en este mundo? Intrusos. En este mundo reina el silencio, reina la muerte, señor Delgado. Quién no quisiera ser poeta para columbrar tantos misterios. Y justo. A propósito de tan trascendentales cuestiones, recuerdo que un amigo me dijo que Tamayo era brujo. Usted qué me dice.

—A mí me extrañaría y me sorprendería que no lo fuera —declaró Delgado—. Realmente los poetas son brujos. Están con el peligro; el peligro está con ellos. El brujo siempre revienta. Para eso vive. Ahora una cosa. Para mí es importante; tal vez le

sorprenda. Los aparapitas precisamente son poetas. La cuestión es quemar naves y lanzarse con el cuerpo a cuestas, ciegamente. ¿Quién ha dicho que el poeta necesariamente tiene que escribir poemas? Es mentira. Escribir poemas apenas si será una de entre las muchas tareas que cumple el poeta. El poeta es un hombre muy ocupado. El poeta vive. Es lo que es. No es la valentía, ni la temeridad, ni la soberbia, ni el espíritu de la aventura lo que determina su afinidad con el peligro. Es la conciencia de la muerte. El poeta ha de construir su propio camino; no hay camino. El poeta lleva dentro de sí el camino. Ningún camino conduce a ninguna parte. El camino es cosa que se lleva a cuestas. No hay acto que no le permita al poeta establecer una relación cada vez más peculiar con el peligro. La palabra es peligrosa, señor Beltrán. El poeta guarda en lo recóndito una palabra: una sola. Quizá con todo un idioma se explicaría su significación. Es una palabra. Jamás dicha; jamás pronunciada. El peligro es peligroso; hacer es peligroso. Hacer una cosa uno mismo, desde uno mismo, desde dentro hacia fuera y colocarla en un lugar, es peligroso. Poeta es el que hace. El que vive. El peligro se llama poeta. El peligro, efectivamente, para persistir en el mundo, necesita de ellos, de los poetas.

—Dígame, hay una cosa que no comprendo —interrumpió Beltrán con descontento—. Con toda honradez se lo confieso. Usted proclama a Tamayo como a poeta grande entre los grandes, y sin embargo las expresiones que acaba le formular no reflejan ni remotamente la señera imagen del vate. Es sabido que Tamayo es hombre metódico y ordenado; la olímpica serenidad del hombre es proverbial. Nada de quemar naves; nada de salir por la tangente. Que se sepa, el gran terrateniente y aristócrata no tiene por qué desafiar al peligro. No tiene por qué lanzarse como usted dice con el cuerpo a cuestas. Si me permite la frase casi fotográfica, diré que Tamayo no es hombre que acostumbra buscar tres pies al gato; y ahí está la opinión nacional para dar fe de ello. En una conversación de altura, es de rigor ser franco y categórico.

—Estoy de acuerdo; usted verá —dijo Delgado sin inmutarse—. Yo sólo trato de expresar mis puntos de vista y nada más. Me expreso con sinceridad y expongo llanamente lo que siento, sin reservas ni disimulos. Ya después usted me dirá su opinión.

Precisamente iba a Tamayo. Mi juicio estrictamente personal es el siguiente, por lo que toca a la grandeza de Tamayo y las razones que me asisten para proclamar esta grandeza. No alcanza uno a imaginar lo que habría sucedido de no haberse producido el advenimiento de un Tamayo en Bolivia; eso que llamo peligro y que mantiene vivo el fuego de un pueblo quizá no se habría dado. Es más: de no haber advenido el testimonio vital de que nada se puede construir y nada puede perdurar si falta la fuerza excitadora del peligro y el espíritu para gobernar esta fuerza, y de no habérsenos mostrado aquel espíritu con Tamayo precisamente, quizá Bolivia a estas horas no existiría. Muchas veces un hombre, o la sola presencia de un hombre, determina de hecho la redención de un pueblo; como usted sabe, todo designio es irracional por definición. Nosotros los bolivianos deberíamos esforzarnos por comprender la plena significación de eso que se llama peligro; no existe otra manera de comprender la significación de Tamayo. En virtud de semejante significación, tal como yo la entiendo, considero a Tamayo un poderoso y soberano poeta. Tamayo es el peligro. Tamayo hace lo que hace. Escribir es quizá lo que menos hace. No vive la vida. No vive su vida, ni vive su muerte. Y tampoco vive peligrosamente, como quería el filósofo. ¿Qué hace Tamayo? Para decirlo de una vez y sin rodeos, lo que Tamayo hace es simple y llanamente vivir el peligro. Y algo que nosotros los bolivianos hemos ignorado en absoluto hoy y siempre, es el peligro que deberíamos vivir. Por eso ha venido Tamayo. Para enseñarnos a vivir el peligro. Ni más ni menos.

—Así es la cosa —dijo Beltrán con tono de convicción—. Así me gusta. Tamayo nos enseña a vivir el peligro; y con eso está dicho todo. Un magnífico planteamiento, señor Delgado. Ante todo, profundo. Ahora empiezo a barruntar el fondo; quiero decir, el aspecto capital. Siga usted, se lo ruego. Yo escucho.

—Ahora fíjese, señor Beltrán —prosiguió Delgado con tono vago, mezcla de seriedad y de broma—. Hay una cosa. Los grandes hombres, seguramente por lo mismo que son grandes, se encuentran siempre en situaciones y problemas nunca vistos. Tamayo es el señor del peligro; y sin embargo, no cabe duda que en la vida cotidiana, en la esfera doméstica, el solo pensar en los peligros que pudieran correr los demás le causa intensa preocu-

pación. Y por paradoja, no podría ser de otra manera. Extraño sería lo contrario. Un graderío más o menos destartalado, un ladrillo suelto en lo alto del tejado, una silla en precarias condiciones de equilibrio, son cosas que le quitan el sueño. No por él. A él personalmente le importa un comino; pero, los peligros reales o imaginarios a que se exponen los demás, el repentino chisporroteo en el fogón, una baranda desvencijada o la falta de un barrote en el balcón, cosas son que le causan mortal angustia. Vive pendiente de los suyos. Ninguna amenaza de peligro escapa a sus ojos, por mínima que fuera: y presto está siempre a suprimirla. Quién le dice que Tamayo no se levanta a medianoche con sobresalto acordándose de pronto haber dejado por ahí una garrafa de ácido muriático, tal vez en pleno zaguán del tercer patio para peligro mortal de los pongos que a estas horas por allí transitan con las cargas de papas a cuestas, capaces de hacer patalear sin asco los veinte litros de ácido dando por sentado que se trata de aguardiente. Dondequiera que pone el ojo, descubre Tamayo un peligro latente para los suyos, y tiembla por ellos. Así Tamayo se desvive por avizorar y prevenir mil peligros en la vida doméstica, allí donde tal vez no los hay; él, Tamayo, que existe para el peligro y que se nutre con él. Así pasa momentos de zozobra imaginando peligros a diestra y siniestra, pensando en la suerte de los suyos y viendo la manera de protegerа éstos. Quién le dice que de repente no dicta prohibiciones de lo más extrañas y prescribe reglamentos tiránicos. Por ejemplo: prohibe terminantemente el pito de cañahua en la casa, y eso que este noble producto de la flora altiplánica, con propiedades alimenticias únicas en el planeta, tiene una historia que se pierde en la noche de los tiempos; y todo por habérsele ocurrido que el atoramiento con pito de cañahua constituye el más peligroso accidente que darse pueda. Pero ahora vuelvo al tema propiamente tal. Y la verdad es que el dolor, la preocupacion y la pena están siempre al lado de Tamayo. Lo importante es esto: Tamayo sufre. No rehuye el dolor. En los dominios del peligro, en medio del silencio, en la noche cerrada del Altiplano, en la casa de hacienda de alguna de sus fincas, Tamayo medita, y espera. Allí se le ofrecen las revelaciones. El las recibe, pero no gratuitamente; le cuestan caro. Y Tamayo paga. Teme al viento, teme al rayo, teme a la niebla, teme al frío. Pero es su mundo.

Enemigo de rodearse de comodidades, parece que ni siquiera tiene una estufa. Así se está, así es. En el Altiplano, lo mismo que en la ciudad. Sin duda tiene mucho frío, y también mucha hambre. Tiene mucha plata. No le interesa. Se supone que explota sin piedad a sus hermanos los indios, pero, según su propia manera de ver, que en el caso de Tamayo es la manera de ser, no hay tal. Tamayo sabe que no hay tal. Tamayo sabe lo que hace. Yo, el más insignificante ciudadano, señor Beltrán, sostengo que Tamayo no explota a sus hermanos los indios; y eso que yo sé que los explota. No es que yo intente desconcertarlo a usted con paradojas, ni que trate de hacerme el original o el raro. No vaya usted a creer que pretenda insinuar que Tamayo, por ser Tamayo, puede hacer lo que le da la gana, atenido a que es un grande poeta. Precisamente no hay tal. Pensar de ese modo resultaría sencillamente ridículo. Una estupidez. La verdad es que Tamayo paga; el poeta paga. En realidad lo único que hace es pagar. Tamayo vive una vida muy difícil, sin duda alguna. Tamayo es el poeta.

—¿Y qué me dice de los demás poetas? —preguntó Beltrán—. En Bolivia existen poetas de valor, aunque ciertamente no alcanzan ni por asomo la grandeza de Tamayo.

—Claro —dijo Delgado—. En realidad carecen de toda significación. No se enfrentan con el peligro. Huyen del dolor y del sufrimiento. Eluden a toda costa cualquier riesgo, por mínimo que fuera, y lo único que persiguen es la buena vida. Siempre se los ve por una y por otra parte haciendo trámites, sosteniendo audiencias y dándose importancia, y su norte es amasar buena plata. Por eso publican libros. Para que se hable de ellos y se los considere unas lumbreras. Hacen milagros para que todo el mundo los admire y los respete. Sentirse admirados y respetados es para ellos la suprema delicia. Se las dan de hombres cultísimos. Y en realidad, son escritores, no poetas, para que conste. Prefieren la prosa, y hacen bien, pues los poetas, en la actualidad, se supone que están totalmente desacreditados, por tramposos y por borrachines. Y luego estos señores, cuando en último caso y bien sabe Dios por qué deciden ser poetas, lo primero que hacen es predicar la decencia, la caballerosidad y la corrección, y no sólo con palabras, sino que ellos mismos dan el ejemplo y pasan a los hechos; cruzan las calles como quien

nada hace en relucientes automóviles, visten trajes livianos, de sport, y hacen vida sana. Estudian y sueñan rodeados de vistosos libros; el ojo indiscreto de la prensa ha captado una imagen del idealista, con un imponente telón de fondo cuajado de rica estantería. Se dice que gastan mucha tinta y escriben maravillas; componen sonetos dedicados al Día de la Raza, al Año Nuevo, al Illimani y a la villa de Obrajes. También escriben sonetos dedicados a Bolivia, pues son muy patriotas, y publican odas a la batalla de Ingavi, a Bolívar y al Mariscal Andrés de Santa Cruz. Unicamente beben licores importados, y quien ha tenido el privilegio de asistir a sus veladas literario—musicales, se queda atónito con la finura y delicadeza del trato. Estos poetas son espíritus exquisitos. El culto de las musas y el transporte del alma, a fuerza de inspiración, a veces los hace aparecer un poco demacrados, pero sin embargo, como es gente muy madura, gente seria, gente responsable, el que estén demacrados no les impide asistir a los bancos, a las oficinas y a los ministerios. Estos literatos tienen una gran prestancia; todos ellos han nacido para diplomáticos y para ministros, y por eso precisamente publican libros. Verdaderas joyas. Y para que conste, en la gran biblioteca, en un primoroso mueble especial, el autor acumula los títulos que va publicando. He aquí el fruto del talento. ¡Tantos libros publicados! Todos con empaste del mismo color, y los más gruesos, en la fila de arriba, y los más delgados, en la fila de abajo. En realidad estos hombres, estos intelectuales, estos ensayistas y novelistas y cuentistas, y también poetas, no deberían sacrificarse hasta tal extremo. La humanidad los necesita. Deberían cuidar su salud. Pero ellos no pueden con su genio. Ya van veinte, ya van treinta libros publicados. Se requiere otro mueble para colocarlos. Y ahora ni siquiera tienen un poco de lástima por sus pobres amigos, hombres sencillos y muertos de admiración, quienes desearían tener el privilegio de tomar una buena cerveza con el gran literato, el cual sin embargo, por razones obvias, no tiene tiempo para semejantes tonterías; a tal y tal hora, debe atender sus negocios; a tal y tal otra, debe acudir a la requisitoria de las musas, las cuales sólo acuden a tal y tal hora, esparcen el soplo misterioso de la inspiración y luego se van. En algún cumpleaños del célebre intelectual, o con motivo de un premio literario de tal o cual institución o ateneo, con lágrimas en los ojos recibe un espléndido regalo de sus familiares: un enorme álbum forrado en raso, con gruesas hojas de color mate y con pesadas borlas y cordones, para colocar allí los recortes de los periódicos, los elogios, los reportajes, las interpretaciones del aspecto estructural de sus cuentos, las aproximaciones a las interpretaciones del aspecto estilístico de sus novelas, y todo lo demás, que quedará reunido el el álbum de raso, como pauta para una ulterior interpretación que la posteridad se encargará de realizar acerca del gran literato, poeta, diplomático, político y hombre de negocios. Pero más vale no renegar, señor Beltrán. Seguramente lo aburro hablando tanto. Maldito si a mí me interesa esa gente. ¿A mí qué me importa que escriban libros o dejen de escribirlos, o que tengan o dejen de tener álbumes forrados en raso para la posteridad?. ¿Qué tengo yo que ver con esas cosas? Claro que tienen su lugar, no lo niego, pero lo que a mí me importa es la grandeza del hombre. Y en este punto soy fanático. Si existe un hombre, es Tamayo. Si existe un boliviano, es Tamayo. Si existe un poeta, es Tamayo. Como político es todo un enigma. Es muy resistido por los políticos profesionales. Lo que Tamayo como político podría hacer en Bolivia les asusta. ¿Usted se imagina lo que haría Tamayo? Mejor dicho: ¿Usted sabe lo que Tamayo quiere hacer? Tamayo quiere llevar a la acción los postulados y las grandes orientaciones que ha formulado en la *Creación de la pedagogía nacional.*

—Ahí tiene usted un libro verdaderamente grande —dijo Beltrán—. A mi leal saber y entender, este libro debería ser el evangelio de los bolivianos. Y sin embargo ha sido relegado al olvido.

—Sintomáticamente diría yo —declaró Delgado—. Imagínese, el libro más importante que jamás se haya escrito en Bolivia. Yo nunca me cansaré de leerlo. Aquí sí que Tamayo se nos presenta de cuerpo entero. Aquí sí que se plantea la verdadera revolución para el surgimiento de la nación que debemos ser. Usted ve, señor Beltrán. Tamayo es grande. El Illimani lo dice.

—El Illimani lo dice —afirmó Beltrán a su vez, con tono rotundo—. Hermoso concepto; Tamayo es realmente grande. Yo por lo demás estoy de acuerdo con sus juicios. Pero hay algo que yo no me explico. Después de todo, nuestro país es muy raro. Hacemos correr ríos de sangre, y sin embargo nos horro-

rizamos con un accidente automovilístico. Por una parte, propiciamos revoluciones casi por costumbre, y por otra, nos declaramos fanáticos defensores de la Constitución. Y luego tenemos aparapitas, y también tenemos bodegas más oscuras que una tumba, donde sin embargo nos sentimos en el mejor de los mundos. Y a ese paso, tenemos el Illimani y tenemos un Tamayo. Con toda seguridad, somos el país más rico del mundo en materia de minerales, pero sin embargo, los únicos beneficiados son tres potentados que manejan la nación como si fuera un campamento de pordioseros. Nos vemos obligados a pedir de rodillas un pequeño empréstito para construir un miserable edificio y para tender unos cuantos metros de cañerías en esta ciudad, y sin embargo, son precisamente esos mismos potentados quienes nos lo niegan, simplemente porque no les da la gana de hacernos esa caridad. En todo tiempo y en toda circunstancia, algo ha marchado mal en Bolivia. Siempre y siempre. Todo tan inexplicable, todo tan lleno de contradicciones. Y sólo porque Dios es grande no pierde uno la fe.

—Precisamente —dijo Delgado— se me ocurre una cosa, señor Beltrán. Trataré de explicarme. Usted sabe que nosotros somos Bolivia. Pero la verdad es que Tamayo es Bolivia. Esa ha de ser la razón por la cual los bolivianos no podemos o no queremos comprender a Tamayo. Usted sabe que comprenderse a sí mismo en cosa difícil. Por otra parte, no solamente no podemos o no queremos comprender a Tamayo, sino que lo odiamos y le tememos. Le tememos por su fuerza y lo odiamos por su sabiduría. El sabe lo que es Bolivia y nosotros no. El vive el peligro y nosotros no. El conoce al indio y nosotros no. El habita el Ande y nosotros no. Y Tamayo a su vez nos teme y nos odia. Nos odia porque no hemos sabido conocerlo, y nos teme porque nos necesita. Por último, y precisamente por paradoja, Tamayo es incapaz de comprendernos, no obstante que él sabe lo que significa Bolivia y lo que nosotros significamos. Tal vez ello se debe a que todos los bolivianos somos víctimas de un espejismo. Nosotros para Tamayo somos Bolivia, y para nosotros, Bolivia es Tamayo.

—Importante tener en cuenta lo que usted acaba de anotar —declaró Beltrán—. Sin embargo el hombre común, el ciudadano anónimo, el hombre de la calle, ama y comprende al poeta. No se requiere ser sabio para emocionarse; yo, sin ir muy lejos, me

sé de memoria algunas poesías de Tamayo. Y precisamente ante esta claraboya y frente al Illimani, quisiera repetir algunos versos del gran vate, cumbre entre las cumbres, contando desde luego con su beneplácito, señor Delgado. Sólo sé decir que uno se sobrecoge con la altísima significación del mensaje. Es algo que parecería llegar como desde lejos, de aquellas regiones que ahora contemplamos en el país del Illimani.

Beltrán hizo una pausa, y luego, con voz profunda que por momentos se tornaba insegura, repitió los siguientes versos de Tamayo:

Y fue el eterno monte
Sacrosanto y terrible,
Con sus riscos soberbios
Como erectos orgullos,
Con sus lóbregos cóncavos
Sonoros como cajas
De liras colosales!
Y el viento en las aristas,
El eco en las cavernas
Y aquel terror divino
Que habita la montaña
Cantaban más allá!

Y con esto, ahora Beltrán callaba.

En el escenario del Illimani, los últimos rayos del sol se apagaban. Delgado contemplaba los cambios de color y de luz. De hecho, todo se movía, pero ello no obstante, parecía haberse detenido. Poco a poco, la montaña se hundía en espesas sombras. Bruscamente cayó la noche sobre la ciudad.

Delgado y Beltrán guardaban silencio. Las luces del alumbrado público acababan de encenderse. Ellos se quedaron todavía un rato ante la claraboya. Y luego, habiendo cerrado las batientes de ésta, descendieron de la banqueta con cierta vacilación, como si les costara animarse a pisar nuevamente el suelo.

Beltrán pidió disculpas por la falta de luz eléctrica; y luego de encender dos velas, buscando afanosamente en sus muebles, sacó a relucir una botella de vino, con ostensibles muestras de alegría. Sin embargo, según comprobó luego con mucha pena y contrariedad, el vino estaba avinagrado, y por lo tanto

no se podía beber. En vista de ello, Delgado salió a la calle, y muy pronto estuvo de retorno con tres botellas de buen aguardiente de uva.

—Es usted una bellísima persona —declaró Beltrán—. En un trance asaz crítico para la dignidad y el decoro de mi persona, usted agarra, toma cartas en el asunto y salva la situación. Y yo pobre, que guardaba ese vino del país para alguna bella ocasión como la que hoy precisamente queremos celebrar, jamás puedo tener el gusto de invitarle una copa, y los papelones que hago se repiten a diario. Es que los pobres tenemos que decir amén a los avatares del destino. El vino que guardamos celosamente se nos avinagra, el pan se nos seca y la carne de cordero se nos pudre, y como si fuera poco, ni siquiera tenemos una buena frazada de lana para cubrir nuestros huesos y dormir con un poco de tranquilidad, y tampoco disponemos de luz eléctrica para leer con un poco de comodidad. Pero ahora un momento; voy a servir el aguardiente.

Delgado guardaba silencio. Y observando atentamente a Beltrán, de pronto sintió un gran afecto por él.

El dueño de casa abrió una botella, y luego colocó sobre la mesa un jarro de fierro enlozado y una taza sin oreja.

—El buen bebedor bebe en copas de cristal de roca lo mismo que en jarros abollados o en tazas desportilladas —dijo a tiempo de llenar los recipientes hasta los bordes, para luego añadir—: Un brindis, señor Delgado; los hombres de espíritu que somos nosotros, sabemos ver muchas cosas que nadie ve. Yo no brindo; yo profeso a usted una estimación supremamente fundamental, y bebo a su salud.

—Yo le ofrezco mi gratitud, y bebo por su ventura —dijo Delgado.

Y acto seguido, imitando el ejemplo de Beltrán, bebió de un golpe.

—Ahora dígame una cosa —inquirió de pronto Beltrán—. Quisiera saber qué concepto le merece mi claraboya mágica. Hágame saber claramente y sin ambages su ilustrada opinión, señor Delgado; yo no tengo un pelo de susceptible.

—Se lo diré con toda franqueza —dijo Delgado—. En mi opinión, usted está en lo cierto. Esta claraboya mágica es sencillamente mágica, tal como su nombre lo indica; ya usted lo ha dicho.

—Realmente —asintió Beltrán con tono categórico—. Esta mi claraboya en sencillamente mágica. Mágica por su ubicación y por su tamaño; mágica por el propósito a que ha sido destinada y por el secreto en que yo la guardo. Por todos los conceptos y véase por donde se le vea, es mágica. No existe en toda La Paz una claraboya semejante, yo se lo garantizo. Y se explica, porque nadie tiene una claraboya exprofeso para mirar el Illimani. Ahora bien, esta mi claraboya mágica tiene una historia muy larga; se remonta a la época de mi señor padre. Es necesario que usted sepa que yo vivo en este caserón hace ya cosa de cincuenta años y nada menos, señor Delgado; a la sazón yo tenía veinte años de edad, y actualmente voy por los setenta. Ahora póngase la mano al pecho, métale pluma y calcule el dineral acumulado por concepto de cánones mensuales de alquiler durante medio siglo. Seiscientos meses de sufrimiento. Seiscientos meses de tribulación y de sacrificio. Seiscientos meses de privaciones sin cuento, dejando de comer muchas veces para pagar puntualmente a los dueños de casa. Y total de bienes. Una verdadera fortuna por concepto de alquileres. Una fortuna que a estas horas me permitiría comprar dos casas y me libraría de mi triste condición de inquilino y del tormento de los dueños de casa, que me amenazan día y noche con la fuerza pública para lanzarme de mi domicilio. Pero ahora volvamos al tema de la claraboya. Es mi deber hacerle saber que esta claraboya es obra de mi señor padre. En esos tiempos, este cuarto le servía de dormitorio, y la familia ocupaba el departamento que actualmente colinda con el corredor. Mi señor padre era acuarelista; un enamorado fanático del Illimani, y se ganaba la vida pintando postales que él mismo vendía en las calles. Ahí tiene usted. Conocía el Illimani como la palma de su mano. De lejos y de cerca. Examinaba la montaña desde los más diversos puntos del departamento de La Paz, en el lago Titicaca, en Yungas y en el Altiplano. Recorría las breñas y las encrucijadas a pie y a lomo de bestia. Por algún tiempo desempeñó las funciones de corregidor de Lambate, y allí vivió durante varios años. Lambate, como usted sabe, es un pueblo que se incrusta en pleno macizo del Illimani. Y como conocía mucho de agrimensura y topografía, realizó diversos cálculos ma-

temáticos y midió la base de la montaña, que, según estos cálculos, tiene cinco leguas de largo. Pero no quiero cansarlo con cifras y detalles técnicos.

—Se ve que usted sabe mucho del Illimani —comentó Delgado—. Y se diría que sus conocimientos son muy poco comunes.

—Es verdad, señor Delgado, y lo declaro sin falsas modestias. Con el tesoro de enseñanzas que me legó mi señor padre, trabajando en la piedra angular que él supo labrar, con abnegación, con perseverancia y con humildad, he logrado acumular muchos documentos a lo largo de los años. Todo un caudal de investigaciones, estudios, informes y datos, en tal cantidad y diversidad, que me resultaría relativamente fácil redactar una monografía del Illimani. Ahí tiene usted mi sueño dorado. Imagínese el aporte invalorable que representaría una monografía de semejante naturaleza para el espíritu del pueblo boliviano. Claro que son planes de largo alcance, y todavía habría que ver muchas cosas. Además de eso, por el momento carezco de medios en lo material. Ahora bien, para mí lo único que vale es la leyenda, el mito, la fábula. Es lo único real y verdadero. Una montaña no es meramente una montaña. Una montaña, y en particular el Illimani, constituye una acumulación de energía. Esta energía sólo puede ser utilizada para muy determinados fines y por muy contados individuos, y por eso el medio por el cual se hace posible dicha utilización es un secreto que se guarda celosamente. El Illimani está rodeado de grandes misterios, señor Delgado; el Illimani espera su hora. En sus entrañas está cifrado el destino de esta nuestra ciudad de La Paz; y por inescrutables designios, se consumará el holocausto. Está escrito: así lo dice la leyenda. Horroroso cataclismo será desencadenado un día no lejano; en el Illimani, en el Mururata, en el Huayna Potosí, y en todos los macizos circundantes, surgirán volcanes actualmente apagados, y durante semanas y meses, vomitarán fuego. El cielo, en toda su hondura, se cubrirá de sombras, y la luz del sol no se verá. Las tierras serán sumidas en oscuridad impenetrable, y con terroríficos estruendos, con terremotos de espantosa violencia, se abrirán abismos en todo lo largo y lo ancho de esta parte del planeta, y las comarcas, los campos, las quebradas, los valles y los ríos, las ciudades y los pueblos, se hundirán en los abismos. El lago Titicaca será fracturado en sus profundidades, y de sus aguas, nada quedará. El deslizamiento de las masas de los Andes originará maremotos a lo largo del Pacífico, con lo que gran parte de la costa será borrada de la faz de la tierra. Y de esta suerte, se habrá determinado la transformación de nuestra geografía. Está demás decirlo, señor Delgado: las consecuencias de semejante cataclismo resultan inimaginables. Y como usted comprenderá, lo que acabo de referir no es gratuito. El fuego que brama en el seno de la cordillera de los Andes, así como la presión que ésta ejerce sobre la costa del Pacífico, según se sabe, se hallan regidos y controlados por los magos. Ahora bien, no siempre se requiere la venia de las autoridades competentes para que una cosa sea cierta y para que efectivamente suceda; y lo digo a propósito del tema que nos ocupa. La verdad es que la cordillera de los Andes es parte indivisible de la meseta altiplánica, y esta unidad se configura en lo político, en lo geográfico y en lo económico. Semejante verdad ni siquiera necesita ser enunciada, al menos entre los moradores del Altiplano, es decir entre los aymaras. Esa es la cosa, señor Delgado. Pero volviendo al tema del Illimani, ahora quiero poner punto final con dos palabras. Según supongo, usted ha debido ya explicarse perfectamente el porqué de esta mi claraboya mágica. Y le diré que yo no miro la hermosura del Illimani; tal hermosura no se mira. Yo sé que el Illimani es hermoso, y con eso me basta. Lo que me mueve a mirar el Illimani es algo muy distinto; es la fe en un mundo mejor. Yo miro el Illimani siempre con renovada fe, por lo mismo que sé que el Illimani es una cosa muy diferente de lo que muchos se imaginan. Ahora dígame qué le parece, señor Delgado. Exponga sus puntos de vista. Hágame conocer sus opiniones y dígame qué concepto le merecen mis ideales. Sea usted franco.

Delgado satisfizo los requerimientos de Beltrán, y habiendo elogiado calurosamente los juicios que acababa de escuchar, se declaró decidido partidario de los mismos.

Beltrán hizo un gesto de satisfacción, y luego dijo, asumiendo un aire misterioso:

—Una cosa me gustaría saber. Qué me dice usted de los sensacionales rumores que han cundido últimamente en la bodega.

Ante el estupor de Delgado, quien evidentemente ignoraba por completo los referidos rumores, Beltrán declaró:

—Me extraña que usted no haya oído lo que se dice y lo que se comenta a este respecto. Son sencillamente sensacionales estos rumores; y tan es así, que estoy absolutamente seguro de que usted será el primero en parar la oreja frente al fenómeno. Como usted sabe, cuando el río suena es porque trae piedras. Ahora bien, se dice que existe un hombre extraño y misterioso, inmensamente sabio, inmensamente rico, que espera pacientemente la hora propicia para dar el salto y salvar a la patria de una vez por todas y para siempre del caos en que permanentemente se halla sumida. Este hombre, según dicen, es un gran místico, y además, un gran sanguinario. Estudia día y noche y sin cansancio los diferentes problemas nacionales, y se quema las pestañas elaborando planes de portentosa envergadura; imagínese usted, pretende nada menos que instituír un poderoso ejército, de trescientos mil hombres, para caer como un rayo sobre los diversos países vecinos consecutivamente, a fin de recuperar los territorios que nos fueron arrebatados. Y según dicen, éste no sería sino un primer paso, pues existen planes de vastísimo alcance que semejante hombre ha concebido para restablecer el milenario imperio del Tiahuanacu, cuyas fronteras, según se afirma, sólo se detenían en el Pacífico, al oeste, en el Atlántico, al este, en la Tierra del Fuego, al sur, y en el Caribe, al norte. Y dicen que este hombre, que posee un talento prodigioso y que ha realizado profundos estudios políticos y militares a lo largo de toda su vida, tiene por consejeros a verdaderas eminencias en los campos de las artes y de las ciencias, y no faltan quienes sostienen que el propio Tamayo en persona es uno de ellos. Sin embargo, todos los rumores coinciden significativamente en un punto de importancia capital, y es que este hombre es ambidextro, lo que sencillamente quiere decir que tiene al mismo tiempo la bondad de un ángel y la maldad de Satanás. Terriblemente astuto por su formación jesuita, según dicen, inmensamente sabio por la estirpe de príncipes aymaras a la que pertenece, según afirman, el enigmático personaje es inmensamente rico por esta última razón precisamente, habiendo heredado antiquísimas y fabulosas minas de oro situadas en remotos parajes de la Cordillera Real, que él explota en gran escala y en riguroso secreto. Ahora bien; ¿quién es este hombre? Nadie lo sabe. Su identidad es algo que permanece en el más profundo y absoluto misterio. Ahí tiene usted en resumen lo que se dice; y me abstengo de ir más lejos.

Delgado tardó en reaccionar. Estaba mudo de asombro.

—Algo de cierto tiene que haber en lo que se dice —declaró ahora—. La cuestión es inquietante; debo confesar que a mí me interesa en alto grado. Yo estaba en la luna. Y de no habérsele ocurrido tocar el asunto, seguiría en la luna, y quizá jamás me habría enterado de él. Lo menos que puedo hacer es agradecerle vívamente, señor Beltrán. Sin embargo, quisiera añadir que la reserva que he creído notar en sus últimas palabras es algo que me tiene intrigado.

—No hay tal reserva —afirmó Beltrán—. Créame usted. Simplemente, lo que pasa es que existe asimismo un otro aspecto, absurdo y disparatado en estos trascendentales rumores, pero, como usted comprenderá, no vale la pena ocuparse de él. Y precisamente para su gobierno, considero de mi deber hacerle saber que el señor Peña y Lillo, quien como a todos nos consta es demasiado afecto a la chacota, y quien si no me equivoco es íntimo amigo de usted, últimamente ha optado por erigirse como el más conspicuo campeón de la farsa, y por desgracia, actualmente se ocupa en divulgar a los cuatro vientos el ya referido aspecto grotesco del asunto, haciendo befa del respeto y de la prudencia que todos nosotros deberíamos imponernos dado el carácter escabroso de los rumores que han cundido en la bodega.

—Tiene usted razón —dijo Delgado enérgicamente—: Es una iniquidad, caramba. Y lo que realmente me extraña es que Román no me haya dicho absolutamente nada. Mañana mismo se lo voy a decir en la bodega, y ya veremos la cara que pone. A mí me parece que deberíamos seguir alguna pista; y por supuesto, en el más absoluto secreto. Es necesario tener alguna idea. En realidad, es un deber. Quién le dice que los más avezados espías del extranjero no estén ya a estas horas rondando en nuestro territorio —dijo de pronto—. ¿O tal vez exagero?

—De ningún modo; usted no exagera. Usted se limita a enjuiciar fríamente la realidad de los hechos. De que hay espías pululando a estas horas en nuestro territorio, claro que los hay; suponer lo contrario sería una ingenuidad. Con rumores verdaderamente sensacionales y que en el extranjero han tenido que causar alarma y consternación, ningún espía podría cruzarse de

brazos. Imagínese, con semejantes rumores. Para haber llegado a la bodega, tienen que haber recorrido medio mundo.

—Claro; medio mundo. Para haber llegado a la bodega, imagínese. Quién le dice que no se trata de un asunto mucho más serio de lo que nosotros nos imaginamos, señor Beltrán. Da mucho en qué pensar. En resumen: una cosa mortalmente seria.

—Puede ser, tranquilamente. Y para mí, desde luego, no es ninguna chanza; tenga usted la plena seguridad de que yo, como dos y dos son cuatro, lo tendré al tanto de los acontecimientos minuto a minuto y día tras día, con escrupulosa exactitud, señor Delgado.

De este modo pasaron rápidamente las horas. El dueño de casa y el visitante, ambos por igual, estaban borrachos. Entre charla y charla y entre copa y copa, a cierta altura, Beltrán dirigió a Delgado una larga mirada, y con aire de importancia dijo:

—A ver qué le parece una cosa. Para amenizar esta nuestra sesuda charla, yo propongo un poco de música. Si se imagina que mi proposición es impracticable, no tema. Yo sacaré mi mandolina. Y le demostraré que no soy manco para tocar.

—¿Será verdad tanta belleza? —dijo Delgado.

Sin esperar más, Beltrán se encaramó a la banqueta para alcanzar la mandolina que se hallaba colgada en lo alto de la pared, y luego, habiendo desempolvado el instrumento con una punta del rotoso abrigo que llevaba puesto, templó diestramente las cuerdas y extrajo un plectro del bolsillo.

—Adrián Patiño es mi músico favorito —dijo ahora acomodándose en el asiento y disponiéndose a tocar—. Sus composiciones me encantan. ¿Usted las conoce?

Delgado las conocía y le gustaban mucho. Así lo declaró en efecto, y luego dijo:

—Alguna vez tuve la suerte de escucharlas en la retreta de la plaza Murillo. La banda estaba dirigida por Adrián Patiño en persona.

—Entonces adelante —dijo Beltrán—. Voy a tocar "Corazón de oro". ¿Usted ha escuchado este bellísimo fox—trot incaico?

—Claro que sí —afirmó Delgado—. Además he sabido que han grabado la música en discos. Pero le diré una cosa, y usted verá si tengo la razón. A mí siempre me ha dado en qué pen-

sar eso de fox—trot incaico; semejante denominación, con ser en definitiva un colosal desatino, sin embargo no me choca. Como todo músico, Adrián Patiño es sin duda muy ingenuo. La cuestión es ésta: en todo fox—trot el tiempo es el mismo, pero ello no obstante, tiene que existir una gran diferencia entre el mero fox—trot y el así llamado fox—trot incaico. Imagínese usted, los incas bailando fox—trot; ni pensar, ¿no le parece? No sé si me dejo entender. A lo que yo iba es a esto: en tratándose de un fox—trot a la boliviana, necesariamente el espíritu tendrá que ser boliviano, de la misma manera que el mero fox—trot como tal. Y es lo que precisamente ocurre en el caso de los fox—trots incaicos de Adrián Patiño; y por idéntica razón, el nombre que exhiben los tales fox—trots incaicos viene a resultar un colosal desatino. ¿No le parece?

—De acuerdo —dijo Beltrán con impaciencia—. Perfectamente de acuerdo. Pero está muy charlado —añadió bruscamente—. Ahora a tocar se dijo.

Y con esto, atacó la pieza.

Delgado escuchaba con arrobamiento; decididamente, se sentía conmovido con la música de Adrián Patiño. Por lo demás, la ejecución le parecía admirable. Y pensó que, en efecto, la mandolina no tenía secretos para Beltrán. Este contaba con un extenso repertorio; de pronto se le ocurrió tocar un yaraví, y se puso a cantar y se puso a llorar. Delgado, por su parte, se concretó exclusivamente a llorar, y nada más, ya que no sabía cantar —y muy pronto comenzó a quejarse amargamente por su ineptitud, por su falta de habilidad, por sus errores y sus defectos.

—Yo, desgraciadamente, no sé cantar —dijo—. No sé tocar, no sé nada. Soy un infeliz, señor Beltrán. Un cobarde; no hago nada. Hay una cosa: no merezco nada. Ni siquiera sirvo para alcahuete; estoy seguro. No tengo habilidad. Usted es ingeniero, señor Beltrán, usted ha combatido en la guerra del Acre, usted es un mago de la mandolina, usted es un gran illimanólogo. En cambio yo, no soy nada. ¿Qué soy yo? Un ladrón. ¿Y por qué? Por haber falsificado un saco de aparapita. ¿A usted no le daría vergüenza? A cualquiera; pero a mí, no. Un saco, fíjese; imagínese. Dígame. ¿Qué hago yo? Nada. Un saco de aparapita.

En efecto, Delgado había realizado últimamente ciertos intentos para confeccionar un saco de aparapita —y ahora lo lamentaba.

—He trabajado con la mano y con la tijera —declaró atropelladamente—. He trabajado con el cuchillo y con la navaja; con la aguja y con el hilo. No hay caso de transformar ningún saco; ni un saco nuevo, ni un saco viejo; no hay saco. Mejor dicho: no hay caso. Cuatro varas de tela y media vara de tocuyo para la espalda y los bolsillos, y otras dos varas de tela para las mangas, como embudos. Me corté la mano, y me puncé los dedos. Un fracaso. Un saco más torcido que mi cara. Tres días, señor Beltrán. Cuatro días luchando. Usted ve, no se puede. Yo le cuento; los remiendos, más chillones y más nuevos que no sé qué. ¿Y qué es lo que saco? Ningún saco. No hay tal saco. ¡Qué saco ni qué saco! Hay otro saco; es viejo. Le pongo buenos remiendos.

Beltrán escuchaba con aire de pena.

—¿Por qué y para qué? —preguntó—. ¿Usted que saca con ese saco?

—¿Qué saco? —repuso Delgado—. Lo que saco es un saco de carnaval, un saco de porquería. Es lo que saco. En una palabra: un saco de mierda. Es lo que yo me merezco, señor Beltrán. A eso se reduce la historia de mi vida; con toda sinceridad se lo digo. Ahora qué le parece. ¿Quién es aquí el loco?

Beltrán apartó la mandolina.

—Qué ocurrencia —dijo sentenciosamente—. Mil veces se ha dicho y se ha repetido que un saco de aparapita es algo que no se puede fabricar, y sin embargo usted, déle que déle con la intentona. Yo no soy quién para aprobar o desaprobar sus actos, pero, en este caso, la suplantación es flagrante, y haría mal en no puntualizar claramente mi opinión. Ya se sabe que un saco de aparapita es una cosa que habrá que ganársela, y no hay para qué abundar más en el asunto. Porque después de todo, hay una cosa: la vida no es un carnaval, señor Delgado, y usted más que nadie lo sabe. Ahora bien, a mi leal saber y entender, lo único que a usted lo salva es que se resiste a adquirir un auténtico saco de aparapita, aun a pesar de que podría hacerlo. Quiere decir que es hombre radical y de principios, y por ironía, esto se confirma con la propia suplantación en el caso que nos ocupa. Ahí tiene usted. Mis escasas luces no me permiten ahondar en semejante fenómeno psicológico. Pero ahora no se amilane, ni se amedrente, ni se deprima, señor Delgado. Guarde ese saco bajo de llave, y olvídese.

—¡Qué hombre tan sincero y tan inteligente es usted, señor Beltrán! —exclamó Delgado con exaltación—. Yo admiro su integridad, yo admiro su lucidez, y conste que no le discuto: le doy la razón con absoluta humildad. Usted ha dicho grandes verdades. Pero ahora siga tocando, si es tan amable; qué tal una cueca. Yo no sé bailar, pero me gusta con delirio.

Beltrán tocó una cueca.

PARTE SEGUNDA

CAPITULO PRIMERO

Un hombre raro, un hombre misterioso —al decir de la gente. Un hombre de hábitos completamente extraños: no conocía el agua, y solamente se bañaba en aceite de oliva; detestaba la luz del sol, y únicamente comía carne cruda; era dueño de inmensa fortuna, y nunca envejecía. Tenía muñecas de carne y hueso; pagaba en oro a las monjas del hospicio por los vestidos de inimaginable esplendor destinados a estas muñecas que se contaban por docenas, y vivía rodeado de una legión de sirvientes que tenían por obligación embadurnarse la cara con negra tintura. Era impío, maligno y astuto, y cruel como él solo; era brujo y asesino. Sus crímenes permanecían por siempre jamás en el misterio; y era abogado, poeta, corredor de comercio (ya retirado), y astrónomo. Profundizaba en estudios de anatomía patológica; conocía a fondo la fauna cadavérica, y era economista; era entendido en agricultura y en psicología, y era electricista; meditaba una obra de importancia colosal acerca de los Andes bolivianos, en la perspectiva geopolítica, y era afecto a la relojería, y guitarrista consumado. Moraba este hombre en tenebroso caserón de la calle Recreo; y —según se afirmaba— urdía sus crímenes en lóbregos y suntuosos salones, vestido con negra levita y cubierta la cara con negro antifaz; con maldad sobrehumana, con ojos de fuego y sonrisa glacial en el rostro diabólico, que nadie conoció ni conocería jamás. Y este hombre perverso, y este hombre sabio, al decir de la gente, adolecía de

un grave defecto: era cojo; pero sin embargo, con todo derecho podía preciarse de su ilustre linaje, por ser descendiente en línea directa de Juan Huallpa Rimachi, el excelso lirida collavino; y este hombre se llamaba José Luis Prudencio.

Tales decires, sin duda corregidos y aumentados, magnificados y embellecidos de boca en boca, llegaron a conocimiento de Delgado por conducto de Román Peña y Lillo, y ahora se añadían a los que ya conocía, encendiendo el entusiasmo y la fantasía de Delgado hasta tal punto, que decidió emprender ciertas averiguaciones, las mismas que se realizaron a costa de mucha paciencia y con la ayuda de Peña y Lillo y de otros amigos, y muy pronto se quedó pasmado con los resultados. Pues en verdad, existía un hombre de carne y hueso llamado José Luis Prudencio, y este hombre moraba en tenebroso caserón de la calle Recreo —era cosa absolutamente cierta.

Los hechos hablaban por sí solos.

Con obstinado empeño, tras tenaces tentativas en todo lo largo de la calle Recreo, Delgado había logrado ubicar la casa. Esta se situaba entre las calles Cochabamba y Sagárnaga, sobre la vereda de la mano izquierda, yendo de subida; y con la fachada en ruinas, con los aleros en escombros exudando humedad, con ocho balcones monumentales y siempre cerrados en el piso de arriba, y con otras tantas puertas igualmente cerradas en el piso de abajo, era ésta una morada muy extraña, tal como se ofrecía al observador, con signos invisibles y ominosos, de locura y destrucción.

Audazmente, Delgado había transpuesto la puerta de la casa. Habíase topado con unos porteros que hablaban solamente aymará, y que exhibían unas caras completamente embadurnadas con pintura negra; y habiéndoles preguntado por el dueño de la casa, pronunciaron con sumisión y temor el nombre de José Luis Prudencio, declarando que jamás recibía visitas. Hallándose los porteros repantigados a lo largo del zaguán y con un gran aire de suficiencia, ni siquiera se movieron ni dieron muestras de inquietud ante la irrupción de Delgado, que, con estudiada indiferencia, se aventuró temerariamente en dirección a una imponente reja de hierro forjado que le cerraba el paso, y más allá de la cual se extendía un sombrío jardín abandonado y silencioso, con aires densos y pesados, con aires

sepulcrales que hacían presentir la presencia del Choqueyapu, el cual efectivamente discurría a poca distancia de la casa, a la altura del puente de la calle Yanacocha. Y con extrañeza ante la actitud pasiva de los porteros, que dejaban entrar sin más a cualquier desconocido, lo que se oponía abiertamente al misterioso carácter del amo de la casa, Delgado volvió sobre sus pasos y, de súbito, con recelo y con temor, se sintió observado por los porteros, quienes lo miraban amenazadoramente, inmóviles como estatuas.

Entonces se alejó.

En definitiva, la fascinación por el enigma de José Luis Prudencio se tornaba cada vez más poderosa. Felipe Delgado decidió espiar la casa a todas horas del día y de la noche. A este propósito, contaba con la colaboración de los clientes de la bodega. Todos ellos, prácticamente en su totalidad, se mostraban de acuerdo. A toda costa querían entrar en acción. A toda costa —según sus propias palabras— querían hacer algo por la patria y por el estómago. De tal manera, que Delgado comenzó a derramar la plata a manos llenas, con la firme determinación de configurar un eficaz aparato de espionaje sobre la base de frondoso cuerpo de colaboradores que, con tal motivo, se daban a beber a más y mejor. Pues todo el mundo estaba metido en la operación, y todos eran ya espías, ya gestores, ya mensajeros, ya confidentes, cuando no adivinos y hechiceros; y muy pronto acudirían alcahuetes extremadamente desaprensivos, que podían hacer cualquier cosa por un plato de picantes y que, habiendo visto o habiendo dejado de ver esto y aquello, inventaban gratuitamente mil patrañas y disparates. Sin embargo, los resultados obtenidos durante las primeras jornadas, a la luz de las evidencias, no eran nada despreciables. Al cabo de poco tiempo se había llegado a saber muchas cosas que, en conjunto, no dejaban de impresionar.

Muy contento con el curso de los acontecimientos, Felipe Delgado conversaba una noche con dos amigos que montaban guardia al amparo de las sombras, cerca del portón, a unos veinte metros de la puerta principal de la casa, cuando a todo esto se escucharon pasos: alguien apareció en la calle, avanzando con paso rápido, por el lado opuesto al que estaban ellos, aunque por la misma acera; y, habiendo alcanzado la puerta prin-

cipal de la casa, de pronto se detuvo. Con seguridad que no era Prudencio; pues al decir de la gente, aquél era cojo, mientras que éste no lo era. Con flamantes prismáticos recientemente adquiridos, Delgado enfocaba la escena: a no dudar, era un joven, el cual dirigió rápidas miradas a izquierda y derecha, y luego, después de abrir tranquilamente la puerta con una llave, se metió en la casa —para pasmo de los observadores. ¡Un visitante a las once de la noche! Y tan sólo al haberse dejado escuchar cuatro campanadas en el reloj de la plaza Murillo, y no antes, pudieron experimentar un alivio y al mismo tiempo una sorpresa con la reaparición del joven que, esta vez, no estaba solo; en efecto, llevaba entre los brazos un objeto que, a juzgar por las apariencias, muy bien podía ser una criatura, o bien una muñeca —solo Dios lo sabía. Cuidadosamente, cerró el joven la puerta; y luego, se perdió entre las sombras, siempre con paso rápido.

Era para quedarse lelo. Nadie sabía explicar lo que significaría todo esto. Delgado sólo atinó a meter los prismáticos en la funda —y ordenó la retirada.

Aquel mismo día, ya al alba, de llegada a su casa, buscó afanosamente alguna libreta —y para gran contento de su parte, encontró una: he aquí un buen augurio. Pues había visto por conveniente anotar los hechos observados —que eran "pocos, pero significativos". En realidad, comenzaba una especie de crónica.

"Los hechos observados son pocos, pero significativos —escribía Delgado—. Nada del misterioso Prudencio. Ni rastro. Una señora muy joven, muy hermosa. Señora, porque basta con mirarla para saber que lo es. Hermosa, porque indiscutiblemente lo es. Se la ha visto salir en tres oportunidades en todo un mes. Una vez por la mañana, y dos por la tarde. Regresa al cabo de dos horas como máximo. Una vez, con un manojo de largas cañahuecas, como si nada. Cosa increible, absolutamente rara y nunca vista. ¡Una señora con cañahuecas! Tan diferente de todas las demás señoras. Y siempre a pie. Siempre acompañada por una vieja. Una vieja horrorosa, flaca y retaca. Salen de compras, vienen con paquetes. No se sabe en concreto a dónde van: no hubo quién para ver a dónde iban. La señora joven es morena y alta, con negros cabellos, largos y sueltos. Es muy elegante: no usa sombrero. El paso invisible, la mirada invisible. Peña y Lillo dijo: "Es una señora invisible, que piensa en la muerte y vive una vida muy triste". Y realmente, es una señora invisible. Y la vieja, una arpía. Una bruja. Siempre colgada del brazo de la señora triste; la cara siempre pintada como payaso. Con sombrero rojo, guantes rojos y todo rojo, como jovencita. Peña y Lillo, espíritu diabólico, y proclive al desvarío, no piensa en las consecuencias. Y muy ufano, con verdadera temeridad, y sin siquiera haber bebido una sola copa, pasa por la vereda como quien nada hace, y le pone una zancadilla a la vieja. La vieja da un brinco, ágil como una cabra, y ni siquiera se cae. La hermosa señora, la señora joven, se asusta al sólo ver a Peña y Lillo. Peña y Lillo le pide disculpas; él es jorobado, y se lo dice sin ningún reparo. "¡Soy jorobado, le pido mil disculpas! ". Ella lo mira, con aire pensativo, y lo disculpa. La vieja lo insulta a gritos. "¡Jorobado empedernido, loco borracho! ". (Ya le dije a Román, ya le previne: basta de payasadas). La voz de la vieja es la voz de la iniquidad y de la ruina. Y para decir cómo es la voz de la hermosa señora, tendría que conocer el mar. Es la voz del mar. Es la voz de la redondez del mundo. Pero prosigo. La servidumbre trajina a todas horas del día. Los balcones no se abren jamás. Jamás se ven luces. Todo siempre oscuro. La puerta se abre a las 6 de la madrugada y se cierra a las 7 de la noche. Las provisiones, los alimentos, el combustible, todo llega a lomo de bestia. En burros y en llamas. Reinan costumbres muy raras. Es algo sin pies ni cabeza. Y raro privilegio el que disfrutan los porteros que se embarran la cara con pintura negra. O con alquitrán. Hay que ver la vara alta que tienen estos negros, con tremendas caras como la noche, dormitando como príncipes todo el santo día y sin hacer nada. Masca que te masca coca, repantigados sobre unos cueros de oveja, dando patadas y puñetes a los sirvientes que les sirven de rodillas y que les hacen reverencias. Yo he visto. Y un día de esos, se presentaron unos evangelistas con gran vocerío en idioma inglés, con trajes de color azul y con gorras y con capotas de color rojo. Ni bien entraron, fueron sacados a golpes por los negros. Y estos negros, toman cerveza y toman helados, y se pasan la vida fumando y mascando, mirando como desde muy lejos y con los ojos entrecerrados, con una ferocidad que de hecho ha quedado al desnudo. Román Peña y

Lillo es valiente y leal como pocos; se metió al zaguán muy seguro de que lograría averiguar muchas cosas, y como es un gran aymarista, no le fue difícil entablar charla con los porteros que al principio lo dejaron hablar, pero el rato menos pensado se le abalanzaron, y sólo por milagro logró escapar. En realidad ya lo estaban amarrando los negros al pobre Román, y por poco no lo azotan y lo ahorcan. Decididamente, cualquier intento en el zaguán resultaría no sólo peligroso, sino que provocaría graves sospechas. Estos negros, estos porteros, guardan muchos secretos. Un lujoso automóvil "Chandler", negro, sale del portón en dos oportunidades. Sin pasajeros. Cubierto de tierra y de barro. El chofer, inabordable. Gordo y orgulloso, con lujo asiático, con saco y con gorra de rica gamuza, comparece diariamente a la casa, ni se sabe para qué. Los sábados, la vieja reparte monedas a los mendigos. No hay teléfono (se ha comprobado). Y eso es todo. Ni rastro del dueño de casa. Quizá el hombre llamado José Luis Prudencio ni siquiera existe. Es necesario admitir que en todo lo que se ha visto, no hay nada de raro en absoluto. Pura estupidez. Salvo los porteros que se embarran la cara y por otra parte, el individuo que agarra y que entra en danza en circunstancias misteriosas: abre la puerta como si estuviera en su casa, entra y se tarda horas enteras, y luego sale, con una muñeca en los brazos. Y aquí mucho ojo: ni yo ni nadie habla de muñecas; lo que pasa es que se habla de muñecas. Existen muñecas parlantes que caminan, ríen y lloran, y hasta se orinan; los grandes maestros, los grandes artesanos de Nürnberg, hacen estas muñecas. Pero en cambio Prudencio, según dicen, tiene muñecas vivas, que nacen y mueren. Quiere decir entonces que se habla de semejantes muñecas, y mal puede uno desvariar. Con la aparición del individuo la cosa adquiere un cariz inquietante. Hay que seguir adelante. La vigilancia nocturna se hace cada vez más penosa con el frío que arrecia. Ya casi estamos en pleno invierno. Que se susciten ideas y acontecimientos. Y no es cosa de risa. Hace apenas dos días se esperaba algo. Un adivino me dijo: "Yo te lo juro. He oído ruidos tremebundos en la casa. He oído aullidos, alaridos, quejas y lamentos tremebundos. Es muerte". En buena me he metido. Aun a mí me parece absurdo. Pero hay algo. En los invisibles caminos de este mundo. Un no sé qué. Y me infunde profundo respeto. Una profunda

emoción. Es tal vez el absurdo, la causa por la que se vive. ¿Tendrá muñecas el señor Prudencio? Pero uno es cobarde. Yo lo reconozco. ¿Quién es la hermosa señora? Día tras día he venido eludiendo esta pregunta. Y todo por el temor de saber aquello que ya sabía, y que precisamente no deseaba saber. Y la verdad sea dicha: con muñecas o sin muñecas, seguramente el marido de la hermosa señora no es otro que Prudencio".

Hasta aquí la crónica de Felipe Delgado.

A esta altura de los acontecimientos, circulaba cierta noticia que causó revuelo en la bodega. Con gran despliegue de propaganda en los periódicos y con profusión de volantes y de cartelones, se anunciaba la próxima presentación de un gran circo. El "Gran Circo Alemán" visitaba La Paz, con carpa gigantesca, con ochenta artistas y con animales amaestrados y con leones, panteras, tigres, camellos, elefantes y jirafas.

Y con ello se planteaba un problema que exigía pronta solución. Cabía preguntarse si Prudencio asistiría al circo.

Un análisis concienzudo de la situación, barajando las diversas circunstancias que presumiblemente se suscitarían y que previsiblemente podrían enfrentarse con motivo de la próxima presentación del circo, había puesto en evidencia la inmensa importancia de un estado de alerta. ¿El misterioso personaje llamado José Luis Prudencio, y la hermosa dama, asistirían a la presentación del circo? Puestas en el platillo de la balanza, las probabilidades se inclinaban abrumadoramente a favor.

Y con esto, quedó establecido el punto de partida de un plan que había de ponerse en marcha a través de extensa y complicada cadena, y que, en efecto, aseguraba la acción precisa frente a una emergencia dada.

Los puntos neurálgicos en la cadena se sustentaban de la siguiente manera: Peña y Lillo y Beltrán en el circo, y Felipe Delgado, en el puesto de observación. El aparato como un todo se ponía en movimiento con el unánime concurso de diversos elementos que obedecían a un plan sincronizado Peña y Lillo y Beltrán hallábanse en sus respectivos puestos en el circo aquella noche, habiendo acudido con una hora de anticipación.

En cuanto a Felipe Delgado, que por lo demás tenía ya en el bolsillo un boleto de entrada para la función, las propias cir-

cunstancias le hacían comprender el acierto con que éstas habían sido previstas. El estaba preparado. Muy bien podía abrirse de pronto el portón para dar paso al lujoso automóvil "Chandler", ante semejante acontecimiento, nadie se sorprendería. Delgado se encontraba intalado en un automóvil de alquiler que, habiendo sido fletado al efecto, en estos momentos servía como puesto de observación, en consonancia con las circunstancias que concurrían aquella noche. El propietario en persona se encargaba de manejarlo, y de hecho, era ya un miembro más en el aparato al servicio de Delgado. Tratábase de un hombre leal y dinámico, experto chofer, ingenioso y muy servicial, dotado de gran habilidad y tacto para el desempeño de ciertos cometidos altamente diferenciados y que, muy a pesar de las opiniones en contrario, no eran desdorosos ni mucho menos, sino que tenían un gran embrujo, una mezcla de aventura y de misterio, si hemos de creer a los campeones de tales cometidos precisamente, uno de cuyos adalides era Zenobio Mamani —que así se llamaba el chofer—, más conocido con el nombre de Cabrón Mamani, o, para abreviar, simplemente Cabrón a secas. Sea de ello como se fuese, es lo cierto que el Cabrón Mamani estaba ahora presto a la acción; y empuñaba el volante, ojo avizor, habiendo estacionado el vehículo a no más de quince metros de la casa, alerta a cualquier señal de Delgado que, a su vez, estaba en espera de alguien que tan pronto podía salir en cualquier momento como podía no salir nunca.

Y ahora Delgado bajó del vehículo para observar desde la acera de enfrente; y esta vez como siempre, la casa estaba sumida en la oscuridad. En este momento, una luz roja parpadeó en la esquina de la calle Oruro; era la señal convenida. Un enlace, en bicicleta, anunciaba que acababa de comenzar la función. El que el circo se hubiese instalado en el Prado, tan sólo a unas seis cuadras de la casa, era sin duda una ventaja; Felipe Delgado, con una linterna que extrajo del bolsillo, hizo la señal convenida para darse por enterado: luz verde. El enlace retornó al circo. A lo lejos, dejábanse escuchar los sones festivos de una banda; y las luces, sobre la carpa, resplandecían en medio de la noche. Felipe Delgado escudriñó una vez más la fila de balcones de la casa; y luego, se metió al auto, sentándose junto a Mamani. En este mismo momento, con sordos crujidos, se abrió el portón. Delgado aprestó los prismáticos. La calzada quedó iluminada con potentes faros de un automóvil que se deslizó hacia la calle, y luego se detuvo frente a la casa. Con aire majestuoso, descendió el chofer y cerró el portón; y luego tomó el volante y partió calle abajo, con gran calma, en dirección al Prado.

Mamani, a todo esto, había encendido el motor, y no hizo más que lanzarse en pos del automóvil, como una sombra: hombre ducho y sereno, mantúvose a corta distancia —unos ocho metros, más o menos. Y de esta manera, Delgado que temblaba de emoción, pudo enfocar justamente los prismáticos sobre el cristal posterior del lujoso automóvil, y pudo ver con cierta claridad a sus ocupantes, gracias a que el interior se hallaba iluminado. Y con indecible satisfacción y alborozo, pudo captar la imagen de José Luis Prudencio. Pues aquel que iba en el centro del asiento, acompañado por dos damas precisamente, no podía ser otro que el misterioso personaje en cuestión. Como los pasajeros le daban las espaldas, esta circunstancia le permitía al observador distinguir aunque fugazmente, el perfil que se recortaba sobre una luz tenue y difusa. La hermosa señora, con nariz breve, con frente noble, con largo cabello suelto, ciertamente apartada de Prudencio y a la derecha de éste, al parecer no participaba de la conversación que, según era evidente, sostenía Prudencio con la vieja, a quien Delgado catalogaba como arpía. Prudencio, con tongo y con nariz ganchuda, volvíase hacia la vieja, con reiterados movimientos de cabeza y con ademanes harto sospechosos, mientras que la pobre señora, a los ojos del observador, se quedaba siempre sola. Mas ahora el vehículo de Prudencio ganaba la plaza Venezuela; positivamente y con absoluta certeza, podía asegurarse que enfilaría rumbo al circo; por tanto, Delgado haría muy bien en guardar de una vez los prismáticos, según aconsejó Mamani, pues ante la inminencia de los acontecimientos, a dos cuadras escasas de aquel que sería teatro de los mismos, sólo cabía prepararse para la acción. Mamani, por su parte, en un esfuerzo por estacionarse en un sitio propicio, con vistas a trabar conocimiento con el chofer de Prudencio, acortó la distancia, y, a tiempo de alcanzar la puerta del circo, ejecutando un súbito viraje, con gran destreza se detuvo, justamente a pocos centímetros del automóvil de Pru-

dencio. Y con esto, ya Mamani se encargaría de seguir la pista de su colega, aunque no por ello dejaría de rondar en la esquina, según quedó convenido.

Felipe Delgado, en tales momentos críticos, o no quiso o no pudo seguir el consejo de Mamani; pues lejos de saltar prestamente y ganar la puerta; lejos de darse modos para llegar junto a Prudencio y a las damas, echó mano de los prismáticos y, muy parsimoniosamente, enfocó a la Dama del Circo —que así decidió llamar a la hermosa señora a partir de aquel preciso instante. Y de tal manera, que sólo consiguió perderla de vista, aun a pesar de un deslumbrante mantón de color de cielo que la dama llevaba puesto, habiéndose lanzado tardíamente en precipitada carrera y con los prismáticos a cuestas, cuando ya Prudencio y las damas atravesaban la puerta.

Pero vayamos por partes.

Pues en tales momentos críticos precisamente, y aunque más no hubiese sido que por mera inercia, a Felipe Delgado se le reveló un hecho de especial significación para él. La fábula de Prudencio, en virtud de este hecho, adquiría nueva vida, y asumía al mismo tiempo un extraño y fantasmal verismo.

La verdad es que la gente no había mentido al decir que Prudencio era cojo.

¡Prudencio era cojo! Y lo era efectivamente —en realidad de verdad, era rematadamente cojo. Tal revelación tenía por virtud asombrar hasta el paroxismo a Felipe Delgado. Significaba que todo cuanto se decía en torno de Prudencio era cierto, y significaba asimismo que todo cuanto pudiese decirse no lo sería menos. Delgado había visto fugitivamente la figura bamboleante junto al color de cielo del mantón deslumbrante que la Dama del Circo llevaba puesto. Había visto la alta figura descollante en medio del gentío, ascendiendo y descendiendo, apareciendo y desapareciendo, bajando y subiendo rítmicamente, avanzando en la distancia al compás de la cojera grande, vibrante, cimbreante y navegante, tocando a cada paso, con el nivel del otro paso, el desnivel de cada paso, y perdiéndose luego, más allá de la puerta, en ondulante tumulto.

En efecto: ante los ojos asombrados del observador, que se sentía como clavado en el sitio, la figura de Prudencio habíase desvanecido junto al color de cielo del mantón deslumbrante —en luces y sombras.

Y en semejantes trances precisamente, Delgado se debatía en la impotencia; en la puerta le cerraban el paso. Buscaba desesperadamente en sus bolsillos el boleto que, en previsión de los acontecimientos, había guardado cuidadosamente, y ahora, en tan angustiosos momentos no lo encontraba. De pronto aparecieron dos enlaces que rondaban en las proximidades; pero nada podían hacer, pues ya sabían que las entradas se habían agotado. Finalmente, Delgado sintió cierto alivio con la aparición de Peña y Lillo, quien surgía del tumulto dando muestras de gran excitación, y avanzando hasta la puerta, le comunicó una noticia que por lo demás no era nueva para él.

Peña y Lillo, siempre con el ojo bien abierto, había sometido a riguroso escrutinio a todos cuantos transpusieran los umbrales de la carpa, y por tanto, no pudo menos que reconocer a la hermosa dama y a la vieja arpía que, junto con el cojo, acababan de adentrarse en el vasto espacio ofrecido por el circo.

Ahora Peña y Lillo quería recibir instrucciones. Quería saber la opinión de Delgado ante tan extraordinario acontecimiento.

Obviamente Delgado no se sorprendió ni poco ni mucho, y preguntó con aprensión:

—¿Y no has visto dónde están?

—Claro que hemos visto —dijo Peña y Lillo con aplomo—. Están en un palco. Hasta un ciego puede verlos. El señor Beltrán vigila.

Delgado intentó avanzar, llevado por el entusiasmo, para felicitar a Peña y Lillo; mas los boleteros se lo impidieron. No tenía entrada. Y le previnieron rudamente: estorbaba el paso y todavía se ponía a charlar.

Delgado no hizo caso. Elevando la voz, dijo a Peña y Lillo:

—¡Me das una gran noticia! Se me ha entrado el alma al cuerpo; pero la cuestión es que he perdido mi entrada.

Hizo una seña, y luego se apartó de la puerta con la intención de conseguir una entrada. Cosa difícil; las boleterías estaban cerradas, y, a ese paso, un mundo de gente se agolpaba con verdadera desesperación. Por suerte para él, encontró un chico que, en medio del tumulto, ofrecía entradas —a precio de oro. De puro gusto, le pagó el doble. Y corriendo como alma que lleva el diablo, entró al circo. Peña y Lillo lo condujo al pasaje

de la galería que, dadas las circunstancias, según dijo, ofrecía todas las ventajas del caso; allí podían observar y moverse libremente. Delgado se mostró de acuerdo. De pronto Peña y Lillo se detuvo y, habiendo extendido lentamente el brazo, con aire misterioso, señaló el lugar en que se hallaban las damas y el cojo, justamente en dirección diametralmente opuesta. Delgado distinguió con toda claridad a la Dama del Circo. En estos momentos la banda tocaba un vals, de quien sabe qué remotas épocas, y actuaba una tropa de caballos enanos que, trotando y trotando, a los sones descoloridos por el tiempo, parecían escuchar el vals.

Delgado y Peña y Lillo se situaban al pie del graderío y junto a un poste de la tramoya, bajo las sombras de infinitos cabos y sogas que pendían de lo alto. Y ahora vieron acercarse a Beltrán que de hecho asumía un aire de vencedor, un gesto de mariscal de campo, y se diría el dueño del circo avanzando con paso lento y con grave continente cuando finalmente se detuvo. Y con buen humor, dijo haber avistado a Delgado pocos instantes ha, y haber destacado, por consecuencia, un enlace con órdenes de verificar la progresión en el reducto exterior, buscando contacto con el Cabrón Mamani; pues él, Indalecio Beltrán, siempre munido de sendos mapas de estado mayor, registraba el desarrollo de los acontecimientos con precisión matemática, en el todo y en las partes todas del todo, y a sus ojos no escapaba nada, lo que se llama absolutamente nada —sólo que estaba absolutamente borracho, se dijo para sí Delgado con cierto regocijo.

Beltrán sacó a relucir una botella, con todo disimulo, y dijo:

—Ron de Jamaica. Para estar a la altura de esta misión supremamente trascendental y nocturna; con los viáticos que legítimamente me corresponden, quise darme este gusto.

Y luego de hacer circular la botella, miró a Delgado, señalando hacia los caballos que ahora se retiraban de la pista, y con tono festivo dijo:

—A propósito de caballos, señor Delgado: por extraño que pueda parecerle, anoche he tenido un sueño, justamente anoche, a propósito de caballos. Y le contaré que había ejemplares de ganado patriarcal, y había ejemplares de ganado vino, que no ovino; y había ejemplares de ganado endemoniado y de ganado empecinado, y todos estos ejemplares de ganado, figuraban en una página de chistes colorados del almanaque oriental, hospital y capital, supremamente fundamental; y usted figuraba entre los ejemplares de ganado empecinado, le seré franco, pues sólo me remito al sueño que soñé.

He aquí un sueño sumamente curioso; en contestación a Beltrán, Delgado se disponía a contarle un sueño parecido, cuando a esto, se presentó el enlace destacado por Beltrán, que acertaba a ser el Delicado. El Delicado dijo haber establecido contacto con el Cabrón Mamani, el cual hasta el momento, no había conseguido trabar conversación con el chofer de Prudencio; pero en cambio, había logrado estacionarse junto al automóvil de aquél, y ahora se mantenía a la expectativa en la calle Campero. Y eso era todo. En cuanto al tránsito en la puerta, el Delicado había tropezado con dificultades, y por tanto ya no podría salir. Afortunadamente ya no era necesario; Delgado se quedó tranquilo.

Pues había adoptado un plan de acción, el único que cabía. Y simplemente consistía en ubicarse tan cerca de Prudencio como fuera posible. En efecto, dio un rodeo y logró alcanzar el otro lado de la pista, seguido de Peña y Lillo; en las proximidades del pasaje de acceso a los palcos, se ofrecía un sitio adecuado: allí se quedó. De esta manera podría seguir tranquilamente los movimientos de Prudencio una vez terminada la función.

Los números del espectáculo se sucedían ininterrumpidamente. Una galopa y un pitazo; una marcha, un redoble de tambor y un fox-trot. Las voces atipladas de los payasos dialogando con un señor de levita. El olor de aserrín y de tierra, de cáñamo y de lona, bajo el frío de la noche: en pleno invierno, unas frágiles y rubias danzarinas en malla, y los aplausos atronadores; las piruetas de los equilibristas y de los acróbatas que, a lo largo de innumerables instantes de silencio, hacían estremecerse al público; las volteretas de los enanos y el círculo de fuego a través del cual se lanzaba volando una artista, que luego saludaba con una carrerita y con un brazo en alto. Unos turcos, unos japoneses, unos chinos mirando fijamente las sombrillas y las sillas, los platillos y los cuchillos en ascendente equilibrio, atrapando mil objetos que se proyectaban en vertiginosa parábola; y por último, los leones y los tigres, rugiendo y bramando.

Con lo que concluyó la función.

Ahora se arremolinaba la multitud. Delgado entregó los prismáticos a Peña y Lillo. En medio del gentío, Prudencio y las damas avanzaban lentamente. Al cabo de algunos minutos y luego de atravesar la platea, alcanzaron el pasaje principal. Delgado se puso en guardia. Ahora se acercaban al sitio en que él estaba. Ya llegaban. Estaban ya a pocos pasos de distancia. Y cuando de pronto se vio junto a la dama, extrañamente, se sintió solo. Y sintió temor. Un hálito emanaba de ella. Como de aire. Y luego, como de frío. La piel, con un matiz más bien oscuro, era suave y lozana; y únicamente, Delgado miraba una cicatriz, muy pequeña —en la frente. Como un rasguño —en algún lugar de la frente. Con oscuros ojos, ella miraba; o, por mejor decir, contemplaba —en la textura del mantón deslumbrante, Delgado miraba los hilos. La Dama del Circo, en este momento, pasó junto a Delgado —realmente, era alta. A la derecha, la vieja. A la izquierda, un poco rezagado, Prudencio. Con estatura imponente. Con unos sesenta años encima. Con tongo y con abrigo negro —no tenía bastón. Se diría que le gustaba cojear. Y de hecho, cojeaba con verdadera cojera. Desde las alturas y desde las profundidades. La vieja, con una caperuza de color rojo muy oscuro, miraba con ojos de serpiente. Prudencio dijo algo. El tono era grandilocuente. Delgado se quedó quieto, y luego, con cierta vacilación, dio comienzo al avance. Muy cerca de Prudencio. Quería escuchar.

De improviso una voz estentórea resonó en el ámbito de la carpa. Con vibrantes palabras, el "Gran Circo Alemán" invitaba al público a visitar las fieras —los leones africanos, las panteras negras y los tigres de Bengala que rugían en las jaulas.

Delgado escuchó la voz de la dama, que se dirigía a Prudencio.

—Ya que estamos en el circo, me gustaría ver las fieras.

—¡Las fieras! —exclamó Prudencio—. Tan tarde de la noche. Y como si no fuera suficiente haberlas visto actuar.

Prudencio gesticulaba con largos brazos y acentuaba sus palabras con movimientos de la cabeza, grande y alargada, como si estuviera perpetuamente bajo la impresión del asombro y del espanto.

—A mí me gustaría verlas de cerca —dijo la dama—. Debe ser una maravilla.

—¡Una maravilla! Qué ocurrencia. Como si no estuvieras viendo el terror que infunden esos animales.

—¿Terror? ¿Y por qué terror? A mí me gustan los rugidos de las fieras y sus ojos rasgados.

—¡Sus ojos rasgados, Ave María! —se escandalizó Prudencio. Dirigió una mirada recelosa a la dama, y con tono amenazador dijo—: Que no me exponga; que no me ejercite le digo; y ella, como si nada.

—No te enfades —dijo la vieja—. Nadie discute.

—¿Cómo que nadie? Ella discute, qué carambolas. Está viendo el tumulto; está viendo los malhechores en el tumulto, que roban y espían a favor del oscuro; y ella, déle que déle con el tambor, a ejercitar y exponerme.

A todo esto, la dama había asumido una actitud de soberana indiferencia, y ni siquiera se daba por aludida.

—Ramona es joven —dijo la vieja como hablando para sí—; en cambio, José Luis es hombre reposado; nunca ha sido novelero. Y por eso critica los circos y las fieras que le gustan a Ramona.

Ramona. Ahora Delgado llegó a saber que se llamaba Ramona —era el nombre de su madre: cosa sorprendente para él. Por otra parte, se confirmaba el nombre de Prudencio. José Luis Prudencio. Pero antes que ninguna otra cosa, Delgado estaba totalmente desconcertado con la fulminante revelación que surgía a esta altura. Y se sentía humillado con su propia ingenuidad. Sin más había dado por verdades los decires de la gente; y la imagen que se había forjado se tornaba una afrenta para él. Pues a la luz de las evidencias, Prudencio no tenía nada de asesino, ni de brujo, ni de tenebroso. Ni la más remota señal de los misterios, de las malignidades y las oscuridades que la gente quería endosar al personaje. Había que admitir que simplemente era un cojo, y este cojo era un idiota que no mataba una mosca; un calzonazo, un pobre imbécil y nada más. Pero no obstante, y quizá por idéntica razón, este cojo seguía siendo un cojo totalmente extraño —así lo reconoció Delgado.

—¡Intrusa, yo no critico! —exclamaba ahora Prudencio—. Yo ruego, yo observo, yo sufro, y pido y clamo justicia; nada más que justicia; tengo un alma pura.

La Dama del Circo hizo un gesto de fastidio.

—Es un escándalo —dijo bruscamente—. Me hace frío. Quiero irme.

—¿No decía yo? —se mofó Prudencio—. Es un escándalo; me hace frío, quiero irme; y sin embargo, los ojos rasgados, una maravilla. Yo la idolatro, no lo niego; es mi debilidad. ¡Poco a poco avanzando, más vale la calma!

Prudencio, en vista del gentío que se agolpaba frente a la puerta, hizo un alto. Delgado se detuvo discretamente, siempre seguido de Peña y Lillo.

—¿Has oído, Lucía? —prosiguió diciendo Prudencio—. Tú lo has dicho. Ramona es joven y le gustan las fieras. Y que no me tome a mal a mí la muñeca. A mí la muñeca, yo no sé por qué, siempre me toma a mal; seguramente porque soy viejo, Ave María; o porque no sé reír, y ella sí.

—Está bien —intervino la vieja llamada Lucía—. Pero no seas cargoso.

—¡No seas cargoso! ¡Qué insolencia! La cargosa eres tú, confianzuda, descarada, que me denigras en un circo de mala muerte, y me expones al escarnio público. Haz algo por callarte, deslenguada, mientras yo voy abriendo el camino y voy poco a poco avanzando, vigilando a Ramona.

Prudencio reanudó la marcha como en medio de oscuros peligros, avanzando como a tientas, y parecía cojear temerosamente, asido de una alforza en el abrigo de Lucía mientras aprisionaba por el brazo a Ramona.

—Esto me disgusta; esto no me gusta; pero mejor no discuto. ¡Han visto! —gritó de pronto, a tiempo de alcanzar la puerta—: ¡Ya salimos, qué carambolas! Ganamos el claro de la calle, y gran cosa no pido: en casa, mi mate de toronjil. Ya me veo yo sin Lucía.

Prudencio se detuvo en la vereda. Recorriendo con la mirada una fila de vehículos a lo largo de la calle, dando muestras de consternación declaró:

—No veo mi automóvil, Ave María; el chofer ha fugado. Mejor dicho, no ha fugado. Se trastorna mi discernimiento; paso por alto que mi automóvil nos esperaba aquí, mejor dicho, allá. A una cuadra. Ahora vamos. Vamos vamos.

Tomó por el brazo a las damas y se encaminó calle abajo.

—Para qué habré dado pábulo a semejantes acontecimientos —dijo—. Para ser objeto de las burlas de un artista que me hacía gestos.

—Con tu permiso —dijo Lucía—. Si no nos apuramos, mañana no habrá pastel de racacha.

—¡Pastel de racacha! Cuando me hallo abatido, por puro tonto; y para qué diré nada, cuando Ramona es joven y le gustan los circos y las fieras. . .

A todo esto, Prudencio y las damas se acercaban a la calle Campero.

Delgado vio que doblaban la esquina, y de pronto se detuvo. Estaba perplejo.

Peña y Lillo se apresuró a darle alcance, resplandeciente de alegría; y se quedó sorprendido ante el gesto de desaliento que Delgado dejaba traslucir.

—Por lo menos, algo se ha sacado en limpio —dijo con tono vacilante.

—Es poco decir —observó Delgado—. En realidad, yo no esperaba tanto. Ahora ya se sabe todo; o casi todo. Pero francamente, no comprendo. No comprendo nada.

Y de pronto, Peña y Lillo creyó comprender. Era algo que confusamente había vislumbrado, lo que en este momento se le revelaba con toda claridad.

—Tú no comprendes, pero yo sí —dijo sonriendo maliciosamente—. O mucho me equivoco, o estás perdidamente enamorado. Y te has metido en camisa de once varas.

Delgado lo miró con asombro.

—Es cierto —dijo.

—Esa es la cosa —afirmó Peña y Lillo—. Y por eso mismo, la situación ha cambiado. Ahora los espías ya no son necesarios —añadió jocosamente—; antes bien por el contrario, son un estorbo, y habrá que liquidarlos.

Delgado guardaba silencio.

El Cabrón Mamani no tardó en darles encuentro. Subieron al automóvil y se fueron a la bodega.

CAPITULO II

De la crónica de Felipe Delgado:

"Los sucesos ocurridos últimamente no congruyen en lo más mínimo con lo que yo esperaba. En primer lugar, en mi actual condición, resultaría grotesco pensar en romances, por promisorias que fuesen las perspectivas. Los caminos del amor, en general, suelen ser caminos engañosos. Por el sólo sentimiento del amor puede uno verse inducido a forjar una falsa imagen de la verdadera realidad. El amor, por otra parte, es una fuerza todopoderosa, perfectamente capaz de determinar transformaciones radicales. El modo de ser de mi vida, quiero decir mi modo de ser, a estas alturas ya no admite transformación alguna. El camino del amor es siempre el camino de la esperanza, y yo, por desgracia o por fortuna, no creo en la esperanza. Es más: la repudio. Al fin y al cabo, cada cual es dueño de hacer y de pensar lo que le plazca. Sólo el camino de la esperanza sin esperanza me corresponde. Y por eso temo que el amor me conduzca a la esperanza. El que una mujer busque el bienestar, la felicidad, la alegría y todo lo demás, es sólo natural, y yo, a ese paso, nada de eso puedo ofrecer, en absoluto, sencillamente porque son cosas en las que no creo. El hogar es para mí nada más que un sueño, una cosa perdida y nada más. Finalmente, hablando en concreto, no seré yo tan imbécil para imaginar ni remotamente que una mujer como la Dama del Circo pueda interesarse ni siquiera en broma por un individuo de mi condición.

"Y luego, en más de un sentido, estos últimos sucesos han sido decididamente todo un fiasco. En realidad es cosa grotesca. ¿A quién y cómo explicar una cosa hasta tal punto ridícula? Y es precisamente al bendito señor Prudencio a quien quiero referirme. Las afirmaciones que corrían de boca en boca resultaban inquietantes, y había que ser demasiado imbécil para no interesarse por ellas. Como que Prudencio, a juzgar por tales afirmaciones, venía a ser nada menos que la encarnación viva del ser contradictorio que es el boliviano. Pero resulta que Prudencio, a la luz de los hechos, en el mejor de los casos, no había sido más que un individuo raro, y ahí acaba la cosa. Tanta fatiga y tanto esfuerzo para encontrar finalmente un individuo raro, como si el mundo no estuviera empedrado de individuos raros, aunque todavía quede el consuelo de que en Bolivia no los haya en abundancia. Y aquí mucho ojo: el individuo raro es muy raro en Bolivia, por así decirlo. Más bien lo que abunda en Bolivia es el boliviano, y por extraña paradoja, resulta sumamente difícil encontrarlo. Y esto se debe a que el boliviano se oculta de sí mismo. Es éste el gran enigma que todo boliviano que se considera boliviano tendría que descifrar. Yo por mi parte, sólo dispongo de un recurso para ello, y es el de vivir mi vida a mi manera. Por eso hago y deshago mi vida: para saber por qué se oculta de sí mismo el boliviano. Para saber qué lugar es éste y cómo es este lugar. Se llama Bolivia. Se llama La Paz. Se llama esto y lo otro. Ya lo sé. Pero eso no basta. Es necesario saber qué es y cómo es y por qué es. Y por eso hago y deshago mi vida, para saber. O se me revela el enigma de la patria o me saco el cuerpo. La patria no es meramente ni una bandera ni un mapa. Es algo más. Es un mundo. Es aquel mundo que nos permite vivir en este mundo. Por eso mi vida propiamente no me interesa, pero me interesa la vida. Me interesa lo que se llama aquí, lo que me existe, lo que ha nacido y ha de morir aquí.

"Quisiera ver con claridad. Quisiera tratar de explicarme a mí mismo algunas cosas. Hay algo que me apena mucho. Hay algo que me preocupa mucho. Esta aventura que parecía no tener pies ni cabeza, sin embargo ha venido a perturbar y ensombrecer mi aislamiento. Mi camino es mi camino, y este camino se ha bifurcado de pronto. Digo mal: parecería que mi camino se hubiese esfumado, y hubiesen aparecido en lugar de él unos caminos extraños y ajenos, que no me llevan adonde yo voy y que resultan intransitables para mí. Son caminos de antiguas ansias que renacen. Del sepulcro surge el encanto, como un espectro. El ruido del mundo quiere hacerse escuchar. Con mu-

cho dolor y con mucho pesar, escuché la otra noche el ruido del mundo. Resonaba como lejanamente dentro de mi cuerpo, y apenas si se escuchaba más allá del latido de mi corazón. Pero parecía retumbar en cada rincón de la bodega, con un pálpito estremecedor, en la penumbra, en el olvido, en el silencio. Y así, mientras yo meditaba allá en la bodega, allá en el sepulcro, esta extraña aventura vino a perturbar mi aislamiento. A partir de la noche del circo, la soledad se volvió perceptible. ¿Quién ha surgido del pasado? Con su sola presencia, me hace sentir el frío que yo soportaba: alguien ha surgido del pasado. En la quietud, una noche, me dijo al oído: "No debieras olvidar. Tú olvidas. Y olvidas lo profundo. ¡Cómo olvidas! ¿Acaso no recuerdas? Tu madre, a quien no conociste, se llamaba Ramona. ¡Cómo olvidas!". El tono de la voz y la proximidad de la voz me infundieron pavor. El repentino recuerdo me infundió pavor.

"Anoto los hechos en busca de alguna clarificación como quien habla con alguien, ya que no tengo con quién hablar. La bodega es un reino aparte. En la bodega somos los muertos quienes vivimos. El reino de los vivos no interesa sino anecdóticamente en la bodega. Allí no cabe clarificar nada en absoluto, ya de por sí todo está clarificado. Allí los aconteceres del diario vivir sólo tienen una validez muy relativa. Es muy difícil dejarlo todo y no hacer otra cosa que no sea vivir. Renunciar a la vida para vivir la propia muerte es cosa de fanatismo y de un sentimiento religioso extraordinariamente profundo. De ahí que las cuestiones que anoto son cuestiones que en la bodega carecen de sentido. El problema que se me plantea es grave, y se reduce a esto: o se está con Dios o se está con el Diablo. O se está en el mundo o se está en la bodega. Una de dos. No pueden haber términos medios. Y con este problema que se me plantea, surge al mismo tiempo una revelación, que es la siguiente: aún no he penetrado en el interior de la bodega. En realidad es un aviso, y tomo debida nota de él. Ni siquiera remotamente pienso retroceder. Es hora de avanzar y entrar de lleno, de una vez por todas. ¿Habrá por ventura en el mundo una mujer dispuesta a seguir mi camino? Ni para qué preguntarse".

. . . .

"Cuando menos esperaba, comienzan a saberse muchos pormenores. Son datos reales y fidedignos y no ya las descabelladas

historias que teje la fantasía popular. Román Peña y Lillo, diligente y sagaz como todo jorobado, ha logrado averiguar detalles que por lo demás se ajustan perfectamente a la persona real y verdadera de este señor Prudencio. Pero Zenobio Mamani es quien ha dado el golpe maestro, y se podría escribir toda una novela con lo que se ha llegado a saber de la vida y milagros de Prudencio. Prudencio ha trabajado muchos años como funcionario público en la Recaudadora Nacional y en el Estanco de Tabacos. Es contador de profesión, pero alguna vez, ha intervenido en la política, y en tiempos de Saavedra, parece que fue diputado suplente por la Provincia Muñecas. La vieja Lucía es hermana suya, y el padre, el capitán asimilado Juan Prudencio, antiguo veterinario del ejército y hombre muy rico, les dejó a su muerte dos o tres fincas en el Altiplano y otras tantas casas en La Paz, amén de muchas joyas y una crecida fortuna en dinero contante y sonante. Ambos hermanos nacieron en Camata, y la madre, natural de esa región, era india. Prudencio estuvo mucho tiempo embarcado en negocios turbios, acrecentando su fortuna con procedimientos inhumanos y escandalosos, expoliando y despojando a los indios y adueñándose de extensos y productivos predios por el fraude y la mala fe, con el apoyo de los párrocos y curas que influían decisivamente sobre los indígenas, pues resulta que Prudencio, es católico y pechoño hasta la pared del frente. Por interpósitas personas, mis informantes llegaron a saber muchas cuestiones que realmente arrojan luz sobre el asunto. Y son cuestiones que me interesan, por qué no decirlo. Tienen de todas maneras un valor humano, y no carecen de cierta originalidad un poco peregrina, aunque siempre indignante y francamente abominable.

"Y dice que Prudencio se quedó cojo por mezquino. Pues habiendo sufrido una fractura en la pierna, el tratamiento para sisar unos cuantos huesos le pareció demasiado caro, y prefirió quedarse cojo antes que desembolsar unos cuantos pesos. Y resulta sumamente revelador el que Prudencio hubiese estado loco. Fue ensoquillado por su hermana Lucía en el manicomio de Sucre, donde permaneció por algún tiempo, y de esto no hace mucho: Prudencio retornó hará cuatro años. Entonces se retiró de sus anteriores actividades como perito contador, para dedicarse exclusivamente a la explotación de sus fincas. Estos preciosos datos y otros muchos han llegado a saberse gracias a Zenobio Ma-

mani. Zenobio Mamani, hombre ducho y perspicaz como pocos, finalmente se dio maña para trabar amistad con el chofer de Prudencio, y habiendo descubierto que su lado flaco era el bello sexo, en menos de lo que canta un gallo lo tuvo en un puño. De esta manera pudo ganarse la confianza del chofer que comenzó a contarle la vida y milagros de su primo, pues resulta que el chofer es primo de Prudencio y casualmente se llama Primo.

"Es Primo Fernández en estos momentos un personaje clave. Primo Fernández, el inabordable y orgulloso chofer de Prudencio, de la noche a la mañana se volvió amable, expansivo y servicial ante los favores de cierta seductora señorita llamada Domitila, a quien hubo de conocer por mediación de Zenobio Mamani precisamente. Ya veré más adelante la conveniencia o inconveniencia de ponerme al habla con este señor Fernández, pues por el momento, tal como van las cosas y por razones de táctica, yo no puedo ni debo intervenir abiertamente. Nadie deberá ni siquiera sospechar que yo ando metido en el asunto. Y como ha quedado disuelto el grupo de amigos que con tanta abnegación y entusiasmo me han colaborado en las primeras averiguaciones, ahora los únicos en posesión de todos estos secretos son Román Peña y Lillo y Zenobio Mamani, y ya ellos saben que lo principal es la reserva. Y esto por muchas y obvias razones. Al fin y al cabo, nadie tiene derecho de meterse en la vida de nadie. Yo por ejemplo, sabedor de que alguien averigua mi vida y milagros agarro y le meto dos balazos sin asco. De ahí que moralmente, y mal que me pese, estoy de hecho en inferioridad de condiciones con respecto a Prudencio. Prudencio, después de todo, podría tranquilamente agarrar y matarme como a un perro en plena calle, y estaría en su justo derecho: soy yo el primero en reconocerlo.

"La esposa de Prudencio es Ramona Escalera. Prudencio se casó en 1928. Ramona Escalera pertenece a una familia muy distinguida, y quedó huérfana a temprana edad. Creció bajo la férula de tutores mezquinos y desaprensivos, y como era pobre y sólo contaba con muy modesta dote, a cierta altura aquéllos la presionaron, habiendo encontrado un marido para la pupila, y la pusieron ante un dilema: o se casaba o entraba al convento. Y como se resistía a tomar por esposo a un cojo que tenía fama de loco y que además era treinta años mayor que ella y podía

ser su abuelo, y como al mismo tiempo manifestaba que prefería entrar al convento, dice que fue embrujada, y según Fernández, sólo así se explica el que se hubiera casado con José Luis Prudencio, ya que el dinero no le interesaba en lo más mínimo. Desde luego, mal puede uno aceptar a ojo cerrado todo cuanto Primo Fernández afirma. Cierto odio mal disimulado que le profesa a su primo es cosa muy indicativa, y ya Mamani me lo advirtió. Fernández le confesó que Prudencio se avergüenza de tener por primo a su propio chofer y nunca le llama por su nombre, es decir Primo, ni tampoco por su apellido, sino que simplemente le llama Nando, cuando está de buen humor, y Nández, cuando está de mal humor.

"En cuanto a las muñecas, Nando, Nández o Fernández nada dijo aún, y Mamani, decididamente, hizo bien en no tocar exprofeso el tema, pues él, a fin de no despertar sospechas, sabe darse maña para averiguar las cosas como quien nada hace. De todas maneras hay que tener un poco de paciencia. Las muñecas no se han de escapar, y nadie se ha de morir por las muñecas.

"En cuanto a los negros, casi un desencanto: en realidad, no hay ningún misterio. Simplemente Prudencio, por puro loco y maniático, con una especie de hollín que él mismo fabrica, obliga a sus sirvientes a embadurnarse la cara, y ahí acaba la cosa. Escoge a los más feroces y forzudos indios en las fincas y los somete a sorteo, y los que salen favorecidos, son quienes disfrutan de prerrogativas especiales y se pintan la cara, para servir como porteros en turnos rotativos. Y les hace creer que mientras están pintados son intocables, puesto que el hollín con que se pintan es sagrado. Y dice que Prudencio es de una mezquindad proverbial, y sin embargo se muestra increíblemente generoso con estos negros y los trata a cuerpo de rey, y el mismo Prudencio les rinde culto y al sólo verlos se pone a temblar, cuando pasa por el zaguán, y les hace una venia con el tongo en la mano. A mi juicio, Prudencio procede así por pura mañudería. Decididamente, es más astuto de lo que nadie se imagina, y sabe muy bien que los porteros, es decir los negros, se sentirán halagados en su amor propio al suponer que el poderoso amo les tiene miedo, y que, ante una cosa tan extraordinaria, lejos de

envalentonarse, paradójicamente, se sentirán totalmente doblegados, y por consecuencia, darán con gusto su vida por él.

"Y dice que Prudencio, aunque confía ciegamente en los negros, no duerme tranquilo, con la idea de que su esposa y su hermana conspiran para asesinarlo en su propia casa. Y por eso los negros están armados. Manejan pistolas de gran calibre, pero, afortunadamente, para tranquilidad de los demás moradores de la casa, según afirma Fernández, no hurgan las armas. Más bien se muestran prudentes con las armas. Por otra parte, tienen sogas, cuchillos y hachas, y tienen cadenas, alcayatas, combos y garrotes en un cuarto que da al jardín, todo un arsenal de tortura, todo completo, para ahorcar y crucificar sabe Dios a quién. Y tienen carbón y gasolina. Y tienen pólvora y hasta dinamita: a una señal de Prudencio, ya sabrán ellos volar la casa, o cuando menos, le prenderán fuego.

"Y dice que extraños personajes, suelen visitar misteriosamente a Prudencio, de allá en cuando, a altas horas de la noche. Y como tienen llaves de la casa, dice que estos personajes pueden transponer tranquilamente el zaguán a altas horas de la noche y sin que los negros los hagan pedazos, una vez que se dan a conocer por un santo y seña con estas palabras: "Santa Marta, me duele la cabeza". Y afirma Fernández que estos personajes con dientes de oro, con anillos de oro y con anteojos de oro, vienen de lejanos países y se disfrazan de diablos y de gitanos, y aparecen con una especie de maletas en forma de huevo, totalmente repletas de unos hombrecitos y de unas mujercitas en miniatura para regalarle a Prudencio. Y Prudencio, disfrazado de gitano, dice que los recibe aullando y gritando de alegría, y todo el mundo se entrega a una orgía que dura días enteros, hasta que finalmente, desaparecen los personajes, como tragados por la tierra. Y esto sí que es un disparate. De la cosecha de Fernández seguramente. En todo caso, un testimonio muy significativo, en la medida en que los servidores de Prudencio, con sus inventos y sus patrañas, parecerían haberse contagiado de la estupidez y de la locura del amo".

. . . .

"La suerte está echada.
"Es obra del diablo.

"Ha ocurrido lo imprevisible. Una cosa totalmente insólita. Yo no esperaba conocer a Ramona Escalera. Ni lo soñaba. En el fondo, no quería conocerla. Y todo fue tan sencillo y tan natural que ni siquiera yo mismo me sorprendí con ello. Comenzamos a hablar como si toda la vida nos hubiéramos conocido. Ante el manifiesto interés que ella demostraba por mis palabras, no tuve inconveniente en decirle que vivía mi propia vida y que tenía mi propia religión. Y con toda sinceridad, le dije que profesaba el culto del dolor y de la oscuridad, y que trabajaba día y noche en procura de mi propia destrucción, en aras de la patria y del mundo. A ratos me sentía algo cohibido con mis modales que no son precisamente los de la gente refinada, y así se lo dije francamente. Y con una penetración y con una sutileza en verdad espeluznantes, ella me dijo: "Haría mal en apenarse. Esas son nimiedades. Todo hombre nacido bajo una estrella fatídica es elegante por naturaleza". Ante semejante nihilismo religioso me quedé lelo. Me vi luego en trance de confesar lo inconfesado, y le dije que de hecho era poeta, aunque en realidad no escribía. La noche anterior había tenido un sueño que me impresionaba terriblemente, y de sopetón se lo conté con la mayor naturalidad del mundo, lo que en otras circunstancias habría parecido un exabrupto o una vulgar estupidez. El sueño que digo es como sigue. Desde una cúpula, a gran distancia en las alturas, alguien me hacía señas. Yo subí a la cúpula para ver quién sería, y al momento se perdió en una puerta que comunicaba con una calle muy larga y angosta, en la que una inmensa muchedumbre de músicos tocaban briosamente unos instrumentos de viento y lloraban a tiempo de tocar, mientras unos chicos les secaban las lágrimas. Y estos chicos también lloraban, y otros chicos más pequeños les secaban las lágrimas y asimismo lloraban. Y como a todo esto los chicos que lloraban y los que secaban las lágrimas eran cada vez más pequeños que los precedentes, todos ellos íbanse perdiendo poco a poco en la distancia y se confundían con el suelo hasta que finalmente se volvían invisibles. Más allá se extendía un mercado público y mientras la concurrencia bailaba frenéticamente, alguien cantaba una tonada con estos versos:

No me hagas sufrir,
no me hagas llorar.

No me despiertes nunca,
mi vida,
déjame soñar.

"De pronto me vi transportado a la cúpula, y en medio de la soledad y del silencio, a lo lejos divisé una espantosa tiniebla que avanzaba rápidamente. Y con esto desperté.

"Así que le conté este mi sueño, ella dijo: "Oscuro. El llanto de los chicos en el infinito y los músicos y las lágrimas lo dicen. El mundo es oscuro. La cúpula soy yo. En la puerta se encuentra el espejo de la calavera". "¡El espejo de la calavera!", exclamé yo, esta vez totalmente aterrado. "Usted sabe", dijo ella. "El espejo es siempre una puerta. El espejo es la luna. La luna es la calavera". Un infinito asombro se apoderó de mí. "Es verdad", dije yo. "El espejo es la luna. La luna es la calavera. Yo tengo la clave". Y le conté el espejo, la calavera y la luna: es decir, algo que me ocurrió la noche del sueño.

"Y fue lo siguiente. Estaba yo en mi cuarto aquella noche, y me infundía vago temor un toque incesante, un golpe reiterado, que me hacía recordar a Edgar Poe, que me hacía repetir aquel verso: "Es el viento y nada más". Y fui a cerrar la ventana. Avancé hacia el espejo para encender la luz, y de repente me quedé inmóvil frente al cristal, mirando una imagen iluminada fantásticamente por un rayo de luna que entraba por la ventana. Me acerqué con asombro: miraba mi cara. Contemplaba la parte que iluminaba la luna. El pómulo extraordinariamente pronunciado, en un abismo de sombras que se extendían hacia una luz en la frente, arriba, hacia una luz en la nariz, a la izquierda, hacia una luz en la barbilla, abajo. Hacia la derecha, el vacío. No había ni sombras ni nada. Más allá de los bordes iluminados, tampoco había sombras ni nada. Con profundo sentimiento de silencio contemplaba esta imagen, perdida y sepultada en el vacío. Con cuidado y cautela miraba este astro de hielo. Sin moverme, vi hacia la derecha, el ángulo iluminado de la ventana. Luego volví a mirar mi imagen. Una línea imprecisa cortaba en dos partes esta calavera de hielo, señalando enigmáticamente el aspecto visible y el aspecto invisible. Contuve la respiración. Alcanzaba a ver la cuenca del ojo, pero no el ojo, una impenetrable y oscura hondura. Cosa extraña: podía ver mi

cara, y sin embargo no podía ver mis propios ojos. Me acerqué más todavía al espejo: el resplandor se hundió en las sombras. Desapareció la imagen, y desapareció la luz. Sólo quedaba un vestigio del resplandor y nada más. Y ahora el aliento empañaba el espejo. Acerqué lentamente la mano para limpiar la superficie, alejando un poco la cara con la mirada fija. Tres milímetros, quizá seis milímetros, más o menos, hasta aquí. Exactamente, la distancia para mirar. Me había acostumbrado a la oscuridad y ahora pude, aunque muy difícilmente, vislumbrar el otro lado de mi cara. Pero no llegué a mirar más, y el vislumbre desapareció. Ahora miraba la parte iluminada y el resplandor cobraba intensidad. Las facciones de este lado de la cara podían distinguirse con desconcertante claridad. Jamás las había visto tan perfectamente definidas. El contraste de luz y sombra era aterrador. El otro lado parecía haberse hundido definitivamente en las tinieblas. La incidencia de la luz iba cambiando conforme la luna rodaba en el espacio. Ahora advertí, al pestañear, un destello fugaz en la cuenca, cual un aerolito. Cual una helada lágrima brotando y hundiéndose en lo profundo. Deliberadamente, abrí y cerré los ojos, una y otra vez, y miré bien, sin que volviera a aparecer el destello. Apenas si se insinuaban unas formas de hilos, de fisuras, de escombros y de ruinas que se deslizaban hacia arriba, a la derecha, en el pómulo sin vida. Fascinado, escudriñaba en las oscuridades. Pensé en la tumba. Miraba mi imagen en la tumba. Respiré con angustia. Y sin dejar de mirar mi imagen, alargué el brazo, buscando el interruptor junto al espejo, y encendí la luz. Y todo fue uno: con el torrente de luz, contuve un grito. Retrocedí con espanto ante la visión del espejo. Unos ojos horripilantes saliéndose de las órbitas me miraban fijamente desde el espejo. En aquel preciso instante, estos ojos volvieron a ser los de siempre. Eso fue todo. Por lo demás, según resulta natural, las pupilas se dilatan en la oscuridad, y es posible sorprenderlas de súbito. Una cosa en apariencia tan simple, puede sin embargo hacerle parar a uno los pelos de punta.

"Así le conté el extraño suceso.

"Y entonces le dije: "Así es la cosa. Es la historia del espejo, la calavera y la luna. Ya ve usted hasta qué punto no me causarían asombro sus propias palabras". "Pasmoso", dijo ella. "Ahora comprendo. Ahora soy yo quien me asombro. El espejo

es un gran misterio. En el espejo ocurren los sueños, usted sabe. Y los sueños son los libros en que uno aprende. En el espejo nacen y mueren las realidades de este mundo. Desde chica tengo temor y respeto por el espejo: una vez, cuando era chica, me devolvió la imagen de mi madre difunta".

"Yo guardaba silencio. Me admiraba la honda sencillez de Ramona Escalera. Las campanas comenzaban a repicar. Aparecían unas viejas beatas, entrando y saliendo, y se detenían algunas en el atrio, hablando y murmurando y mirando de reojo, con espaldas dobladas, con negros mantos, con caras redondas, con manos ocultas. con cautos pasos pisando la piedra pulida que brillaba a la luz del crepúsculo.

"Allí, en el atrio de la iglesia de Santo Domingo y por extraño designio, encontré a Ramona Escalera. Estaba escrito. Y ocurrió del modo siguiente. Yo me dirigía con rumbo a la bodega, de bajada por la calle Yanacocha, y en momentos en que pasaba frente al atrio de la iglesia precisamente, me llamó un conocido mío, y todo compugido, me pidió unos pesos que le faltaban ni sé para qué ceremonia. Y cuando a todo esto me disponía a seguir mi camino, en este preciso instante, apareció Ramona Escalera en la puerta del templo. Yo me acerqué y la saludé, llevado por un irrefrenable impulso, y de pronto nos pusimos a hablar. Eso fue todo. Fecha: viernes, 6 de junio de 1930, a las 5 y media de la tarde.

"Y ahora Ramona Escalera dijo bruscamente: "Me voy". "¿Y puedo acompañarla?", pregunté. "No me acompañe", dijo ella. "¿Y me permite verla algún día?", volví a preguntar. "Claro que sí", dijo ella. "El lunes, a las cinco. En la esquina de la calle: no en el atrio". "El lunes, a las cinco", repetí yo. "En la esquina de la calle: no en el atrio". "Tengo un libro de magia y de sueños", dijo ella. "El lunes se lo daré". Y de pronto hizo un gesto de sobresalto. "Soy casada", dijo. "No piense mal. Los que sufrimos nunca pensamos mal".

"Y con esto, la Dama del Circo se alejó. Yo me quedé inmóvil ni sé cuánto tiempo. Estaba conmovido. Con abrumador estruendo se dejaba sentir el júbilo. Ya era de noche cuando seguí mi camino".

CAPITULO III

El sábado ocurrió cierto suceso.

En simetría con el acontecimiento del día anterior, tenía un carácter abiertamente opuesto –era el reverso de la medalla.

El sábado fue, en definitiva, un mal día para Felipe Delgado.

Aquel viejo, que durante el curso de los últimos tiempos había aparecido por dos veces consecutivas, coincidiendo primero con la muerte del padre y luego con el descubrimiento de la bodega, ahora aparecía nuevamente.

Al caer de la tarde, encaminábase Delgado con rumbo a la bodega, cuando vio al viejo. Estaba parado, en la esquina de la avenida América y la calle Murillo, siempre con ese aire, inconfundible, de prosperidad y despreocupación; y aun desde lejos, daba la impresión de silbar entre dientes. Aparecía esta vez disfrazado de aparapita –un aparapita majestuoso, de estatura gigantesca. No un viejo, como el de la vez primera; ni tampoco un alemán, como el de la otra vez. Y aunque parecía ser otro, sin embargo seguía siendo el mismo. Pues en esta oportunidad, de idéntica manera que en las anteriores, evidentemente, el disfraz ocultaba un aura enigmática. O significaba todo, o no significaba nada. La última vez, Delgado había visto al viejo disfrazado de alemán. Y ahora se preguntaba en qué consistiría el disfraz de alemán. Pues un alemán no necesitaba disfrazarse de alemán, y seguramente no era preciso ser alemán para comprender el imposible de disfrazarse de alemán. ¿En qué consistía, pues, el disfraz de alemán? ¿Acaso en alguna escondida similitud con el disfraz de aparapita? –Delgado no sabía responder. Había que preguntárselo al viejo.

Para situarse a una distancia prudente, ni muy cerca ni muy lejos, cruzó la calzada –con cierta cautela. Invencible y ex-

traño temor le infundía el viejo; era en verdad un temor supersticioso. Por ingrato que ello fuese, tenía que reconocerlo. A no menos de veinte pasos de la esquina, se detuvo, con la intención de espiar detenidamente al personaje. Como era invierno, ya las sombras descendían a estas horas, y eso que no eran todavía las seis de la tarde. Y como era sábado, una compacta multitud transitaba por la calle, de tal manera, que Delgado podía observar con toda tranquilidad al viejo sin que éste lo viera.

Extrañamente, en estos momentos el personaje, colgó de pronto la soga en el brazo y, recogiendo el manteo sobre los hombros, se apresuró a cruzar la calzada. Delgado le dio alcance a la altura de la iglesia de la Recoleta. Y mientras lo seguía, un incongruente pantalón a rayas, bien planchado, surgió del disfraz de aparapita, mostrando una rotura que se extendía de parte a parte en el trasero, de tal suerte, que el viejo andaba prácticamente con el culo al aire. Según era evidente, nadie se inmutaba con el escandaloso espectáculo, excepto Delgado, que miraba como hipnotizado unas nalgas sonrosadas y opulentas de mujer que exhibía el viejo. En tales circunstancias, Delgado volvió la cabeza. Se sintió observado. Una negra, alta y gorda, con abrigo verde, con cara horrible, estaba parada en la puerta del templo. Con gesto despectivo, con impresionantes ojos blancos que brillaban en medio de las sombras, le clavaba descaradamente una mirada equívoca. Tal un trance vergonzoso. Delgado se sintió humillado en extremo. Y cuando a todo esto volvió la mirada, ya el viejo había desaparecido.

Aturdido y deprimido por completo, y con vago sentimiento de culpa, Delgado siguió caminando, con paso vacilante, sin fijarse por dónde iba, cuando de súbito, llevó bruscamente ambas manos a la cabeza, y al mismo tiempo que resonaba un violento estampido, con un resplandor violáceo, sintió que los ojos se le nublaban. En medio de los gritos que en este momento proferían los transeúntes, se vio lanzado en el vacío, y, dando un volteo, con la sensación de que su cuerpo se desgarraba, cayó de bruces sobre el pavimento y quedó tendido en un charco de sangre. Los curiosos acudían a toda carrera y miraban con espanto la escena. Algunos vecinos del barrio, habiendo reconocido a Felipe Delgado en el infortunado viandante, se afanaban en prestarle socorro.

Alguien corrió a la bodega con la noticia de la desgracia; Delgado había sido arrollado por un camión en los precisos instantes en que cruzaba la esquina de la avenida Pando.

A los pocos momentos Corsino Ordóñez, Peña y Lillo y otros amigos se presentaban en el lugar del suceso. Como no faltaban quiénes para dar por muerto a Felipe Delgado, con toda premura, lo llevaron a la Asistencia Pública. Allí fue sometido a las curaciones de urgencia; el diagnóstico era tranquilizador.

En definitiva, nada grave. Con una costilla fracturada y con dos o tres heridas en la cabeza, Delgado fue internado aquella misma noche en la Sección Pagantes del Hospital General de Miraflores. El día siguiente recobró el uso de sus facultades.

Lo primero que hizo fue preguntar dónde estaba y qué le había pasado; el hecho de que fuese domingo le causaba profunda contrariedad. Delgado no podría asistir al compromiso del lunes; tenía que rendirse a la realidad. ¿Pero cómo dejar esperando a Ramona Escalera? ¿Acaso él, Felipe Delgado, no era capaz de encontrar una salida a tan delicado problema? Ahora empezaba a ver claro, y de pronto se tranquilizó. Pues existía una manera muy simple de remediar el conflicto; ahora y siempre, Peña y Lillo era el hombre de la situación. Y precisamente —como no podía ser de otro modo—, en estos momentos lo visitaba.

Perspicaz y rápido como una centella, Peña y Lillo captó una insinuación de Delgado, y procediendo en consecuencia, con toda sagacidad, se dio modos para despedir a los amigos que se hallaban presentes.

Cuando éstos hubieron salido, Delgado puso a Peña y Lillo en antecedentes de su encuentro con Ramona Escalera, y luego dijo:

—Ahora ya ves, hoy es domingo; mañana es lunes, y mientras tanto, aquí me tienes, postrado en cama, abandonado y perdido...

—Me extrañan tus palabras —se adelantó Peña y Lillo con la respuesta—: estoy aquí para servirte. Todo se arregla menos la muerte; mañana lunes, a las cinco menos cinco de la tarde, yo me presento, y le digo tranquilamente lo que ha pasado...

—Ahora ya ves —prosiguió Delgado con cierto énfasis no desprovisto de humor—: yo nada puedo hacer, abismado en tormen-

tos que sólo a mi me conciernen, con el presentimiento de que no saldré vivo de aquí, magüer no faltarán almas caritativas que me lleven a la última morada. Y yo pobre, solo en este mundo, me veo en el trance de molestarte una vez más, imagínate, abusando nuevamente de tu gran bondad...

—No tienes por qué preocuparte ni apenarte —dijo Peña y Lillo enternecido de pronto—. Estoy para servirte, como digo y repito; yo mañana voy, y le digo: pasa esto, y pasa esto y esto; y ten seguro que ha de comprender. Y además ha de venir a verte; yo te apuesto mi cabeza. Haces mal en quejarte. El accidente ocurrido, ha sido para bien, no para mal. Por algo el refrán dice: no hay mal que por bien no venga.

—Así es la verdad —asintió Delgado. Y con tono sentencioso añadió—: Ahora y siempre, el hombre de la situación eres tú. A mí, y lo reconozco sinceramente, ni siquiera se me había ocurrido que podía venir a verme.

—Y a mí —dijo Peña y Lillo—, las coincidencias me deslumbran. Ten en cuenta que ella me conoce...

—¡Te conoce, eso está mal! —exclamó Delgado—. Yo pasaba por alto semejante detalle. ¿Qué pensará al verte? Atará cabos, y sabe Dios la hórrible impresión que se formará, imaginate, todo un derrumbe. Todo al demonio. Todo acabado. ¿No te parece? La cosa es grave.

—No seas niño —dijo Peña y Lillo con extrañeza—. El que estés enamorado no te da derecho a disparatar. Es un amigo quien te lo dice. Tus susceptibilidades me causan risa. ¿Qué pensará al verme? Indudablemente, atará cabos, y se quedará deslumbrada en habiéndolos atado. Lo que está en juego es una duda, una confirmación y un pálpito.

—Ahí tienes un enredo que escapa a mi comprensión —dijo Delgado con afectada seriedad—. No le encuentro sentido. Te rogaría me lo expliques.

—Muy simple —repuso Peña y Lillo—. Atando cabos, un pálpito quedará confirmado a tiempo de disiparse una duda. Quiere decir que no bien aparezca yo ante su presencia, ella verá confirmado el pálpito de que tú la amas, y la duda se habrá disipado. No se necesita ser un Sócrates o una lumbrera para comprender cosa tan simple. Si abrigas temores, allá tú. Lo único que puedo garantizar es que todo irá sobre ruedas. Al fin y al cabo, yo no hablo por hablar.

Delgado lo miraba con regocijo.

—¿Y si te equivocas?

—Pierde cuidado. En cosas tan simples no es posible equivocarse. Además los sufrimientos de este mundo me han enseñado mucho.

—¿Y luego?

—Y luego, como digo y repito, yo mañana voy, y después de saludarla muy respetuosamente, con toda mesura, la pongo al tanto de la situación. Es absolutamente seguro que ha de venir a verte.

—¿Será verdad tanta belleza? ¿Será posible?

—Como dos y dos son cuatro. No temo equivocarme. Al primer golpe de vista, la primera vez que la vi, ya adiviné la gran bondad de su alma, y me quedé deslumbrado. Además, es muy gentil y muy sencilla para ser tan encumbrada. A mí me roba el corazón. Pero volviendo al tema, debo decirte lo siguiente: yo no quiero pecar de intruso. Si buenamente lo deseas, yo voy encantado. Tú verás lo que decides.

Peña y Lillo guardó silencio. Esperaba la decisión.

Delgado se sentía incómodo: no podía disimular. Estaba conmovido. Las recientes impresiones, fuertes y profundas, necesariamente habían de afectar su espíritu ya de por sí sensible.

Ahora llevó las manos a la vendada cabeza, en un esfuerzo por ocultar unas lágrimas que rodaban por sus mejillas, en medio de la intensa emoción que le embargaba; y con voz insegura, dijo:

—Román Peña y Lillo, eres un alma. Eres un amigo. A ti me dirijo, con gratitud.

Y luego se quedó quieto, con los ojos cerrados, rendido por el cansancio.

Peña y Lillo, sentado en una silla, permaneció largo rato inmóvil; y al cabo, con las últimas sombras de un sol de invierno, que ya penetraban por la ventana, se levantó silenciosamente, y luego salió.

Por audaces y aventuradas que parecieran a los ojos de Delgado, las apreciaciones de Peña y Lillo no tardarían en verse confirmadas por los hechos.

En efecto, habiendo acudido puntualmente al lugar del compromiso, Peña y Lillo se entrevistó con Ramona Escalera,

quien recibió visiblemente apenada las noticias de Felipe Delgado, y habiendo manifestado su deseo de visitar al enfermo, rogó al emisario la condujese al hospital. Así lo hizo aquél, en raudo automóvil; y muy pronto Ramona Escalera se presentaba cual una aparición ante Felipe Delgado, causando a éste un júbilo que por poco no lo mata.

Breve visita. Cuanto más se asombraba Delgado con ella, tanto más fantástica le parecía. Extraño le parecía que Ramora Escalera no fuese otra que la Dama del Circo, es decir Ramona Escalera, o sea la Dama del Circo, quien llevaba puesto el mantón deslumbrante que la Dama del Circo llevaba puesto la noche del circo; y con esto, el asombro de Felipe Delgado no conocía límites. Ramona Escalera dejó el mantón en una silla. Vestía de negro. La blusa, de corte severo, con mangas largas, con botones de hueso, con ribetes rojos y blancos, con cuello cerrado. La conjunción del negro, el blanco y el rojo, causaba honda impresión. Estos tres colores eran uno y mismo. El uno y mismo que asustaba y fascinaba al mismo tiempo. Delgado jamás había experimentado sensación semejante, con un contenido hasta tal punto mágico. Remona Escalera se acercó a la cabecera del enfermo, con una sencillez que a éste le pareció admirable, y corrigió un pliegue del vendaje en la cabeza. Exhalaban sus manos una simple fragancia, como de agua. Como la fragancia de la lluvia. Delgado habría querido conocer el secreto de esta fragancia, que le recordaba lejanos días, en lejanos campos, en no sé qué amplitudes. Ramona Escalera, con aire pensativo, inquiría detalles. ¿Cómo ocurrió el accidente? ¿En qué circunstancias? Con cierta reserva, y sin referirse absolutamente para nada a la infausta aparición, Delgado le contaba; en definitiva, las heridas no eran nada graves. Ramona Escalera, que sin duda había imaginado lo peor, sonrió dando muestras de gran alivio ante la noticia, y no hizo nada por disimular su contento. Tal sinceridad en la manera de ser, no podía menos que causar verdadero asombro. La admiración de Delgado aumentaba por momentos. Ramona Escalera, que ahora se sentaba en una silla próxima a la ventana, extrajo de la bolsa un pequeño libro —el libro prometido, de magia y de sueños, y se lo dio a Delgado. Buscando en un relicario, extrajo de pronto un objeto, informe y negruzco. Parecía un trozo de carbón —un talismán, para Delgado. Del incendio memorable

que hace años redujo a cenizas el Mercado Central, según declaró Ramona Escalera, ella guardaba este recuerdo. Un hueso calcinado —traía mucha suerte. Un olor a quemado parecía desprenderse del talismán, muy remotamente. Con mucha precaución, Delgado guardó el precioso objeto.

Ramona Escalera, erguida y esbelta, miraba y sonreía. Preguntó la hora. Peña y Lillo, que se deshacía en atenciones, corrió a ver el reloj y luego, habiendo retornado en el acto, dijo que eran las 6 y media. Ya había caído la noche; en este cuarto de hospital hacía frío. Ramona Escalera, con aire de tristeza, se levantó. Tomó el mantón y se lo puso. "Me voy", dijo bruscamente —exactamente, para despedirse, las mismas palabras del otro día, se dijo Delgado; y ahora no sabía qué hacer. Las palabras precisas no acudían a sus labios. Agradecer le parecía ridículo. Preguntar cuándo podría verla otra vez le parecía asimismo ridículo. Mostrarse amable y cortés le parecía igualmente ridículo. En definitiva, no había palabra o frase que no le pareciera ridícula. Ramona Escalera, con ojos negros y profundos que miraban desde lo alto, se acercó a la cabecera. Y con extraña persistencia, con extraño tono melancólico, en medio del silencio que ahora flotaba en el ámbito, con extraña pausa en las sílabas, dijo otra vez: "Me voy" —y permanecía inmóvil, de pie y con la mirada fija. Felipe Delgado no apartaba los ojos de ella. Alguna amenaza parecía suspenderse pesadamente en el aire. Apremiado por la necesidad de romper el silencio, Delgado dijo súbitamente: "Ha sido una luz. Ha sido el más alto momento que jamás viví". Hizo un ademán como para dar a comprender un inexpresable sentimiento. "Con incomparable nobleza usted ha venido. Me siento salvado. Salvado. De alma y cuerpo. Para siempre". Ramona Escalera dirigió a Delgado una larga mirada y ahora sonrió. "Habría sido absurdo no venir", dijo. "No podía dejarlo solo. Usted no puede estar solo. Vendré mañana". Y sin más, se encaminó lentamente hacia la puerta y salió.

Peña y Lillo, por expreso deseo de Delgado, la condujo y acompañó hasta la puerta de su casa. Al cabo, cuando retorno, habiendo encontrado a Delgado sumido en profundo sueño, lo despertó y le dijo:

—Te felicito.

Peña y Lillo resplandecía de contento.
Delgado lo miraba sin comprender.

—Te felicito —repitió Peña y Lillo.

—Muy bien, te lo agradezco —dijo Delgado con extrañeza, tratando vanamente de interpretar el sentido de una felicitación que le parecía inopinada—. Y te pregunto: ¿Tenías urgencia de felicitarme? ¿No podías esperar? ¿Acaso tenías razones poderosas para despertarme?

—Muy poderosas; de lo contrario no me habría animado a despertarte. Tienes que estar sano para la noche de San Juan. La noche de San Juan es su cumpleaños.

—¿Estás borracho? Si no te conociera pensaría que te burlas de mí. Además, no soy de bronce; estoy enfermo; me duele la cabeza. Además de eso, nadie cumple años por la noche, que yo sepa. Estás acostumbrado a burlarte.

—No te discuto. Lo único que hago es repetir sus propias palabras: "La noche de San Juan es mi cumpleaños". Así me lo ha dicho.

—¿Y por qué te lo ha dicho a ti? ¿Acaso no podía decírmelo a mí?

—Yo no sé. Habría que preguntárselo a ella.

—¿Y para eso me despiertas?

—No creas; hay otras cosas. De gran importancia; de muchísima gravedad. Es para quedarse deslumbrado. Son cosas que te interesan. Por eso te despierto.

Delgado comenzaba a sorprenderse.

—Explícate sin rodeos. En el acto. Concretamente.

—A eso voy —dijo Peña y Lillo—. Son noticias sensacionales; por pura casualidad han llegado a mis oídos. Se trata de Prudencio; está oculto. En estos momentos lo persigue el Gobierno; anda metido en maquinaciones contra el doctor Siles. La revolución está en marcha; se espera el golpe para San Juan a más tardar. Si el doctor Siles no cae, hasta fin de mes como máximo, no cae nunca; y en ese caso, Prudencio y muchos otros están perdidos.

—Me das noticias totalmente inesperadas y extrañas. Ya veo que son importantes en lo personal y en lo político. Y me pregunto lo siguiente: ¿Cómo has podido enterarte de semejantes

cosas en un abrir y cerrar de ojos, en un ir y venir, del hospital a la casa de Prudencio y de la casa de Prudencio al hospital?

—Por pura suerte; como digo y repito, por pura casualidad. La cuestión es que regresé en el mismo auto que había tomado para llevar a la señora Ramona; y quién te dice que en el camino de retorno, de repente el chofer me dice: "¿Ya no me conoces? No deberías ser tan orgulloso; yo soy Anatolio Bermúdez". Yo me quedé deslumbrado al reconocer a Anatolio Bermúdez, un íntimo amigo mío, a quien no veía desde los tiempos de colegio en Oruro; yo soy orureño, como tú sabes, y Anatolio Bermúdez es mi paisano. Mi madre lo crió desde chico; él me defendía y me cuidaba; y cuando llovía y hacía mucho viento, él me cargaba en brazos; como tú sabes, yo desde chico soy jorobado. Pero son detalles que de momento no interesan. La cosa es que Anatolio Bermúdez me reconoció, y entonces yo le dije: "Cómo estás, Anatolio; no te había reconocido. No sabes la inmensa alegría que me das". "Vente aquí", me dijo. Paró el auto y yo fui y me senté a su lado. Y en estas y las otras, me dijo: "Un consejo de amigo: no vayas a esa casa. Te puedes complicar políticamente". "¿Y por qué?", le pregunté yo, vivamente impresionado. "Hay una cosa, mi muy recordado Romancito", me dijo Anatolio. "Yo tengo una inmensa gratitud por ti y por tu señora madre, ya finada, la muy recordada y muy venerada doña Eduviges Centellas viuda de Peña y Lillo, que en su honorable hogar y en su acreditada panadería de la ciudad del Pagador, me ha criado y me ha enseñado a ser gente. Hoy por hoy, tu amigo Anatolio sabe muchas cosas que la ciudadanía ignora. El mundo da vueltas, y hoy por hoy, me tienes como agente secreto del actual Gobierno nacionalista del doctor Siles. El servidor que te habla es íntimo amigo del doctor Manuel Patzi, mascota de Su Excelencia; yo disfruto de la estimación de los grandes abanderados del nacionalismo del doctor Siles; no es por jactarme. Conozco todo. Sé todo. En esa casa vive Prudencio José Luis, un cojo cojudo, un maricón que se ha metido a conspirar sin saber leer ni escribir, y todo por dar gusto a una cáfila de maricones. Y por eso la casa está vigilada; te estaré avisando. De repente te toman preso y caes a la chirola sin saber leer ni escribir. Claro que yo te salvaría; pero mejor no te metas, mi recordado Romancito. Y para que veas que no hablo humedades, la señora que ha

venido contigo es la señora de Prudencio; yo la conozco muy bien, y es de alto respeto. Dice que toca piano y lee mucho. Nosotros tenemos informes. Las autoridades no tienen nada contra ella. Pero, francamente, no sabría decirte por qué se habrá casado con semejante cojudo una señora tan bien plantada, tan joven y tan simpática. Nosotros tenemos la nómina de todos los que viven en la casa; a nosotros nos consta que el cojudo está oculto; nada nos costaría allanar la casa y tomarlo preso, pero tú comprendes; como el doctor Siles gobierna con la Constitución en la mano, nosotros no queremos cometer atropellos. Si yo te contara las cosas que sé, te caerías de espaldas, con más la joroba". Y así diciendo, mi gran amigo de la infancia Anatolio Bermúdez me contó las maquinaciones revolucionarias y demás yerbas. Y con motivo de nuestro encuentro, me ha dado la dirección de su casa y me ha invitado a visitarlo, y me ha dicho que tiene conejos de Castilla, patos, gallinas y palomas para comer opíparamente. Qué te parecen las noticias. Hidalgamente tienes que reconocer que no me faltaban razones para despertarte.

—Hidalgamente lo reconozco —dijo Delgado—. No te faltaban razones para despertarme. ¡Qué cosas tan extrañas ocurren en esta vida!

—Es la pura verdad. Nadie habría soñado que Prudencio estuviera metido en trajines revolucionarios y nada menos.

—Estoy rendido por la fatiga, pero es absolutamente necesario hablar —dijo Delgado señalando una cama en el extremo de la habitación—: Si se hace tarde, te quedas a dormir, qué te parece. Hay una cama.

—Me quedo —dijo Peña y Lillo—. Realmente las cosas están tomando un giro un poco raro, y conviene hablar.

—¿Qué infieres tú con respecto a lo que ella te dijo? —preguntó Delgado—. ¿Estará enterada de la situación? A mí me da en qué pensar el que te dijese que la noche de San Juan era su cumpleaños. Yo me pregunto por qué te lo dijo.

—Y yo, igual. Es justamente lo que a mí me llama la atención. De buenas a primeras y con la mayor espontaneidad me dijo: "El tiempo pasa volando; el mes de junio es un suspiro, y la noche de San Juan es mi cumpleaños. A mí me gusta el fuego". Y entonces yo le dije: "A mí también me gusta el fuego, señora". "¡Ah, cuánto me alegro", dijo ella. Y luego, no bien llegamos a la puerta de su casa, ella dijo: "Por favor, no baje del automóvil; hay duendes en este barrio". Ahí tienes la breve conversación que sostuvimos. Ahora fíjate una cosa: a mí nadie me saca de la cabeza que con eso de los duendes, ella quiso referirse a los agentes secretos que seguramente están rondando la casa. Y luego otra cosa: el destino de Prudencio me llama la atención. Prudencio está siempre vigilado y espiado; primero fuimos nosotros, y ahora son los agentes secretos, es decir los duendes.

—Y tu famoso amigo seguramente habrá escuchado lo de los duendes.

—Seguramente; pero él no me dijo nada.

—¿No trató de saber de dónde venías con la señora y por qué la acompañabas? Sería muy extraño que no le haya llamado la atención el verte con ella en las presentes circunstancias precisamente.

—Mi gran amigo Anatolio Bermúdez, como digo y repito, no me preguntó nada; pero seguramente le ha llamado la atención y ha sospechado algo; de otra manera no me habría dicho lo que me ha dicho como fiel amigo: "Mejor no te metas, Romancito". Por esa parte, yo te garantizo que no hay por qué preocuparse. Pero como Prudencio está perseguido y lo pueden agarrar en cualquier momento, y hasta pueden allanar la casa por más que el doctor Siles gobierne con la Constitución en la mano, lo que realmente debería preocuparnos es la situación de la señora, si me permites que te lo haga notar.

—Es precisamente lo que a mí me preocupa, sin necesidad de que tú me lo hagas notar —declaró Delgado con exasperación—. La verdad es que no estoy embrutecido, ni mucho menos, y te ruego lo comprendas.

—Lo comprendo perfectamente —dijo Peña y Lillo con cierto empaque—. Yo a mi vez te ruego comprender que sólo me lleva la humilde intención de ser útil, y haces muy mal en ponerte susceptible.

—Tienes razón —se disculpó Delgado—. Perdóname. Es la extrema fatiga lo que me hace perder el control. Ahora más que nunca necesito tu ayuda; y te lo digo sin reservas y para que conste. ¿Acaso los hechos no hablan por sí mismos? Es absolutamente indudable que Ramona Escalera corre peligro, y se ve que

procedió con mucha sutileza al haberse referido a la fecha de su cumpleaños para anunciar el peligro. Para el que sabe ver, la cosa es muy clara. Y ahora una pregunta: ¿Qué te parece si mañana mismo toco el tema y le cuento con toda claridad y franqueza lo que te dijo tu amigo Bermúdez? Te ruego contestar con absoluta sinceridad. ¿Se lo digo?

—Díselo mañana mismo: es precisamente lo que tendrías que hacer. Así todo se pondrá en claro y se facilitarán las cosas. Al mismo tiempo habrás dado un gran paso en tus relaciones con la señora. En una palabra, habrás matado muchos pájaros de un tiro, si vale la expresión.

—¿Y puedo mencionar tu nombre?

—En todo caso; a mucha honra para mí. Y ya verás cómo surgen luces en la oscuridad. Precisamente San Juan es eso: una luz en la oscuridad. Y como las revoluciones y las fogatas de San Juan se muestren favorables a tus deseos, en su cumpleaños habría que llevarla a la calle Tumusla, a la Garita de Lima, a la región del Cementerio a ver las grandes fogatas. Y luego a la bodega. Eso sí que le gustaría, estoy seguro.

—Realmente. Y te felicito por la gran idea. Tenemos que festejar su cumpleaños como se debe. Tenemos que llevarla a ver las fogatas a la región del Cementerio y tenemos que llevarla a conocer la bodega.

—Una gran cosa —dijo Peña y Lillo—. Ojalá que la famosa revolución no estalle ese mismo día precisamente.

—¿Y a nosotros qué nos importa la revolución? —protestó Delgado.— Finalmente, con o sin revolución, la noche de San Juan la llevamos a la bodega y tomamos unas copas en su homenaje.

—Ojalá que para esa fecha estés ya sano —dijo Peña y Lillo—. Sería bueno consultar con el médico para saber a qué atenernos y no hablar en el vacío.

—En realidad nadie habla en el vacío; me olvidaba avisarte una buena noticia. Esta mañana vino el médico que atiende mi caso y me tuvo una hora con el tema de las radiografías; según dijo, me encontraba en estado altamente satisfactorio: dentro de una semana me dará de alta. Qué te parece.

—¿Y se lo has dicho a ella?

—No, no se lo dije. Cosa rara; ni siquiera se me ocurrió. Pero ahora se impone un deber. Quiero referirme a tu intervención; y si cabe, quiero felicitarte. Los resultados han sido totalmente asombrosos. Toda palabra de agradecimiento resultaría ridícula; sólo quiero ofrecerte mi eterna gratitud. Has hecho algo que me ha dejado atónito. Es una verdadera proeza. Ya quisieran los brujos realizar cosa semejante. Es simplemente increíble. Prodigioso. Absolutamente extraordinario. Jamás lo olvidaré.

—Se hace lo que se puede —dijo Peña y Lillo—; tus palabras me enaltecen. Los amigos están para servir. Yo no hice nada. En realidad todo estaba hecho. Pero tenía fe en la señora Ramona; ésa es la cosa. Y dicho sea de paso: ustedes hacen una buena pareja.

—¿Te parece? ¿En qué lo has notado?

—No te podría decir exactamente; es un poco difícil. Pero haré lo posible por explicarme.

Peña y Lillo extrajo del bolsillo una cuarta botella de aguardiente; bebió un trago y ofreció la botella a Delgado:

—¿No te hará mal? —dijo.

Delgado bebió un poco y devolvió la botella.

—¿Por qué habría de hacerme mal? Todo lo contrario. Extraño mucho el aguardiente. Gracias. Y ahora te escucho.

—Como digo y repito, hacen una buena pareja. Eso se nota al primer golpe de vista. Ustedes no vacilan; ustedes hablan con toda confianza, sin cumplidos y sin frases hechas. Nadie creería que se hubiesen conocido hace apenas dos o tres días. Cada uno de ustedes ya sabe lo que el otro le dirá; cada cual lee el pensamiento del otro. Y era de ver cuando te regaló el amuleto, que tú recibiste y miraste como si siempre hubiese sido tuyo; ¿me equivoco?

—No, no te equivocas. Me asombra tu agudeza.

—Y luego, he notado que se parecen: no digo en lo físico; pero en la manera de hablar, en la manera de ser y, si vale la expresión, en la manera de respirar. Porque además, ¿no es cierto que a ti también te gusta el fuego y el olor a quemado?

Ante tan inopinada pregunta, Delgado asintió:

—Es cierto. A mí también me gusta el fuego y el olor a quemado. Pero ahora me pregunto cómo lo llegaste a saber; a lo mejor yo mismo te lo dije.

—Jamás me lo dijiste; yo me di cuenta por pura intuición. Y justamente iba a lo siguiente: hasta en eso se parecen. Porque en estas y las otras, es bien sabido que los grandes artistas están condenados a morir jóvenes, precisamente porque les gusta el fuego y el olor a quemado. Puedes preguntar a cualquiera. Tal vez hago mal en decirlo, pero la verdad es la verdad.

—Cosas importantes y graves me dices. ¿Morirá joven Ramona Escalera? ¿Y yo con ella? ¿Cómo es la cosa? ¿Podrías explicarme?

—No podría; sólo sé decir que la sabiduría es la sabiduría. Los grandes artistas, absolutamente todos sin excepción, mueren jóvenes; y no por nada, sino que sencillamente a los grandes artistas, absolutamente a todos sin excepción, les gusta el fuego y el olor a quemado.

—¡No me hagas reír! ¿Y los que no son grandes artistas y ni siquiera pequeños? A lo mejor no mueren jóvenes por más que les guste el fuego y el olor a quemado.

—No creas. Ya sean grandes o pequeños, únicamente a los artistas y a nadie más que a ellos les gusta el fuego y el olor a quemado. Los artistas están condenados. Esa es la cosa. No hay más remedio.

—¿Quiere decir entonces que sin haber producido ni remotamente una obra de arte ni cosa que se le parezca yo soy artista? ¿Simplemente por el hecho de que me guste el fuego y el olor a quemado? Debo decirte que me encanta el desvarío; no me desencanta.

—Puede ser; yo no sé —dijo Peña y Lillo con disgusto—. Yo hablo solamente de lo que veo y de lo que siento. Sin ir muy lejos, ahí tienes por ejemplo el misterio que envuelve a la señora Ramona. En mi vida he conocido una persona tan misteriosa.

—Eso sí que me interesa. Es exactamente la impresión que yo tengo. ¿Y en qué basas una conclusión tan sorprendente?

—En la mirada; y sobre todo, en el frío.

—¿En el frío? ¿Qué clase de frío?

—Un frío invisible; cuando la miro, la señora Ramona se vuelve invisible; y cuando la miro y siento un frío invisible, el frío invisible se vuelve visible.

Delgado miró a Peña y Lillo con extrañeza y le dijo:

—¿Qué te pasa? ¿Tratas de burlarte?

—Que me parta un rayo si trato de burlarme. Trato de explicarme como mejor puedo. Se trata de un frío muy raro; es realmente invisible este frío, un frío no frío. Se vuelve visible cuando se siente calor, y luego se vuelve invisible. En medio de este gran misterio, el frío tendría que contarse por pasos; a cuatro pasos de frío, el calor se vuelve invisible; a seis pasos de calor, el frío se vuelve visible. En una palabra: el calor invisible es un frío visible. Todo un misterio. Me da miedo; no puedo expresarme. Eso es lo que pasa.

Peña y Lillo sacó a relucir la botella, y de un solo golpe, bebió íntegramente su contenido.

—Ha sido un día turbulento —declaró ahora—. Ha sido un día agitadísimo. Ni siquiera hubo tiempo para tomar una copa; y cuando sufren los nervios, ya sabemos: se impone una copa. Una copa calma los nervios; una copa rejuvenece; agiliza los músculos, aclara el intelecto, y en fin, ahoga las penas.

Delgado lo miraba con una mezcla de curiosidad y asombro. Y tan sólo ahora se explicaba la causa del desconcierto surgido en ciertos momentos a lo largo de la conversación, puesto que en definitiva, Peña y Lillo estaba completamente borracho, mientras que Delgado no lo estaba en absoluto. Aunque no se atrevía a poner en tela de duda las cualidades de Peña y Lillo, sin embargo no podía sacarse la espina que a todo esto le había entrado con respecto a las revelaciones atribuidas al presunto Anatolio Bermúdez, las cuales muy bien podían ser producto de la mera fantasía de Peña y Lillo. Y le molestaba la duda no menos que el fondo de la cuestión. A esto debía añadirse el que Peña y Lillo se hubiese bebido la botella sin más ni más, ignorando que él estaba presente y que quizá deseaba beber un trago.

En definitiva, Delgado se sintió de pronto herido en el amor propio, y, sin poder contenerse, dijo ásperamente:

—Me extraña tu conversación; no me explico tu actitud. A esta altura, estás totalmente borracho. Yo no he bebido ni gota. No comprendo tu lenguaje. Es una situación ridícula. Por simple curiosidad te pregunto: ¿Cómo logras emborracharte con una mísera cuarta botella de aguardiente?

—Es muy justa la pregunta —repuso Peña y Lillo—. Justísima. En estas y las otras, una pregunta justa. Lo reconozco.

—Jamás se ha escuchado respuesta tan obvia y tan cabal —dijo Delgado con sarcasmo—. Por lo que a mí toca, yo deploro la falta de aguardiente. Tranquilamente has dado fin a la botella que tenías, sin habérsete ocurrido ni por asomo que a lo mejor yo también quería beber.

—Antes bien por el contrario —replicó Peña y Lillo con vivacidad—. Yo ya había previsto la contingencia. Tengo otra botella.

Rápidamente extrajo de las profundidades del bolsillo una botella plana, de forma poco común, y se la dio a Delgado.

—Ahí la tienes —dijo con afectada modestia—. Un regalo de mi gran amigo Anatolio Bermúdez. Licor del Palacio de Go-

bierno. Whisky. Licor de presidentes, licor de ministros. Néctar de dioses. Me lo dijo Anatolio: "Aquí tienes este pequeño néctar de dioses, para que brindes a mi nombre". Y en estas y las otras, haciendo honor a la verdad, te diré francamente que ya estaba borracho cuando vine. Anatolio se trata a cuerpo de rey; tiene de todo en su auto, y me invitó. Me dijo que las bebidas finas son traicioneras, puesto que suben a la cabeza el rato menos pensado. Y también me dijo que cuando uno se lo propone, resulta facilísimo disimular la borrachera. Como que, cuando bajé del automóvil, me estaba tambaleando; pero como recordaba las sabias enseñanzas de mi gran amigo, me resultó facilísimo disimular la borrachera, qué te parece.

Accionando una especie de palanca que venía sujeta al cuello de la botella, Delgado destapó ésta, y bebió plácidamente.

—Lunes nueve —dijo con tono reflexivo—. Un día memorable.

CAPITULO IV

Peña y Lillo saludó con una reverencia y dijo:

—No sé si ustedes han notado una cosa: este año, la noche de San Juan tiene olor a sangre, y ni rastro de olor a quemado; es una cosa realmente rara.

—Realmente —asintió Delgado con buen humor—, este año la noche de San Juan no tiene olor a quemado; pero decididamente, el olor a sangre no tiene nada que ver con la noche de San Juan. La cuestión es que este año el olor a sangre tiene olor a quemado. Es una cosa realmente rara.

Ramona Escalera se sentía encantada. Los comentarios que escuchaba le hacían mucha gracia.

Siguiendo el humor de la conversación, intervino de pronto y dijo:

—Es realmente una cosa rara. El olor a quemado es uno solo, y sin embargo, cada cosa que se quema tiene un olor particular cuando se quema. Yo no me explico. Es realmente un misterio.

—Lo que pasa es lo siguiente —dijo Peña y Lillo con aire de importancia—: De Churubamba para arriba, los charcos de sangre arden en medio de las fogatas; de Churubamba para abajo, las fogatas arden en medio de los charcos de sangre. Ayer domingo, casualmente, fui al cine "Mignon" a ver los últimos episodios de la película "El Arquero Verde", que daban en matinée; y quién le dice a usted que en lo mejor de la función, escucho un espantoso tiroteo y me pongo a renegar; y no bien salgo del cine, me tropiezo con cadáveres y con charcos de sangre a cada paso, aquí en Churubamba. Y qué pasó, sino que las tropas abrieron fuego contra los estudiantes, y muchos de ellos cayeron heroicamente por sus ideales. Total: una verdadera matanza.

—Yo ni sabía —dijo Ramona Escalera—. Es increíble —y dirigiendo una mirada de inteligencia a Delgado, añadió luego—: A mí no me gustaría que caiga este gobierno; pero no deberían matar a la gente. Da asco.

—Ahí tiene usted; es la política. La eterna tragedia de los bolivianos; usted no se imagina. Dios es testigo. Los estudiantes salen valientemente a las calles para dar mueras al gobierno; ¡Abajo Siles! ¡Abajo el prorroguismo! ¡Mueran los mamones!, y de repente, en lo mejor de la manifestación, aparecen las tropas y disparan sus ametralladoras; ahí tiene usted los charcos de sangre. ¡Sangre de estudiantes, sangre de mártires!

—¿Y tu amigo Anacleto Bermúdez? —preguntó Delgado—. ¿Qué dirá ahora? —añadió con toda intención.

—¿Te refieres a mi gran amigo Anatolio Bermúdez? —repuso Peña y Lillo, y luego dijo—: No se llama Anacleto; francamente, yo no sé qué dirá. Hace días que no lo veo; pero debe estar hecho una noche. Y como es un verdadero patriota y orureño de yapa, seguramente ha renunciado de su cargo para combatir codo a codo con los estudiantes; ningún ciudadano puede aprobar la matanza. La caída del doctor Siles está decretada, yo te aseguro. Los acontecimientos se precipitan; hay rumores sensacionales. Oruro es el epicentro de la revolución.

—¿De qué revolución? —inquirió Delgado con afectada sorpresa.

—Me extraña tu pregunta —dijo Peña y Lillo—: ¿No estás viendo la revolución? Todo el pueblo, chicos y grandes, hombres y mujeres están con los estudiantes revolucionarios; el re-

gimiento "Camacho" está acantonado en Oruro. Es la fuerza de choque; la esperanza de la juventud. Hay rumores. Los orureños tienen la palabra. Oruro es ya la nueva capital de la República; en estos momentos los destinos de la nación se barajan en Oruro; yo te garantizo.

—Muy bien; yo me alegro y te felicito —dijo Delgado inopinadamente—: Sólo que nosotros tenemos un plan para esta noche. Ramona quiere verme entrar a la bodega; y como sus deseos son órdenes para mí, yo voy a entrar como una sombra, mientras ella me observa como una sombra; qué te parece. Entro por un instante, y luego salgo; en seguida nos vamos todos al cementerio, a la Garita de Lima, a la calle Tumusla; y finalmente, nos vamos todos a la bodega, qué opinas. Ahora tú nos esperas aquí, como una sombra; en esta esquina. Nosotros vamos y volvemos como una sombra; esta noche, todos somos una sombra. El mundo es una sombra; todo es una sombra. Qué dices.

—Eso se llama hablar —dijo Peña y Lillo con entusiasmo—. Sinceramente, me parece un plan revolucionario ciento por ciento. Pero ante todo, y si ustedes me lo permiten, yo quisiera tener el gran honor de felicitar a la señora Ramona por su cumpleaños.

Peña y Lillo asumió un aire de dignidad; se inclinó ante Ramona Escalera con una profunda reverencia, y le ofreció un paquete que llevaba entre las manos.

—Es un humilde testimonio del inmenso afecto que yo le profeso a usted, señora Ramona —dijo con voz temblorosa y le dio la mano.

Ramona Escalera, habiendo recibido el paquete, dando muestras de viva emoción, se adelantó hacia Peña y Lillo y lo besó en la frente. Y con lágrimas en los ojos, dijo ahora:

—Gracias, muchas gracias. Yo nunca lo olvidaré a usted, señor Peña y Lillo.

Ramona Escalera extendió el brazo en dirección a las faldas de El Alto, donde brillaban muchos fuegos, y luego, se quedó mirando a Peña y Lillo con una larga mirada.

Al cabo dijo:

—El fuego nos protege a todos nosotros; ¿por qué será? Usted sabe. Es una predestinación.

Delgado miraba con arrobamiento. Sentíase profundamente conmovido. No podía explicarse el alma de Ramona Escalera; era un alma muy extraña. "Terrible misterio ocultan las madres", dijo Delgado para sí. "Mirar el mundo, mirar la vida, mirar la muerte. En la transparencia de Ramona Escalera".

Peña y Lillo guardaba silencio; de pronto Ramona Escalera le dijo:

—Quiero ver el regalo; le pido permiso.

Y desenvolvió el paquete. En una pequeña caja de madera, encontró un objeto muy curioso: una estatuilla, tallada en piedra, de unos quince centímetros de altura; según declaró Peña y Lillo, procedía de los yacimientos arqueológicos de Carangas, en Oruro; había pertenecido a su madre, y él, Peña y Lillo, había guardado el objeto, por largos años, hasta que decidió ofrecérselo a Ramona Escalera como humilde ofrenda, en señal de inmenso respeto y afecto.

Ramona Escalera contemplaba la estatuilla. Los ojos, la nariz y la boca, en bajo relieve; las manos puestas a la altura del pecho —una imagen hermética. Guardó la estatuilla en la caja y la puso cuidadosamente en la bolsa.

Se dirigió a Delgado y dijo:

—¿Para qué las palabras? Yo he nacido en invierno, tú sabes; yo amo el invierno, y siempre el fuego me protege. El frío es una cosa muy grande. Los seres que viven en el frío son dignos del mayor respeto. Ellos saben amar, saben sufrir. Conocen el silencio; el señor Peña y Lillo me ha regalado una imagen del silencio. El señor Peña y Lillo ha nacido en el altiplano de Oruro; es un hombre que sabe.

—Es cierto —observó Delgado—. Román Peña y Lillo es un hombre profundamente sentimental.

—Es lo que quería decir —declaró Ramona Escalera—. Y confieso que me maravilla tu poderosa intuición. ¿No haré el ridículo con algunas de mis opiniones? El sentimentalismo me da en qué pensar. El sentimentalismo mal entendido, creo yo, afea y empequeñece el espíritu; el sentimentalismo de verdad no nace. No es sentimental el que gime, el que llora; sentimental es el que aprende y el que comprende, con dolor y en silencio. Es por eso por lo que nosotros, los moradores del altiplano, sabemos ser sentimentales. Y por lo que no queremos morir

no morimos. El sentimental, a cierta altura de la vida, deja de serlo, para aprender dos veces, en vida y muerte; con el fuego y con el frío. ¿Me creerás si te digo que aprendo con el fuego?

—¿Y cómo no había de creerte? —dijo Delgado—. Lo que me pregunto es de qué modo aprendes.

—Simplemente, aprendo. Aprendo a ser sentimental. El fuego me lo enseña. Y sé que aprendo en la forma en que realmente debo. Yo pienso esto: la gente que le gusta lo blando, lo débil y llorón, en realidad no sabe lo que le gusta, y seguramente se imagina que el sentimentalismo es una cuestión sentimental. Yo sé que no me expreso con claridad, pero tú me comprendes. El sentimentalismo es una cosa seria. Es el poder, no el simple soñar. Y por eso pienso que el aprender es lo único que vale. No se puede llorar así porque sí; primero se tiene que haber aprendido y después se puede llorar. Por eso yo aprendo con el fuego. Adoro el fuego. En realidad, no soy cristiana. Valga la sinceridad. Pero estamos parados mucho rato; ¿no les parece? Les pido disculpas; una mujer que habla demasiado se hace antipática. He hecho el ridículo con una retahila en medio de esta mortandad de nuestra juventud. Ahora ustedes ordenan; yo obedezco de todo corazón.

—Quisiera hacerte una pregunta —dijo Delgado—. Pero vamos andando, y tomenos una copa en cualquier chingana; la noche es larga, y no faltará tiempo para cumplir punto por punto nuestro plan.

Y con esto, entraron a una chingana en Churubamba, pues allí se hallaban en este momento.

Delgado hizo servir té con té para Ramona Escalera, y para él y para Peña y Lillo, aguardiente.

—Es una pregunta muy importante —dijo ahora—. Y no vacilo en hacerla. Fíjate, Ramona; según la declaración que acabas de hacer, no eres cristiana; y sin embargo, asistes a la iglesia. ¿Cómo se explica esto? ¿Me permites preguntártelo?

—Contestaré la pregunta —dijo Ramona adoptando una actitud seria—. Eres sincero, y te lo agradezco; es preciso hablar con claridad. Yo no asisto a la iglesia. Lo cierto es que el día que tú me viste, casualmente yo buscaba a una bruja, que era devota del Señor del Habla y me había citado en la iglesia.

—¿Y qué tenías que ver con la bruja, si me permites la pregunta? —inquirió Delgado con asombro.

—En realidad, mucho. Quizá te rías, pero hasta hace poco, recibía lecciones de la bruja. Lecciones de quiromancia y de cartomancia; de nigromancia y de magnetismo, de fascinación y desdoblamiento. Y podía ir tranquilamente y sin que nadie me vigilase, aprovechando la inmovilidad de Lucía. Ya te dije que está postrada en cama, y hace tiempo que no se mueve.

—¿Y se puede saber dónde se realizaban las lecciones? Me imagino que no sería en la iglesia precisamente.

—De ningún modo —dijo Ramona—. Un templo es sagrado, tú sabes; todo tiene su lugar —y con tono áspero añadió—: ¿Acaso me crees capaz de cometer la espantosa atrocidad de profanar un templo?

—Tú sabes que no —repuso Delgado—. La infinita inocencia de la cuestión me causa gracia, tú comprendes, y yo sé que comprendes. Nosotros estamos salvados, precisamente porque tenemos humor y no somos solemnes.

—Me encanta la aclaración —dijo Ramona sonriendo—. Y ahora escuchen ustedes. La bruja, mi profesora, vive en un cuartito misterioso, en la calle Indaburo, a cuadra y media de la iglesia; y las lecciones se realizaban en ese cuartito. La bruja quería nombrarme madrina de su nieta; me invitaba una copita de vino, y me cobraba dos bolivianos por lección.

—¿Y qué se llamaba la bruja? —preguntó Delgado.

—La bruja se llamaba Tula Ballesteros; en un cuartito más chico que una caja de fósforos, criaba conejos, tenía dos gatos y un perro, y en medio de todo esto, mantenía un aseo increíble. Había un olor a malva, a madreselva, un aire tan puro como el que se respira en el campo. Y yo me transportaba a un mundo de fábula, y volvía a vivir los años de infancia. La bruja me infundía mucho miedo; hacía saltar sus ojos y conversaba con el perro, y el perro, imagínense ustedes, hablaba portugués, cosa nunca vista en un perro, y era de color rojizo.

—¿Y de qué color era la bruja?

—¡Qué pregunta! ¡De qué color era la bruja! ¿De qué color querías que fuera? ¿De qué color es el presidente de la República? Para satisfacer tu curiosidad, te diré que la bruja era de color plomo.

—¿Y de qué tamaño?

—De tamaño chico; en realidad; era mucho más chica que el señor Peña y Lillo.

—¿Y qué edad tenía?

—Tendría setenta años, quizá más, quizá menos; tú sabes, resulta imposible precisar la edad de una bruja.

—¿Y era mala?

—Eso depende —dijo Ramona con tono jocoso—. Tula Ballesteros como bruja, si bien era buena, como mujer era mala, y como hombre peor. Ya ves que todo es relativo.

—Ya lo veo — asintió Delgado y se puso a reír—. Realmente me causa gracia la ocurrencia; discúlpame si he sido majadero. Y ya que la noche y el fuego reclaman nuestra presencia, haríamos mal en no lanzarnos de una vez al encuentro de la bodega; qué les parece.

—Con el permiso de ustedes —dijo Peña y Lillo—, yo aplaudo la idea; si les parece, yo los espero como una sombra, en la esquina de la calle Chuquisaca, mientras ustedes van a la bodega...

—Para después subir a ver las fogatas —intervino Ramona—, y brindar más tarde a mi salud, de retorno en la bodega.

—¡Así sea! —exclamó Delgado con entusiasmo.

Pagó la cuenta y todos salieron de la chingana; Felipe Delgado y Ramona Escalera se encaminaron con rumbo a la bodega; y Peña y Lillo se quedó esperando en la esquina de la calle Chuquisaca.

—Por aquí —dijo Delgado—. Vamos al callejón Pucarani; desde la esquina, a una cuadra de distancia, me verás entrar a la bodega; tú te quedas, como una sombra; yo voy, como una sombra, bebo dos copas como quien nada hace, y más tardo en entrar que en salir —dirigió una mirada de perplejidad a Ramona y dijo—: Cosa rara. Me pregunto por qué te interesa verme entrar a la bodega; es inquietante. ¿Se puede saber?

—Perfectamente —dijo ella—. Me imagino cosas raras; me imagino que tú, el verdadero, estás en la bodega, y sólo tu sombra está conmigo. ¿Cómo será? Quizá te rías, pero yo tengo mis ideas, y para mí, sólo podrá despejarse esta duda viéndote entrar a la bodega. Ahí tienes.

—Me verás entrar, es muy cierto —dijo Delgado—; pero no olvides: sólo como una sombra. Si se trata de un pálpito, es otra cosa.

—Adivinación pura y simple —dijo Ramona—. Al verte entrar como una sombra, veré tu sombra; si se queda en la bodega, buena nueva; si sale, mala nueva; la cosa en clara. ¿Quién está conmigo: tú o tu sombra? Pronto se sabrá.

—Tal vez no soy sino una sombra —murmuró Delgado—. ¿Cómo será? El callejón Pucarani, en realidad, es una morada de sombras. Allí existen sombras que no se dejan ver. Allí las sombras se confunden con las sombras. En la esquina, tú serás una sombra; desde lo alto de la bodega, yo miraré tu sombra... —calló bruscamente y, al cabo, dándose una palmada en la frente exclamó—: ¡Un momento! ¡Se me ocurre una cosa! Mirando tu sombra desde la bodega, adivinaré quién de los dos morirá primero.

—¡Cosa sorprendente, cosa grave! —dijo Ramona con los ojos muy abiertos—. ¿Será posible adivinar?

—Estoy seguro —afirmó Delgado—. No sé por qué, pero en este preciso instante, se me ha ocurrido que es posible adivinar, y esto significa mucho.

—Digamos que es posible —concedió Ramona—; digamos que adivines; pero te verás en un apuro. Difícilmente podrías atreverte a revelar la verdad; y con decir que no pudiste adivinar, esquivarías la cuestión.

—No tal —dijo Delgado—: Cuando es necesario, hay que atreverse. Ten seguro que diré la verdad; no callaré.

Habiendo llegado al callejón Pucarani, Delgado señaló la ruta.

—Allá está la bodega —explicó—. Este mundo es oscuro. A medida que uno avanza, se vuelve más y más oscuro. Hay luces, pero no se las puede ver.

Ramona dirigió una mirada vaga al empedrado del callejón. Había juntado los pies y se balanceaba, como preparándose para la espera.

Sólo un trecho del callejón era visible desde aquí, y flotaba una densa penumbra a lo largo del espacio, más allá del cual no había sino una profunda oscuridad, que a Ramona le pareció abrumadora.

—Es lo que se llama verdadera oscuridad —dijo pensativamente—; es un misterio. Con ojos ocultos podré verte a ti y podré ver tu sombra; ahora anda tranquilo. Yo te espero. Y no te olvides adivinar.

—Eso nunca —dijo Delgado apartándose—. No te olvides ver mi sombra.

Y luego se lanzó cuesta arriba por el callejón Pucarani. Extrañamente, se sentía amedrentado. Apuraba el paso. En realidad, estaba poco familiarizado con esta ruta; no había querido penetrar por el callejón Inquisivi. Eso lo dejaba para más tarde, de modo que Ramona pudiese conocer la bodega al mismo tiempo que el verdadero camino de acceso.

En la esquina, Ramona se estremeció: el frío se dejaba sentir. Erguida frente a la boca del callejón, miró a Felipe alejarse. La figura encorvada, ascendía rápidamente, las manos metidas en los bolsillos del abrigo. "No hay un alma", se dijo ella; "y él va solo, en medio de la oscuridad". Y este pensamiento le infundía pena. De pronto, Ramona aguzó la vista. Veía poco, o casi nada; Felipe Delgado se perdió en la oscuridad.

Por su parte, él no había vuelto la cabeza. Pensó que eso no correspondía. El asunto, de hecho, era serio, y no había para qué exagerar; mirar atrás habría sido un error. ¿Acaso se trataba de algún adiós? Volver la cabeza estaba bien para los niños que transponen por vez primera las puertas de la escuela, bajo la mirada de la madre o de la abuela que, en la acera de enfrente, se ponen a observar con una curiosidad inexplicable. Felipe Delgado avanzaba y sentía a sus espaldas un soplo de aventura; su entrada a la bodega, esta noche, tendría una grande significación. Delgado vincularía íntimamente, en el propio escenario, dos manifestaciones de su existencia, opuestas por completo la una de la otra. En este momento se sentía dueño de aquellas esperanzas: la esperanza real, positiva, y la alta esperanza —la esperanza sin esperanza. Con intenso frío en la espalda, con un soplo que, como el viento en la popa lo empujaba poderosamente, subió de un tirón los primeros peldaños de la bodega, y de pronto se detuvo bruscamente, al haberse dado cuenta que olvidaba echar un vistazo a la figura y a la sombra de Ramona, como tenía pensado hacer a tiempo de transponer el umbral de la bodega, para así adivinar quién de los dos moriría primero. Faltándole un peldaño para ganar la plataforma, bajó de inmediato hasta la puerta y sacó medio cuerpo, y no habiendo podido vislumbrar más que tinieblas, avanzó hacia el empedrado, frente a la puerta, y tan sólo ahora descubrió una sinuosidad que describía el callejón y que, por ende, no dejaba

ver la esquina de la calle Chuquisaca, en la que Ramona estaría a todo esto helándose de frío. Con despecho, iba ya a lanzarse cuesta abajo para avistar a Ramona, cuando de improviso apareció Corsino Ordóñez en lo alto de la bodega y le dijo:

—¡Haces asustar, caramba! ¡Ni bien entras, sales, y pareces un alma en pena!

Entonces Delgado subió recelosamente y, dejando caer una llave, para disimular la confusión que lo dominaba, se puso a buscarla y la recogió, todo lo cual resultaba fútil por completo, según advirtió ahora, puesto que nadie lo miraba y el bodeguero tampoco. Para salir del paso, se acercó al mostrador y bebió dos copas de un golpe. Y, con inquietud y angustia, pretextando que volvería en seguida, salió rápidamente. Bajando a toda prisa, a tiempo de llegar a la curva que le impedía avistar a Ramona, a quien ahora divisiba allá abajo, pensó que era una mala seña el no haber previsto semejante contingencia. "He aquí el espanto de lo imprevisible", se dijo; "y sin embargo, así es la cosa. Y todavía yo me sorprendo, como si no fuera mil veces evidente que un callejón jamás puede discurrir en línea recta. Sólo a mi podía habérseme ocurrido ignorar esta realidad, una y mil veces patente y palpable". Y Felipe Delgado, convencido como estaba de que Ramona Escalera era quien moriría primero, según lo que creyó haber adivinado, con un presentimiento funesto, juró en su corazón guardar para siempre jamás este secreto.

Ahora dio alcance a Ramona y dijo simplemente:

—Aquí me tienes.

Ella le dirigió una larga mirada.

—No eres tú —dijo con tono cortante—. ¿Y quién morirá primero? —inquirió de pronto con una seriedad que a Delgado le pareció muy extraña—: Yo sé —añadió fríamente.

—No te adelantes —dijo Delgado y vaciló—: Nadie sabe. Mis pálpitos fallaron; eso es todo —y en su conciencia estaba que mentía cuando agregó—: No ha sido posible adivinar. Me temo que no lo creas, pero es la verdad.

Con voz apagada, Ramona dijo:

—Perdóname: no te creo. Soy sincera. Por mi parte, hay novedades; malas novedades. He visto salir tu sombra. No eres tú aquel que está aquí; aquel a quien estoy hablando, no eres tú.

Es tu sombra. Quiere decir que tú estás allá, desde siempre y para siempre.

—Si esto es así, nadie tiene la culpa —declaró Delgado—; y bien lo sabemos. El peso de la vida sólo puede soportarse a fuerza de gratitud, de impavidez, y de calma, tres condiciones que a mí no me faltan. He aquí mi sombra, y tú, la vida.

Ramona dijo:

—¿Por qué crees que estoy aquí? Tú sabes; yo sé. Después de todo, si yo muero, tú te quedas; si tú mueres, yo me quedo. Sencillamente, si nosotros adoramos la vida es porque conocemos la muerte. A mí me importa vivir, y también me importa morir. ¿No has notado que vivimos fuera de foco y parecería que fuesemos un par de imbéciles? No creo que existan en el mundo muchos seres como nosotros.

—¿Y con qué fundamento lo dices?

—No soy inmodesta; no necesito ningún fundamento. Tengo la suficiente valentía para saber lo que valgo; soy sincera. El agua fría me gusta. Pero ahora vamos —dijo con súbito cambio de tono—. El señor Peña y Lillo nos espera.

En efecto, a poco de caminar, avistaron a Peña y Lillo que esperaba solitariamente en la esquina de la plaza de Churubamba, y pronto le dieron encuentro. Como estaban serios y graves, y Peña y Lillo lo notó, éste no quiso pecar de indiscreto y guardó silencio, esperando que fuesen ellos quienes iniciaran la conversación.

Soplaba un viento helado, y de los restos de una que otra fogata, se desprendía densa humareda. La gente brillaba por su ausencia en los pocos puestos callejeros de bebidas y de comidas. Sin embargo, algunas chinganas aún estaban abiertas, y allí se dejaba escuchar un gran vocerío.

Con amabilidad, Ramona se dirigió a Peña y Lillo y le dijo:

—Señor Peña y Lillo, dígame una cosa: ¿No es cierto que no hemos tardado mucho? —y sin esperar la respuesta añadió—: Estoy un poco triste y eso no me gusta; lo confieso.

—Comprendo —dijo Peña y Lillo—. A usted, mi respetada señora, le gusta el fuego; y desgraciadamente aquí, en Churubamba, este año casi no hay fogatas, sin duda como consecuencia de los luctuosos acontecimientos políticos.

—¿Y qué hacemos que no vamos de una vez a la Garita de Lima y al cementerio? —intervino Delgado con inopinada extrañeza.

—Es lo que yo me pregunto —repuso Peña y Lillo—. A ti te consta que a estas horas, en las calles de arriba, los sanjuaneros bailan, cantan y gritan atizando como locos; hay que tomar un auto.

—Sin pérdida de tiempo —aprobó Ramona.

Un auto que pasaba por allí los llevó a la Garita de Lima.

Aquí la cosa era muy distinta; con algarabía colosal celebrábase la fiesta de San Juan. En todo lo largo de la calle Tumusla y de la avenida Baptista, y más arriba, en la zona del cementerio y en Villa Victoria, ardían las fogatas. La humareda, iluminada con resplandores fantasmagóricos, cubría gran parte de la ciudad, la cual podía verse desde aquí. Con ruido sordo se divertía el gentío; con camaretas, con gritos, con charangos y con guitarras, atizando sin cansancio las crepitantes fogatas; y, no contentos con los cargamentos de leña que incesantemente descargaban los aparapitas, quemaban llantas, quemaban puertas y quemaban muebles.

Ramona Escalera se mostraba extasiada, y por idéntica razón, al mismo tiempo se lamentaba, pues según declaró, hacía años que no venía por estos barrios. Y luego, habiendo manifestado su deseo de beber alguna cosa caliente, se encaminó resueltamente hacia un recodo de la avenida Baptista, seguida por Delgado y Peña y Lillo, y allí, frente a un toldo iluminado con antorchas, bebieron ponche y se quedaron largo rato. Al cabo, con cierta nerviosidad, Peña y Lillo sacó de su bolsillo un pañuelo en el que se hallaban envueltas unas monedas, y luego de pagar ceremoniosamente, se dirigió a Delgado y dijo:

—Me preocupa una cosa; quién te dice que la bodega no se cierre más temprano que de costumbre, precisamente esta noche...

—Tienes razón —asintió Delgado—. Para evitar malos ratos, sería bueno que te adelantes.

—Precisamente; es lo mejor. Y con unas cuantas botellas de vino que compraría en el camino, puedo preparar un ponche especial para esperarlos como se debe. Con salvas de cohetes y con serpentinas.

—Un poco grotesco —dijo Delgado—, con salvas de cohetes y con serpentinas; nada de eso. Con un buen ponche de vino, eso sí. Pero es urgente que te adelantes; Ramona tiene que conocer la bodega, precisamente esta noche, y qué me hago yo con la bodega cerrada; anda volando en un auto. Nosotros no tardaremos. Aquí tienes plata.

Peña y Lillo recibió la plata que le ofrecía Delgado, y partió a toda prisa.

Ramona se mostraba reservada. Delgado lo notó y dijo:

—Ya no hay peligro de que la bodega se cierre. Podemos estar tranquilos.

Ramona guardó silencio.

—¿No te parece? —insistió Delgado.

Ramona no contestó.

—Y luego, estoy ansioso de entregarte tu regalo de cumpleaños —dijo ahora Delgado—; y únicamente en la bodega podré hacerlo.

Ramona parecía no haber escuchado en absoluto. Delgado estaba sorprendido con este mutismo.

—¿Qué te pasa? —dijo—. ¿Habré cometido alguna falta y provocado tu enojo sin darme cuenta? Por favor, habla.

Ramona puso oídos sordos.

Delgado no sabía qué pensar. Y de pronto dijo con impaciencia:

—¿Se puede saber qué sucede? ¿A qué se debe tan obstinado silencio? Que yo sepa, no eres loca.

—¡Basta! —exclamó Ramona con ira—. No me molestes.

—¿Dices que te molesto? En ese caso, me voy.

—Andate. ¡Me molestas!

—¿En qué forma te molesto? Sólo espero saberlo para retirarme.

—Retírate; me has ofendido.

—¿Ofenderte yo? Ni loco que estuviera.

—Eres un comediante. Pretendes ponerme en evidencia utilizando al señor Peña y Lillo. Y lo mandas a la bodega para preparar el terreno.

—¡Pero tú no puedes pensar de ese modo!

—¿Y de qué modo quieres que piense? Sencillamente me lastima tu escandaloso proceder. Tú pretendes poner en guardia a tus amigos que seguramente han de ser unos facinerosos, para que me esperen y me miren, y para presentarme como a un bicho raro. Pero has de saber que yo no permito que me hagan objeto de exhibición; es indigna tu conducta. Adiós.

Ramona dio las espaldas a Delgado y se lanzó cuesta arriba.

Delgado a su vez dio las espaldas a Ramona y se lanzó cuesta abajo; pero sin embargo, muy pronto se detuvo y, dando media vuelta, retrocedió precipitadamente con la intención de dar encuentro a Ramona, la cual, empero, a todo esto se había perdido de vista.

Arriba, con resplandecientes fogatas, en la pendiente y en las alturas del cementerio, se agitaba un alegre gentío, con un resuello de frío y con olor a quemado. Delgado ganó la cuadra del Cementerio; y luego, habiendo dejado atrás el enrejado de éste, se detuvo con sobresalto ante una imagen que surgía de entre las sombras —un cuerpo de vagos contornos y una cara llorosa perdiéndose entre las sombras. Miró en torno, sin poder explicarse dónde estaría Ramona. Hacia la derecha, bordeando un basural que se hundía en oscuras profundidades, un sendero se internaba en el descampado, al fulgor de incontables fogatas que parecían arder con un soplo lejano, ofreciendo un extraño espectáculo. Felipe Delgado rechazó la suposición de que Ramona hubiese tomado aquel camino, y volviendo sobre sus pasos, cuesta abajo, sin atinar a otra cosa, se metió a una chingana para beber unas copas.

Y caminaba ahora con el propósito de irse a la bodega, cuando de pronto avistó a Ramona, la cual descendía a toda prisa por el centro de la calle, y corrió a darle encuentro.

Ramona se detuvo bruscamente; estaba pálida y temblorosa. Delgado notó los esfuerzos que hacía para dominarse.

—Estoy avergonzada; he sido injusta contigo —dijo ella con tono resuelto.

Ante tan inesperada actitud, Delgado se quedó sorprendido; no atinaba a contestar.

—Tú sabes —prosiguió ella—, todo esto es encantador por lo mismo que es absurdo. Y sería una lástima que se eche a perder por un disparate.

—¿Y dónde estuviste? —preguntó Delgado—. Te busqué por todas partes y pasé por el cementerio. ¿A dónde fuiste?

—Al cementerio precisamente —dijo ella—; no pude resistir a la tentación de entrar cuando pasaba por allí, viendo que sacaban unos bancos para sentarse en la acera del frente. Y como la reja estaba abierta, el portero me dejó entrar con una propina que le di.

Delgado estaba perplejo.

—¡Entrar al cementerio y verte sola tu alma entre los muertos! ¿No te dio miedo?

—Me dio miedo, y no lo niego; sólo que el miedo me gusta. Pero quiero pedirte un favor: olvida mis palabras injustas y llévame a la bodega.

Delgado inclinó la cabeza y dijo:

—Con todo el placer de mi alma.

Tomados del brazo, bajaron rápidamente hasta la avenida Pando. Esta vez entraron por la ruta del callejón Inquisivi.

En la bodega los esperaba Peña y Lillo. Les dio la bienvenida y los hizo entrar al cuartito. En el cuartito, con lóbregas paredes, con la tarima de adobes, con las figuras inclinadas y difusas a la luz de la vela, Delgado miraba a Ramona; Ramona estaba como si tal cosa. En una tienda de abarrotes no habría estado tan tranquila. Los clientes de costumbre se hallaban presentes. El señor Beltrán, Amézaga, el Delicado, el Mazorral y otros —en la plataforma, los eternos aparapitas. Los clientes se pusieron de pie, tímidamente y con estupor. Beltrán hizo una venia, y con gran solemnidad, ofreció un asiento a Ramona. Amézaga se acercó para limpiar el asiento. El Mazorral estaba durmiendo, y roncaba ruidosamente.

Ahora hizo acto de presencia Corsino Ordóñez, seguido por Peña y Lillo, quien portaba una bandeja, y ofreció una taza de ponche. Todos bebieron en silencio. Luego Ordóñez se aproximó al taburete en que se sentaba Delgado y, con gesto misterioso, le entregó un paquete —el regalo destinado a Ramona, que estaba guardado en la bodega. Delgado presentó a Ramona y dijo que era su novia; entonces todos se acercaron, vacilantes, y le dieron la mano. Evidentemente, la aparición de Ramona causaba un desagrado indecible. Con excepción de Peña y Lillo, por supuesto, y, si se quiere, de Beltrán y el bodeguero, los circunstantes se encolerizaban secretamente al verse sorprendidos en la intimidad de la bodega por una de aquellas damas elegantes, a

quienes ellos miraban alguna vez desde lejos y como entre sueños. Sin embargo, se sentían obligados a guardar una actitud respetuosa, seguramente por consideración a Felipe Delgado. El único en rebelarse fue el veterano de la guerra del Pacífico, quien se quedó sentado y se mantuvo inmóvil, mirando fijamente y con encono a la pareja, escuchando con aire desdeñoso a Corsino Ordóñez, quien le reprendía por su mala educación; y dijo que, en primer lugar, no le gustaba saludar, y en segundo lugar, tenía flojera de pararse.

Lejos de inmutarse, Ordóñez declaró festivamente que sólo a los veteranos de la guerra del Pacífico les estaba permitido el lujo de no saludar, ya que tenían flojera de hacerlo.

—Usted comprenderá la álgida situación, distinguidísima señorita —añadió dirigiéndose a Ramona—, y por lo tanto sabrá disculpar.

Ramona se limitó a sonreír, mientras que Delgado, por su parte, asumía una actitud de benevolencia.

Y ante la tensión que había surgido, ahora todos guardaban silencio. Al cabo intervino Beltrán y dijo:

—¡Ah, vida de mi vida! Con buen humor todo se arregla; créame usted, dignísima señorita.

—Aplaudo tus palabras —dijo Ordóñez con vivacidad—. La juventud ríe; la ancianidad llora. Y para cuándo esa famosa aventura de tu enemigo que te perseguía, que querías contar no hace rato; inspírate y sé ameno; cuéntanos. Somos todo oídos.

—¿Y si la señorita se aburre? —objetó Beltrán.

—Si la aventura es realmente tan chistosa como dijiste, imposible que se aburra.

—Pues bien, así que sea —dijo Beltrán—; pero téngase en cuenta que la aventura es triste, y no chistosa; les contaré y seré breve.

Beltrán dirigió gentilmente una sonrisa a los recién llegados, y luego hizo una peregrina relación, en los siguientes términos:

—No hace muchos años, cuando yo era joven y apuesto, elegante y gallardo, cierto enemigo mío me perseguía, llevado por la envidia y por el despecho; y según noticias que llegaron a mis oídos, tenía la intención de bañarme en plena vía pública

con dos latas de orines podridos que hacía acarrear por calles y plazas con un aparapita. Y tan grande era su odio, y tan grande su infamia, que se ocultaba en lugares estratégicos y permanecía horas enteras al acecho, rondando en las cercanías de mi domicilio y seguido por el aparapita con las latas de orines a cuestas. Ahora bien; por puro instinto de conservación yo me había refugiado temporalmente en el domicilio de mi comadre, la señora doña Anticlea de la Quintana, y además, me había munido de un par de chisguetes de éter para repeler los ahora inminentes ataques del enconado enemigo que, según me avisaron, intentaba partirme la cabeza, para lo cual se había munido de un par de cachiporras de plomo. Así las cosas, una noche de esas yo me recogía de una reunión social, a la que había asistido por pura etiqueta; y cuando llegaba a las proximidades del domicilio de mi comadre Anticlea, muy desprevenido y alegre, veo que alguien se me abalanza, y era mi enemigo; y como yo estaba borracho y no atinaba a sacar mis chisguetes de éter, nada le costó aplicarme una llave inglesa, es decir, una llave japonesa, pues mi enemigo era experto en la lucha japonesa, también llamada yudo o, más propiamente, jiu–jitsu; y como me resistía a caer, con toda alevosía me aplicó una zancadilla seca, por cuyo efecto, como su nombre lo indica, la víctima cae en seco; y tal caí yo. Y con esto mi enemigo ya podía darme por perdido, como que, viéndome patalear en el suelo, gritó: "¡Este es mi día!", y acto seguido, llamando al aparapita, me bañó con una lata de orines. Pero el final es lo mejor de la aventura; dejen que les cuente. Pataleaba yo desconsoladamente en un baño de orines; mi enemigo, loco de alegría, arrojaba a un lado la lata vacía, y pedía la otra al aparapita; pero sin embargo el aparapita, bien sabe Dios por qué, en esos momentos vacilaba; y luego, con todas sus fuerzas, le daba un buen empellón a mi enemigo, y le quitaba las cachiporras, y luego, le daba un buen golpe y lo tumbaba por los suelos, y agarraba luego y le daba una buena patada; y luego agarraba la lata de orines y, con admirable destreza, lo bañaba sin asco, y escapaba luego a toda carrera. Y luego, empapado en orines y loco de ira, se levantaba mi enemigo y se lanzaba luego, como alma que lleva el diablo en pos del aparapita; y luego yo reía, señores, lo confieso, yo reía; y luego me regodeaba...

—¿Y para qué tanto luego y luego? —interrogó con exasperación el bodeguero—. Además me extraña tu terrible falta de respeto.

Pues ahora que Beltrán finalizaba el relato, el quisquilloso dueño de casa se sentía obligado a reprender al narrador, dado que una dama estaba presente.

—Si así son las aventuras, francamente no le veo ni le entiendo —añadió ahora—; a mí me extrañan tus cuentos. Hay damas en esta casa, te seré franco; no me gustan tus inventos.

—No son inventos —replicó Beltrán—; es un trozo de vida. Y para que conste, yo sé respetar a las damas; todo trozo de vida es un tesoro de sabiduría. Un trozo de vida, como es bien sabido, encierra mil enseñanzas; tú no comprendes.

—Ni me hace falta —repuso el bodeguero—. ¿Qué saco yo comprendiendo tus chistes y tus absurdos? A mi me extrañan tus enseñanzas.

—Los hombres y los pueblos que no saben comprender, caen al abismo —sentenció Beltrán; y añadió con ironía—: Luego me extraña que mis enseñanzas te extrañen.

Ordóñez se puso rojo de cólera.

—Quisiera darte un sano consejo —dijo—: No te propases; no siempre es bueno hacerse el chistoso. Y con el perdón de la venerable señorita aquí presente, te diré que haces mal en confundir un trozo de vida con una lata de orines. A mí no me importan tus enseñanzas; todo el mundo sabe que yo no discuto. La única exigencia que te planteo es que respetes a las damas que en estos momentos honran mi casa.

Con el evidente propósito de mortificar al bodeguero y ya que éste mencionaba a las damas siendo así que no había sino tan sólo una, Beltrán dirigió ostensiblemente la mirada a uno y otro lado para poner de manifiesto su extrañeza, y luego dijo:

—Yo sé muy bien que la dama aquí presente es digna del mayor respeto. Tú y yo somos amigos de muchos años, Corsino; muy bien me conoces como hombre respetuoso. Y precisamente, un gran intelectual y hombre de espíritu aquí presente, quien me enaltece con su amistad, es el llamado a dar un veredicto: me refiero al señor Delgado —y dirigiéndose a éste, dijo—: Usted, señor Delgado, más de una vez se dignó requerir mi muy

modesto concurso en trascendentales y delicadísimos asuntos; ahora bien; yo le pregunto lo siguiente: ¿Alguna vez en su vida ha conocido usted un hombre más respetuoso que yo?

—Jamás en mi vida—afirmó Delgado con fingida seriedad—. Yo personalmente, sostengo que es usted el hombre más respetuoso que pisa la tierra.

—Basta; le agradezco de todo corazón, señor Delgado. Es usted un verdadero hidalgo —y dirigiéndose al bodeguero, con gesto de triunfo, Beltrán añadió—: ¿Y ahora qué me dices?

Ordóñez, desconcertado por completo, vaciló un momento, y luego declaró sentenciosamente:

—Es de hidalgos reconocer las virtudes humanas; yo no digo nada. Pero conste que tú, por hacerlo bien, pecas de chistoso, y por hacerte el chistoso, pecas de irrespetuoso.

Ramona Escalera, que a todo esto hacía desesperados esfuerzos para no romper a reír, de pronto ya no pudo más y, llevando un pañuelo a su boca, estalló inconteniblemente en ruidosas y prolongadas carcajadas, de tal manera, que los bebedores se quedaron estupefactos, y ahora la miraban con una mezcla de recelo y simpatía.

Ordóñez llamó a Peña y Lillo para ofrecer otros turnos de ponche, y luego, Delgado invitó una botella de aguardiente a cada uno de los concurrentes. Ahora todos bebían con renovado entusiasmo.

El Delicado dijo:

—Con el perdón de las señoras damas, haré uso de la palabra. Ojalá Dios no se enoje con nosotros; nosotros bebemos, nosotros estamos alegres, nosotros estamos bien de salud; y mientras tanto, los estudiantes mueren como moscas en la revolución.

Amézaga lo miró rencorosamente y dijo:

—¿Y por qué eres tan hipócrita? ¿De cuándo aquí vienes con sermones? ¿Qué haces que no vas y defiendes a los estudiantes, si tanto te preocupa que mueran como moscas?

—¿Y qué haces tú que no vas? —replicó el otro—. ¿A qué te metes cuando yo hablo?

—Me da la gana —dijo Amézaga—; y si me diera la gana iría a defender a los estudiantes, pero primero te mataría; a todos consta que eres el enemigo número uno del hombre de

bien. Tú hablas y hablas, y lo único que sabes es quejarte. Eres un insolente y un cobarde.

—¿Cobarde? ¿Desde cuándo? Una cosa quiero que me digas: ¿quién te ha salvado de los cucufates?

—¿De los cucufates? ¿De cuáles cucufates?

—De los cucufates; me extraña tu cinismo. Por un pelo no te botan al muladar los cucufates.

—¡Ah, los cucufates de la congregación! —exclamó Amézaga poniéndose rojo—. Tú me has salvado; pero te estaba viendo la Magdalena, tu concubina, y ese rato los agarraste a los cucufates y me salvaste por hacerte el macho. Si miento, que don Corsino me desmienta.

—¡Basta, señores! —intervino el aludido—. Ya parecen guaguas; les pido un poco de moderación. Hay damas en esta casa. El problema que se plantea con estos mis estimados es un tanto vidrioso —dijo dirigiéndose a Ramona—: Usted perdone. Se pasan la vida discutiendo y no saben comportarse como caballeros; no tienen sangre en la cara y hablan de cultura. En una palabra: son hombres leales, pero, como bolivianos, deberían ser un poco más sensatos; hablan de política, y ni siquiera saben firmar.

—Con perdón de las señoras damas, te diré don Corsino que soy ciudadano, y tengo derecho a opinar —dijo el Delicado—. No es para que te enojes. Yo hablo de política sin saber firmar; la política es de machos; tú mismo tienes un refrán y dices: hombre cobarde no entra al palacio.

—Muy bien doctor —dijo Ordóñez—. Pero tú te callas. No hagas alarde de sabiduría. Aquí estamos entre gente decente; queremos estar tranquilos y sin que nadie nos moleste. Y por si las moscas, debo decirte una cosa: yo más que nadie sé que la política es cuestión de machismo.

—Eco —dijo de pronto el veterano del Pacífico interviniendo apasionadamente—. En mis tiempos las revoluciones se hacían a plan de cañón y de cargas de caballería. Los cobardes se ocultaban y se hacían los valientes, y los valientes, se hacían los cobardes y tomaban el palacio. En una palabra: hay que ser macho. Esa es la cosa.

—Es su orden mi sargento —dijo Ordóñez—; acato sus palabras. Y si de machismo se trata, creo que todo el mundo me conoce. Pero aquí no estamos hablando de tomar el palacio.

—¿Y entonces de qué estamos hablando? —replicó el Delicado.

—Ya te he dicho que te calles —sentenció el bodeguero—. Aquí estamos hablando de cosas que a ti no te interesan; demasiado he tolerado tus absurdas opiniones. Aquí todos me proporcionan sinsabores y me hacen pasar vergüenzas; pero nadie reconoce mis sacrificios.

Detrás del bodeguero se situaba Peña y Lillo, y escuchaba atentamente.

—Hay razón —dijo—. Errar es humano y perdonar es divino; pero nadie debe propasarse. Corsino Ordóñez ha tolerado demasiado, y le doy la razón: guay de nosotros si se aburre. Pleitesía no le rindo, pero soy sincero y solidario, y como digo y repito, le doy la razón. Nadie reconoce sus sacrificios. Yo les he dicho toda la vida, y toda la vida es así.

—Toda la vida es así —afirmó Ordóñez—. No comprenden la situación; no consideran a las distinguidísimas visitas que honran la bodega; uno pasa por alto muchas anomalías y muchos absurdos, y todavía vienen a discutir de política. Ha de ser hasta que yo me caliente.

—Eco —dijo el veterano—. Con cuatro coraceros al frente, no hay discutidores que valgan; en mis tiempos al menos, así era. Bala con ellos.

—Tiene razón mi sargento —dijo el bodeguero cambiando de humor—. Que los discutidores tomen debida nota —añadió festivamente.

El Delicado, que sin duda se tranquilizaba con el buen humor del bodeguero, se puso de pie y dijo:

—Mis humildes respetos y consideraciones por las señoras damas y por todos los aquí presentes; yo no discuto. ¿Quién soy para discutir? A ti te consta don Corsino; soy un pobre peregrino que pasa por el mundo. ¿Quién me ayuda a ganar el pan de cada día? Tú; a ti te sirvo y te venero.

—Muy bien mi estimado —dijo el bodeguero—. Aplaudo tus palabras; aquí nadie te aborrece ni te desprecia. Yo te defiendo. Todo amigo y todo hombre tiene sus ocurrencias, y a esta verdad me atengo.

—La verdad es la verdad, y yo me callo —dijo Amézaga.

En cierto momento, aprovechando un trance favorable, Delgado tomó por el brazo a Ramona y, pretextando que querían ver un momento las fogatas desde la puerta, la llevó a la plataforma. De esta manera, mientras los concurrentes se enzarzaban en la discusión, Delgado presentó a Ramona el regalo de cumpleaños que tenía prometido. Tratábase de una cabeza de jíbaro que días antes y por un afortunado azar había tenido la suerte de conseguir, según explicó a Ramona.

La cabeza humana, impresionante y diminuta, descansaba en el fondo de una caja forrada con fieltro negro, y se hallaba perfectamente conservada. Y tal como Delgado había supuesto, Ramona se quedó encantada con el regalo —un regalo singular al par que macabro.

—Ya sabía que te gustaría —dijo ahora—. De todas maneras esta cabeza, por macabra que fuese, adquiere en tus manos una significación totalmente nueva.

—Tú sabes, y yo sé —dijo Ramona con intensa seriedad. Y con imperturbable y extraña calma que casi asustaba a Delgado, acercó lentamente a sus labios el objeto hasta rozarlo con éstos, y luego dijo—: Tiene un olor raro y profundo.

—A quemado —adelantó Delgado.

—A quemado —confirmó ella—. A carne quemada; y sin embargo, nada repugnante. Más bien parecería un olor muy antiguo, a madera quemada; a vegetales quemados.

—En coincidencia con mis propias percepciones —anotó Delgado.

—No me sorprende —dijo Ramona—. Es sólo una confirmación de lo ya confirmado, tú sabes. Pero me regalas un verdadero tesoro; una joya impresionante que muy bien la merezco. A partir de este momento, ocupa ya un lugar privilegiado entre mis más preciosos objetos, entre mis más preciosos amuletos —de pronto hizo un movimiento de sobresalto y, sin poder contenerse exclamó—: ¡Pero se parece a ti! ¿No has notado que se parece a ti?

Delgado asintió. Estaba en su conciencia que lo había notado.

Ahora sonrió y dijo:

—Es por eso por lo que me llamó la atención, y por lo que precisamente di la bienvenida a este regalo para ti, el cual sin

duda ya tenía su destino. Y por eso con este regalo, como tú comprendes, yo no incurro en ninguna extravagancia, sino que únicamente obedezco a mi manera de ser y a la manera de ser de las cosas. Todos somos diferentes de los demás. Cada cual tiene sus buenas y profundas razones para hacer lo que hace. Y ahora qué te parece si nos vamos.

—Me parece bien —dijo Ramona—. Siempre que tus amigos no lo tomen a mal. Todos tan dignos y tan simpáticos. Tan sinceros.

—Me gusta mucho escuchar lo que dices —afirmó Delgado—. Créeme, tus palabras me causan emoción. Pero vámonos. Mis amigos no lo tomarán a mal.

En efecto, entraron al cuartito y, con palabras agradecidas y cordiales, se despidieron, y luego salieron de la bodega.

CAPITULO V

De la crónica de Felipe Delgado:

"¿A quién escribir? Escribir es un desahogo. Un medio por el cual se clarifican las cosas. ¿Y qué tal si le escribo a Ramona? ¿Una carta destinada a quedarse por siempre jamás en las páginas de este cuaderno? De todas maneras seguiría siendo una carta, con los beneficios que ella depara. ¿Y qué tal una carta a mí mismo? Una carta es una carta; una carta ofrece insospechadas posibilidades de expresión, y no así una crónica. Una crónica es una crónica; debe limitarse a la simple y desapasionada relación de los hechos. Por lo demás, aunque de un tiempo a esta parte me acosa la tentación de escribir mis memorias, no soy afecto a llevar un diario o cosa que se le parezca; decididamente, mi manera de ser se rebela. Si escribo aquí es porque me place; escribir me interesa poderosamente. Es más: me fascina. El escribir es de por sí un hecho patético; una grave con-

frontación. Un ejercicio, en el más alto sentido. El espíritu despierta, el alma asume formas palpables, y de ocultas profundidades, de espacios de hielo y de fuego, emerge la fuerza destructora: y con esta amenaza, la carne y el hueso se complacen, y con esto me complazco yo.

"Pero ahora que he salido del hospital y me siento tranquilo, quiero comunicarte muchas cosas. Ahora que me veo libre de ciertas dudas y al mismo tiempo me acosan ciertas preocupaciones, quiero escribirte. La fiesta de San Juan se acerca; la fecha de tu cumpleaños se acerca; y tú, aún no has pisado esta casa. El panorama es en extremo confuso; en extremo complicado. Seductor como el abismo, un oscuro camino se me ofrece; debo penetrar en él. Está escrito. El peso de los aconteceres, con ser abrumador, es empero para mí leve. En espesos miasmas se hunde el antro de Prudencio. No quiero ser desproporcionado en mi lenguaje; no quiero ser excesivo en mi sentir; pero ciertamente, una sorda tragedia palpita en el antro.

"Ramona me expuso la situación con claridad y franqueza. Aquella tarde, en la incómoda pieza del hospital, yo la esperaba, con la firme determinación de abordar el tema de Prudencio. Ramona estaba en peligro; era absolutamente necesario ponerla en guardia. Pero ella se me adelantó y me reveló muchas cosas. En efecto, estaba en peligro y lo sabía; y por tanto, no era necesario ponerla en guardia. Por sus palabras, pronto se vieron plenamente confirmadas las noticias que me hizo saber Peña y Lillo, a propósito de las confidencias de su amigo Bermúdez.

"En definitiva, Prudencio había fugado, y ahora ya podíamos respirar tranquilos. Grotesca y ridícula fuga; ni vale la pena ocuparse de ella. Prudencio está ni sé dónde diablos, y dice que si cae Siles, él retorna; de lo contrario, se queda. Sería de desear que no caiga Siles, y se esté por lo menos un siglo. En todo caso, la situación de Ramona es más que difícil. Y yo nada puedo hacer. Me veo con las manos atadas. Decididamente, Prudencio es un depravado. Tiene muñecas; muñecas: tal como suena. Un demente. Lucía, su hermana, le ayuda a vivir su demencia. Ramona es una de las muñecas. Ha dejado de ser una mujer. Mejor dicho: para Prudencio, nunca lo fue. Siempre ha sido una muñeca para él: con un olor a nada y en una atmósfe-

ra de locura. ¿Qué es Prudencio? ¿Quién es? El retrato me repugna. Y lo extraño es esto: Ramona misma quiere ser una muñeca a los ojos de Prudencio, ya que no una mujer, probablemente porque se espanta ante el papel que ella asumiría. (Ante cu yo papel ella se espantaría). Esa es la cuestión. De ahí que yo pienso que la bodega sería para ella una salvación. Habitar la bodega sería para Ramona un substraerse de la depravación y de la locura. Una morada sería para ella la bodega, en la cual comenzaría a vivir la verdadera vida. Es lástima que en la actual época no llueva. Con las vibraciones de la lluvia yo podría contar para conseguir su salvación. El frío la induce a ser cruel para con ella misma, en la actual época del año. Sin duda alguna, al haber salido yo a su paso, ha quedado abierto para ella un camino. Pero hace falta la lluvia. La lluvia podría hacerle aprender a ser humilde. La única cosa mala del frío es que induce a la soberbia y, por paradoja, a la resignación. Es Ramona una mujer llena de soberbia, y por eso no le queda más remedio que ser resignada, por lo que precisamente no puede ser humilde. Por eso digo que le hace falta mirar la lluvia.

... ...

"Si he de decir la verdad, yo estoy que no puedo más con tanta cosa. La noche de su cumpleaños, cuando conoció la bodega y cuando conoció mi casa, me contó ciertas cosas que yo ni siquiera me habría atrevido a imaginar. Cuestiones extrañas y atroces, episodios de pesadilla en el hueco de una puerta, con una llave y con las gesticulaciones de la hermana de Prudencio; Prudencio vistiendo y desvistiendo a sus muñecas y delirando con ellas, y tramando las más espantosas sutilezas para gozar con el terror de Ramona. Prudencio concibe y la hermana actúa. ¿Gozará Ramona con el terror? ¿Será ella misma quien, con su actitud pasiva, alienta los delirios de Prudencio y favorece las maniobras de la hermana? ¿Cómo será? ¿Quién sabe? Seguramente ni siquiera Ramona lo sabe. La cuestión es que ella me contó la historia con la mayor tranquilidad del mundo, cosa que a mí me causó profunda extrañeza. (A propósito de muñecas: ahora que recuerdo, Titina Castellanos tenía una muñeca. Tan extraña coincidencia me llena del más absoluto asombro).

"Según he podido inferir por las revelaciones de Ramona, Prudencio ha sido utilizado por individuos de dudosa condición. Así se explica el que se hubiese visto envuelto en la revolución de junio, "sin saber leer ni escribir", como diría tan acertadamente el amigo de Peña y Lillo. Y así también se explican todas esas historias que a un principio parecían absurdas, con respecto a las armas en poder de los porteros y la pólvora y ni sé qué otras cosas a las que se refería el chofer de Prudencio. Y lo que pasa es que en realidad esos individuos se aprovecharon de las torcidas inclinaciones de Prudencio y lo utilizaron para determinados fines.

"Y ahora que el famoso Prudencio ha retornado, yo no sé qué pasará. Todo se junta para agravar la situación: en realidad, hace ya rato que la hermana de Prudencio se ha levantado; y como la maldita vieja no está ya postrada, Ramona difícilmente puede salir. Por otra parte, parece que no hay la menor posibilidad de solucionar radicalmente la situación. Ella se resiste. Mejor dicho: no puede. "Sepárate de Prudencio", le digo yo; "Sepárate de ese individuo y huye del antro". Y ella no contesta. Me mira y se queda callada. Finalmente, el otro día me dijo: "No puedo". "¿Y por qué no puedes?", le pregunté. Y ella me dijo: "No me lo preguntes; simplemente, no puedo; sería muy difícil y tal vez imposible explicarte las razones que me impiden adoptar una decisión radical".

"Y sin embargo le gusta estar aquí, en mi casa, en mis cuartos, mirando por las ventanas del patio el cerro de Killi–Killi, y por el pequeño balcón a la calle, las ventanas de la casa del frente. Alguna vez me habla de un viaje que debe realizar con Prudencio, y que quiere postergar hasta fines de noviembre para festejar juntos el día de mi cumpleaños. Un viaje no sé a dónde ni para qué.

"Las acciones de Prudencio son totalmente imprevisibles. Prudencio actúa como todo demente, esto es, en contra de cualquier previsión. Y Ramona Escalera le guarda un extraño respeto. Un respeto muy extraño. Lo desprecia profundamente, y sin embargo lo respeta. "Yo lo respeto", me dijo. "Qué cosa tan extraña", le dije yo. "Es que lo respeto porque sufre", me dijo ella. Y me quedé lelo. Por lo demás comprendo perfectamente la situación de Ramona. No deseo ni me interesa interiorizarme

en cuanto toca a sus íntimos sentimientos con respecto a Prudencio. De mi parte sería muy poco decente cualquier intento de incursionar en esos terrenos. Tampoco quiero influir en su ánimo. Todo deberá caer por su propio peso. A mí no me gusta hacer méritos ante nadie. Ella es como lo que es y yo soy como lo que soy y ahí se acabó la cuestión. Ella dice: "Me gustaría quedarme toda la vida aquí". Y sin embargo se va. Es en todo caso de una individualidad sorprendente. No tiene amigas. No recibe visitas. Lee con mucho cuidado. ¿Cuántas veces habrá leído el Quijote? Unas cuatro veces. Le gusta la música y toca el piano. Dice que en su casa tiene un hermoso piano. Yo no la oí tocar. No tengo piano. El otro día trajo unos discos de su colección. Dice que tiene muchísimos. Pero se quejaba de su gramófono, que tenía fallas en la velocidad. Yo le dije que podría tranquilamente arreglar ese desperfecto, pero para eso tendría que ir a su casa, lo cual, como es obvio, resultaba imposible para mí. Ahora debo reconocer que Ramona tiene ideas audaces. Me dijo que en ausencia de Prudencio y de su cuñada, ella podía tranquilamente introducirme en la casa. Yo rechacé de plano semejante proposición. Jamás pisaré el antro. Cometería una indignidad. Sería un acto incalificable. Una perfecta y absoluta vergüenza. Conozco el zaguán y conozco la reja. He hablado con los porteros. He tocado la reja y he visto una especie de jardín abandonado. Y basta. Yo me indigné y le dije: "¿Cómo te imaginas que yo podría pisar esa casa? ¿Acaso no me conoces? ¿Cómo es posible que se te ocurra semejante idea?". Y ella me dijo: "Sólo se trataba de mi gramófono, que tú podías arreglar; no quise ofenderte. Perdóname". Y con esto, una vez más se revelaba la desconcertante manera de ser de Ramona Escalera.

"En cuanto al gramófono, yo le dije que cualquier mecánico podría arreglarlo, puesto que en realidad la falla no era grave, según yo entendía. Por lo general, cuando se presentan fallas en la velocidad de un gramófono, todo es cuestión de revisar el mecanismo de los volantes compensadores. Este mecanismo consiste en tres pesas montadas sobre flejes de acero que se distienden o que se contraen por medio de una palanca reguladora para aumentar o para disminuir la velocidad del plato. Y para ser más claro, desarmé mi gramófono y le hice a Ramona una demostración práctica del funcionamiento de este mecanismo tan sencillo. Ahora lo asombroso es que ella misma fuese capaz de arreglar el desperfecto de su gramófono, tal como me contó pocos días después. Y esto quiere decir que Ramona es digna de vivir la vida de la bodega, es decir la vida mística. La verdad es que quien no sabe manejar las manos no puede hacer una vida mística. Aquel que no puede manejar un objeto, aquel que no puede posesionarse de un objeto está perdido. El principio fundamental del hombre religioso es la posesión de las cosas. Así se lo dije a Ramona, y ella, como es natural, se mostró de pleno acuerdo.

—"Una cuestión me preocupa. Se trata de un problema de conciencia. ¿Debo o no debo comunicarle a Ramona el asunto del viejo que me persigue y que es para mí una atroz pesadilla? En el fondo de mi conciencia, una voz me dice que debo, pero sin embargo yo me resisto. ¿A qué se debe semejante resistencia? No lo sé. El simple hecho de que yo mismo no sepa explicarme la naturaleza de la aparición debería inducirme a ser comunicativo con Ramona. Quizá ella me ayudaría a desentrañar el misterio. Por primera vez me atrevo a preguntarme lo siguiente: ¿Quién es el viejo? Tengo la íntima y profunda convicción de que es un ser sobrenatural. Muchas veces, muy a mi pesar, he pensado muchas cosas. Ultimamente he meditado con toda serenidad y calma. No quiero forjar fantasías y engañarme a mí mismo. No quiero forjar historias para explicarme la naturaleza de la aparición. En realidad el viejo soy yo mismo. Todas y cada una de las veces que lo he visto he notado un pavoroso parecido conmigo. (Si cabe, mucho más impresionante que el de la cabeza de jíbaro). Es como si hubiera salido de la tumba dentro de muchos años. Es como si me hubiera adelantado a morir mi propia muerte para luego salir de la tumba y mirarme a mí mismo en las calles. El viejo soy yo. La aparición soy yo. Esa es la cosa. He ahí el porqué de que yo me resista a comunicar a nadie en absoluto semejante secreto. Una de las pocas cosas que puedo asegurarme a mí mismo es que no estoy loco. Mis apreciaciones son frías y serenas. No deliro. La realidad de la aparición es absolutamente indudable. Tan indudable como la realidad de mi cuerpo físico.

"Ramona es un ser extrañamente lúcido, y ésta es una razón más para que yo guarde el secreto. Hasta la tumba. Ade-

más, no hay para qué abrumarla. Ya es suficiente con todo lo que sucede. Desde luego, no me arrepiento ni me hago pesar por haberle revelado que mi madre se llamaba Ramona. En realidad, yo tenía suma urgencia de comunicárselo. Cosa extraña: cuando se lo dije, me sentí culpable de no sé qué culpa. Me parecía que confesaba una culpa, con inmensa contrición y con inmenso temor. Ramona arrojó mucha luz sobre una cuestión tan extremadamente delicada. Y me llenó de asombro con la interpretación trascendental del asunto. Ramona sabe muchas cosas. Es decididamente una mujer como pocas.

"No hay palabras para ponderar la importancia del júbilo. El júbilo es el supremo terror de la revelación. Por la comunicación con Ramona me han sido reveladas muchas cosas. Por la comunicación con Ramona me ha sido dado presentir el ansia del júbilo. Un pelo, una mota de polvo en un pelo es una revelación. Cuando vibra una palabra ocurren muchas cosas. Cuando el mirar se posa en la imagen ocurren muchas cosas. No es que yo quiera poetizar o filosofar, pero la verdad es que el mundo en que vivimos es un mundo que se oculta a nuestros ojos. Cada hombre debe crear un mundo. Cada hombre debe crear una realidad. La verdadera realidad del mundo es algo absolutamente inalcanzable. Por eso precisamente las posibilidades de creación del hombre son prodigiosas. El hombre es una hechura del hombre. Y por eso las posibilidades de destrucción del hombre son asimismo prodigiosas. A propósito de todo esto, yo hablé seriamente con Ramona y le expuse un tema tal vez peregrino, pero que en todo caso resulta inquietante. Y le dije: "Piensa en la destrucción del mundo por el hombre. ¿Sería posible destruir el planeta? ¿Y cómo así? ¿Por qué será que hasta ahora ningún hombre, que se sepa, nunca jamás ha intentado destruir el planeta?". Al escuchar estas mis palabras, Ramona me miró, y luego se puso a llorar silenciosamente.

. . . .

"Lo que pasa con el saco de aparapita que estoy tratando de confeccionar es un poco ridículo. Simplemente, un saco de aparapita es obra de la vida. No es cuestión de agarrar un saco cualquiera y rasgarlo y ponerle remiendos por aquí y por allá. Ese mi saco de aparapita no es ni siquiera un disfraz. Es una suplantación. Decididamente, para tener un saco de aparapita hay que ser aparapita. No es cuestión de ir a la sastrería y mandarse hacer un saco semejante. Ya veré lo que hago luego de consultar con Ramona.

. . . .

"En cuanto al presentimiento de la muerte de Ramona, no hay tal. La noche de San Juan me encontraba ofuscado. Ha sido más que todo una cuestión meramente imaginativa. En todo caso, si alguien ha de morir no ha de ser Ramona, sino yo. Que Ramona cierre mis ojos. Que me entierre y se quede. Una vez, ella me miró y me dijo enigmáticamente: "A nadie le está permitido morir". Y no quiso o no pudo ser más explícita. Espantosas palabras.

. . . .

"¿Quién será el individuo que la otra noche se presentó intempestivamente y me amenazó? Decididamente, no es ni chantajista ni extorsionista. Quizá algún pariente de Prudencio o de Ramona. O bien un personaje oficioso. O tal vez un enemigo encubierto. "Tenga usted cuidado con las relaciones ilícitas", me dijo. "Es mi deber prevenírselo". Y se fue. Seguramente me espiaba. No bien llegué, escuché unos golpes en la puerta. Era el hombre. Pequeño y flaco, ya entrado en años, con bigote entrecano y blanco mechón en el cabello, bien vestido. Con abrigo de color claro y bufanda negra, sin sombrero. Con tono cortante y autoritario. No me dio tiempo para nada. Cuando me recuperaba de la terrible sorpresa, ya había desaparecido. (De esto, ni media palabra a Ramona).

. . . .

"Prudencio la hace pegar con su hermana Lucía. La hermana de Prudencio la pega. No le hace daño, y a veces parecería que ella quisiera acariciarla, o algo así, al pegarla. Le da unos lapos, por aquí y por allá, pero nunca en la cara. Lucía le teme a su hermano y lo mira como si fuera el demonio. La vieja bruja es una viciosa. Entra y se presenta sonriente, y Ramona, al verla, se pone a temblar. No, no por los golpes; no tiembla

por los golpes, sino por la sonrisa. "Lucía sonríe al pegarme, hasta que se va", me dijo Ramona. "A veces no me da miedo; Lucía se presenta y lo que yo hago es tenderme en la cama, y nada más, y entonces me pega con una llave; mejor dicho: no me pega, sino que me frota con la llave, y se cansa mucho, se agita y respira como si eso le gustara. Después me da unos puñetes y no me dice nada, sólo sonríe; y alguna vez que yo la miro por pura curiosidad ella se pone colorada, y parece que eso le diera vergüenza, como si fuera mi enamorada, imagínate. Y cuando deja de sonreír, sus ojos son los que sonríen, con una sonrisa de lo más rara". Ramona se quedó un momento mirándome y sonrió con malicia, como si estuviera encantada con su propio relato. "Pero ahora tú", exclamé yo, con repugnancia y exasperación, "¿por qué me vienes a sonreír a mí?". "Es que me da miedo, y a veces me imagino que puede matarme sonriendo", dijo Ramona con una hilaridad desconcertante, "pero muchas veces yo me burlo; ¿sabes?, me quedo sentada, ella entra y yo me quedo sentada y me hago la que no la veo, y no me muevo, por ver qué hace. Y ella, para que lo sepas, no empieza a pegarme de buenas a primeras, sino que siempre espera que yo me mueva para empezar a pegarme". "¡Vaya, qué porquería!", le dije a Ramona: "Y parece que la cosa te hiciera mucha gracia. ¿Qué hace ella cuando no te mueves?". "Se acerca, poco a poco, con pasos cortos, se inclina, y con la llave me hace cosquillas en la cabeza, se pone a jugar con mi cabello y yo me muevo, y entonces ella se pone a pegarme ese rato. Todo eso es una porquería, y por eso yo prefiero echarme en la cama en cuanto la veo entrar, porque cuando me ve así, en cama, no espera que me mueva ni nada, sino que se acerca y se pone a pegarme. Otras veces me encuentra desprevenida, y entonces se planta y me muestra la llave, que suspende poco a poco después de sacarla de su delantal y sostiene con la mano en medio de sus ojos, y justo en ese momento ella sonríe más y más, y ahí es cuando yo tengo mucho miedo, porque es una loca. Pero no me hace doler, eso es cierto. Y yo preferiría que se pusiera furiosa y que se pusiera a gritar, pero ella sonríe y sonríe, es lo único que hace. Y eso me da mucho miedo". Me quedé mirando a Ramona y le dije: "Oyeme bien, Ramona: me has contado muchas cosas; pero dime, sin hacer dengues y sin exagerar: ¿Qué opinión

tienes tú acerca de todo eso que me cuentas?". "¿Qué opinión tengo yo de todo eso?", se preguntó Ramona. "¿Qué opinión? Tú ya sabes lo que puedo opinar. Es gente enferma, él y su hermana, son viciosos y degenerados, y no tienen a nadie... ¿Me entiendes? El hermano, viejo y feo, y vieja y fea la hermana, lo único que tienen es una llave. Cada cual se acostará o se dormirá con una llave, y cada cual sentirá placer... yo no sé. Ahí tienes mi opinión". Esas fueron las palabras de Ramona. La verdad es que estas confesiones me han caído muy mal. En realidad, me han enfermado y me han asqueado, y me han alterado totalmente".

CAPITULO VI

Una tarde, Felipe Delgado tuvo un encuentro sorprendente. De entre el gentío que transitaba en la calle Evaristo Valle, apareció Juan de la Cruz Oblitas y se le acercó. En realidad, Delgado casi no había vuelto a pensar en Oblitas, aquel hombre de las adivinaciones y de los negocios a quien conoció por intermedio de Apolinar Borda.

Lo primero que hizo Oblitas fue reiterar sus agradecimientos, en forma muy efusiva, por la generosidad de Felipe Delgado.

–Usted, señor Delgado –dijo Oblitas–, tuvo a bien ceder graciosamente a don Apolinar sus derechos en la sociedad comercial que habíamos concertado. Y valga la oportunidad para expresarle nuevamente mi admiración. Altruismo y generosidad como las suyas, yo le diré, en este mundo ya no existen.

Y luego Oblitas, sin solución de continuidad, abordó de sopetón el tema de los negocios. ¿Quizá el señor Delgado se animara a meterse con él, Oblitas, en un negocio que consistía en acaparar papas en el Altiplano, para luego acomodarlas en la ciu-

dad, y que resultaba muchísimo más lucrativo que el negocio de los corderos? "¿Acaparar papas? Vaya, vaya; no me meto con papas", apresuróse a declarar Delgado. La idea de hacer algún negocio, claro que no era mala; pero eso de acaparar papas, a él le parecía demasiado complicado. ¿Qué otro proyecto podría proponer el señor Oblitas? ¿Una fábrica de fuegos artificiales? ¡Ese sí que no era un mal negocio!

—Usted recuerda, señor Delgado —dijo Oblitas—. Yo le propuse desde un principio ese negocio, dígame. El proyecto de la fábrica de fuegos artificiales, le seré franco, aquella vez fracasó, pero sigue siendo mi sueño dorado.

En realidad, Delgado sólo trataba de salir del paso para no resentir a Oblitas, y tanto más por cuanto no quería perder de vista a tan interesante personaje.

Subiendo por la calle, entraron a una chingana de Churubamba para seguir conversando. Delgado no consideró aportuno llevar a Oblitas a la bodega.

—Existe en estos momentos una buena fábrica de fuegos artificiales —declaró Oblitas—; tiene de todo y está en venta.

Delgado lo miraba atónito. No sabía qué cara poner.

—¡En estos momentos! —dijo—. Una buena fábrica ... Pero lo malo es que yo no entiendo nada de fuegos artificiales. ¿Y usted?

—Precisamente ya se lo dije hace tiempo —declaró Oblitas—. Soy técnico.

—Entonces usted también entiende de papas y de corderos —observó Delgado.

—Yo entiendo de todo, señor Delgado; no sólo de papas y de corderos —dijo Oblitas—. En esta vida hay que entender de todo; en esta vida el hombre debe trabajar. Y más todavía el que tiene plata, como usted, que está obligado a sacar provecho de su plata.

—Muy justo —asintió Delgado—. Y me interesaría saber cómo es eso de los fuegos artificiales. ¿Usted propone comprar una fábrica?

—Ni más ni menos —repuso Oblitas—. Eso es cabalmente lo que quiero proponerle. Lo único que se necesita es un poco de plata. Compramos la fábrica y yo la manejo; usted recibe como socio la mitad de las ganancias, mensualmente y con toda puntualidad. Por esa parte no hay cuidado. Además dispongo de operarios muy hábiles y que pueden hacer maravillas. Alegorías de toda clase, tanto para las fiestas patrias como para las fiestas religiosas.

Muy a pesar suyo, Delgado comenzaba a interesarse por el asunto.

—Yo no sabía —dijo—. ¿Y en qué consiste la fábrica?

—En realidad no es una fábrica —declaró Oblitas—. Es un taller. No hay maquinarias, ni motores ni pitos, ni nada de eso. Todo se hace a mano. La fabricación tiene sus secretos, dígame, es de familia.

—Tanto mejor —dijo Delgado—. Y realmente me interesa el asunto; usted sabe, señor Oblitas: la plata no dura. Hay que hacer algo para no verse en la calle de la noche a la mañana.

—De eso se trata —asintió Oblitas—. Usted invierte unos cuantos pesos y se asegura una renta fija. Y le diré que el taller puede funcionar en mi casa. Yo me encargo de todo y usted se olvida del problema —hizo un gesto elocuente y luego dijo—: Debo hacer notar que los hechos hablan muy alto de mi honorabilidad, señor Delgado. Ahí tiene usted la sociedad que concertamos con su tío Apolinar. Gracias a esta sociedad, mi compadre Apo disfruta actualmente de una situación económica bonancible.

—¡Mi tío Apolinar! —exclamó Delgado con emoción—. ¿Y dónde está mi tío Apolinar?

—Don Apo radica actualmente en Santiago de Huata —dijo Oblitas—. Allí tengo parientes, y le aseguro que don Apo vive rodeado de buenas amistades.

—Usted no se imagina cuánto lo quiero a mi tío —declaró Delgado—. Yo siempre lo recuerdo.

—Y buena que no. Don Apo tiene un corazón de oro. A usted lo adora, yo le diré, y lo quiere como a la niña de sus ojos.

—Sí, mi tío siempre me ha querido mucho. Yo lo extraño. Y me hace mucha falta, créame usted.

—Eso se ve —dijo Oblitas. Dirigió una mirada penetrante a Delgado y luego añadió—: Se ve que usted se siente solo. Se ve que sufre.

Con súbito interés ante las palabras de Oblitas, Delgado reaccionó y dijo vivamente:

—No tengo por qué negarlo. Es cierto que me siento solo y sufro. Usted disculpará que me exprese con tanta libertad. Pero usted me inspira confianza, y permítame que se lo diga con entera franqueza.

En efecto, Delgado sentía en su conciencia la sinceridad de sus palabras, y ahora miraba en Oblitas a un amigo digno de aprecio y de respeto.

—A veces ocurren cosas inexplicables —declaró—, y uno se siente confundido y desorientado, y ya no sabe qué hacer. Desde la última vez que nos vimos ha pasado mucho tiempo.

—Claro; nos encontramos después de mucho tiempo —afirmó Oblitas—. Estuve continuamente de viaje y por eso no pude visitarlo. Usted me hace una gran distinción con su amistad. Y le diré que yo siempre me acordaba de usted. Todo ocurre y todo falta.

—¿Qué cosa falta?

—Lo que ocurre.

—¿Y qué ocurre?

—Lo que falta, y todo ocurre. Todos tenemos nuestras desgracias y todos nos aguantamos. ¿Acaso no nos aguantamos? Todos preferimos vivir a cuestas con nuestras desgracias y con nuestras maldiciones, y no queremos morir. Sólo la muerte puede impedir que ocurra lo que ocurre. Lo que ocurre es la vida. La vida y nada más que la vida.

—¿Y aparte de la muerte; no se puede hacer nada para impedir lo que ocurre?

—Por lo que a usted se refiere, el aguardiente es la clave.

—¿El aguardiente? ¿Y por qué el aguardiente?

—El aguardiente es la maldición, por lo que a usted se refiere. El aguardiente hace ocurrir lo que ocurre. ¿No está usted viendo que el aguardiente es lo que llama? El aguardiente hace señas y más señas, y cuando usted toma y toma, desde las concavidades de su cuerpo hace señas y más señas, hace llamados y más llamados, y todo le viene a usted y le ocurre. ¿Acaso no está usted viendo?

—¿Y si no bebiera nunca más?

—¡Ah, eso no! Si usted no toma nunca más, cae muerto; para vivir tiene usted que tomar, y viviendo le ocurre todo. Así nomás es la vida. O sea, un gran misterio. Usted llama y llama

y atrae al mal y a la desgracia por medio del aguardiente; otros llaman por medio de otras maldiciones. Un gran misterio. Se puede saber, pero no se puede evitar.

—¿Y usted llama?

—Yo también llamo. Cada cual tiene su maldición.

—¿Y por cuál medio usted llama?

—Yo llamo por medio de la carne.

—¿De la carne?

—Sí. De la carne.

—Pero, ¿de qué clase de carne?

—De la carne. La carne de la mujer. La mujer.

—¿Y por qué?

—Por eso mismo. ¿Acaso no está usted viendo que la carne es mi maldición? Cada cual tiene su maldición, y por medio de esa maldición, cada cual llama y cada cual vive. Usted llama por el aguardiente, yo por la carne. Hay quienes llaman por medio de la comida; y esa maldición es terrible. Aparte de ocurrirles lo que llaman por medio de la comida, engordan sin querer y caen muertos de gordura, yo le diré. Entonces siguen engordando hasta cumplir un mes de muertos, y hacen estallar el cajón.

—¿Usted ha visto?

—Estoy cansado de ver. Sin la maldición nadie viviría. Para ahuyentar a la mitad de la maldición hay que rogar a Dios, y al mismo tiempo, hay que ser bueno para con la maldición. Dios nos mira y nos hace caso porque el dueño de la maldición, o sea el diablo, lo fastidia todo el tiempo y le hace señas.

Oblitas bebía cerveza; bebió de un golpe su vaso.

Delgado bebió la sexta copa de aguardiente.

—¿Y qué pasaría si uno se riera de todas esas cosas? —preguntó con tono de broma.

—Estará usted loco. Además nadie puede reírse; todos creen reír pero en realidad nadie se ríe. El que llega a reírse de verdad, se vuelve loco. La verdadera risa se oculta en las concavidades, y cuando sale lo vuelve loco a uno.

—¿Es peligroso reír?

—Es. Ya le digo que uno se vuelve loco cuando ríe en serio. Por eso yo prefiero no reír ni en broma. Nunca usted, nunca nadie me ha visto reir a mí.

—¿Nunca ríe usted?

—Nunca. Solamente me hago el que río con la carne, eso es bueno. ¿No ve usted que hay que ser bueno con la maldición? Cada vez que estoy con la carne, me hago el que río, un ratito; antes y después de estar.

—¡Ah, antes y después de estar!

—Usted cuando toma, debe hacerse el que ríe, un ratito, sin que nadie lo vea.

—¿Y a usted, lo ve reír la carne?

—No, no me ve. No hay que hacerse ver nunca. Aprovecho cuando está con los ojos cerrados; abre los ojos la carne, y ya estoy serio. La maldición no admite bromas, amigo, y gracias a la Magna Ciencia, de la que soy iniciado, puedo vislumbrar muchos misterios y dominar muchos secretos, dígame. La sabiduría de la coca, por ejemplo, es infinita; y aquel que haya dominado una milésima parte de sus enseñanzas, podrá preciarse de ser el hombre más sabio del mundo, y, si quisiese, podrá llegar a ser un superhombre. El rito es lo principal. El rito se guarda en secreto.

Delgado escuchaba con profundo interés las palabras de Oblitas.

—Yo soy de los que creen en lo milagroso —dijo con tono insinuante—. Tengo el mayor interés de hablar con usted, señor Oblitas. Y si usted me lo permite, me gustaría visitarlo en su casa. Usted ve, no hay con quién comunicarse.

—Muy honrado —dijo Oblitas—. Las puertas de mi humilde casa están abiertas para usted. Yo siempre lo recibiré con el corazón en la mano. Disfrutar de su amistad es para mí un privilegio. Y le diré que realmente, hoy por hoy no se puede hablar así nomás con nadie. El hombre de mérito ya no tiene a quién comunicar sus ideas. Precisamente, me tiene usted embarcado en la composición de una obra magna, y no sé si podré atreverme a consultar su opinión...

—¡No faltaba más, señor Oblitas! —exclamó Delgado—. Usted me enaltece con sus palabras. Hábleme de su obra, se lo ruego. Me interesa saber. Entiendo que se trata de un tema mágico; ¿no es cierto?

—Cabalmente —asintió Oblitas—. Así es la cosa. Mi obra ha de intitularse: De las tinieblas, humanas y divinas. ¿Por qué no hurtar un poco de tiempo en la cotidiana lucha por la vida, y hacer algo en beneficio de los demás? Yo escribo una página a diario, de un tirón; y luego la deposito en un cajón que tengo dispuesto al efecto. A mí me importa un comino la numeración, un orden que en el mejor de los casos será insignificante formalidad, puesto que voy a lo simultáneo. Lo que pretendo es que mi obra pueda leerse de un solo golpe, sin sujeción al avance gradual que condiciona la lectura. Usted sabe que se pueden hacer pasar cien huevos o uno solo en cuatro minutos, de la misma manera que basta un solo movimiento de la mano y no cinco para encoger o estirar los dedos de la misma. Valga este grosero ejemplo para ilustrar mi pensamiento; usted sabe situarse a la altura de un tema elevado. Quiero decir que el que lea una página de mi libro, lo habrá leído en su totalidad, y el que lea la totalidad, tendrá la impresión de haber leído solamente una página. Y le diré además que confirmo el espíritu de mi obra transportándome a las tinieblas en el trance de escribir, de la misma manera que se transportará el lector, ni bien haya leído una línea. Como digo, no me ocupo de numerar las páginas que de mi pluma van saliendo, las cuales hasta la fecha han de sobrepasar el millar. Eso no me importa, ya que pienso escribir otro millar, para luego mezclarlas todas, como la baraja. Y entonces y solamente con objeto de que no vayan a extraviarse, habré de tomarme la molestia de numerarlas, en vísperas de pasar a la imprenta para su publicación. Eso sí, yo no me contengo de escribir, le diré, y gracias a ello me está reservado un lugar de privilegio en el reino de la luz.

—Según lo que usted sostiene —dijo Delgado—, me interesaría saber qué es lo que pasa con aquellos que se contienen de escribir.

—Lo que pasa es que tendrán un lugar de privilegio en las tinieblas —declaró Oblitas categóricamente—. Y tras larga permanencia, tendrán que hacer un penoso viaje para alcanzar el reino de la luz. Pero el punto capital del asunto es la maldición, amigo; frente a la maldición, el contenerse o no contenerse de escribir no significa nada. Y si usted me pregunta qué es la maldición, yo le responderé que la maldición es el vicio; el vicio es fuerza purificadora. Yo lo digo y lo sostengo por mi cuenta y riesgo. Y sé al mismo tiempo que no hay tal. El vicio es solamente el vicio. Y quien cae en él suele imaginar muchas co-

sas. Suele practicar una especie de religión con la ayuda de alguna pureza para alcanzar la luz. ¡Mentira, pura mentira, señor Delgado! Y sin embargo yo creo en esta mentira. Mejor dicho: para mí, no hay tal mentira. Es algo en que tengo que creer. La verdadera verdad es la mentira, y en esta verdad puede usted encontrar todo un mundo para explicarse el vicio. Yo le diré que vale la pena meditar sobre el vicio. En el vicio se encuentra la semilla del chiste. ¿Por qué nos reímos a solas, dígame? Yo digo para mi coleto que el hombre verdadero deberá ser tuerto, para conocer la luz y la oscuridad al mismo tiempo. Claro que se trata de una simple alegoría, desde que todo tuerto no es más que tuerto. El hombre verdadero es tuerto por dentro, y en el mismo sentido lo es por fuera. El hombre es un ser incompleto, y el verdadero es aquel que lo sabe. En otras palabras: el hombre que va en busca del vicio, no necesariamente será vicioso.

—Me interesaría saber en qué fuentes usted suele beber —dijo Delgado.

—¿En qué fuentes suelo beber? Todas las fuentes se encuentran en mi persona. Y se encuentran en la vida, amigo, en la calle, en el hombre. Yo leo no para conocer, sino para constatar. Hay quienes leen por simulación, y repiten lo que leen sin haber comprendido. El miedo les impide conocer la vida, dígame, pero sin embargo no son indiferentes en el fondo. Su indiferencia se refleja en las piedras.

Como a todo esto ya era tarde para Oblitas, éste se retiró con el compromiso de esperar a Delgado el día siguiente en su casa.

Delgado, en efecto, acudió puntualmente a la cita. Tenía interés de exponer a Oblitas ciertos hechos, y ya había configurado un modo apropiado para referirse a los mismos, sin aludir a personas o lugares.

—Quiero contarle un caso muy raro —comenzó diciendo Delgado—. Se trata de un hombre que se vale de su propia hermana para torturar a su mujer.

Ante estas palabras, Oblitas no hizo el gesto de asombro que Delgado esperaba, sino que guardó silencio y al cabo dijo:

—Eso no es nada. Yo conozco el caso de un hombre que hacía azotar a su abuela con el cuñado de su mujer, valiéndose de su difunta ahijada.

Delgado se limitó a mover la cabeza en señal de admiración. Prefirió no hacer ningún comentario sobre un asunto que le parecía extremadamente complicado.

—Pero el hombre que usted dice —prosiguió Oblitas con aire truculento—, seguramente ha de tener alguna maldición de la carne al revés. Cuénteme usted, soy todo oídos. Yo escucho y aprendo.

—Imagínese usted, señor Oblitas —dijo Delgado—. La cosa es que yo, sin querer, he escuchado absolutamente todo. Por un raro capricho de las circunstancias, me vi no sé cómo detrás de la cortina en el salón de una casa a la que fui de visita.

Oblitas miró inquisitivamente a Delgado, abriendo y cerrando los ojos con gran rapidez.

—¿Y qué pasó entonces? —preguntó con impaciencia.

Delgado había bebido toda la tarde en la bodega, y ahora hacía esfuerzos para mantenerse en sus cabales. Bebió la taza de té con té que le ofrecía Oblitas y luego dijo:

—Lo que escuché es sencillamente atroz, señor Oblitas. Ya usted juzgará y me dará su opinión. "Pégala, pégala como es debido", le decía el hombre a su hermana en voz baja. Yo escuché todo sin querer, como le digo. Ellos ignoraban en absoluto mi presencia, parados ahí, a unos cinco pasos de la ventana. Yo podía mirarlos, y sacaba de rato en rato la cabeza; digo mal: hasta cierto punto, no es que sacaba la cabeza, sino que miraba por el borde de la cortina, por el hueco, y cuando alguno de ellos dirigía la vista hacia la cortina, yo no tenía más que mover la cabeza para quedar oculto. El hablaba muy quedamente, haciendo saltar los ojos y con gesto amenazador, muy cerca de su hermana. La hermana es una vieja mula, y escuchaba moviendo la cabeza, con el dedo pulgar en la boca, y de rato en rato hacía girar los ojos y escuchaba extasiada, mirando el vacío, pero en ningún momento dejaba de mover la cabeza, con movimientos acompasados, ¡así, así, así!, y el otro le susurraba al oído: "¡Pégala como es debido! Pero no muy fuerte; pero no en la cara; anda y pégala en la espalda, en los brazos y en las nalgas, ¡no en la cara! Eso sí, cuando la pegues, yo tendré que estar en mi gabinete. Has de ver que esté en mi gabinete, y entonces se te ocurre pegarla, y vienes corriendo y me echas llave sin avisarme y sin decirme nada, haciendo ruido a tiempo

de echarme llave; y entonces yo me daré cuenta de que tú corres a su cuarto y la pegas. Mira bien, yo tengo que estar en mi gabinete cuando la pegues, nunca en otra parte; y tengo que saberlo en ese preciso momento, y para que yo pueda saber en qué preciso momento la estás pegando, tú corres a mi gabinete y me echas llave haciendo ruido. Pero ten en cuenta que no cada día, sino unas dos veces por semana y nada más, mira bien que no soy fuerte, soy débil y no podré soportar, no podré resistir, pero solamente dos veces por semana y con eso me contento. Y le darás unos cuantos golpes, unos lapos bien dados en las nalgas, y a veces, unos buenos apretones que le hagan doler. ¡Ah, ah, cuidado, cuidado!... A la media hora, vienes y sacas el candado de la puerta de mi gabinete haciendo ruido. Ahora fíjate bien, nunca más repetiré estas órdenes. No me hallaría capaz de repetirlas, me agito; anótalas y ten bien en cuenta, no olvides nada, nada. Nunca más te diré nada, y no quiero que me vengas y me digas nada. Lo que quiero es que te hagas la que no sabes nada y la que no haces nada, eso es muy importante. ¿Comprendido? Como si por capricho vinieras a ponerme candado y lo sacaras luego de media hora. ¿Entendido? Te harás la que crees que no puedo explicarme por qué vienes y me echas llave, y tendrás que llegar a preguntarte por qué será que yo jamás te pregunto lo que pasa ni me enfurezco ante la estupidez que tú cometes echándome llave sin más ni más, como si yo fuera un idiota. ¡Y todo en secreto! Para mejor, me mirarás como si estuvieras mofándote de mí, pobre idiota; me mirarás como diciendo: "Oye, qué idiota eres; ni siquiera te das cuenta de que yo voy y te echo llave cuando me da la gana"... ¿Entendido? ¡Si no entiendes, dímelo! Quedas prevenida... Si quieres que te escupa y te encierre en el manicomio, no tienes más que venirme con cosas... ¡Y todo en secreto! Yo me haré el idiota; repito: tú tienes que decir en tus adentros, mirándome fijamente: "¡Que idiota es éste! ¡No se da cuenta que yo lo echo llave para ir y pegarla y apretarle las nalgas a su pobre mujer!". ¿Entiendes bien? ¡Ahora anótalo todo y con todo detalle!"...

De pronto Oblitas interrumpió a Delgado y dijo con extrañeza:

—Dígame, señor Delgado: según parece, ha sido usted y no la hermana de ese señor quien ha tomado debida nota de todo aquello. ¿No es así?

—Nada de eso —replicó Delgado con igual o mayor extrañeza. Y con tono de enojo añadió—: No quiero creer que usted pretenda ironizar a costa de mi sinceridad. Su observación resulta por demás obvia. Dado el caso, no es que uno tome debida nota de lo que escucha, sino que simplemente uno recuerda aquello que ha escuchado y lo repite con la mayor fidelidad posible. Y es esto precisamente lo que trato de hacer.

—Líbreme Dios de gastarme ironías con usted, señor Delgado —dijo Oblitas con tono compungido—. Para ser franco, le diré que yo iba a otra cosa, partiendo de una hipótesis según la cual, usted vendría a ser parte directamente interesada en la materia de su relato. Usted perdone, pero me precio de ser sincero, y mal podría callar.

—Se lo agradezco, y ahora comprendo perfectamente —dijo Delgado.

—Y si usted me lo permite —repuso Oblitas—, yo voy más allá y pregunto lo siguiente: ¿Usted cree que la hermana le hace caso?

—¡Claro que le hace caso! —afirmó Delgado con tono de convicción—. Imposible que la hermana se atreva a desobedecerle. En primer lugar, se llama Lucía —declaró inopinadamente—; y en segundo lugar, está encantada; había que verla mover la cabeza cuando escuchaba las órdenes de su hermano. Había que ver cómo abría los ojos, extasiada. "A ver, vamos a ver: ¿me has comprendido?", le preguntó su hermano; y ella, a todo esto no dijo nada, sino que movió la cabeza y abrió los ojos y sonrió, dando a entender que comprendía a las mil maravillas. "¡A ver, vamos a ver cómo vienes y me echas llave haciendo ruido!", le dijo el hermano...

—¿Y qué se llama el hermano? —preguntó Oblitas.

—¡Se llama Juan José! —exclamó Delgado y de pronto se paró enfrentando a Oblitas, el cual se paró a su vez—. ¡Se llama Juan José! —repitió ahora fuera de sí—. "¡Vienes y me echas llave haciendo ruido!", así, así le dijo, señor Oblitas: "¡Vienes y me echas llave! ¡Me echas llave!", repitió obstinadamente manoteando frente a la cara de Oblitas.

—¡Ah, vienes y me echas llave! —repitió éste nerviosamente.

—Sí, así le dijo: "¡Vienes y me echas llave metiendo un gran ruido, y yo sabré lo que hago! ¡Ya tiemblo al pensar!", ¡así le dijo a su hermana, así le dijo! "Yo ya tiemblo al pensar, aquí está, aquí tienes el candado" —Delgado agitó la mano empuñada y la llevó hasta los ojos de Oblitas. Este miraba con extrañeza a Delgado, y pestañeaba sin cesar—. "¡Aquí está el candado, tómalo!" —prosiguió Delgado—. "Toma las dos llaves de este candado, y fíjate bien, una de las llaves está torcida, fíjate bien, ésta es, y la pegarás a ella con esta llave torcida, procurando que le llegue a donde ya sabes, y que le llegue como es debido" —conforme hablaba, Delgado íbase poniendo más y más arrebatado y agitaba las manos ante la cara de Oblitas gesticulando con enojo—. "¡Como es debido y yo sabré lo que hago!", le dijo el hermano, "¡Y esta llave, de hoy en adelante, será mi preferida! ¡Esta llave será mi predilecta! La otra llave, harás que le llegue también, pero sobre todo ésta, ésta y ésta; y cuando me eches llave, agarras y tiras las llaves por el hueco de la puerta, una vez la una, otra vez la otra, por turno; una vez la torcida, una vez la recta, sin fallar te digo. ¡Ahora ya tiemblo! ¡Ya empiezo a temblar! ". Así le dijo, señor Oblitas, así le dijo —Delgado apretó con todas sus fuerzas la mandíbula e hizo crujir los dientes, mirando con ojos desorbitados a Oblitas—: "¡Ahora yo tiemblo! ", le dijo el hermano, "y soy débil, soy débil y viejo, y no doy más. Fíjate bien, no doy más; no puedo resistir; no resisto más que dos veces por semana, dos veces!", ¡eso es lo que le dijo, señor Oblitas! "A ver, ahora vamos a ver", le dijo, "qué día, qué bendito día me pones el candado. ¡Ah, la llave torcida que tires dentro de mi gabinete, después que yo la tenga como es debido, la pondré ahí, en ese clavo, detrás de la puerta!". ¡Eso es lo que le dijo, señor Oblitas! —concluyó Delgado, respirando afanosamente.

Dirigió a Oblitas una mirada con el rencor que seguramente guardaba por el hombre de su historia, y luego se dejó caer, agotado, sobre la petaca que le servía de asiento.

Oblitas permaneció algunos instantes de pie, y al cabo él también se sentó.

—A la luz de la maldición todo se explica —declaró sentenciosamente. Y luego de vacilar un momento preguntó—: ¿Se puede saber finalmente quién es ese hombre?

Delgado esperaba esta pregunta. Quería ser sincero con Oblitas.

—Se lo diré —dijo—. En realidad me urge decírselo. Ese hombre es el marido de la mujer que yo amo. Y se llama José Luis Prudencio.

—Ya veo —dijo Oblitas vivamente—. He oído hablar de él. Es hombre acaudalado y tiene fama de maniático. Ya veo —repitió ahora—. Y entiendo que son muy grandes los sufrimientos que usted padece.

—Así es la verdad, señor Oblitas —afirmó Delgado—. No tengo por qué negarlo. En buena hora me encontré con usted. Sabía que encontraría comprensión y altura.

En tales circunstancias, Delgado refirió a Oblitas la historia de Ramona Escalera, punto por punto y sin omitir ningún detalle. Y por consecuencia, le refirió asimismo la historia del viejo que se le aparecía, de igual manera que las conjeturas que había formulado a este respecto.

CAPITULO VII

Oblitas había afirmado que Prudencio en realidad no era loco, sino un hábil y peligroso simulador. Delgado hizo suyas las palabras de Oblitas y, repitiendo literalmente aquella afirmación, sin referirse para nada a las conversaciones que sostenía con éste, las cuales por el momento quería mantener en reserva, dijo a Ramona:

—Hay que tener mucho ojo. En realidad Prudencio no es loco, sino un hábil y peligroso simulador —y luego añadió—: Además de eso, tiene mala sombra.

Acto seguido, Delgado pidió a Ramona no mencionase por su nombre a Prudencio, y reafirmó que tenía mala sombra.

De este modo se vio enriquecido el cúmulo de rarezas que Ramona —con razón o sin ella— solía atribuir a su marido.

—Debes comprender que tiene mala sombra, yo te lo ruego —dijo Delgado—. Siempre que fuera forzoso aludirlo, di solamente: "él". No profieras su nombre; ¡te ruego no profieras jamás su nombre!

—¿Y cuando habló con él? —inquirió Ramona ingenuamente.

—Claro —dijo Delgado—. Al dirigirte a él puedes llamarlo por su nombre, en su casa. Y eso, sólo cuando fuera necesario. Pero en mi presencia, jamás pronuncies su nombre.

Como Delgado era supersticioso, creía que el nombrar a Prudencio era una especie de conjuro para que éste se hiciese presente, y creía asimismo que el solo escuchar este nombre le acarrearía desgracias y calamidades; el solo pensar que pudiese escapársele de la boca, por algún azar o descuido, le infundía temor.

—Yo por mi parte —dijo—, jamás pronunciaré el nombre de él. Quizá te parezca ridículo, pero yo sé que me iría muy mal, y me acarrearía grandes desgracias.

Ramona lo miraba con curiosidad.

—Además, una persona antipática no puede creer en Dios —afirmó Delgado—. Por eso a una persona antipática no se la puede mencionar por su nombre.

Ramona rió:

—¡Eso sí que es una rareza! ¿Y por su apodo?

—Menos todavía. Pero esto no es motivo de risa. Si los que no creen en Dios no merecen que se les llame por su nombre, mal podrán ser llamados por el apodo, el cual, invariablemente, no les cae. El apodo es la verdadera confirmación del nombre, y presta a quien lo lleva el más pleno derecho de creer en Dios. En general los que tienen un buen apodo son la mejor gente del mundo. Pero las personas antipáticas se sienten incómodas con el apodo, si por acaso tuvieran alguno. Decididamente,esta gente no merece creer en Dios.

—¿Y tú, crees en Dios?

—Ya que bromeas, te diré que sí..., según algunos. Según otros, no. Eso depende de la antipatía de cada uno para cada cual. Así se explican muchas cosas.

—Una pregunta. Y no es que yo quiera reír o bromear: ¿qué ocurre en el caso del Papa, por ejemplo?

—¿En el caso del Papa? Ocurre que el Papa no está lejos de ser antipático para muchos, quienes seguramente sostienen que el Papa no merece creer en Dios. Pero ahora dejemos el tema. Ya me explicaré con amplitud. Es una cosa muy clara.

—Desde luego —dijo Ramona con tono de broma—. Es una cosa muy clara.

A partir de ese día, no se volvió a pronunciar el nombre de Prudencio.

Pero una cosa le causaba preocupación a Ramona, y, de un tiempo a esta parte, se sentía alarmada con ello. Extrañamente, según había podido comprobar a lo largo de los últimos tiempos, Prudencio y Lucía habían aflojado de súbito el control tiránico que ejercían sobre ella, hasta tal punto, que ahora podía entrar y salir a la hora que se le antojara y sin que nadie le dijese nada. En vista de lo cual, tanto Delgado como ella estuvieron de acuerdo en que deberían mantenerse en guardia ante un posible lazo que el astuto Prudencio estuviera preparando.

Y para confirmar tales suposiciones, un día llegó Ramona con una noticia desconcertante. Dando muestras de nerviosidad y de recelo, comunicó a Delgado una extraña determinación adoptada por Prudencio: "¡De hoy en adelante, mi hermoso automóvil entra en alquiler!", había exclamado aquél con voz tonante, a tiempo de levantarse de la mesa después del almuerzo, dirigiéndose a su hermana Lucía. Y luego, mirando fijamente a Ramona y dando con la mano unos golpes sobre la mesa, con cierto retintín había declarado: "¡Ahí tienen ustedes: yo soy así porque todo en el mundo se alquila; y si aun los afectos se alquilan, no tengo por qué no alquilar mi hermoso automovil! ". Prudencio había asumido un tono quejumbroso cuando finalmente dijo: "Mi automóvil es lo más preciado que tengo, y sin embargo lo alquilo".

—¿Y tú qué dijiste? —preguntó Delgado.

—No dije nada —declaró Ramona—. Me quedé callada, y él se retiró tranquilamente a su gabinete. La idiota de Lucía me miraba con los ojos abiertos y con su sonrisa, golpeando la palma de una mano con el puño de la otra, y moviendo la cabeza enconadamente, como diciendo: "¡Ahora chúpate y chúpate!". Tú sabes, los dos son unos enfermos. El alquila su automóvil, y habrá que cuidarse. De todos modos, hay cosas chistosas. ¿No te parece?

—Claro que sí —dijo Delgado con reserva.

Lo que luego sucedió a propósito del automóvil de Prudencio fue algo inopinado por completo. Delgado y Ramona por igual, muy confiados y desprevenidos, de pronto fueron presa de un sentimiento extraño, de goce y sobresalto. Los hechos afirmaban a Delgado en su convicción de que en verdad Prudencio tendría que ser un hombre extremadamente raro. La cuestión es que, pocos días después de la determinación anunciada por Prudencio, Delgado y Ramona, incautos caminantes, se vieron de sopetón en el interior del automóvil de marras. En efecto, una noche, acompañando a Ramona a su casa, Delgado hizo parar con una seña un automóvil que pasaba por ahí. Y este automóvil no era otro que el de Prudencio precisamente. En el mullido asiento y cuando ya era tarde para echar pie atrás, Ramona contuvo un grito, al reconocer los floreros suspendidos en ambos costados; el tapiz de cuero azul claro; las borlas; y el cristal de la luz, que se parecía a los que se ven en los trenes. El "Chandler" había comenzado a avanzar con lentitud sospechosa, al menos para los pasajeros; confusa y aturdida, Ramona miró con disimulo a Delgado, apoyando la espalda en el asiento, y ahora contuvo un ataque de risa.

Delgado la miró con extrañeza. A él le había sorprendido grandemente un automóvil de alquiler tan lujoso como éste.

Ramona sentía arderle la cara.

—Este es su automóvil —dijo en voz baja.

Delgado abrió la boca. Necesitaba que Ramona se lo dijese.

—¡A la avenida Pando! —gritó entonces al chofer.

Para Ramona, era harto explicable el que Prudencio hubiera cambiado de chofer. Ya no era Fernández —también llamado Nández o Nando. Era un viejito mofletudo y de apariencia inofensiva. "Alquila su automóvil para humillarme", decíase Ramona pensando en Prudencio. "No para tenderme una trampa; él sabe la verdad y —¡santo Dios!— seguramente le gusta. Alquila su automóvil para pensar en mí. Le gusta imaginar que yo estoy aquí, con alguien que no sea él. Esto lo ha inventado él, para imaginar cosas y retorcerse; para babear y retorcerse".

Ramona volvió la cabeza mirando a Delgado. Este había adoptado una actitud desdeñosa y miraba el vacío. El automóvil, con invariable lentitud, marchaba ahora a lo largo de la calle Murillo. Pronto desembocó en la avenida América y descendió,

para luego enfilar hacia la avenida Pando. En este momento, Delgado ordenó al chofer detenerse. Dejó caer al lado de éste un billete que sacó de su bolsillo y salió del vehículo seguido de Ramona.

Con un suspiro de alivio, vieron alejarse el automóvil.

Delgado miró a Ramona. Estaba roja.

—¿Qué te pasa? —dijo—. Estás completamente roja.

—¿Completamente roja? ¡Quién sabe!

—¿Quién sabe qué?

—Yo no sé. Ese viejo es un espía.

—¿Espía? ¿Qué viejo?

Ramona se impacientaba.

—Ese viejo. El chofer del automóvil.

—¿Y por eso estás roja?

—Si tú lo quieres, así que sea; por eso estoy roja. Ese viejo es un espía.

—¡Espía! —exclamó Delgado con ironía—. Eso sí que sería ridículo.

Ramona se ofendió.

—Si no fuera espía, el caso sería igualmente ridículo —dijo.

—No te enojes —repuso Delgado—. ¿Sabes tú quién es realmente el espía? Te lo diré. El espía es el automóvil.

—Perfectamente —asintió Ramona—. Es la pura verdad.

En definitiva, los encuentros con el automóvil de Prudencio se tornaban más y más frecuentes conforme pasaban los días, y en la misma medida, se volvían una cosa más o menos familiar. Y tanto Delgado como Ramona, habiendo dejado de asombrarse ante la aparición del automóvil, subían en él como si tal cosa, con una rara sensación, de complicidad y de placer.

Mas al mismo tiempo, las cosas en la casa de la calle Catacora se ponían cada vez más feas. De un tiempo a esta parte, las rencillas menudeaban, y ahora comenzaban a degenerar en disputas amargas y violentas. Sin embargo, por fortuna para ellos, muchas veces estas disputas solían derivar hacia las playas salvadoras del humor.

Cuando Ramona tenía sueño precisamente, Delgado la atormentaba con artimañas, aunque no siempre salía bien parado, por más que él creyese lo contrario. Por ejemplo, alguna vez la obligaba a repetir cierta frase que había inventado para burlarse de ella, alegando que tenía poderes mágicos: "¡Matías, Matías,

libra del sueño a mis tías!", repetía en efecto Ramona, y, aparentando que el sueño se le pasaba como por encanto, causaba con ello gran asombro a Delgado, quien por lo demás ya comenzaba a creer en los poderes mágicos que encerraría el conjuro. Sin embargo había veces que Ramona, seguramente por no hallarse en humor para bromas, asumía un aire despectivo y de pronto se marchaba, sin decir esta boca es mía.

La verdad es que Delgado, por lo general, no la acompañaba a su casa, ya porque estaba en cama, ya porque tenía flojera, ya porque estaba borracho; y Ramona, por consecuencia, se veía forzada a marcharse sola, con una mezcla de repugnancia y de pena ante las argucias que aquél tenía reservadas para justificar su actitud. Y precisamente cuando se iba sola, tarde de la noche, Delgado, socapa de protegerla contra la maledicencia, la obligaba a llevar una maleta: "Al verte con esta maleta, la gente no pensará mal de ti", explicaba Delgado; "en cambio, al verte con las manos vacías, podría imaginar cualquier cosa". Ramona se sentía agraviada. "¿Qué puedo pensar ante semejante bajeza?", se decía en sus adentros: "Es indigna de un hombre; no quiero creerlo". Se resistía a salir con la maleta y disimulaba su cólera. "La gente pensará mal de mí, con o sin maleta", observaba ella. A lo que Delgado respondía: "No creas. Viéndote con la maleta, la gente pensará en términos de seriedad y de respeto acerca de ti, suponiendo que te hallas en algún trance grave, de dolor y de angustia; nunca se ha visto a las mujerzuelas ir por las calles con maletas a cuestas, y mucho menos con un maleta tan fina como ésta, a altas horas de la noche". "Creyendo que llevo plata en la maleta, pueden matarme", objetaba Ramona. "No me digas", argumentaba Delgado. "Nadie pensará semejante cosa. A ninguna mujer se le ocurriría lanzarse a las calles acarreando una maleta llena de plata, y todavía de noche. La gente pensará en bordados y en costuras, y hasta en comidas, cuando no en instrumental de urgencia como el que llevan las matronas, una de las cuales, a los ojos de las gentes, bien puede que lo fueras tú. Además, ¿dónde se ha visto que la plata que ganan las mujerzuelas alcance a llenar toda una maleta? Tú comprendes las circunstancias; a veces tengo pálpitos, y si presintiera algún peligro te lo diría. La maleta, créeme, es algo que te protege; y modestias aparte, yo me felicito por habérseme ocurrido esta gran idea de la maleta". Y así Ramona, encaminábase a su casa con la maleta a cuestas, mientras Delgado se quedaba en cama.

Ramona por su parte, según pensaba ella con resentimiento, no tenía por qué no vengarse. Y se guardaba las ofensas y esperaba su hora para dar el golpe, despiadada y fríamente. A lo mejor, de buenas a primeras se hacia la cansada, la defraudada, la insatisfecha, la fatigada. O bien, de repente alegaba que estaba haciéndose tarde, y luego, encima de eso, declaraba que no tenía la culpa de nada, y que Delgado tenía la culpa de todo. Y finalmente se levantaba. Y cuando no le decía que era un lerdo, lo acusaba de vicioso, a sabiendas de que él se ofendía con esto último, y de que, en cambio, se quedaba encantado cuando ella, con tono cariñoso, le decía que era un vicioso. Por último, una vez que lanzaba el veneno, Ramona se ponía furiosa, y luego, a tiempo de partir, exclamaba ásperamente: "¡Qué vida! ¿No te das idea? Mañana no vengo, y ni sé cuándo vendré. Ni siquiera en casa me encontraré. Iré por ahí, buscando quién sabe qué". y taconeaba con toda intención, muy ufana de su figura: "¡Yo no sé!", exclamaba: "Estoy fastidiada y aburrida, ¡qué asco! Y me siento sola, con un marido que da asco, y con un enamorado como tú, que se tarda horas enteras y no sabe tratar a una mujer. ¿Sabes? Eres flojo. Y te cansas. Contigo no se puede". Y luego Ramona se iba sin más, dando un portazo.

Es cierto que al día siguiente Ramona retornaba con lágrimas en los ojos, y no menos cierto que Delgado la recibía con los brazos abiertos. Pero sin embargo, otra vez comenzaban las disputas.

Ramona se resistía a tomar una decisión radical, alegando que no podía abandonar a Prudencio, por más depravado y abyecto que fuera, y Delgado se ponía energúmeno; Delgado a su vez, no quería abandonar la bodega, alegando que era imposible, por tales y tales razones; y Ramona se ponía furiosa. Así las cosas, y con el correr de los días, el círculo vicioso se tornaba cada vez más estrecho, cada vez más sofocante, y, dadas las circunstancias, de un momento al otro podía llegar a un punto muerto. Delgado y Ramona por igual, se daban perfecta cuenta de ello, pero ninguno de los dos hacía un verdadero esfuerzo para remediar el mal. Lejos de conciliar grandes o pequeños problemas en definitiva, cada cual acumulaba rencorosamente sus resentimientos, y así daban curso a la violencia y el desamor.

El tono favorito con que Ramona solía recriminar a Delgado era el siguiente: "Metido en la bodega, nadando en la inmun-

dicia, acostumbrado a la oscuridad y a la indolencia, no vaya a ser que te pudras". Delgado, adoptando cierto tono lírico, se expresaba del siguiente modo: "Lo dices con mala fe, y olvidas tu nobleza. La bodega es un templo y tú lo sabes. La bodega es sagrada. ¿Y qué es la casa de él? Un antro: la morada de la depravación, de la iniquidad y el vicio. Si te asusta la bodega, allá tú. Ello se debe a que la pureza te asusta. En cuanto a la podredumbre, no me hables. Ya quisiera yo ser un piojo. Un piojo, al fin y al cabo, es el signo viviente del dolor y de la miseria humanos. Un piojo, en mi sentir, es respetable en alto grado. En cambio el que sabemos, es profundamente despreciable. Puede que sufra, pero, en tal caso, sólo sufrirá por él y no por nadie. Tú lo sabes. Y sin embargo, inexplicablemente permaneces en el antro, en contacto con la abyección. No tiene nombre. Yo te digo: soy miserable y nada pretendo; sólo conservo la pureza".

No pocas veces, Delgado quería conmover y lo conseguía: Ramona rompía a llorar. Entonces se abrazaban y se besaban, escuchaban música y se acercaban a la ventana: en lo alto contemplaban los cielos, y las colinas, en la distancia —empero el día siguiente, otra vez empezaban las disputas, con renovado encono.

Una noche, Ramona dijo: "No hay remedio. Después de todo, era demasiado hermoso; demasiado extraño para durar. Tú eres tú, y yo soy yo. No se puede contra el destino. Vanamente luchamos. Y si nos gusta sufrir, será por algo".

Delgado le dio secretamente la razón.

Más tarde, Ramona dijo: "Ojalá que mi viaje sirva para algo. Hay que esperar. Bien puede ocurrir algún hecho, repentinamente y por designios de lo Alto, y ofrecerse así una solución total y definitiva. A mi retorno".

Delgado la miró pensativamente.

CAPITULO VIII

En reciente oportunidad, Ramona había logrado postergar una vez más su ya anunciado viaje, y lo había hecho con el exclusivo propósito de acompañar a Delgado en la fecha de su cumpleaños. Además este año, el 15 de noviembre caía sábado, día en que precisamente Prudencio se trasladaba a sus fincas del Altiplano y Lucía platicaba con las monjas del hospicio, en compañía de las cuales se solazaba hasta el lunes. De tal manera, que Ramona podía faltar tranquilamente de su casa dos días consecutivos —sábado y domingo—, y aquí no pasó nada.

Delgado, por lo tanto, tenía motivos para estar contento.

Aquel día estuvo en la bodega hasta las cuatro de la tarde solamente. Hizo varias compras y recogió unos discos que había separado en una tienda. Andando por las calles, con gran número de paquetes que difícilmente podía sostener entre las manos, bajo una lluvia pertinaz, vivificante y menuda, con entusiasmo y optimismo, encaminábase a su casa para esperar a Ramona, apretando el paso a tiempo de doblar una esquina, cuando de pronto surgió ante sus ojos la imagen irreconocible de un pasado que, por ser demasiado remoto precisamente, era demasiado cercano. En una especie de carromato que empujaban unas ancianas formando cortejo, viajaba la imagen, con negro mantón sobre los hombros y con oscuro trapo en la mandíbula, con blanco crucifijo en una mano y con verde jaula de pájaros en la otra. La tía Lía, con gesto de estupor y de pena, dirigió una mirada lejana a Felipe Delgado, sin comprender. Felipe Delgado miraba; hizo un esfuerzo para hablar con ella, para decir alguna cosa, pero no pudo. Sintió que algo le faltaba. Contraídas las antiguas facciones de la anciana, pronto se desvanecieron en la niebla. Felipe Delgado, acongojadamente, reanudó la marcha. (Más tarde llegó a saber que existía un hogar de ancianas a pocas cuadras de su casa. Y coligió que allí seguramente se asilaría su tía

Lía. Sin embargo jamás intentó verla, ni volvió a encontrarse con ella, y tampoco habló con nadie, absolutamente para nada a este respecto).

A las seis de la tarde llegó Ramona —con un ramo de flores y con un regalo. Un pequeño proyector de cine, una gran novedad para grandes y chicos, cuya reciente aparición en las vitrinas del comercio señalaba ya la proximidad de las fiestas navideñas. Era un "Pathé Baby", mas no precisamente un juguete. Tratábase de una cosa muy fina, de espléndida y bien acabada manufactura. Un objeto con el cual se embelesaba ahora Delgado, y ante el cual se eclipsaban no solamente los discos que trajo éste sino también las flores de Ramona, que languidecían sobre una silla y sin que ella las colocara en un florero; pues habiéndose dado por ofendida y sintiéndose desairada, ahora estaba al borde de estallar en sollozos por la manifiesta frialdad que creyó notar a su llegada. Delgado mostraba gran excitación, y Ramona, en cierto modo, se sentía inadvertida, relegada al último plano. Delgado, sin mirar siquiera el ramo de flores, se había abalanzado sobre el paquete que ella tenía entre las manos y lo había desenvuelto precipitadamente, sin reparar en que bien podía no ser nada que a él le incumbiese, y sin hacer el menor caso del abrazo de Ramona ni fijarse para nada en el precioso vestido de tafetán color lila oscuro que ella lucía. Finalmente, había ignorado el vivo y reiterado interés que ella demostraba por los discos, los cuales se hallaban esparcidos en el suelo.

Delgado, con infantil alegría, sin decir una palabra, movíase de aquí para allá con presteza, metido en su falso saco de aparapita, y ya había consumido una botella de las varias que se alineaban sobre una mesa. Destapó ahora una segunda, mientras que Ramona se quedaba a secas y lo miraba, completamente extrañada, en medio de un gran mutismo, con una sonrisa de vaga comprensión y sin poder ocultar el despecho ante el aparato de cine que Delgado, hecho un poseído, escudriñaba en sus mínimos detalles, como si fuese una cosa del otro mundo. Iba a toda carrera y venía con un alicate; volvía a correr para reaparecer al instante, ya con un desentornillador, ya con un trapo, ya con una aceitera, para restregar, para desentornillar, o para ajustar sin más motivo el manubrio, los engranajes, la lámpara eléctrica, y el tubo de los lentes, que limpiaba y volvía a limpiar entre resoplidos, y todo sin decir nada —abismado, absorto y ajeno, con los cabellos que se le caían sobre los ojos.

Y ahora que no atinaba a colocar un rollo de película que había sacado de la caja, Ramona sintió una íntima satisfacción. Ella sabía perfectamente la manera de hacerlo. Colocó el rollo y tomó de hecho el control del aparato. Y luego bebió una copa que, por fin, le ofrecía Delgado. Este se dio ahora a la tarea de extender la conexión eléctrica, y lo hizo con tal premura, que estuvo a punto de provocar un cortocircuito. Colgó luego en la pared una sábana a manera de pantalla, y apagó la luz; Ramona puso en marcha el aparato. En este momento, se iniciaba la función con una película de Carlitos Chaplín —en las tinieblas, Delgado se encontró contemplando una aparición totalmente ajena a las imágenes que se proyectaban sobre la pantalla. Unas facciones melancólicas y difusas revelaban con tenebrosa diafanidad el rostro de alguien, a quien él, Felipe Delgado, creía amar misteriosamente. En las tinieblas, los ojos eran un abismo, y el mirar, una helada soledad. Un soplo de júbilo quemaba la piel, con aire temible, en las tinieblas.

Delgado no se explicaba.

Aquella noche, sucedieron muchas cosas. Pues en efecto, a fin de clarificar lo ocurrido, Delgado hacía angustiosos esfuerzos para recordar ciertas imágenes, cuando el día siguiente, debatiéndose en medio de extrañas dudas, receloso y pensativo, tendido en su cama, con particular amargura no acertaba a explicarse las circunstancias en que Ramona se hubiera marchado. "Ella se ha ido, y nunca más volveré a verla", pensaba él. Y con desesperación echaba de menos algún soplo en la frente, y tenía hambre y sed, y se lamentaba. Y en sus adentros se decía: "¡Cómo librarse de estas ansias y de la sed y el hambre, cuando no se puede dormir profundamente!".

Recordaba haber ido a la bodega, tarde de la noche, y aunque nada podía precisar, ello no obstante, tenía la vaga idea de haber acompañado a Ramona, con la botella en la mano, hasta la puerta, cuando ella trataba de evitar que se lanzara a las calles con el saco de aparapita que llevaba puesto, mostrándose empero encantada con el beso y con el abrazo que Delgado, en la función de cine, le había dado furtivamente —según dijo ella—, como verdadero enamorado; y sin embargo, él estaba absolutamente seguro de que no hubo tal, aunque, paradójicamente, no tenía ningún fundamento. Luego, como no podía recordar nada en concreto, todo se reducía sencillamente al sentimiento de que, al ha-

ber cambiado de súbito el estado de cosas, a partir del instante en que se hizo la oscuridad, Delgado no habría podido besar a nadie en el mundo, excepto a la aparición que se le apareció. En cuanto a Ramona —hasta donde él recordaba—, seguramente ella tenía sus razones para referirse a un beso y un abrazo furtivos, pero la verdad es que Delgado, haciendo un esfuerzo, recordó cierto detalle que le parecía significativo, y sonrió con malignidad; pues en efecto, era seguro que Ramona sabía a qué atenerse, a juzgar por el enfado que puso de manifiesto en ese momento, dándole al manubrio con tal precipitación, que a todo esto Chaplín, que se deshacía en acompasados gestos y se inclinaba con gran lentitud frente a una bella, repentinamente cayó como fulminado y con la rapidez del relámpago al prosternarse ante la bella, y allá él si pedía misericordia más bien que no amor, mientras que la bella, que se hacía la diosa y estaba inmóvil como una estatua, de pronto comenzó a saltar y brincar, se diría atacada por el mal de San Vito, y se puso a gesticular, ejecutando unos 600 dengues por minuto. Y ahora Delgado se preguntaba con alarma cómo así podía recordar una escena que no recordaba haber visto en su vida, y por consecuencia, se resistía a dar crédito a lo que recordaba.

Haciendo esfuerzos para cobrar lucidez en medio de la confusión, con el ánimo deprimido por evocaciones que no se diferenciaban ni como realidades ni como fantasías, Delgado veíase contemplando la imagen de aquel mirar alucinante que latía en las tinieblas con odio y con amor, con una luz de pureza y de encanto, con una sombra de depravación y de vicio; y, a dos pasos del interruptor de la luz, vislumbrando el perfil de Ramona que se recortaba sobre la pantalla, sentía un escalofrío de espanto ante aquel mirar, que miraba con una promesa hasta tal punto atroz y mortal, que ya podía derrumbarse jubilosamente el mundo.

Delgado posaba ahora la mirada sobre el regalo de Ramona, y le pareció que encerraba algún enigma. Inopinadamente, se le ocurrió que el saco de Chaplín no era etéreo, seguramente porque tenía forro; y si esto era así, un saco de aparapita no debería tenerlo en absoluto, tanto más por cuanto que los remiendos venían a ser forro exterior a cambio de uno interior: "He aquí la causa —divagaba Delgado— de que mi propio saco venga a parecer falsificado, por conservar precisamente el forro

como nuevo". En un transporte de entusiasmo a la idea de arrancar el forro de su saco, saltó de la cama para alcanzar la prenda, y ahora se detuvo bruscamente ante una porción de discos desparramados en el suelo y hechos añicos. Triste fin de los discos que había adquirido precisamente en ocasión de su cumpleaños. Estos discos, del sello "Polydor" y con etiquetas que a Delgado le recordaban el color lila oscuro del traje que Ramona llevaba puesto la noche anterior, conformaban la Sinfonía No. 1 en do menor, de Brahms, una obra que Delgado amaba y que siempre había deseado tener. Y ahora que despejaba el suelo, se sorprendió con dos discos que se habían salvado, y que, según comprobó en este momento, correspondían al tercer movimiento y al *adagio, piu andante,* del cuarto movimiento de la sinfonía. Puso los discos en el álbum y los guardó en el anaquel del gramófono. Con un sentimiento de humillación al no poder recordar las circunstancias de tamaña desgracia, bebió cuatro copas, una tras otra, para atenuar el temblor del pulso, y pisoteó con enojo los discos hechos pedazos, lastimándose los pies como resultado. Se puso las pantuflas sin hacer caso de la sangre que manaba de los dedos, y acto seguido, descargó la sorda y contenida ira sobre el saco, entregándose a la tarea de arrancarle el forro.

A esto, un recuerdo nebuloso al par que revelador acudió a su mente.

En efecto, Delgado creyó recordar que, a la partida de Ramona, viéndose completamente solo, se lanzaba a las calles y se presentaba en la bodega, todo sin saberse cómo. Luego invitó a Peña y Lillo y a Beltrán a celebrar un festín en su casa, habiendo surgido más tarde un tercer huésped, algún borrachín que sin duda se les arrimaría en el trayecto de la bodega a la casa, y por cuya intrusión en el festín seguramente hubo de ocurrir la irremediable avería de los discos. Y aquí Delgado, a esta altura de sus recuerdos y a propósito de los discos, pensó que la ubicación de las cosas era un misterio tan grande como el de las cosas mismas, pues las cosas no están donde creemos que están, sino allí donde están.

En cuanto al espíritu del festín, sólo asomaba un impreciso y vago recuerdo; en el festín, Delgado se sentía confundido y acobardado ante aquel intruso. Vanamente intentó arrojarlo con insultos y empellones. El intruso, haciendo toda la noche una gran ostentación de su papel, preguntaba descaradamente esto y

aquello, hurgaba los cajones de la cómoda y sacaba pañuelos y se ponía loción como si estuviera en su casa, y miraba desvergonzadamente a Delgado, fingiendo quedarse estupefacto y muerto de admiración ante el más mínimo gesto o la más insignificante palabra de aquél. Bien podía ser un miserable pedigüeño, y sin embargo Delgado no osaba mirarlo; bien podía ser alguien que, habiendo vivido oculto por mucho tiempo, ahora salía bien sabe Dios cómo, con el propósito de inmiscuirse en sus asuntos y echarle a perder la vida, hacer escarnio de su persona y ridiculizarlo y humillarlo por la importancia que se daba con sus discos y con sus decires frente a sus pobres amigos de la bodega, todo para hacerle ver que alguien en este mundo lo conocía perfectamente y que, si bien no sabía qué era qué, sin embargo lo sabía todo. Pues para él de nada valían las musiquitas, ni los disfraces, ni las historias. Y por lo tanto, podía desenmascararlo el rato que le diera la gana.

Adoptaba el intruso un aire de beatitud y se ponía a tararear destempladamente la música del gramófono, con estudiada estupidez y sin ningún respeto, agitando los brazos con un compás de paso–doble o de fox–trot, mientras se aguantaba para no reventar de risa y sollozaba fingidamente. Se mofaba de la emoción que Delgado dejaba traslucir escuchando la música, y zapateaba; así las cosas, Delgado no se atrevía ni siquiera a mirarlo, y el otro, déle a zapatear, déle a sollozar, déle a tararear.

En las tinieblas del festín, Delgado era presa del desvarío. La contemplación devoradora de la aparición, con un vislumbre que Delgado percibía por momentos, amenazaba encender una hoguera de locura en su mente. La aparición se ocultaba en las tinieblas y luego asumía la figura del intruso; el intruso a su vez suplantaba a Felipe Delgado, y éste dudaba de su propia identidad y creía ser la aparición que se le apareció, de tal modo, que no sería otro que él, Felipe Delgado, quien habría abrazado y besado furtivamente a Felipe Delgado; y si Ramona se empeñaba en no creerlo, allá ella.

Conforme fluían las imágenes, vanamente trataba de mirarlas como desvaríos; aquéllas persistían con la validez de un claro recuerdo. De esta manera, pasó Delgado las horas como embrutecido, sentado en un sillón, mientras desataba los pedazos que quedaron cuando hubo arrancado el forro del saco, llevando adelante fantasmagóricamente dicha tarea, entre copa y copa, acosado por extraños ruidos, olores y visiones que conformaban una atmósfera delirante: "Yo mismo no sé lo que pasa con este saco; este saco es totalmente extraordinario", murmuraba una voz en sus adentros. "Este saco tiene un alma mejor que la mía; el alma de este saco es mágica; pertenece a un cuerpo inanimado y remendado, y llevará mi cuerpo a regiones desconocidas, que yo jamás podría alcanzar", clamaba aquella voz. Con repentina angustia, Delgado comenzaba a preguntarse sobre las nuevas con que se encontraría en la bodega, y habiendo caído en una pesada somnolencia, ahora que se debatía en cierto letargo, a todo esto se hizo presente el señor Beltrán, silenciosa y sigilosamente, al parecer muy resentido. Lo acompañaba Peña y Lillo, el cual, haciendo esfuerzos por disimular el recelo y la duda, por largo rato se mantuvo inmóvil, parado en la puerta, y al cabo avanzó y dijo, dirigiéndose contemplativamente a Delgado:

—Aquí nos tienes. A pesar de que anoche nos has botado de tu casa, hemos venido.

Como envuelto por una espesa niebla, Delgado miró al visitante:

—¿Qué dices? ¿Quién los ha botado? —inquirió con alarma.

—¿Ya no te acuerdas? —se quejó Peña y Lillo—. Tú mismo nos invitaste a la fiesta, y sin embargo, el rato menos pensado agarraste y nos botaste como a perros...

—Vayamos por partes —interrumpió el dueño de casa—. En primer lugar, yo me pregunto por qué habría de botar a nadie.

—Eso mismo me pregunto yo —dijo Peña y Lillo mientras Delgado dirigía una mirada suplicante a Beltrán, el cual escuchaba con fingida indiferencia y lo miraba y carraspeaba con aire de reproche—. Pero si no te acuerdas, eso es otra cosa —añadió Peña y Lillo.

—¿Y cómo fue la cosa? —preguntó Delgado.

—En realidad nada grave. Seguramente el señor Beltrán es de la misma opinión; no he tenido oportunidad de cambiar ideas con él. Cualquiera comprende lo que uno hace de borracho.

—¿Cualquiera comprende? No me digas. Cualquiera comprende, pero yo no. Dime quién los ha botado. Haz el favor de explicarte.

—Tú nos has botado; por orden de un señor que daba miedo —declaró el interrogado.

—Pues no hubo tal —intervino de pronto el señor Beltrán—.

Yo garantizo que no daba miedo. ¿Para qué decir una cosa por otra? Yo me retiré por pudor, y claro es que no por miedo. Un joven tan simpático y tan elegante como el que nos ocupa, mal puede dar miedo. A decir verdad era turnio, pero sin embargo muy bien parecido.

—Turnio y muy bien parecido, de acuerdo —asintió Peña y Lillo—: hasta tal extremo bien parecido, que por eso mismo daba miedo.

—¡Qué ocurrencia la suya, buen hombre! —exclamó Beltrán sonriendo con ironía, para terrible extrañeza de Delgado que miraba con incredulidad a los interlocutores, mientras éstos, ignorando por completo su presencia, se encaraban apasionadamente con sus respectivas opiniones—: Está buena la ocurrencia —reiteró Beltrán con jovialidad y luego dijo—: Pero hablando en serio, dígame: ¿realmente le ha dado miedo?

—Yo se lo juro —afirmó el otro—. Era una cosa terrible el miedo que me daba.

—¡Vaya hombre, no le creo! —rió Beltrán—. ¿Miedo de qué? ¿De un joven tan simpático? Si nos ha botado, allá él, y santas pascuas, pero no por eso usted me ha de venir con que daba miedo. A lo mejor usted confunde los términos: el miedo es una cosa, y el pudor es otra. Usted mismo, que ahora habla de miedo, estaba hecho un ministro, feliz de la vida. No había miedo que se tenga, si mal no recuerdo, y todo andaba soberanamente hasta que el señor Delgado, yo no me explico por qué, de buenas a primeras nos señaló con el dedo y gritó: "¿Qué veo? ¿Qué hacen aquí estos pelafustanes?", y luego se dirigió a su amigo y le dijo: "Oye, Ramón: que se dejen de mortificar estos pelafustanes; diles que se vayan, y si no, bótalos a viva fuerza". Así le dijo el señor Delgado, dándole alas a su amigo para que nos lo dijera, como si él mismo no pudiera habérnoslo dicho, sabiendo muy bien que estaba en su derecho...

—Disculpe usted, pero discrepo de su parecer; la cosa no pasó como usted dice —interrumpió Peña y Lillo—. La cosa es que Felipe estaba fastidiado, pero no con nosotros, sino con ese señor, o joven, o qué se yo, que se le hacía la burla. ¿No recuerda usted? Ya sé que el miedo es una cosa, y el pudor es otra, pero lo cierto es que ese señor, o joven, o qué se yo, no estaba quieto un momento; iba y venía de un lado al otro, tiraba por los suelos y rompía las cosas, y hacía lo que le daba la gana, sin ningún pu-

dor precisamente, como usted recordará, y no digo una rabona, pero ni siquiera una puta se comportaría peor, disculpando la expresión. En una de esas, me desalojó de la silla en que yo me sentaba, y sin más motivo, me dio un coscorrón y una patada. Por poco no agarro y le rompo el alma. Y digo por poco, por no decir por miedo. Ahora ya ve usted que no soy tan torpe de entendederas para no saber qué es el pudor y qué el miedo. Pero volviendo al tema: digo y repito que discrepo de su parecer, pues efectivamente, el referido personaje, que no Felipe como usted dice, se hizo el sorprendido, y como si nunca nos hubiera visto, llegó al extremo de señalarnos con el dedo, y luego se puso a gritar y dijo: "¡Ah, caramba! ¿Qué veo? ¿Quiénes serán estos alcahuetes? ¿De dónde habrán salido? ¡Hay que botarlos!". Y lo más raro es que Felipe, yo no sé debido a qué debilidad, se amedrentó totalmente, y en lugar de castigar a su amigo, lo llamó con una seña y le habló secretamente al oído, y luego le dijo en voz alta: "Bueno, Ramón; no es para que te enojes. ¿De dónde iba yo a saber lo que pretenden estos alcahuetes? ¿Acaso yo soy adivino? Haz lo que quieras, y bótalos". Entonces yo, de pura rabia, dije que el joven, o señor, o qué sé yo, en justicia, debería apellidarse Delgado; y entonces usted, de pura rabia, dijo que el joven llamado Ramón, en justicia, no debería apellidarse Delgado, sino que de hecho tendría que apellidarse Delgada. ¡Ramón Delgada! Y entonces nosotros, no contentos con tamaña grosería, cometimos una segunda grosería, rompiendo en ajos y cebollas y prorrumpiendo a reír a mandíbula batiente, haciendo alarde de nuestra grosería. En estas y las otras, Felipe estaba ya sobre ascuas, y como no podía ser de otra manera, tenía sobradas razones para estallar de cólera con este chiste malintencionado, cuando a esto, y como si no fuera suficiente, de repente fue llamado Ramón por su amigo Ramón, el cual, bien sabe Dios por qué, le colgaba de buenas a primeras su propio nombre. "¿Cómo?", dijo Felipe, morado de ira; "Conste que yo me llamo Felipe; tú serás Ramón". "¿Y a mí qué, si me da la gana de llamarte Ramón?", increpó Ramón a Felipe; "Además, ¿acaso no comprendes que yo veo a Ramón al mismo tiempo que Ramón te ve a ti?", añadió amenazadoramente; y entonces yo, en tales momentos, pensé que el joven, o señor, o qué sé yo, se equivocaba y se confundía, seguramente a causa de que era turnio, por lo mismo que veía doble. Así las cosas, la verdad es que Ramón agarró un palo y, a tiempo de ponerlo en manos de Felipe, dijo con tono de mando: "Oye,

Ramón; toma este palo. Ya es hora de que arrojes a este par de cabrones, si es que me amas, y que se dejen de importunarnos". Eso fue todo, y no hay para qué recordar lo demás. Ya se sabe que salimos a espetaperros —terminó diciendo Peña y Lillo.

—Bueno; así que sea, —transigió el señor Beltrán—. Yo no recuerdo muchas cosas y lo reconozco; debo confesar que la memoria me falla —y luego dijo con fastidio—: Fíjese: yo no veo a qué le viene esto de seguir machacando sobre temas tan ingratos; cosa tremenda y sin embargo inevitable. Por más esfuerzos que uno haga, no puede olvidar aquel amarguísimo epílogo, preludiando nuestra salida a espetaperros, cuando efectivamente el joven Ramón, que no el señor Delgado como usted pretende, agarró el palo que le entregó su gran amigo, o sea el señor Delgado, y, seguramente para rompernos el alma, se acercó a la puerta, donde ya estábamos nosotros, y dijo: "¿Qué veo? ¿Todavía siguen aquí estos perdularios?", y entonces, suspendiendo el palo con horrible lentitud, gritó: "¡Ladrones de mi honra! ¡O salen, o les doy un garrotazo en cierta parte!", momento en que nosotros ya salíamos despavoridos de la casa, corriendo como diantres; como que no paramos de correr sino en la bodega. Ahora claro, es de hidalgos reconocer que nosotros mal podríamos tener el atrevimiento de quejarnos, siendo así que debemos agradecer la hospitalidad y el trato a cuerpo de rey que el señor Delgado tuvo a bien dispensarnos... En fin: ¿qué culpa tiene él? Mejor dicho: ¿a quién le importa la vida privada del señor Delgado? Eso digo yo; pues a mi leal saber y entender, somos nosotros quienes deberíamos pedirle disculpas por habernos ido a meter de cabeza en su domicilio privado. ¡Y sabe Dios las groserías que habremos cometido, borrachos como estábamos! Y por eso mismo, hablando en justicia, yo diría que el joven Ramón estuvo en su derecho, al expulsarnos como a perros de aquella reunión íntima. Nosotros somos gente ordinaria, no lo olvide usted, buen hombre, y ni siquiera soñamos hasta qué punto podrá llegar la susceptibilidad de los seres espirituales, con un refinamiento que estamos lejos de imaginar. ¡Esto lo declaro yo, honradamente y para que conste, en presencia del señor Delgado! —exclamó Beltrán y luego, dirigiéndose a Delgado con insólita espontaneidad y como si tan sólo hubiese sido natural ignorar por completo su presencia, dijo con tono patético—: Señor Delgado: yo ruego a usted olvidar los sucesos acaecidos en el espléndido festín; con lágrimas en los ojos se lo

imploro; tenga usted a bien perdonarnos, tanto al señor Peña y Lillo como al que habla.. ¡Soy yo quien se lo pido, y todo lo demás es puro disparate!

—¡No faltaba más, señor Beltrán! —dijo Delgado con alivio—. Créame que no recuerdo nada, absolutamente nada... Y si no fuera que nosotros entendemos las bromas y también las hacemos, creería que estoy soñando. Uno olvida lo que hizo entre copas, es lo que pasa...

—¡Ni hablar, ni hablar! —exclamó encantado el viejo—. Y si hablamos de olvidar, pues olvidemos, como ya dije, precisamente por el respeto que usted se merece.

—Nada de eso —dijo Delgado—. Y si usted sostiene una cosa semejante, me daré por ofendido. Total de cuentas: no ha pasado nada, y punto en boca.

—Es mucha verdad —aseguró Peña y Lillo.

—¿No es cierto? —repuso Delgado—. Realmente, es mucha verdad. ¿Quién ha de botar de mi casa a nadie, y mucho menos a ustedes? Perfectamente se comprende que el señor Beltrán y tú, así como también yo, nos gastemos bromas; ¡y qué bromas!

—¿Bromas? —objetó Peña y Lillo con perplejidad—. No comprendo; aquí nadie hace bromas. No hay bromas.

—¿Cómo que no? ¿Y el cuento con que me vienen ustedes? ¿No es una broma?

—Hablando en justicia, no es una broma; si por acaso lo dudas, te aconsejaría se lo preguntes a tu amigo.

—¿Qué amigo? Me extraña tu insistencia; sigues con la broma del famoso amigo, como si no supieras que todo tiene su límite.

—Lo sé, y no bromeo —afirmó Peña y Lillo con tono cortante—. Pero tienes que disculparme; en tratándose de tu amigo, no insisto.

—No seas imbécil —replicó Delgado ásperamente—. No hay tal amigo. Ustedes me vienen con Ramón por aquí y con Ramón por allá, como si no conocieran a Ramona, mi novia, y como si ella se hubiera vuelto hombre para que la llamen Ramón. ¡Yo aguanto bromas, señores, pero sólo hasta por ahí! Puede habérseme aparecido un amigo; digo mal, un fantasma; como que en realidad se me apareció anoche, y total de cosas. ¿Pero, qué puede haber pasado, después de todo? Puede habérseles aparecido a ustedes, de idéntica manera que a mí, y por eso hablan como si realmente lo hubieran visto. Ahí tienen ustedes la clave.

—Nada de clave; no hay tal —declaró Beltrán con tono rotundo—. Nosotros no hablamos como si realmente lo hubiéramos visto, sino que realmente lo hemos visto en carne y hueso, lo hemos tocado y hemos hablado con él; ahí tiene usted. Pues no era un fantasma; no tal —aseveró muy zumbón, como quien todo lo comprende pero difícilmente cree en fantasmas—: Era un joven, o mancebo, o doncel, de carne y hueso, que usted llamaba Ramón, muy bien parecido él, qué diré yo del buen mozo; más bien bellísimo, hasta el extremo de haberle metido miedo a este nuestro común amigo, el cándido señor Peña y Lillo, y eso que era turnio, para más señas. Pues nosotros no hemos sido quienes para verlo como usted dice haberlo visto, o sea como un fantasma; qué ocurrencia. Eso sí que está bueno. ¿Será cierto lo que usted dice, y mentira lo que decimos nosotros? ¡Qué hombre; qué hombre es usted, hay que ver quién habla de bromas, mi muy estimado señor Delgado! Lo que pasa es que nunca habíamos visto a su amigo. No lo conocíamos. Y ni qué decir que no es de los nuestros, desde el momento que no pisa la bodega. De todos modos, respétese la manera de ser de cada cual, y santas pascuas. Y venga una copa: ¡brindemos por el hermoso mancebo Ramón, el muy bromista y fantasmal amigo Ramón! —dijo Beltrán finalmente mientras miraba fijamente a Delgado.

Con sobresalto, en medio de la inmovilidad y el silencio, Delgado miraba en torno de sí, y se sentía abrumado con la turbadora significación de este sueño —pues sueño había sido. Difícilmente pudo retornar a la realidad; la realidad no existiría, de no ser la irrealidad —pensaba Delgado.

Sin soltar el saco, que aún sostenía entre las manos, hizo un esfuerzo para incorporarse. Con paso vacilante, avanzó hacia la cama, y guardó la prenda debajo de la almohada.

Salió de su casa. Ya era de noche. Con un sentimiento de sosiego y de calma, a la luz de las recientes experiencias, consideraba que se deberían multiplicar las energías y los sentidos, y se debería dormir muy poco y vivir, y recorrer las distancias en pos de algún júbilo, en pos de algún crepúsculo. Pues había que vivir —y vivir, precisamente, era muy difícil —se decía Delgado.

Y ahora, encogido en un automóvil, con rumbo a la bodega, y con cierto sentimiento de soledad que parecía extenderse en

un horizonte sin límites, juró en su corazón guardar silencio en lo tocante a la historia hermética del festín. Alguna vez habló con Oblitas; en cuanto a Ramona, escrito estaba que ignoraría por siempre jamás aquella historia.

Fuerza es declarar que Delgado trató de averiguar la verdad de lo ocurrido; y hablando con Ramona, cautelosamente, le preguntó esto y aquello. Pero nada pudo sacar en limpio. Pues nada había ocurrido —según Ramona, a no ser lo de costumbre: una pelea. Por lo demás, las visitas de Ramona, extrañamente, tornábanse cada vez más breves, cada vez más espaciadas, según advirtió Delgado, en días subsiguientes a la fecha de su cumpleaños; difícilmente podía ocultar una intensa preocupación. Le daba mala espina un cambio tan brusco.

CAPITULO IX

Poco después del cumpleaños de Delgado, Ramona Escalera emprendió viaje al extranjero.

El suceso había sido anunciado en repetidas oportunidades por Ramona; Delgado supo conservar la calma. Asistió a la estación y presenció la partida. Desde lejos, oculto entre el gentío, vio aparecer a la viajera, vestida de negro, con un ramo de flores y con un maletín entre las manos, seguida de Prudencio y de Lucía, avanzando a lo largo del andén y abordando apresuradamente el convoy, cuando de pronto, en medio de clamores y de gritos, sonó la señal de la partida. El tren comenzó a moverse, y luego se perdió de vista —a las cuatro y cuarto, exactamente.

Delgado miró el reloj —con desasosiego, volvió las espaldas, y se fue a la bodega.

En realidad, él ya daba las cosas por terminadas. Ramona era en cierto modo desaprensiva y ligera; Delgado estaba persuadido de ello. En ocasión de una breve visita de despedida, precisamente, habíanse revelado muchas verdades.

Delgado no temía equivocarse: en dicha oportunidad, en efecto, habíale sorprendido la actitud desaprensiva que Ramona asumía ante ciertos asuntos, y eso sin contar el lenguaje hiriente que en definitiva adoptaba ella, como dando a entender que estaba demasiado atareada y que no podía ocuparse de otra cosa que no fuera su viaje, toda vez que los preparativos del mismo reclamaban la totalidad de su tiempo.

Tal actitud, que Delgado consideraba humillante para él, no podía menos que causarle viva irritación, y con esto comenzaron a exacerbarse los ánimos.

—Me parece ridículo —dijo Delgado—. Un viaje no es cosa del otro mundo, que yo sepa. ¿Por qué tanta prisa? ¿No comprendes que en vísperas de tu partida tenemos mucho que hablar? ¿Acaso no puedes quedarte un rato más?

—No puedo —declaró Ramona—; la modista y la peinadora me esperan. Mal vestida y mal peinada, no podría viajar: la sola idea me horroriza. De modo que tú sabrás disculparme —miró el reloj y luego añadió con tono perentorio—: Dentro de veinte minutos o media hora a lo sumo, me voy.

—No me opongo —dijo Delgado y sonrió desdeñosamente—: Pero una cosa me extraña, hablando con franqueza: ¿Cómo puedes haberte transformado tan repentinamente? O mucho me equivoco, o ya no eres la de antes.

—Pierde cuidado; soy siempre la misma —repuso Ramona con estudiada indiferencia—. Si te dejas llevar por un sentimentalismo mal entendido, no será mía la culpa. Mira una cosa: este viaje es muy importante para mí; deberías ser más razonable... si en algo estimas mi vida.

—¿Tu vida? Nunca me lo dijiste. Jamás te molestaste en hacerme saber los motivos de tu viaje. Sin duda tenías tus razones para ello.

Ramona guardaba silencio; se quedó pensativa. Al cabo dijo:

—Estoy enferma. Los médicos dicen que tengo un tumor en el seno. Y según parece, sólo en Europa existen especialistas que pueden tratarme con alguna probabilidad de éxito, esto es, siempre y cuando no sea demasiado tarde. La noticia no es reciente; hace un año me la dieron.

—Hiciste mal en no decírmelo. ¿No pensaste que tu reserva resultaría ofensiva para mí?

—¿Y qué podías hacer tú? Con decírtelo no se remediaba nada. Pero según veo, ahora te das por ofendido y mi enfermedad no te preocupa. Y como resulta ofensivo para ti el tumor que cunde en mi pecho y que pone en peligro mi vida, no tengo más remedio que prosternarme de rodillas y pedirte disculpas. Y si con eso no estuvieras contento, tendría que entregarme a la desesperación y morir de angustia. ¿No es así?

—Como tú quieras —dijo Delgado—. No te faltarían razones para poner tus palabras en obra. Y si tratas de ridiculizarme, allá tú.

—¿Ridiculizarte? ¿Quién eres tú para sentirte ridiculizado? ¿Y quién soy yo para ridiculizarte a ti y nada menos? Ni siquiera me río de ti, y mal podré ridiculizarte. Si acaso te imaginas que vivo pendiente de ti y que pretendo ofenderte tal vez movida por el despecho, te equivocas. Has de saber que yo tenía un cordero que era más cándido que mi abuelo, con ser menos cándido que tú, y resulta que el pobre se creía ser el centro de la atención universal, hasta que un alma caritativa le aconsejó que dejase de ser tan cándido; imagínate que el cordero tuvo la sensatez de escuchar el consejo, y vivió feliz hasta el fin de sus días.

—Muy edificante —comentó Delgado—. Y por lo que a mi se refiere, tomo debida nota de ello. Pero ahora basta —añadió con aspereza—: dejémonos de cosas. Ya me tienes harto con tus ironías y con tus alusiones hirientes. Yo no veo ninguna razón que justifique la ferocidad y la grosería de tu trato para conmigo. La torpeza que te gastas será digna de una prostituta, pero no de una mujer como tú. Simplemente me apena y me causa infinito asombro tu actitud. Y para que te asustes, diré lo siguiente: es horrorosa la transformación de tu persona; hace pensar que tu alma hubiera muerto.

—Muy bien —dijo Ramona con sarcasmo—; de ser cierto que mi alma hubiera muerto, tú serías el culpable.

—¡Terminemos de una vez, mujer del diablo! —exclamó Delgado fuera de sí—: Yo quisiera saber qué te trae. Se supone que has venido para despedirte, pero no para insultarme; te aconsejo que te vayas de inmediato.

—No lo haré sino el momento que me plazca —replicó Ramona con indignación—. Además has de saber que no he venido para despedirme —añadió de pronto con tono conciliador—. Resentimientos y susceptibilidades aparte, quiero ser franca y de-

cirte que sólo he venido para verte, con la pena que me daba despedirme de ti.

Ante la manera de ser de Ramona, siempre extraña y siempre infantil, Delgado se limitó a sonreír, y dijo calmadamente:

—Pobre Ramona. Malditas sean las ofensas proferidas en un momento de ira. Es cierto que viniste con el ánimo predispuesto, con inexplicable afán de zaherirme, y con un gesto que hacía desaparecer lo que tú eres, para hacer aparecer lo que no eres. Si admites que tengo razón —añadió luego—, me lo harás saber cerrando las cortinas; si por el contrario no lo admites, aquí no pasó nada.

Ramona se levantó con presteza y cerró las cortinas.

Al cabo reanudaron la conversación; y con nuevo espíritu, abordaron asuntos de particular y mutuo interés, en vísperas de una separación que, a juicio de Ramona, se extendería por espacio de unos cuatro o cinco meses, más o menos.

—Todo depende —dijo ella— del estado en que buenamente me encuentre, de lo que digan o dejen de decir en las consultas, y quién sabe las cosas que podrán pasar. Además el viaje es largo. Un mes de ida, y un mes de vuelta.

—¿Y qué dice él a todo esto? —preguntó Delgado—. Difícil ha debido ser animarlo a un viaje tan largo...

— Y tan costoso —concluyó ella—. En realidad habría sido imposible, de no haber intervenido cierta circunstancia que por lo demás ya estaba dada.

—¿No te referirás a las muñecas?

—Me asombras: has adivinado. Como es fama que en Europa se encuentra lo increíble en materia de muñecas y él precisamente no lo ignora, esta circunstancia tuvo la virtud de allanar todo problema, conciliando al mismo tiempo los intereses contrapuestos. Lo demás vino de por sí: tú ya lo sabes. De la noche a la mañana, dos seres en pugna se ponen tácitamente de acuerdo, y luego deciden lanzarse al otro lado del océano: él, un viejo vicioso, en busca de muñecas, y yo, una joven enferma, en procura de salud.

Delgado pensó un momento y dijo:

—¿No será que juzgas al susodicho con cierta ligereza? Tratemos de ser justos; yo me atrevería a decir que no solamente se interesa por las muñecas, sino también por ti.

—Tal vez —repuso Ramona—. Pero dado el caso, me sorprende tu juicio. Por tratar de ser justo, pecas de ingenuo. Muchas veces te dije que únicamente le importa el mundo en que vive él, con todos sus delirios y fealdades. A mí no me mira ni como a mujer ni como a persona; sólo soy para él un objeto, o diré mejor, soy una especie de pretexto, del cual se vale para satisfacer sus instintos depravados. Tú ya lo sabes; no es ninguna novedad para ti, pero valía la pena repetirlo para que veas que no juzgo con ligereza.

—Nunca acaba uno de asombrarse —dijo Delgado—. Está visto que en este mundo existen realmente individuos para quienes una muñeca vale más que una mujer.

—Verdaderamente cierto —afirmó Ramona—. Será suficiente con decirte que ahora mismo, en vísperas de viajar, se pasa horas enteras con sus muñecas para despedirse de ellas, derramando lágrimas y profiriendo lamentos. Imagínate que les pone y les saca y les vuelve a poner unos trajes, unos disfraces y unos antifaces que hace poco ha mandado hacer con las monjas. Además, y para pasar de una vez la hoja, te contaré una cosa, tremenda y risible. Bien sabe Dios con qué intención, la idiota de Lucía (que, dicho sea de paso, viaja con nosotros hasta Oruro) me contó que él guarda celosamente en un baúl una muñeca de cera, y dice que esta muñeca se parece a mi y también a no sé qué joven. Ahora imagínate que yo no sé quién será el famoso joven, pero es lógico suponer que se parece a mí. Si te haces cargo de semejante barbaridad, ya verás que no soy tan injusta como dices.

—Ya no sabe uno si reír o llorar —dijo Delgado—. Se me ocurre que el susodicho, complaciéndose en imaginar en ti y en ese joven que tú dices un parecido con la muñeca, se pregunta cuál de los dos se parecerá realmente a la muñeca; si el joven se le parecerá por tu parecido a ti, y tú te le parecerás por tu parecido a él, o cada cual se le parecerá por su propio parecido; y entonces piensa que la muñeca se parece a los dos por igual, ya que los dos son igualmente parecidos a la muñeca, y luego vuelve a pensar, y encuentra que tu parecido con el famoso joven, seguramente se debe a un parecido de la muñeca con el joven, y no menos a tu parecido con la muñeca; y así por el tenor. Pero según mi opinión, el parecido de la muñeca es muy otro. No es que se parezca a ti, ni al joven, ni a nadie en absoluto, sino que en rea-

lidad la muñeca se parece al parecido del susodicho con un imaginario susodicho, el cual pretende parecerse a ti y a ese joven al mismo tiempo, por obra de la muñeca; francamente, no sé si me dejo entender. Pues de este modo, quien ha de parecerse a la muñeca en definitiva, no ha de ser sino él, el susodicho y no otro. Por lo demás, bien podría avergonzarme de mí mismo con este mi modo de ver, toda vez que nadie juzga lo que por sí no pasa.

—¿Y acaso tú tienes una muñeca?

—Claro que sí, pero de carne y hueso; no de cera. La diferencia es radical. Así se explica que el susodicho y yo nos encontremos separados por un abismo.

—Muy bien —dijo Ramona—: pero semejante conclusión de tu parte me da mucho en qué pensar. Podría decirse que nadie se libra de las muñecas y que todas las mujeres lo son, ya de carne y hueso o de cera. Quién sabe si los seres humanos no se parecen los unos a los otros de un modo tan insospechado que difícilmente se podría ni siquiera imaginar.

—Quién sabe —asintió Delgado vagamente y de pronto dijo con fingido tono de alarma—: ¡Pero a todo esto ya pasó la media hora! ¿No se te hace tarde? ¡Andate, por amor de Dios! A lo mejor la costurera y la peluquera a estas horas ya se han ido. ¡Dios no permita que ocurra semejante catástrofe!

Ramona rió, y dijo con buen humor:

—No molestes. De sobra sabes que lo dije para mortificarte. Además puedo quedarme hasta la hora que se sea, si me da la gana. ¿No sabes una cosa? —añadió ahora con cierto aire de triunfo—: No te he contado: lo tengo en jaque. Por una de esas casualidades que no faltan tuve la suerte de pescarle un feo negociado de divisas. Y lo tengo amedrentado con la amenaza de denunciarlo: está más asustado que un ratón. ¡Me he vuelto mala!

—¿Hablas en serio? ¿Y realmente serías capaz de denunciarlo? —preguntó Delgado con asombro.

—Muy capaz —contestó Ramona sin vacilar—. Y tan capaz que no me importaría dar al traste con el famoso viaje. Me he vuelto mala. Yo misma me desconozco.

Delgado bebió lo que quedaba de una botella que rato antes había destapado.

—¡Ah, caramba! —exclamó con extraña mirada—. ¿Entonces te has vuelto mala y tú misma te desconoces? ¡Yo no sabía!

Creyendo notar que Delgado se mofaba de ella, Ramona se puso recelosa y dijo con tono vacilante:

—Ten en cuenta que no necesito volverme mala; realmente lo soy. No me conoces.

—¡No me digas! —replicó Delgado con abierto tono sarcástico—. ¿Entonces no te conozco y todavía quieres asustarme, y sobre eso todavía no necesitas volverte mala? —añadió luego, y dijo finalmente—: ¡Ah, caramba; la hiena, hiena se queda!

Ante tan inesperada actitud, incomprensible en todo punto para Ramona, ésta se sintió totalmente desconcertada y se encendió en cólera. Bruscamente se levantó, y ahogándose entre sollozos:

—Loco degenerado —dijo—. ¡Te conozco! Por haberme fijado en ti, gusano malhabido, tengo que avergonzarme. Te castigaré. ¡Maldito pobretón metido a gente! No sólo no soy capaz de denunciar a mi marido, por vicioso y por ratero, sino que soy muy capaz de denunciarte a ti, borracho infeliz, por inmoral, por impostor y por rufián, y para que lo sepas, por maricón.

Con esto, Ramona se lanzó precipitadamente en dirección a la puerta. Delgado le cortó el paso; hubo un breve forcejeo, y luego Ramona tornó a sentarse.

Ciertamente, los ánimos se habían calmado a último momento; y mal que bien, por fuerza de las circunstancias o por mera inercia, había sobrevenido la reconciliación; pero no obstante, el daño estaba hecho. Quedaban las ofensas para siempre.

Felipe Delgado confrontaba las repercusiones de aquella entrevista; y con cierta amargura, de retorno de la estación, en la oscuridad de la bodega, persistía en su determinación de dar las cosas por terminadas. Una vez más se afirmaba en la convicción de que Ramona era desaprensiva y ligera —así lo demostraban los hechos: aquella visita de despedida se había cerrado con broche de injurias.

Paradójicamente, Felipe Delgado se sentía deprimido con el silencio de Ramona; sin embargo, no pasaría un par de meses a todo esto, cuando recibió noticias —una postal procedente de Roma. En el anverso, el *Moisés* de Miguel Angel; en el reverso, y con tinta de color morado oscuro, una salutación por Navidad y Año Nuevo (salutación que, por supuesto, llegaba tardíamente), y la promesa de que en fecha próxima, el destinatario recibiría extensa misiva. Así fue en efecto, sólo que ésta se dejó esperar

algún tiempo. Y curiosamente, no fue leída sino al cabo de una semana y más de haber sido recibida, cuando Delgado, con el consiguiente asombro de su parte, descubrió que la había olvidado en su bolsillo. El hecho no dejó de causarle viva inquietud; era demasiado extraño y significativo.

En su carta, fechada en München, Ramona Escalera daba ciertas noticias. Lo primero, Prudencio: había marchado a Nürnberg —en busca de muñecas, acotaba ella, obviamente. Y luego se refería a su enfermedad con detalles que parecían insulsos y aun mortificantes, según enjuiciaba Delgado con un criterio que, empero, no tardaría en rectificar. Hallábase Ramona en Alemania precisamente; y habiendo sido internada en una clínica tal y cual —con adelantos, comodidades y hermosura sin cuento, que Ramona no se cansaba de alabar y admirar—, actualmente recibía los cuidados del caso —una vaga inquietud se dejaba traslucir entre líneas. Ahora Delgado leyó con atención. Parecía ser un tumor maligno o cosa así; aquí y allá, saltaban palabras que Ramona consignaba con ominoso acento: extraños términos, por completo ajenos al lenguaje común —ininteligibles, oscuros y enigmáticos, para el profano; y sin embargo, ¿acaso no lo serían para ella también? —plenos de significación. Por ejemplo: metástasis. Ramona Escalera escribía. Propagación irreversible. Interferencia hormonal. O bien: trastornos epigenéticos —no se entendía. A no ser un médico —pensó Delgado. Ya buscaría alguno para saber. Ramona pasaba bruscamente a otros temas. Pedía noticias. Expresaba su deseo de recibir cartas. No dudaba que Delgado le escribiría; él podía enviar su correspondencia en la seguridad de que ésta llegaría a su destino. Y con gran vehemencia, reiteraba una y otra vez aquel deseo: anotaba una dirección.

Delgado le escribió. Y lo hizo bajo el signo de la desesperanza y el dolor. Pues aquellos oscuros términos que Ramona consignaba y que hace poco le causaron profunda inquietud, ahora develados por un especialista a quien consultó, indicaban inequívocamente que Ramona adolecía de cáncer. Quería decir que estaba condenada: probablemente, sus días estaban contados. Delgado se cuidó muy bien de no expresarse con un tono grave o reservado, sino más bien optimista y, si se quiere, risueño; en su carta, él daba por sentado un pronto restablecimiento y formulaba al mismo tiempo vehementes votos por un próximo retorno de la viajera. Luego, más adelante, señalaba algunas nuevas

y comentaba anecdóticamente esto y lo otro, en lo particular y en lo general. Luego se extendía en largas y sentidas lamentaciones a propósito de la condición humana. A esta altura, Delgado no quiso o no pudo resistir a la súbita tentación que le ofrecía el tema de la muerte; y dio la bienvenida a su debilidad, habida cuenta que la omisión del tema resultaría sin duda sospechosa y aun sintomática a los ojos de Ramona, en circunstancias como las presentes precisamente. Y embarcándose en tan ardua materia, citaba a un amigo suyo, a quien prometía presentar a Ramona; una criatura singular y una autoridad en cosas ocultas, que se llamaba Juan de la Cruz Oblitas, y le hacía decir lo siguiente: "No existe la enfermedad como tal; la enfermedad no es otra cosa que un delirio del cuerpo que delira. El remedio para el delirio del cuerpo que delira, si lo hay, no es la muerte; es el gobierno de la muerte por el amo del cuerpo que delira. Pues el delirio que delira no es la muerte, sino el cuerpo que delira". Finalmente, Delgado transmitía los saludos de todos los amigos de la bodega; y terminaba su carta ofreciendo su alta y ferviente devoción a Ramona Escalera.

La respuesta a esta carta, si bien tardó muchísimo más de lo que cualquiera hubiera esperado, vino a confirmar plenamente aquello que Delgado temía con respecto a la enfermedad de Ramona. En realidad, Delgado la recibió tan sólo pocos días antes de la fecha en que retornaría Ramona, quien precisamente había despachado la referida carta con objeto de anunciar su llegada.

Delgado se quedó anonadado con la lectura de la carta. En forma breve y concisa, Ramona anunciaba su inminente retorno "para morir en la tierra que amo". Ramona se daba por enterada de la enfermedad mortal que la aniquilaba. Y se hacía cargo de los estragos que actualmente sufría. "De lo que yo fui en otro tiempo, cuando me viste la última vez, nada queda, o casi nada". Ramona, sin embargo, aún esperaba vivir para la fiesta de San Juan. "Falta poco; espero estar con vida". De pronto parecía sorprenderse con sus propias palabras; y por idéntica razón, advertía: "No te sorprendas; en realidad, tengo miedo. Con la proximidad de la muerte, el miedo se convierte en una certeza. No es que yo no tenga miedo". Oblitas le intrigaba: "Tengo que conocer al señor Oblitas, que me presentas en tu carta. No te imaginas cuánto me ha maravillado lo que dice. "Pues el delirio que delira no es la muerte, sino el cuerpo que delira".

Para mi epitafio". Ramona enviaba "muchos saludos al señor Peña y Lillo; muchos saludos a todos los grandes amigos que sufren en la bodega".

Delgado consideró que era su deber mostrar la carta a Oblitas. Este la leyó y, sin poder ocultar la emoción que lo dominaba, habiendo en efecto reconocido como suyas las palabras que citaba Ramona, dijo:

—Grande espíritu ha de ser, para haber afrontado con tamaña serenidad la muerte que toca sus puertas, dígame. Un epitafio; yo ni soñaba. Nuestra amistad queda sellada. Y aunque estuviera demás decirlo, yo le suplico que cuente usted con mi total solidaridad y con mi incondicional apoyo en todo momento.

Delgado se lo agradeció.

Por lo demás, durante esos días, Delgado había determinado no moverse de su casa; pues en vista del inminente retorno de Ramona, era lógico suponer que ésta lo visitaría en cualquier momento.

En efecto, así fue. Una tarde, a eso de las cuatro, Ramona se presentó. Delgado se adelantó apresuradamente a recibirla; difícilmente pudo ocultar un doloroso asombro. Se sorprendió con el color de la piel, de un plomo terroso, si acaso podía definirse así. Y se sorprendió con aquella pequeña cicatriz en la frente, que por vez primera advirtió cuando vio a Ramona en el circo. Pues en realidad no era tal cicatriz, sino una señal por la que seguramente hace mucho tiempo se anunciaría la enfermedad, para luego desencadenarse con mortal violencia. Como que efectivamente, ahora esta señal semejaba un lunar de forma ovalada, y la fea mancha, ligeramente oscura, se extendía hacia la raíz de los cabellos y hacia las cejas.

En definitiva, Ramona había experimentado una transformación impresionante; no había una sola manifestación por la que no se evidenciara crudamente su acabamiento. Todo salía a la superficie con terrible crueldad: los ojos, tal vez por idéntica razón, miraban con rara hondura.

Ramona llevaba puesto un vestido negro, con vivos rojos y blancos. Su combinación favorita: los colores de la simetría y de la sincronía —pensó Delgado.

Ramona, con indiferencia y frialdad afectadas —aquél lo notó—, recibió el abrazo de éste.

Y luego, enternecida de pronto, lo miró y dijo:

—Si me criticas, no importa. Si ya no me quieres, tampoco importa. Yo comprendo.

Ahora le dirigió una mirada tenaz y escrutadora.

Delgado no pudo sostener esta mirada. Bajó los ojos.

—Yo te quiero —dijo ella—. Te he echado mucho de menos. Y ahora tengo que morir y dejarte. No sabes cuánta pena me da.

Con estas palabras, se entregó a un silencioso llanto, sin duda largamente contenido.

Delgado sintió que todo control lo abandonaba. Le era difícil ubicarse. No podía articular ni siquiera una palabra. Una intensa congoja se lo impedía.

—Soy mortal, soy humana —dijo Ramona al cabo—. Hago lo posible por no morir. Y me asusta hablar como hablo. Me asusta mi cara y me asusta mi cuerpo: de lo que yo fui, nada queda; te lo previne. Debes comprender. Soy mujer — y de pronto añadió—: Pero me han dado una esperanza.

Ahora Delgado se quedó perplejo.

Ramona lo miraba nuevamente —con mirada tenaz y escrutadora.

Esta vez Delgado no bajó los ojos.

—¿Qué esperanza? —preguntó.

—La altura —dijo Ramona—. La sangre tiene misteriosos influjos sobre el cáncer, en la altura. Quiere decir que si me hubiera quedado en mi tierra bendita en lugar de viajar, habría vivido más tiempo del que ahora viviré.

—Yo siempre he sido un convencido de que la altura obra milagros —afirmó Delgado apasionadamente—. Basta con que hayas retornado a la altura para que vivas más tiempo.

—No me hago ilusiones —dijo ella—. Pero lo cierto es que desde mi llegada me siento mucho mejor, por extraño que te parezca.

—Así tenía que ser —afirmó Delgado—. A mí no me extraña en lo más mínimo. Y te diré que yo te esperaba minuto a minuto; en tu carta me anunciabas tu inminente llegada, pero no la fecha exacta. Por eso todos estos días he estado esperándote aquí, sin moverme para nada.

—He llegado hace apenas tres días —dijo Ramona—. Y en esta mi primera salida he venido a verte. ¿No has estado bebiendo excesivamente? —preguntó ahora—. Tienes la cara totalmente

hinchada. Tus ojos están inyectados en sangre. Debes cuidarte un poco.

—¡Cómo pasa el tiempo! —exclamó Delgado sin hacer caso de la observación—. ¿Te das cuenta? Hace casi seis meses de la última vez que nos vimos.

—¡Y cómo cambia todo! —repuso ella—. Pasa el tiempo, pasa la vida, y hasta el mundo se acaba. Pero, ahí tienes: esto no ha cambiado —dijo, paseando la mirada por la habitación—; ni aquello —añadió luego señalando en dirección al balcón—. ¿Ves la luz de la tarde, y la luz del mundo que se apaga? En realidad nada cambia —y dirigiendo a Delgado una mirada pensativa, afirmó con tono grave—: Nosotros hemos cambiado; tú y yo, por más que en espíritu sigamos siendo los de antes. Por eso mismo, tú sabes: ahora los lazos que nos unen no son sino exclusivamente espirituales. Una vez, tú dijiste que debería haber algún modo de sacarse el cuerpo; y te diré que realmente lo hay. Yo en realidad me he sacado el cuerpo. He dejado de tener cuerpo.

Ramona calló y se quedó mirando algún punto en el espacio.

Delgado guardaba silencio; ahora preguntó con tono resuelto:

—¿Y cuál es, actualmente, el verdadero estado... de la enfermedad? En concreto: ¿habrá alguna conclusión para saber a qué atenerse?

—Eso es precisamente lo importante —declaró Ramona con animación—; y tampoco hay para qué alarmarse más de lo necesario; todo depende del dolor. Mientras no se presente el dolor, no hay ningún cuidado; en cambio, su presencia señala muchas veces el principio del fin. Una señora que estaba en la clínica, en Alemania, tenía el mismo mal que yo, pero en grado mucho más avanzado; y estaba de lo más tranquila, cuando de un momento al otro, le vino el dolor y tuvieron que ponerle morfina, y poco después murió. En cambio, otra señora que estaba en el mismo estado, de repente fue atacada por el dolor, y sin embargo no murió. Así hay casos y cosas que ni los médicos con toda su ciencia pueden explicarse. Yo soy enemiga de hacerme ilusiones, pero realmente la cuestión del dolor me tranquiliza un poco. Hasta ahora no he tenido ni sombra de dolor.

Ramona, evidentemente, trataba de ocultar la profunda tristeza que la embargaba, pero no por ello cerraba los ojos a la

cruda realidad —Delgado lo sabía. Y ahora, oprimiendo un pañuelo con manos nerviosas que dejaban ver unas venas azuladas debajo de la piel plomiza, sonrió y dijo:

—Me siento un poco débil; dame algo de beber. Una copa de licor.

Delgado le dio una copa de aguardiente.

—Una buena copa de aguardiente —dijo—. Te hará bien.

Ramona bebió.

Delgado la miraba.

—¿Sabes? —dijo ella—. Es muy fuerte; pero me gusta. Te confieso que me gusta. Durante los últimos tiempos he bebido una que otra copa. Cuando recibí el diagnóstico y supe que el tumor era de tipo canceroso y existían señales de metástasis, y cuando dejé la clínica hará más o menos un mes y medio, encontré cierto alivio bebiendo una copa. Y cuando recibí tu carta, de pura alegría bebí una botella de vino, y de pura emoción me zampé cuatro copas de *Edelkirsch*, un gran aguardiente de cereza, cuando leí el epitafio que el señor Oblitas, el famoso brujo amigo tuyo, que me presentabas en tu carta, había escrito para mí...

—Perdón —interrumpió Delgado estupefacto—: ¿Quién ha dicho que el señor Oblitas había escrito un epitafio para ti? En mi carta yo me limitaba a citar una frase suya, y te llamaría la atención tan poderosamente, que llegaste al extremo de transcribir el texto en tu carta de respuesta, dando por sentado que sería tu epitafio. Valga la aclaración en vista de la situación difícil en que me ponen tus afirmaciones, y te lo digo con todo respeto, porque al fin y al cabo, necesitaría ser demasiado torpe para enviarte con toda sangre fría un epitafio y nada menos. Por lo demás el señor Oblitas, a quien estoy ansioso de presentarte, no ha soñado escribir ni siquiera remotamente un epitafio para ti, y tampoco tenía por qué hacerlo.

—Te equivocas —replicó Ramona sentenciosamente—. El señor Oblitas pudo tener sus buenos motivos para hacerlo; el señor Oblitas es brujo, según me diste a entender en tu carta. Y yo sostengo que el señor Oblitas ha escrito mi epitafio; precisamente te digo que me gustan para mi epitafio las palabras que el señor Oblitas escribió, y si esto es así, como que realmente lo es, quiere decir que el señor Oblitas ha escrito un epitafio para mí.

Ante semejante razonamiento, Delgado no pudo menos que darse por vencido.

—Ahora quiero pedirte un favor muy grande —dijo ella con repentina vehemencia—: Quiero que me lleves a la bodega. Solamente un momento; después me voy. Yo recuerdo que decías que la oscuridad de la bodega se encontraba en el camino oscuro de la vida, a poca distancia del sepulcro. Yo quiero maravillarme con la oscuridad. No quiero perderme en el camino. Yo amo al mundo.

Sintiéndose conmovido con aquella petición, Delgado acarició el cabello a Ramona y dijo quedamente:

—Lo que tú sientes, yo siento. Lo que tú miras, yo miro. La muerte no podrá arrebatarte del mundo; tú te quedarás para siempre. Yo te amaré siempre. Aunque no hubiera existido yo, y aunque no hubieras existido tú, yo te habría amado a ti. Yo amo a todo y a todos, en ti. Al mundo y a los seres, a las cosas y a mí mismo. El que tú seas y el que yo sea, es un portento; por eso lo que importa es que todos sean. No es mera casualidad que tú seas tú, y que yo sea yo. Si hubiéramos sido otros y no hubiéramos sido lo que somos, o si hubiéramos sido cosas y no seres vivientes, siempre habríamos seguido siendo lo que somos, tú y yo.

—Tú sabes, y yo sé —dijo Ramona y se puso de pie. Y viendo que Delgado a todo esto seguía sentado, preguntó con suspicacia—: ¿Me harás realmente el gran favor que te pedí?

Aquél se paró de un salto y repuso con galantería:

—¿Y tú, me harás realmente el gran favor de ir conmigo a la bodega?

—No me queda otro remedio —dijo ella dando muestras de alegría. Y de pronto exclamó—: ¡Tengo una cosa para ti, y por poco se me olvida! Un pequeño regalo para tus ratos de aburrimiento —y abriendo la cartera, extrajo un objeto y lo entregó a Delgado.

—¡Pero qué maravilla! —exclamó éste en el colmo del entusiasmo—. ¡Una pistola! ¡En mi vida he visto un arma tan hermosa!

Tratábase en efecto de una espléndida pistola automática de calibre 25, que ahora fulguraba con sombríos resplandores azules, y tan pequeña que cabía en la palma de la mano.

—Un bello objeto; un magnífico instrumento de muerte —comentó Ramona animadamente, sintiéndose halagada con el entusiasmo de Delgado—. Lo compré en München, en circunstancias de lo más extrañas, y sería demasiado largo explicar. Tú

sabes que en Alemania las armas están prohibidas. Pero su historia se resume en dos palabras: era para mí.

Delgado la miraba con alarma.

—¡Ah, caramba! ¿Para ti? Una cosa me pregunto: ¿cómo te las arreglaste en un país donde se habla un idioma que tú desconoces?

—Muy sencillo; en Alemania mucha gente habla inglés, y yo conozco algo de este idioma.

—Muy bien. Ahora comprendo. Y entonces compraste la pistola para ti; y pensabas pegarte un balazo.

—Pensaba; pero me desanimé. Tú sabes: hay que morir. No hay que matarse. Y precisamente quiero hacerte constar lo siguiente, si me lo permites: no existe ninguna intención oculta en este regalo; ni siquiera lo imagines. Me ofenderías mortalmente. No soy tan vulgar.

—Me precio de conocerte —dijo Delgado—. Me avergonzaría el solo pensar que yo pudiera imaginar algo por el estilo.

—Gracias —dijo ella—. Simplemente es una hermosa pistola; un hermoso objeto; y pensé que te gustaría tenerlo. En todo caso un arma de fuego tiene un gran atractivo. Ahora desármala y ármala y vuélvela a armar, y ponle grasa y aceite, pásale el trapo y hazla brillar, y tómale el peso, pero jamás la utilices ni contra ti ni contra nadie. Además aquí tienes un montón de balas —dijo de improviso y extrajo de la cartera una caja de balas—. Tómalas y ahora guárdalas junto con la hermosa pistola, en un lugar seguro: aquí. Tú no sabes; yo las guardaré.

Ramona le arrebató el arma de las manos y, habiendo avanzado hacia un ángulo de la habitación, la guardó junto con las balas en el interior del gramófono.

Delgado la dejó hacer mientras la miraba con extraño y doloroso encanto. Luego la invitó a la bodega.

Serían las seis y media cuando descendieron del automóvil que en este momento se había detenido en la avenida Pando. A esto, Delgado se apartó bruscamente y cruzó la calle, para dar encuentro a un individuo harapiento, de cabeza blanca y aspecto repulsivo que en estos momentos lo llamaba con una seña. Y luego de haberse detenido por breves instantes para hablar con aquél, regresó junto a Ramona, y con ojos que denotaban desvarío y con la cara desencajada por el miedo, la tomó por el brazo y la condujo a través de los callejones en una precipitada marcha que no paró sino en la puerta de la bodega.

Delgado acudía después de una ausencia de una semana aproximadamente.

Ramona fue muy bien recibida. El bodeguero la abrazó con afecto. Y los otros —los tres o cuatro bebedores que estaban allí— la saludaron calladamente. Nadie pareció fijarse en el cambio que ella experimentaba en lo físico —aunque por lo demás, difícilmente podían discernirse las facciones de una persona en medio de una oscuridad tan particular como la que imperaba en la bodega. Peña y Lillo, que por supuesto estaba enterado de todo lo ocurrido, no se hallaba presente.

En la penumbra, Ramona miraba silenciosamente.

El bodequero apareció. Dejó sobre el taburete una botella y dos copas, y luego desapareció.

Delgado, sin decir nada, llenó las copas. Bebió.

Ramona siguió el ejemplo.

Delgado la miraba fijamente.

Ella supo interpretar una seña casi imperceptible:

—¿Alguna mala noticia? ¿Quién es? —preguntó.

Y con la cabeza inclinada, se dispuso a escuchar.

—Quería avisarte; no hubo tiempo —murmuró Delgado—. Es una sombra. Conoce el destino, y me persigue. No es una sombra; soy yo mismo, tú lo has visto. Vive la vida que no viviré, es lo que no seré. Cuando cae la tarde, él vive mi tiempo. Sale de mi tumba, hace muchos años. Hoy, ayer, mañana, y siempre. Dentro de muchos años. Abandona mi tumba, en el futuro. Ha sido lo que fui, ha vivido lo que viví, toda la vida. Es lo que ocurre. Tú mueres; yo muero; todos mueren, para vivir por algún tiempo todavía; es lo que sucede. Salimos de la tumba, cuando cae la tarde, a mirar la ciudad, a mirar el futuro, el paso de la gente por las calles. Tú, yo, y todos. En este momento y en todo tiempo. De todo corazón, salimos de la tumba cuando cae la tarde, es la verdad. Mis ojos y tus ojos me lo dicen: estamos muertos, créeme. Jamás nos resignamos a quedarnos definitivamente quietos.

—No me quedo quieta —musitó Ramona—. Tengo miedo; me adormezco. Me levanto. Tengo calambre.

CAPITULO X

—Tranquilícese —dijo Oblitas—. Después de todo, lo que a usted le ocurre no es nada raro. Es lo que es.

—No cabe duda —dijo Delgado—. Es lo que es, pero yo busco alguna orientación, alguna idea, alguna opinión de su parte. No sé a qué atenerme, como le digo, y estoy totalmente confundido. Estoy totalmente perdido.

—Se comprende —admitió Oblitas—. Y no seré yo tan obtuso para subestimar una situación grave, amigo. Pero quisiera saber qué le dijo.

—¿Qué me dijo? —repuso Delgado con extrañeza—. Vaya usted a saber. Ni siquiera yo mismo lo sé. En realidad no me dijo nada. Y si algo me dijo, no lo recuerdo en absoluto. Lo único que puedo asegurar es que no me imaginaba ni remotamente que fuese él, y sólo cuando me acerqué lo reconocí. Y se me heló la sangre en las venas cuando vi que era yo mismo. Es lo que pasa. ¿No estaré delirando y estaré loco, señor Oblitas?

—Tranquilícese —dijo éste—. Si alguien está delirando y está loco, no será usted, sino él —afirmó con tono rotundo—. Y si yo le pregunté qué le dijo, no lo hice por mera curiosidad, dígame, sino porque tenía razones de peso para preguntárselo, por más que la aparición haya sido por sí misma demasiado elocuente para tener ninguna duda sobre su significado. Esto aparte, ya se sabe que la muerte de la señora Ramona es inminente, sin necesidad de que nadie tenga que presagiarlo. Así las cosas, lo mejor sería que usted estuviese preparado; nada gana usted con sentirse perdido. Repito que lo que le sucede no es nada raro; es lo que es, y precisamente le diré que ese viejo, que deambula por las calles y se le aparece, no es otro que usted, quien efectivamente se levanta del sepulcro y se le aparece, y —dijo ahora con cierto retintín— vaya usted a saber si no será usted quien se le aparece a él, y no él a usted, dígame, y bien sabe Dios el terror que le ten-

drá. Ahora ya puede usted explicarse por qué tuve yo la osadía de preguntarle qué le dijo.

—Realmente sus conclusiones me asustan, señor Oblitas, y lo confieso —declaró Delgado—; pero no dudo que usted me prestará su ayuda en trances que para mí son de vida o muerte. Ahora quisiera rogarle que me indique la fecha en que podría esperarlo para presentarle a Ramona. Ella tiene muchos deseos de conocerlo, como usted precisamente habrá podido ver por la carta que me permití mostrarle.

Oblitas asumió un aire grave.

—Altamente honrado —dijo—. Yo dichoso de conocer a la señora Ramona; un raro espíritu, con un temple que pocas veces se da. Pero hay que proceder con mucha cautela. Cualquier alteración en el plano de las vibraciones, por insignificante que fuera, podría precipitar el tan temido desenlace —y ahora declaró con tono solemne—: Señor Delgado: no se puede jugar con las vibraciones. Si tuviera usted a la mano alguna fotografía de la señora Ramona, yo le rogaría que me la muestre; se lo agradecería en el alma.

Delgado guardaba en un cajón del escritorio una fotografía de Ramona. La sacó y se la mostró a Oblitas.

Este observó atentamente la imagen por unos momentos; colocó sobre la mesa el objeto de su observación, y luego dijo:

—Ay mamita; los rayos no coinciden. Son divergentes. Luego las vibraciones, en el plano del aura a donde son remitidas, se alteran; y como resultado, la interacción polar se neutraliza, dígame, quedando así librada la fuerza positiva de los opuestos a la influencia negativa de los contrarios. Por lo tanto, no conviene que la señora Ramona me conozca; definitivamente, ello precipitaría el desenlace. Yo más que nadie lo lamento, pero ahí tiene usted: así nomás no se puede jugar con las vibraciones, y mucho menos a estas alturas, dígame.

Delgado no pudo ocultar su contrariedad.

—Es una lástima —dijo secamente—. Y con el gran deseo que ella tenía de conocerlo a usted.

—Y qué diré yo —repuso Oblitas; y tomando nuevamente entre sus manos la fotografía, ahora añadió—: Qué rostro tan impresionante; al observar el rostro de la señora Ramona, uno tiene la impresión de que la luz estuviera en el naciente, y no en el poniente; y cualquiera diría que la fractura de la unidad hubiese sido provocada por las tinieblas, amigo, y no por la luz.

—Seguramente —observó Delgado—. Y no es que yo trate de poner en tela de duda sus aseveraciones, ni mucho menos, pero quizá la cuestión no es tan grave como para impedir la realización de un caro deseo. Al fin y al cabo, ella quiere conocer al autor de su epitafio, es decir, al señor Juan de la Cruz Oblitas.

—Puede ser —replicó éste—; pero lo malo es que la cuestión no admite bromas. Ya me veo yo precipitando la muerte de la señora Ramona y nada menos, y todo por darle gusto a ella misma. No, señor Delgado. No se puede. En otras circunstancias no habría pena, pero ahora que está en juego su vida, ni hablar. Ni pensar. Usted ya sabe: yo estoy incondicionalmente a sus órdenes, en cualquier circunstancia y para cualquier cosa que se le ofrezca; y créame usted, sería capaz de descender a los mismos infiernos para servir a la señora Ramona, de modo que le ruego comprender la situación. Y si las humildes palabras que buenamente pude yo haber vertido alguna vez resultasen dignas de figurar como epitafio en la tumba de la señora Ramona, tamaña distinción colmaría mis más audaces aspiraciones, y sería para mí una honra jamás soñaba, un timbre de inmenso y legítimo orgullo.

Oblitas se puso de pie, y devolvió la fotografía a Delgado. Luego volvió a sentarse.

Y dijo:

—Es muy triste. Le diré que le hará una gran falta, señor Delgado. Tan joven. Tan hermosa. Y el delirio del cuerpo que delira se la lleva. Razón tenía yo. El remedio no es la muerte; es el gobierno de la muerte. Está más allá de la muerte.

Delgado contemplaba la fotografía.

Ahora la guardó en su bolsillo. Y dijo:

—En realidad estoy preparado. Todo está previsto. Como yo no puedo ir a su casa, llegado el caso, ella me hará avisar. Y ahora la cuestión es ésta: hemos quedado en que usted iría a su casa... Después. Y así lo hemos dispuesto, señor Oblitas, sin consultar previamente con usted, y por eso mismo insistí en que nos reuniésemos los tres, precisamente para rogarle que comprendiese usted la situación. Y no dudo que lo hará. Estoy absolutamente convencido de que comprenderá.

—Hay cosas sabidas —dijo Oblitas dando muestras de viva emoción—; ni para qué comprender lo sabido. Ustedes han hecho bien, y precisamente, era lo que cabía. La falta de previsión ya me estaba asombrando; en circunstancias tan excepcionales, me

parecía imperdonable. Ahora yo obedezco: usted dirá qué debo hacer.

—Ella tiene miedo de quedarse sola, señor Oblitas; sola con su alma y con su cuerpo. Ella quiere que dos amigos míos estén presentes para velar su cadáver. Es lo que ella quiere. Su último deseo es el epitafio que ella reclama para su tumba. Ella me dijo haber hablado de esto con sus familiares. Ella me dijo haberlo hecho en previsión de cualquier dificultad que pudiera surgir por parte de sus familiares. Ella les ha dicho que el autor del epitafio estaría presente para hacer cumplir su última voluntad. Ella, como digo, tiene miedo. Ella tiene miedo de quedarse sola con su alma y con su cadáver. Ella quiere que usted y el señor Peña y Lillo estén presentes toda la noche. Es lo que ella quiere. Ella teme que por obra de una mano criminal, que usted ya conoce, aparezca a su lado una muñeca de cera, que se le parece y que ella teme más que a la muerte. Ella dice que la mano criminal lo haría por devoción, pero esta devoción es precisamente lo que ella teme: la devoción de la mano criminal encarnada en una muñeca de cera. Ella me dijo: "Me ha llamado la otra noche. Y me ha dicho: "¿Le hacemos, o no le hacemos una visitita a mi muñeca? ¿Qué me dices, Monita? ". Y me ha mostrado la muñeca que se me parece. "¿Qué hacías aquí tan quietecita, mi bribonita?", le ha dicho a la muñeca. "Aquí está la muñeca que tanto y tanto quería mostrarte, Monita", me ha dicho a mí. "Está engreída, la pobre, con la dijura de vestiditos que le compré. Mira este trajecito de novia, y este otro, de baile; y estos disfraces; este disfraz de hada, con sus lunas y sus estrellas, y este otro, de pirata; uno de campesina y otro de gitana. Mira sus antifaces, que son todo un primor, y sus zapatitos, que son todo un dije, como para comérselos. No es más, no es más. Te habrás imaginado que era una muñeca de lujo, pero ya ves. La pobre no tiene nada de particular, sólo que es de cera, muy antigua y fina, y se parece a ti; ¿no la ves? Mírala: es tu vivo retrato. Ni siquiera le he puesto nombre, y quisiera que tú se lo pongas. Yo la miro, yo la saludo, yo la toco, de vez en cuando; yo le mando hacer esta ropita que ves, con las monjitas del hospicio. Yo la cuido, yo la visto. Nadie más que yo puede interesarse por ella. Si no hubiera venido yo al mundo, a estas horas la pobre estaría en la basura, mira bien, botada en el río, y quién sabe a qué manos habría ido a parar. Y por eso esta muñeca es un prodigio; conmigo está donde debe. Y además ya tiene su destino. ¿Y sabes una cosa? ¿Tú sabes que a

mi hermana se le había ocurrido que yo podía regalarle mi muñeca? Yo me reí en su cara. "¿No entiendes mi delicadeza?", le dije. Y luego le dije: "¿No me ves la cara? ¿No me ves colorado de verguenza? ¿Rojo como un tomate? Y todavía sigues insistiendo: "¡Dame la muñeca, dame la muñeca!", como si no supieras que encierra un secreto de índole sentimental, y que es vivo retrato de cierto querubín". "Así se lo dije en su cara", me dijo a mí; "¡Pero ahora veo que dormías!", le dijo a la muñeca; "¡Ahora veo que esperabas a tu pobre serafín! ¿Me esperabas, retrato vivo de un querubín? ¡Malcriada, vivo retrato, papa partida!", le dijo a la muñeca. "¿No la ves, Monita?", me dijo a mí; "Igualita a ti, en la manera de mirar, por este lado, y por este otro, igualita a no sé quién. Pero ahora fíjate, qué raro: mírala. ¿No la ves? La pobre se ha vestido de luto; con toca, con velo, con medias de hilo, y con guantes de terciopelo, sin pedirme permiso. Por más que me duela el corazón, la castigaré. Y para que aprenda a ser gente, la pintaré con hollín". Y por eso Ramona teme —concluyó diciendo Delgado—; imagínese, señor Oblitas. Ahora que le he contado lo que me dijo, ya podrá usted darse una idea de lo que pasa. Ahora que la mano criminal ha vestido de luto a la muñeca, Ramona teme más que nunca que esta mano criminal esté guiada por el designio de enterrarla a ella junto con la muñeca. Y desgraciadamente, por repugnante y por horrible que pueda parecernos, hay que admitir que estos temores son muy fundados.

—Cosa verdaderamente atroz —comentó Oblitas—. Y así es, desgraciadamente —caviló un momento y al cabo dijo—: Pero ya ve usted: lo malo es que nadie podrá impedir que aquel designio se realice. ¿A qué título podría nadie atreverse a revisar el ataúd en busca de una muñeca, dígame? ¿Acaso alguien puede así nomás arrogarse el derecho de intervenir en cuestiones absolutamente íntimas y que son privativas de los deudos?

—Usted tiene sobrada razón —admitió Delgado—. Cualquier intento de esa naturaleza está más allá de nuestras posibilidades; nosotros no podemos incursionar en la temible intimidad del antro de la calle Recreo. Y por supuesto, Ramona se da perfecta cuenta de ello; tácitamente me lo ha hecho comprender. Por lo tanto, sólo se trataría de asegurar la presencia de usted, señor Oblitas, así como la del señor Peña y Lillo en el velorio, lo que ya de por sí quedará justificado con motivo del epitafio, a propósito del cual tampoco tiene por qué haber ningún problema.

—Claro —afirmó Oblitas con tono rotundo—. Yo estaré presente; eso ni dudar —y luego dijo dubitativamente—: Pero ahí tiene usted, señor Delgado, a propósito del epitafio: la cosa es que yo mismo no recuerdo mis propias palabras, es decir, las palabras que la señora Ramona tuvo a bien citar en la carta que usted me mostró. ¿Me permitiría usted tomar nota del texto?

—Precisamente —dijo Delgado—. Más vale ser previsor. Aquí está la carta. La tengo en mi bolsillo.

Extrajo la carta y se la entregó a Oblitas.

Este transcribió con todo cuidado aquella frase, ahora destinada a figurar en definitiva como epitafio en la tumba de Ramona.

—Gracias a usted, señor Delgado —dijo a tiempo que devolvía la carta—. Significativas palabras —añadió luego, derramando algunas lágrimas—. Gracias a usted, señor Delgado —repitió—. Qué extraño destino, dígame: estas palabras no se perderán en el olvido; serán esculpidas en el mármol del sepulcro.

Y con esto Oblitas, muy caviloso y preocupado, se dispuso a retirarse. Hacía un frío intenso; ya era casi pleno invierno. Delgado lo acompañó hasta la calle Ingavi; ya sabía que Oblitas se negaba a ir a la bodega, y tendría sus buenas razones.

De tal modo, que se despidió y fue en busca de Peña y Lillo. Efectivamente, éste se encontraba en la bodega. Delgado no se quedó sino poco rato; el tiempo suficiente para hablar con aquél. Y luego se dio prisa en retornar a su casa. Quería estar alerta. Ramona lo visitaría el día siguiente.

Así fue en efecto: ella vino —y todo quedó dicho durante una larga conversación, que por lo demás, sería la última.

Con una mezcla de admiración y espanto, Delgado la miraba; Ramona Escalera, en realidad, había venido para despedirse. Estaba tranquila y serena.

Llevaba puesto aquel traje negro, con vivos rojos y blancos que vestía hace poco, cuando vino a ver a Delgado luego de su retorno; sólo que ahora el traje parecía demasiado grande, y Ramona, demasiado pequeña.

—Es seguramente la última vez —dijo ella—. Quizá nunca más volveremos a vernos. Ahora hice un gran esfuerzo. Seguramente ya no podré salir de la casa. Y no podré conocer al señor Oblitas.

Con paso lento aunque seguro, se acercó a la ventana que daba al patio.

—Qué encanto —dijo—. Aquellos cerros tienen muchos recuerdos. Con sus casas, con sus caminos, con sus árboles. ¿No te parece? Deben ser muy antiguos, después de todo. Tan antiguos como el mundo. ¿No te asusta? A mí me asusta.

—Todo en el mundo —dijo Delgado—. Tan antiguo como el mundo.

Ramona se apartó de la ventana. Se reclinó en un sillón y dijo:

—No vayas a creer que me siento muy mal; me siento más o menos bien, no tengo ningún dolor, ¿pero sabes?, seguramente hay algún dolor que no duele. Y me imagino que un dolor que no duele, debe ser muy grave. ¿Has hablado con el señor Oblitas? —preguntó de pronto—: ¿Has hablado con el señor Peña y Lillo? No quiero quedarme sola, esa noche.

—He hablado —dijo Delgado evasivamente—. Todo está bien. Todo perfecto. Además no te preocupes; todo pasará, ya te sentirás mejor. Y además el señor Oblitas sentiría mucho no conocerte, tú sabes —mintió ahora—: Está ilusionado con sus planes. Me dijo que haría preparar un plato especial, un asado de cordero con papas blancas y ají amarillo, y ni sé qué otras cosas más, para recibirte en su casa en cuanto estés mejorada. Tú sabes, no hay para qué asombrarse; es un hombre extraordinario. Imagínate que quiere recibirnos precisamente para celebrar tu cumpleaños la noche de San Juan, y quiere quemar ni sé qué cantidad de fuegos artificiales en tu homenaje.

—¡Pobre señor Oblitas! —exclamó Ramona con voz que temblaba de emoción y los ojos velados por las lágrimas—. ¡Todavía cree que realmente yo llegaré a festejar una vez más la noche de San Juan! ¿Te imaginas? ¡Me siento tan emocionada con la estimación de un hombre tan bueno y tan ocurrente!

—En realidad no lo hace ni por bueno ni por ocurrente —se apresuró a declarar Delgado, creyendo haber ido tal vez demasiado lejos—. La verdad es que el señor Oblitas, como no podía ser de otro modo, sólo se ha atenido a mis propias apreciaciones para manifestar lo que ha manifestado. Y con esto ya podrás inferir claramente cuáles son esas mis apreciaciones. Yo en realidad te veo bien, aunque los daños de la enfermedad son sin duda innegables.

Ramona Escalera, alisando con calma los pliegues de su vestido, miró a Delgado. Una sonrisa indefinible asomó a sus labios.

—Los daños de la enfermedad —dijo— son innegables. Que se cumplan los buenos deseos del señor Oblitas; yo más que nadie lo ansío. ¿Y qué dirá el señor Peña y Lillo a todo esto? —preguntó ahora.

—Muerto por verte —dijo Delgado—. Pero ha tenido ciertos problemas, y yo sé que no hago mal en decírtelo.

En efecto, según Delgado refirió a Ramona, Peña y Lillo se había visto en dificultades con la policía a causa de ciertas deudas, y habiendo buscado refugio en la casa de un amigo, en las afueras de la ciudad, donde permaneció por unos dos días, finalmente se ocultó en la bodega, y allí estuvo sin salir durante este último tiempo.

—Pero ahora ya se ha arreglado el asunto —concluyó Delgado—. A estas horas ya deben haber presentado la garantía, y nada raro sería que a Román se le ocurra venir por aquí, pero no creo. En realidad tendría que habérselo dicho yo.

—El señor Peña y Lillo me da mucha pena —declaró Ramona—. Ya es hombre de cierta edad y no tiene a nadie en el mundo, y además es jorobadito. Y como seguramente es muy pobre y no tendrá con qué tomar una copa en la bodega, es tu deber ayudarlo y ser siempre su amigo. Mucho me habría gustado verlo, y tú le darás mis saludos. De todas maneras me queda el consuelo de que él podrá verme a mí, aunque yo no podré verlo a él; y lo mismo puedo decir del señor Oblitas. Pero tú no me verás, Felipe. Y esto me causa una inmensa tristeza.

Delgado guardaba silencio. Trataba de ocultar un sentimiento abrumador, de desesperación y angustia suma. Ramona no hacía ningún drama; ella guardaba el respeto por las proporciones; era incapaz de asumir un falso papel —Delgado lo sabía. En circunstancias tales, no cabía absolutamente la menor duda de que Ramona estaba muy consciente de su estado. Sus palabras eran sentidas, auténticas y veraces. Hablaba con calma, hablaba con humildad, y sus ojos miraban con dolor profundo.

Lo grave, lo extremado, lo inenarrable, se daban aquí, de un solo golpe —pensó Delgado—; había que callar. No cabía otra cosa.

Y Delgado callaba.

Ella buscó en su cartera y extrajo un frasco.

—Son unas píldoras —dijo—. Tomo cuatro, dos veces al día. Delgado le alcanzó un vaso de agua.

— Y también tomo estas otras —dijo Ramona y extrajo otro frasco. Y luego de tomar las píldoras, declaró—: Pero esto no es nada; ya te vería a ti tomando tantos remedios. Por la noche, tomo dos obleas, y al amanecer, otras dos. Cada seis horas tomo una cápsula, y luego unas gotas, y a mediodía unos comprimidos. Es para confundirse. Pero no se puede negar: son remedios que surten sus efectos. Me sientan bien. Por lo menos duermo un poco, sin preocupaciones. Imagínate que yo pobre, de repente despierto en la noche, pensando que voy a morir, y entonces se me quita el sueño. Y para eso me han recetado las obleas de opio; para dormir un poco tranquila.

Ramona habló largamente de los remedios que tomaba y de los buenos efectos que le hacían.

Luego, ante el silencio que Delgado guardaba, sonrió y dijo:

—¿No te aburro? Si ya sé que me dirás que no, hago mal en preguntártelo, pero ahora me gustaría que tú me digas si realmente hago bien en tomar tantos remedios, a sabiendas de que no servirán de nada.

—¿A sabiendas de que no servirán de nada? —dijo Delgado—: Nadie puede atreverse a decir semejante cosa. Lo único que yo puedo decirte es que haces bien en tomar tus remedios; y el solo hecho de que los tomes ya dice mucho.

—Me gusta oírte hablar así —declaró Ramona con satisfacción—. Me reconfortan tus palabras, y ahora estoy contenta; no hablemos más del asunto —se quedó pensando un momento y luego dijo—: Felipe: no es que yo quiera ponerme trágica; pero me parece que ha llegado la hora de tomar algunos acuerdos. Para eso he venido; para eso estoy aquí. Y quiero que me prometas solemnemente algunas cosas, pero antes de nada, quiero darte una noticia muy importante: por fin he encontrado alguien con quien hacerte avisar, como ya dijimos, llegado el caso. Hay un hombre muy bueno entre los sirvientes de la casa; me quiere mucho y me mira con mucha pena. Yo sé que puedo confiar ciegamente en él. Se llama Zacarías y habla castellano. Yo ya le expliqué detalladamente dónde quedaba tu casa y dónde quedaba la bodega; cuál era tu nombre y cómo eras, y para no despertar sospechas, le dije que eras pariente de unos brujos que podían

curarme. Con él te haré avisar cualquier novedad: se llama Zacarías, no lo olvides, y para más datos, es bajito y flaco, de nariz aguileña y pómulos salientes. Tú puedes confiar ciegamente en él. Ahora te ruego escuchar esto: yo lo mandaré sólo en caso de verme imposibilitada de salir, a causa de la agravación de mi enfermedad; y en ese caso, junto con mis noticias, te haré llegar un paquete, en el que habré reunido todos mis amuletos, todos mis regalos y mis recuerdos, a fin de que tú los arrojes al río. Quiero que me prometas solemnemente que cumplirás mi voluntad.

Delgado la miró y dijo:

—Solemnemente te lo prometo — y luego de dudar un momento, preguntó—: ¿y por qué al río?

—Al río —dijo Ramona—, porque el río es misterioso. Imagínate que el río pasa, y sin embargo se queda. Imagínate que el mismo mar no es sino un río estancado, y por algo sus aguas tendrán el sabor de las lágrimas —y luego dijo con tono imperativo—: Prométeme que el señor Peña y Lillo y el señor Oblitas estarán presentes aquella noche; prométeme que se pondrá el epitafio tal como yo deseo; y prométeme que tú alguna vez irás a mi tumba, Felipe. Prométemelo solemnemente.

Delgado la miró y dijo:

—Solemnemente te lo prometo.

Poco le faltaba para no perder todo control de sí mismo; sólo a costa de un gran esfuerzo se mantenía sereno.

—El invierno —dijo ahora—. El frío, el tiempo. Todo infinitamente triste. Pero no sufras; no te apenes. No estás sola. Tú sabes, y yo sé.

Ramona callaba; no contestó. Solamente miraba.

Delgado contemplaba el rostro de Ramona; a la luz del invierno, parecía una máscara de piedra, con resplandores teñidos de lila.

Ya caía la tarde. Largo rato se quedaron en silencio. A lo lejos, confusamente, con unos clamores, con unas voces, con unos gritos, se dejaba escuchar el ruido de la ciudad.

De pronto Ramona Escalera se levantó.

Y con tono resuelto dijo:

—Quédate aquí, en la ventana; yo te lo pido. Quédate mirando los cerros, los árboles, los caminos, mientras yo me voy. Además no quiero despedirme de ti, Felipe. Tú vuélvete hacia la ventana. Yo me volveré hacia la puerta, y mientras tú te quedas mirando en la ventana, me iré. Ahora ni una palabra.

Con esto, Ramona Escalera se volvió a toda prisa hacia la puerta.

Delgado no quiso verla salir. Se volvió rápidamente hacia la ventana.

Y allí se quedó, hasta que finalmente cayó la noche, y al cabo volvió a la habitación.

La luz del patio entraba por el hueco de la puerta; la puerta se había quedado abierta. Delgado avanzó para cerrarla. Y luego de prender la luz de la habitación, se quedó mirando una botella que estaba sobre la mesa. Cosa rara: no deseaba beber —esto le causó profunda extrañeza.

Ahora sonaron tres golpes en la puerta. Era sin duda Peña y Lillo quien tocaba. Delgado abrió. En efecto era él.

Lo hizo entrar y dijo atropelladamente:

—No sabes, se ha ido. Para siempre; ha sentido mucho no poder verte. Me ha encargado saludarte. Ha dicho que le quedaba el consuelo de que tú la verías a ella, porque ella, una vez muerta, no te podría ver a ti. ¿Te das cuenta? ¿Comprendes la grandeza de alma? ¿Semejante grandeza y semejante valentía? No comprendes. A nosotros debería darnos vergüenza. Pobres infelices. Cobardes. Hipócritas. Vulgares borrachos y nada más.

Peña y Lillo estaba consternado. Sólo comprendía a medias.

—Cálmate —dijo—. Estás pálido. Estás temblando. Dame una copa.

Delgado lo miró con extrañeza.

—Ahí tienes la botella —dijo.

Peña y Lillo bebió.

—Ahora una cosa —dijo Delgado con mirada extraviada—: a mí me extraña; no quiero ni una copa ni nada. Ahora otra cosa: no sirvo para morir. Y tampoco para vivir. Ella se fue, y yo me quedé mirando en la ventana. Qué te parece. Qué te pasa. Habla, di algo. Ha dicho que te quería mucho; mucho más que al señor Oblitas. Y ha dicho que eras jorobadito y que no tenías a nadie en el mundo. Qué te parece. ¿No te das cuenta? Eternamente debes agradecérselo. Eternamente. Ya sabes: eternamete.

Sentado ante la mesa, frente a la botella y con la copa en la mano, Peña y Lillo había ya comprendido la gravedad de la situación.

—Ahora habrá que estar a la espera de los acontecimientos —dijo con timidez—. En cuanto a mí se refiere, no necesito decir-

te que estoy absolutamente a tus órdenes. Y tal como quedamos anoche en la bodega, yo te esperaba allí, y como no venías y te tardabas más de la cuenta, yo me alarmé y vine a buscarte.

—Todo está preparado, todo está previsto —dijo Delgado, ahora tranquilizado luego del arrebato de desesperación que acababa de sufrir—. Como dices, sólo queda esperar los acontecimientos. Ella me tendrá al tanto de lo que le pasa; un sirviente llamado Zacarías vendrá a buscarme en el momento preciso. Ahora te ruego acompañarme a ver al señor Oblitas. En el camino te contaré lo demás —concluyó diciendo.

Luego salieron en busca de Oblitas.

Estaba visto que había de transcurrir cierto tiempo todavía antes de que apareciera el susodicho emisario; y cuando lo hizo, fue para anunciar el fallecimiento de Ramona Escalera, que se había producido algunas horas antes.

Zacarías entregó a Delgado un paquete y una nota.

La nota decía lo siguiente:

"Cuando recibas estas líneas, seguramente ya habré muerto. Es mejor así. Mis talismanes, mis regalos, mis recuerdos, van en un paquete. No lo abras. Arrójalo al río. ¡El señor Oblitas, que no se olvide el epitafio! ¿El señor Oblitas y el señor Peña y Lilo, dónde están? ¡No quiero quedarme sola! ¡Tengo miedo! Sólo en ti confío. ¡Que no me abandonen! ¡Que se queden toda la noche y que me cuiden toda la noche! ¡Dios te bendiga, Felipe! Mi último suspiro será para ti. ¡Hasta la tumba! ¡Adios!".

El emisario se había presentado a horas avanzadas de la tarde; Delgado tuvo que darse prisa en comunicar la noticia a Oblitas y a Peña y Lillo a fin de que éstos acudiesen sin tardanza a la casa de Prudencio. Y como Peña y Lillo carecía de un traje para presentarse decentemente en el velorio, y como era domingo y las tiendas estaban cerradas, Delgado sólo pudo remediar a costa de ruegos y de una exorbitante suma de dinero, una imprevisión de la que nadie sino él era responsable.

Luego los llevó en un automóvil hasta la esquina de la calle Yanacocha. Oblitas, con sombrero embarquillado y con impecable traje negro, con aire de gran solemnidad y portando entre las manos un marco envuelto en papel negro; y Peña y Lillo, de luto estricto y con aire triste y vacilante, se despidieron de él y luego se encaminaron con paso lento en dirección a la casa de Prudencio.

Delgado partió en el mismo automóvil con rumbo a su casa. Había quedado en esperarlos el día siguiente.

Prudencio acogió a los visitantes con dignidad y hasta con muestras de aprecio, contrariamente a lo que ellos esperaban, tal como se lo referirían más tarde a Delgado.

Prudencio estaba muy pálido, con levita y con bastón; moviéndose trabajosamente y cojeando hasta más no poder, recibió el pésame, y luego los hizo entrar a un enorme salón, con grandes espejos y pesados cortinajes, con grueso alfombrado y butacas imponentes. Allí se velaba el cadáver. El salón estaba desierto, o casi desierto. Una anciana —la hermana de Prudencio—, en un alejado rincón, encogida en un asiento, lloraba silenciosamente. Un señor, pequeño y flaco, ya entrado en años, estaba de pie, no lejos de aquélla. Los sirvientes de la casa, muy numerosos, habíanse congregado en el corredor. Muchos lloraban ruidosamente, y los otros, miraban atónitos.

Oblitas y Peña y Lillo, con gran lentitud, se acercaron al ataúd. El ataúd estaba destapado. Vieron el cadáver. Peña y Lillo tuvo un terrible sobresalto; Ramona Escalera estaba con los ojos entreabiertos. Peña y Lillo observó a Oblitas, y le hizo una seña. Este hizo un gesto significativo, como dando a entender que aquello no era sorprendente. Ambos se quedaron por algunos momentos contemplando a Ramona Escalera; un rostro impresionante —como diría Oblitas. Un gesto apacible. La boca grande, con labios de extraordinaria hermosura. La nariz recta. La frente noble, oscurecida por una mancha —la misma que hubo asustado a Delgado. El cabello negro, en largas trenzas, caía sobre los hombros. Las manos, delicadas, con largos dedos, reposaban sobre el pecho. Aquellos ojos entreabiertos, empero, brillaban con fulgor horripilante —y por paradoja, la hermosura de la imagen parecía acrecentarse con ello. Ahora Oblitas se prosternó. Peña y Lillo siguió el ejemplo. Luego se levantaron y, sin volver las espaldas, lentamente se alejaron del ataúd, para sentarse en sendas butacas a invitación del dueño de casa. Este hizo una venia y pidió permiso para alejarse un momento.

Oblitas se dirigió a Peña y Lillo y dijo en voz baja:

—Qué terrible; la señora Ramona está muerta, dígame. Qué rostro tan impresionante. Parece una muñeca.

En este momento se escuchó un murmullo, como de admiración, proveniente del corredor. Dos sirvientes precedidos por

Prudencio irrumpieron en el salón llevando a cuestas una gigantesca corona de claveles blancos, y la colocaron junto al ataúd.

Prudencio se quedó largo rato contemplando la corona. Al cabo se acercó a los visitantes y dijo:

—Señores: yo agradezco a ustedes por haber acudido. Esta casa solitaria es todo dolor y todo llanto. Yo los esperaba a ustedes, señores míos. Tengo entendido que son ustedes aquellos artífices de quienes me habló mi llorada y adorada esposa; conozco el epitafio. Es de una filosofía admirable. ¿Cuál de ustedes es el señor Oblitas? —preguntó ahora, y ante el requerimiento, el aludido se dio a conocer—. ¿Es usted, entonces? —dijo Prudencio—. A mi esposa, que Dios tenga en Su seno, le faltaban palabras para encomiar sus dotes de filósofo, de escultor, de dibujante y, en fin, de hombre inspirado; ¿tiene usted el modelo? ¿Ha sido usted tan gentil en traer el modelo?

—Precisamente —dijo Oblitas y, con gesto solemne, desenvolviendo el marco que portaba entre las manos, se lo mostró.

Pues en efecto, Oblitas, hombre previsor, había preparado cuidadosamente un modelo para la lápida destinada a Ramona Escalera, con el respectivo epitafio, habiendo tenido el acierto de dejar un espacio para la fecha de la defunción, el cual fue llenado oportunamente.

José Luis Prudencio no escatimó elogios para el modelo que tenía a la vista, y pidió a Oblitas que le dejara una copia, con la promesa formal de que en un mes a más tardar estaría ya colocada la lápida en la tumba de la difunta.

Y luego dijo:

—Si usted me hace el honor de decirme a cuánto asciende el monto de sus honorarios, yo tendré el gusto de cancelárselos en este mismo momento.

Oblitas dijo:

—Disculpe. Yo trabajo solamente por amor al arte; el lucro no me interesa. Me doy por mil veces pagado y congratulado con el honor que se me hace, al permitir que unas palabras mías, seguramente vertidas en momentos de gracia espiritual, y que sin duda no estaban destinadas a que se las llevara el viento de este mundo traidor, se perpetúen precisamente en la tumba del ser angelical que ahora lloramos, dígame. Dispongo de dos copias del modelo, señor Prudencio; las he traído exprofeso. Aquí tiene una.

Oblitas puso en manos de Prudencio la referida copia, y luego envolvió cuidadosamente el marco.

—Ave María —dijo Prudencio—; yo le agradezco a usted, respetable señor. Y le rindo mi homenaje de admiración, respetable señor —y luego añadió, haciendo extensivas sus palabras a Peña y Lillo—: Lo único que me queda es ofrecer a ustedes mi hondo reconocimiento por su presencia en esta casa, en horas de dolor y de llanto, señores míos; ahora ruego a ustedes permanezcan en vela junto con nosotros, los pobres dolientes; les haré servir una bebida reconfortante. Gracias mil, señores míos. Infinitas gracias. Y si por piedad quisieran asistir, mañana a las cuatro se realiza el sepelio.

Con estas palabras se alejó Prudencio, llevando consigo el modelo de la lápida.

En toda la noche no volvió a hablar con los huéspedes.

Estos fueron atendidos por la servidumbre que se movía silenciosamente llevando y trayendo tazas y copas. Y no dejó de extrañarles el vacío que se hacía en este velorio. En efecto, la gente brillaba por su ausencia; el salón permaneció desierto a lo largo de toda la noche. Por lo demás, la hermana de Prudencio no se movió para nada. Se estuvo encogida en aquel alejado rincón, dejando escuchar ayes y quejidos de rato en rato. El señor pequeño y flaco, ya entrado en años, permaneció de pie horas enteras, y al cabo, seguramente cansado, se sentó y se quedó dormido. Prudencio estuvo inmóvil toda la noche, como una estatua, sentado en un sofá y mirando el vacío. Muy avanzada la noche, aparecieron dos curas; se sentaron cerca del ataúd y se pusieron a orar largamente. Y luego unas monjas, que, con paso furtivo, buscaron asiento al lado de la hermana de Prudencio.

Al rayar el alba, Oblitas y Peña y Lillo se pusieron de pie; hicieron una venia y abandonaron la casa.

De allí se dirigieron en derechura a buscar a Delgado. Este los esperaba. Tampoco había pegado los ojos en toda la noche. Oblitas le refirió detalladamente lo acontecido.

Y luego dijo:

—Falleció un domingo siete; no está demás recordarlo. Y quizá le sorprenda lo que le voy a decir; la señora Ramona tiene olor a quemado. Quiere decir que es un alma elegida —y seguidamente añadió—: Ahora quiero mostrarle el modelo, del que tanto le hablé. Como le dije, es éste. Con las inscripciones y con el epitafio en letra gótica.

Oblitas, con habitual gesto solemne, desenvolvió el marco que llevaba entre las manos, y le mostró el modelo.

Felipe Delgado leyó lo siguiente:

RAMONA ESCALERA DE PRUDENCIO

Falleció el 7–VI–1931.

–Pues el delirio que delira
no es la muerte, sino el
cuerpo que delira.

Juan de la Cruz Oblitas.

–Qué le parece –dijo Oblitas.

Delgado lo miró con una mezcla de incredulidad y asombro.

Tan sólo ahora se le había revelado que Ramona Escalera estaba muerta.

CAPITULO XI

En el trayecto de ida a la bodega, en un estratégico recodo de la plaza Pérez Velasco, en la esquina de la avenida Tarapacá, frente a un boquete que allí se ofrecía, Felipe Delgado se detuvo aquella mañana, y, suspendiendo por sobre su cabeza un paquete que llevaba entre las manos, con rapidez y con decisión, lo arrojó al río, desde las alturas.

Así se perdieron en las turbias aguas del Choqueyapu los talismanes, los regalos y los recuerdos de Ramona Escalera.

Delgado se quedó unos momentos contemplando el tumultuoso curso del río; y ahora se dio prisa en acudir a la bodega. Allí permanecería largos días recluido. En realidad no quería estar en su casa, y huía de ella, buscando refugio allí donde no se sintiera perseguido por la presencia de Ramona Escalera.

Felipe Delgado no se atrevió a concurrir al entierro. Peña y Lillo y Oblitas lo hicieron, por ser en todo punto importante conocer el lugar en que se ubicaría la tumba. Por razones de orden práctico, a fin de prevenir cualquier confusión que pudiera sobrevenir, ya sea por la hora o por cualquier otro motivo, Oblitas se hizo presente en la casa de los deudos, mientras que Peña y Lillo se encaminó directamente al cementerio, a tempranas horas de la tarde.

Peña y Lillo, en vista de que todavía era muy temprano y el sol de invierno quemaba, se deslizó al interior de la iglesia, para esperar tranquilamente la llegada del cortejo. Durante el transcurso de la tarde no hubo más novedad que dos entierros; el de un peluquero, con nutrido acompañamiento precedido por cuatro hombres que llevaban enlutados los estandartes y los pendones del gremio, y luego, el de un señor que, a juzgar por los lamentos que proferían unos ebrios y desgreñados dolientes, evidentemente habría muerto nada menos que de amor por un misterioso joven. Peña y Lillo comenzaba ya a admirarse, creyendo que el aludido joven fuese uno, que llamaba la atención por su hermosura y que él vio allí acompañado por dos sacerdotes, pero según le dijeron, no era aquel ni mucho menos, sino que nadie lo conocía ni por su sombra, habiendo quedado como único testimonio de su existencia unos sonetos en los cuales el ahora difunto cantaba apasionadamente su amor. Profundamente intrigado y pensativo, Peña y Lillo consideraba que Felipe Delgado podía darse por feliz con lo que le ocurría, puesto que era poco, en comparación con la desgracia sufrida por aquel señor. Y luego llegó a la conclusión de que bastaban los ojos y los oídos para descubrir los muchos misterios y rarezas que se ocultaban en este mundo.

A eso de las cinco de la tarde, y cuando ya desesperaba a causa de lo avanzado de la hora, el ansioso Peña y Lillo vio aparecer un fastuoso carro fúnebre, tirado por cuatro caballos ne-

gros, que se detuvo despacio frente al portón. Tres automóviles lo seguían. Peña y Lillo reconoció el de Prudencio. Este descendió, seguido de un cura, de Oblitas y de aquel señor, pequeño y flaco, ya entrado en años. Del otro automóvil descendieron unas monjas, y del otro, un grupo de sirvientes. La hermana de Prudencio no estaba. Seguramente no había asistido. Peña y Lillo se aproximó al cortejo y saludó a Prudencio y a los demás. Oblitas le hizo una seña y movió la cabeza en dirección a los sirvientes. Los sirvientes estaban ataviados con ponchos negros y pantalones blancos. Negras las caras, los cabellos hirsutos y el ceño adusto, tenían un gran aire de elegancia y se diría que acababan de salir de un cuadro, agradable sensación que tomó cuerpo de sueño para Peña y Lillo cuando, al haberse acercado al grupo, miró las caras que, evidentemente, habían sido embadurnadas con hollín, resultando muy claro, al menos para él, Peña y Lillo, que el responsable de tamaña extravagancia no podía ser otro que Prudencio.

El cual, ahora rodeado por los sirvientes y seguido por el cortejo, avanzó con grave continente, y luego, habiéndose detenido ante el umbral de la iglesia, dio media vuelta y de pronto se prosternó y se persignó, mientras era imitado en todos sus movimientos por los sirvientes. Entonces se incorporó lentamente, ojo a la calle, y suspendiendo la mano hacia lo alto, hizo la señal de la cruz con majestad de pontífice, para luego impartir breves órdenes en aymará a los sirvientes que, en este momento, se lanzaron frenéticamente en dirección a la calle, y habiendo arrebatado de manos de los empleados del cementerio un carro que a la sazón éstos conducían, asumieron sin más trámite atribuciones que seguramente no eran las suyas, al encargarse del transporte de las coronas que descargaban de la carroza fúnebre. Mientras esto ocurría, el cortejo, con Prudencio a la cabeza, avanzaba ya conduciendo en hombros el ataúd, que luego fue colocado en el catafalco, frente al altar mayor. Los dolientes se situaron de pie ante el cuerpo, cuando a esto se encendieron las luces y comenzó el oficio de difuntos, con armonio, violines, clarinete y coro.

Durante el oficio, Prudencio permaneció completamente inmóvil. Apenas si cambiaría de posición una vez o dos para afirmar sobre el suelo el bastón en que se apoyaba; no apartaba los ojos del ataúd. A su lado, aquel señor pequeño y flaco, ya entrado en años, a ratos se mostraba inquieto. Sacaba el pañuelo, lo

desdoblaba y luego lo doblaba, y lo volvía a guardar. Peña y Lillo, que se situaba detrás de éste y junto a Oblitas, lo observaba atentamente. Pues habiendo referido las incidencias del velorio a Felipe Delgado, éste le había recomendado que se fijase si aquel señor tenía bigote entrecano y un mechón blanco en el cabello, lo que efectivamente era cierto, según Peña y Lillo pudo comprobar ahora, con lo que quedarían confirmadas las suposiciones de Delgado en sentido de que aquél sería precisamente el misterioso personaje que una vez apareció en su casa para amenazarlo con tono cortante y autoritario. Por lo demás, según Delgado llegaría a saber incidentalmente, no se trataba sino del antiguo tutor de Ramona Escalera, un señor llamado Víctor Hugo Pacheco, abogado y agente de aduanas. Y según le dijeron, atendía los asuntos de Prudencio; le rendía toda clase de homenajes y le obedecía ciegamente. Peña y Lillo, a tiempo que observaba a este señor, no dejó de observar a Prudencio. La noche anterior había tenido oportunidad de observarlo de cerca, pero ahora que podía verlo con mayor detenimiento y que podía observar sus facciones sin ser visto, desde el ángulo en que se situaba, mirando de medio perfil al personaje, el gran temor que desde un principio le infundía Prudencio se vio acrecentado en gran manera. Prudencio, con cabeza grande y alargada, en estos momentos parecía mostrarse ajeno a todo, y sólo parecía tener ojos para el ataúd, que —según la impresión del observador— miraba con un no sé qué de rencor y de complacencia al mismo tiempo, lo que se traslucía en un leve entrecerrar de los ojos, en un ligero vibrar de las aletas de la nariz, y en un gesto muy sutil, que se dibujaba en las comisuras de los labios, detalles éstos muy difícilmente perceptibles —cuando no desprovistos de toda significación— para un observador menos avisado que Peña y Lillo, el cual, por cierto, creía tener los suficientes fundamentos como para deducir las respectivas conclusiones.

Eran casi las seis cuando terminó el oficio. Los dolientes se congregaron alrededor del ataúd y, luego de levantar éste, abrieron la marcha. Cariacontecidos y embetunados, los sirvientes nada hacían. Mas a una orden de Prudencio, que se mostraba indignado ante la insistencia de unas lloronas que se habían aproximado profiriendo alaridos lastimeros, se abalanzaron con la rapidez del rayo y las ahuyentaron de hecho. El cortejo, guiado por un empleado y precedido por un cura, a quien seguía un albañil, se internó en los ámbitos sepulcrales. Poco a poco el cielo se te-

ñía con el color lila del invierno. Al soplo de un aire helado, gemían las ramas desnudas de los árboles, y se levantaba una gran polvareda. Volaban y se arremolinaban papeles, basura y flores secas, para amontonarse luego en los recovecos y en los nichos al nivel del suelo. Silbaba el aire en los senderos transversales de la ruta por la que avanzaba el convoy de Ramona Escalera.

Ramona Escalera quedó sepultada en un cuartel de reciente construcción, orientado hacia el sud y que llevaba el número 21. Con los responsos del cura, el nicho número 19, en la fila 2, fue tapiado. Y se alejó el cortejo.

En la puerta del cementerio, Peña y Lillo y Oblitas reiteraron una vez más su sentida condolencia a Prudencio. Este los invitó a subir a su automóvil, y tanto insistió, que no pudieron negarse. Peña y Lillo se acomodó con el cura en el asiento de adelante, y Oblitas, con Prudencio y con el señor pequeño y flaco, en el asiento posterior. Todos guardaban silencio. En la plaza de Churubamba, a requerimiento de Oblitas, Prudencio hizo detener el automóvil.

—Dentro de un mes queda usted invitado —dijo de pronto dirigiéndose a Oblitas—: ¡La lápida, respetable señor, la lápida!

Oblitas se lo agradeció; Peña y Lillo saludó, y luego bajaron.

Oblitas se sentía muerto de cansancio; así se lo hizo saber a Peña y Lillo, y luego de encargarle que dijese a Delgado que lo esperaría en su casa, se despidió.

Peña y Lillo, habiendo acudido inmediatamente a la bodega, se encontró con que Delgado estaba durmiendo.

En realidad, Delgado no había necesitado pedir a Corsino Ordóñez que le permitiese quedarse por unos días, sino que éste, adelantándose a sus deseos, le brindó hospitalidad en la bodega y le ofreció su cuarto. Sin embargo, Delgado no quiso aceptar este último ofrecimiento, y se dio por feliz quedándose en el cuartito de los bebedores y durmiendo en el poyo, con dos o tres frazadas que le proporcionó el bodeguero.

Este lamentaba mucho la muerte de Ramona Escalera; Peña y Lillo, derramando lágrimas, le contó los pormenores del entierro. Todos se condolían de Felipe Delgado; muchos de los clientes, que aún no se habían anoticiado de la desgracia, deploraban lo ocurrido. A cierta hora, todos ellos, por tácito acuerdo, desalojaron la bodega, en vista de que Delgado estaba de duelo y

además dormía —aquella noche, Corsino Ordóñez cerraba las puertas a las nueve, tan temprano como jamás se vio.

El recinto estaba sumido en la oscuridad y el silencio cuando despertó Felipe Delgado —sentía mucho frío. Aquellas frazadas no prestaban abrigo; más era lo que pesaban que otra cosa, se dijo él. A medida que sus ojos se habituaban a la oscuridad, iba percibiendo una espesa sombra, que se dibujaba indecisamente por sobre el armazón de la bodega, contrastando con una línea blanquecina que se proyectaba hacia el fondo del tumbado y se perdía cerca de la puerta en una mancha impenetrable. Felipe Delgado se encogió debajo de las frazadas. Poco a poco, unas formas se acusaban con unos movimientos imperceptibles; unos ojos miraban fríos en las sombras, mostrando los pómulos, el cráneo pelado, y los dientes que se insinuaban con una mueca de burla, capaces de haber devorado el rostro y los cabellos, y aun los labios que sirvieron para encubrir la desnudez de estos mismos dientes. "¿Quién era?" —se preguntó Delgado: "¿Quién sería?" "No, no es ella", se dijo; "Ramona no era calva". La visión se desvaneció.

Delgado se levantó de un salto y, habiendo encendido una vela, cogió una botella y se puso a beber, apoyado en el borde del poyo, con un sentimiento de soledad y desamparo. Y sintiéndose martirizado con el misterioso dolor de no poder llorar, se preguntaba por qué no podría llorar. "El llanto es nuestro desahogo", pensaba Delgado; "pero es quizá imposible llorar por algo que jamás ha existido. Se llora la pérdida de un ser querido o su partida, pero cuando nos golpea un misterioso dolor y descubrimos que algo que no conocimos acaba de desaparecer, entonces el deseo de llorar estrangula nuestro corazón, y nos hallamos clamando desesperadamente a nuestro corazón, en un momento de helado estupor. Y este es el momento en que sentimos un dolor misterioso, un dolor más bien corporal, y que sin embargo se sitúa en algún lugar desconocido y que duele en sí, como ajeno a la carne y al hueso, y que vuela en medio de nuestro vacío, en la oscuridad y el silencio de las entrañas".

¿Acaso Felipe Delgado no podía llorar de júbilo frente a un soplo redentor? Por supuesto que podía; y ello no sería en modo alguno un sacrilegio a la memoria de Ramona Escalera. Estaba convencido de ello. Pues efectivamente, con la muerte de Ramona Escalera, el tan temido fantasma de la felicidad se esfumaba para siempre, y la esperanza sin esperanza quedaba como la sola

y definitiva fuente de júbilo. El círculo se cerraba. La línea retornaba a su punto de partida — y con este retorno, se le ofrecía a él, Felipe Delgado, una reminiscencia del sabor de la sal, pues en las concavidades de su garganta, en las concavidades de su nariz y de sus ojos, y en el centro de su cabeza, yacía inmóvil alguna lágrima, seca y endurecida, de sal. Además él no ignoraba que los ojos de Ramona Escalera estaban abiertos; Peña y Lillo se lo había hecho saber. Y tal el testimonio: pues seguramente ella, en algún momento, estuvo a punto de derramar torrentes de lágrimas..., y no pudo. Algún infinito deseo de llorar habíase convertido en muerte, en silencio y en vacío. Felipe Delgado se quedó inmóvil un fantasmagórico momento, sin poder llorar ante la vida, y como contemplando la vida desde la muerte; sin poder llorar ante un dolor que él hubiera atrapado y hubiera salvado de la muerte.

Allá, en un rincón del poyo, a la luz de la vela, vio de pronto unos cigarrillos, y dándose cuenta de que hacía rato quería fumar, cogió uno y lo encendió. Y ahora se preguntó qué hacía aquí, en la bodega, y se sintió humillado. Pues sin el menor pudor, él hacía ostentación de su dolor, mientras que los hombres de la bodega, imperturbables y con una grandeza tranquila y serena, sufrían calladamente quién sabe qué dolores y desventuras inimaginables. Violento contraste. Abnegación y heroísmo por una parte, y por otra, mezquindad y cobardía. En realidad él, Felipe Delgado, era un pobre hombre. Un engreído. Y por eso lo miraban compasivamente en la bodega, con burla paternal. Pues en el fondo, ¿acaso no habría querido verse en este momento rodeado por todos los bebedores, encabezados por Corsino Ordóñez, para ofrecerles el espectáculo de sus lamentaciones y compadecerse públicamente de sí mismo y quejarse a gritos, de tal manera que ellos no tuvieran más remedio que mirarlo, sobrecogidos y espantados por la inmensidad del dolor que lo aquejaba? Porque, después de todo, ¿qué significaba esto de venir a meterse sin más ni por qué en una bodega, años y años? Ni siquiera se trataba de una extravagancia, sino que, por un acto de extrema debilidad, él se apoyaba en los demás y les endosaba penas y problemas que no se sentía capaz de afrontar por sí solo. Y como si esto fuera poco, se presentaba sin ningún pudor en la bodega con objeto de exhibir sus interioridades, y buscaba ayuda y amparo en estas gentes que ya tenían suficiente con sus propios problemas y desventuras desgarradores, que soportaban calladamente, y eso sin una perentoria necesidad de aguardiente, del que muchas veces tenían que privarse por falta de plata, y se estaban ahí, inmóviles como estatuas, horas enteras y sin molestar a nadie.

¿Lo consideraban a Felipe Delgado como a un igual, o como a una especie de asilado o intruso que seguramente no tenía dónde estar? ¿No causaba general extrañeza el que él haya venido, sabe Dios por qué, a meterse de cabeza en la bodega? A esto se podía añadir todavía el hecho de que él los ahuyentaba; pues ¿acaso muchos de entre ellos, sin duda mortificados por la presencia de un advenedizo que jamás se movía de allí, no tomaban el partido de huir lejos, en busca de otras bodegas, para estar a sus anchas y sin sentirse observados? Claro que otros no lo hacían, simplemente por haberse habituado a su trato, de buen o mal grado, y porque al fin y al cabo, encontraban una compensación en las copas que podían beber a su costa. Ahora bien; ¿y la otra cara de la medalla? Pues también había que ver la otra cara de la medalla, desde que él, Felipe Delgado, en realidad aún no sabía quién era aquí el verdugo y quién la víctima. Por el alcohol uno se entregaba atado de pies y manos al sentimentalismo y al terror; sin embargo, no costaría gran cosa deshacerse por un momento de tan malos consejeros para juzgar fríamente las realidades, en un intento de calar en la extraña índole de estos señores que, como todo el mundo, tenían su lado malo, a fin de cuidarse un poco de ellos a partir de hoy, adoptando una actitud más cauta. En realidad, él no podía negar que estos señores lo odiaban, y no estaban lejos de hacerle maldades, inferirle heridas y aun matarlo, ahora que Ramona estaba muerta; las reacciones humanas eran imprevisibles. Beltrán y aun el famoso Peña y Lillo, metido a amigo, y todos sin excepción, eran una caterva de falsarios; lo acompabañan, sí, y hasta se daban el lujo de mirarlo con pena, precisamente por beber gratis, pero jamás se interesaban por él, y eso que él los quería de veras. Seguramente que mañana otro día, llegado el caso de que él se viese sin un centavo en el bolsillo, estos señores lo mirarían como a carne de cogote, y ni siquiera se dignarían contestar su saludo. Y llegaría el momento en que lo arrojarían a puntapiés de la bodega. O bien lo martirizarían hasta más no poder y lo amarrarían con las sogas de los aparapitas, y se pondrían a beber en su presencia, sin invitarle ni gota, haciendo escarnio de sus imploraciones y súplicas, por más que hubiese muerto Ramona o

quien se fuese. Indudablemente, tramaban algo por el estilo; eso era seguro. Nadie podía aventajarlos en malignidad. El señor Oblitas, después de todo, tenía muchísima razón en no pisar el antro; y por algo sería brujo.

Ahora bien; habría pues que irse de aquí, zafar de algún modo, mandar al diablo esta bodega y sus gentes, sacudirse en buena hora de la abyección, del oprobio y la depravación, salvar los sueños, los ideales y las caras ambiciones, aquellos particulares tesoros de un alma noble y pura, y librarse de la mala suerte acarreada por el antro. Antro de perdularios, de facinerosos y de felones. Reducto del vicio, que los corazones empedernidos amaban al verse atraídos misteriosamente a él como por un imán. Claro que estos señores se mostraban complacientes y comedidos, como perfectos alcahuetes que eran, y desde luego, en promediando el factor dinero, que a falta de él nadie movería un dedo. Era pues necesario zafar de aquí, ponerse al habla con el señor Oblitas, y llevarse de sus sabios consejos; el señor Oblitas era la salvación.

Felipe Delgado bebió de la botella hasta atorarse. "¿Cómo?", pensó de pronto: "¿El señor Oblitas, la salvación? Nada de eso; no tal". Efectivamente, Delgado se sorprendió. Pues el señor Oblitas nada tenía que ver con la bodega. La única realidad era la bodega. Otra realidad no existía.

Delgado se reanimó. Bebió nuevamente: la única realidad era la bodega. ¿Cómo alejarse de la bodega? ¡Ni pensar! Todo cuanto se encontraba en la bodega, precisamente faltaba en todas partes. La oscuridad. El mirar y el silencio. El ir y venir de los moradores de la oscuridad. Y uno de ellos era él, Felipe Delgado —el ir y venir, de ellos a él, y de él a ellos. La patria íntima. Dentro de la amplitud de la patria; en la tierra alumbrada por grandes montañas. La permanencia. La cuna y la tumba: a todo trance.

Al amanecer, Delgado estaba todavía con los ojos abiertos. El bodeguero, a poco de levantarse, se le acercó, y trajo una botella y dos copas. Bebió un rato a su lado, lo miró con pena, y al cabo, habiéndose apartado para abrir la bodega, comenzó a barrer y limpiar. Delgado siguió bebiendo hasta agotar la botella, y luego quedóse dormido otra vez.

Por lo demás, todos se sentían felices y contentos con la permanencia de Delgado. Muchos se quedaban a almorzar en la bodega a invitación de éste, quien hacía traer suculentos platos

de un restaurante japonés de la avenida Pando. El señor Beltrán estaba encantado; había traído unas revistas y con toda amabilidad se las ofreció a Delgado para que se distrajese un poco. Delgado a su vez hizo comprar un vino generoso para Beltrán, quien había formulado ciertas indirectas al respecto. Entre aquellas revistas había una, que se llamaba "El monitor de la educación común", en cuyas páginas Delgado encontró un artículo sobre el descubrimiento del Océano Pacífico por Vasco Núñez de Balboa. Y de pronto se acordó de Nicolás Estefanic. Nicolás Estefanic, el viejo amigo de su padre, se hallaba en Antofagasta precisamente, a orillas del Océano Pacífico. Y en ese mismo momento, Delgado decidió escribirle. Como en la bodega no había tinta, ni pluma, ni papel, se contentó con un lápiz que le prestó el señor Beltrán y, habiendo colocado sobre sus rodillas "El monitor de la educación común" para apoyar una hoja de papel cuadriculado que le dio el bodeguero, escribió una breve carta a Nicolás Estefanic, en la que lo saludaba y le rogaba que le enviase noticias acerca de sus actividades y de sus planes, y le preguntaba asimismo cuándo pensaba retornar a Bolivia. Mandó comprar un sobre y ese mismo día hizo despachar la carta con Peña y Lillo. Delgado confiaba en que llegaría a manos del destinatario, pues aunque no tenía la dirección de éste, sin embargo estaba seguro de que se encontraba en Antofagasta.

A tiempo de escribir la mencionada carta, Delgado había advertido un detalle que le causó cierta sorpresa, pues le temblaba la mano hasta tal extremo, que difícilmente pudo asentar la escritura para que ésta resultara legible, y eso que había acudido al acostumbrado recurso de echarse entre pecho y espalda unas dos o tres copas adicionales a fin de corregir el pulso. Y ahora se dio cuenta de que estaba bebiendo a razón de unas cuatro botellas por día, es decir con un desenfreno que no tenía precedentes. Además comía muy poco y dormía menos, y como aparte de esto empezaba a dolerle el estómago, puso a prueba un remedio que cierta vez le recetó Oblitas, y comenzó a beber mates de taquia en gran abundancia durante varios días, lo que en efecto le sentó muy bien.

Al cabo de unos quince días de permanencia en la bodega, se sintió algo reanimado y decidió salir, aunque en realidad tuvo que hacer un gran esfuerzo para poner en obra su propósito, pues quería ir a su casa a ver lo que pasaba, aun cuando ya Peña y Lillo había ido varias veces a echarse de menos en el curso

de estos últimos días y no había encontrado novedades, y además tenía urgencia de hablar con Oblitas, quien precisamente había reclamado su presencia por conducto de Peña y Lillo. De tal manera, que Delgado se afeitó y se lavó, lo que en efecto le costó un gran esfuerzo; y al verse en el espejo, por primera vez en más de dos semanas, se quedó sorprendido con el aspecto que ofrecía. Estaba hinchado y amoratado.

Saliendo a las calles y viéndose nuevamente en la ciudad, tuvo la sensación de haber estado ausente por mucho tiempo. En su casa notó un olor penetrante, como a humedad, o, más propiamente, como a aguas estancadas, y ante el repentino temor que esto le causaba, sintió extrañeza, y abrió el balcón y la ventana. Y ahora, una vez más, tuvo la precisa, clara y plena evidencia de que Ramona Escalera había muerto. El gramófono, el proyector de cine y otros objetos, que antes ofrecían un extraño encanto, ahora ya no lo tenían en absoluto. El ámbito parecía inhóspito y frío, y aun hostil, y además, totalmente ajeno. Desde el primer momento, Delgado ya había comenzado a mirar con prevención y con antipatía todo cuanto hasta hace poco le causaba placer y era grato. Allí donde miraba, no podía encontrar más que abandono y miseria. La sensación recibida era deprimente en extremo. Hasta tal punto, que no quiso permanecer más tiempo que el preciso para cambiarse ropa y ponerse unos cuantos pesos en el bolsillo. De inmediato se fue en busca de Oblitas.

Este lo recibió con afecto.

No pudo ocultar su sorpresa al ver a Delgado de pronto.

—Lo veo un poco cambiado —dijo—. Es una honra y una alegría tenerlo otra vez en esta humilde casa.

—Yo tenía mucho deseo de verlo, señor Oblitas —dijo Delgado—; mucha urgencia de hablar con usted.

—Supe que estaba usted soterrado en la bodega —observó Oblitas—. No lo critico; todo lo contrario. Yo sostengo que hace usted bien en afrontar la maldición, dígame. La maldición es la maldición.

—He hecho un gran esfuerzo para recuperarme del golpe —declaró Delgado.

—Así nomás tenía que ser —repuso Oblitas—. Todos los que bien lo queremos, señor Delgado, y yo en primer término, hemos sufrido, y seguimos y seguiremos sufriendo. A mí al menos, la muerte de la señora Ramona me ha afectado mucho. Me ha afectado en el alma, dígame. Con el amigo Peña y Lillo le hice decir que por favor me visitara, y ha hecho usted bien en acoger mi súplica.

—Precisamente yo tenía mucha urgencia de hablar con usted, como ya dije —declaró Delgado—, y no me queda más que agradecerle por el interés que usted demuestra. Como comprenderá, yo estoy ansioso de conocer sus observaciones y sus opiniones. Al fin y al cabo, y por razones que usted más que nadie conoce, no he tenido el consuelo ni de verla por última vez, ni de acompañarla a la última morada.

—Es cierto —dijo Oblitas—. Muy cierto. Y si usted dice que tenía urgencia de hablar conmigo, qué diré yo. Hay cosas muy raras, amigo; y yo digo para mi coleto que la señora Ramona no se acaba con la muerte de la señora Ramona. Cumplir un deber nunca es triste. Nosotros los que nos quedamos en este sufrido mundo, tenemos que cumplir muchos deberes para con los muertos, hasta que a nuestra vez nos llegue la hora, para que los que se queden cumplan a su vez sus deberes para con nosotros. Es lo que digo yo para mi coleto. Muchas cosas me han llamado la atención, tanto en el velorio como en el entierro, y sobre estas cosas hay que hablar detenidamente, dígame. No quiero ser temerario en mis afirmaciones; pero mucho me temo que el cojo bandido sea más bandido de lo que el más bandido puede imaginar. No habría para qué ocuparse más de semejante ficha, pero ahí tiene usted, debemos hacerlo, puesto que se trata de una ficha peligrosísima por su maldad y por su disimulo, tal como ya alguna vez me permití hacerle notar a usted.

—Yo preferiría no ocuparme de ese señor— declaró Delgado con tono cortante.

—Y yo lo mismo —replicó Oblitas—, pero desgraciadamente, debemos hacerlo. ¿Acaso no comprende usted que el susodicho señor es por sí mismo, parte indivisible de la muerte de la señora Ramona? ¿Por otro lado, acaso no ve usted que para referirle mis impresiones y mis observaciones forzosamente tengo que aludir a la susodicha ficha, ya que ella es el foco de esas impresiones y de esas observaciones? No se deje usted llevar por sus arrebatos, señor Delgado; usted tiene que ser un poco más frío, y no tiene que dejarse cegar por sus impulsos. Eso lo pondría en desventaja para luchar y para sobrevivir en este sufrido mundo. Además hay una cosa: ni usted, ni yo, ni nadie está dispues-

to a perder su tiempo en gratuitas majaderías; le diré que mis impresiones y mis observaciones son de una rigurosa equidad, y finalmente, todo se reduce nada más que a la simetría del tres y del seis, o sea del cero, tal como he podido observar en la tumba de la señora Ramona.

Delgado tenía sed y se sentía algo abrumado con la exposición de Oblitas.

—Perdone usted, señor Oblitas —dijo—; sus palabras me interesan en grado sumo, pero tengo mucha sed, y precisamente para seguir escuchando con la debida atención, le rogaría invitarme una cerveza.

—¡Pero cómo no! —exclamó Oblitas levantándose en el acto—: Yo no sé cómo pude haber incurrido en la grosería de tenerlo a secas; usted perdone. Voy y vengo volando.

Con esto, se puso el sombrero y salió, para retornar al cabo con una canasta llena de botellas.

Buscó dos vasos y los llenó.

—Bebamos, señor Delgado —dijo—; por su reaparición en esta humilde casa: con tan bello motivo, brindo a su salud.

Oblitas bebió y Delgado siguió el ejemplo.

—Soy todo oídos —dijo éste con comedimiento—. Yo lo interrumpí y le pido perdón. Usted se refería a la simetría.

—Efectivamente —declaró Oblitas con solemnidad—. Yo me refería a la simetría, amigo. Y le diré que aquel que no se atiene a la simetría, está reventado —extrajo un papel de su bolsillo y luego añadió—: Ahora fíjese; en este papel, yo he tenido el cuidado de anotar estas cifras; el nicho de la señora Ramona es el número diecinueve, en la fila dos, en el cuartel número veintiuno; qué me dice usted. Considera alma la mayúscula sorpresa que habré tenido al verificar en estas cifras la simetría del tres y del seis, cuya síntesis corresponde al cero, que precisamente se encuentra en la fecha del deceso: siete más seis, más uno del mil, más nueve del novecientos, más tres del treinta, más uno del uno, igual veintisiete; dos del veinte, más siete del siete, igual nueve; esto es, cero. Ahora fíjese, señor Delgado; como usted sabe, la simetría no se da por mera coincidencia, y en el presente caso, debo decirle que tiene implicaciones mil.

—Sin duda alguna —dijo Delgado—. Y precisamente me interesaría saber cuáles son esas implicaciones.

—A eso iba, y seré breve —declaró Oblitas—. Tenga usted cuidado con el veintisiete, señor Delgado; no sé si usted recuerda: no hace mucho de esto, en presencia de su distinguido tío don Apo, yo le expuse algunas conclusiones a propósito de la simetría que había encontrado en los diferentes aconteceres de su vida, a partir de la fecha de su nacimiento. Ahora yo, durante estos últimos días, en mis ratos de preocupación, que no diré de ocio, ya que jamás los tengo, he observado una cosa muy extraña; y es que usted tenía precisamente veintisiete años el año pasado, cuando conoció a la señora Ramona, y cuando conoció asimismo la bodega; dos acontecimientos fundamentales en su vida. Ahora una cosa: el tercer acontecimiento, que será el último, se producirá en simetría con el veintisiete. Es absolutamente seguro. Completamente seguro. Estoy totalmente convencido de ello. Eso es todo, y no es más, señor Delgado.

—¿Y en cuanto a la simetría del seis y del tres que dice usted haber encontrado en la tumba de Ramona? —preguntó Delgado—. ¿Qué dice usted?

—¡Ah, ese es otro cantar! —dijo Oblitas—. Usted sabe que el seis es el único número que encierra en sí mismo la unidad, el duplo de la unidad, el ternario y el duplo del ternario; el número mágico por excelencia. Y precisamente, por algo el sepulcro de la señora Ramona estará presidido por el seis, dígame, con los ternarios dos y uno y uno y dos. Alma elegida; olor a quemado. Ya lo dije.

—Realmente —dijo Delgado—. Alma elegida, olor a quemado. ¿Y cómo se explica? ¿Podría decirme? ¿Por qué el olor a quemado?

—Por la purificación —declaró Oblitas—. Por las nupcias del fuego y del cero, amigo. La disolución total en el todo. El no retorno.

Delgado guardó silencio un momento y luego dijo:

—Señor Oblitas: no sé si será una gran ingenuidad de mi parte; pero quiero hacerle una pregunta: ¿Habrá alguna razón para explicarse por qué Ramona estaba con los ojos entreabiertos? Mi amigo Peña y Lillo me lo refirió, y como usted comprenderá, es algo que me inquieta mucho.

—Y buena que no —dijo Oblitas—. Ahora yo le diré que hay más de una razón, y no sólo una. En primer lugar la formidable tensión, por no decir el formidable terror, ante la obsesión de la muñeca; hablemos con franqueza. Y luego la ansiedad de la señora Ramona en sus últimos momentos, ante la duda. ¿Aquellos amigos a quienes ella esperaba, irían o no irían a verla? Y

entonces se quedó con los ojos entreabiertos para ver si llegábamos nosotros. Pero ante todo, aquí la muñeca viene a ser sin duda lo determinativo. Y fíjese, yo precisamente al amigo Peña y Lillo le dije que la señora Ramona parecía una muñeca, dígame, como que efectivamente había asumido todo el aspecto de una muñeca, por lo mismo que le infundía terror el pensamiento de verse enterrada con aquella maldita muñeca del cojo de marras.

—¿Y en cuanto a esto precisamente, qué impresión tiene usted?

—Se lo diré con franqueza: yo tengo toda la impresión de que realmente ha sido enterrada con la muñeca. Pero no se aflija. ¿Acaso usted no se da cuenta de que el tal señor Prudencio ha tendido para sí mismo una trampa horrorosa sin saber lo que hacía? Para mí resulta perfectamente claro que el tal señor Prudencio ha sido enterrado vivo, tal como suena, desde el momento que él y la muñeca son una y la misma persona. Tal como suena, señor Delgado: el tal señor Prudencio ha sido enterrado vivo el día ocho de junio, y en estos momentos está aullando y con los ojos materialmente saltados de las órbitas, y con las falanges ensangrentadas de los dedos está royendo un ataúd en horrendas pesadillas que se suceden noche tras noche. Le diré que yo me alegro; no es por maldad. Si no se alegra uno de eso, entonces ya no tendría de qué alegrarse. Ahí tiene usted mi posición, y valga la sinceridad —y de pronto dijo inopinadamente—: Ahora fíjese, señor Delgado: yo le aconsejaría un viajecito al mar. Ahí tiene usted Arica, por ejemplo; Arica está a un paso. La sal marina es una receta para el alma; con solo respirar la sal marina, muchos males desaparecen. Yo le doy la receta.

Delgado lo miraba estupefacto.

—Qué coincidencia tan extraña —dijo—. Imagínese que hace poco se me ha ocurrido escribirle a un viejo y gran amigo mío que por el momento vive en Antofagasta. Y precisamente, ahí tiene usted: hace mucho tiempo quiero conocer el mar. Se lo confieso. Desde que tengo uso de razón sueño con el mar. ¿Entonces usted realmente me aconsejaría que viaje al mar? —preguntó ahora.

—Claro que sí —dijo Oblitas—. Vaya usted sin asco. No se hará pesar. Yo le aconsejo: vaya usted. Haga un viaje. Vaya al mar. Una temporada.

—¿Y nuestros asuntos? —objetó Delgado—. ¿Y la fábrica de fuegos artificiales?

—Qué asuntos ni qué fábrica, ni qué niño muerto —repuso Oblitas—. Para eso estoy yo. ¿Acaso desconfía usted de mí? Y hasta yo mismo me animaría a viajar con usted, si no fueran los muchos asuntos que debo atender. Vaya usted, recoja su casa, échele una cruz al maldito cojo y a todo recuerdo ingrato del pasado, y vaya usted, en nombre de la señora Ramona, a saludar al mar. Y lo demás es lo de menos. A su retorno, aquí tiene usted su casa; mi humilde casa es la suya.

—Me deja usted atónito —dijo Delgado con repentino entusiasmo—. Le digo sinceramente que ni siquiera se me había pasado por la imaginación la idea de un viaje. Pero ahora veo que en realidad es una gran idea. Y en estos días precisamente yo creo que me contestará el señor Estefanic, es decir el amigo que le dije. Don Nicolás Estefanic fue el mejor amigo que tuvo mi padre, y se fue a Antofagasta hace casi dos años. Es croata, pero boliviano de corazón, y sé que trabaja en una compañía salitrera, como gran químico que es. Tenía una botica en la calle Murillo, y por diversas circunstancias se vio obligado a liquidar ese negocio.

—¿No era la botica "La Rosita"? —inquirió Oblitas. Y ante la respuesta afirmativa de Delgado, añadió—: Casualmente, yo recuerdo haber comprado alguna vez azufre para mis fuegos artificiales en esa botica; un azufre de excelente calidad, dígame. Pero hablando con franqueza, no recuerdo al propietario.

—Tenga usted seguro que si llego a viajar —prosiguió Delgado—, he de emplearme a fondo y he de tratar de influir en su ánimo a fin de que retorne. Y estoy seguro de que si ello ocurre, ustedes serán grandes amigos, señor Oblitas. Don Nicolás es hombre de gran espíritu. Me conoce desde que vine al mundo.

—Una razón más que se añade a las ya anotadas en favor de su viaje —observó Oblitas—. En todo caso, cuente usted con mi colaboración para lo que se le ofrezca. Anímese. Vaya al mar. Se quedará totalmente maravillado.

En resolución, Felipe Delgado se despidió de Oblitas con un nuevo espíritu, lo que en realidad, según él mismo reconocía, no podía atribuirse sino a la decisión de viajar, que de un modo tan imprevisto había adoptado y sin que él mismo se diera cuenta.

Los acontecimientos habrían de precipitarse luego con la respuesta de Nicolás Estefanic, que efectivamente no tardó en llegar.

En su carta, Estefanic le hacía saber que se encontraba bien, y a tiempo que expresaba una gran alegría por haber recibido sus noticias, le extendía una cariñosa y cordial invitación para que lo visitara en Antofagasta.

Felipe Delgado no esperó más.

Recogió apresuradamente su casa, y regaló sus muebles y sus cosas a Peña y Lillo, al señor Beltrán, a Corsino Ordóñez, a Oblitas, a la señora Serafina Bustillos (quien le daba la pensión) y a otros amigos, y habiendo invitado al primero de los nombrados a que lo acompañara en su viaje, compró para éste la ropa que le faltaba y además un tonguito negro, el mismo que sería utilizado por Peña y Lillo exclusivamente para saludar al mar.

En vísperas del viaje, Oblitas le comunicó haber ido al cementerio y haber comprobado que efectivamente la lápida estaba ya colocada en la tumba de Ramona Escalera. Y luego lo invitó a visitar la tumba y le ofreció su compañía. Mas Felipe Delgado se negó. Declaró que lo haría a su retorno. Tendría sus razones; Oblitas comprendió y no quiso insistir. En cuanto a la lápida, dijo que se trataba de un espléndido trabajo en mármol negro, con las letras y con los adornos en bronce.

Y sucedió asimismo un otro acontecimiento en vísperas del viaje. Un accidente que contrarió en grado extremo a Felipe Delgado. Pues en efecto, y en circunstancias de lo más inexplicables, perdió la pistola que precisamente él quería llevar consigo en su ida a Chile.

PARTE TERCERA

CAPITULO PRIMERO

Hacia fines de julio, más o menos al mes y medio de la muerte de Ramona Escalera, partió Felipe Delgado con destino a Antofagasta. Peña y Lillo lo acompañaba.

El deseo de conocer el mar, que Delgado había acariciado por largos años, se cumplía ahora, de un momento al otro y como apresuradamente, bajo un misterioso apremio. En realidad, mal podía hacerse ilusiones con este su viaje, cuando no iba en pos del olvido, cuando no buscaba la esperanza y tan sólo conocía la esperanza sin esperanza, y cuando simplemente sentía que el tiempo se le estaba acabando y confiaba en que muy bien podría durar un poco más todavía, gracias a la mirada que pensaba echar sobre los confines del mar. Pues él estaba persuadido de que el mar era un ser que conocía los más recónditos misterios, y que únicamente este ser, y ningún otro, era capaz de comprender el mundo. Sin embargo el acontecimiento que se avecinaba le infudía miedo. Quién sabe si no estaba en vísperas de enfrentarse con un espíritu aniquilador —un espíritu aniquilador al que, precisamente, no se podría ver sino una sola vez en la vida.

Ansioso y anhelante se hallaba Felipe Delgado, de pie en el estribo de un vagón de primera clase, cuando sonaron tres campanadas anunciando la partida. Y mientras que la gente empezaba a correr de un lado al otro en medio de un confuso griterío, y con un prolongado pitazo rasgando los aires el tren se ponía en movimiento, Felipe Delgado, que permanecía inmóvil en el estribo y miraba fugitivamente unas caras que a su vez permanecían inmóviles, tuvo miedo de alejarse de ellas, ya que éstas no se alejaban de él —y con el miedo, crecía su confianza en el mar. El mar se escondía en el mar, misteriosamente. La obsesión del mar se proyectaba más allá del cielo y de la transparencia, más allá de las montañas que ahora se ofrecían contemplativamente a la mirada del viajero. Y esta obsesión parecía originarse en los confines del horizonte

anunciando el advenimiento de algún ser destinado a personificar el mar.

El tren ascendía lentamente. Largo, interminable convoy, arrastrado por dos locomotoras que podían verse en las curvas, pues una iba a la cola. Alzándose altos farallones en ambos flancos de la vía, tan sólo en ciertos trechos era posible mirar la ciudad que, en amplitud y perspectiva, iba ganando más y más conforme el tren se acercaba al Alto de La Paz. Más allá de las áridas faldas de las montañas, más allás del precipicio, señalando los confines de la ciudad y la hondonada, agrupábanse con toda simetría numerosas edificaciones, todas iguales las unas a las otras, todas cuadrangulares, todas chatas, en cuya dirección miraba Felipe Delgado sujetándose con ambas manos en los barrotes del estribo. Pues allí se encontraba el cuerpo de Ramona Escalera, en algún lugar que él no conocía y que ahora buscaba con la mirada, cuando en este momento dijo adiós con aquel júbilo que ya él conocía, y presintió que no se podría decir adiós, pero solamente escuchar la palabra en el mar.

La ciudad, fulgurando bajo el sol de invierno, apareciendo y reapareciendo a lo largo del trayecto, se mostró por última vez, y se perdió de vista, al entrar el tren en la recta de El Alto.

Aquí, una vez en la planicie, podía correr el tren a toda velocidad, dejando atrás las estaciones, deteniéndose en unas y pasando de largo otras. Y transponiendo las últimas estribaciones de la cordillera, y cruzando el límite con Chile, avanzando a través del desierto de Atacama, ya bajo un cielo límpido y un sol calcinante, ya en medio de la helada noche que se encendía con los relámpagos en un círculo espectral, el tren polvoriento, incansable, con un monótono estridor, comenzó a descender velozmente por la llanura, habiendo hecho un recorrido de más de mil kilómetros.

Y ahora que el viaje llegaba a su término, mientras que la presencia del mar se ofrecía con extraños resplandores en el horizonte, el aire empezó a rugir con abrumadora libertad, trayendo un olor desconocido por completo –al menos para los moradores de las alturas. Pues era el olor del mundo; he aquí una revelación. El mundo tenía un olor, y éste era el olor del mar. Tal la conclusión a que llegó Felipe Delgado al acercarse por vez primera a las vecindades del mar.

Ahora que el tren se aproximaba a la población y poco a poco aminoraba la marcha, repentinamente comenzó a trascender en el aire un olor raro y, por así decirlo, demasiado antiespiritual, a kerosene, a fideos, a frituras, un olor a cajones cerrados y a cajones abiertos, pues este último era muy diferente de aquél, según lo discriminaba el viajero a tiempo de desembarcar en Antofagasta.

En el andén, apenas si había cuatro gatos, como quien dice, y uno de ellos era Nicolás Estefanic. Siempre con tonguito, siempre con levita, haciendo esfuerzos por mantenerse erguido, Nicolás Estefanic avanzó con paso vivo para dar encuento a Felipe. Este correspondió con emoción a su abrazo efusivo y luego presentó a Peña y Lillo. Peña y Lillo saludó ceremoniosamente, con la joroba y el flamante tonguito que llevaba puesto.

Estefanic estaba muy envejecido; Felipe Delgado lo notó, y, sin poder contenerse, exclamó de sopetón:

–¡Qué terriblemente envejecido lo veo!

–Envejecido, sí –replicó Estefanic sin inmutarse–. Pasan los años, no lo olvides. Envejecido, pero sin embargo no me falta un diente, no me falta una muela –metió los dedos a la boca y mostró una dentadura postiza, y, adoptando el modo de hablar de los chilenos, dijo luego–: Yo cuido la fachada, y tú no; a mí me miran las chicas, con esto y con esto.

Estefanic hizo un ademán obsceno, pidió perdón y se puso a reír.

–¿Y por qué habla como chileno? –preguntó Delgado con aspereza.

–Porque me da la gana; ¿no te da rabia? Yo tengo dientes, y tú no –replicó Estefanic sin perder el buen humor y, dirigiéndose a Peña y Lillo, a tiempo de pasarle la mano por la joroba, dijo–: ¿Y esto? Perdón; pensé que era su mochila.

Los tres habíanse quedado parados en el andén. Los changadores ofrecían insistentemente sus servicios. Peña y Lillo no quiso deprenderse de su maleta. Dijo que tenía miedo. Que los chilenos eran capaces de agarrársela, como se agarraron Antofagasta. Estefanic le dio la razón. Ellos en persona llevaron las maletas a un coche y se fueron al hotel. Estefanic no podía darles alojamiento; el pobre vivía, según dijo, en una ratonera donde era materialmente imposible poner un alfiler. De inmediato, Delgado pidió vino para festejar el encuentro. Estefanic estaba contentísimo. Dijo que la llegada de Felipe le infundía mucho optimismo. Ahora ya él podía pensar en cosas gratas y dar nueva vida a ciertos proyectos. Acariciaba la idea de retornar a Bolivia; añoraba aquella tierra

bendita; allí quería dejar sus huesos. Sin embargo había tiempo para hablar largo y tendido; por el momento, él se conformaba trabajando como químico en cierta empresa salitrera. Claro que no estaba contento. Le pagaban mal y lo trataban peor. Ahora mismo, y con todo el dolor de su alma, debía abandonar la reunión y darse prisa en retornar a sus labores so pena de recibir una multa; y procedió a marcharse, prometiendo, empero, venir al hotel por la noche, no bien hubiese terminado la jornada.

Felipe Delgado no tenía tiempo que perder. Se sentía desesperado: de una vez por todas, él quería ir a ver el mar, acercarse y tocarlo. Instó a Peña y Lillo a que se pusiese el tonguito, y salieron del hotel cuando ya atardecía, econtrándose al poco rato caminando a lo largo de la playa. En medio del estruendo que los envolvía se detuvieron, desconcertados de un momento al otro, a unos veinte pasos de las rocas. Felipe Delgado miraba; mas el júbilo causado por la seducción del terror, junto con la oscura evidencia de una inminente aniquilación por este contacto con el mar, le impedía avanzar, como ahora lo hacía Peña y Lillo, y tan sólo por un esfuerzo muy grande consiguió internarse más allá de lo que buenamente se podía considerar como la propia orilla. Sin embargo, de improviso una ola se le vino encima y lo tomó completamente desprevenido; retrocediendo al primer embate, no obstante volvió a avanzar, con el agua hasta las rodillas. Un instante más, un paso más, y aquí surgía el vértigo y el abismo, el vacío que ocultaban las aguas: Delgado se detuvo, atónito y espantado ante la abrumadora inmensidad de este rugiente mundo absolutamente desconocido, y, apartándose de las aguas, en pos de las solitarias orillas barridas por la espuma en la distancia, se alejó y fue caminando lentamente, respirando con hondura la brisa marina que se posaba en el fondo de su garganta como una esfera de sal, con un sabor que le cortaba la respiración y le nublaba los ojos, cuando se detuvo. Y con súbito rapto, hizo señas a Peña y Lillo, agitando un pañuelo en el aire, como con júbilo, como si quisiera despedirse; pero aquél, a lo lejos, distinguiéndose netamente por la joroba y el tonguito, no lo vio. Luego, en medio de una larga y extasiada contemplación, desandó el camino, paso a paso, con toda lentitud, y dio encuentro a su amigo.

—¡Qué te parece, quién creyera! —exclamó a tiempo que se le acercaba—: ¡Uno puede quedarse en el mar, como si no existiera la muerte! —y luego dijo, después de un momento de silencio—:

Estas orillas, pese a todo, forman parte de nuestra patria... En otros tiempos, quienes las miraban no se sentían extranjeros, como nos sentimos ahora nosotros. ¡Una gran tristeza me conmueve, y me pongo sentimental! Pero, según veo, esta mi tristeza no tiene nada que ver con la pérdida del mar, sino que se origina en mi propia miseria. Por el sentimiento del mar y por la presencia del mar, podremos comprender que la patria no tiene límites. Sólo el corazón podrá acoger una significación tan alta y verdadera, y podrá sobrepasar en hondura estos abismos que se ocultan a nuestra mirada por un mundo de agua... ¡Tanto corazón para tan poco mar! No hay palabras para manifestar el sentido universal de la patria. Tú ves, no debería preocuparnos sino anecdóticamente el hecho de que hayamos perdido el mar, si es cosa absolutamente segura que un buen día configurará otra vez la forma familiar del mapa. Por lo pronto yo, personalmente, me llevaré el mar: ¡me lo llevaré a la bodega, qué te parece!

Miró a Peña y Lillo. Este guardaba silencio.

—Y lo dejaré allá —prosiguió Delgado—, en el más oscuro rincón. En un lugar secreto se quedará por siempre, como un tesoro de escondida frescura, para aplacar en algo la sed devoradora de nuestros buenos y entristecidos amigos. Es más: precisamente mañana vendré, con una botella, y la llenaré aquí. Y talvez, de retorno a la patria, tengamos que regar la bodega con unas gotas, como con agua bendita. ¡Tú sabes, todas las cosas están secas allá! Pero nosotros, los hombres de las montañas, nos entristecemos frente al mar... ¡Y no podía ser de otra manera, ya lo ves!

Señaló el horizonte y de pronto dijo, volviéndose a Peña y Lillo:

—¡Ahora sí! ¡Ahora que estás verdaderamente conmovido, haz con tu tonguito un saludo al mar, respetuoso y profundo, como corresponde!

Peña y Lillo hizo un saludo; y en verdad este saludo, con el tonguito en alto y una reverencia, resultó singular.

Las sombras de la noche comenzaban ya a descender cuando los contemplativos visitantes se alejaron en silencio de la rugiente orilla.

Después de todo, el choque había sido demasiado violento.

Felipe Delgado parecía hallarse completamente fuera de sí; cualquiera hubiera creído que estaba loco. Perdida la serenidad, ahora gesticulaba y gritaba, y habiéndose enredado en una

exposición sin pies ni cabeza sobre la retirada de Camarones, maldiciendo una y mil veces al general Daza, bendecía a los Veteranos del Pacífico y lanzaba denuestos contra los chilenos, poniendo en ascuas a Peña y Lillo durante el trayecto al hotel, y seguramente sólo a un milagro pudo deberse el que ambos no fuesen a parar a la policía. Sin embargo, de regreso en el hotel se tranquilizó. Y encontrando a Estefanic que lo esperaba, le dijo que no quería saber nada ni hablar del mar para nada.

Estefanic quería agasajar a los viajeros; los invitó a su casa para ofrecerles un buen caldo de camarones. ¿Camarones? Ello tuvo la virtud de excitar el buen humor de Felipe. De repente se puso a reír y dijo que era lo mejor comer camarones para así saborear de una vez por todas la amargura por la vergonzosa retirada del general Daza.

—Bueno, dicen que Daza era un perdulario, y para qué hablar más —comentó Estefanic y puso una damajuana de vino sobre la mesa, añadiendo luego—: Los camarones son ricos, hablando en justicia, y nada tienen que ver con el general Daza.

Ante la complacencia de los huéspedes, sirvió el caldo y se sentó a la mesa.

—Quiero irme —dijo de pronto, cambiando bruscamente de tono—. Así lo quiero, y así lo haré. Bien puedo morir de un momento al otro, sin que nadie me llore. No me preocupa ni mucho ni poco la falta de una lágrima sobre mi tumba; pero en trance de muerte, el hombre se reconforta al pensamiento de que no faltará alguien que mire por él las cosas que amaba. Claro: hay que reconocer que una lágrima... ¡es una lágrima!

Estaba dada la señal para ponerse a cenar, ofreciendo un brindis el viejo Estefanic con estas palabras, conmovido hasta más no poder. Felipe tomó a su cargo la damajuana y volvió a llenar las copas. La mesa era chica para tres personas, y solamente se disponía de dos sillas, pero un baúl le servía de asiento a Peña y Lillo. La habitación hacía las veces de comedor y cocina, con un armario, un cajón —en el que se hallaban los platos, los cubiertos y el anafe—, un estante de libros, y una alacena llena de cosas. Al otro lado de un cancel se hallaba el dormitorio, con la cuja y la mesa de noche.

Delgado estaba enternecido. Le daba pena ver el buen apetito del viejo, su resignación, su alegría de vivir, el gusto con que bebía. Muchas contradicciones conformaban aquello que se llama la vejez: el optimismo, la desesperanza, la ingenuidad, el cinismo, la arrogancia. Y muchas arrugas: la reminiscencia de un olor a limpio en el olor de vejez.

—¡Usted se queja, y eso que está más fuerte que yo! —exclamó Felipe.

—Claro, los aires del mar me sientan bien —asintió Estefanic cándidamente—; el mar es saludable, no cabe duda; uno rejuvenece; y sin embargo, ahí tienes: quiero irme a La Paz. Extraño esa tierra bendita. El aire fresco y puro es mejor que el yodo. Hablando en oro, el clima húmedo es traicionero. ¿Qué opinas tú?

—Qué puedo opinar. Todo es relativo. Los pulmones marcharán bien en la altura, pero no el corazón, y al nivel del mar ocurre todo lo contrario. Naturalmente, consideraciones tales nada tienen que ver con la visión del mundo. Según ahora comprendo, no se puede tener una idea del mundo sin haber conocido el mar. En realidad, yo estoy maravillado, es muy justo, ante una de las revelaciones más importantes en mi vida. Quiero decirle una cosa: quiero llevar a La Paz un poco de agua de mar. Quizá le parezca una simpleza digna del pobre hombre que precisamente soy yo. Mañana mismo, por la mañana, quiero ir al mar con una botella. Bien puede parecer ridículo...

—No lo creas. A mí no me parece. ¿No me conoces? Es un hermoso acto. Aquel que jamás puede realizar un hermoso acto, es un pobre tipo, y a buen entendedor pocas palabras. ¡Llévate un litro del mar, en buena hora! Y además un litro de un gran aguardiente de uva, que yo te regalaré. Pero también te regalaré una buena botella vacía, si te detienes por aquí al pasar. Tengo unas lindas botellas alemanas, que en sus tiempos estaban llenas, y son como mandadas hacer para tu propósito.

Exhibió las botellas, y alabó la excelencia del aguardiente de uva que él guardaba en algunas de éstas destapando una, para festejar a los huéspedes.

—Ya lo dije —declaró, volviendo a una idea fija—; y lo repito: tengo suficiente con todo esto. ¡Y reitero con firmeza mi propósito de retornar a La Paz! Claro que sé dónde me ajusta el zapato. A fuerza de mil sacrificios y privaciones he logrado ahorrar unos centavos durante estos últimos tiempos. Ahora puedo retornar y, una vez que te pague lo que te debo, puedo vivir tranquilamente por unos meses, hasta conseguir algún trabajo en una botica, por ejemplo, o donde se fuese, con tal de asegurarme el techo y el pan.

Estefanic no se hacía ilusiones; sus planes eran realistas; sin embargo, él quería consultar la opinión de Delgado, según dijo, para saber a qué atenerse. Delgado no pudo menos que opinar en forma positiva. Estefanic no tenía por qué preocuparse por lo que le debía, y podía contar con su apoyo, si bien las condiciones financieras en que él se hallaba hoy por hoy, no le permitirían ayudarlo como era debido. No era de extrañarse el que se hubiese visto en una situación precaria, y prácticamente en la calle, habiendo dilapidado una fortuna, puesto que él no tenía apego al dinero. Así como se había recluído en una bodega, también podía haberlo hecho en un convento; y no se quejaba en absoluto. Por lo demás, todavía le quedaban algunos recursos, y podría subsistir por algún tiempo sin hacer nada. En cuanto a su estada en Antofagasta, él no tenía la intención de quedarse sino un mes, a lo sumo. Estefanic lamentaba no poder aprovechar la oportunidad para emprender el viaje de retorno todos juntos; pero prefería esperar un tiempo más, para recibir la pequeña prima semestral que la empresa debía abonar dentro de poco. En todo caso, se comprometió a anunciar a Delgado la fecha de su viaje, quizá para octubre.

Y con esto, habiendo quedado dicha la palabra definitiva con respecto al retorno de Estefanic, se habló de los tiempos idos. Se recordó a los muertos; Estefanic, con tristeza, evocó aquel pretérito en que la amistad era un culto, y rindió homenaje a Virgilio Delgado, el difunto padre de Felipe, en cuya época él era dueño de una botica –la botica "La Rosita"–, deplorando amargamente su partida de Bolivia al haberse dejado tentar por unos contratos que jamás llegarían a cumplirse.

Por su parte, Delgado hallaba propicia la oportunidad para extenderse largamente en la relación de cuanto le hubo sucedido durante los últimos tiempos, sin omitir ningún detalle.

Estefanic escuchaba condolido y dijo:

–¡Efectivamente, habrás tenido que sufrir mucho, y tu cara lo dice! Habrás tenido que recibir el azote, y no las mieles de la vida, ¡vaya, vaya! Estás envejecido; en ti sí que se nota la huella de la vida, y te hablo francamente. Pero claro, no te reprocho. Ya sé que no te interesa gran cosa vivir; eso ya se podía notar cuando eras jovencito, y ahora se lo ve perfectamente. ¿Estás metido en una bodega, entonces? ¿Y el famoso señor Oblitas se ha convertido en íntimo tuyo? Ya veremos cuando yo vaya por allá. ¿Y este amigo? –preguntó aludiendo a Peña y Lillo, e interrogó a éste–: ¿Entonces, es usted quien lo acompaña en las duras y en las maduras, en el mar y en la bodega? –y sin esperar respuesta, regocijado por la timidez que mostraba Peña y Lillo, prosiguió diciendo–: No está permitido por la urbanidad reprochar ni criticar a los recién llegados. ¡A beber se dijo, y todos a alegrarse! Mis palabras no encierran ninguna mala intención, Felipe; sólo quiero hacerte notar el descuido de tu persona, tu indiferencia. Un grave desencanto parece abrumarte. Me llama la atención el pésimo estado de tu dentadura. ¿Por qué no hacer reponer los dientes que te faltan, y nada menos que en la fachada? ¡Es algo que me intriga! Yo, pobre viejo, tengo todavía mis inquietudes terrenales; pero tú, Felipe Delgado, ¿cómo vas a preocuparte por unos miserables dientes más o menos, cuando seguramente absorben tu vida preocupaciones infinitamente más importantes? –declaró finalmente con tono de broma.

Luego despejó la mesa con toda diligencia, retirando los platos y demás cosas. Se puso repentinamente pensativo, y al cabo exclamó:

–¡Caramba! ¡Qué solo me sentiré a mi llegada, echando de menos los viejos tiempos! Mucha agua ha corrido. Tu tía Lía en el asilo, o tal vez muerta; el pobre Apolinar Borda en el Altiplano, así me lo dices tú, y seguramente, muchísimos de mis amigos han desaparecido... ¡Qué será del doctor Sanabria! ¡Armando Sanabria, tan viejo amigo de tu padre como también mío! ¿Qué sabes de él?

Felipe Delgado lo había visto alguna vez, según dijo éste, pero no sabía a punto fijo qué sería de él. Sin embargo, era de suponer que estaría bien, pues de lo contrario se hubiese sabido cualquier mala noticia.

Estefanic admitía tal suposición, y dijo con optimismo:

–Claro; las buenas noticias se hacen buscar y, en cambio, las malas llegan de por sí. Pues bien; yo necesito encontrar un hombre como Sanabria. Un hombre de empresa y de dinero; muy bien podría interesarse en ayudar a un amigo haciendo negocios lucrativos. Con un buen capital, una botica, por ejemplo, es una mina; él pone la plata y yo mi trabajo. En proponer no hay ofensa, ya veré cómo se pintan las cosas a mi llegada. Con hacer planes no se pierde nada; muchos negocios hay a la vista, y todo es cuestión de iniciativa. Por ejemplo, aquí en Chile se mueren por el aguardiente, el de uva. El aguardiente que estamos bebiendo en este

momento, ¿de dónde habrá salido? Hay tienen ustedes: es boliviano. Habría que rescatar el producto en Luribay, someterlo a tratamiento químico y cuadruplicar el volumen, con criterio industrial, y pasarlo a Chile de contrabando. El secreto está en el olor a uva y se recibe la plata a manos llenas. Hablando en oro, no hay buena ni mala fe cuando se trata de negocios; el que quiere compra y el que no quiere lo deja. Gracias a las aplicaciones de mi oficio, cualquier cosa podrá oler a uva, a gasolina o lo que se fuese, en eso no hay problema.

Estefanic consideraba oportuno hacer una aclaración: el aguardiente que él tenía, éste que él invitaba a sus amigos, claro que era de pura uva, y un amigo suyo lo traía de Cinti. En efecto, era soberbio. Pero dábase aquí una ironía, al decir de Felipe Delgado, pues en La Paz no podía encontrarse un aguardiente ni siquiera parecido a éste, seguramente por culpa de los comerciantes; ellos eran capaces de cometer cualquier infamia con tal de saciar su codicia. Estefanic le daba la razón, haciendo notar que los bebedores bolivianos quedarían beneficiados y vengados —y los chilenos reventados con un aguardiente especial, de uva, pero tan sólo por el olor—, siempre que él pudiese realizar aquellos planes ya expuestos rato antes. Según su modo de ver, el comerciante boliviano debería propender a que todo lo mejor se quedase en el país, exportando todo lo peor con un disfraz de excelencia. En general, era ésta la política en las grandes naciones. Y Chile, sin ser una gran nación, tenía por norma dicha política. El vino chileno para la exportación era una calamidad, manteniéndose en los mercados gracias tan solamente a un prestigio bien ganado, por los demás; y con esto se confirmaba otra vez el refrán: búscate fama y échate en cama. En fin, mañuderías de alto vuelo, que los bolivianos no podían practicar; y no porque no fuesen mañudos, pues lo eran, sino porque al mismo tiempo eran unos sonsos. Y ahí estaba la *payasá* —como se decía en Chile, concluyó Estefanic.

—Realmente; ahí está la *payasá*, como usted dice que dicen los chilenos —asintió Delgado—. Nosotros, los bolivianos, no solamente somos mañudos, sino que también somos sonsos. Es una doble virtud; por lo menos tenemos ese consuelo. ¿Qué opinas tú, a todo esto? —preguntó dirigiéndose a Peña y Lillo.

Al haber permanecido toda la noche callada la boca, éste hizo un esfuerzo para hablar, y con una voz de falsete contestó:

—Nosotros, los bolivianos, no somos ni lo uno ni lo otro... No somos mañudos, ni tampoco sonsos. Nos basta con ser bolivianos. Es lo que opino yo.

—¡Qué contestación tan cabal! —exclamó Estefanic con entusiasmo—. Así es, amigo mío. Nosotros somos bolivianos, y con eso queda dicho todo. Volviendo al vino: yo les diré que prefiero el aguardiente. Sin embargo, solamente bebo una copita, una sola, por la noche. Las cinco botellas que ahora tengo guardadas, eran seis, hace un mes, créanme —se dirigió a Felipe y dijo—: Claro que tú las hacías patalear en veinticuatro horas; allá cada cual con sus debilidades, y yo con mi buena coca.

Extrajo del faldón de la levita un envoltorio y por lo visto, no había perdido la antigua costumbre de guardar allí las hojas, junto con la lejía:

—¡No he dejado de mascar un solo día! —exclamó—: ¡Siempre seré fiel a este hábito, que es tan saludable! —y se puso a mascar apaciblemente—. Pero no hay por qué sorprenderse —dijo de pronto—. ¿Que de dónde saco yo coca?, se preguntarán ustedes. La cuestión es sencilla; habiendo como hay en las salitreras un sinnúmero de trabajadores bolivianos que no pueden pasar sin la coca, el abastecimiento es cosa normal, y a mí no me cuesta nada conseguir mis hojitas por medio de los amigos que vienen y van...

A esta altura de la reunión, los ánimos comenzaron a decaer —Estafanic daba muestras de fatiga. Los viajeros, discretamente, se despidieron y luego se fueron.

El día siguiente por la mañana, Felipe Delgado se acercaba nuevamente al mar —esta vez, llevando una botella. Miró las aguas, y, ante el formidable estruendo, se detuvo. Podía quedarse horas y aun días enteros, y, si quisiera, toda la vida: ¿Quién se lo impediría? Nadie —ni el mar, con ser mar, podría impedírselo. En el mar nada era prohibido. Se inclinó sobre una roca, y luego, a tiempo que dirigía instintivamente la mirada a uno y otro lado, tocó las aguas, con la punta de los dedos; el mar era tibio. En la cuenca de la mano, bebió. El mar era amargo, espeso y salado. Realmente, sus aguas no servían para beber. Ahora Delgado se adentró en la playa —y con un sentimiento de júbilo, llenó la botella.

CAPITULO II

Transcurría lentamente el tiempo. Tremendas borracheras, frecuentes paseos mar adentro, en lancha, idas y venidas a lo largo de la playa, alegres reuniones ya en el hotel, ya en casa de Estefanic –todo para matizar una estadía que cada vez se tornaba más difícil, más problemática. Había transcurrido un mes, escasamente, cuando ya Felipe Delgado ardía en deseos de retornar a la patria. El se obstinaba en no reconocerlo y se avergonzaba secretamente de ello: el mar le infundía miedo, recelo; y a su contacto, surgía en él un deseo irrefrenable de alejarse y olvidarse del mar. Los días podían hacerse más o menos soportables tan sólo por el raro deleite del recuerdo, cuando Delgado, buscando a veces algún medio de alcanzar la amplitud del horizonte, tendido sobre las suaves arenas de la playa, daba libre curso a las imágenes que se le aparecían, como entre sueños, y frecuentemente miraba la bodega: la bodega, junto al mar, con los peldaños de piedra lamidos sonoramente por las olas espumantes, y los viejos amigos contemplando pasmados el horizonte, en un trance de inexplicable terror, mientras Felipe se balanceaba en lo alto de un desague que descendía hacia una vasta muralla, y se ocultaba de aquéllos, observando sus gestos de asombro y terror, y se precipitaba a través de los aires y caía sobre una desnuda roca, en medio de un gran silencio. Al despertar de un ensueño, en cierta ocasión, exclamaba lo siguiente: "¡Está allá, muy lejos y sin embargo está aquí, muy cerca de mí!" –y luego se preguntó: "¿Cómo será la tumba, y qué será? ¿Se tratará solamente de alguna cosa más, o será una sola cosa? ¿Será la tumba una cosa como la distancia o como el tiempo, o tal vez lo que me separa de ella no se encuentra en ninguna parte, como no se encuentra ella misma tampoco?"

En tales circunstancias, Felipe Delgado se ponía a pensar en el retorno a la patria, y el retorno era una cosa difusa, una vaga posibilidad, pues él no se sentía capaz de tomar una determinación

y simplemente se dejaba estar, en espera de los acontecimientos, poniéndose a merced de éstos, con la sensación de haber llegado a un punto muerto y que podría salir del mismo tan sólo por algún suceso inopinado. Y tal ocurrió, es lo cierto.

Efectivamente, Felipe llegó a casa de Estefanic un buen día, debatiéndose penosamente y con ansiedad, en un estado raro, de confusión y desasosiego. Pidió a gritos algo de beber y se desplomó sobre una silla, y luego dijo, con tono perentorio, después de vaciar la copa que aquél había puesto en sus manos:

–Las cosas son así, creáme usted. Nos damos cuenta de nuestra situación pero sonreímos, tratamos de tranquilizarnos. Hacemos bromas; nos vemos reducidos a mirar lo primero que se presenta y todo por pura comodidad, puesto que todo es una ilusión que nosotros nos hacemos por pura comodidad. Eso: ¿qué será? Yo lo sé. Es un anillo de niebla; es el caos. El anillo se va cerrando, más y más cada vez, y todavía más... ¿Y qué? ¡De cualquier manera tiene que acabarse la vida, y tendremos que quedarnos dormidos dentro del anillo! ¡Se escuchará un rugido, créame, y se acabará la respiración!... ¿Y qué, pues?

–Claro: ¿y qué, pues? –repitió Estefanic aprensivamente, al escuchar estas palabras.

–¡Yo vengo expresamente para hablar con usted, mi amigo! –declaró categóricamente Felipe.

–¡Y yo también! –replicó el confundido Estefanic, y en seguida dijo–: Bueno; esta noche será; justamente ahora me voy a la jaula; al laboratorio, ya sabes...

Delgado bebió un par de copas en un abrir y cerrar de ojos.

–¿La jaula? ¡Nada de jaulas! –dijo con extrañeza y añadió–: ¡No, no vaya ahora! ¡Créame usted; no vaya! Mande una nota, Peña y Lillo viene pisándome los talones, y que lleve la nota. ¡Peña y Lillo, créame!

–Bueno; así se hará –decidió Estefanic de pronto. Pues estaba alarmado, y luego dijo–: Al fin y al cabo, se trata de estar contigo. Pero dime: ¿De veras viene el de la mochila?

Delgado se puso a reir como un loco, y al poco rato aparecía el aludido, que, efectivamente, partió en seguida llevando un papel de Estefanic. Este se tranquilizaba en vista de que Felipe también podía hacerlo, y dijo con alivio:

–¡Ah, el rato de descansar uno se da cuenta que había estado viejo! La vida es como el día, más o menos. Nace uno; los años

transcurren; y, cuando presiente alguna cosa muy importante, en ese momento llega la noche, y uno se va de la vida. ¡Pero bebamos, ya que me he faltado de mi trabajo!

Cogió la botella y colmó las copas.

—Usted dice que la vida es como el día —dijo Felipe—. Ante todo, le agradezco por haberse quedado a charlar con este farsante: es decir, conmigo. Si le inspiro lástima, o pena, eso no importa. No me critique. Yo digo: la vida es una cosa lejana, es una aparición. Es como una melodía olvidada, créame. La vida, una melodía que no volverá a escucharse sino más allá de la vida. Uno tendría que nacer de nuevo para encontrar una cosa que sea como la vida y que sólo se parezca a ella misma y no a una melodía. La verdadera vida dura un instante; el resto de los instantes, el resto de los años uno vive perplejo, con la boca abierta. Quiero decir que la vida, si no es muy poca cosa, deberá ser algo terriblemente abrumador; quiero decir que la vida no es, en ningún caso, un transcurrir de cierto número de años. Si uno ha percibido el paso de aquel instante definitivo, estará a salvo del embrutecimiento. Quiero decir: a salvo de la vida. Por ese instante que nos revela la razón de vivir, sólo por ese instante vale la vida.

—¡Hasta ahora, en casi setenta años, yo no he tenido la suerte de vivir ese instante! —comentó Estefanic festivamente.

—¡No se apene, quién sabe si llegamos a darnos cuenta de ello! —dijo Felipe—. A través de los años, durante todos los instantes de nuestra vida, nos quedamos atónitos, con la boca abierta, buscando el recuerdo de ese instante. A su paso, ya ve usted, tal vez estuvimos distraídos, metidos en un automóvil, bebiendo una copa o haciendo cualquier cosa. Así deberá ser y así podrá ser. Quizá sea demasiado fuerte la sensación del instante y no podamos resistir el peso de la síntesis sin caer aniquilados.

—¡Pero..., Felipe! ¡Eso es lírico! ¡Romántico, mejor dicho! —con una mezcla de ingenuidad y malicia, interrumpió Estefanic—. Tus palabras son reveladoras de la negligencia con que precisamente no se debe vivir. Tu actitud es demasiado contemplativa, a ti no te importa la acción. ¡Y no me digas que la vida se reduce a las palabras bonitas, a beber aguardiente por toneles y quedarse embelesado, pensando que por un instante mágico se justificará la vida entera!

—¡Pues yo se lo digo y repito, es eso lo que precisamente sostengo! —contestó Felipe con aspereza, picado en el amor propio—.

¡Y me río de usted y de todo lo demás! ¡El señor Oblitas es la única persona que me entiende!

—¡Ya sabía yo lo que sostienes, y no me importa el tal señor Oblitas! ¡El desenfreno de la imaginación conduce al ridículo, como conduce a la locura el exceso de alcohol! ¡Eso es lo que yo sé! —exclamó Estefanic con repentina severidad—. Claro que todo es lícito, y no creas que te reprocho —añadió bajando la voz y dijo, con tono apaciguador—: Pero, permíteme la pregunta: ¿Qué piensas tú de la acción, y qué opinión te merece el trabajo, el esfuerzo cotidiano de todos nosotros, los gusanos que tenemos que luchar por el pan? ¿Acaso no te da pena la amargura y el desamparo de mi vida, por ejemplo? Hablas con emoción, y con emoción te refieres al poema de la vida; pero mi situación, la situación de millones de viejos como yo, sin esperanza y sin fuerzas y sin ilusiones, que tienen que luchar hora tras hora y día tras día por la vida, es una cosa que no te incumbe, ahí está. De ahí que tus palabras, por emocionadas y sinceras que parezcan, a mí no me emocionan, no me llegan al alma, y las escucho como puedo escuchar una recitación, ni más ni menos. A mí me parece que tú andas equivocado, y muy equivocado, Felipe; yo respeto la nobleza de tu alma, pero no siempre tus palabras están a la altura de la vida. Y eso que tus sufrimientos han sido muy grandes, permíteme que te lo diga, puesto que conoces como pocos el dolor. ¿Por qué no ponerse a la altura de la vida? ¿Acaso eres tú más que la vida? Claro, conoces el dolor y la soledad; me causa mucha pena tu vida, me da en qué pensar tu destino; y por eso mismo no sé qué decir. A lo mejor no tengo razón y mis palabras sean injustas. Al fin y al cabo tú eres un soñador, yo soy un hombre práctico y se acabó, allá cada cual, si cada cual ha nacido para ser él, él mismo y no otro. Perdóname, Felipe. Se me subieron las copas. Eres un loco y no llegarás a viejo. En el fondo, quizá te envidio.

Felipe Delgado se quedó callado por mucho rato, mirando largamente a Estefanic.

—Yo pago caro por lo que soy y por lo que hago, don Nicolás. Yo pago caro, y Dios lo sabe —dijo al cabo con humildad—. Hay dos formas de vivir, créame —prosiguió diciendo ahora—. Unos viven la vida y otros mueren la vida, si me permite usted la expresión. A mí no me interesa vivir. Lo que sí me interesa es la vida; yo no vivo para vivir. Yo miro a la vida, mientras vivo, y la vida me mira a mí. Para eso vivo, no para vivir. Yo ansiaba tener un

hijo; es lo cierto. Y todavía ansío y seguiré ansiando tenerlo, hasta la tumba. ¿Para qué? Y yo digo: tener un hijo es tener la vida; la vida es un milagro y el milagro es una cosa que sólo se puede conocer por medio de un hijo, pues el milagro desaparece con el vivir, pero la vida sigue siendo un milagro, tal como un hijo lo seguirá siendo, y se queda: el hijo es la vida. Y por eso él deja de vivir cuando nace; y deja de vivir para ser la vida, no para vivir; y por eso yo soy un hijo; no soy yo. Y por eso sufro, porque soy la vida y al mismo tiempo no lo soy. Y soy hijo, yo mismo soy mi hijo y al mismo tiempo soy el hijo de mi hijo, y el hijo de todos mis hijos; y sin embargo soy solo, y también estoy muerto. Usted ya sabe todo cuanto me ha pasado, ya se lo conté. Y ahora me siento mal, estoy como a punto de perder la cabeza. Pero ya se me pasará. Yo no le tengo miedo a la locura, porque tengo la seguridad de que no podré volverme loco. Un miedo extraño siento desde hace varios días, y digo extraño porque su causa está en el miedo mismo. Lo siento con una intensidad creciente a lo largo de todos estos días y se lo digo para desahogarme, para defenderme del miedo. Y veo que esto me hace bien. De modo que no tiene usted porqué alarmarse. Tal vez ha sido la visión del mar, el vértigo causado por el abismo invisible. Si es que grito o hablo disparates, no pasa nada. No se me hace caso. Se hace de cuenta que estoy borracho o bromeando. Pero no se me mira fijamente, no hay para qué, me haría daño. ¡Sentirme mal, al ver que no estaba jugando ni bromeando sino que estaba loco! Es necesario tener cuidado con el detalle. Nadie que se sienta tan mal como en este momento me siento yo, sería capaz de hablar con semejante lucidez, con semejante aplomo y serenidad, créame usted. Y más bien ahora cuénteme algo, charle usted como si nada, en fin, hablando con toda naturalidad, yo se lo agradeceré en el alma.

Inseguro y nervioso ante una situación que consideraba apremiante, haciendo un esfuerzo por disimular su inquietud, Estefanic se había mantenido inmóvil, mirando fijamente a Felipe, pero dejó de hacerlo a cierta altura del discurso que pronunciaba aquél, para esbozar ahora una sonrisa forzada, el momento crucial, a tiempo que se disponía a contestar. Con todo tacto, no se dio por aludido con respecto a las aprensivas recomendaciones, ni tocó para nada la cuestión del miedo, cuando dijo:

—Encantado. Rara vez puede presentárseme la oportunidad de charlar con una persona como tú. Lo que quiero decir es esto:

tú tienes el don de escuchar. ¡Raras personas lo tienen, muy raras! El otro día, por ejemplo, me encontré con un amigo mío, un señor llamado Bellido, cuando yo precisamente quería encontrar a quien contarle un sueño muy raro que justamente había tenido la noche anterior. Pero por mi mala suerte me encontraba con un hombre que carecía del don de escuchar; como que si Bellido lo tuviese, yo sería San Pablo. Claro, le conté mi sueño; pero mientras se lo contaba, él me interrumpía a cada paso con absurdos y dispates. Y fíjate: absurdos, disparates, que no tenían absolutamente nada que ver con el tema de mi narración.

—¿Y cuál era el tema de su narración?

—Bueno; el tema era un sueño que yo tuve, ya te lo dije; pero Bellido no me escuchaba; y luego, cuando parecía escuchar, a cada rato me interrumpía con sus absurdos: "¡Usted sí que es un tipo fregado!", comentaba de buenas a primeras; "¡Ah, la negra me tiene loco!", decía luego, sin que le venga al caso; o bien: "¡Me duele la pata, me ajusta el zapato!"; y así por el estilo, hasta que yo, en vista de las groserías que Bellido comenzaba a proferir en medio de mi narración, perdí la paciencia y asumí una actitud glacial, para demostrarle que no era yo un estúpido.

—¿Y qué groserías eran esas?

—Bueno, ya no me acuerdo, excepto que eran groserías; tú ya puedes imaginarte... Por ejemplo, de repente Bellido saltó diciendo: "¡La gran puta, se me paró la ñata!"; y ahí se acabó mi paciencia, como tú puedes comprender.

—Ya comprendo; sin embargo, se ve que el tal Bellido no deja de ser chistoso, siendo un sonso o un pobre chiflado al mismo tiempo, según me parece. Permítame una observación. Bellido habría incurrido en una verdadera grosería, al decir, por ejemplo: "¡La gran puta, se me paró el miembro!", pero al decir que se le paraba la ñata, más bien hizo un chiste. Sin embargo la grosería consistió en el hecho de interrumpir sin más motivo una narración y, para peor, con comentarios absurdos, sin ton ni son. Lo cual no resultaba muy chistoso para usted, precisamente, puesto que lo era para aquel que se burlaba a costilla suya, o sea Bellido, como también lo sería para un observador imparcial, que en este caso podría ser yo. ¿Y puede usted citar ahora algunas otras groserías que le dijo Bellido? Dadas las circunstancias, ello me causa gracia: usted, contando un sueño; Bellido, anotando una que otra grosería, como quien nada hace; usted con el cuento, Bellido con las

groserías; cada cual déle que déle por su lado, hasta que usted decide cortar por lo sano asumiendo una actitud glacial.

—Claro; si se juzga imparcialmente, la cosa tiene su chiste. Yo mismo me río ahora, y por qué no. En realidad, algo raro le pasaba aquel día a Bellido. Bellido me trata con todo respeto. Y tampoco se puede decir que estaba borracho; yo no sé qué le pasaría para tratarme en esa forma.

—¿Y quién es el tal Bellido? Es chistoso su apellido.

—Es chistoso, tienes razón, y la consonancia de Bellido y apellido resulta más chistosa todavía. Bueno, Bellido es antofagastino. Si mal no recuerdo, una vez te lo mostré, al pasar por su tienda. Se dedica a la venta de pescado al por mayor. Me ayudó mucho a mi llegada, en los primeros tiempos. Pero no sé casi nada de su vida. Su mujer es una mulata, buena hembra. Es mucho menor que él, y según las malas lenguas, le hace la vida un infierno. También dicen que Bellido es del otro equipo; o sea maricón, pero en tal caso, no se hubiera casado; y sin embargo, eso no dice ni tampoco desdice que él sea o deje de ser lo que dicen.

—¿Y usted qué dice?

—Yo no digo nada; no sé nada. Y aunque lo supiera, el caso es que no me gusta meterme en la vida ajena. Además, parece que todo maricón deberá ser simpático y alto, y deberá tener una voz delgadita, al paso que Bellido es feo, retaco y ronco. Por otra parte, a Bellido se le para la ñata, como él mismo dice, y esto desdice lo que de él se dice, puesto que todo maricón, lo primero que hace es hacerse cortar la ñata, según se dice. En fin, pasando a otro aspecto de Bellido, te diré que es gran amigo de Bolivia. Un hermano suyo vive en Oruro; sus abuelos eran bolivianos; y realmente lo eran, puesto que vivían aquí mucho antes de la invasión chilena, o sea, cuando todavía Antofagasta era territorio boliviano. Pero, a todo esto, ¿te interesan estas sonseras? ¿No te aburre el que nos ocupemos de Bellido?

—No me aburre, créame; más bien me entretiene.

—Entonces sigamos charlando, si es así. El hermano de Bellido es alcahuete, según dicen, y tiene chilenas; es decir, una casa en Oruro. Pero no hay tal; por pura maldad la gente confunde una peluquería con una casa de niñas. Yo he visto con mis propios ojos una foto de la peluquería, que sacaron en un viaje de Bellido a Bolivia, y él me la mostró. Hasta el letrero se alcanza a leer, y Bellido en persona aparece en la puerta al lado de su hermano, debajo del letrero. Muy bien podría ser cierto que el hermano de Bellido fuese alcahuete y no peluquero, y eso no tendría nada de malo. Al menos yo no le veo, no sé qué dirás tú. El alcahuete sabrá lo que hace, tal como cualquiera en su respectivo oficio, y allá él. En fin, ahí está la apología de don Quijote a propósito de la profesión de alcahuete.

—Yo tampoco le veo nada de malo en ser alcahuete; y tan es así, que frecuentemente me sueño con un alcahuete, y se me presenta como una buena persona. Yo le contaré una cosa a propósito de un sueño, pero no vaya a ser que me resulte tan mal interlocutor como su amigo Bellido lo fue para usted. Un sueño me persigue; es un sueño siempre igual, y no varía en el más mínimo detalle. Se me presenta un alcahuete, en la bodega; se me acerca, y me ofrece llevarme a cierta casa, donde una mujer vive, la cual según él, es muy hermosa, y entonces desaparece; sale a toda carrera, se pierde en el callejón, y entonces, sin que yo pueda seguir sus pasos, despierto sobresaltado al preguntarme quién será la mujer que el alcahuete me ofrece, y temo llegar a verla cuando alguna vez, entre sueños, yo haya logrado ir con el alcahuete. Es una cosa extraña; este sueño me infunde infinito terror. Conozco al alcahuete como si existiera en la vida real; recuerdo el metal de su voz, y hasta el color de su traje, y también creo conocer la casa, a la que él no me lleva nunca, como si hubiera vivido toda mi vida en ella, y presiento unos rincones, unas piedras, unos corredores y unos zaguanes, unos patios oscuros, unas puertas abandonadas y misteriosas, con el temor de ver confirmado cada detalle al soñar otras vez y entrar en la casa, pues presiento también una puerta, angosta y alargada, detrás de la cual está la mujer de ese sueño, y presiento, no sé por qué, una tragedia espantosa, si es que llegase a soñar todo el sueño y me pudiese encontrar en presencia de la mujer que se oculta detrás de la puerta. Créame usted: yo llego a pensar en el alcahuete como si éste fuese un personaje de la vida real, algún amigo misterioso o un enemigo desconocido, el cual prefiere darse a conocer entre sueños para desaparecer entre sueños y matarme poco a poco y no de golpe, postergando por siempre mi llegada a una casa en la que se oculta la terrible revelación que me llevaría al aniquilamiento, créame usted...

El relato de Delgado se vio interrumpido en este momento con la llegada de Peña y Lillo. Este había entregado la nota, según dijo. Estefanic se lo agradeció y luego, dándole una copa,

echó mano de una segunda botella, puesto que la primera ya estaba vacía. Felipe había dado buena cuenta de ella, casi en su totalidad; y ahora tenía una regular borrachera, mientras que Estefanic, en vista de las circunstancias, trataba de mantenerse fresco. Efectivamente, él vigilaba y estaba alerta; ciertos signos en la conducta de Felipe, a su entender, no eran nada tranquilizadores, como por ejemplo, la reiteración del "créame usted" y el desvarío en la mirada. Era patético el espectáculo de los grandes esfuerzos que hacía Felipe por controlarse; parecía que de un momento al otro podía ponerse a gritar, y, si es que seguía el hilo de la conversación, tan sólo lo hacía anecdóticamente y preguntaba por preguntar, sin ningún interés, pues él estaba en otra parte. Le costaba mucho expresarse y, a ratos, tartamudeaba; Estefanic temblaba a la idea de un estallido de violencia, que podía sobrevenir por la tensión del esfuerzo en que Felipe se debatía para aparentar que en realidad no le pasaba nada. La llegada de Peña y Lillo significó un gran alivio. Estefanic estaba sobre ascuas, había hecho lo posible por salir airoso del trance, y ya no sabía qué inventarse ni qué decir después de las historias de Bellido, las que a duras penas había podido inventar, pues Bellido mismo no era sino una zarandaja que sólo existía en su imaginación. Su mayor conflicto consistía en la actitud que él debía asumir; cualquier desliz podía resultar contraproducente. Una botella íntegra no había bastado para remediar la angustia que Felipe soportaba; respiraba con dificultad, y el temblor persistía en la cara, en los miembros, y se diría que en todo el cuerpo. Un rato de esos se había reanimado, hasta el punto de serenarse, solamente para caer otra vez en la ansiedad, poniéndose en un estado que causaba pena y alarma.

Y la cuestión era que ahora las cosas comenzaban a tomar otro cariz. Felipe se había quedado mirando fijamente la copa, que sostenía con mano temblorosa, y de pronto se paró de un salto y la arrojó lejos de sí. Con tono suplicante, pidió que le diesen una copa limpia, y dijo que la otra estaba llena de arañas. Era evidente que deliraba. Y por eso mismo era necesario disimular, según pensaba Estefanic, quien se apresuró a obedecer y le alcanzó otra copa. Felipe no quiso recibirla: le causaba mucha extrañeza lo que pasaba, al ver que ésta estaba asimismo llena de arañas. Estefanic, fingiendo sorpresa, miró atentamente la copa, dijo que no había tal, persuasivamente, y quiso dar a entender que era necesario sobreponerse a las engañosas impresiones causadas por la

borrachera; pero todo era inútil. Las arañas, a los ojos de Felipe, estaban pululando dentro de esta copa; hizo un gesto de rechazo y se dejó caer sobre una silla, sumiéndose por completo en el mutismo. Mas esta indiferencia era sólo aparente. Muchas cosas le estaban ocurriendo, según el propio Estefanic adivinaba; horrores y tormentos en realidad indescriptibles.

CAPITULO III

Lo primero que hizo Estefanic fue pensar en un médico, y se acordó de un tal doctor Jurado, que él conocía. Sin embargo, todavía tendrían que ocurrir cosas, atropelladamente, antes de que Felipe fuese puesto en manos de aquél.

Se puede decir que Estefanic perdió el tiempo. Se dejaba dominar por la confusión y, al mismo tiempo, era víctima de su propia locuacidad. En resumidas cuentas, el viejo se perdía en trivialidades; daba rienda suelta a su propensión por hacer teatro, solazándose al expresarse de un modo truculento, y dirigía terribles miradas a Peña y Lillo. "¡Usted no sabe lo que pasa con las arañas, las hormigas y un mundo de cosas!", decía a gritos y gesticulaba. "¡Nuestro amigo está volando en alas de la locura, y sabe Dios lo que pasará! ¡Existen arañas, hormigas y toda clase de insectos gigantescos, del tamaño de usted, de mi tamaño, y quizá más grandes todavía! ¡Pero pongámoslo en cama y tapémoslo con unas frazadas, de una vez!". Así se hizo, con grandes esfuerzos; Felipe, sumido en un profundo letargo, profería quejidos y se estremecía violentamente, de rato en rato. ¿Qué esperaba Estefanic para llamar al médico? En opinión de Peña y Lillo, más habría valido llevarlo donde el médico que acostarlo. Sin embargo, Estefanic prefería esperar, y dijo que, ante todo, Felipe necesitaba reposo. "Además, ¿no ve usted que ya es de noche?", añadió. Y así era en efecto, según tuvo que reconocer Peña y Lillo. "Si sigue usted molestando", dijo ahora Estefanic con fingido tono de amenaza, "Felipe Delgado se levantará y lo matará de un pisotón, creyendo

que es una araña o algún bicho de esos". Y luego, extendiéndose en una larga perorata, prosiguió diciendo: "Hay que dejarlo tranquilo por el momento; usted no sabe, es peligroso provocar a un hombre que delira. El *delirium tremens* es una cosa muy seria, muy grave; uno ve toda clase de cosas, desde unos negritos, muy pequeñitos, del tamaño de las hormigas, que bailan y saltan en el cuerpo y se ocultan dentro de las narices y las orejas y las uñas, hasta unos animales más grandes que esta casa. Nada raro sería que en este momento nosotros mismos estuviésemos bailando entre los negritos, haciendo gestos y ocultándonos, mientras que Felipe nos busca en sus orejas creyendo que allí están sus bolsillos. Esto no es una broma. Hace muchos años yo tuve un delirio y me pescó en los minerales, trabajaba en Viloco. Muchas cosas vi, muchas cosas sentí, y por poco no me vuelvo loco. En una de esas era yo una sardina metida dentro de una lata. Todo el mundo me buscaba en las tiendas, en los mercados. Nadie podía adivinar en cuál de entre las millones de latas estaba yo. Alguien adivinó, compró una lata y la abrió. Las sardinas eran idénticas; nadie podía saber cuál era yo, excepto yo mismo, y no tenía cómo darme a conocer para que me sacasen de la lata y me salvasen. Solamente pude gritar cuando me condimentaban en una ensalada, cuando me vi mascado y comido. Los amigos me amarraban y me arrojaban baldes de agua en ese momento. Era un animal terrorífico, lleno de flemas y de inmundicias y con miles de patas y garras. Un animal que exhibía mi cabeza haciéndome ver que era la suya. En esos trances el delirio se vuelve una tremenda realidad. Y es preferible que así sea. De lo contrario uno se volvería loco. El que delira no sabe quien delira. No es él quien delira sino otro, que delira para atormentar al otro, el cual delira por cuenta de ese otro, o sea de uno mismo. Pues el otro no descansa. Se levanta, cuelga sobre el techo unas lanas de colores, y éstas van cayendo con el grito del delirio. Lejos de quedarse quieto, tranquilizarse y aguantarse de gritar, el otro hace todo lo contrario, y cada cual observa los movimientos del otro, fíjese usted bien lo que digo, pues aquel es usted y este es el otro, no se sabe quién es quién. La única salvación es quedarse quieto, callado y encogido, no gritar, pase lo que pase, porque de lo contrario, todo estará perdido y no habrá salvación. Ningún poder humano podrá hacer nada; estallará la cabeza en mil pedazos. Todo vuela, arde y se destruye. La camisa, las paredes, los ojos, las puertas, las palabras, los ruidos, todo vuela por

los aires. Las calles, los perros, los hombres, los colchones. Las sillas, los armarios, las ciudades, los postes telegráficos. Todo, absolutamente todo en el mundo volará en pedazos si es que grita el que delira, si no se queda quieto y encogido el que delira".

Estefanic puso punto final a su perorata y preguntó a Peña y Lillo su opinión al respecto; éste lo miró con ojos soñolientos y dijo que también él había tenido un delirio, pero que, según pensaba, no era para exagerar tanto; unas figuritas de colores bailando en el aire, que producían unos ruidos raros; unos bultos que se movían en las sombras, silenciosamente, y eso era todo; y luego no pasaba nada. La cabeza estaba muy lejos de estallar en mil pedazos; era más o menos la cosa como tener una pesadilla estando despierto; sin embargo, él no dudaba de que el malestar podía aliviarse con una aspirina. Semejante modo de ver era lastimosamente pobre, en opinión de Estefanic, el cual se sintió defraudado y dijo que no merecía la pena hablar más del asunto.

Peña y Lillo, en forma vacilante, tomó ahora la palabra. Y luego, asumiendo la inciativa, expuso sus inquietudes con respecto a la situación. Era necesario tomar una decisión y hacer algo; por lo visto, Felipe no podría regresar al hotel; Peña y Lillo, sin saber a qué atenerse, consultaba la opinión de Estefanic: era éste el llamado a proponer alguna solución. El viejo se mostró de acuerdo, propuso un plan. De hecho, Felipe tendría que quedarse en manos de un médico. Por suerte, había uno que él conocía. Para ganar tiempo había que recoger las maletas. Peña y Lillo no tenía autoridad para hacerlo. La persona indicada era Estefanic, pero como tampoco éste podía ir por su cuenta y riesgo, y cada cual tenía reparo en sacar el dinero que Felipe guardaba en la maleta, cosa que forzosamente debía de hacerse para pagar el hotel, ambos convinieron en ir juntos y liquidar la cuestión, en circunstancias en que Felipe yacía inconsciente.

Estefanic le puso una inyección de cafeína; y por un escrúpulo de conciencia, tuvo que desechar la idea de amarrarlo al catre. No sospechaba ni remotamente que aquél podría despertar y salir a la calle; en efecto, cuando hubieron regresado del hotel, se encontraron con que el enfermo no estaba en la casa. El hecho, como es natural, tenía que acarrear complicaciones. Estefanic se dirigió nuevamente al hotel y Peña y Lillo a la policía. Averiguadas las cosas, resultó que Felipe había ido al hotel. Hizo algunos destrozos y fue arrestado en la policía. Allí lo encontró Estefanic, a

quien Peña y Lillo ya esperaba, y lo vio sentado en un rincón, escribiendo, sin hacer caso de nada, profundamente concentrado frente a unos papeles. Se pudo obtener su libertad al precio de una fuerte multa, previo el pago por los daños causados en el hotel. Tan sólo al cabo de largo rato concluyó o se cansó de escribir, dejándose conducir tranquilamente a la casa. No bien llegados increpó a Peña y Lillo y luego, le suplicó leyese los papeles. Mas en seguida se puso a dar saltos, mientras agitaba los brazos y gritaba: "¡La libélula, la libélula!", y de pronto se sacó los zapatos y los calcetines, y dijo que quería saber qué diría la gente si lo viese desnudo; quiso ir al mar, habiendo costado mucho disuadirlo; el espectáculo de un plato que estaba sobre la mesa le causó risa, y también pena; se le ocurrió averiguar su estatura, se acordó de un tal Ramírez, que nadie sabía quién era, y se puso a llorar de pena. Por largo rato se mantuvo en silencio, mirándose las manos y llevando éstas a la cara. Clavaba la mirada en las puntas de sus dedos y sacudía las manos, poniendo en evidencia el miedo y la repulsión que sentía al mirarlas.

En esto ya se acercaba el amanecer, cuando Felipe echó de menos aquellos papeles. Se los pidió a Estefanic y dijo que eran sus recuerdos de viaje. Nuevamente le rogó a Peña y Lillo leyese de una vez, en voz alta y sin equivocarse. La letra no dejaba de ser legible; Felipe sollozaba a ratos, escuchando extasiado los así llamados "Recuerdos de viaje" que leyó Peña y Lillo:

"Puesta la desolación uniforme al servicio de detrás de la oreja del capitán" —decía el texto—, "la risa dejaba en mora las propiedades del chocolate y dejaba en chocolate las propiedades del mora, haciendo un periquete y sacando un chicote del upiti del muerto para romperte los dientes. Aperlando y apergaminando el sombrero afelpado no es razón de que imponga Ramona su manta de viaje y radique la falla en los bordes abovedados del candor del primero que pasa la calle, amén.

"Calada la escopeta en el casco, un requiebro a la bayadera; cuidado, cuidado que se duerma la amapola, no le mientas ni engañes a la mujer que te hizo una seña en la ventana.

"Que cuidado con las espaldas y los espejos y los cuchillos. Que cuidado con los tacos y los turcos y los caballos. Que cuidado con el pan incomible por el vejete en mil batallas, que cuidado con las cabras y los vientos y las sesiones y los machos y las hembras oloreciendo a pluma de pato y de pito. Que cuidado con esto

y aquello. Te saca el armario un suspiro con la soga y la soga un bodeguerito rascándose la barriga una soga que se rasca un bodeguerito. Los alcahuetes recorren con sus padrinos el ropero que recorrido de más allá de la sombra más aquí de la sombra. El cuarto de los feligreses acongojados, no meados cuando el mar aparece; en su curso apaga la lámpara del sultán Mustafá y sale por el agujero del tumbado; retorna lo cóncavo a su origen, amén; límpiase el sultán de Marruecos la viznaga con la sultana y la sultana de la viznaga con Marruecos, o, mejor dicho, con la viznaga de la sultana, amén.

"Las cosas de comer se retiran de la gallina; de cada oreja del hombre vestido de gris y del gris vestido de hombre. El sapo con la camisa al revés del pecho y la camisa con el pecho al revés del sapo, amén.

"No tiene calambre ni se opone al amigo ni descongestiona el tonel. Se saca un zapato y se pone otro. El otro se saca un sábado y se pone el zapato. Coge al vuelo el canto del gallo los viernes, muerde el embarazo a la mujer del séptimo dedo de la calabaza; tres y cuatro, cinco pelos suyos muerden, pican como las pulgas; hace hincapié un bartolo en los duendes, y la mujer tiene duendes en la barriga; y salen de la pulpa comiendo maní, amén.

"O bien se rasca el ombligo y se come un chafallo. O bien revienta al revés el pie del aparapita, tocando un pie con el dedo en vez de tocar un dedo con el pie; que canten, que vengan y vayan las nalgas y las rabadillas, el borracho se tira por la ventana para ver mejor el mar. O bien la silla se descuajeringa, y el muerto ve lo que pasa, la cuja se para en dos patas, el muerto se para con la cuja y hace caer la caja, amén.

"Deliberan con la joroba de mi compañero de viaje, y la joroba guarda silencio para librarse de la deliberación. Se hace la que respira la joroba, se abre la puerta, sale una mano que no tiene dónde guardar mi saco, sino en la muerte de ella; la mirada con un imán saca la cabeza, ella se vuelve pata, la pata cuja, la cuja caja, la caja cuja; sobre la tercera espalda se incrusta la verdadera espalda; es decir, la espalda de linaza; mete una mano de madera, se acuerda de mí una ola aquí, en el extremo del mundo, y la mano negra me nombra en el mar y en el fuego; saca una caja acajada a la hora del garrotazo el ofendido al ofensor.

"Que no vomita en el balde y mueve la cola con un hijo varón, en San José de Uchupiamonas; que no y que sí; cruza las piernas el vendedor de carbón, que no y que sí; la vieja tiñe y destiñe a vivos

y muertos y no puede sentarse, ni pararse ni echarse; y cuenta y recuenta, adivina adivinador, con sus senos cabritos Salomón perdió la chaveta, amén; con dos azotes el viejito machacado, de la vejiga agarrado, cantando cantares a la cíngara; y la cíngara como si nada. Ni más ni menos, amén".

De este modo concluyó Peña y Lillo la lectura del manuscrito. Los primeros rayos del sol penetraban por la ventana.

Felipe Delgado respiraba con dificultad. La congestión en la cara asustaba. Estefanic tomó el pulso: contó ciento cincuenta latidos por minuto. Peña y Lillo corrió en busca de un coche.

CAPITULO IV

El enfermo fue llevado a toda prisa a un sanatorio —al menos, era éste el nombre que podía leerse en un letrero sobre la fachada de aquella casa, de pobrísimo aspecto, en la que había establecido sus dominios un viejito llamado José Jurado. Este viejito, según todas las apariencias, no era ningún charlatán pero sí un médico, puesto que usaba perita, bigotes y largas patillas y, además, hacía saltar sus ojos y suspendía las cejas, sin motivo, hablando con un tono amenazador y sentencioso. Su mujer —pues la tenía— se llamaba Fidela; era ésta una criatura extraña y rolliza, y oficiaba de enfermera; se peinaba con robacorazones y era tan bajita, que le faltaba poco para ser enana. A primera vista parecía una mosca muerta; no obstante, se pasaba todo el tiempo parpadeando, sin cesar, mientras hacía gestos, seguramente para infundir temor; y aparentaba no darse cuenta de nada. Para completar el cuadro, había un técnico: en qué, no se sabía; y se trataba de un individuo moreno y alto, que infundía espanto de puro flaco, y más que técnico parecía un fantasma reducido a piel y huesos. Todos le llamaban el Verdugo; se exhibía muy ufano, con bufanda, espuelas y sombrero jipi—japa, escoltando en todo momento a la señora Fidela.

En realidad —y según el criterio del doctor Jurado—, tendría

que suscitarse una atmósfera de misterio, preñada de enigmas y rarezas, a fin de causar asombro y espanto y así suprimir, de golpe y porrazo, la indiferencia, la apatía y otros signos característicos del enfermo mental. Pues de otro modo no podía ni pensarse en el tratamiento propiamente dicho. En el sanatorio reinaba aquella atmósfera alucinante, de rincón a rincón, que el doctor Jurado pretendía, aunque no había tal; pues el padre de la nueva terapia se hacía ilusiones, ya que ni siquiera podía verse una polilla que infundiera el más mínimo temor a nadie. Mas el doctor Jurado no se achicaba; si los dos o tres idiotas que allí medraban no podían curarse, ello se debía a la "falta de coordinación". Se las daba de muy ingenioso repitiendo esta frase a cada paso: "Haciendo yo asciendo; no haciendo desciendo; rehaciendo no desciendo". Por lo demás, si había algo que valiese, ahí estaba la idea; a Jurado tan sólo le importaba la idea. Y no perdía la oportunidad para jactarse, en son de queja; pues ¿por qué este frenópata eminente cometía el desatino de quedarse en el último rincón de Chile, si muy bien podía haber triunfado en París o en Berlín? Por puro Quijote, respondía él mismo; y por eso mismo había creado, a costa de mil sacrificios, un sanatorio como Dios manda, con jardín de recreo y vista al mar, y donde no eran ninguna rareza los adelantos y comodidades más notables, tales como la radio, el gramófono, la estufa, la ducha con agua fría y caliente.

La permanencia de Felipe Delgado en el sanatorio duró escasamente una semana. La crisis desapareció de por sí, y no hubo tal delirium tremens. Se trataba simplemente de alguna alucinación o crisis, cosa corriente en cualquier borracho y que se pasa sin necesidad de ir al sanatorio —claro que Jurado lo sabía muy bien; pero, siempre celoso de su responsabilidad, le hacía tragar unas tabletas. Le aplicaba cataplasmas. Lo sometía a baños de inmersión en agua helada. Supervisaba unos masajes a cargo de la señora Fidela, en los que intervenía el Verdugo, quien maniataba espectacularmente al inerme Delgado.

Sin embargo, durante su permanencia, éste se vio sacudido por ciertas cosas extrañas. Cosas que, para él, alcanzaban mucha significación. Contactos, aproximaciones —en la muerte y en la música.

Así por ejemplo, una noche, Felipe Delgado, tendido sobre la cama, repentinamente sintió una grave tristeza. En medio de un ahogo se quedó inmóvil, la cara cubierta con las manos. Percibía

el rumor del mar; el rumor del mar se alejaba, poco a poco, y se perdía, para resurgir con un estruendo de muerte en su cuerpo, allá,muy lejos, y no aquí, donde él estaba. En la cara y en los ojos, palpitaba una escondida muerte. Las manos se alejaban. Los dedos se disolvían en su propio movimiento y arrastraban el cuerpo hacia las sombras. Era éste un cielo, particular y personal. Con plácida sonrisa, Felipe Delgado tocaba la superficie de su cuerpo, se olvidaba de éste y de la vida en un trance de paz, envuelto por un mundo perdido y oscuro. En plena quietud, el cuerpo flotaba ahora y se precipitaba en el vacío, toda la vida, en pos de una imagen que, en realidad, era el vacío, y que se encontraba desaparecida en la profundidad, algún instante de amor o de muerte, cuando Delgado se corporizaba sin haber contemplado aquella imagen que, según él sentía, era la imagen de alguien que le hacía falta en un mundo que no era éste. Con angustia, y tal como si acabase de volver a la vida, se incorporó en el lecho. Sufría una enorme desventura: él había escuchado cantar una canción, pero no la recordaba. Y tampoco sabía si sería él o la perdida imagen quien la cantaba.

Cosa curiosa. Junto con esta sensación, o, más propiamente, por el carácter de ella misma, Felipe había visto a sus pies el espanto, un horror indefinible que surgía con el presentimiento de que, solamente al precio de ser enterrado vivo, él encontraría el amor. Sin embargo, logró persuadirse de que estaba a salvo de todos los horrores, desde el momento en que expiaba todas sus culpas. Pues en realidad, ¿qué otra cosa hacía él en la bodega, sino expiar sus culpas precisamente? ¿Y en qué otra parte del mundo podría encontrarse un símil de la tumba, como la bodega, para vivir en la tumba? Era fascinadora para él esta simetría. En la bodega, Felipe Delgado estaba como enterrado vivo; y allá, seguramente, se encontraba la imagen que le hacía falta –y que, sin duda, era la suya propia.

Una segunda mención de los hechos a que nos referimos es la siguiente.

Ello ocurrió en el salón del sanatorio, poco antes de la salida de Felipe. Una chica se contaba entre los pensionistas de Jurado. Un día de esos, se presentó una señora extraordinariamente gorda, la cual era su madre y le traía de regalo un traje y un reloj de pulsera. Con esto, la chica se puso más loca de lo que estaba, contagiando a todo el mundo su alegría, y, a vista y paciencia de la gente, se desvistió para ponerse su traje nuevo; y luego, después de

contemplar su reloj, de pronto abrió los brazos y dio un salto, bruscamente, lanzándose a bailar de un extremo al otro en el salón, al compás de la música que se escuchaba en la radio. Felipe Delgado contemplaba la escena, en medio de un raro deslumbramiento. Se volvió hacia una abierta ventana, apoyó las manos sobre el antepecho y, mirando el vacío con los ojos entrecerrados, se quedó inmóvil, con un profundo dolor al pensar que algún día tendría que abandonar este mundo. La música le sugería este sentimiento. La música, con una poderosa frescura se refrenaba, para no llegar al paroxismo, disolviéndose oscura y sordamente en un misterioso aliento de los instrumentos de viento, y se aniquilaba con un aire de júbilo. El júbilo: la expresión más honda con que podría encubrirse el dolor ante la vecindad de la muerte; el sentimiento de ya no poder ver nunca más el verdor de los árboles ni el azul del cielo, ni poder escuchar el rumor del agua ni el zumbido de los insectos. En medio del más puro esplendor de la naturaleza, a plena luz del sol, una canción de amor a la vida surgía con la muerte, y se mecían los árboles con una cálida brisa, con un dolido adiós, fluyendo evocadoramente al compás de antiguas danzas, en extraño contraste con el ruidoso baile de aquella joven.

Aniquilarse jubilosamente: he ahí la causa del júbilo en la canción. Sin embargo, no podía hacerlo porque el júbilo se lo impedía en el momento crítico, perturbando los impulsos autodestructores al separarse de ella, y buscaba la libertad, y luchaba frente a un acabamiento en el que intervenía el propio júbilo. Felipe Delgado se hallaba atrapado por dos fuerzas antagónicas; según las percepciones que recibía, estas fuerzas partían de un punto común y se dirigían en opuestas direcciones, y por eso mismo no podían desvanecerse, sino que sucumbían alternativamente al retornar al punto de partida, ésta y aquélla en busca de la otra, como la vida y la muerte se buscan, y partían otra vez, sin encontrar la libertad que buscaban para aniquilarse, debiéndose a ello la persistencia en la música. Pues estas fuerzas eran una unidad que se iluminaba y se oscurecía; y tan sólo en un plano ilusorio podían llegar a neutralizarse dando aquella sensación de simultaneidad que se originaba en la rapidez de la alternación. Música y movimiento, lo mismo que inmovilidad y silencio, ello era una realidad, como también dejaba de serlo. La luz se apoderaba de la oscuridad, así como la oscuridad se apoderaba de la luz, por inversión y transposición, asumiendo ésta y aquélla la forma de un silencio que era la música.

Fantasía, delirio, locura. Por una locura podían existir tiempo y movimiento a expensas de la eternidad y la quietud, como podían unificarse la muerte y la vida. Era engañoso el antagonismo. La música se presentaba como una lucha dentro de la unidad; la unidad buscaba la dispersión y se desdoblaba, deliberadamente, realizándose una lucha entre los opuestos. Sin embargo éstos se complementaban y no obstante se mantenían independientes. Y cada cual luchaba en contra de sí desdoblándose a su vez, y de este modo, se producían desdoblamientos sucesivos, hasta el infinito, resultando de ello la diversidad antes que la dispersión: o sea la música antes que la locura. Pues la dispersión se producía por falta de lucha, por falta de movimiento. El desdoblamiento era aquí indeliberado, y seguía su curso sucesivo por inercia, indefinidamente. Las partes respectivas quedaban siempre neutralizadas entre sí por falta de oposición. En cambio, la música se realizaba por el choque y por la conjunción, por la atracción y por la repulsión. Y por el tiempo de la música, podía hacerse plausible la locura. ¿Qué era, finalmente, la locura –se preguntaba Felipe Delgado– sino un medio inefable e incomunicable de autoexpresión? La música, como único lenguaje asequible a la locura, hacía pensar en algún otro medio destinado a articular algún otro lenguaje. El lenguaje del olor, por ejemplo, – ¡y qué extraño poder evocador, el del olor!

De pronto se escuchó un alarido, y, simultáneamente, el ruido de un golpe. La loca se había dado un tremendo porrazo en el suelo. Y surgían risas y exclamaciones en medio de un gran alboroto. Felipe Delgado volvió en sí, con sobresalto. Estaba perplejo; se retiró del salón, oprimido por una congoja inexplicable. En realidad, se había visto asaltado por un sentimiento poco conocido por él. Felipe Delgado echaba de menos el mundo. Echaba de menos la vida. Un sentimiento profundo, que sobrevenía repentinamente ante esta revelación, con estas palabras: "Yo soy el mundo; el adiós de mí mismo se manifiesta lúcidamente, por la definitiva aceptación de la muerte".

Y ese mismo día, escribió una carta a Estefanic, después de haberse retirado del salón.

"La música está partida en dos –escribía Felipe–. Una de sus mitades se mueve, y es la que todos escuchan; la otra mitad se queda en el oyente del silencio. La música se deja escuchar a medias y retorna a su propio seno antes de haberse deslizado por

completo en nuestro cuerpo. Nos quedamos empavorecidos ante la confirmación de que alcanzaremos el fuego del universo el rato menos pensado, al unificarse la música en medio de un vértigo, cuando lleguemos a encontrar la estrella que buscan nuestros ojos noche tras noche.

"Tengo mucha curiosidad por el silencio eterno; el medio para conocerlo es el sonido. Pero lo malo es que éste depende de aquél, y por eso yo busco algún medio que no sea el sonido, para acercarme al silencio eterno sin que mis ojos encuentren la estrella de la muerte. Después de todo, amando la vida y buscando con la seguridad de no encontrar, uno encontrará algún día la música verdadera. Silencio y sonido, la misma cosa en un mundo de silencio y de sonido. ¿Por qué, cuando contemplamos el cielo, surge silenciosamente en nuestro corazón y en nuestra mente el sonido? ¿Usted cree que, lejos de ser una aproximación de la belleza, sea la música una presencia de la muerte, a la que contemplamos moviéndose a través del tiempo y ante nuestros ojos, de uno al otro confín del silencio y del sonido? ¿No será la música un ejercicio preparatorio que más tarde nos permita traspasar sanos y salvos la región del vértigo para encontrar la verdadera vida en la estrella que buscan nuestros ojos? Si así fuese, entonces quedaría justificado el intento de expresarse por medio del sonido.

"Usted dirá que más vale callar, y en realidad yo digo lo mismo, pues estoy aferrado al silencio. Y sin embargo le escribo. Tengo necesidad de decirle muchas cosas... Del silencio ha surgido la Creación; el gesto de la Creación provocó un ruido ensordecedor, el cual sigue retumbando hasta ahora. Y cuando se apague, ése será el momento en que se unifique la música, y yo habré encontrado la estrella que busco, de retorno al seno del silencio. La luz no existe, y tampoco existe el sonido, sino solamente como circunstancias del gesto de Dios en la Creación. Dios hizo el gesto por aburrimiento, en medio del silencio. Uno de Sus ojos el silencio, la oscuridad el otro. El silencio y la oscuridad nos atraen. La vida es luz y sonido. ¿Usted cree que la luz sea un flúido, y que la oscuridad no lo es? Pues entonces le diré: la oscuridad es una cosa material, y también el silencio. ¡La luz y el sonido no son nada más que fantasmagorías, Viejo Borbón! ¿Por qué no se podrá atrapar y conservar la luz, tal como el agua, por ejemplo? Usted sabe que la oscuridad se conserva de por sí, y no sólo en los espacios cerrados, en la tumba, en el cuerpo, sino también en el

universo, en el reino de las tinieblas. ¿Por qué la nada no podrá alumbrarse, pero solamente la materia?

"El sonido es un medio por el cual escuchamos el silencio. Es necesario valerse del silencio para percibir la realidad del propio silencio –la emisión del sonido proveniente del silencio–, o sea el sonido puro. Se busca el sonido interior y para encontrarlo, mal podremos valernos del sonido exterior, pues es oponente del sonido interior, pero no lo es del silencio. Además del sonido, existen otros medios por los cuales se penetrará en el silencio. La música es el efecto del sonido; el silencio es su causa. Si esto es así, cabe preguntarse si nuestro interés por la interioridad del silencio nos conducirá a una música autónoma, gracias a una noción concreta de la esencia del silencio. El sonido es un medio indirecto y cómodo para tantear en el silencio: es una linterna en la oscuridad. Tan siquiera la luz del sol nos permite ponderar la oscuridad. (Digo: la luz del sol. No hablo de la luz verdadera). En cuanto al silencio, no podemos acudir a un equivalente del sol para tener una idea del opuesto. ¿El sonido? Ante el silencio, el sonido es como una chispa en medio de las tinieblas: no es el opuesto del silencio.

"Quiero repetir lo siguiente: el silencio ha precedido a la Creación. No por ello puede pensarse que el silencio sea igual a nada. Se halla antes del principio, y también después del fin, no comienza nunca ni acaba nunca: el silencio es infinito. El silencio es el tiempo. Silencio y tiempo son una y la misma cosa; sin el silencio no hubiera habido la Creación, sin el tiempo no hubiera habido silencio. Sin embargo, ¿ve usted cómo todo se reduce a palabras y palabras? ¡Palabras! Yo soy la palabra "Felipe", nada más. ¡Lo único cierto es la palabra!

"El silencio guarda para sí regiones secretas y no obstante, sensibles al toque místico. ¿Quién ha dicho que sólo el sonido tuviese la virtud de excitar el silencio? Hay otros medios aparte del sonido para vulnerar el silencio, con los que podremos extraer de éste una música que, al no requerir de audición, sea una realización total. Quien presienta el silencio eterno en medio de un trance de silencio, se verá envuelto en un pensamiento jubiloso, y vislumbrará los medios para mirar en el seno del silencio durante el tiempo particular del silencio. Si el hombre vibrase el tiempo del silencio, presentiría la eternidad. La misión del hombre es vibrar en tales circunstancias. Yo no me jacto de haber vislumbrado formas de oscuridad y también de luz, de agua y de frío, más allá de las

cuales podrá encontrarse la música total. Sin embargo, antes de nada, es necesario escuchar el silencio en el interior del cuerpo.

"El sonido surgido del gesto de la Creación se reintegró en el silencio eterno. Ni siquiera podremos concebirlo. El seno del silencio es nuestro fin. Allá está la verdadera luz. Claro que seremos llevados a este fin por la luz, y mientras dure la vida, también deberá durar nuestra contribución a los trabajos de la luz. Y la música será, por siempre, el camino para averiguar qué es lo que nos pasa, qué somos, qué es lo que hacemos aquí. La música podrá conducirnos a una región propicia para escuchar el silencio eterno. Y, aunque no escuchemos nada, nos bastará estar allá.

"Le confiaré algo que, sin duda, ha de parecerle muy extraño, justamente a propósito de todo esto. Mi preocupación por el silencio comenzó hace mucho tiempo, cuando murió mi padre. Recuerdo con toda claridad unos ruidos en su cadáver. Créame: estos ruidos no tenían nada que ver con los ruidos propiamente dichos, que se percibían a tiempo de vestir el cadáver, pero se originaban en el silencio de muerte, en el cuerpo de mi padre. En aquel entonces yo debí ponerme a pensar o hacer algo; ahora ya es tarde, no hay tiempo. Ahora las cosas han pensado ya por su propia cuenta. Pero no lamento nada de lo sucedido. Todo lo peor se ha vuelto lo mejor. Y esto se debe a un trance prodigioso, providencial. Un milagro, algo más que toda una vida. De un solo golpe llegué a amar la oculta vida; una región que yo miraba con cierto temor por lo mismo que la conocía. Estoy frente a lo inexplicable: yo amo, y me siento feliz y solo. Y sé y entiendo cómo y por qué amo. A partir de cierto momento una convicción inconmovible se posesionó de mí; pues el hombre será guiado por el espíritu. El imperio del espíritu se extenderá por toda la redondez de la tierra. Con la libertad todopoderosa y universal surgirá el amor todopoderoso y universal. De la libertad depende el estado del mundo; pues lo íntimo de nuestra propia soledad es la libertad, la de nuestro mundo ignorado, que va rodando por los espacios en medio del olvido...

"Haga usted la prueba de mirarse la cara a la luz de la luna, frente a un espejo; pregúntese qué es el silencio, dónde, en qué sitio del silencio se halla su cara y por qué; y con esto, cosas tales como el mundo, el tiempo, la vida, asumirán formas por las cuales dejará de ser una realidad lo que verdaderamente lo es. Créame: es posible presenciar el silencio frente a un espejo; el tiempo fluye del

silencio; mírese a la cara; busque usted la manera de explicarse eso que se llama la música. Yo hice un viaje hacia el silencio. Escuché y presencié el silencio en la imagen del júbilo y la locura. Esto ocurrió por la música, con unos instrumentos graves, yo no sé cómo. En pleno día, el gesto de una joven me hizo asustar. Esta joven era loca; tenía un traje de color morado, estaba feliz. De repente dio un salto y bailó en los aires; estaba a punto de caer, fulminada por la luz en su traje, y se perdió en el silencio. ¡La música se metió dentro de su cuerpo! Allí permaneció oculta y reapareció al mismo tiempo que la loca, cuando el encanto del silencio quedó roto por el soplo de los instrumentos, que sustentaban este silencio. Cualquiera de nosotros, en cualquier momento, puede desaparecer del mundo sin dejar rastro. El silencio puede tragarnos y borrar nuestra imagen. Y tal ocurrió con aquella joven que desapareció ante mis ojos, cuando en ese momento yo pensé en mí con mucha pena, y supe el destino del hombre, y sentí una gran extrañeza ante mi presencia en el mundo, pues yo estaba en él solamente como un peregrino. Cuando se disipó esta visión mágica, la revelación había adquirido toda su plenitud, y todo volvió a ser visible, y el silencio me devolvió a la vida cuando yo miraba el mundo con infinito asombro, como si solamente en ese momento lo hubiese conocido, y como si todo esto sólo hubiese sido posible por una música que yo escuchaba en ese momento.

"Le ruego disculparme si es que he abusado de su paciencia con una carta que resulta un poco rara, y además muy larga y confusa. Yo mismo me doy cuenta de que no debo extenderme más; sin embargo, y Dios lo sabe, yo tenía una gran ansia, una gran necesidad de abrir mi corazón, y esto me indujo a escribirle a usted: un sentimiento, muy hermoso, en el que se confunde el júbilo con una gran tristeza. Y todavía quiero desahogarme, y confiarle algunas de mis penas.

"Extraño mucho la bodega. Mi fascinación por la bodega se explica en el hecho de que la bodega soy yo. Pues quería encontrar paz y sosiego y no tenía dónde, y quería depositar paz y sosiego; y, aunque sabía que tan sólo en la tumba podía hacerlo, y que tan sólo a mi cuerpo le tocaba hacerlo, yo fui a la bodega en lugar de ir a la tumba. Brillaba la bodega oscuramente, con una luz muy extraña; no era éste un lugar propicio a la paz y el sosiego. Sin embargo vi los rastros de la vida y la muerte, y presentí el porqué de mi llegada. ¿Por mi apego a la vida me acercaba a la

tumba? ¿Acaso no le temía a la tumba? ¿Qué buscaba, qué quería yo en la bodega? ¿Buscaría la tumba o, por el contrario, querría ocultarme de ella, y aun de la vida y la muerte, permaneciendo en la bodega? ¿Sería éste un intento de llegar a la inmortalidad? ¿No es contradictorio buscar allí precisamente donde no hay? ¿Por qué temer a la tumba, si ha de encontrarse en ella lo que uno busca? ¿Por qué la bodega, y por qué la tumba? Seguramente, la bodega es una antecámara de la tumba. Se encuentra a medio camino, entre la tumba y la vida, como se encuentra la tumba entre la vida y la muerte, según el panorama que se ofrece al peregrino en las alturas de la bodega. Y así, según se vislumbra con claridad el panorama, así se vislumbra la tumba como un lugar propicio, como único refugio para el peregrino. Ante todo, ocultarse en la tumba no es cosa fácil. Hay que tener fe, y es necesario sufrir mucho. Aquel que quisiera ocultarse de la vida y de la muerte, deberá ir a la bodega; allá podrá preparar su entrada en la tumba y conocer los secretos de ésta, para quedarse definitivamente en ella.

"En la bodega, la tumba es un medio y al mismo tiempo un fin. Entre la tumba y la muerte existe la misma diferencia que puede existir entre la lluvia y un arriba y abajo. La vida y la muerte llegan a descifrarse en los confines de la bodega, donde yace alguna cosa en el polvo del olvido, bajo el signo de la tumba; allí puede saberse muchas cosas y explicarse por qué pueden perderse las cosas sin haber existido jamás. La tumba contiene los rastros de la vida y la muerte, ya lo dije; es el cuerpo que reposa, la materia que construye; es el árbol en que se esconde el árbol. Allá, a un paso de la tumba, se yergue la bodega sobre unos cimientos inconmovibles, alumbrada por una luz que se difunde y se identifica con las tinieblas. Es un recinto secreto. Es una cripta, donde son todos magos que ofician graves ejercicios, y empero ignoran que lo son. Con la esperanza sin esperanza, allá se inician los hombres en el conocimiento de la tumba para llegar a ser. Y cada minuto, día tras día, se trabaja y se sufre, se construye y se destruye. Con la destrucción se construye, y lo que se ha construido sirve para destruir y otra vez para construir. Y así, sin cansancio se persigue un hallazgo, se busca el modo de cerrar el círculo para llegar a ser. Y con los ejercicios, ¿que se consigue? Conocer que la búsqueda había sido el verdadero hallazgo, y entrar en el camino de ser: es eso lo que se consigue.

"Ahora, con mucha alegría, le comunico mi determinación de

retornar cuanto antes a mi patria. En realidad, cada cual deberá vivir y morir en su respectiva patria. Sólo la patria es propicia. Por mi parte, declaro lo siguiente: en mi patria (y hablo de las montañas, de la altura y de las almas), en mi patria y tan sólo en ella, yo podré encontrar el clima propicio para la realización de las tareas en procura de ser.

"Y ahora sí que cierro mi carta. –Felipe Delgado".–

De este modo, con la carta que queda transcrita, el autor de la misma cerraba su estada en Antofagasta, una vez que hubo salido del sanatorio.

Los últimos preparativos se efectuaron en casa de Estefanic el mismo día de la partida. Por su importancia –tratándose de una ofrenda destinada a la tumba de Ramona, según Felipe decidió a último momento–, él en persona se encargó de revisar la botella que contenía agua de mar, e hizo lo propio con aquella de aguardiente de uva que Estefanic le regalara, conforme se lo había prometido, pues ambas eran idénticas; y siguiendo un consejo de Peña y Lillo, resolvió llevarlas en los bolsillos del abrigo más bien que en la maleta, para mayor seguridad... Al fin y al cabo, estas botellas cobraban un alto significado a los ojos de Felipe: y, si era la tumba el destino de aquélla, tenía que ser la bodega el destino de la otra, ya que él no quería llegar allí con las manos vacías.

Estefanic estaba hecho una noche; sin embargo se mostraba optimista en cuanto a sus planes para el futuro. Y reafirmó su intención de volver a La Paz dentro de poco, en determinada fecha. Los encargos correspondientes a su próximo y tan acariciado retorno quedaban en manos de Felipe.

Y por fin –y tal vez lo hizo por socarrón–, Estefanic vio por conveniente darle cierto consejo a su amigo, como remate a unas alusiones que se relacionaban con la carta que él había recibido –y vaya usted a saber el oculto significado del mismo, si es que lo tenía.

– ¡De todas maneras debes comer uvas! – le dijo de improviso a Felipe y dio un paso atrás, seguramente para ver el efecto causado–. ¡Un racimo de uvas es la vida, es la sencillez de la vida! –añadió a gritos–. ¡Hazme caso: come uvas! –exclamó finalmente con alegría.

CAPITULO V

Ya era hora de emprender el retorno, así tenía que ser.

Ya uno tenía suficiente. Era necesario alejarse, echar de menos el mar, una cosa no conocida, que se perdía ahora. Una cosa que no valía la pena guardar. Pues no importaba que las cosas se perdiesen. Uno podía hallarlas.

Así cavilaba Felipe Delgado; sentíase jubiloso, a todo esto, cuando el tren que habría de conducirlo a La Paz se puso finalmente en movimiento. Y en tales circunstancias, con cierto dolor y asombro, pensó que no le correspondía volver la mirada y buscar la esperanza. Y por eso mismo se alejaba la esperanza; se perdía indecisamente en países remotos, en el espacio inconmensurable, en unos horizontes en los cuales se dejaban presentir con poderosa alegría los aires de la aventura. Por eso mismo, él, Felipe Delgado, quería seguir su camino. Con el soplo del viento furioso, en contigüidad con el vértigo; un despeñadero, al que debería acercarse de una vez, antes de que las tinieblas descendiesen por completo. Pues el término de una aventura individual estaba allá, en las montañas. Las orillas del mar se quedaban atrás ahora, bajo la mirada infinita del horizonte, ofreciéndose a todos los hombres. Allí podía uno vivir con alegría y venturosamente, respirar y sonreír, vestirse con muchas banderas y hablar muchos idiomas.

El tren avanzaba en pos de su destino. Los viajeros, cada cual en pos de su destino. Delgado, en pos del suyo propio, yendo al encuentro de la patria particular, no sentía la necesidad de hacer un balance en esta oportunidad de viaje, en este momento que él consideraba como definitivo al retornar a la patria, bajo el influjo del sosiego, bajo el misterioso influjo del tren en movimiento, una vez cumplido el caro anhelo de conocer el mar. De nada le serviría un balance a esta altura, cualesquiera que fuesen sus resultados. No era necesario. Estaba persuadido de que su acabamiento no tardaría en llegar. Extrañamente, mientras sentía crecer la

fe en la vida, tanto más ansiaba estar en la bodega, entrar en el recinto, palpar a los seres y las cosas en la penumbra. Eran los muertos quienes lo esperaban, pensaba él, aunque estuviesen vivos –tan pronto pueden estar vivos como pueden estar muertos quienes conforman la vida de uno, según el estado de ánimo; como también pueden no haber existido en absoluto, según el estado del mundo.

Con el viaje, el mar pasaba a ser solamente un olvido, más bien que un recuerdo; se situaba en el polo opuesto del horizonte de sombras y de montañas, mientras el tren se internaba en una planicie hosca, que se suspendía solitariamente en las alturas. Era ésta la tierra que esperaba paciente su hora. Tenía que tronar y estallar una milenaria sed por el mar. El hervor del mar en las profundidades del Altiplano. El Altiplano, una profundidad en que el mar hervía.

En el coche comedor, sentado frente a Peña y Lillo, bebiendo con mucho aplomo un buen vino tinto chileno, Felipe Delgado pensaba. Y pensaba, no sabía qué. Sentía la presencia de diversas imágenes, emocionadamente, y no podía traducir en palabras alguna cosa que él ansiaba decir. Era la hora de comer; el coche estaba repleto. Hacía rato habían cruzado la frontera. Delgado rechazaba sin excepción los platos; Peña y Lillo daba buena cuenta de ellos, sin importar la gente que lo miraba. En los confines, hacia el norte, refulgían los relámpagos. Alumbrábase fugitivamente la lejanía. Por todas partes se extendía la oscuridad. Avanzar en la oscuridad con una rapidez tremenda. Estarse cómodamente sentado. Beber lo que uno quisiera. Y luego, poder irse a dormir en una buena cama. Era una desverguenza –pensó Delgado. Sin embargo cualquiera querría estarse así toda la vida. Siempre huyendo en un viaje interminable. Soñando con la muerte, en una perpetua disolución. Ajeno al mundo, en medio de este ruidoso movimiento.

–Tú comes como un animal –dijo de improviso Delgado a Peña y Lillo–; y sin embargo no engordas ni creces. Mírame a mí. Yo bebo y no engordo, pero en cambio se me hincha la cara. La gordura es una cosa fea. Tan fea como sentirse bien sin motivo. En cambio la hinchazón es algo digno del espíritu. Yo te aseguro que los hombres de espíritu se hinchan aunque no beban. No engordan aunque coman, y de todos modos se hinchan.

–Yo como para vivir –contestó Peña y Lillo con

indiferencia–, no vivo para comer, soy flaco por naturaleza.

–Estupideces –dijo Delgado–. Frases hechas. Es mejor que digas que te gusta comer y que comes porque te da la gana. Y sanseacabó. Yo digo: no me gusta comer, me gusta beber. La bebida es el mejor alimento porque mata. ¿Acaso no lo has dicho tú mismo? La bebida mata, hace vivir a gran velocidad. El tren, la bebida, la velocidad, eso me gusta a mí. Allá tú, y sigue comiendo. No vayas a creer que yo te reprocho. Allá cada cual con su manera de ver las cosas. A mí no me importa.

–A mí tampoco –dijo Peña y Lillo satisfecho–; y por eso sigo comiendo. Pero también bebo, y bien sabes que me gusta beber. De lo contrario, no sería tu amigo. A mí me importa vivir, a ti no. Hombre de espíritu no soy, pero respeto el espíritu.

Felipe rió y dijo:

–¿Sabes la ocurrencia de don Nicolás? Me dijo que comiese uvas; y me lo dijo con toda sinceridad. Es incapaz de burlarse de mí; me quiere como a un hijo, tú lo sabes. Como él sabe que no me gusta la comida y nadie puede vivir sin comer, así me dijo: "¡Come uvas!". Seguramente por ser un alimento que el estómago se encargará de convertir en vino. ¿Qué me dices? Las uvas son bonitas, son ricas, mi querido Román. Pero hay que ser sano para comer uvas, es lo malo, y yo no soy sano. Además, el alcohol fabricado por el estómago no mata. El alcohol de alambique mata, y lo bebemos de enero a enero. Nadie necesita ser sano para beber de él. Lo bebo yo y lo bebes tú y todos aquellos que no tenemos por qué cuidar nuestra vidita. Como tú ves, no te reprocho. Tú comes por comer y no por otra cosa. Yo sé que tú siempre has de preferir una botella de aguardiente a un plato de comida, aunque te estuvieras muriendo de hambre. Y con esto recuerdo un sueño que tuve la otra noche. Me parecía lo más natural sacarme la calavera para vivir, para amar, para comer. El hambre era la vida, el amor era la muerte; el hambre y el amor tenían una causa común, para unirse en forma indisoluble y misteriosa. ¡Ese sueño me incita a beber más ahora, bajo el hechizo de un viaje que se pierde en las tinieblas nocturnas! ¿No has adivinado? Cosas como el hambre y el amor tienen su causa en la calavera. Todo comienza a ser cuando la calavera ha quedado al desnudo. ¿Por qué no contarte un sueño verdadero? ¿A mí qué me importa? Un joven se me apareció. Mejor dicho, yo me aparecí a él, en lo alto de unas gradas, lo besé furtivamente, y me dijo que tenía hambre. Era

muy tarde de la noche; no había dónde comer a esas horas, sino una picantería, y alguien me dijo que tendríamos que sacarnos nuestras calaveras para comer, porque la carne era muy dura y podría hacernos doler las muelas. Así lo hice con la calavera del joven, pero yo no me saqué la mía, puesto que no iba a comer; y la llevé a un cuarto muy pequeño, oscuro y húmedo, y allí la guardé. Después de la comida fuimos los dos a recogerla, y, al ver que un chorro de agua caía sobre su calavera, él me dijo, señalando el grifo: "La moriremos". A mí me causó mucha extrañeza esta expresión, pues él debió decir: "La cerraremos", cuando a esto nos abrazamos apasionadamente y él recogió su calavera y la puso en mis manos, demostrando una grave angustia ante la decisión que yo pudiese tomar; y entonces yo le puse su calavera, y tan sólo entonces vi que yo mismo era él.

Delgado se quedó mirando interrogativamente a Peña y Lillo, y le dijo:

—¿No te parece terrible ese sueño? ¿Terrible, por la significación misteriosa que pudiera tener, en realidad?

—Tú me inspiras ternura, en realidad —dijo inopinadamente Peña y Lillo.

Con extrañeza, Delgado exclamó:

—¡Ah, caramba! ¿A que vendrá semejante estupidez? ¿Y por qué he de inspirarte ternura? ¿Se puede saber?

Peña y Lillo estaba a punto de responder: "Por tus inventos, por tus aprensiones". Pero prefirió decir:

—No sé por qué.

Y lüego, por todo comentario, añadió que también él había tenido un sueño, aunque ello pareciese mentira, según el cual, Felipe había perdido la cabeza, o sea la calavera; y que, como solamente entre sueños podía saber dónde encontrarla, no veía la hora de ponerse a dormir otra vez.

Felipe Delgado se enfadó y se quedó mudo ante tan inesperada ironía. Según dijo en seguida, él estaba cansado de las chanzas y chistes con que Peña y Lillo precisamente ponía en evidencia su grosería el rato menos pensado. Se levantó de la mesa y le encargó comprar una botella de licor ya que se suspendía el servicio del bar, y luego, se fue al camarote, encontrando una rara delicia al tambalearse mientras avanzaba a lo largo del convoy.

El día siguiente amaneció con un cielo diáfano. Durante esta última etapa del viaje, Delgado mató el tiempo bebiendo en

grande, como para reventar, y se diría con saña, considerables cantidades de coñac en un vaso de los de cerveza. Estaba silencioso y sombrío, y muy apenas, articulaba alguna palabra. Ya él había decidido ir, de la estación, directamente al cementerio; estaba ansioso de ver la tumba de Ramona, cuya ubicación conocía Peña y Lillo. Allí, él quería depositar una alta ofrenda: la botella de agua de mar que llevaba consigo. De improviso, apareció el Illimani, brumosamente; y luego se ofreció a la vista la ciudad de La Paz, por fin, en la profunda hoyada, con un renovado y definitivo encanto. El reloj de la Estación Central marcaba las cinco de la tarde cuando el tren entró en agujas.

Al cabo de media hora, Felipe se hallaba con su amigo en una chingana situada en la acera opuesta al cementerio. Allí dejaron las maletas y, sin pérdida de tiempo, se encaminaron en busca de la tumba de Ramona.

Difícilmente podían mantenerse en pie. Avanzaban del brazo, tambaleantes, a través de los senderos, ofreciendo un espectáculo. Y la gente los miraba con ira y extrañeza. Peña y Lillo recordaba muy bien, como punto de referencia, un mausoleo de mármol blanco que se destacaba en medio de una plazoleta, a dos cuadras de la capilla y en dirección opuesta a la fachada de ésta, lugar al que condujo a Felipe. Y luego se dirigió a un cuartel, hacia la izquierda, mirando con toda atención, y de repente se detuvo en seco ante la recordada tumba e hizo una seña, reconociendo el nicho de Ramona.

Felipe dirigía la mirada hacia un punto impreciso; avanzaba, asombrado, con paso vacilante, escudriñando por su cuenta las inscripciones en los nichos; y, sin poder encontrar el que buscaba, se volvió hacia su amigo, cuando éste se irguió, haciendo otra vez una seña, con gesto vago: entonces Felipe vio el nicho que ansiaba conocer, y se acercó a él. Al otro lado de un cristal con marco de bronce, en dos floreros de porcelana, se conservaban todavía frescas unas rosas blancas. Se acercó Felipe más aún, con gran lentitud, hasta tocar la superficie del cristal, y leyó el nombre, así como el epitafio, del que Oblitas era el autor, en una lápida de mármol y bronce.

Por largo rato permaneció inmóvil, extasiado. Al cabo retrocedió un paso, y se plantó en medio del sendero. Adoptando de pronto una actitud de orador, con la mirada fija en una idealizada lejanía, y como si hubiese surgido ante sus ojos un inmenso gentío,

movía los labios, erguido y sereno; y ahora, dando libre curso a una emoción por largo tiempo reprimida, exclamó alzando un brazo hacia lo alto: "¡Yo te saludo, Ramona! ¡Te saludo en la ciudad, estoy aquí, en el mundo, compartiendo contigo del dolor y de la alegría de vivir! Aquí me tienes; estoy aquí; he visto el mar. He llorado, he llorado a orillas del mar... ¡Me siento feliz al contarte mis desventuras, Ramona! ¡Me siento feliz al saludarte, y espero ser como tú, para entrar dentro de ti! Me escuchas tú, yo no te escucho... ¿Alcanzaré alguna vez las alturas que has alcanzado tú, esas alturas en las que podrá escucharse la voz de todas las cosas, y te escucharé alguna vez a ti? ¡Ten piedad de nosotros, evíanos una voz al calor de Dios, Ramona, ayúdanos a comprender las palabras, esas palabras que se despedazan en el mundo de los vivos, quienes muerden y devoran las palabras con el ignominioso afán de seguir viviendo! ¡Tú estás viva, créeme; pues estas muerta, Ramona, y así yo declaro solemnemente que miento y que finjo, para creer que estás viva! ¡Envíanos un soplo del seno de Dios, una agua universal y una luz en una gota de lluvia, te lo suplico! ¡Envíanos un soplo, desde dentro y desde fuera de la vida y de la creación! ¡Un soplo, que yo imagino como un dolido y frío sentimiento de nada, como este perfume; como el perfume de mi saludo a ti!".

Y Felipe, de tal modo, pronunciaba esta oración a gritos, conmovidamente, con voz entrecortada. Hizo un movimiento, como para afirmarse en la tierra que él pisaba, y exclamó, con íntima congoja:

"Además, es muy grande mi júbilo cuando no te veo muerta al saludarte, ni tampoco viva, sino suspendida y flotante aquí..., aquí mismo, en este aire"... Extrajo apresuradamente del bolsillo del abrigo una de las dos botellas que había traído, se diría acordándose de ello tan sólo en este momento, y prosiguió diciendo: "Porque también estás en lo remoto, sumergida en las profundidades del mar, y estás aquí, en esta agua verde, en el agua cristalina y espesa que yo he traído como ofrenda para ti". Avanzó y colocó con cuidado la botella, al pie del nicho; retrocedió luego, como cautelosamente, la mirada clavada en el cristal de la tumba, y exhibió la otra botella, con el brazo en alto, asumiendo una actitud desafiante, para exclamar en seguida: "Por mi parte yo tengo esta botella de aguardiente, como tú ves; y en ella navegaré. ¡Y me emborracharé hasta morir! ¡Ella, ella me conducirá a ti aguas

abajo, flotando sobre la tumultuosa corriente del río que atraviesa la ciudad!".

Se prosternó e hizo una reverencia, sollozando sin poder contenerse, y exclamó por último: "¡Hasta la vista, hasta la vista! ¡Mucho me complazco en saludarte, Ramona!".

Volvió las espaldas a la tumba; sin embargo, vacilando de pronto, se acercó al muro, con repentino ímpetu, y habiendo buscado un lápiz en el bolsillo, inscribió las siguientes líneas a manera de epitafio, sobre el revoque de estuco y en la parte inferior del nicho:

Yo no te encuentro a ti;
creo encontrarte
y apareces en el futuro,
cuando sé que estás aquí.

Y por fin se alejó del lugar, precipitadamente, con la botella en la mano.

De regreso en la chingana, se sentó frente a una mesa, en un oscuro rincón, mientras que Peña y Lillo, adelantándose a sus deseos, pidió al mozo un tirabuzón y destapó la botella que Felipe había colocado sobre la mesa, cuando de pronto echó bruscamente atrás la cabeza, golpeado por un vaho pestilente. Así se puso en evidencia una tremenda equivocación. Era claro que Felipe había dejado en el sepulcro la botella de aguardiente, puesto que la que contenía el agua de mar era ésta, la que estaba aquí.

Ante cosa semejante, Peña y Lillo era quien se sentía invadido por un supersticioso temor. Como si le quemara las manos, se deshizo de la botella y la dejó en el suelo. Y al ver que Felipe restituía ésta a su sitio y pedía dos copas, se persignó y dijo con alarma:

–¡Felipe, esto es muy grave! ¡Has dejado allá nuestra botella, y te has quedado con la verdadera!

–¡La verdadera! –exclamó Felipe asombrado–. ¡La verdadera botella! ¡A nosotros nos toca algo que no se compra ni se vende! ¿Entiendes lo que esto significa?

–Claro que entiendo; la muerte no se compra ni se vende. Pero estas cosas no ocurren por casualidad, es funesto. ¡Vamos de inmediato! ¡Todavía se puede cambiar la suerte dejando esta botella en su lugar!

–¿Tienes miedo, entonces? –dijo Felipe–. Pues bien: ¡esta

botella soy yo, y está en su lugar! –declaró rotundamente, sin ocultar una íntima satisfacción, persuadido de que el trueque de las botellas implicaba una significación verdaderamente extraordinaria–. ¿Acaso se cambia la suerte? –prosiguió diciendo–. ¡Además, vamos a bebernos el mar, qué más no queremos, así lo ha querido la suerte! Ahora, si es que tienes miedo, pierde cuidado; yo moriré por ti. La podredumbre es una de mis debilidades, ella calcina tanto como el fuego –hizo rebosar su copa con el agua de aquella botella y bebió de un trago–: ¡Salud, por la putrefacción, por el fuego, y por todo lo demás! ¿Y tú? –preguntó después de brindar, ofendido por la mirada de temor y asco que Peña y Lillo le dirigía, y luego llenó hasta los bordes la copa de éste–. ¿Tienes miedo por un mal presagio? ¿Se asquea por una triste agua podrida la niña bonita?

Peña y Lillo, desde luego, no tuvo más remedio que brindar, por más que fuese por la primera y última vez, dedicándose luego a beber pisco, desde que Felipe proclamó su absoluto derecho sobre la botella, bebiendo todo el contenido de ésta, para que así, según él mismo dijo, quedaran cumplidos los designios del destino.

En resumen, se quedaron bebiendo en la chingana hasta entrada la noche; echando al olvido las maletas, habían decidido penetrar nuevamente en el cementerio, y, al no poder hacerlo, se dirigieron cuesta arriba y anduvieron con rumbo incierto, tomados del brazo, hasta que, habiéndose aproximado peligrosamente al filo de una hondonada en los alrededores de Villa Victoria, de pronto uno de ellos perdió pie y arrastró al otro, yendo a dar –afortunadamente– a un montículo de basura que se amontonaba allí abajo. Borrachos como estaban y aturdidos por el choque, se quedaron ahí, y muy pronto cayeron dormidos, sobre la blanda superficie de la basura.

Ahora, en alas de una terrible fetidez, Felipe Delgado soñaba, y volaba y volaba hacia la ciudad... La ciudad estaba muerta, y yacía bajo el signo de la más infausta desolación, en medio del silencio y la oscuridad. Allá, en las proximidades del río, se encontraban los restos de un gran incendio, y muchísimas casas estaban calcinadas. No podía encontrarse en ninguna parte el menor asomo de vida, excepto en unos escombros, a lo largo del Mercado de Flores, donde una masa informe se retorcía silenciosamente, la cual estaba compuesta por un número infinito de perros. Alguien

se había perdido, o había desaparecido, y los perros lo buscaban, y tenían que encontrarlo a toda costa; y así, se amontonaban por miles y se metían en los sumideros del alcantarillado y socavaban con desesperado afán el interior de la ciudad. Felipe había hecho causa común con los perros, y tenía miedo; su presencia no llamaba la atención entre éstos, pues seguramente él era uno de ellos. Algunos lo miraban inexpresivamente, mientras que otros lo hacían con intención, y le dirigían miradas ya de odio, ya de amor, o simplemente de antipatía o indiferencia. En lo profundo de la ciudad flotaba y se asentaba una capa de excrementos, de cieno, de agua podrida. Los perros avanzaban a través de ella con ojos relampagueantes, se hundían y se resbalaban. Felipe despertó con un grito: un perro, amarillo y flaco, que le clavaba una mirada fija y lúgubre, se había abalanzado sobre él, arrojando un aliento de pureza bestial, y había exclamado: "¡Yo te pregunto: quién eres, qué te llamas!".

Felipe Delgado, con desvarío, paseó la mirada en torno, al indeciso resplandor del alba. Y tal sería su horror ante la inmundicia que le había servido de lecho, que lanzó un segundo grito incorporándose con violencia, e hizo despertar a Peña y Lillo, lanzándose a caminar en busca de una salida. Descendían y trepaban para volver a trepar y descender a través de la basura, emporcados de pies a cabeza. Peña y Lillo, que se había atrasado unos cuantos pasos, se aproximó cautelosamente a Felipe y, dando un salto, desprendió con un guijarro que llevaba en la mano un grueso pegotazo que aquél tenía en el abrigo. Felipe le dirigió una mirada enigmática, y le dijo que el vivir era malo por todo lado; el vivir podía compararse con este inmenso basural, era un camino de malestar y espanto; pero en cambio, el soñar tenía su lado bueno.

–En Antofagasta –dijo Delgado ahora– yo hube de morir por largo rato, una noche... Una noche, cuando desperté, recordando haberme olvidado de mí, y entonces comprendí que el acto de recordar era necesario, pues de otro modo no habría podido olvidarme difinitivamente y para siempre de mí, tal como en ese momento lo hice. Y te diré que llovía, y yo caminaba en medio de la noche, con la esperanza de transmontar una montaña que resplandecía a lo lejos. Sabía que estaba lloviendo para mí solamente, pues yo necesitaba más que nadie en el mundo el beso de la frescura. ¡Era una lluvia persistente y torrencial, y llovía por última vez en la vida! Yo avanzaba lentamente, a sabiendas de que me

encontraría con la negrura de mi alma en caso de no transmontar aquella montaña, que a mis ojos se engrandecía; y a mi llegada al pie de ella, las gotas de la lluvia se quedaron suspendidas en el aire, como astros parpadeantes y con ojos perversos, y de la tierra surgieron unas llamaradas que devoraban a las estrellas en el firmamento; en la amplitud de los cielos soplaba la perdición y la ira. Me acerqué hacia lo alto de un resplandor, que parecía consumirse en el seno de la tierra; me incliné sobre las tinieblas, en las que alguien se vislumbraba al abismarse solitariamente, como si estuviera en espera de mí; y descendí para darle encuentro, por unos anfiteatros que circundaban cubiertos de musgo el inconmensurable recinto en las entrañas de la montaña, cuando, al escuchar el rumor de unos manantiales, repentinamente sobrecogido por la congoja ante la revelación de que nadie lloraba por mí sino solamente yo, me detuve, el preciso momento en que se mostraba a mis ojos el ser a quien yo buscaba, y era alguien que se parecía al abismo. Lo que yo contemplaba, un algo que toda mi vida me hacía falta en este mundo, era el abismo; en pos de él yo caminaba. Era una visión recóndita, era un sol oscurecido. Era la muerte. Era mi muerte lo que yo miraba; ella venía hacia mí, con un canto. Y nadie sabía quién cantaba; nadie sabía quién escuchaba el canto.

Delgado concluyó su relato. Y ahora, con gran desagrado de su parte, comprobó que nadie lo escuchaba. Peña y Lillo se había quedado rezagado y avanzaba trabajosamente, dando muestras de cansancio. Delgado se limitó a mirarlo en silencio.

A todo esto serían las nueve de la mañana, cuando Peña y Lillo encontró un sendero que, bordeando el río Panteón, comunicaba con la avenida Baptista. Por fin llegaron a la chingana para recoger las maletas; y luego de haber devorado un plato de bogas y haber bebido una buena cerveza, se embarcaron en un automóvil con destino a la bodega.

Delgado apretó los labios ante la soberana presencia de los recuerdos; en el pretérito, y también en el futuro, alguien reposaba en la tumba. Felipe Delgado había vivido al calor del fuego, una noche, ahora lejana; aquí, en estas mismas calles, había soñado junto a Ramona —y aun sin saberlo quizá, bajo el ojo vigilante de un espíritu oscuro y perverso, llamado José Luis Prudencio. Y siempre se desvanecía la aventura del vivir, siempre y siempre; aquella noche y todas las noches, al soplo de la esperanza. Pues la alta aventura sólo se daba en un mirar contemplativo. En un mirar

que aparecía alguna vez, en las calles y en los sueños. Este mirar era una cosa viva; era la esperanza sin esperanza. Y por este mirar, él, Felipe Delgado, podía sentir cómo se iba la vida y cómo llegaba la muerte; este mirar era la esperanza en sí. Por eso debería emprenderse de una vez la grave tarea de vivir con la muerte. En realidad no era uno mismo, sino el cuerpo quien le temía a la tumba; por eso a partir de hoy, el cuerpo se quedaría oculto en la bodega. De otro modo, no podría uno morar en la tumba.

El automóvil había llegado al punto de destino, en la esquina de la avenida Pando y el callejón Inquisivi. Los viajeros descendieron, y luego Peña y Lillo, siempre alerta, llamó un aparapita para llevar las maletas. Por milésima vez recorrían este camino para llegar a la bodega; y ahora que subían las gradas, Delgado se detuvo bruscamente, profiriendo una exclamación, y para gran alarma de Peña y Lillo, se puso a hablar solo, dando la impresión de que discutía con alguien.

Peña y Lillo esperó un momento, imaginando que quizá estaría loco, y luego le preguntó qué pasaba.

Delgado reaccionó con violencia.

—¿Quién eres tú para interpelarme? —dijo ásperamente—. Tú pecas de intruso; el joven de la calavera tiene problemas —declaró luego—. Le sigue doliendo la muela, y ahora tengo que guardarla yo. Fíjate —y extendiendo la mano, exhibió una imaginaria muela ante los ojos de Peña y Lillo.

Este se quedó quieto. Dirigió una recelosa mirada hacia la mano extendida, y con fingida seriedad dijo:

—Claro; yo no sabía.

Ahora los viajeros ganaron rápidamente la plataforma de la bodega —y, como no podía ser de otro modo, fueron recibidos con gritos de asombro y de triunfo.

CAPITULO VI

Felipe Delgado buscó hospitalidad en la casa de Oblitas. A su llegada de Antofagasta no tenía dónde vivir.

Aunque los medios de que ahora disponía se lo hubiesen permitido, Delgado no habría ido a vivir a un hotel o una pensión. Tampoco habría alquilado un departamento, ni siquiera un cuarto. ¿Para qué? –se preguntaba él, a todo esto. Y estaba alegre, sereno, intranquilo, entrenebrecido y jubiloso, todo a un mismo tiempo.

Pues al haberse encontrado inopinadamente en un rincón de la bodega con un taller de carpintería, Felipe Delgado se asustó. Tuvo un presentimiento de muerte. Sin embargo, él se preguntaba qué relación podría tener la presencia de un carpintero con semejante presentimiento; y conjeturaba melancólicamente un sinfin de cosas. Según él se imaginaba, la aparición de una carpintería en la bodega no era una realidad, pese a que el carpintero era un hombre de carne y hueso, y el banco de trabajo y las herramientas y las tablas estaban ahí, eran cosas que él podía ver y tocar; y vislumbraba en ello alguna oculta motivación relacionada con el próximo fin de la bodega. Pues no podía concebir dicho fin sin asociarlo al suyo propio, desde que la bodega era para él una cosa como la eternidad. Un recinto que se había revestido de tinieblas para escapar del tiempo y para ocultarse de la vida y también de la muerte, y dentro del cual, él debería permanecer vigilante, con el ojo atento, cuidando de que no ocurriera nada desacostumbrado que chocase con aquella eternidad o la dañase. Pues esta acumulación de tinieblas a lo largo de la vida, debería, al fin y al cabo, anunciar el advenimiento de un clima propicio y acariciador, en algún lugar apartado de la vida; allá, donde a uno le fuese posible presenciar su propia muerte, incorporarse a ella, milagrosamente, alcanzando el destino de la luz.

Abismado en tales sentimientos y con la inquietud de un

oculto júbilo, Felipe Delgado, rompiendo un mutismo que iba haciéndose más y más sostenido a medida que pasaban los días, solía exclamar de pronto, con voz conmovida y sin dirigirse a nadie en particular:

– ¡Qué desgracia! ¡Qué haremos para que esto se quede! ¡Porque si se pierde la bodega, ya no habrá dónde estar!

Con una mala espina, él había visto algo, como una oculta monstruosidad detrás de todo aquello. Había quedado tan sólo un tonel, y ni rastro del otro, que antaño se alzaba en la plataforma. Gran parte de ésta se hallaba ocupada y como devorada por la carpintería que señoreaba un fornido viejo, retaco y canoso, el cual metía un ruido infernal frente al banco de trabajo.

Los bebedores se quedaban plantados a medio camino en las gradas, sin poder dar crédito a sus ojos; sobre la batiente de la puerta pendían dos sartas de repisas y alcancías, y un pequeño ataúd de color blanco, ofreciéndose tan sólo a la vista de los transeúntes que transitaban de bajada el callejón. ¿Qué era lo que sucedía aquí? –se preguntaban perplejos. Pues en realidad, Corsino Ordóñez había cedido un sector de la bodega a un carpintero, compadre suyo, un tal don Noé. Nadie sabía más al respecto; pero es lo cierto que el bodeguero había cambiado por completo. Todo el tiempo estaba sumido en una gran tristeza; ya no era el hombre alegre, ocurrente y combativo que todos conocían. Corrían rumores según los cuales don Noé cobraba una antigua y misteriosa deuda en la bodega. Todo el mundo daba rienda suelta a su imaginación. Cada cual hacía mil conjeturas por su propia cuenta y riesgo. En efecto, era verdaderamente extraño que el tal don Noé se hubiera empeñado tercamente en meterse en la bodega, con un enorme banco y un montón de herramientas, contra viento y marea, haciendo caso omiso de los borrachos, la falta de espacio, el incómodo y empinado graderío, la tremenda cuesta del callejón, etcétera.

–Ya verán ustedes –sentenció una noche el señor Beltrán–; este es el fin de la bodega y el de todos nosotros también. Por culpa de este carpintero de porquería se irá todo al diablo. Y es el diablo quien ha de tener que ver con esto, a mi leal saber y entender.

Don Corsino había visto por conveniente nombrar al fiel Amézaga como encargado de la bodega. El dormitaba, sin aflojar para nada la copa, reclinado sobre el mostrador. No se ocupaba de nada. Se había entregado con absoluto desenfreno al aguardiente. Era

macabro.

—Aquí sí que hay gato encerrado —comentaba el Delicado—; no se puede comprender cómo así don Corsino cae bajo el despotismo del maldito carpintero. Yo, con ser un pordiosero, un peregrino, desprecio al advenedizo llamado Noé —y luego se refirió, como era de rigor, a la supuesta deuda que pagaba el bodeguero—: Pero, después de todo, por algo será que el pobre don Corsino soporta los ultrajes; dicen que hay deudas que solamente se arreglan con el sufrimiento, no con la plata. Ahora falta saber qué deudas serán...

— ¡Qué deudas serán! —murmuró Amézaga y luego bostezó, con aire de importancia.

—Tú debes saberlo. Don Corsino te estima, te confiesa sus secretos —dijo ladinamente el otro—. Por algo estás a cargo de la bodega; haces mal en callarte —y añadió—: Somos de la casa; tenemos derecho a saber por qué se convierte la bodega en carpintería.

—Yo no sé nada; a mí nadie me ha dicho nada —declaró Amézaga—. Yo también quisiera saber lo que pasa. En la bodega todos sufrimos desde hace mucho tiempo, será para pagar alguna deuda. Es malo hablar por hablar, te prometo. Ni nosotros, ni el mismo don Corsino, nadie sabe nada.

—Así dices, así debe ser —contestó el Delicado.

Así se abordaba el tema, en términos vagos y abstractos, con un lenguaje a veces simbólico. Y cada cual por su parte guardaba reserva, más o menos abrumado por el problema. Lo primero en llamar la atención había sido el nombre del carpintero, y sus grandes bigotes blancos que apuntaban hacia abajo, su grosería en el hablar y unos ojillos de maligna mirada, y la cara, completamente colorada, con protuberancias y mogotes.

— ¡Qué caramba, es muy raro que precisamente tenga que llamarse Noé! —sentenciaba Beltrán; pero más tarde, llegando a la conclusión de que aquello nada tenía de raro, dijo burlonamente—: ¡Estamos frente a una mera coincidencia, señores! El verdadero Noé era precisamente carpintero... ¡Pero claro, qué gran carpintero, Santo Cielo!

Y de tal suerte, el zafe para desahogarse era hacer bromas y rezongar, como en secreto, a fin de que el aludido pudiese precisamente escuchar cuanto ellos dijesen, haciendo comentarios parecidos a éste:

— ¡El verdadero Noé hubiera sido nuestro amigo! ¡Invitaba y

se emborrachaba! ¡Por eso mismo se salvaron los animales y la especie humana!

Por cierto que don Noé fingía indiferencia y no escuchaba las pullas. Pero se desquitaba con indirectas, sin abandonar en ningún momento su trabajo, serruchando, cepillando, embarnizando, para hacer repisas, alcancías, taburetes, baúles y muchas otras cosas, y no solamente ataúdes para cuerpo menor, si bien éra ésta su especialidad.

Justamente a propósito de los ataúdes había surgido la primera protesta con la intervención del señor Beltrán, y por lo demás, sin que surtiera efecto alguno, cuando éste exclamó, enérgicamente:

— ¡Por último, esto no es justo! ¡A nadie le gusta beber en medio de ataúdes! ¿Qué es esto, caracoles? ¿Estamos en una bodega? ¿En una carpintería? ¿En un cementerio? ¡Yo protesto, Dios sabe que protesto con toda justicia!

El bodeguero fingía despreocupación. Quería dar la impresión de que él no era quién para atribuir la menor importancia a los "caprichos de Noé", como él llamaba a los abusos cometidos por el aludido.

—Tienes razón, Indalecio —le dijo el bodeguero a modo de explicar las cosas—. Yo también protestaría si no tuviera en cuenta que todos tienen derecho de ganarse el pan, ya lo ves. Ni tú, ni yo, en nuestra larga vida, nos hemos visto obligados a fabricar ataúdes para ganarnos el pan. Y por eso mismo debemos dar gracias a Dios. Los que se dedican a enterrar a la gente no lo harán por puro gusto, sino porque la necesidad tiene cara de hereje. ¿No piensas cuánto sufrirá mi compadre Noé fabricando nada menos que ataúdes? El sufre, sufre muchísimo. Pero no sólo se aguanta y no sólo no se queja, sino que bromea, por no amargarnos la vida, y también canta... Noé es buen hombre; será mal hablado, pero no hay por qué tomarlo a mal. ¡El es generoso, debes acordarte de la muerte de mi nietecita! En un trance doloroso yo recurrí a Noé. Noé tenía un gran taller y hacía de todo. Desde chineros y muebles de lujo, como gran ebanista que es, hasta puertas y ventanas; y también hacía ataúdes, pero solamente por encargo. Había que ver: no le gustaba venderlos; y tan es así, que no quiso recibirme la plata. " ¡Qué es eso, nada de plata!", me dijo, haciéndose el desentendido. " ¡Guarda tu plata y llévate el ataúd! ¡Somos compadres, vaya hombre! ¡Hoy por ti, mañana por mí!". Así me dijo mi compadre Noé, tan bien se portó Noé. Y te confieso y te juro

que no le debo ningún otro favor, por si las moscas. Buen amigo; buen compadre; nadie es santo. Ni tú ni yo somos santos. Pero Noé es incapaz de hacer maldades. No ha tocado mi puerta para quitarme la bodega, como todos murmuran. La bodega se ha de estar, pierdan cuidado, y Noé se ha de ir a otra parte, ya han de ver. Hablan por hablar y se chichisbean y hacen un mundo creyendo que yo no tengo orejas. Ni yo mismo sé qué deuda será la que tengo que pagar en esta vida. Pero todos dicen que yo pago una deuda. Como si Noé fuera el diablo y yo un maldito. ¿Acaso no saben que un ataúd es una cosa y una bodega es otra cosa? ¿Qué interés ha de tener Noé en quitarme la bodega? ¿Para qué le ha de servir una bodega, siendo así que él es carpintero y no bodeguero? Yo no podía negarle un rincón al pobre. De ser, claro que es renegón. Todos tenemos nuestros defectos; pero hay que ver cómo se las aguanta en el humilde rincón que se le da. La bodega no es su ambiente, él no bebe, tiene moral, es puritano. ¡Y ahora un ruego! Cuando te pregunten o digan sonseras, tú diles qué es lo que pasa. Y si dicen algo, repíteles estas mis palabras. Explícales esta mi situación. Hazles entender que yo estoy atravesando por la misma situación, cuéntales todo; porque tampoco estoy para ver caras ni para soportar recriminaciones ni situaciones aflictivas, en una palabra; y tendré mis razones para proceder como procedo. ¡Años de años trabajando en la bodega, y todo para qué! ¡Para que los amigos de corazón me vengan a mirar con malos ojos y me paguen con ingratitud! No me busquen entripados ni colerones mayúsculos en la bodega, Indalecio; cada cual que se esté en su rincón, que no provoque ni insulte con indirectas y sátiras. Respetos guardan respetos. "¡Don Corsino está cagado!", dicen todos, como si yo no oyera; "¡Don Corsino se está yendo a la mierda!", dicen, y no reconocen que don Corsino los ha tolerado, los ha perdonado, no les ha cobrado. No reconocen que don Corsino les ha dado de tragar y les ha dado un techo. Y por culpa de ellos don Corsino se está yendo a la mierda, no por culpa de nadie. Al fin y al cabo yo los quiero a todos ustedes, Noé me pagará algún día por concepto de alquileres. Y así las cosas, yendo y viniendo se agrava la situación, y ustedes me hunden. No ven la hora de que yo me pelée, no ven cómo indisponerme con mi compadre Noé; y en vez de estar en armonía y tener un poco más de comprensión, todos gritan y se quejan. Y si no gritan y se quejan, se quedan mudos como estatuas, y me vienen a mirar de buenas a

primeras, como si yo tuviera monos en la cara. En una de esas pueden pasar cosas feas en la bodega, alguna trifulca del siglo; no provoquen".

Beltrán escuchó en silencio y luego se fue a su rincón. Quedaba entendido que el bodeguero quería dorar la píldora y ocultar su humillación con argumentos que en realidad nadie tomaba en serio. Pues aquel tono de amenaza no era sino una prueba más de debilidad. Siendo bien sabido el conflicto de don Corsino, y que éste disimulaba la secreta razón por la cual se consumía a ojos vistas, los clientes callaban y observaban. Estaban intrigados y llenos de inquietud, y nadie podía sacarles de la cabeza los malos presentimientos; alguna cosa podría ocurrir, de un momento a otro. Y así, no tenían más remedio que resignarse ya que el propio bodeguero era el primero en hacerlo; y se chupaban los malos tratos del carpintero, y se desentendían al mismo tiempo del nada grato espectáculo ofrecido por los ataúdes que, por lo demás, ahuyentaban a los clientes ocasionales. Pues si era grande la pena por don Corsino, mucho más grande habría de ser el odio por el carpintero. Los hechos hablaban por sí mismos. Se había tomado nota de aquella rotunda negativa de don Noé a los ruegos del bodeguero, que necesitaba prestarse una pequeña suma para poner en el tonel un alcohol de reserva. Todos sabían que, estando perfectamente bien instalado en un cuarto más grande que una plaza pública, donde asimismo vivía, ello no obstante, el carpintero había decidido trasladar su taller a la bodega, que se situaba a veinte cuadras de distancia. Y sabían otras muchas cosas, las cuales no podían haber ocurrido así porque sí. Y había que ver la plata; don Noé ganaba plata hasta más no poder.

Y por si fuera poco, tenía un negrito llamado Ventura. Y este negrito se pasaba la vida mortificando de un modo u otro a los clientes; como enseñado, los insultaba y les hacía gestos, y guay del que lo tocase; y cuando le daba la gana, entraba a orinar en el cuartito de los bebedores, a vista y paciencia de todos, y hacía obscenidades. Por su parte, el carpintero lo explotaba y lo hacía trabajar literalmente como a negro, y estaba clara su determinación de mandarlo al otro mundo con el serrucho; ni más ni menos. "¡A serruchar, negro carajo!", y Ventura se molía los pulmones serruchando. "¡Este negro cojudo tiene alma de carpintero!", anunciaba él; y el negro, sintiéndose halagado, le daba al serrucho con toda su alma; y todas las mañanas salía a vender por las

calles, con un gran racimo de alcancías y repisas: "¡Buena Ventura!", exclamaba el carpintero a tiempo de despachar al negro con el racimo, y entonces dirigía una mirada a su alrededor, con gesto desdeñoso, y se ponía a trabajar mientras lanzaba palabrotas: "La gran puta; agárrate Catalina que vamos a galopar; me cago en los Apóstoles; al carajo con mi suerte, más negra que tu culo" —pues era don Noé un campeón de la grosería. Alguna vez llamaba a su ayudante haciéndose el chistoso: "¡Negro Ventura con tu negrura!" —¿y cual sería, finalmente, la negrura del negro Ventura?, se preguntaban maliciosamente los clientes; y añadían que, seguramente, se trataba de alguna blancura. En cuanto a sus habilidades, se había hecho odioso desde un principio haciendo circular unos papeles y versos que los clientes acabaron por tirárselos en la cara, en primer lugar, porque no los entendían o les daban asco, y en segundo lugar, porque no les gustaba leer, según declaró el Delicado, quien guardaba un papelucho para acusar oportunamente a su autor, Noé Salvatierra, y se lo mostró a Felipe Delgado, leyendo un texto que más o menos decía: "El marido, la mujer y el amante, qué trío tan galante, siendo del amante mujer el marido, y del marido el amante mujer; y si es que viene otro amante, qué interesante". Delgado no pudo aguantarse la risa; por lo visto, este carpintero tenía que ser literato. El Delicado dijo que don Noé era un depravado; corrían rumores según los cuales don Noé tenía secretos amores con el negro Ventura; sin embargo, estos rumores quedaban desvirtuados cada vez que aparecían unas mujercitas, desgreñadas, vestidas con unos trajes de punto hechos hilas, a quienes el carpintero abrazaba y besaba apasionadamente.

Y cuando se le ocurría cantar, la cosa era insoportable. En realidad chillaba, y no tenía ni voz ni oído; pero había que ver las ínfulas que se daba, y cantar "La paloma", era lo único que sabía. Y luego, el rato menos pensado, irrumpía en el cuartito, sin ninguna contemplación, pues allí le gustaba amontonar fierros y cosas inservibles; y a esto, los clientes facilitaban ceremoniosamente sus trajines, mientras él buscaba y rebuscaba entre los trastos, derribando taburetes, botellas y copas sin que nadie se atreviera a chistar. Ordóñez lo miraba asombrado y temeroso; y se quedaba mudo, siempre mudo. Cundía un supersticioso temor por don Noé; y hasta tal punto, que, a tiempo de salir o entrar, no había cliente que no lo saludase con toda pleitesía, haciendo reverencias inopinadamente, empero sin recibir otra respuesta que

unos guiños, cuando el carpintero acertaba a comprobar las aristas de un listón, o bien unas palabrotas que dirigía de repente a Ventura con el evidente propósito de zaherir a los clientes, mientras miraba de reojo: "Estos negros son unos carajos, alcahuetes y pendejos; ¿qué me miras? ¿Qué te he robado, negro de mierda? ¡Te voy a cortar el pájaro!".

Corsino Ordóñez suspiraba; no sabía qué hacer. Carraspeaba, y cruzaba los brazos sobre el pecho. Se zampaba la primera copa que encontraba, y de pronto hacía un gesto y se quedaba, con las manos puestas en la cintura o bien en la barriga, mientras era espiado por los clientes que se condolían, mirándose las caras y bebían, murmurando con timidez, en medio del ruido infernal que metía don Noé. Don Noé era dueño y señor, y no se cansaba de lanzar improperios, le venga o no le venga: "¡Hay que limpiarse el ojete! ¡Me extrañan tus palabras, cabrón mal parido!" —y luego tiraba sin motivo los palos y las herramientas a diestra y siniestra.

Tan sólo cuando daba por concluída la jornada y cerraba sus herramientas en un cajón con cuatro candados y se iba, a las seis, siete u ocho, dependiendo de su capricho, podían respirar con alguna tranquilidad los clientes.

CAPITULO VII

Otras novedades no las había, en parte alguna. Ningún amigo había muerto; en nada había variado el aspecto de la ciudad; las calles, las casas, todo seguía igual que antes. Todo se estaba como siempre.

Sin embargo, las personas se encontraban en algo, en algo cambiadas. ¡Si, en algo cambiadas! ¿Y qué podía ser ello? ¿Quiénes podían haber cambiado, en realidad, a no ser don Corsino, el señor Beltrán, Amézaga, el Delicado, los aparapitas, y, en fin, todos los que pisaban la bodega? Esto era muy raro y más bien chistoso, es lo cierto, según miraba Felipe Delgado; pues en las caras, en las

voces, en los gestos y las actitudes, no se notaba ningún cambio, pero había que encontrarlo en un algo, de un orden indefinible y confuso, que hubiese ocurrido sin hacerse perceptible, como la sombra, digamos, o la respiración, y esto era algo que uno tenía que adivinar. Por ejemplo: el veterano del Pacífico seguía siendo el de antes, pero ya no lo era, en la medida en que, a ratos, podía parecer más joven, y a ratos, más viejo.

En resumen, era muy difícil saber en qué consistía este cambio. Pues si bien todos seguían siendo los mismos y cada cual, a su manera, podía encontrarse alegre, indiferente, iracundo o triste, tal como antes, frotándose las manos, encogiéndose en su rincón o mostrándose preocupado, ello no obstante, todos y cada uno habían cambiado por completo, y nadie hacía nada por volver a ser lo que fue: hiciese frío o calor y sin darse cuenta del cambio, ya sea en la bodega o dondequiera y a la hora que se fuese, todo el mundo infundía desconfianza y temor, y miraba enigmáticamente, con un aire inquietante y extraño. Y ahora, según pensaba Delgado, surgía la necesidad de hacer algo, por más que fuese lo que fuese, con tal de que las cosas volviesen a ser lo que fueron. Pues él mismo había comenzado a sentirse raro, y estaba por creer que, por el momento, todos eran tan iguales entre sí como lo son las moscas, llegando, finalmente, a la conclusión de que todo el mundo se le parecía a él, en mayor o menor grado.

–Yo, señores, estoy asustado y deslumbrado, porque todos se me parecen –dijo Delgado, quien estaba dormitando ahora–. Y yo juro que ustedes se me parecen, salvo por la vestimenta; pero les diré una cosa. Hace poco rato, vi una persona idéntica a mí, en todos los detalles, sólo que era mucho mayor que yo... Y aquí me tienen, asustado y deslumbrado.

–¿Asustado y deslumbrado? ¿Quién es, y qué se hizo? –preguntó alguien.

–Fui tras de él –explicó Delgado–, pero se perdió de vista en la avenida América.

–Dios quiera que te hayas equivocado –dijo Peña y Lillo–; según la superstición, es bien sabido que quien se ve es quien se va...

–¡Cállese! –intervino Beltrán vivamente–. ¿Para qué amargar la vida a nadie con las famosas supersticiones? Además, una misma superstición suele significar cosas distintas, según el capricho de cada cual.

–Así parece –dijo Delgado–. Sin embargo, no cabe ninguna superstición en este caso. El hecho de que uno se encuentre con alguien que se le parece, ¿qué de bueno o de malo podría tener, a no ser lo que resultase de una ulterior relación, ya sea personal o impersonal?

–Bien dicho: personal o impersonal –aprobó Beltrán.

–Muy bien –dijo Peña y Lillo–; pero yo quise decir lo siguiente: si te pareciera que alguien se te parece, y sin embargo no hubiera tal, eso sería malo; en cambio no lo sería si, habiendo visto efectivamente que no se te parece, te hubiera parecido que se te parecía. Y ahora que me acuerdo, parece que en Oruro hay un señor que se me parece; me han dicho que él y yo somos como papa partida. Estoy muerto por conocerlo.

–¡Hágame el bien de guardar para otro día sus disparates! –exclamó Beltrán y añadió luego–: Escúcheme usted, buen hombre: sucede que el señor Delgado acaba de ver a alguien que se le parece, y, cosa rara, lo pierde de vista. Ahora bien; ¿qué hay de malo en ello?

–Perfecto –repitió Delgado a su vez–: Ahora bien; ¿qué hay de malo en ello?

–Nada –contestó Peña y Lillo–, pero yo quiero ser franco y decirte que no te creo.

–¡Déle a mortificar! –refunfuñó Beltrán.

–¿Cómo? ¿Que no me crees? –interrogó Delgado.

–Dije mal; no es que no te crea –explicó Peña y Lillo–. Yo te creo; pero no creo que ya nadie haya que se te parezca. El que yo crea o deje de creer que se te parezca el que se te apareció, es otra cosa.

–¿Y por qué no ha de haber ya nadie que se me parezca? –protestó Delgado.

–Efectivamente: ¿por qué no? –secundó Beltrán.

–Porque ya hubo –sentenció Peña y Lillo–. Pues el que hubo ya no habrá.

–Nada de eso –objetó Beltrán dirigiendo a Delgado una mirada fugaz–; el que ya hubo puede haber.

–¡No, nada de eso! El que fue ya no será –alegó Peña y Lillo.

–¿Y qué quiere usted decir con aquello de el que hubo? ¿El que hubo qué? ¿Y qué hay con eso?

–Yo no soy quién para decir nada –replicó Peña y Lillo–; todo lo dejo a los hechos. Aquel que fue, ya no será; ya no volverá a ser el que dejó de ser. Es lo que pasa. El que hubo, por más que

siga siendo, es alguien que fue, y ya no será jamás. El resto es mera gramática; la muerte lo dice. Y si es hueca esta palabra, con mayor razón lo serán todas las demás.

—Vaya hombre; usted se pasa de vivo —dijo Beltrán—. Yo no soy quien para escuchar palabras huecas.

—¿Y quién era el que tú dices que hubo? —interrogó Delgado.

—Ya que quieres saberlo, te lo diré —contestó Peña y Lillo—. Ya fuese un joven el que hubo, o una joven, eso no importa, como tampoco importa que se llamase Ramón o Ramona. Lo que importa es que hubo, esa es la cuestión.

—¡Lo que importa es que hubo, esa es la cuestión! —repitió Delgado.

—¡Qué dice usted! —exclamó Beltrán con ironía, dirigiéndose a Peña y Lillo—: ¿Existió alguna vez Ramón y era de carne y hueso el que hubo, por vida de Satanás? ¡Usted habla por hablar, y además, yo no le vi ningún parecido!

—¡Cómo no! ¡Eran igualitos los dos! —afirmó Peña y Lillo.

En este momento todos callaron bruscamente ante la llegada de Ventura que, habiendo irrumpido como un torbellino en la bodega, exclamó:

—¡Victoria, victoria! ¡Han encontrado al hombre muero!

Y era ésta una noticia asombrosa y peregrina. Veamos de qu se trataba.

En efecto, circulaba a la sazón cierta historia que, a juzgar por las referencias que de ella se tenían, bien sabía Dios si no se originaba en la pura fantasía, siendo así que, en realidad, muchos le asignaban el carácter de una revelación. Un gran número de denuncias habían sido sentadas en la policía por diferentes personas. Todas y cada una de éstas dijeron haber visto en sus respectivos domicilios un muerto que desaparecía misteriosamente. Semejante especie carecía por completo de seriedad, según las autoridades, que, en vista de la alarmante repetición de las denuncias y sospechando seguramente una burla cuando no una conspiración, comunicaron su determinación de arrestar a quienquiera que viniese con el cuento. A esta altura de los acontecimientos, empero, hubo de ocurrir lo insólito, cuando se anunció el hallazgo de un muerto que, habiendo sido encontrado en cierto taller de escultura de la calle Murillo, para pasmo de todo el mundo, precisamente tenía aquellas mismas características descritas cientos de veces por otros tantos denunciantes.

Ahora bien, una cosa increíble era el hecho de que el muerto había desaparecido misteriosamente del taller que los propios policías cerraron con candado una vez efectuada la verificación respectiva, dejando para el día siguiente el trámite de las diligencias legales, pues como era de noche, otra cosa no podían hacer. Naturalmente, el escultor estaba como enajenado ante este hecho ocurrido en su propio taller. Cuando conversaba a puerta cerrada con un modelador compadre suyo, habiendo decidido cerrar el local, entró a la trastienda en busca de los candados y se encontró de sopetón con un hombre que yacía tendido boca abajo. El escultor, creyendo de pronto que se trataba de algún ladrón, se armó de un fierro y le dio una patada, y tan sólo entonces pudo ver que el hombre estaba muerto. Ciertos periódicos, sacando ventaja de este lance propicio, habían publicado artículos de tipo sensacionalista con la foto del escultor, fantaseando a más y mejor y produciendo gran revuelo en el público. Se afirmaba que era un santo el que había aparecido, y no un hombre muerto; y que precisamente por eso mismo desaparecía. Se afirmaba que había dejado una huella de fuego allí mismo, en el lugar en que fuera encontrado; y esta huella, según se decía, tenía la forma de una cruz, pero en realidad era un astro; y las cuatro puntas estaban doblegadas, seguramente por el impulso de la rotación. Y todos aseguraban haber visto con sus propios ojos aquel prodigio, y que el hombre muerto era un astro. En fin, se afirmaba que un olor balsámico se había cernido misteriosamente sobre el taller, coincidiendo con la desaparición del hombre muerto y que, poco a poco, se iban extendiendo sus efluvios a través de las casas vecinas.

De esta suerte, el hombre muerto estaba en boca de todos, y, como consecuencia de tales fantasías, el escultor resultó beneficiado. Se hizo famoso de la noche a la mañana, elevándose en alas de la popularidad. Pues él era dueño de pontificar sobre el hombre muerto; podía describir los rasgos físicos de éste, y, aunque incurría con frecuencia en contradicciones flagrantes, por mala memoria o por lo que se fuese, coincidía generalmente, como buen escultor, en los detalles relativos a una tez blanca como la nieve; un cabello áureo, ondulado, tan abundante que era cosa nunca vista; una frente alta y hermosa; una nariz romana; una boca pequeña y bonita; unas manos de artista. Rasgos dignos de un querubín, en realidad. Sin embargo, no se contentaba con eso el escultor, sino que, yendo más allá, exhibía, por ejemplo, una varita de ébano,

una agenda, o bien un alicate; objetos que, a estar por lo que aseguraba, habían sido encontrados junto al hombre muerto. Y luego, yendo siempre adelante y cogiendo la oportunidad por los cabellos, no tardó en dar un gran golpe. En efecto: como era persona ingeniosa, tuvo la ocurrencia de hacer unos amuletos que representaban al hombre muerto. Lanzar los amuletos y venderlos como pan caliente, todo fue uno. Los había en diferentes modelos y tamaños, para pobres y ricos, para damas y caballeros; en aretes, prendedores y anillos; de plata, para el pecho o la cadena del reloj; de oro, como joya para la corbata; de bronce, para la solapa; de estaño, como pisapapel; y de estuco, en tamaño grande, para el hogar. Significativamente, mucha gente había hecho notar un aspecto insólito en estos amuletos: se trataba de un despropósito, por supuesto; pero, así y todo, era como un símbolo, ello se proyectaba como una luz mágica a los ojos supersticiosos de la gente; pues el hombre muerto, en los amuletos, en realidad estaba vivo. Las características imaginadas por el artista para representar al fabuloso personaje eran idénticas, y se repetían en todos y cada uno de los modelos. El objeto reproducía a un hombre repantigado, pero lo estaba en el aire, ya que no tenía asiento; y elevaba los brazos al cielo, con una sonrisa. Tenía botas y tenía alas, y éstas estaban desplegadas. Tenía barba y unos cuernitos, cual extraño angel o demonio, ante cuyo diseño el afortunado escultor se llenaba de orgullo. Por último, para mayor fortuna de éste, sobrevino una ordenanza prohibiendo el tráfico de los amuletos. Y con ello no podía determinarse otra cosa que el aumento en las ventas, gracias a la especial atracción que, invariablemente, lo prohibido suscita.

Por lo demás, ya la historia era vieja y la racha de la novedad se había extinguido, a esta altura, cuando precisamente se produjo la llegada de Delgado y Peña y Lillo. No obstante, había adquirido carta de ciudadanía el extraordinario asunto en la vida diaria, como tema de singulares comentarios y bromas. Por ejemplo, una amenaza era muy eficaz cuando se trataba de poner en vereda a los niños: —¡A dormir, o llamo al hombre muerto! Cierta gente aficionada a burlarse de los demás hacía chistes afirmando que no había tal hombre muerto sino que en realidad se trataba de un espía paraguayo; y forzosamente encontraban eco, por disparatados que fuesen los rumores de tal naturaleza, proliferando en un terreno ya abonado por la tensión surgida ante la amenaza de guerra con el Paraguay. En la bodega, solía escucharse el tono misterioso

y divertido de comentarios parecidos a éste: "¡Ah, si se presenta, qué susto nos daría el hombre muerto!". Y todos se entretenían allí con mil conjeturas por el estilo, y como adrede, para encender la ira de don Noé. Este, por lo demás, tenía sobradas razones para enloquecer de despecho, cuando todos andaban intrigados frente a un fenómeno tan inexplicable como la aparición en la bodega de un modelo en estuco del hombre muerto, cuya imagen se podía, efectivamente, contemplar allí, en lo alto del armazón, sin que nadie se atreviese a tocarlo. Y seguramente era por el temor de ver eclipsarse su persona por lo que el carpintero miraba de reojo en aquella dirección. Quién llevó el ídolo a la bodega, cuándo y cómo: he ahí un verdadero enigma.

Sea de ello como se fuese, lo cierto es que ahora esta historia había cobrado nueva vida, a juzgar por las noticias de que Ventura era portador. Ante todo, según dijo éste, un gran gentío se congregaba en el Mercado de Flores; pues precisamente allí se encontraba en estos momentos el hombre muerto. Es más: era ya sabido su nombre; se llamaba Alfonso Zuaznábar; y también su profesión, pues era electricista. Y dizque había nacido en Coripata. ¿Y cómo así supo Ventura todo aquello? Ventura no tuvo oportunidad de extenderse en ulteriores explicaciones, dado que don Noé vio la cosa con malos ojos y descargó su ira sobre el comedido, aplicando a éste una soberana paliza: "Toma, toma, cabrón comedido; a qué te metes, hijo de puta, negro alcahuete". Naturalmente, mal podían faltar los clientes al ya aludido teatro del suceso. No bien llegó la noticia, Peña y Lillo corrió a prosternarse ante la figura de estuco, y se persignó; los demás lo imitaron, uno por uno, y en seguida, se lanzaban todos a la calle tumultuosamente, con el señor Beltrán a la cabeza. Por su parte don Noé, en medio de semejante conmoción, se mantenía impasible; él proseguía impertérrito en su trabajo; sin duda, ya se había tranquilizado al darle su merecido a Ventura, el cual estaba parado como una estatua y no se le movía un pelo.

El alboroto que metían los clientes al salir de la bodega no se había disipado, cuando el carpintero dijo, dirigiéndose a don Corsino:

—Me limpio el culo con el hombre muerto. Los muertos son todos ellos, en esta tu bodega, y todavía van corriendo... ¿Y tú, Corsino? —preguntó malévolamente—: ¿No irás a toda carrera, como ellos? ¡Por la gran puta, es preferible que te quedes! A lo

mejor si me quedo solo, me cago de miedo; como no bebo, no puedo sacar coraje, yo pobre carajo –y lanzó una risotada festejando sus chistes.

En todo caso, Ordóñez ya no podía moverse de la bodega. Su cuerpo iba de mal en peor. Se hinchaba más y más cada día. Le costaba trabajo dar un paso. No tenía aliento para nada. Y no quería ni oír de médicos ni hospitales. Como consecuencia, la bodega había quedado al abandono. En el tonel que todavía existía, a mano izquierda de la plataforma, quedaban, según cálculos de Amézaga, unas dos arrobas de aguardiente rebajado, cuando mucho (y eso gracias a una contribución que hizo Felipe Delgado), y ahora ya nadie movía un dedo para renovar la provisión; aquellos que quisiesen beber del fuerte, ya no podían encontrarlo en la bodega, desde la desaparición del otro tonel, y por tanto, tenían que ir a comprarlo en las bodegas de la calle Tumusla. Y lo propio ocurría con los cigarrillos, con el pan, los dulces, las velas, los ancucos y demás cosas que, en la vitrina otrora repleta, ahora brillaban por su ausencia. Las botellas daban pena, amontonadas y cubiertas de polvo en el armazón. Los taburetes eran una ruina; estaban hechos pedazos, y algunos con una pata de menos, en violento contraste con los muebles nuevecitos que don Noé tenía alineados en su rincón, haciéndose patente este contraste por el mismo don Noé, quien trabajaba sin pausa, y como para pulverizar cuantoquiera que todavía quedase de la bodega. Ordóñez seguramente adivinaba la inminencia de su fin. Y así, cuanto más trabajaba el carpintero, tanto más él bebía, sin cesar, trago a trago, de un gran jarro de lata, con terrible avidez y, al propio tiempo, con una estudiada indolencia. Y se negaba a comer. El color de ladrillo en la cara, tirando a negro, se acentuaba al par que la hinchazón. Se notaba un profundo apocamiento, una especie de rubor en la actitud; se diría una persona que se hubiese visto obligada a exhibirse en un escaparate, muy a pesar suyo. Junto a don Corsino, situado al lado de éste, Amézaga vigilaba; y parecía brujo, o adivino, y ambos miraban con fijeza. Sin duda alguna, Amézaga estaba loco por ir a ver al hombre muerto; pero prefirió quedarse y velar por su jefe, el cual estaba solo. Y sin embargo, Corsino Ordóñez estaba en buenas manos, por así decirlo, poseído del "gran estado", mirándose a sí mismo, con un poder hipnótico, y huyendo de sí mismo, y quedándose absorto, con los ojos fijos.

Pero dejemos al bodeguero. Queremos saber qué pasa en el

Mercado de Flores.

He aquí una multitud impaciente y desesperada, que se desgañita y lanza gritos y silbidos. Es un pandemonium. Es el reino del regocijo y la fiesta. Grandes y chicos han sido presa del entusiasmo. Todos están consternados y vociferan con delirio, en medio de mortal expectativa.

Allí, frente a la acera, unos individuos desgreñados y anhelantes miraban y señalaban un punto impreciso, que pugnaban por alcanzar abriéndose paso a codazos: tratábase de un boquete, abierto sobre el río, en la parte posterior del mercado. Otros individuos, en las proximidades del boquete, mirando en dirección a la calle y profiriendo exclamaciones, declaraban que no había nada que ver ni hacer. Y otros, que se reunían en un pequeño grupo, eran al parecer los promotores del tumulto, y con gran excitación, agitaban los brazos, impartían órdenes y señalaban un punto al otro lado del boquete. Hacían señas, como dando a entender que todo era cuestión de esperar, e incitaban de esta manera la curiosidad de la ansiosa multitud. Apoltronadas en lo alto de las imponentes armazones de madera, las floristas, por su parte, se mantenían en sus puestos y algunas de ellas hacían pucheros y daban muestras de contento al verse en un lugar de privilegio, puesto que, habiendo protegido sus flores con mantas y tiras de lona, ahora no hacían sino mirar, mientras que la gente en el patio y los corredores se aglomeraba y soportaba empujones, codazos y golpes, ante la perspectiva de un espectáculo que seguramente prometía grandes emociones.

Repentinamente, un agudo y prolongado pitazo se dejó escuchar en todo lo largo y lo ancho del mercado –y fue respondido con un clamor de aprobación por la multitud. Entonces emergió en medio del gentío un hombre que, llevado en hombros con dirección al boquete, avanzando lentamente y diríase que flotando, exhibía triunfalmente un rollo de soga entre las manos. Según era de suponer, tratábase de rescatar al hombre muerto. Se trataba, sin duda, de cumplir algún plan preconcebido por los espectadores en su totalidad, quienes, ignorándolo todo, no obstante parecían estar al tanto de todo, puesto que nadie se sorprendía de nada en lo más mínimo, y, por el contrario, con una actitud de serena expectativa, cada cual movía la cabeza o hacía gestos en señal de aprobación, como si de antemano todos hubiesen calculado y previsto lo que pudiese ocurrir.

A esto el hombre, que ya había llegado al boquete, se ató la

cintura con un cabo de la soga y trepó espectacularmente sobre el borde de la pared, para desaparecer luego en el vacío. Sus ayudantes soltaban la soga y miraban a uno y otro lado, adoptando una actitud de espera, lo que indudablemente señalaba un feliz descenso, y echaban miradas ansiosas sobre el río, seguramente para observar los movimientos del explorador. De pronto, a unos gritos proferidos por dos hombres que se hallaban encaramados en lo alto de un techo dominando el panorama, aquéllos comenzaron a jalar la soga, recogiendo un enorme racimo de colgandijos, latas e inmundicias, que se pusieron a escudriñar con gran atención ante la anhelante expectativa del público. Sin embargo, después de repetirse una y otra vez la operación con idénticos resultados, finalmente apareció una figura informe que, habiendo sido izada como un muñeco, resultó ser un cadáver. Y ahora estaba visto que no se trataba en manera alguna del hombre muerto que todo el mundo ansiaba conocer, y al que seguramente podría identificar sin riesgo de equivocarse.

En tanto que cundía un clamor de protesta, los promotores del espectáculo colocaban el cadáver en posición vertical sobre un montículo de basura, sujetándolo a una canaleta como trofeo de una gran hazaña. Lejos de demostrar asombro o estupefacción, como seguramente ellos esperaban, el público rechiflaba. Pues aquí, según el unánime veredicto, se trataba de ver al hombre muerto, y no un simple cadáver que, para peor, estaba en completo estado de putrefacción. Muchos habían retrocedido espantados, y pocos se atrevían a acercarse para mirarlo. De tal modo la gente, con insultos y denuestos, ponía de manifiesto su indignación ante algo que no podía ser ni más ni menos que una burla sangrienta. Toda esta gente, aunque no estaba perdiendo su tiempo, ya que lo único que hacía toda la vida era perderlo, en realidad se sentía defraudada por un espectáculo completamente absurdo, habiendo acudido con la esperanza de ver por algún lado esa cosa llamada el hombre muerto, aquella cosa inexplicable, inaudita y portentosa de la que hablaba todo el mundo. Un gran número de chicos que pululaban entre el gentío vendiendo los ya referidos amuletos y que seguramente eran empleados del escultor de marras, ahora habían sido acogotados y puestos en fuga por unos energúmenos que secuestraron la mercancía.

Por lo visto, los responsables de la aventura trataban de aparecer como héroes. Con gestos y señas, y con palabras entrecortadas

que proferían a gritos, querían persuadir al público, dando a entender que la autenticidad del hombre muerto no podía ser puesta en duda, y que aquél tenía que ser éste y no otro. Era notoria la simulación en aquellos personajes, que parecían afanarse por ocultar alguna culpa o asumir alguna responsabilidad imponderable. Pues en su calidad de propiciadores de un episodio dramático, debían de ser ellos los protectores del hombre muerto, quizá debido a una misteriosa predestinación. Gesticulaban con exagerada vehemencia, se metían significativamente las manos en los bolsillos, y dirigían al cadáver unas miradas fugaces, adoptando actitudes ya de triunfo, ya de amargura, y se ponían pensativos; se plantaban con gesto desafiante frente a los espectadores y cruzaban los brazos sobre el pecho; de repente, se ponían a discutir entre ellos con palabras imprecisas y ambiguas. Y tal vez para demostrar en forma aún más patética su extrañeza por el griterío, ahora adoptaban otra política, poniéndose a dar cortos y frenéticos paseos frente al cadáver, y deteniéndose de rato en rato para dirigir, de improviso, miradas de impavidez y de perplejidad a la concurrencia. Y a todo esto, era evidente que echaban al olvido al explorador que rato antes hubieron despachado al río, el cual no aparecía por ninguna parte.

En un corrillo formado no muy lejos del boquete, unos curiosos hablaban con aire de importancia, mirando despectivamente en torno de ellos.

Con tono mordaz, alguien dijo:

–Señores: a mí nadie me mete los dedos a la boca. ¿Qué será lo que pretenden estos sujetos con semejante comedia? ¡Caramba caramba! ¿Qué será, digo yo, lo que se oculta detrás de esta patraña? ¿Qué es, qué significado encierra el hombre muerto famoso, con tantas historias, rumores y fábulas? En fin; mal puede ser el hombre muerto el que nos presentan aquí, y sabe Dios quién será.

–Lo mismo digo yo –confirmó otro–; y me pregunto qué clase de muerto será éste, si el verdadero no puede aparecerse nunca, jamás de los jamases. Y sin embargo, todavía hay quienes bajan al río con riesgo de su vida y se desesperan y escarban en la basura, todo para mostrarnos a un Don Nadie, diré un muerto anónimo, vaya usted a saber quién. ¿Acaso no vemos muertos a diario sin necesidad de semejante alboroto?

–Pero entonces lo que usted se explica de un modo, yo me lo explico de otro –comentó un señor reflexivamente–. Pues si no

es un hombre muerto lo que en este momento vemos, yo no sé qué será. ¿Cómo imagina usted que sea aquel al que todos se refieren como a verdadero?

—El agua clara y el chocolate espeso; yo no tengo para qué imaginarme nada —replicó el interrogado—. ¿Me dejo entender? El hombre muerto, aquel famoso ser, aparece, y luego desaparece; y rarísima vez se dejará ver por humanos ojos; todo lo cual tiene su explicación en el misterio. De tal manera, en realidad nadie lo ve, y mienten quienes afirman haberlo visto. Claro que muy bien puede aparecerse estando uno a solas; y lo que puede ser, también puede no ser...

—Así debe ser —coreó otro—. Y queda sobreentendido que la basura no será el paradero del verdadero hombre muerto. Yo creo en él, y lo confieso: creo en él, precisamente porque no lo veo. Ese es el chiste, señor.

—Así será; pero esos comedidos no tienen la culpa de nada —dijo alguien—. Yo no sé qué se imaginan los muy cándidos al creer que sea el verdadero hombre muerto el que tienen ahí. La cosa es ésta: buscando un muerto que no les consta que existe, encuentran uno como si existiese. Aparentemente, ellos están en lo real y nosotros no, siendo así que sucede todo lo contrario. No sé si ustedes me comprenden. El hombre muerto, el verdadero, claro que existe, y nadie dirá lo contrario. Pero hay quienes creen en él sin tener por qué, sin saber que existe; y es prueba de ello el que lo personifiquen de buenas a primeras en un simple cadáver extraído del río. En una palabra: son los que creen verlo quienes no lo ven, y quienes lo ven son aquellos que no creen verlo. Inclusive aquel simple muerto que tenemos al frente, un muerto como cualquier otro, aunque para algunos exista, afirmo yo que no existe. ¿Por qué será? ¿No será porque los verdaderos muertos nunca se dejan ver? Además, nadie podrá creer así nomás que éste sea un muerto, y mucho menos todavía el hombre muerto que todos buscamos. En esta forma me explico yo el misterio. Y contentémonos con esto. De lo contrario, esta vida no tendría chiste.

—Estará usted mareado; a ese paso, el único chiste estaría en los disparates que acabo de escuchar sin acabar de comprender —dijo un viejo de aspecto truculento, e interrogó con sorna—: ¿En serio, creen ustedes en semejantes sonseras? ¿Por qué no ha de poder verse un muerto? Se impone la sensatez, y yo pregunto: ¿de qué prerrogativas misteriosas ha de gozar un muerto, y, en este

caso, el famoso hombre que está en boca de todos, para no ser visto y aparecer y desaparecer en un abrir y cerrar de ojos? A los muertos, el que quiere los ve, y si no que lo deje, y listo. Lo demás son farsas para los ociosos.

—¿Y usted? —saltó otro—: ¿Por qué ha venido aquí, entonces?

—¿Yo? ¿Y a usted qué le importa? —rugió el viejo—. ¿Le digo una cosa? ¿Y si fuera yo el hombre muerto, a lo mejor? ¿Qué le parece?

—No me parece —terció a esto un curita de aire un poco raro—; y qué estéril es la discordia. En vano se discute; en vano se lucha; en vano, señores. Las fuerzas del mal que se vayan; reinará la paz y no habrá guerra. El alma es inmortal, es invisible. La gente adivina. La gente se refiere al alma, no al cuerpo, hablando del hombre muerto. De seguro ese hombre algo tendrá que ver con el alma que todos nosotros queremos que reine en el mundo. El alma es la salvación.

—¿Y quién habla aquí del alma? —dijo alguien—. Nadie se atreverá a negar el alma; todos tenemos fe. Aquí lo que se discute es algo que tiene que ver con el cuerpo; aquí se busca el cuerpo misterioso, no el alma...

—Ah..., ¿sí?, ¡qué tal! —se mofó el viejo—. Dígame: ¿qué cuerpo misterioso puede haber en pleno siglo veinte, a no ser la estupidez? Los frailes nos tienen reventados; ocupan campo; se meten en todo; siembran la confusión con sus teorías entre los ignorantes. Hablan en difícil, como si todos no supieran que el alma es una cosa y el cuerpo otra, cosas ambas que mueren a un mismo tiempo y sin remedio. Hombres muertos, almas, misterios, inmortalidad y demás baticolas. Cosas que responden a una confabulación de los curas. Para qué más.

—¡No hay que ser tan radical, a qué amargarse! —comentó otro—. Hablando de cosas prácticas, yo me pregunto qué harán con ese cadáver. Y luego, qué se habrá hecho el que bajó al río. Con tal que no se hayan olvidado del pobre, todo estará bien.

—¿Y por qué ha de ser pobre? —le respondieron—. Esos embaucadores están molidos; no es que se hayan olvidado de él. Salta a la vista que ha de subir por alguna casa. En cuanto al cadáver, pierda usted cuidado, no se alarme; ya la policía verá lo que hace. Yo voy más allá. Nadie se fija en lo que yo me fijo. Lo alarmante es ver esta muchedumbre, y no llegar a comprender por qué y para

qué la gente se reunirá tan sin motivo, y todo por cosas que ni siquiera son una locura...

De tal modo se expresaban en el corrillo.

Por su parte, los autores de la farsa habían descendido al terreno de un vulgar pugilato con los descontentos. Bien pudieran haber terminado las cosas sin más, de no mediar la inesperada irrupción de los gendarmes municipales, que dispersaron a garrotazos a la muchedumbre.

CAPITULO VIII

Delgado no regresó a la bodega. Se sentía muy aburrido. Además, se había cansado en el Mercado de Flores, sin poder sentarse durante largas horas. De tal modo, que se recogió a su casa –si así puede llamarse la casa de Oblitas.

A su llegada, ya era de noche; se dejó caer en la cama, sin decir nada. Oblitas estaba sentado sobre la petaca, con el sombrero puesto, y tenía entre las manos unos papeles y un lápiz, los que dejó en una gran caja de cartón, ligeramente extrañado por la singular actitud de su huésped, a quien ofreció amablemente una taza de té, mientras manipulaba el anafe de bomba que pronto quedó encendido.

Delgado, estirándose y bostezando, miró a Oblitas.

–Muchas gracias; vi al hombre muerto. Una taza de té vendría bien –dijo, y se sentó en el borde de la cama–. Ahora dígame –preguntó de pronto–: ¿Usted cree en la bodega?

Oblitas se mostraba perplejo.

– ¿Cómo dice usted? ¿Qué es lo que me pregunta?

–Que si usted cree en la bodega –repitió Felipe.

– ¡Ah! –sonrió aquél–. Veo que está usted de buen talante, y yo que creía que estaba muy triste.

–Muy bien; pero estoy hablando en serio, no en broma, señor Oblitas. Mi pregunta es muy clara.

–Pero entonces, ¿acaso la bodega es una cosa en la que alguien

deberá creer? –observó éste con suspicacia.

–No; no es eso –dijo Delgado–; pero yo quisiera saber si usted cree que existe la bodega como tal.

– ¿Aquella a la que usted va a diario? –Oblitas pestañeaba, como con sorpresa–. Bueno; yo no la conozco, pero usted sí; y quién más indicado que usted para saber si existe. A no ser que no sea sino un invento.

– ¿Un invento mío?

–Sí, claro que sí. Una cosa más o menos parecida al hombre muerto, dígame. Para unos existe; para otros no. Pues unas cosas existen y otras no, como sucede con todo en el mundo, dependiendo de cada cual el creer o no creer en esto o en aquello. Dígase lo que se quiera, las cosas existen y al mismo tiempo no existen. Pero es muy difícil llegar a comprender esta verdad.

– ¡Ah, cómo será! –dijo Felipe–. Yo fui a ver al hombre muerto; y creo haberlo visto.

–Cuánto me alegro. Yo también estuve por allí. Y cosa rara: aun sin darse cuenta, todos los allí presentes no han visto sino aquello que precisamente han querido ver, o sea: un hombre muerto. Y sin embargo estaban desencantados: pues la verdad duele, la verdad pica; en cambio la mentira halaga, ahí tiene usted. Pero no obstante, el hombre muerto del que tanto se habla es una cosa total y completamente diferente, amigo.

– ¿Y cómo se explica usted eso, señor Oblitas?

–Bueno; en una forma muy sencilla. Los unos se lo imaginan como un fantasma, como un aparecido; y los otros, apenas si se imaginan nada, se ríen y no creen, pensando que se trata de un disparate más entre los muchos que circulan hoy por hoy. Pero no hay tal. Unos y otros están equivocados de medio a medio. Ya lo dije: en este mundo todas las cosas son y no son, existen y asimismo no existen. ¿Qué ha de ser el hombre muerto, dígame, sino una tremenda y formidable realidad surgida en la mente de aquellos que le han dado vida por el simple hecho de creer en él? Pues él existe y vive en todos y cada uno de los que creen en él. ¡Y qué lección tan admirable la que los curiosos han recibido esta tarde, dígame! No son unos simples hijos de vecino aquellos hombres que hicieron aparecer un cadáver en el muladar, sino que se trata de grandes maestros, de verdaderos y consumados artistas. En una palabra: son unos genios, a mi humilde juicio. Y vaya usted a saber cómo así se les habrá ocurrido una cosa que no vacilo yo en

calificar como verdaderamente monumental. Yo, si fuera alcalde, éste es el momento en que los condecoro, y bautizo con sus respectivos nombres otras tantas calles de la ciudad en lugar de meterlos presos, cosa ésta que precisamente ha hecho ese pobre señor que tenemos como alcalde. Es una lástima que la gente no comprenda las cosas en su verdadero alcance, amigo. Pero diré también: es una felicidad que así sea. Porque de lo contrario no habría lugar para inventar las grandes fábulas y leyendas, ni tampoco para exaltar y comprender éstas, sacando de ellas las enseñanzas que servirán de guía a las generaciones por venir.

—¿Y qué es lo que usted sostiene en conclusión, señor Oblitas?

—A eso iba, precisamente: en conclusión, sostengo yo que solamente un loco pasará por alto las cosas en que el sentir popular se refleja. Tonterías tales como la psicología y la sociología tendrían que entrar en juego conjuntamente aquí, pero los que se las dan de doctores no saben dónde están parados. Aprenden de memoria y no comprenden nada, y todavía se dan el lujo de reírse de uno, siendo así que nada, absolutamente nada, podrá ser interpretado en todo su misterio y oculta significación sino por la Magna Ciencia. ¿Qué significa el hombre muerto? ¿Qué intuición es ésta? Puede que signifique la muerte de la fe, la muerte de Dios en el hombre; puede también que signifique la muerte del hombre y, como tal, su próxima desaparición en el orbe; etcétera. Eso sí: las intuiciones del hombre anónimo, del hombre de la calle, ya se originen aquí, allá o donde se fuese, tendrán que referirse al género humano en toda la redondez del orbe, y no solamente a un hombre o grupo de hombres en particular.

—¿Y qué conclusión saca usted, señor Oblitas? —preguntó Felipe otra vez.

—¿Que conclusión final? —dijo aquél—. Pues muchas, y ninguna a un mismo tiempo. Cosas como éstas merecen muy larga consideración. No he de ser yo temerario para sacar de buenas a primeras una conclusión final, por más que sea usted quien me lo exija. ¡Y hay que ver las enormidades que uno escucha! Sea así o asá, habrá que tener en cuenta muchas cosas raras. Por ejemplo: es bien sabido que el hombre muerto practicaba con un alicate yo no sé qué vicios secretos, y se lastimaba con el alicate, creyendo que de ese modo podría refrenar esos vicios. Pero al fin, un día de esos se puso furioso, y tan furioso, que arrojó lejos de sí el

alicate y tomó una tenaza; y al día siguiente, tomó una llave inglesa; y al otro día, un yunque; y así sucesivamente iba acudiendo a otras herramientas, para practicar sus vicios al par que lastimarse con mayor saña cada vez; hasta que...

—¿Y cuál podría ser, finalmente, una conclusión al respecto? —interrumpió Delgado volviendo a preguntar con retintín, a sabiendas que con esto mortificaba a Oblitas.

—...hasta que, finalmente, al no poder hallar la herramienta adecuada para cumplir unas exigencias que iban en aumento —prosiguió diciendo Oblitas sin perder el aplomo—, el hombre muerto se volvió loco; y, en medio de su locura, se convirtió en aquella herramienta que él buscaba con tanto afán y que, precisamente, no había sido otra cosa que él mismo, o sea, su propia persona y nada menos. De ahí que el hombre pueda estar vivo y muerto a un mismo tiempo, como exactamente ocurre con un objeto cualquiera, que no vive ni muere. Ahora le diré que estas cosas dan en qué pensar, pues quien busca y no halla es aquel que quiere encontrarse; es aquel que quiere convertirse; antes que nada tendrá que tener otro cuerpo aparte del suyo, pero dentro del mismo cuerpo, de tal modo que éste pueda salir para enfrentarse con aquél. Pero luego, no podrá saber cuál es el verdadero; no podrá saber cuál de los cuerpos es realmente el suyo; y seguramente esta duda es una de las innumerables causas de la locura. Por tanto, vendría a ser aconsejable reducir el número de cosas en uso a lo estrictamente indispensable en la vida, a fin de evitar toda búsqueda que conduzca a la locura, y eliminar los adornos en el vestir y en la casa, previniéndose hasta el extremo de suprimir inclusive las cucharas, los tenedores, los cuchillos. Y, en fin, llevada la cosa a la exageración, habría que vivir desnudo, y no usar ni siquiera zapatos. A mayor número de cosas que uno use, mayor el peligro de convertirse de repente en una de ellas. Esa es la cuestión.

—Señor Oblitas: yo diría que, cuanto menor el número de las cosas de que uno se rodea —observó Felipe—, mayor será la cantidad de imponderables concentrado en éstas, y tanto menor el peligro de quedarse convertido en una de ellas, puesto que la correspondencia entre el número de cosas y la concentración resultaría en proporción inversa.

—No hay para qué llevar el asunto hasta ese extremo —dijo Oblitas—; no hay para qué sacarle punta a lo que no tiene, puesto que semejantes sutilezas, como la concentración de las cosas, los

imponderables y demás, pueden también conducirnos a la locura. Yo digo solamente lo que es cierto. Soy indio, y yo mismo no me dejaré mentir. ¿Acaso no es bien sabido que los de mi raza son enemigos de hacerse de cosas? Los indios, en su vida diaria, apenas si usan lo que es absolutamente necesario, siendo ésta la razón que yo daría si se me preguntara por qué ellos no conocen la locura. Los indios se callan; no saben explicarse nada, ni tampoco necesitan hacerlo, porque lo mucho que saben en su sangre lo llevan escrito. Las cosas no necesitan saber nada para ser lo que son. Lo que hemos leído y lo que hemos oído es todo lo que sabemos, pero somos incapaces de aprender las enseñanzas que continuamente salen de nuestros adentros, y en cambio los indios son muy capaces de hacerlo.

—Me deja usted admirado —dijo Delgado—; eso es hablar como un santo. ¿Por qué aprendemos solamente lo que está fuera de nosotros, y por qué no aprendemos aquello que está en nuestros adentros, sino porque tenemos miedo? Es amargo y también chistoso lo que dice la gente, según usted cuenta, sobre el hombre muerto y el alicate. Pues es verdad que la causa de la locura es el miedo de reconocerse y saber quién es uno. Cuando, de un momento a otro, llega uno a saber quién es, de tal manera se asombra, de tal manera se espeluzna, que se vuelve loco. Sin embargo, a la locura hay que dejarla que se esté; y para qué prevenir ni precipitar su llegada. Después de todo, yo no estoy muy de acuerdo, que se diga, con las razones que usted aduce al explicar la locura del hombre muerto, señor Oblitas. Usted se muestra intolerante con las sutilezas, y sin embargo es el primero en sutilizar. Si me incliné a seguirle la corriente, solamente lo hice con la intención de ver hasta qué punto se podía hablar en broma. En realidad, la locura es una especie de vejez: tarda, pero llega. Hasta se podría decir que es una predestinación que tan solamente la muerte pudiese impedir. Y algunas veces se presenta, como una enfermedad breve y benigna, sin hacerse notar siquiera, y luego desaparece: tal el caso de los hombres excepcionales. Ellos no se asombran ante el conocimiento de sí mismos y la tremenda sacudida pasa sin más. Aquel que tiene miedo de saber quién es, ése se vuelve loco, como en el caso del hombre muerto, a quien, según dice usted, el miedo de conocerse le hizo creer que se hubo convertido en una herramienta. En general los locos, atrapados por el deslumbramiento, se han apartado de la vida pero viven dentro de ella, y se quedan

fascinados en un mundo que cierra sus puertas a los que todavía no llegaron al trance peligroso de conocerse; sin embargo, son muy pocos los que conocen a un mismo tiempo aquel mundo deslumbrante y este mundo de sombras en el que nosotros vivimos, señor Oblitas. Cristo, Satanás, y alguna que otra alma buena y sencilla que camina por las calles, ellos son los que conocen ambos mundos. Por mi parte, yo quisiera decirme a mí mismo: " ¡La muerte impedirá que te visite la locura!". Sin embargo, la locura se adelantará a mi muerte, yo lo sé, y se quedará conmigo, y no se apartará de mi lado, aun más allá de la vida. Y le diré a usted, en secreto, lo siguiente: en realidad, ya comenzó a llegar hace tiempo, poco a poco; ya estoy acostumbrado a una locura que comienza a llegar y no llega.

Oblitas sonrió socarronamente y dijo:

—¿Y cuándo llegará, por fin? Yo le creo; pero me causa gracia lo que entiendo...

De pronto dio un salto y corrió a ver el anafe. En la caldera, el agua seguramente hervía desde hacía mucho rato, y ahora estaba rebalsando.

—¿Y cómo entiende usted las cosas para que le causen tanta gracia? —preguntó Delgado con suspicacia.

—Mejor habría hecho yo en decir que me causaba gracia lo que no entiendo —contestó Oblitas. Sirvió el té y añadió luego—: Y lo que no entiendo es esa manera, tan rara, de sacar las cosas a colación: usted viene sin decir nada, y de sopetón me pregunta que si yo creo en la bodega. Dígame: ya que se me hace una consulta, y en vista de la extrañeza que dicha consulta me causa, ¿acaso no puedo averiguar las intenciones con que se la hizo? Como no me gusta que se burlen de mí, yo quisiera que esto se aclare.

Felipe Delgado se quedó sorprendido ante la inopinada actitud de Oblitas, puesto que éste se ponía suspicaz tan sólo ahora, y contestó:

—Entiendo lo que quiere decir, señor Oblitas. Pero mi buena fe no puede ser puesta en duda. En fin, la confesión que le haré ahora, servirá para aclarar de una vez el asunto. Y es ésta: yo dudo que la bodega exista realmente. Tal como lo oye usted. Es una estupidez, yo lo sé. Y por eso mismo, me imagino que estoy loco. Ahí tiene usted; la cosa está clara; realmente, yo busco ayuda, una opinión, un consejo. Y aquí no cabe la burla ni cosa parecida.

—¡Bueno, ese es otro cantar! —Oblitas respondió con

jovialidad—. Si se trata de ayuda, cuente conmigo, en todo caso. Pero usted tiene una maldición, está condenado a sobrellevar esa maldición, y la cosa no tiene remedio. Por más que usted trate de negar la existencia de la bodega, y por más que entren en juego todos los poderes humanos juntos, no se podrá conjurar la maldición. Por más que usted no lo quiera, la bodega es el vacío. En la bodega se le ha manifestado a usted la maldición de un modo directo por medio del vacío. Como es natural, la diversidad con que se manifiesta la maldición está proporcionada al número de malditos. Sin embargo, la forma generalizada y universal de la maldición es el vacío; todo en el mundo es una manifestación del vacío, amigo; la vida misma es un signo del vacío hecho carne en este nuestro mundo. Yo le diré que el hombre se siente tentado por los huecos; teme al vacío, y sin embargo lo busca. Así, la maldición se presenta a cada paso, bajo la forma de un hueco; y el hombre quiere entrar no bien ve alguno; y cuando no puede hacerlo, entonces por lo menos tiene que meter un dedo... Como usted ha debido notar, en esta vida todo se reduce al deseo de entrar, lo que en realidad es un deseo de salir. Pero al mismo tiempo, el hombre tiene la manía de quedarse; y persigue sin cesar los huecos y se mete en ellos, como si no fuera suficiente el que se llenen por la ley de la vida. Ya ve usted; cuando nosotros, no contentos con ver el vacío, no hemos podido meternos en él, entonces metemos alguna cosa, una cosita, aunque más no fuese que con el pensamiento. Nos malhumora, nos preocupa, nos seduce, nos atemoriza el vacío; ¿por qué será? Yo lo sé, pero nunca lo diré: ¡ay de mí si lo dijese!, y por eso me contento con hablar por hablar. De por sí se llena lo que debe llenarse, con nuestra intervención o sin ella, usted es testigo. En este cuarto, por ejemplo, han entrado los muebles, todas estas cosas...

—¿Y dónde ha entrado el cuarto? —preguntó Delgado.

—El cuarto ha entrado en la casa, está usted viendo —explicó Oblitas—. Y la casa ha entrado en la manzana; y la manzana en la ciudad; y así sucesivamente. Pero, además, yo le diré que nada termina; todo se queda a medias. Nuestros dedos, nuestros cabellos, el mismo cuerpo, todo se ha quedado tal cual y ni siquiera termina, cuando debería de ser infinito. Por eso todo es una maldición. Ahora, refiriéndome al mismo problema, diré esto: usted ha entrado una sola vez en la bodega; y allí se quedará para siempre. Si cree usted haber salido, yo no discuto; pues sé que usted no está

aquí, sino allá, y no saldrá jamás. Y digo que la tal bodega existiría verdaderamente, aunque no fuera sino un invento de usted y no existiese en la realidad. Basta con inventar una cosa y creer en ella, para que ya la cosa exista; lo que existe en la mente es más real y más verdadero que lo que existe en la realidad, amigo; sólo se pone en duda aquello que existe, y una cosa que existe en la mente existe dos veces. Qué más puedo decirle, a no ser que la maldición que usted tiene encima no es precisamente la bodega misma, sino la imagen que usted ha forjado en un vano intento de comprender y desentrañar el secreto de la maldición. Sin embargo, este secreto quedará revelado al final; la muerte, acelerando su advenimiento, se manifiesta y se hace ostensible gracias precisamente a esa imagen. Ahora, si yo fuese un charlatán, o un pastor metido a salvar almas, le diría: "¡Aléjese de la bodega, tome el camino del bien!". Pero, como no soy ni lo uno ni lo otro, y como me llamo Juan de la Cruz Oblitas y soy lo que soy, es mi consejo que cumpla usted con su destino: jamás intente salir de la bodega, ni en broma.

—Así es, señor Oblitas —asintió Delgado con tono de convicción—. Efectivamente, no tengo la menor intención de salir de la bodega; no me moveré de allí, y allí estaré siempre, esté yo donde estuviera. Además, no hay para qué desesperarse por mejorar un triste estado. ¿Para qué buscar la alegría? Uno debe acoger con buen ánimo la maldición, como usted dice. Lo contrario sería tan absurdo como rechazar la alegría. En realidad, los diferentes estados de ánimo son un reflejo del mundo, de las personas y de las cosas, y nada tendrá uno que ver con eso siempre que se hubiera hecho conciencia. El verdadero equilibrio consiste en lo que equivocadamente se juzga como una falta de sentimiento. El suspirar, llorar o reír son actos reñidos con el equilibrio. Después de todo, quizá se podría llegar a una gran armonía a expensas de un equilibrio basado en el desequilibrio. ¿Digo mal?

—Bueno; después de todo, ¡vengan unas copas! —exclamó Oblitas inopinadamente y, sin más, se lanzó a la calle, y al poco rato se presentó con una botella en la mano—. Ay tata; es del buen aguardiente —comentó a tiempo que contemplaba la etiqueta, y luego de llenar dos copas dijo—: Algún día tenía que beber alguna cosita con usted, señor Delgado; sirvámonos.

No podía ser más insólito semejante proceder por parte de Oblitas. Delgado bebió; estaba asombrado por completo, y se

limitó a decir:

—Aunque fuese un mal aguardiente, siempre será bueno, si es usted quien invita. Se lo agradezco de todo corazón; yo me alegro muchísimo al brindar una copa con usted. Y ahora una cosa, señor Oblitas —prosiguió diciendo—: yo no sé si seré un demente; pero, le confesaré que se me vienen a la cabeza las cosas más extrañas. Por ejemplo, me imagino que los sueños comienzan al final y terminan al principio. Yo sé que esto es absurdo, tan absurdo como sostener que uno nace después de morir; y sin embargo estoy convencido de ello, y digo que el sueño, la vida, y todo lo demás, son cosas sumamente extrañas y sorprendentes. Usted me ha de comprender. Para hablar con claridad, diré que el dos viene antes que el uno, y que ayer fue mañana y mañana fue hoy. Qué le parece.

—Una broma —dijo Oblitas.

—Me extraña —replicó Delgado—. Usted no es de los que creen en el orden racional. El tiempo transcurre antes de haber transcurrido. Las cosas, para ocurrir, primero tienen que haber ocurrido; de lo contrario, jamás podrían ocurrir.

—Bueno —dijo Oblitas—; usted me marea. Pero debo aclarar lo siguiente: yo creo ciegamente en lo increíble; ahí tiene usted mi gran virtud.

—¡Mi beneplácito! —exclamó Delgado con entusiasmo y prosiguió diciendo—: El comienzo y el fin, allí donde no existen, sólo pueden manifestarse por el movimiento, como por ejemplo en la esfera. No podrá saberse la respectiva ubicación del comienzo y del fin, del cero y del infinito, del uno y el dos, mientras no se sepa si el movimiento es causa o efecto. Por el hecho de vivir nos apartamos del enigma, como las ondas se apartan de la piedra que cayó al agua y les dio origen. La existencia se refiere a un tiempo particular, y el tiempo es otra cosa, quién sabe qué. Sólo se puede incorporar la sincronía en la particularidad de la existencia a condición de que la vida se dé primero con el después y luego con el antes. No tenemos ojos para mirar el ordenamiento. Llamamos muerte a todo cuanto parece estar fuera del tiempo, y para referirnos a ella nos ubicamos "aquí", en lugar de ubicarnos "allá".

—Perfectamente; yo sostengo que morir es conocer, amigo, puesto que vivir es engañarse —dijo Oblitas con tono solemne; emitió un profundo suspiro y bebió de un trago su copa.

Ante la actitud asumida por Oblitas, Delgado se sentía halagado. Sacó unos papeles del bolsillo y dijo, con gran vehemencia:

—Quería expresarme de un modo poético sobre un tema parecido, señor Oblitas; la otra noche me puse a escribir un poema. Aquí lo tengo, y leeré una de sus partes en homenaje a usted. A ver qué le parece. No he corregido nada; pero valga la intención, de todas maneras...

—Muy honrado —dijo Oblitas—. Adelante, soy todo oídos.

Felipe Delgado, pausadamente y con voz clara, dio lectura al siguiente poema:

Los dedos de la profecía han dejado sobre la
faz de la tierra unas huellas,
en las que miramos nuestra humanidad como
envuelta por mares de sombras.
A tu lado está el sueño y allá te sitúas.
Te sitúas en oposición a ti, y te sitúas en
oposición al sueño en el centro del sueño,
para helarte con una luz que hará estallar los
dos mundos: el tuyo y el de la distancia.
Te sitúas al lado de ti para darte una muerte
enfrentando a la muerte colectiva,
y te sitúas en oposición a ti por un ojo, y por
el otro, en oposición al sueño que te salvará,
el momento en que te abandone la sombra
arrojándose al agua.
Dentro de seis mil años, el ser que ya se sitúa
allá donde te sitúas,
aparecerá con un latido allá donde te sitúas,
con un aire de sueño en el esmalte de tu
calavera.

De tal modo, Delgado concluyó la lectura, y ahora dirigió una mirada inquisitiva a Oblitas.

—Buena cosa ha de ser la muerte, como cosa que se ha vivido, que se vive y se vivirá —dijo éste—. Y cómo se ve que usted siente, sin importarle un comino el entender o no entender lo que escribe. Debe ser el caso de los grandes poetas, que escriben en trance y Dios sabe si hipnotizados. Cuál musa inspiraba a Goethe, ese alemán que no morirá nunca, y cuál inspira a nuestro Tamayo, el aymara que morirá al último, eso no se sabe, como tampoco se sabe

qué fuerza los nutre, qué luz los ilumina. ¿La mente? ¿El puro corazón? ¿El bien? ¿El mal? ¡Qué será! Ahora le diré que es gran revelación para mí este su poema, señor Delgado. El primero que conozco de su pluma. Y admiro cómo usted, pudiendo escribir y escribir, se obstina en no hacerlo, según ahora veo. Pues quien así procede, desperdicia unos méritos que le congraciarían con la Divinidad; y es bien sabido que ocupará en el reino de las tinieblas un lugar de desventaja y tardará muchísimo en alcanzar la suprema luz. En cambio, la alcanzarán de un solo golpe aquellos que escriben sin cansancio, como yo por ejemplo; usted sabe; yo escribo y escribo y escribo, me desvivo por mi obra magna; pues es cosa inaudita aquella mi obra...

—Intitulada, *De las tinieblas, humanas y divinas* —anotó comedidamente Delgado.

—Efectivamente; *De las tinieblas, humanas y divinas* —confirmó Oblitas con afectada indiferencia, mientras que se extasiaba en una suprema beatitud. Y añadió—: Así se intitula, efectivamente, dicha obra en gestación.

—Será una gran obra; no cabe duda —afirmó Delgado—; y así es la verdad aunque yo, por mi parte, tenga el temor de no poder llegar a leerla, por más que ello pudiese hacerse de un solo golpe, según ya me explicó su autor; cosa ésta que me hace pensar en la sincronía, cuya clave seguramente ha de revelarse en la obra...

—Entre otras muchas cosas —interrumpió Oblitas completando la frase—, así ha de ser; pero además, en mi obra, y por más que parezca raro que un hijo del país haya podido atreverse a ello, yo analizo, yo interpreto un mundo de problemas; así, por ejemplo: la inmovilidad del movimiento; el duplo de la multiplicidad como unidad de la unidad, y la unidad como duplo, denominadores secretos, y la proyección de los mismos en la cuadratura cósmica; el cosmos, burbuja mágica en el hielo infinito; por qué la burbuja se contrae, y por qué es el hielo infinito; por qué el Creador se desentiende de lo creado, y crea el hielo que, alimentando la creación, al mismo tiempo destruye lo creado; por qué el mago es destructor por esencia; el mago, agente de las leyes eternas, enemigo de las leyes humanas y, asimismo, de los inventos, y amigo de los descubrimientos, contribuye a la destrucción del mundo; por qué el mago se pone a prueba y, con el deliberado propósito de horrorizarse de sí mismo, elucubra utopías y por qué, de entre tales utopías, la favorita es la más temible y no menos risible, a saber, la

destrucción del Sol por el mago; ejercicios del mago, soportando una descarga equivalente a la locura de diez mil locos juntos; la acumulación de tiempo, la existencia, el curso de la luz: cuestiones íntimamente relacionadas con la pura apariencia; la filosofía curva o, si usted lo prefiere, la curvatura de la filosofía; y así cosas por el estilo, a cuál más crítica, amigo; una gran paliza a esos bichos y doctorcitos que todavía creen en aparecidos. El hombre que razona patea oxígeno; y no hay hombre que no razone; eso es lo malo, qué le parece. Yo ya no atino a vivir, dígame, a cada paso me tropiezo con la locura; como los locos son los más, a sus ojos ha de ser loco el que no lo es; yo, francamente, no movería un solo dedo por salvar al género humano. Qué hará el mago, digo mal: qué hará el hombre, para no darse cuenta de que no perdería nada, sino que ganaría mucho, destruyéndose de una vez a sí mismo. En fin: la entrada en las tinieblas es solamente el primer paso de un largo camino.

—Realmente —asintió Delgado—; pero ahora ya me imagino la cosa: aquí entra en juego la pura intuición, quizá un conjuro mágico en la confrontación de semejantes honduras, con las cuales nada puede la ciencia como tal. ¿Qué me dice usted?

—Así no más es la cosa —sentenció Oblitas.

—Yo me alegro —dijo Delgado—; no es poca cosa haber dado en el clavo hablando de una obra en términos de sincronía. La sincronía es un enigma, una cosa que me seduce terriblemente.

—Y buena que no —dijo Oblitas—, desde que en la concepción mágica, es la sincronía lo que se busca como punto culminante por excelencia. En el universo, creado y recreado, creándose y recreándose en la pulsación elemental de la sincronía, el enigma de la sincronización se revela por el movimiento perpetuo; y así, la infalibilidad se manifiesta en la previsión, porque el movimiento perpetuo es el signo supremo y perfecto de la previsión. La vida es ajena a la sincronía, es temporal, amigo, no tiene cabida en la naturaleza del universo; y sin embargo, ella entra en el orden de la previsión como un flujo en el que deberá sustentarse la infinita disolución de aquellas imperfecciones sin las cuales no podría darse la perfección. Cabe la suposición de que han de ser infinitas las formas con que Dios se manifiesta, y que el universo es apenas una de ellas. Así como es seguro que hay muchos universos y muchos infinitos, y no uno solamente, así también es seguro que hay muchas otras formas, absolutamente inconcebibles

por nosotros y en absoluto diferentes del universo, dimensiones insospechadas por completo, en un plan del que Dios no podría prescindir para hacer ver que El se mira a sí mismo y que, preveyendo la falibilidad a manera de restringir Su virtud creadora, El mira por la creación a fin de que ésta no se desborde en el caos o se pierda en la nada. Se puede decir que el universo no es sino una cortina; y de tal manera que Dios, que es Dios, ha querido compartir del instinto de conservación con el hombre, preservándose de mirarnos a nosotros a la vez que nos preserva de que lo miremos a El. Suposiciones que uno hace; sonseras y disparates que uno dice, amigo; y siempre para quedarse en las mismas, en el desamparo y la oscuridad del mundo —concluyó diciendo Oblitas.

—¡Tiene usted razón! —exclamó Delgado—. ¡Para nada uno encuentra explicación; las cosas son un misterio, por todas partes nos rodea la oscuridad! —y luego dijo, con un tono de inquietud que aumentaba por momentos—: Ahora yo le confesaré un secreto. Estoy triste porque estoy asustado; se trata de un olor, señor Oblitas. Yo siento un olor a nada y bebo solamente para sentir este olor, es lo que pasa. Las cosas desaparecen cuando bebo, y desaparece el olor que tienen las cosas. Cuando bebo aparece un olor, uno solo; como una cosa que no tiene olor. Las cosas que jamás se podrían mirar ni tocar se envuelven con este olor; y me martiriza el deseo de tocar y mirar lo que no se puede tocar ni mirar. En realidad, no le miento; un don misterioso se posesiona de mí cuando bebo. Yo toco, yo miro con este olor lo que no conozco, lo que se esconde, lo que está más allá de mi alcance. Me emborracho y un olor a nada es todo lo que siento; y recuerdo que no puedo recordar alguna cosa de la que toda mi vida quise acordarme. Una especie de sangre aparece en mi boca con un olor que yo busco y no encuentro, y mi cuerpo tiembla por falta de un perdido júbilo; y entonces este olor me aqueja con un júbilo maldito, y me viene un gran frío, un terrible frío, y sé que este frío tiene un olor en mi cuerpo. ¡Y por eso yo, señor Oblitas, estoy aterrorizado, totalmente aterrorizado por el olor del alcohol y por el olor de mi cuerpo!... ¡Qué haré, qué haré, Dios mío! ¡Pero todavía tengo que contarle, no hay más remedio!

Y con esto, Delgado cayó pesadamente sobre la cama, gritando con desesperación.

—¿Y qué? —dejóse escuchar de pronto una voz.

Alguien había entrado en el cuarto; muy bien podía ser Peña y

Lillo o algún aparecido, tal como se hacía presente, del brazo de alguien que estaba de espaldas y que, efectivamente, sí era un aparecido, el cual exclamó a su vez:

—¿Y qué será? ¡Déjenlo que cuente!

—¿Que yo les cuente? —suplicaba Delgado—. ¿En verdad me dejan que les cuente? Escucho cuatro toques en los huesos, y un niño se oculta en la cama para tocarme. Viene de la oscuridad un médico que no cura, que cura de no sé qué enfermedad a una mujer que aparece, y le da cuatro toques en la espalda; entonces ella se agacha frente a un espejo, el espejo la sorprende agachándose, y entonces la arrastra y la hace echar sobre la cama, y la cose al colchón con cuatro puntadas en la barriga. ¡Ella matará! Con toda seguridad ella matará, en el patio donde me escondo; estoy en lo cierto; la veo salir del cuarto, y las puntadas no se lo impiden; yo entro en el cuarto, y pienso que no regresará; y no bien entro, ella también entra; ella salta; ella derriba un biombo; ella me escupe, lanza un alarido; me muestra los dientes, todos dientes caninos; y se abalanza sobre mí para estrangularme; cuando a esto, el médico aparece acostado al lado del niño y cosido a la cama; descubro que él no es quien aparece acostado en la cama ni está al lado del niño y cosido tampoco; no es quién para hacerse el cosido y dormido por no salvarme de la mujer que me estrangula; soy yo el que me hago el cosido y el dormido por no salvarlo a él; me imagino que la mujer me estrangula; la mujer cosida al colchón; la mujer tranquila a mi lado; me imagino que el niño me contempla; el niño de pie frente a la cama, el niño conmovido por las ficciones, él me contempla; me imagino que él se pregunta lo que yo pienso del médico; me imagino lo que yo pienso de mí; me imagino que el médico puedo ser yo, y lo que el niño piensa que yo me imagino; bueno pues, acabo de contarles todo; ¿qué les parece? —preguntaba Delgado—: ¿Qué les parece todo esto?

—¿Qué ha de parecernos? —dijo Peña y Lillo, el cual podía ser el aparecido—. ¿No serán tus inventos?

—Pues yo también diría que son tus inventos —secundó el aparecido—; y cualquiera diría lo mismo.

—¿Y por qué han de ser mis inventos?

—Han de ser, porque eso es demasiado raro; ni siquiera puede ser un sueño, y más bien parece una composición —dijo el aparecido.

—¿Con que es demasiado raro y ni siquiera puede ser un

sueño? ¿Y con qué objeto habría yo de inventar una composición?

– ¡Con objeto de deslumbrarnos! –replicó con sarcasmo el aparecido, el cual podía ser Peña y Lillo.

– ¡Deslumbrarlos! –exclamó Delgado–. Nunca se me hubiera ocurrido que ustedes pudieran deslumbrarse con semejante estupidez –los miró y dijo–: Yo estoy ofendido; ¿qué les pasa a ustedes?

–Estamos deslumbrados, es lo que nos pasa –contestó el otro, con amable sonrisa.

–Así es la pura verdad –afirmó el aparecido.

– ¡Bueno; a mí qué me importa que se deslumbren ustedes! –dijo Delgado con exasperación y, dirigiéndose a Oblitas, preguntó–: ¿Y usted qué me dice a todo esto, señor Oblitas? ¿Tomamos unas copitas, y tiramos unas bolitas a las cholitas?

– ¡Qué copitas ni qué cholitas! –dijo Oblitas–. Aquí todo el mundo se deslumbra, y todo es beber y beber. ¿Qué cositas puedo decir y qué cholitas puedo admitir, si nadie me deja dormir y no sé resistir?

– ¡Qué bien habla usted en verso, señor Oblitas! Lo felicito; y cuanto más me alegro, tanto más me deslumbro –exclamó Delgado con evidente sinceridad.

Y de pronto se sintió oprimido por una extraña pesantez. Delgado no podía gritar, y tampoco podía moverse. Y no obstánte su cuerpo se deslizó hacia un lado de la cama, dando campo a la pesantez que, sin embargo, continuaba oprimiendo a Delgado, el cual sentía su cuerpo como despojado de sí mismo y repartido en dos cuerpos, con una segunda pesantez que había surgido, tal como si ésta se hubiera desprendido de aquélla y la una y la otra correspondieran al cuerpo desdoblado. Si se desvanecía la pesantez en este cuerpo, el otro se volvería ingrávido y viceversa; entonces Delgado habría muerto, él lo sabía, y por eso hacía terribles esfuerzos para mantenerse completamente inmóvil, y al mismo tiempo luchaba contra una formidable fuerza que le incitaba a moverse mientras se hallaba en una profunda inmovilidad, sumergido en el silencio y la disolución y atrapado por la doble pesantez que gravitaba sobre uno y otro cuerpo. En cualquier momento, cualquiera de ellos podía identificarse con el otro, por fuera o por dentro. Perdida la noción del verdadero cuerpo, en medio de la pesantez que se dejaba sentir dondequiera que este cuerpo y el otro se hallasen, Felipe

Delgado, vagamente y con angustia, recordaba un sueño; él era una mosca, sin saber cuál, entre miles y miles que se posaban sobre un pretil, al borde del abismo. Sin embargo, ahora no soñaba; sabía que estaba despierto. Se vislumbraban a sus ojos algunos objetos en el cuarto. Escuchaba una respiración: se desesperaba por llamar a Oblitas, el cual dormía; cuando a esto, vio que se levantaba repentinamente de la cama, dando un salto, y se precipitaba en dirección a su lecho.

En efecto, Oblitas había despertado por un grito que, en aquel preciso instante, profería Delgado.

Ya amanecía; Oblitas estaba tan sobresaltado como el huésped; hasta bien entrada la mañana, ambos se pasaron en mil conjeturas sobre este sucedido.

Al cabo, Delgado se fue como de costumbre a la bodega –mas esta vez hubo de ocurrirle cierto incidente harto significativo, el cual queda referido a continuación.

En efecto, avanzaba Delgado por la avenida Pando en dirección a la calle Inquisivi, cuando a esto, se acercó a un señor que pasaba por ahí, y con todo respeto, le pidió un fósforo para encender el cigarrillo que tenía entre los labios. Tratábase de uno de esos señores bien vestidos, que acostumbran llevar los guantes en una mano, como un ramillete de flores. Y seguramente se sintió ofendido por el requerimiento del desconocido, a quien miró de pies a cabeza y, por toda respuesta, apartó con un empellón, tal como se procede con un pordiosero. Felipe Delgado reaccionó violentamente; se arrojó lleno de ira sobre el ofensor y le dio dos sopapos, y luego lo acogotó, tratando de estrangularlo. Dos gendarmes que pasaban por ahí pusieron fin a la pelea, y llevaron preso a Delgado; era éste un demente, un pordiosero, que cometía atentados criminales en vía pública, según la denuncia que cursaba en la policía –y eso fue todo. Sin embargo, sirvió para que el interesado reparase de una vez en su estado: estaba hecho un pordiosero, realmente. Los pantalones desgarrados, la camisa en pedazos, el saco rotoso y mugriento, los zapatos destrozados, la falta de calcetines. ¿Y cómo no haberse dado cuenta, sino tan sólo ahora, de algo tan notorio y ostensible? Pues tan sólo ahora, Delgado se daba cuenta de ciertas realidades que habían permanecido ocultas o ignoradas. Hacía rato que él no disponía de un centavo, en absoluto; y se puso a meditar en ello, llegando a descubrir que, prácticamente, vivía de la caridad. Una vez dilapidada toda su plata, ¿de dónde sacaba para

beber, a no ser las dádivas que, abierta o discretamente, le hacían llegar ya Oblitas, ya Peña y Lillo, ya el señor Beltrán, ya uno, ya otro borracho de buen corazón, y el bodeguero mismo, con lo arruinado que estaba, aunque fuese cierto que todos y cada uno lo hiciesen obedeciendo a un sentimiento de gratitud? Felipe Delgado se detenía a pensar y se preguntaba muchas cosas. Cuestiones que hasta el momento habían pasado desapercibidas, eran ahora motivo de preocupación y de pena. Felipe Delgado era ahora un pordiosero, ni más ni menos –y la gente solía llamarle "el loco de la bodega". Tan sólo ahora, se espantó y se horrorizó ante la grave amargura causada por una revelación que se ponía en evidencia, cuando caminaba por las calles con una lata a cuestas, en la que depositaba las sobras que algunas gentes caritativas tenían por costumbre guardar para él y para otros como él. ¿Pero, acaso le importaban a él estas cosas? Ahora sí que Felipe Delgado se igualaba a muchos de los clientes de la bodega, a quienes él había admirado. Y se avergonzaba y renegaba de sí mismo; estas cuestiones, según él pensaba, carecían de importancia; y no obstante, se sentía herido y apenado; he ahí una cosa que le hacía sentirse rebajado ante sus propios ojos. Con un sentido imparcial y crítico, comparó los propios harapos que él llevaba puestos por toda vestimenta, con aquella que llevaban otros. Por ejemplo, Oblitas. Claro que Oblitas tenía los botines con chafallos, el saco un poco luído, la camisa en malas condiciones y el sombrero deteriorado; pero estaba muy lejos de que nadie pudiera confundirlo con un pordiosero ni mucho menos. Además, tenía su buena platita, hacía sus negocios, y se ponía un hermosísimo poncho cuando le daba la gana. Y en general, tampoco tenía porqué no cuidar las apariencias. ¿Qué por qué no le hizo notar a Felipe Delgado la traza en que andaba éste? Oblitas dijo que a él no le importaba la traza; pues había que fijarse más bien en el peso del alma que no en los trapos, viejos o nuevos. Además, Oblitas citó la maldición, y se puso enigmático.

En realidad, muy poco tiempo había pasado desde el retorno de Antofagasta; unos dos meses a lo sumo; una transformación muy grande se había operado, insensiblemente, en un período relativamente breve. Era un extraño caso de aceleración, y de eso precisamente se trataba; a los ojos de Delgado, era sencillamente atroz. Era una cosa incomprensible por completo. Sin embargo, al no darse cuenta de nada, uno podía darse cuenta de todo

–Delgado no se contentaba ni dejaba de contentarse con este razonamiento, en realidad. Pues lo que le causaba preocupación no era su actual estado físico, su actual apariencia, o la caída vertiginosa que, en cierto modo, él ya había previsto, sino el hecho de no haber llegado a comprender nada en absoluto hasta ahora, según él suponía, pese a haber sido capaz de precipitar dicha caída y pasar muchas cosas por alto.

CAPITULO IX

Estefanic llegó hacia fines de octubre. Felipe había recibido oportunamente una carta enviada por el viajero anunciándole su llegada, y de este modo, él estuvo con toda puntualidad en la estación para darle la bienvenida. Aquél descendió con sorprendente agilidad de un vagón de segunda clase, maletín en mano y el tonguito verdoso, con la eterna levita raída. Además del omnipresente Peña y Lillo, también había acudido Oblitas, el cual dio encuentro a Felipe en la estación con el interés manifiesto de conocer al viejo amigo de éste.

Solamente gracias a una casualidad, Felipe se había acordado de un encargo que le hiciera Estefanic, fijándose en la existencia de cierto hotelucho, o cosa parecida, en el trayecto de la bodega a la estación, y resultó que ni siquiera era tal sino una mancebía que, en realidad, también hacía las veces de alojamiento accidental –para las parejas, se entiende. Un lugar carísimo, al que Estefanic tuvo que ir a parar quieras que no. Por cierto, éste se había impresionado muy dolorosamente a su llegada; el aspecto que ofrecía Felipe, y su estado, no era para menos. Gritaba y gesticulaba sin motivo. Ya en el andén, se le había reído en la cara al verlo acercarse con los brazos abiertos. Y luego, en el alojamiento, lo único que hizo fue pedirle plata y desaparecer sin más. En los seis largos días transcurridos desde su llegada, tan sólo una vez había ido a buscarlo, y eso muy de pasada, pidiéndole otra vez plata. Para el anciano, este proceder, esta indolencia, era algo muy penoso. Estefanic

se llenaba de pesar, y estaba abatido. Se sentía solo y desorientado, al fin y al cabo, y tenía la urgente necesidad de encontrar alguna modesta pensión de familia, velando por sus pequeños ahorros, ver la manera de ubicarse, tratar de conseguir un empleo donde se fuese.

Como si fuera poco, se sintió afectado, seguramente por la altura, y tuvo que permanecer en cama, prácticamente todos esos días. Sin embargo, su alarma y extrañeza por el estado de cosas le llevaron a tomar una resolución, proponiéndose dar con el paradero de Felipe. Y para ello no le quedaba más remedio que ir a la bodega, ya que aquél no le había dado su dirección y menos todavía Oblitas, el cual, por lo demás, habíase retirado discretamente después de saludarlo. La bodega quedaba en tal y tal lugar, según las vagas referencias que tenía Estefanic, quien al cabo descubrió que el así llamado "Palacio de Cristal", o sea el lupanar donde él se alojaba, estaba situado escasamente a unas tres cuadras de aquélla. En efecto, no le había costado mucho llegar al callejón Pucarani cuando ya, al encaminarse cuesta abajo, llamó su atención un gran vocerío; como eran pasadas las seis de la tarde, don Noé se había marchado, y ahora comenzaba la algarabía. Y Estefanic entró en la bodega, causando revuelo con su presencia peregrina. En tal trance, Felipe se puso a gritar de alegría y dio rienda suelta a sus despropósitos, comenzando por encasquetarse el tonguito del visitante, a quien presentó a sus amigos e hizo que se sentara a su lado. En seguida lo obligó a sacarse un anillo, del que jamás se había desprendido, y envió a Peña y Lillo a enajenar la joya; mas aquél se contentó con empeñarla por unas cuantas botellas de aguardiente, cigarrillos y pan.

El resultado neto de esta primera incursión había sido una borrachera general. El día siguiente, la prenda fue redimida, naturalmente que por cuenta de su dueño. Este se había plantado en la puerta de la bodega, resistiéndose a entrar; llamó a Peña y Lillo y le dio el dinero, esperando en la calle al emisario, el cual corrió a recuperar la joya. En conclusión, puede decirse que Estefanic, después de esta prueba de fuego, se vio frecuentando la bodega con alarmante asiduidad; y, sin que hubiera lugar a mayores quejas por el comportamiento de Felipe, inclusive quedaba establecido un tácito, un secreto y fraternal vínculo de simpatía entre el buen viejo y los aparapitas, quienes miraban con desconcierto al anciano rubio, de larga barba y tonguito, que mascaba coca al igual que ellos

y con la misma sabiduría y parsimonia. Por lo demás Estefanic logró encontrar, con la ayuda de Oblitas, un cuartito baratísimo que quedaba en el barrio donde vivía aquél; pero, conforme pasaba el tiempo, iba sintiéndose adormecido, víctima del embrujo que desde un comienzo ejerciera sobre él la bodega, y con sus ahorros consumiéndose insensiblemente. Desde un principio, decidió pensionarse por ahí cerca; incidentalmente, él pagaba la comida a ciertos amigos, como ser Peña y Lillo, el señor Beltrán y algunos otros.

En general, se recogía temprano, después de beber unas copas; algunas veces se quedaba hasta tarde de la noche y otras, íbase con Felipe y Peña y Lillo a casa de Oblitas. Oblitas, lejos de fastidiarse, se mostraba hospitalario y tolerante, y bebía con ellos un buen té que él mismo preparaba.

Una noche de esas, Estefanic se había puesto un poco triste, y exclamó:

– ¡Dios mío, todos se han muerto! Digo que todos, Felipe de mi alma, y me refiero a tantísimos seres queridos. Ellos viven en mi corazón, y su recuerdo me duele. ¿Qué será de Apolinar Borda? ¿Se habrá muerto, o vivirá todavía? ¿Y que será del doctor Armando Sanabria, a todo esto? Ya en Antofagasta, yo tenía interés de verme con él, y en fin, proponerle algún negocio, según te lo dije. Y yo no sé qué hago hasta ahora que no voy a buscarlo.

Felipe se acordaba muy bien de Sanabria, pero no sabía dar razón de su paradero, según dijo; seguramente, se estaría sin mayor novedad en su caserón de San Pedro.

–Habrá que ir a echarse de menos de ese gran amigo –declaró Estefanic–. ¡Me gustaría mucho saludarlo! El atendió a tu padre en los postreros momentos; tú sabes, la muerte está rondando incansablemente, en casa y fuera de ella. ¿Y tu tío Apolinar? ¡Apolinar Borda quizá no ha muerto, digo yo! ¿Y qué dices tú?

–Yo digo que se está –dijo Felipe–. Mi tío Apolinar todavía vive. Mi estimado señor Oblitas es quien tiene la palabra al respecto –añadió dirigiéndose al nombrado.

El cual dijo:

–Rara vez se ha vuelto a hablar de don Apo, y eso que gracias a él tuve yo la gran suerte de conocer a usted, señor Delagado. Y ahora que su nombre sale a colación, puedo yo asegurar a todos ustedes, en base a fidedignas informaciones de unos viajeros amigos míos, que este mi gran amigo sigue viviendo en las vecindades del

lago Titicaca; y tuve noticia de unos amoríos muy serios que el nombrado sostenía, no sé a punto fijo con quién ni dónde. Posiblemente en Puerto Acosta, o Santiago de Huata. Y más seguro todavía, en San Andrés de Machaca o en Jesús de Machaca, en alguna de esas comarcas, donde, y digo esto de pasada, los indígenas acostumbran decapitar a sus muertos, de modo que éstos no corran el riesgo de ser enterrados vivos. En fin; me dicen que allí don Apo es cautivo de unos amoríos...

– ¡Cautivo de unos amoríos! ¡Eso sí que es chistoso, señor Oblitas! –dijo Delgado.

– ¿Y por qué ha de ser chistoso, dígame?

– ¿Que por qué? La cosa es romántica, eso de los amoríos es digno de respeto; pero, al entrar en danza mi tío Apolinar, y nada menos que en el lago Titicaca, la cuestión es chistosa, en realidad muy chistosa.

–Ah, ya comprendo –dijo Oblitas con resentimiento–; ya se trate de don Apo o de quien se fuese, basta con perderse de vista y tener amoríos en el lago Titicaca, para que la gente se burle de uno y lo tilde de romántico. Y sin embargo estoy seguro de que lo único que a usted le hace gracia en este caso, es mi convicción, y la certeza rayana en el fanatismo; la firmeza con que yo, venga lo que venga, sé sostener lo que digo, ya se trate de amoríos o del lago Titicaca, ya se trate de don Apo o de quien se fuese. Pues para responder por ello está mi integridad, amigo.

–Para ser franco, eso es lo que me hace gracia, efectivamente –declaró Delgado.

–Así me gusta –dijo secamente Oblitas–: eso quiere decir que no me equivocaba. Pero le diré que su franqueza lo honra.

–Perdonen –dijo Peña y Lillo–: yo no conozco a don Apolinar Borda, pero me imagino que ya es demasiado viejo. Y por lo tanto no creo que pueda ocuparse de amoríos...

–Más respeto –dijo Oblitas con aspereza y luego exclamó–: ¡Cómo se ve que usted habla por hablar y no sabe nada de nada, siendo así que es tanto o más viejo que yo! ¡Por qué habrá gente tan procaz y tan grosera! A lo mejor a usted no se le para; lo digo estrictamente entre paréntesis; y así, todavía viene con insinuaciones irrespetuosas, como si todo el mundo no supiera que no hay edad para el amor y que, además, un viejo es infinitamente más diestro que un joven. El doctor Nicolás no me dejará mentir –añadió, dirigiéndose a Estefanic.

–Claro que no, don Juan de la Cruz –declaró aquél–: yo añadiría que nosotros los viejos alcanzamos una destreza envidiable, jamás soñada por los jóvenes.

–Así no más es, mi doctor –repuso satisfecho Oblitas–; así no más es; pero, sin embargo, en honor a la verdad, se debe reconocer que solamente hasta cierto punto ha de ser digna de envidia aquella destreza a que nos referimos. Iré francamente al grano. Yo tengo amoríos a cada paso y los he tenido, en el lago Titicaca y en el lago Poopó inclusive, sin que eso fuese motivo de risa ni de burla, dicho sea a propósito de lo que se hablaba denantes; pero, ahí tiene usted, yo no desearía ni a mi peor enemigo un mal tan grande como el de ponerse en mi pellejo. Me adelanto a lo que pueda decírseme en contrario afirmando honestamente que no es oro todo lo que reluce. Esta mi gordura no es tal, sino hinchazón. A la vejez el resoplido peculiar del placer carnal ya deja de ser un efecto natural para obedecer a varias influencias. Es grave la influencia neumática en el dominio de la magia, amigo. La operación se revierte, llenándose de aire el cuerpo y todas sus concavidades. A la edad provecta los placeres de la carne pueden causar una peligrosa hinchazón por gases pesados, yo le diré. Claro que la maldición salva; eso sí; pero el momento no es oportuno para referirse a tales misterios.

–Como usted habla con conocimiento de causa, no hay más remedio que creer lo que dice –observó Delgado con malicia y añadió–: Y como consecuencia puede afirmarse, con el debido respeto, que mi tío Apolinar se halla bajo el dominio de las fuerzas ocultas y está más hinchado que el demonio, con los resoplidos y alaridos que seguramente estará dando en estos momentos.

Oblitas torció la boca:

–Cosa fácil hacer un chiste sin chiste –dijo con gesto desdeñoso y añadió–: Yo no sé; pero semejante conversación no está a nuestra altura. Cualquiera diría que fuesen unos degenerados quienes hablan esta noche. De seguir así el tono, ya podemos caer en la obscenidad, amigo.

–Le doy la razón –dijo Estefanic y extendió sobre la mesa el atado de coca que eternamente guardaba en el faldón de su levita–. Esté yo triste o alegre, las benditas hojas me ayudan a vivir –añadió, y luego se puso a mascar ofreciendo su provisión a Oblitas.

–Buena idea –dijo éste y se metió a la boca unas hojas–; qué

gran idea para librarse de la vulgaridad.

—Hablando en oro —dijo Estefanic—, quisiera consultar con usted un asunto; algo muy raro me pasa desde mi llegada a La Paz. ¿Y qué será? ¿No será que me habré dado al aguardiente y me estaré volviendo un ocioso? Yo me vine de regreso a mi Patria adoptiva con optimismo, con alegría, guiado por el propósito de buscarme un empleo en alguna botica. Y ahora, aquí me tienen ustedes, señores, entregado a la bebida, pobre viejo sin rumbo ni esperanza, atribulado por tristísimos y negros pensamientos, agotando unos míseros ahorros acumulados a lo largo de muchas jornadas de trabajo y sacrificio. Perdonen la franqueza con que les hablo. Pero hay cosas que me causan mucha tristeza, cosas que no tienen nada que ver con mi situación precisamente, ahí está —se dirigió a Felipe y le dijo—: Hablando en oro, tu situación me preocupa mucho; no quiero lastimar tus sentimientos. Pero es increíble todo lo que ocurre. ¡Por favor, dejemos el tema por el momento; te lo ruego con el alma! Y ahora, yo no sé qué hacer; qué cambios, qué vida tan rara; no me hago pesar, las cosas están hechas, y aquí estoy con mi pobre persona, don Juan de la Cruz...

Delgado guardaba una actitud reservada, y miraba a Oblitas. Este se había puesto pensativo ante unas palabras cuya significación creía haber interpretado cabalmente, y dijo que la situación era confusa pero no alarmante, así que las cosas podían interpretarse en diversas formas bajo distintas circunstancias. Oblitas se mostraba cauteloso y, como si con esto quisiese darle a entender a Estefanic que el momento no era apropiado para abordar ciertas cuestiones, cuya solución, de un modo u otro, muy bien podría resultar en beneficio de todos, manifestó que él, en primer lugar, tenía por norma el cuidarse de la temeridad en sus apreciaciones; y luego, habiendo pedido a su interlocutor un poco de tiempo, según dijo, para madurar una opinión que estuviese a la altura de un problema cuya importancia saltaba a la vista, en seguida pasó a referirse al mismo en términos deliberadamente vagos y confusos, y hasta cierto punto humorísticos, señalando que las cosas se arreglaban con el tiempo y las aguas y que no había mal que durase cien años, etcétera, y que, por lo tanto, no había más remedio que esperar, siempre y cuando se tuviese la paciencia necesaria. Por lo demás, ¿acaso alguien podía sorprenderse ante el inexplicable embrujo que transmitía el Ande, si era cosa sabida que la conducta de un hombre que venía de la costa tendría que

variar radicalmente en el Ande? El doctor Estefanic no podía ser quién para escapar a semejante influencia, y a ella se debía, en gran parte, el cambio que éste sufría. Además, él, Oblitas, tampoco era quién para subestimar la influencia que podría ejercer el señor Felipe Delgado sobre aquellos que lo rodeaban, y tampoco Estafanic era quién para escapar a dicha influencia.

De este modo Oblitas, mostrándose muy seguro de sí mismo, había dado a la conversación un tono jocoso. Lo cual contribuyó a que Estefanic se sintiese confiado y tranquilo —pues de hecho, él ya había decidido intervenir en la vida de Felipe Delgado. Y se preparó a dar los primeros pasos, llevado por la esperanza de contar con la ayuda de Oblitas. El viejo, por otra parte, estaba amargado con su propia ingenuidad; algo que él mismo se reprochaba era el haber confiado en Delgado y haberle dado plata para ropa, a sabiendas de que no vería ni plata ni ropa por ninguna parte, y que aquél seguiría andando con sus harapos en las calles, como bandera. Estefanic, antes de nada, debía ver a su amigo el doctor Armando Sanabria. Era necesario proceder con cuidado y hacer las cosas callada la boca, al menos hasta que saliese algo en limpio. El dar con el paradero del doctor no fue nada difícil, puesto que conocía su casa. Lo difícil había sido tomar la decisión. Sin embargo, según le informaron en la casa, Sanabria estaba de viaje; y la entrevista no se produjo sino al cabo de algunos días.

El doctor Armando Sanabria, con el tiempo, había dejado el ejercicio de su profesión; y ahora el hombre adinerado, el veterano especialista del Hospital General, el viejo catedrático de la Universidad, el viudo (pues lo era) y el antiguo minero, habíase metido en los negocios con renovado brío. Con gran tacto, había dado nuevo impulso a ciertos proyectos que ya tenía entre manos; había adquirido acciones en varias empresas; puso capitales en algunas industrias, y luego, oliendo la proximidad de la guerra con el Paraguay, había volcado grandes recursos en aras de una mayor producción en sus fincas del Altiplano, con gentes de absoluta confianza a cargo de la administración; y al mismo tiempo, en una brillante operación de permuta que le jugó al Gobierno, se había visto dueño de unos hermosos terrenos en la urbanización de Miraflores, a cambio de una finca abandonada del Altiplano (de gran riqueza potencial, es decir: absolutamente improductiva), y había vendido como cosa completamente aparte las cien y más llamas sin las cuales el valor de la finca se reducía precisamente a

cero. Y en fin, al insuflar nueva vida a unas minas de wolfram y estaño y usufructuar pingues beneficios, entregando tranquilamente a sus apoderados el manejo de una gran parte de sus intereses, Sanabria acumulaba riquezas sin hacer nada, y podía causar envidia al más potentado. En verdad, el doctor no amasaba una gran fortuna por el mero apego al dinero, sino que ello resultaba simplemente de un carácter activo y emprendedor, a lo que se añadía el afán de notoriedad. Y en efecto, dado que los filántropos suelen alcanzar la celebridad, él acostumbraba repartir importantes sumas en hospicios, asilos y horfelinatos, con gran aparato y ruido de bombos y platillos. Sin embargo no era necio, y siempre se mostraba devoto por una vida a la antigua. No tenía automóvil; no tenía palacetes; no era altanero; le disgustaba el lujo; miraba con desprecio a los que se morían por esas cosas modernas que, para él, eran fiel reflejo de la estupidez en cada época; defendía a brazo partido la tradición y se estaba, muy feliz y tranquilo, en su antigua casa de San Pedro. Pero, como no quería que el mundo se quedase sin saber quién era Armando Sanabria, y tampoco quería que se creyese que tan solamente era un simple filántropo y nada más, también se puso a escribir, abordando diversos temas relativos a la medicina, la espeleología, la teosofía, y la caridad humana, cuyos trabajos publicaba en suntuosas ediciones para su distribución entre notables personalidades en Bolivia y fuera de Bolivia, que figuraban en largas nóminas minuciosamente elaboradas. Así, Sanabria disfrutaba de la vida, bajo algún resplandor perfectamente misterioso, que él creía percibir en la existencia; y quería sentirse importante en el mundo porque sabía que en realidad no lo era, debiéndose a ello, seguramente, sus veleidades literarias, sus inquietudes por la cultura, su afán por hacer el bien, sus aspiraciones de universalidad.

Cierta propiedad rústica, llamada Uyupampa (Pampa del Diablo), era como la niña de sus ojos; quedaba en las proximidades de la ciudad, y él solía retirarse allí, por temporadas, en busca de solaz, para meditar y para expandir su espíritu. Sanabria, el humanista, el teósofo, el científico, el hombre fino, el apasionado por la astronomía, encontraba allí profundas cavernas y agujeros, un cielo límpido, una quietud inmensa, la gloria del mundo.

Y de Uyupampa retornaba ahora precisamente, cuando se encontró con que un viejo amigo lo buscaba.

¿Sanabria era mayor que Estafanic, con cinco años por lo

menos? –se preguntaba este último y no podía creerlo. Sanabria estaba completamente calvo, y se había achicado notablemente en estatura, y ahora usaba anteojos; pero en cambio, se mantenía erguido, no tenía arrugas, y sus movimientos eran tan vivaces como antaño. ¡Este hombre respiraba salud y alegría!

Observábanse mutuamente asombrados los viejos amigos; y cada cual bromeaba sin temor de ofender al otro. ¿De dónde salía esta ruina? –se preguntaba Sanabria; éste se hallaba contento y miraba de frente; hablaba a gritos, con tono festivo: ¡Por lo visto, Nicolás Estefanic estaba lejos de poner el pie en el sepulcro! ¡Tanta nieve en el cabello, tanta nieve en la barba, por Dios, y sin embargo, qué gallardía!

Estefanic había sido recibido en el escritorio, no en el salón, y con esto, seguramente el dueño de casa quería demostrar y confirmar al amigo su afecto y su confianza. Con el secreto orgullo del hombre sufrido, Estefanic, según él mismo podía darse cuenta, estaba muy por encima de cualquier pasión mezquina, y ahora sentía admiración por Sanabria, en el que miraba al hombre afortunado y triunfador. En realidad, el bienestar y la riqueza no tenían nada que ver con el esfuerzo, sino que se debían, casi exclusivamente, a los caprichos de la suerte. Y así se lo dijo.

–De todos modos, yo no he sabido asegurarme una vejez tranquila –añadió–; mi vida ha sido una desgracia, usted ya puede ver, una continua sucesión de descalabros, de fracasos, todo por mi mala cabeza. En cambio, usted...

Y bajó los ojos con mansedumbre, al verse interrumpido:

–Pues bien, así es la cosa, todo es cuestión de suerte; de la estrella con que uno nace –Sanabria miraba con ojos relucientes, hablaba con rapidez y con tono de modestia, casi de humildad, y acentuaba sus palabras con movimientos bruscos de las manos, que a ratos se juntaban en actitud contrita–. Culpa nadie la tiene –prosiguió diciendo–; unos disfrutan de sobrados recursos, y otros no disponen de nada en absoluto. Conozco hombres que toda su vida han trabajado sin descanso y que, sin embargo, no tienen dónde caerse muertos, mientras que hay gente que vive en palacios, sin merecimiento alguno y sin haber trabajado nunca –llamó al pongo e hizo traer coñac para brindar con su amigo.

Ahora Sanabria se mostraba muy elocuente.

¿Se avergonzaba don Nicolás de su actual condición? Pues no tenía porqué. Ahí estaba él, Sanabria, para rendir homenaje al

fracaso y la frustración que, después de todo, también tenían un lado positivo. Viéndolo bien, ¿qué significaba el dinero, sino una oscura y estrecha tibieza al amparo de cuya sombra se ocultaban medrosos y viles el egoísmo y la cobardía? ¿Y qué significaba el bienestar material, frente al conocimiento íntimo de la humildad y la paciencia en una vejez bien ganada a lo largo de una lucha terrible con la gravedad del infortunio, en años y años de dolor y desamparo? ¿Acaso él, Sanabria, ignoraba que Estefanic se había matado trabajando toda su vida en busca de la buena fortuna? Sanabria deseaba compartir de su bienestar con un amigo tan querido; y si éste se negaba, él no tendría más remedio que sentirse culpable.

Estefanic, por su parte, quizá se avergonzaba, pero no se quejaba; por el contrario, reconocía que, de haberse conducido con un poco de sensatez, a estas horas estaría gozando de algún desahogo —recordó que a cada cual le sucedía lo que se merecía, se puso triste, y, animándose en seguida, declaró que no se arrepentía de sus actos, por más que éstos lo hubiesen conducido al descalabro. Incidentalmente, pasó a referirse a Felipe Delgado; el motivo principal de su visita, por supuesto, consistía tan sola y exclusivamente en echarse de menos de su viejo amigo Sanabria, al que tenía la alegría de encontrar vendiendo salud y en pleno goce de sus facultades, cosa que por desventura no con todos ocurría, y menos aún con el joven Delgado, precisamente; pues éste se encontraba en el más lamentable estado de degradación, y sin que nadie en el mundo hiciese nada por arrancarlo de la desgracia. ¿Cómo podía explicarse el que Sanabria no lo hubiera visto por ninguna parte? Pues bien; sólo por los azares de la vida, Estefanic había tenido oportunidad de conocer de cerca la situación del aludido. Sanabria se quedó perplejo: ¿Un ataque de locura, Felipe? ¿Y paseaba su ruina en las calles con una lata en la mano, como los mendigos? ¿Y se dedicaba a beber en el rincón de una bodega? Sanabria no salía de su asombro. ¿Un señor Oblitas acogía en su casa a Delgado? ¿Y acaso no era cristiano, para fomentar la degradación de una persona decente? ¡Ah!, ¿era brujo? ¡Pues entonces, seguramente el brujo le haría algún maleficio! ¿Y qué remedio proponía Estefanic? Sanabria se consternaba con el relato; por supuesto, él estaba en condiciones de socorrer al hijo de su difunto amigo Virgilio Delgado; para algo tenía que servir el dinero, y, en este caso, bien valía la pena emplearse a fondo y agotar todos los esfuerzos.

—¡Pero en primer lugar, yo estoy avergonzado hasta no más! —exclamó Estefanic inopinadamente—. ¡Haría mal en negar que yo mismo estoy en garras de la bebida, a mis años, y la verdad sea dicha! —y luego añadió—: Claro que un pobre viejo como yo, ya nada puede esperar de la vida; he vivido por demás, nada me importa. En cambio, el joven Delgado tiene la vida por delante... El haberse visto sin un centavo después de dilapidar una fortuna no significaría nada, teniendo en cuenta lo que le espera si sigue con esa vida atroz.

Estefanic se declaraba culpable; él tenía el valor de reconocer que él mismo compartía con el pobre joven esa vida atroz. ¿Qué otra cosa podía hacer, después de todo? Felipe estaba solo y desamparado, y le causaba mucha pena. Y así él, Estefanic, no podía negarle su compañía, ya sea en la bodega o donde se fuese, junto a unos borrachines sin esperanza ninguna en esta vida, quienes infundían espanto con su sola presencia; pues él no era un vicioso, no era un borracho, y solamente por un sentimiento de solidaridad se había visto en trance de beber todos los días, abandonándose a la indolencia.

Y con tono apremiante exclamó:

—¡Claro que no es tarde para buscar una salvación, es hora todavía, doctor Sanabria! ¡Nunca es tarde para tender la mano a un amigo!

Sanabria estaba enternecido, y, según dijo, él consideraba como un deber el poner remedio a una situación que no podía menos que causarle pesar. Confiaba en que sus intenciones alcanzasen el buen fin que se merecían; agradecía y bendecía la hora de tener una oportunidad para hacer el bien... Pues Estefanic no debía olvidar que él, Sanabria, aparte de ser un amigo a toda prueba, era también un médico de vocación, indiscutiblemente, y como tal, estaba siempre dispuesto a socorrer y ayudar y se esforzaba por salvar al prójimo, entablando una lucha sin cuartel contra el dolor y contra todas aquellas desgracias que se oponían a una vida amable y llevadera.

Estefanic buscaba palabras solemnes y grandilocuentes para expresar la gratitud que él sentía y luego, en medio de su confusión, se apresuró a poner en claro ciertos juicios que seguramente por culpa suya se había formado Sanabria con respecto a Oblitas, los cuales no correspondían a la realidad, pues sin duda, él no supo explicarse como era debido, desde que Oblitas, si bien era brujo,

estaba lejos de hacerle maleficios a Felipe, a quien estimaba en alto grado y quería de veras, y a quien ayudaba a su manera y en la forma que buenamente podía. Y esto era algo que le constaba a él, Estefanic. Por lo que se refería al dolor, cuyo tema habíase dignado tocar el doctor Sanabria en su doble calidad de amigo y médico, él adoptaba la actitud del intelectual, una actitud más o menos pesimista, poniéndose al lado del filósofo que cantó la excelencia del dolor como suprema fuente de los bienes espirituales. En seguida advirtió que estaba disparatando al sostener semejante concepto, por el cual se desvirtuaba ese angustioso pedido de auxilio que él mismo había formulado en la presente entrevista precisamente; y entonces dijo que, en realidad, los filósofos vivían en otro mundo y no pensaban como pensamos todos nosotros los mortales. Y luego bebió su coñac –que seguramente era el sexto.

Sanabria se divertía y, por otro lado, se gratificaba con un secreto encanto frente a la profunda emoción que su amigo manifestaba, mientras que éste, a quien se le iba la mano en las copas, se confundía de pura gratitud y ya ni sabía lo que decía.

– ¡Ah, los filósofos! –exclamó el doctor riendo–. ¡Los filósofos no son humanos, de ello no cabe duda! –bebió un buen trago y clavó una larga mirada sobre la copa que sostenía a la altura de sus ojos–. Pero ahora, ¿qué hacer, concretamente, en favor de nuestro joven amigo? –dijo al cabo poniéndose serio–. Si es que el dinero fue la causa de su perdición, ¿podría servir ahora para su salvación? Según y conforme, y todo queda en veremos, ésa es la cuestión. Y cuando aquí se imponga un remedio drástico, una medida radical, de mil amores haré lo que se fuese, por doloroso que sea, con tal de redimir al hijo de mi difunto amigo Delgado. ¿Qué tal sería traerlo a casa, con engaños y, ¡cataplúm!, encerrarlo bajo de llave? ¿Y qué tal si le proporcionamos una sinecura en algún Ministerio? Nada tan fácil para mí, que puedo apretar cuando me da la gana excelentes resortes con mis relaciones en el Gobierno. ¡Pero qué digo!, cuando sería mil veces preferible pasarle su buena mensualidad y no pedir favores, buscarle una novia, ahí tiene usted, y hacerlo casar. O mandarlo al exterior; allí hay institutos de rehabilitación para los desquiciados, para los inadaptados. O bien, aislarlo en mi propiedad de Uyupampa, donde llevaría una vida sana, en el campo, al aire libre.

–Sería lo mejor –comentó Estefanic–. Esto no debe olvidarse: para suprimir el efecto, se debe suprimir la causa.

–Pero fíjese –dijo Sanabria–, en conclusión, mi criterio es el siguiente: no se podrá hacer absolutamente nada hasta no haber conversado detenidamente con él. Y todavía más: quizá sea necesario hablar con ese señor Oblitas. Tal vez, en último caso, tengamos que acudir a él, e inclusive valernos de sus brujeríos si es cierto que el fin justifica los medios. Y qué broma: a mí me escuecen las manos por remediar de una vez el asunto; ante todo, me gusta ver la felicidad de los demás, créame... Así pasa; y tenemos que saber a qué atenernos; las conjeturas se oponen a la acción y, mientras tanto, las cosas toman cuerpo. Por eso, en primer lugar, se impone una conversación con Felipe Delgado; usted podría traerlo aquí, con cualquier pretexto. Y ya veremos lo que dice, para tomar las medidas del caso. A grandes males grandes remedios. ¿Qué le parece? ¿Está bien lo que propongo?

Estefanic estaba de perfecto acuerdo. Más feliz no podía estar, y se comprometió a venir con Felipe Delgado en el curso de los próximos días. El primer paso estaba dado; él se daría maña para obrar en consecuencia. Sanabria, de un modo muy diplomático, le ofreció una contribución destinada a los gastos que, forzosamente, tendrían que hacerse en el cumplimiento de aquella misión, según él sostuvo, y le rogó encarecidamente aceptar el ofrecimiento. De un cajón del escritorio sacó unos cuantos billetes fuertes. Con grandes miramientos y muchos peros y remilgos, Estefanic puso la plata en su bolsillo –ya lo sabía, era una bonita suma.

Finalmente Sanabria, a tiempo que le expresaba sus mejores deseos por el feliz término de la importante misión, le comunicó cierta noticia, recomendándole empero no dijese nada a Felipe Delgado, por obvias razones. Pues se trataba del fallecimiento de Lía Delgado, ocurrido –según declaró– hacía pocos meses.

CAPITULO X

¿Estefanic había logrado ponerse en contacto con el doctor Sanabria? He aquí una noticia que Felipe Delgado recibió con desagrado y extrañeza. Pues él suponía que, así como él vivía en el olvido, así también deberían vivir los demás, y le causaba inquietud el que todavía se estuviesen ciertas gentes en un mundo que, para él, estaba ya en el olvido. Sin embargo aceptó la proposición que, con todo tacto, le hizo Estefanic, y no puso reparos en ir a visitar al viejo amigo de su padre.

No obstante que estaba en antecedentes sobre el estado de Felipe, Sanabria se llevó un susto ante el aspecto de aquél, quien se presentaba del brazo de Estefanic manifestando a gritos una cosa que quería ser alegría, y ahora no tuvo más remedio que soportar con resignación unos reiterados abrazos y unas fuertes palmadas sobre la espalda.

Pero en todo caso, se daba cuenta de que una actitud pasiva no podría ser, ni mucho menos, un buen comienzo para lo que se había propuesto un hombre bondadoso como él, y que, en esta oportunidad, era necesario mostrarse severo y aplicar a grandes males grandes remedios, pues él tenía presente, como médico, que el cortar por lo sano era lo mejor. Y de este modo, cambió bruscamente de actitud y, dirigiendo al huésped una mirada glacial, mientras movía la cabeza de un lado al otro, de sopetón dio comienzo a una tremenda filípica y le espetó unas cuantas verdades con formidable energía, con tono brutal y casi iracundo, oportunidad que, por lo demás, él aprovechó en beneficio de la fraseología altisonante a que era tan afecto.

¿Felipe se consideraba un hombre, por ventura, y era un hombre lo que él, Sanabria, tenía en frente de él? ¡No, no! Este no era un hombre: y ni siquiera un infeliz, pues un infeliz todavía podría avergonzarse de sí mismo. Era un cínico, un desvergonzado; era una especie de bestia que hallaba placer al escarnecer el don de

la vida y emporcar la dignidad humana. ¿No maldeciría Virgilio Delgado, si se levantaba de la tumba, la hora de haber engendrado este ser ignominioso? Hay seres que manchan lo que tocan, y no merecen haber nacido: su presencia es un ultraje para el mundo. Y tampoco merecen, no se diga ayuda, pero ni siquiera compasión o caridad... ¿En qué hora fatídica, en qué aciago momento se habría dejado llevar Felipe Delgado por el camino de la abyección, dilapidando sin piedad una fortuna que era fruto del incansable trabajo de su pobre padre? ¿Quién sería aquel que no huyera al sólo verlo, si él, Sanabria, estando como estaba familiarizado con la miseria y el horror humanos, no podía soportar el espectáculo ofrecido por este hombre? En tratándose de un desconocido, la cosa habría sido distinta; pero, ¿acaso Sanabria no iba a mirar con ira, jamás con pena, a este ex–hombre, a quien él había conocido cuando niño, y más aún si era el hijo de un noble y digno caballero? ¿Y qué podía esperarle a un personaje que tan sólo gracias a la Divina Misericordia conservaba la figura humana; qué podía esperarle a esta miserable piltrafa, a no ser el manicomio, la cárcel, el patíbulo?

Felipe Delgado escuchaba en silencio.

Sanabria gesticulaba con ademanes exagerados y daba unos brincos, yendo y viniendo de un lado al otro en la habitación. Ahora, con aire abrumado, se dejó caer sobre un sillón y miró alternativamente a sus visitantes, y luego los invitó a sentarse, con un gesto conciliador.

–Señores: he sido demasiado duro, demasiado severo –dijo finalmente, pero no podía ocultar una enorme y secreta satisfacción–; quizá fui muy lejos, y lo reconozco; pero a veces, por el propio cariño, por el propio afecto, uno se porta como me porté yo. No he tenido la menor intención de insultarte –añadió, dirigiéndose a Felipe–. Sin embargo, algo de lo que dije es en cierto modo la verdad. Pues yo soy un hombre de bien, y como tal, quiero hacer el bien. Y tengo el firme propósito de salvarte, de sacarte a flote. Pero debo contar con tu buena disposición. Y esa disposición sólo se hará evidente por un apasionado deseo de enmienda. Don Nicolás ha de prestarnos su ayuda, me lo ha prometido. Ahora, siempre que no se nos venga encima alguna maligna oposición, alguna insuperable oposición, yo tengo la plena seguridad de triunfar, porque el esfuerzo común es mucha cosa.

Sanabria dirigió una significativa mirada a Estefanic; a su vez

éste miró a Delgado.

Delgado se mantuvo callado por largo rato; al cabo dijo, con firmeza:

—Doctor Sanabria: le doy las gracias respetuosamente. Pero la cosa es que no tengo intención de cambiar mi forma de vida. Nadie tiene por qué salir a flote. Yo estoy hundido desde que nací, al igual que ustedes mismos y que todos. No hay para qué hacerse ilusiones. Aquel que por su propia voluntad se ha hundido, no tendrá cómo explicar por qué lo hizo. Pero además, tampoco tiene por qué dar explicaciones. Yo deseo mi hundimiento, y mi caída me importa solamente a mí. Me he visto en la miseria. Soy un borracho, soy un harapiento; nada espero del mundo. Pero al mismo tiempo, nada me interesa más que el mundo. Frente a estas realidades, ¿qué puede significar el trabajo, qué puede interesar la plata? A mí no me interesa la plata, no me interesa el trabajo. ¿Qué es el trabajo, y para qué se trabaja? Para engordar; en realidad, para nada. Los que trabajan lo hacen por cobardía, doctor Sanabria, y perdone la franqueza. Yo vivo; aquel que vive no tiene la culpa de vivir; pero la tendrá si es que así lo quiere, como yo lo he querido, por el solo hecho de haber elegido con valentía un camino y no haberme apartado de él. Y eso ya es algo que vale la pena y que justifica la razón de vivir, si es que la hay.

—Tú —dijo Sanabria— tienes el prurito de fantasear, y hablas como los degenerados creyendo que lo haces maravillosamente, cuando sólo tienes metidas en la cabeza unas cuantas porquerías que ni siquiera tú mismo entiendes. Yo creo tener alguna autoridad moral sobre ti, ya lo dije, y traté de hacerte entender que vives engañándote a ti mismo. Y así te irá mal; eres joven, y por eso te lo digo.

—¡Seguramente me irá mal! —exclamó Delgado—. Usted puede decirme todo lo que quiera, yo no me daré por ofendido, créame. Pero le ruego escucharme, y ya después podrá seguir adelante con sus reproches. Al fin y al cabo, hay gente que ni siquiera tiene quién le diga nada. Yo sé lo que me espera, sinceramente se lo digo, y me quemo a solas, sin que nadie lo sepa y sin decir nada a nadie ni quejarme. Me quemo en silencio y soy humilde, yo me quemo y así lo decidí, en vista de la vida. Todos nos quemamos, sin excepción, pero cada cual lo hace a su manera, y sálvese quien pueda. Es perder tiempo meterse a salvar a los demás.

—¡Caramba, a ese paso te quemarás realmente, y arderás!

—Claro que sí; es precisamente eso lo que yo busco. Usted es un profeta; pero debe dejarse de mirar desde muy arriba a los humildes. Es usted un simple espectador, no un protagonista. Muy a mi manera, de un modo muy mío, yo me propongo dar un ejemplo. Usted debería seguir mi ejemplo. Pero me dicen que usted es un benefactor de la humanidad. Un filántropo. ¿Por qué no comprender que no todos pueden darse ese lujo? Una bodega es mi hogar y no me muevo de allí, y mientras contemplo la vida me acabo silenciosamente. ¡Déjeme estar allí! Todo lo que no pude realizar, mi hundimiento, mi humildad, mi paciencia: ahí tiene usted, a eso se reduce mi paso por la vida. Para los que me rodean y para los que hicieron mal en nacer porque manchan lo que tocan, para todos ellos, mi ejemplo será edificante. En la oscuridad de mi existencia, al fin y al cabo amé y sufrí, y acepté el infortunio con mansedumbre y valentía.

—¿Mansedumbre? ¿Valentía? —dijo Sanabria irónicamente.

—Yo hubiera podido ser un buen arquitecto, por ejemplo —prosiguió Delgado sin hacer caso—, o un buen abogado o, con toda seguridad, un buen pianista, y nada me costaría, aún en este momento, ser un buen librero. Pero me siento muy seguro de mí mismo en medio de mi propia ruina. Yo miro la vida y sufro, y no hay remedio; el vicio no es un remedio. El vicio es un secreto, el que sabe poseerlo se ha puesto en el trance de la santidad y, por eso mismo, difícilmente estalla. Tal vez el dolor y el vivir sean vicios, y mi afición al alcohol no lo sea. A lo mejor con el alcohol me defiendo del doble vicio del vivir y del dolor. Qué más se puede exigir de mí, si no puedo inventar la pólvora o la rueda. Qué puedo hacer, si estoy bien con lo que soy y no pido nada a nadie. Yo me siento humillado con la actitud de usted, porque a todo trance quiere salvar a la gente. El peligro es una cosa mía, yo no quiero deshacerme de él porque es lo único que me hace vivir. Pero ahora, doctor Sanabria, he hablado mucho, estoy con la boca seca, y le ruego invitarme una copa —Felipe encendió un cigarrillo y reiteró luego—: Una copa; una copita.

Sanabria respondió con amabilidad. Llamó al pongo y mandó traer coñac.

—Qué lejos estoy de criticar o condenar a nadie —dijo, asumiendo un tono cordial—. Así como hay gente que no bebe, ¿por qué no ha de haber gente que bebe? ¿Y cuando los unos son afectos al peligro, por qué los otros han de serlo? Ni para qué perder

tiempo en quisicosas, y más bien bebamos. ¡Hablando se entiende la gente! Yo te escucho, Felipe, y ten en cuenta esto: no quiero mortificarte o meterme en tus cosas. Allá tú con tu vida; es solamente la contrariedad que me causa el verte en un estado que no corresponde a tu condición lo que me ha llevado a ofrecerte mi ayuda, y conste que paso por alto tus alusiones ofensivas a mi persona, porque comprendo la exaltación de tu temperamento. En el fondo, no hay problema; todo es cuestión de comprender las cosas. Y lo que pasa es que tú te pones susceptible, creyendo que yo te mandé llamar con don Nicolás para escarnecerte y ponerte en vereda, o que sé yo, pero no hay tal; tú no eres un chiquillo. Es cierto que él me ha explicado con todo detalle tu situación, pero con ello no ha hecho otra cosa que obedecer a los sentimientos de cariño que él tiene por ti, de igual manera que lo hago yo al hablar contigo de amigo a amigo. Esa es la situación, ni más ni menos, de tal suerte que no tienes por qué asumir una actitud hostil. Explícate, abre tu corazón, que nosotros sabremos comprender y ayudarte porque te queremos –dirigió ahora una mirada de inteligencia a Estefanic y le dijo–: ¿No es cierto que la situación es muy clara?

– ¿La situación? –Estefanic se sentía culpable ante las miradas de reproche que le lanzaba Delgado–. La situación es clara, muy clara –afirmó ahora y, saliendo del paso, se dedicó a llenar las copas.

–Bueno, después de todo, se comprende, y no tengo inconveniente –declaró Delgado y bebió de un trago su copa–: No tengo inconveniente en explicarme y hablar, ya que estamos entre amigos. Ustedes han sido amigos de mi padre, han vivido felices hace muchos años, en épocas lejanas, y me han visto crecer. Así se explica la preocupación que les causa el estado en que estoy, y sobre todo la pena. ¡Quién creyera! Lo que me pasa es muy triste, efectivamente, y lo reconozco, pero nadie vive en el mejor de los mundos. Usted me insta a que yo abra mi corazón, y eso es precisamente lo que hago. Pero mi problema no tiene salida, y éste es el caso de todos y cada uno de los hombres, porque es un problema íntimo. Nada ni nadie podrá salvar a nadie en absoluto, hay que comprenderlo, si ya de por sí estamos condenados por el propio hecho de vivir. El cambio de hábitos, y beber té o café o lo que se fuese y no alcohol, el trabajar o no trabajar, todo eso no significa absolutamente nada. No es ese el problema. El problema está más allá

de las fórmulas dictadas por el mero razonamiento. Qué pretende usted: ¿salvarme de la vida o de la muerte? ¿Qué podría ganar yo si dejase de beber, por ejemplo, o si me pusiese a trabajar? Póngase la mano al pecho antes de contestar. ¿Y qué pierdo bebiendo, si es la misma cosa? ¿Qué receta tiene usted para solucionar el problema del vivir? Lo único cierto, para mí, es que aquel que se prepara para la muerte, ya está salvado.

–Toda esta falla –interrumpió Sanabria con aire de extrañeza–, todo este desvarío, sencillamente se debe a la falta de acción y de sentido práctico. Te has ensimismado; te resistes a enfrentarte con los hechos que están aquí, en tus narices. Tal vez pretendes ser original y salir de lo común postulando absurdos. De todas maneras ya habrá tiempo para cambiar ideas acerca de la vida y la muerte, cuyos graves problemas tratas de poner sobre el tapete, según veo; pero permíteme tocar el punto concreto que precisamente ha motivado esta reunión; permíteme pedirte, solemnemente, que medites y pienses un poco, puesto que mi deseo de ayudarte no implica en lo más absoluto una intervención en tu vida, y ni para qué referirse a tu manera de ser, a riesgo de caer en el ridículo con la suposición de que alguien pudiera cambiar lo que Dios le dio. En fin, la situación es muy clara, lo repito; y sólo te pido que pienses con serenidad en mi ofrecimiento de ayuda: ése, y no otro, es el punto.

Sanabria llenó las copas y bebió la suya con estudiada avidez. Felipe Delgado se hizo cargo de la botella y bebió con verdadera avidez.

– ¡Ay, ay, doctor Sanabria! –exclamó con tono de sumisión, poniéndose de buen humor–. Yo no pretendo nada, soy un pobre hombre perdido y estúpido, pero un hombre lleno de júbilo. Nada más. Y no pude ser nada; pero me pregunto: ¿en qué consiste eso de ser hombre de acción? ¿Qué es eso? La acción se manifiesta de muchas maneras y puede ir en muchas direcciones distintas. La acción no consiste precisamente en construir casas o fundar empresas y hacer dinero. Yo, hombre perdido y destruido, soy un hombre de acción, ciento por ciento. Todos los seres humanos somos hombres de acción y todos, de una u otra manera, ayudan a vivir a los otros, y aun al dejarnos ver en las calles nos acompañamos en nuestra soledad. Y así se llega a comprender el error de meterse a clasificar. "Este es hombre de acción; aquel no lo es; este hace bien, el otro hace mal", dice la gente. Pero no hay tal; todos

vivimos a nuestra manera, cada cual a su manera va caminando por estas calles de Dios. Hay que tratar de comprender; en general, es condenable la actitud del que censura; ¡hay que tratar de comprender! Yo, por ejemplo, muchas veces he tratado de hacer cosas que no me gustaban, procurando que me gustaran; y les diré que fui alguna vez a las peleas de gallos, por ejemplo, haciendo un esfuerzo, pero el hecho de que no hubieran llegado a gustarme no quiere decir que yo esté lejos de comprender a la gente, sino todo lo contrario –se puso repentinamente pálido, y ahora bebió otra copa, y otra más todavía–. Pero haré muchas cosas más –prosiguió diciendo desatinadamente–. Obedeceré ciegamente sus órdenes, doctor, y de hoy en adelante usted será el general y yo el soldado; así iremos preparándonos, como quien nada hace, para la guerra que, según dicen, ya se avecina. Y aprenderé a bailar la cueca como Dios manda, ¡así, así! –se puso a saltar con inopinado furor, se tropezó, cayó al suelo y se levantó, y luego dijo–: Así aprenderé, aunque me tropiece y me caiga mil veces, iré en busca de alguien que no muera, haciéndome la ilusión de que nadie en el mundo morirá de hoy en adelante, y que mi madre no murió nunca, ni tampoco mi padre, ya que todos han muerto –y entre lágrimas y gesticulaciones exclamó–: ¿Acaso no saben que se muere muchas veces y que, cada vez que se muere, un sueño comienza al final y concluye al principio? ¡Adiós, señores, yo les digo adiós y me voy! ¡Y me voy conmigo mismo, adiós, adiós!

Felipe Delgado se había encaminado hacia la puerta pero luego, mientras que Estefanic hacía un movimiento con la intención de retenerlo y éste era disuadido por Sanabria, regresó a toda prisa y bebió un sorbo de la botella, y finalmente salió de la casa, sin más trámite.

Ahora avanzaba precipitadamente a través de las calles; y, tras mucho caminar bajo un calor sofocante y sin rumbo fijo, Felipe Delgado se encontró de improviso en la avenida Tarapacá con un gentío que presenciaba el paso de unas tropas al son de una banda, y, viéndose al punto conmovido por una extraña emoción, en un trance de entusiasmo, se abrió campo a codazos y dio alcance a la banda en pleno desfile, bajo la deslumbrante luz del sol que se reflejaba sobre las trompetas, trombones y trompas, mientras que las formaciones portando relucientes pertrechos marchaban al compás de la música. Pero luego, después de un corto trecho, él se detuvo, con un triste sentimiento de soledad, al mismo tiempo que surgían

en su memoria unos perdidos recuerdos, desde la lejanía de un adiós.

Los sones marciales se ahogaban; se disolvían en el aire, allá lejos, en medio de la quietud; tanto importaba que se quedase en el olvido la melodía, tanto importaba recoger con el alma este adiós, que también se esfumaba irremediablemente. ¿Cuál de los adioses era más grande: aquel íntimo adiós de quien presenciaba la partida, o el propio adiós? La grandeza del adiós debería de elevarse y sobrepasar su propia grandeza y quedarse aquí, en la soleada acera, con el sustento del tiempo. Pero el adiós desaparecía; el mundo se quedaba solo, y también la melodía. Y, por eso mismo, la emoción se acrecentaba mientras el entusiasmo se desvanecía. Los compases de la marcha, poco a poco, iban perdiéndose en un vago zumbido, más allá de los confines de la ciudad.

El gentío se retiraba. Todo el mundo se apartaba silenciosamente, como una sombra. Felipe Delgado se quedó perplejo, con una sensación muy extraña, recordando alguna cosa de la que él se había olvidado en aquel preciso momento, y sin embargo estaba seguro de que jamás llegaría a saber lo que era. Pues aunque ahora acudieran unos vagos recuerdos, éstos desaparecerían entre luces y sombras, junto con la memoria de una melodía. La calle quedó desierta, definitivamente; la transparencia en el espacio parecía vibrar con la imagen sutil de una reminiscencia: Felipe Delgado cruzó la calzada y se encaminó calle abajo. Con el peso del adiós y en la fugacidad de un instante, él había vislumbrado un mirar contemplativo entre el gentío. Un mirar que helaba el alma pero que, al mismo tiempo, hacía bullir jubilosamente la sangre. Felipe sabía que era una verdad, y que esa verdad se encontraba tan sólo en la luz o en las tinieblas, en los polos opuestos del mundo. Y sabía que estaba prohibido por las leyes divinas y humanas el pensar en una realidad como aquella, a no ser con un sentimiento de espanto; pero él temblaba de júbilo al sólo pensar en ello. Pues éste era el mirar: aquí se hallaba la suprema representación de la totalidad. ¡Bien valdría la pena vivir muchos años, tan sólo para tener la dicha de su recuerdo! Verdaderamente inconcebible era la realidad cuando ésta se manifestaba en su plenitud, y su poder era mágico. Con poseerla un instante se llegaría a poseer la libertad y vivir en la muerte. ¿Tal vez podría pensarse en la locura como un vislumbre de aquella realidad verdadera? ¿Y que tal, si fuese una promesa de felicidad terrenal la que se encontraba en

aquel mirar?

Felipe Delgado consideraba semejante felicidad tan oscura como la muerte: era como una lejanía que se queda y que, a medida que los años transcurren, va empequeñeciéndose, y finalmente se desvanece en el confín del horizonte, de igual manera que la casa paterna abandonada por el hijo que, habiendo caminado un larguísimo trecho, confiado en no perder aquélla de vista, al volver la cabeza sólo encuentra un brumoso paisaje irreconocible. Sin embargo, por grande que fuera la distancia, nunca podrá perderse de vista la bruma, y así, tal como pensaba él, un mirar persiste aún en el olvido, tan claramente como el brumoso confín de un paisaje irreconocible, con una verdad que únicamente el corazón conocía. Y, así como el caminante que, perdido en plena aventura, prosigue con fanático empeño la marcha hacia un nuevo horizonte, aunque no tuviera la más remota esperanza de encontrar el punto de partida que se esfumó a sus espaldas, Delgado podía morir, despojarse del tiempo que le quedase de vida, a cambio del bienaventurado mirar. Pues él estaba dispuesto a sobrellevar la muerte de su cuerpo, siempre que éste le hiciera concebir alguna lejanía que preservase la hermosura de la visión y le permitiese prolongar el tiempo, aun a riesgo de que el júbilo aumentase con la distancia, por lo mismo que se acortaba el tiempo de la aniquilación con aquel mismo júbilo, haciendo surgir así una lejanía jamás soñada y transformándose la visión en una imagen irreconocible, en un algo sencillamente monstruoso. Tal el fin, el término de un sueño de vida, el remate de una denodada lucha por la muerte y para la muerte. La última jornada del camino habría sido, de tal modo, una verdadera aventura, una aventura de sueño, para dar paso a la muerte. Pues la muerte, con un sueño sin fin, se insinuaba en el deseo de un mirar, y en éste se vislumbraba el júbilo, el amor, la pureza y el mal. Un mirar de muerte: el mirar de la existencia durante una fracción de segundo, dispersándose en el fondo del abismo. ¡Extraño saludo del alma, un regalo de muerte! ¡La afirmación del amor sólo se cumplía más allá de la vida!

Un recuerdo surgía ahora, un oscuro mundo vacío se iluminaba en la memoria, profundamente —una revelación, un hecho real. Y se situaba en la infancia.

Era una tarde, después de la clase del profesor Medrano, cuando éste acababa de irse. Felipe esta solo, por alguna circunstancia todo el mundo había salido de la casa, y él, sin saber qué hacer,

vagaba por el corredor, evitando la puerta, siempre cerrada, del cuartito de la abuela Filomena, como una tumba; y se quedó apoyado sobre un macetero de helechos, cerca del salón. Los rayos del sol poniente caían sobre los cristales, como una luz dorada y tibia. Reinaba un gran silencio, pero el silencio era turbado a ratos por el zumbido de una mosca que volaba y volaba, feliz de la vida, describiendo círculos en un mismo lugar del aire. A veces la mosca se salía de los círculos, buscando no se sabe qué, y cuando ascendía y descendía, siempre en línea recta, o cuando volaba a izquierda y derecha, el zumbido se percibía con particular intensidad, y cuando volvía a describir círculos y círculos en un lugar del aire, que era siempre el mismo, otra vez reinaba el silencio. El niño se había quedado inmóvil y extasiado por el encanto de una deslumbrante quietud, escuchando con profunda atención el zumbido, mirando los círculos mágicos en el aire, a la luz del sol poniente que hacía reflejarse los cristales sobre la pared, y de repente echó de menos el zumbido, dirigió los ojos hacia lo alto en busca de la mosca, y descubrió que alguien lo miraba. No había alcanzado todavía a darse cuenta de un dichoso sentimiento de paz y felicidad por un mirar que se encontraba en el tumbado; ni tampoco había podido ahogar un grito de alegría y de miedo, cuando aquel niño (pues era un niño quien lo miraba) desapareció como un soplo. Y quizá era un ángel, pero también podía no serlo, en realidad, desde que se ponía colorado y desaparecía al verse sorprendido, según la conclusión a que llegaba el pequeño Felipe. Pues él sabía que un ángel no tenía motivos para ponerse colorado. Y se preguntaba qué habría querido, a qué habría venido; a lo mejor para adivinar o, tal vez, para imaginarse alguna cosa, ya que podía tratarse del diablo, y no de un ángel, aunque era bien sabido que ambos se juntaban en una misma persona; y a esto, la mosca volvió a volar con un zumbido familiar, y los rayos del sol se retiraban ya del corredor, cuando el aire del atardecer, todavía tibio, comenzaba poco a poco a hundirse en las tinieblas nocturnas.

A esta altura se esfumaron aquellas imágenes evocadoras de un día lejano.

Las calles estaban desiertas bajo un sol quemante, y era pasada la una de la tarde; Felipe Delgado estaba en media calle, y avanzó hacia la acera; allá abajo, el estruendo del río se ahogaba, persistía y surgía, en consonancia con esta extraña hora de desolación. Tras largos momentos de perplejidad, habiendo llegado a las cercanías

de la bodega, a la que instintivamente se dirigía, de pronto dio media vuelta, y se puso a errar sin rumbo. Buscaba alguna calle ilusoria; algún lugar despejado y fresco, algún reino, de inmovilidad y júbilo, para escuchar por última vez una olvidada melodía y guardarla por siempre jamás. Miraba las calles y ahora, verdaderamente, se sentía tan solo como nunca: era solitario este mundo, y estaba tan desierto como nunca. Una banda que pasaba tocando una música, a la vez evocadora y triunfal, se iba, y dejaba a su paso un aviso de grave significación. Un son melodioso había discurrido, quizá tan fugitivamente como el propio vivir, y él meditaba: en verdad, la vida sabía decir adiós, muchas veces de una manera muy extraña, pero siempre con hermosura.

En el vacío, en el tiempo particular y en el silencio, Felipe Delgado se quedó sorprendido. Hoy era 15 de noviembre, día de su cumpleaños. Y era domingo. El había visto sobre la pared, en la casa de Sanabria, un calendario, de esos que suelen verse en los bancos y oficinas, y se había quedado pensativo en ese momento, sin poder explicarse la causa. Ahora estaba con la boca seca; ansiosamente, como el peregrino en pos de un milagro, se encaminó hacia la bodega.

CAPITULO XI

Aquella tarde no se quedó sino poco rato en la bodega. No sabía qué hacer. Estaba profundamente abatido. Y, sintiendo de pronto ansiosamente una extraña urgencia de contemplar las calles y volver a ellas y caminar a lo largo de ellas, salió con Peña y Lillo, accediendo a un ruego de éste, quien deseaba, según dijo, ver un asunto que consideraba muy importante.

En efecto: Román Peña y Lillo condujo a Felipe Delgado a través de unos recovecos que se internaban en Chijini y se prolongaban más allá de la periferia de la ciudad.

Según le explicó en el camino, se trataba de recuperar el derrotero de un tesoro, un documento que estaba empeñado en cierta

casa de pensión a la que ahora se dirigían precisamente. En cuanto al tesoro, éste se hallaba enterrado en algún lugar, por la región del Alto de las Animas, y para encontrarlo, sólo sería necesario atenerse a las indicaciones contenidas en un mapa que figuraba en dicho derrotero, de cuya autenticidad no podía dudarse. Ahora bien; el tesoro había sido enterrado por los jesuitas –según afirmó Peña y Lillo con ignorancia y candor– hacía varios miles de años, y ahora habría que desenterrarlo para salir de la pobreza, con el hallazgo de unas ochenta arrobas de oro en pepita, más o menos, una cosa de diez o veinte arcas repletas de piedras preciosas, algo así como unas doscientas barras de plata, cada una de las cuales era tan pesada que se requeriría la fuerza de varios hombres para levantarla, amén de varias bolsas llenas de libras esterlinas y una fabulosa cantidad de reliquias y miniaturas hasta tal punto valiosas, que sólo una de ellas ya significaría una verdadera fortuna. Y si alguien dudaba a todo esto, ahí estaba el susodicho derrotero.

Sin embargo, el empeño databa de muchos años atrás, según se apresuró a declarar Peña y Lillo, quien clamaba a todas las almas por que a estas horas siguiese existiendo todavía la aludida pensión, cuando, finalmente, se detuvo frente a una casa, en un callejón que serpenteaba flanqueando un muladar, y no tardó en comprobar que sus temores eran fundados. De nada le valió ponerse pálido como un muerto y hacer una escena patética; en vano dirigió preguntas apremiantes a los vecinos, en busca de alguna luz; nadie sabía nada; aquí se ignoraba si alguna vez habría existido una casa de pensión o cosa por el estilo. Y de tal modo, Peña y Lillo vio pulverizadas todas sus ilusiones: perdido el derrotero, también se perdía el fabuloso tesoro, para siempre jamás. En cuanto toca a Delgado, éste no demostraba el menor interés por el asunto; sólo que le sorprendió el que él pudiese todavía verse metido en andanzas como éstas. Después de todo, ¿por qué no ir al Alto de las Animas, como quien nada hace? Delgado no conocía aquel sitio misterioso, en donde las almas se encontraban petrificadas, al decir de la leyenda; nunca había ido al tan mentado lugar, y eso que quedaba a un paso de la ciudad, según era bien sabido. Y ahora era él quien proponía hacer la excursión, no tanto en busca de tesoros, sino más bien en pos de algún desahogo, para escapar tan siquiera por una vez de este tedio, de la abyección y el espanto de cada día y tratar de renovarse, al contacto de la tierra siempre anhelante, siempre amante, con el asombro del eterno misterio que

ella escondía. Peña y Lillo dio un salto de alegría y, el primer momento, no quiso dar crédito a sus oídos, pues el que semejante proposición partiese de quien menos se esperaba, era seña fija de que la Providencia quería tomar cartas en el asunto, y que él, Peña y Lillo, efectivamente y no otro, era el predestinado a encontrar el tesoro, pese a quien pese y, más aún, pese a todos los derroteros perdidos, habidos y por haber.

Por lo tanto, era necesario prepararse para recibir sorpresas en esta excursión que, sin duda, tendría que marcar época; los gastos corrían por cuenta de Peña y Lillo; él ya vería la manera de agenciarse la plata necesaria. Pues el problema, por colosal que fuese, en realidad no era nada en comparación con el fruto que él pensaba recoger. Escuchando a su amigo, Felipe Delgado sonreía con malicia; según él pensaba, un optimismo de semejante clase iba más allá de la mera estupidez. Era una inmoralidad, un descaro; una grosería inconcebible, que él no podía compartir, simplemente por pudor; y así se lo dijo con toda franqueza. Al mismo tiempo, le instó a conseguir la plata para ir de una vez, pues habiendo entusiasmo, ¿qué más se necesitaba, a no ser unas cuantas botellas de aguardiente, cigarrillos, unos cuantos panes y queso?

Naturalmente, el interesado logró conseguir las provisiones; y, al rayar el alba un día que caía sábado, él, Peña y Lillo, abría la marcha, en una caminata que se prolongó por varias horas, al cabo de las cuales, avistando el perfil tenebroso del Monte de las Animas, a poca distancia del Alto propiamente dicho, decidieron apartarse del camino. Allí había un sonriente prado, con matas de trébol, un lugar apropiado para descansar, beber y comer a gusto. Un poco más allá, el terreno agreste y pelado ascendía bruscamente hacia los cielos, adoptando unas formas sobrecogedoras que semejaban procesiones de almas en pena. Tenían estas almas un ropaje pedregoso, desgarrado, incoloro –el ropaje de las lluvias y los vientos. Si volvieran a la vida con un soplo, bien podrían estas almas llevarme con un soplo –pensó Delgado, extrañamente.

Era ya pasado el mediodía y el sol quemaba; los excursionistas se repantigaron, bebieron una enorme dosis de aguardiente y cayeron como muertos, durmiendo una borrachera fulminante hasta que cayó la tarde, cuando a esto despertó Delgado. A tiempo de abrir los ojos, profundamente impresionado con aquellas imágenes espectrales revelándose de repente como una pesadilla y fundiéndose en espesas sombras, se incorporó poco a poco, sin

apartar la mirada del melancólico espectáculo, pues se sentía otro. Y habiendo hecho despertar a Peña y Lillo, bebió una buena cantidad de la botella que ahora le alcanzaba éste, y de pronto dijo:

–Estas formas parecen estar siempre a la espera... ¿Acaso no sé que se trata apenas de un punto perdido en el mundo? ¿Por qué esta visión se me ofrece como lo más seductor, como lo más desolado, como lo más asombroso que jamás pueda darse en el mundo, sino porque es ésta la última vez que yo miro el mundo? En estas formas ha de verse un grave presentimiento; el presentimiento se cumple en una fracción de segundo, no se hace esperar, se confirma instante tras instante a través de la eternidad. Y por ser ésta la última vez que yo miro el mundo y porque dentro de un instante me habré petrificado, por eso mismo podré verme como el mundo, y tal ocurrirá a todos cuantos miren estas formas con la intención de quedarse en ellas. No me importa decir lo que se fuese; me importa que la realidad esté dentro de mí. Identificarme con el mundo es lo que me importa, no me importa el vivir. ¡Escúchame, Román! Yo te regalo mi vida; te la regalo, con tal que tú me regales una arena que fuese tuya. ¿Podrías hacerlo? ¿Acaso alguien es dueño de regalar un grano de arena? ¿Quién es aquel que posee un grano de arena? Uno de mis ojos podría regalarte, no una brizna de polvo, algo que tan sólo será mío al haberme identificado con el mundo... Pero créeme, ya comienzo a ser como el mundo, ya comienzo a penetrar en su silencio, conozco la historia de la vida y el caos original, más allá de lo que no principia ni tiene fin. Y todavía en este instante contemplo el mundo aparente desde dentro de él, y sin embargo sigo siendo objeto de tu contemplación. Y porque te contemplo a ti, mientras me afirmo en la convicción de que te miro desde dentro del mundo, tú seguramente sigues creyendo que todavía estoy aquí. ¿Podré explicarme con claridad y hacerte comprender una cosa que no conoces? Yo me petrifiqué el propio instante en que estas formas presentían mi petrificación. Tienen ellas por misión el presentir la petrificación del mundo animado; no están petrificadas sino en apariencia, y por un deseo de eterna petrificación. Y éste se cumple al creer uno haberlas visto petrificadas el momento de petrificarse. La vida permanece petrificada por millones y millones de años, luego resurge con el agotamiento de aquel deseo eterno, y éste resurge a su vez, y así se repite la acción incesantemente en un giro circular bajo la mirada del Ojo Supremo, por cuya voluntad se renueva a cada

instante la petrificación de la vida que, a lo largo de los tiempos, volverá a petrificarse para resurgir otra vez. Nosotros no podemos percibir los actos de la creación, pues tenemos tiempo aun dentro de la brevedad de nuestra contemplación. La eternidad tampoco los percibe, puesto que no tiene tiempo; y tampoco la existencia, puesto que se pierde en el abismo del giro circular. Pero ahora, con esto, un frío interior me aqueja, y es el dolor de la soledad, es el dolor del tiempo. El tener tiempo es la causa del dolor. ¡Y pensar que a diario exclamamos: "No tengo tiempo", acudiendo a una frase favorita! Pero se me ocurre encontrar un consuelo pensando que no estamos solos... ¿No escuchas, en este preciso instante, un clamor que surge de las profundidades? ¿No sientes la conmoción que hace vibrar de pies a cabeza el panorama que se ofrece a nuestra vista? ¡La tierra tiembla bajo mis pies, escucho un murmullo universal! Es un temblor; un cataclismo estalla en el seno de la tierra; tiemblan los arbustos, tiemblan las piedras y los montes. ¡La humanidad se hace escuchar con unos clamores, con unos lamentos, en lo profundo de la tierra! ¿Y por qué, por qué el hombre no es solo, aun a pesar de que lo es, y tampoco lo será jamás? Porque solamente podrá ser solo el Unico, tal la razón. Dios es el Unico, El es solo. ¿Y tú sabes por qué nadie podrá estar solo? ¿No sabes que todos cumplimos una misión? ¡Una hormiga cumple una misión, una persona cualquiera! Para mal o para bien, nadie sabe en qué consiste esa misión. ¿No me crees? ¿Por qué me miras con esa cara tan triste? Si crees que estoy triste, tú te engañas. Y si quieres saber por qué te engañas, te diré que es por el gesto. Al juzgarme, tú te atienes al aspecto, a la manera de caminar, al tono de la voz. Y juzgas por lo que me miras, cuando por el contrario, para juzgarme deberías mirar a otro lado, a otras gentes, a las cosas, no a mí. Así podrías saber lo que soy, el estado en que estoy. Y deberías de mirar allá, por ejemplo, y contemplar las formas, fantasmales y oscuras con que la tierra se brinda, en las colinas, en los campos, para saber el estado de las personas, el estado del mundo. Yo contemplo el cielo, contemplo el día, la noche y la piedra, el agua, el pan, y miro largamente las cosas, los animales y mis manos, el espectáculo de la vida a través del aire invisible, hago preguntas, y llego a saber muchas cosas sobre las personas, y llego a conocer su estado de ánimo, sus amores y alegrías, sus ilusiones, su destino, y así, otras muchas cosas, que me preocupan en lo más íntimo. Por la

contemplación de una arena podrá surgir en tu alma la imagen del hombre, su condición, su paso por el mundo, en vida y muerte. Así es la verdad; Felipe Delgado es quien te lo dice. Y la verdad está allá, y también aquí; la verdad es el silencio, es el aire... Aquí tienes un refrán que me gusta: el mutismo dice mucho. Con el mutismo puedes mentir, y puedes decir la verdad o lo que te dé la gana. La palabra es la palabra; a mí no me importa que nadie me crea; a nadie en particular dirijo mis palabras. Yo hablo para mí y no tengo la menor intención de hacerme escuchar ni hacer creer lo que digo. Hablo y digo lo que me da la gana; pero escucho la verdad en el silencio de mi corazón. ¿Qué más quieres? ¿Que venga un rayo? Pues que venga, y que estalle aquí, aquí mismo y dentro de mí, y me carbonice con una llamarada, eso no me importa. Sería un fin luminoso para mi cuerpo, un escape y un estampido para mi alma, en la quietud y el silencio, y la electricidad del rayo quedaría enredada en estos mis cabellos. Qué te parece. Deberías anotarlo, es todo un poema, y dejarte de mirarme creyendo que soy un idiota embrutecido por la necesidad y por el alcohol. Además, ¿a mí que me importan los tesoros y las riquezas? ¿Qué te crees? –increpó de pronto con inopinada rudeza–: Ya puedes meterte al culo tus ochenta arrobas de oro, y valga la grosería: valga la sinceridad.

Felipe Delgado sorprendió una fugitiva mirada, de profundo rencor, que le había dirigido Peña y Lillo; sobrevino un silencio que, sin duda, resultaba desconcertante para ambos, y al cabo dijo éste:

–Tú me ultrajas sin motivo, estás acostumbrado a tratarme mal, y yo nunca digo nada. Soy tu amigo. ¡No me insultes, no me humilles! Yo no hago mal a nadie. Seré un pobre jorobado, estaré demás en este mundo, pero de todos modos, merezco respeto.

Estas palabras fueron dichas con tono severo y digno. Delgado estaba atónito. Jamás había visto a su amigo reaccionar en esta forma; era para él un baño de agua fría. Peña y Lillo tenía razón, naturalmente, y él lo sabía más que nadie. Hizo un esfuerzo para dominar su turbación y dijo:

–A mí se me va la lengua; maldito si lo hago con la intención de insultarte. Lo digo por chiste, en broma, y siempre he creído que así lo comprendías tú. Sería indigno de mi parte insultar a alguien a quien sólo debo gratitud. No hagas caso de unas palabras

aparentemente injuriosas. En el fondo, son un testimonio de afecto y de cariño, por extraño que te parezca. ¿Acaso no me conoces? ¿Acaso digo algo cuando tú, con toda intención y no por pura broma, lanzas palabras hirientes, ofensivas para mi dignidad?

Ante el silencio que guardaba Peña y Lillo, quien hizo un gesto de comprensión, Delgado pasó a otra cosa y dijo con entusiasmo:

– ¡Pero ahora no perdamos tiempo! Vayamos avanzando, ya cae la noche; no sea que nos pesque prematuramente la oscuridad en estos parajes que me infunden miedo, es la verdad , por más que ya estuviese condenado a morar en el reino de lo inanimado. Que se queden estas botellas y cosas; apresurémonos en llegar a la cumbre para contemplar la terrible inmensidad con que se muestra el Illimani a estas alturas, según tú mismo has dicho, ya que estamos habituados a mirar un Illimani en miniatura.

– ¿Y si nos pesca la noche? ¡Ahí sí que estaríamos perdidos!

– ¡Que nos pesque la noche y al diablo con todo! Y todavía al regreso, puede que se nos ocurra internarnos materialmente en el seno de aquellas ánimas, atravesar la espesura de sus misteriosas formas y dormir con infinito sosiego al pie de ellas, perdidamente borrachos.

– ¡Qué tristes las ánimas! –musitó Peña y Lillo con tono doliente–. ¡Y pensar que aquí se encuentran por cientos los tapados y los tesoros enterrados por los incas y por los jesuitas! Qué desgracia el haberse perdido mi derrotero; yo quería darte la mitad, te lo juro.

–Y yo te lo agradezco; pero vuelvo a afirmar mi desinterés por los tesoros. Las cuarenta arrobas que me llegarían a tocar te las regalo a mi vez, si me prometes hacer decir responsos por mi alma, a razón de un responso por arroba. Claro que podrías pagarlos todos con media pepita... ¡Resulta sencillamente ridículo ocuparse de tesoros, habiendo llegado a la certidumbre de que ni siquiera somos una sombra en el corazón de aquellas ánimas!

Según cálculos de Peña y Lillo, serían pasadas las seis de la tarde cuando se pusieron en marcha; para llegar a la cumbre deberían recorrer unos tres kilómetros, por lo menos, y confiaban emprender el retorno antes de las siete, hora en que comenzaba a anochecer en esta época del año. Iban ascendiendo por el polvoriento camino; y de pronto retumbó lejanamente el estampido del trueno. "¡Tormenta en los Yungas!", dijo Peña y Lillo para sí. "Y ni siquiera llegaremos a ver el Illimani. La neblina que sube de los Yungas se enfría con la tormenta; el aire de las montañas se ennegrece juntamente con el Illimani; . el Illimani se cubre con un antifaz... ¡Y qué truenos! ¡Qué truenos tan fuertes! Será que los ángeles juegan palitroque o los demonios se están peyendo".

Ante la amenaza de una tormenta y con lo avanzado de la hora, habían pensado dar marcha atrás y emprender el retorno. Sin embargo se les brindó la oportunidad de subir a un camión que, pasando a la sazón por allí, los condujo rápidamente hasta un lugar próximo al Alto de las Animas. Así ya era fácil cubrir a pie el resto del camino.

Ante el incesante tronar de los rayos, Delgado exclamó:

– ¡Qué cosa más extraña! Truenos ensordecedores bajo un cielo azul y sin una sola nube.

–Es extraño –dijo socarronamente Peña y Lillo–. Así se ven cosas en este mundo.

– ¿Y dónde estalla la tormenta que no se ve?

–En los Yungas estalla la tormenta que no se ve –dijo Peña y Lillo; pues se jactaba de conocer la diversidad de los aconteceres meteorológicos.

– ¿En los Yungas? ¿Detrás del Illimani?

–Sí; detrás del Illimani; más o menos por ahí.

–Un espectáculo nunca visto ha de ser el que nos espera –dijo Delgado–. Imagínate, el Illimani en toda su soberbia, con una terrible tempestad como telón de fondo... La montaña, la confusión y las tinieblas, con la luz interior de los relámpagos. Y nosotros frente a la cumbre, el espanto y el júbilo...

El retumbar del trueno se escuchaba cada vez más próximo. El cielo se oscurecía de repente, y fulguraba el relámpago enceguecedor. Peña y Lillo formuló un desconcertante pronóstico: según dijo, más era el ruido que las nueces, y la tormenta podría quedarse confinada en los Yungas. Todo hacía suponer que así sería, conforme los caminantes iban ganando terreno en el ascenso y cuando éstos se hallaban próximos a la cumbre, al despejarse el cielo bajo el empuje furioso del viento que había comenzado a soplar. Se detuvieron un momento para contemplar el Monte de las Animas, que, a la distancia, bajo la indecisa sombra del crepúsculo y surcando un larguísimo trecho en la hondonada, parecía sencillamente una locura, una broma pesada o quién sabe qué –realmente, una aparición inopinada, en opinión de Delgado; se diría una cosa ajena a este mundo y que hubiera caído sobre él, por algún delirio o

equivocación. Allá lejos, las montañas flotaban en el espacio, y, aún más lejos, podía vislumbrarse la ciudad: era como una isla envolviéndose en un vasto escenario de niebla, mientras que éste se esfumaba en la humedad del horizonte. El estampido del trueno era cada vez más distante. Por momentos se dejaba escuchar algún murmullo, en la profundidad del vacío: alguna voz traída desde lejos por el viento.

Al cabo de poco rato divisaban las cruces de un cementerio. El Alto de las Animas quedaba a un paso, en una planicie, en una laguna. Peña y Lillo dijo que, al acercarse a dicho lugar precisamente, en cualquier momento podía aparecer el Illimani —como ocurre cuando de pronto nos topamos con la puerta que se escondía en lo alto de la grada que acabamos de subir. Delgado, con tal motivo, acortó el paso y avanzó con cautela hasta llegar a la planicie. Sin embargo se encontró con una muralla de nubes. El Illimani, infortunadamente, estaba cubierto por éstas. ¿Qué hacer? Dirigió a Peña y Lillo una mirada de incredulidad y desaliento y, viendo frustrado el deseo que, sin duda, él acariciaba, de brindar espectacularmente a su llegada, rechazó con un gesto de desgano la botella que le tendía aquél. Ambos se habían quedado inmóviles por largo rato; y luego, como obedeciendo a una señal, dieron las espaldas a la escondida montaña para emprender el descenso cuando ya el viento soplaba con terrible violencia. De hecho, había caído la noche. Además, ahora ya nadie podía asegurar, finalmente, si iba o no iba a desencadenarse la tormenta. El retorno era cosa problemática, a menos que, por alguna feliz circunstancia, acertara a pasar un camión; la ciudad quedaba muy lejos. Allí estaba y era visible, por una luz difusa que brillaba en medio de la oscuridad, como un fuego fatuo. Al cabo de media hora de camino, descendiendo prácticamente a tientas y con el peligro de despeñarse a cada momento, tal era la situación, que no les quedaba más remedio que esperar, a la buena de Dios, algún vehículo que pasase con rumbo a la ciudad.

—No es nada raro, sino más bien cosa corriente que, en los trances más críticos de la vida, se produzca precisamente un milagro... —sentenció Peña y Lillo.

Y tal sentencia no tardaría en verse confirmada. Pues el milagro no se hizo esperar, sino que ocurrió el rato menos pensado con la aparición de un camión que, descendiendo por el camino de la cumbre, se detuvo frente a los perdidos viajeros y los recogió,

cuando precisamente estallaba ya la tormenta. Un vehículo pesado, con toldo de lona sobre la carrocería repleta de metal en talegas; allí se acomodaron los excursionistas, junto a los peones que se repantigaban sobre la carga; según dijeron éstos, el camión había partido al amanecer, y su punto de procedencia era Lambate, en la región minera al otro lado del Illimani.

Llovía a torrentes en la ciudad; serían las nueve de la noche cuando el camión llegaba a la plaza Antofagasta. Y maniobrando frente a un patio, entró en los galpones que se alineaban allí, donde finalmente se detuvo. Delgado saltó al suelo; en cuanto a Peña y Lillo, dos peones lo izaron de improviso, como a un muñeco, y lo arrojaron en brazos del chofer, quien lo recibió en medio de una gran algarabía; era éste un hombre con espaldas de ursus y una cara achatada; una boca que se abría de oreja a oreja; unos ojos enormes, redondos y hundidos. Con buen humor, sacó a relucir una botella, y ofreció un trago a los extraños pasajeros.

—Qué lluvia; qué frío —dijo el chofer—. ¡Tomen un trago! ¿Y qué hacían, botados en las Animas? A mí me llaman el Calavera Parlante; yo soy el famoso Ñato Iturri, pero en realidad me llamo Nick, un servidor. Ayer tenía que traer el metal, no hoy; el metal estaba listo cuando me invitaron a un bautizo. Pero ahora los veo necesitados: ¿no quieren unas talegas? —dijo inopinadamente el así llamado Calavera Parlante.

—¿Talegas? —preguntó Delgado.

—Claro; talegas —afirmó el Ñato Iturri, y luego añadió—: Para un pan; para una copa; las venden, y también sirven para la lluvia. ¿No tienen frío? ¡Qué par! El uno, inválido; el otro, más flaco que un esqueleto. Si saben leer y escribir los llevo a la mina; si no quieren lo dejan —de un rimero cogió unas cuantas talegas y las puso en manos de lo viajeros—. ¡Ojalá que este jorobadito me traiga suerte, qué joder! —exclamó por último, señalando con el dedo a Peña y Lillo mientras que éste y Felipe ganaban la puerta del galpón con las talegas echadas sobre los hombros.

Como ya cesaba de llover y la bodega quedaba no muy lejos, fueron caminando tranquilamente. En el trayecto, Peña y Lillo vendió las talegas y además una llave inglesa; valiosa herramienta, hurtada quién sabe cómo en el galpón del Calavera. Con el producto, compró aguardiente de buena calidad, cigarrillos, chancaca y pan, para invitar a los amigos en la bodega.

Estos se quedaron pasmados con las portentosas nuevas que

Peña y Lillo hubo de contar en tanto que Delgado guardaba un obstinado silencio.

Beltrán estaba maravillado; él ignoraba por completo que Peña y Lillo fuese poseedor de un derrotero; a ese paso, el narrador daba rienda suelta a su imaginación y se concentraba sobre el tema del tesoro y las ochenta arrobas de oro. Explicaba detalladamente cómo así él, asistido por Delgado, había logrado ubicar con precisión de centímetros el sitio en que estaba enterrado el tesoro, y pasó a exponer los planes para la ulterior excavación.

– ¡Pues ahí tiene usted el Oro del Rin, mi buen amigo, como en la famosa ópera de Verdi! –dijo Beltrán a gritos, aunque seguramente ignoraba a Wagner, y añadió–: Y vaya usted a saber cuál el misterio de que se rodea el oro, y cuál el oro de que se rodea el misterio; el oro, mientras más se busca, más se esconde. ¿Qué me dice usted del carbón, en cambio? El carbón se halla a cada paso; nadie lo busca. Y así es todo en la vida, como diría el sabio. De todos modos usted está en vísperas de ser un hombre inmensamente rico; y podrá, inclusive, ayudar a la Patria, que en estos momentos está en peligro.

–Eso ya se verá –dijo Peña y Lillo–; lo que ahora falta saber es la profundidad; si la profundidad es muy grande, como la de un pozo, por ejemplo, yo veo verde la cosa; pero si es de un metro solamente, o digamos dos, o hasta tres, entonces todo varía.

– ¿Y por qué preocuparse tanto por la profundidad? –arguyó Beltrán–. En tratándose de oro por arrobas, no hay profundidad que se tenga ni problema que valga; con un par de ingenieros ingleses está solucionada la cosa.

–Mejor con un par de ingenieros alemanes –opinó el Delicado.

– ¿Y por qué alemanes?

–Porque yo soy germanófilo; y además de eso, porque los ingleses son unos rateros.

– ¡El ratero será usted! –replicó Beltrán con indignación y luego, dirigiéndose a Peña y Lillo, prosiguió–: No pensará usted ir y cavar a la que te criaste, a pico y lampa, y tampoco me gusta la idea de la dinamita. Como topógrafo que soy, sé lo que hablo; y de paso, le ofrezco mis servicios, desinteresadamente, para las operaciones de mensura. ¿Cuál será el perímetro de la excavación? ¿No sabe usted?

Peña y Lillo vaciló un momento, y luego declaró, para salir del paso:

–No sé exactamente; pero, según parece, unas tres cuadras, más o menos.

–Habrá que ver –dijo Beltrán–. Una draga hace el trabajo de mil hombres; y repito: con un par de ingenieros ingleses está usted servido. Los ingleses son maestros en materia de excavaciones; en la Inglaterra contemporánea, como usted sabe, las gigantescas operaciones de esta naturaleza alcanzan asombrosas profundidades, y son como el pan de cada día en los grandes ingenios mineros de la hulla. Ahí tiene usted; y no hablemos de las titánicas obras que en la Inglaterra se ejecutan en pro del bienestar humano.

– ¿Y por qué será entonces que los ingleses nos chupan la sangre? –dijo el Delicado–. A todos nos consta que los ingleses hacen correr sangre.

–Según y conforme –repuso Beltrán–. Usted qué sabe. Yo soy anglófilo, y santas pascuas. ¿Qué decir del exterminio radical de las moscas en la Inglaterra? ¡No quedará ni rastro de una mosca en las Islas Británicas!

– ¿Y qué se gana con eso? –insistió el Delicado–. ¡Por eso los ingleses son lo que son, matando moscas sin ton ni son!

– ¿Y a qué le viene esa estupidez de matar moscas? –intervino Delgado saliendo de su mutismo, y exclamó con exasperación–: ¡Qué manera de disparatar, cuando todos nosotros somos unas miserables moscas sin ton ni son!

– ¿Y por qué? –dijo Beltrán–. ¿Por qué moscas?

– ¡Moscas o no moscas, a nadie le importa nada! ¡Todos se han olvidado de todo! –se quejó Delgado con encono–. Además todos mienten. ¡Cómo llegan a una bajeza tan grande; cómo fingen asombro por los cuentos de Peña y Lillo, un miserable mentiroso, y se hacen los que le creen, todo por la miserable botella que este ladrón les ha traído! ¡Somos unas moscas, todo el mundo ha cambiado!

–Pues bien –dijo Beltrán con tono mordaz–: En primer lugar, este buen hombre es gran amigo suyo; y ahora se enoja usted y salta con que él es un ladrón; y luego, quizá las moscas hayan cambiado, pero nosotros no, que yo sepa...

– ¡No, señor; yo busco a mis amigos y no los reconozco; aquí todos echan veneno por los ojos y quieren verme muerto! –exclamó Delgado.

Y poniéndose furioso derribó un taburete a tiempo de levantarse de un salto, haciendo añicos las botellas y copas, y a esto

cogió una botella y la arrojó violentamente en dirección a unos ocasionales clientes que se hallaban bebiendo en la plataforma, a quienes insultó al mismo tiempo que avanzaba con gesto amenazador, cuando uno de ellos le salió al paso, con gran rapidez, y descargó sobre su cabeza un golpe con una botella que llevaba entre las manos, derribando a Delgado, que cayó al suelo con la cara ensangrentada. Y mientras que el atacante era reducido por Amézaga y un aparapita, quienes lo arrojaron como un fardo gradas abajo, los otros huyeron precipitadamente bajo la amenaza de Corsino Ordóñez, el cual esgrimía un hacha.

Los amigos de Delgado rodeaban a éste; hicieron chorrear un poco de aguardiente sobre la herida y luego le ayudaron a levantarse; pero se resistió a que le vendaran la cabeza, pese a que la sangre seguía corriendo. Y vacilaba sobre sus pies, con la cara completamente ensangrentada, para horror y lástima de todos cuantos lo miraban. Sin embargo, Felipe Delgado se mantenía inmóvil, esbozando una vaga sonrisa, con los ojos fijos y los brazos en reposo, mientras la sangre corría a lo largo de la cara, cayendo gota a gota sobre los hombros, sobre el pecho, sobre los harapos, sin que él hiciese nada por remediar la mortificación, el escozor que, sin duda, él sentía, y que seguramente era insoportable. En realidad se mostraba indiferente, dando la impresión de que nada le importaba, excepto la visión pura y simple de la sangre –y era esto lo más extraño, era esto precisamente lo que ahora miraban todos con una especie de enojo, con una especie de ira que, de un modo inexplicable, había surgido repentinamente.

Y en medio de la consternación que pesaba sobre los presentes, con profunda extrañeza, éstos vieron a Peña y Lillo enfrentarse con Delgado. Peña y Lillo se le acercó, lentamente y se detuvo, a una distancia tan precisa como para no mancharse con la sangre; le dirigía una mirada iracunda, llena de odio, cuando de pronto murmuró una imprecación y escupió sobre el suelo, y con un ostensible gesto de asco, se apartó.

Delgado hizo un movimiento de sobresalto. Se diría que despertaba de un trance. Pasó el dorso de una mano sobre su rostro, enjugándose la sangre, y miró hacia uno y otro lado, como con asombro, como con miedo. Y salió de la bodega lanzando una maldición.

CAPITULO XII

No había un alma en las calles.

Con un andar inseguro y precipitado, Felipe Delgado llegó a la calle Inquisivi, y se detuvo en la avenida Pando. Después de un momento de vacilación prosiguió caminando, en dirección a la calle Tumusla, cuando de repente, en su desatinada marcha, se tropezó con un cuerpo que yacía tendido de espaldas al cielo, en plena acera, y cayó, profiriendo un quejido de dolor. Recuperándose del aturdimiento trataba de deslizarse hacia el suelo, con un sentimiento de temor y repulsión. Pues habiendo caído justamente con los brazos extendidos al través por sobre este cuerpo al que él cubría con el suyo propio, la posición se le antojaba equívoca, y este sentimiento se agudizaba tanto más por una flexión que Delgado ejecutó trabajosamente para apartarse de alguien que, después de todo, no era un borracho, ni tampoco estaba muerto, como él suponía, sino que se trataba de un hombre tendido tranquilamente allí, el cual volvía la cabeza y, según Delgado se incorporaba, dirigía a éste una mirada contemplativa, guiñando ahora los ojos con mañudería, en un gesto de burla y complicidad. Delgado vio una cara, unos rasgos que, a la débil claridad de la calle desierta, no dejaban de ser conocidos, al menos para él, y se lanzó a toda carrera y con súbito espanto, huyendo de aquella visión, pero sin llegar más allá de la acera de enfrente, adonde había corrido para ganar la calle Illampu. Y allí, después de una segunda caída, se las compuso, arrastrándose hacia una puerta de calle en la que se ocultó como pudo, en vista de que se hallaba cerrada. Al mismo tiempo, habíase incorporado aquel hombre. Estaba al acecho, y, dirigiendo miradas escrutadoras y blandiendo una soga con siniestra actitud, parecía un cazador muy seguro de acorralar a su presa.

Delgado espiaba desde su escondite, causándole infinito asombro los cambios, por completo inopinados, en la actitud de este personaje que, desperezándose y mirando en torno, ahora daba un

paso hacia el filo de la acera con aire de beatitud, a tiempo que alzaba la cara y contemplaba el cielo, quedándose, finalmente, arrobado y como atento a los inciertos rumores de la ciudad, cuando, todavía absorto por un momento, al cabo hizo un movimiento de sobresalto y echó sobre sus espaldas un blanco manteo que extrajo del interior del saco, ofreciendo así el aspecto de un fantasma, y, dirigiendo la mirada hacia la puerta en que Felipe se ocultaba, prorrumpió en una risotada, mientras que se erguía en toda su estatura para avanzar resueltamente, sujetando con una mano a la altura del pecho el manteo tremolante, y con la otra, la soga.

Felipe Delgado se sentía desconcertado por una dudosa revelación. Pues el memorable caminante afecto a los disfraces, aquel antiguo conocido, el viejo fantasmal que solía aparecérsele en estos mismos parajes, en la vida real, bien podía ser algún aparapita. Un aparapita, el aparapita –en fin, este aparapita, que ahora se daba a conocer como tal.

–¡Ves que me muero, y todavía huyes! –exclamó de pronto el personaje.

Habíase detenido en la calzada; y ahora que reanudaba la marcha para enfrentarse con Delgado, hizo restallar la soga, y en este momento se quedó paralizado, con un gesto de horror indescriptible. Un alarido resonaba en el silencio nocturno; la cara había sido destruída por algún espantoso golpe. La mandíbula había volado, y los ojos estallaban. Una pavorosa concavidad se hundía a lo largo de la nariz y la frente. La calavera se mostraba desnuda en los pómulos, y brotaba la sangre en los espesos mechones aprisionados por aquella vieja y ya conocida gorra de soldado. En el silencio profundo de aquel terrible golpe, se escuchaban unos latidos. Ante la imagen inmóvil y monstruosa de este hombre, ante el resplandor de unas gotas de sangre que se suspendían en el espacio, Delgado se desplomó.

Al mismo tiempo, el hombre recobraba el movimiento –y la cara comenzó a sanarse, conforme iba envejeciendo, con un gesto de pena inenarrable.

Más allá de la niebla resplandecía la niebla –todavía flotaba algún resabio de la lluvia aquella noche. Unos rumores se dejaban escuchar confusamente, desde lejos. Por un momento, el hombre se quedó pensativo y dirigió una mirada a la soga; enrrolló ésta, con impaciencia, y la guardó debajo del saco. Se repantigó luego, junto a Delgado, que yacía de espaldas a la pared. Entonces sacó

un atado de coca y se puso a mascar, apaciblemente, durante largo rato. Al cabo, se volvió hacia su compañero y lo hizo volver en sí, con unas sacudidas enérgicas y apremiantes.

En sus ojos brillaba la burla.

–Ahora no corras; no te muevas. Es hora de hablar –le dijo al oído.

Volviendo en sí, Delgado se quedó inmóvil y miró al hombre, bajo el nuevo aspecto que ahora ofrecía. Y esto le llenó de inquietud: a no dudar, tratábase de un hombre muy viejo; y este viejo llevaba puesto un saco que no le pertenecía. Pues ahí estaban los remiendos que, en tiempos no lejanos y tal vez por una extravagancia, según Felipe recordaba, él cosió con la ayuda de Ramona sobre aquella prenda memorable –ahí estaban los remiendos; unas llagas pudriéndose en lo recóndito y cundiendo más allá del acabamiento. Aquí lo tenebroso tenía lustre; la realidad era una apariencia, y al mismo tiempo una ruina. El saco era una reminiscencia del olor escondido en el cuerpo del viejo; el viejo sonreía y miraba a Delgado, y éste temblaba –pues el viejo era idéntico a él, con la sola diferencia de la edad. En efecto, Delgado se hallaba frente a su propia imagen, tal como si hubiera salido de la tumba en el futuro, dentro de muchos años, habiendo alcanzado tras largo tiempo de espera el aspecto que ahora ofrecía.

–Con la muerte no se razona, no se puede –dijo el viejo–. Ya ves. Yo me adelanto al tiempo; yo salgo de la tumba, y tú no. Sin embargo no sabría decir si es la muerte un modo de envejecer, o si en ella se envejece.

"Han pasado muchos años a partir de este encuentro", pensaba Delgado. "No fue anoche; no fue esta noche. Hace mucho tiempo que estoy muerto. Muy larga ha debido ser mi permanencia allá, y por eso ahora salgo de la tumba, a la vejez".

–No te extrañe que a ratos esté vivo quien te habla, y a ratos esté muerto –dijo el viejo–. A ratos dejo de existir; eso no me impide hablar.

El viejo adoptaba un tono sardónico. Y mientras que la extraña semejanza quedaba en algo desvirtuada por la hinchazón de las mejillas que colgaban como barbas ofreciendo un aspecto lúgubre, según miraba Delgado, de pronto se dejó escuchar un zumbido, muy vagamente. Pues el viejo parecía ignorar una mosca, una mosca muy pequeña, que aleteaba en la cavidad de su oreja, y de eso no salía; allí se estaba siempre, sin levantar el vuelo, al haber

estado siempre, al haber nacido allí.

"Soy yo, estoy solo", pensaba Delgado. "Esta imagen es la mía. Soy yo quien se mira cuando yo me miro. Esta imagen insepulta, errante y sepulcral, no es como el sepulcro. No es como el vacío. Este viejo es mi alma, es un sueño y no lo sabe. En el mejor de los mundos vivirá allá, bien tapiado. Le escuece la cabeza por estar aquí; basta con mirarlo; está allá".

—Estoy aquí —dijo el viejo.

—Soy yo —dijo Delgado.

—Apenas uno habla, y ya él se hace el sorprendido —dijo el viejo.

—¡Tú tienes mal olor! —exclamó Delgado.

—¿Y a mí qué? —replicó el viejo—. Si es que tengo mal olor, la culpa será tuya.

—El que apesta eres tú, no yo —repuso Delgado.

—Exageras, eres sentimental —dijo el viejo con calma—. Una visión no soy; estoy aquí. No me mires, no vengo del otro mundo. El temor te hace ver lo que no se ve, yo estoy dentro de ti; yo soy tú. Si alargas el brazo no encontrarás tu saco, ni tampoco me encontrarás a mí. Tu saco no se pudre, como seguramente crees. No tiene por qué podrirse, no es para tanto.

—Es un juego absurdo y difícil; no lo sé ni lo creo —dijo Delgado.

—Esas son chicanas. Aquí no valen las patrañas. Tú tienes miedo, eso es todo.

—¿Y entonces, acaso usted no tiene miedo, si dice que yo soy usted?

—¿Y por qué me usteas de buenas a primeras? ¡Qué disparate! Claro que tengo miedo; y tú lo sabes, no yo. Parece que crees que no crees lo que crees... Son sutilezas. Te has vuelto hipócrita, y eso me parte el alma. Deberías tomar una copa y dejarte de disimulos. Pero si así lo prefieres, que siga la comedia. Estamos en la ciudad, al fin y al cabo.

Delgado entrecerró los ojos.

—¡Ah!, ¿sí? ¡Esto es ilusorio! —exclamó—. ¡Suceden cosas raras! ¿Y por qué usted se me aparece en las calles?

—Por tu culo —rió el viejo—. Además, eso no me incumbe aunque bien pudiera, después de todo, por la pena que me das.

—¿Acaso le doy tanta pena a usted? ¿Y se puede saber por qué?

—Tú no me das pena, sino yo mismo. Me es difícil llevar la iniciativa, eres tú quien debería de hacerlo ahora precisamente, como lo hiciste siempre. Yo no tengo la culpa de nada. Recuerda aquella vez. Yo pasaba tranquilamente por la calle cuando me viste y te asustaste. Daba lo mismo que yo te viese y me asustase. Llovía aquella tarde, y mi padre murió. Y luego, a partir de ese día, tú empezaste a seguir mis pasos, y cuantas veces me encontrabas, invariablemente y como enajenado, me mirabas con odio, sin darte cuenta de que te bastaba detenerte para encontrarme en ti. Además, daría lo mismo que fueras otro y no yo, y que no fueses tú sino otro cualquiera. Todos somos iguales los unos a los otros, pero todo depende del secreto. Del secreto en que la gente se reconoce cuando se encuentra. No te preocupes por mi parecido a ti, o por que tú fueses yo, eso es lo de menos. En realidad, este encuentro es un capricho, una patraña, un invento enteramente tuyo, una cuestión sin importancia. Y por eso mismo, harías mal en tomar en serio las cosas. Siempre fuiste el mismo; pero incurriste en el error de creer que eras otro y no yo. Ahora yo me pregunto por qué tuvo que suceder esto precisamente en la calle y no en otra parte; quizá tú podrías responder.

—¿No se da usted cuenta? Es natural que la ciudad deberá responder.

—¡Justamente, y al diablo con la ciudad! —exclamó el viejo—. La ciudad es un artificio, y ni siquiera un accidente de la soledad. La ciudad es un destierro. Nos priva del silencio, es decir, de las buenas compañías. La comunicación humana, en la ciudad, es una comunicación maldita, acuérdate. Somos prisioneros de las multitudes en la ciudad, en esta isla amurallada, y por eso mismo, nos negamos a dar ese amor y esa paz que precisamente buscamos. Somos nosotros la ciudad, nosotros tenemos toda la culpa. Día llegará en que se destruya la ciudad por obra del hombre libre, para ser recordada con incredulidad y espanto. Las charcas de pus, las ciudades, cunden día a día, y amenazan cubrir toda la faz de la tierra. Tú ves: la ciudad es el odio; ella ha florecido a la sombra del odio; y el odio la destruirá en nombre del amor.

—Usted se equivoca. Yo amo a mi ciudad y ella me ama.

—Eso dices tú. Pero cuando comprendas que la ciudad es un modo de ser del mundo y de la vida, llegarás a comprender el significado del sueño; es decir, el modo de ser de la muerte. El sueño, ¿qué es? ¿Y por qué te sueñas? El que sueña soy yo, tu cuerpo, no te sueñas tú. Desaparecida la ciudad, tu existencia se habrá

unificado al unificarse el sueño y la realidad, y tú podrás soñarte sin necesidad de mí.

—¿Y qué tiene que ver la ciudad con el sueño, y el sueño con el cuerpo?

—¿No te das cuenta? La ciudad es un resultado de la necesidad. Es el testimonio del hombre y de su permanencia en el mundo, o sea, el testimonio de una equivocación. Causa asombro semejante paradoja. El sueño del hombre se ha quedado cautivo en su corazón por causa de la ciudad, y sus deseos se han vuelto irrealizables. Los animales no conocen el deseo; todo se reduce a la satisfacción de sus necesidades. Pero se me ocurre que las abejas y las hormigas tienen mucho que ver con el sueño, si su vida es la ciudad. Pobrecitas ellas, al igual que el hombre, si es que renuncian a la tarea de conquistar la muerte. Bueno es divagar, cuando uno busca el camino de los descubrimientos.

—¿Y qué pretende usted con las divagaciones? Al fin y al cabo, uno debe expresarse con un poco de claridad. ¿Qué será de usted, cuando el sueño sea la realidad y deje de ser sueño?

—Puesto que lo sé, te lo diré; no me meto en líos hablando por hablar. Honradamente, qué sé yo, y qué podría decirte, por ejemplo, del destino que, cuando te mueras, habrá corrido aquella vieja araña, que te picaba en la rabadilla mientras dormías. ¿Qué será de mí, dices, cuando el sueño sea la realidad y deje de ser sueño? Mi contestación es ésta: será una realidad el sueño que ahora soy. En otras palabras: todo será. Escucha lo siguiente: la irrealidad realizada es la síntesis de una realidad oscura.

—Precisamente es muy oscuro lo que usted dice, y no comprendo.

—Te explicaré. Llamé síntesis de una realidad oscura a la transmutación de la realidad de la vida en el sueño. Se trata de la irrealidad realizada. Es el futuro. A medida que avanzamos en la vida, tanto más se realiza el sueño por la claridad con que avistamos el futuro. El sueño es el vehículo que nos permite ser una realidad; por el sueño se destruye el presente y culmina el futuro.

—¿No puede usted explicarse mejor? Sus palabras no me dicen nada, son palabras solamente.

—¿No te dicen nada? ¿Te parece poco lo que digo? ¿No te sorprende pensar que el presente no existe sino en términos de una mezquina realidad, y que el futuro está indisolublemente ligado con la muerte y con la realización total de la realidad?

Individualmente, la humanidad realiza la realidad con rapidez, pero, como un todo, lo hace lentamente. Pues esta realización se dispersa en el número de individuos, y mientras muere un vivir, la humanidad muere muchísimos. La vida de un individuo será poca cosa frente a la vida de la humanidad, que se cuenta por milenios, pero es determinativa en la extinción del género humano. Y por la extinción del género humano y por la extinción de toda otra forma de vida quedará determinada la realización total de la realidad. Partiendo de la existencia y concluyendo en ella, la serie podría ser ésta: nacimiento, sueño, muerte. El vivir quedará eliminado por el sueño, con el salto del nacimiento a la muerte, en el trampolín. El cuerpo, como vehículo con la duración de un relámpago en su tránsito a través del sueño, desaparecerá al término de éste. La existencia es el principio, y es asimismo el objetivo último; con el sueño se abrevia el tránsito, y se anula la necesidad de vivir. Al último, la realidad del mundo quedará latente en las madres, y comenzará la realidad del sueño a partir de la fecundación. Los que no nacen serán dueños del tiempo, y también lo serán del sueño: un sueño tanto más real cuanto más breve. Lo sospechado, lo presentido, lo imposible, lo increíble, lo portentoso y lo insospechado, todo ello surgirá en la conciencia del mundo como una realidad verdadera y como un hecho generalizado. Cuanto más difundida la revelación, tanto mayor respeto infundirá el misterio.

—Esas son cuestiones que podrían hacerse comprensibles para mí, siempre que yo llegase a saber el motivo de mi curiosidad por usted... ¿Se puede saber lo que pasa, por ejemplo, cuando usted muere, y si es que llega a saberlo? ¿Y cuando uno muere, estará usted dentro, o fuera de uno? ¿Conoce usted a los suyos, y se comunica con ellos?

—Me abrumas con tus preguntas. Todo romanticismo está fuera de lugar. Uno es uno, pero se multiplica en las almas, así como las almas se multiplican y son una sola. Todo será, cuando se haya consumado la unificación del sueño y el ser divino de la realidad con lo vivo y lo inanimado, bajo la síntesis de la realidad oscura. Pero mira, yo mismo no sé lo que hablo, ni sé de mí ni sé nada; y por ti, y cuando comienzo a conocerte, puedo saber que no sé nada de mí. Todo cuanto digo se refiere a ti, yo no hablo por mí sino por ti acerca de mí, pero tampoco hablo acerca de ti. Seguramente yo no soy el que tú crees, sino solamente a través de ti, y no es necesario que comprendas por qué no podría explicarme

sin tu participación. A lo mejor yo soy una divinidad y tú un pobre fanático que huye en lugar de quedarse quieto. Pero hablando en serio, te diré que se acabó la fiesta para ti. Una fiesta promovida al esplendor del sol, al claro de la luna y las estrellas, y todo lo que quieras, y que, sin embargo, tú mismo te complaciste en arruinar. ¿Y para qué? ¿No ves lo viejo y abatido que estoy? Según veo por esa cara que llevas, tú estabas metido en recovas y lupanares, del brazo de la mentira y la abyección, hundido en la basura y sabe Dios con qué clase de gente. ¡Bah, quién lo diría! La vida es una hermosa fiesta, creéme, y no lo digo por burlarme, hablo en serio. Pero ahora quiero irme de una vez, quiero soñar, estoy cansado.

–Ya lo veo, eso se nota –dijo Delgado; y de pronto preguntó–: ¿Y Ramona?

–¿Ramona? ¿Todavía te acuerdas de Ramona? Ramona era una disfrazada. Ramona era yo, y sigo siéndolo.

–Permítame una pregunta: ¿puedo desearlo a usted?

–¡Qué pregunta! En fin, sí, claro que puedes; pero solamente a tiempo de comer.

–¡Qué lástima; yo quería desearlo ahora!

–Lo lamento; no estás comiendo.

–Claro que no, pero eso ¿qué tiene que ver?

–No me vengas haciéndote el estúpido, son cosas que tú entiendes perfectamente. Puedes desearme cuanto quieras, allá tú; pero no olvides que sólo se encuentra en la calavera la verdadera manera de desear, tú ya lo sabes. Además, a mí no me han regalado una muela sino a ti, y no me valgo de artimañas; no soy de los que se dejan llevar por el diablo. En una palabra: yo nunca cometí las atrocidades que cometes tú. Y hay una, que no tiene nombre y que ahora, en esta oportunidad precisamente, quiero mencionar. Y se refiere a un amigo tuyo, un pobre carajo a quien le sacaste la calavera so pretexto de darle un plato de comida... A buen entendedor pocas palabras.

–¿Y qué es lo que usted pretende con tan torpes insinuaciones? Un hombre de honor jamás podrá atreverse a tocar ciertas cosas, ciertos aspectos de la vida, y tome usted nota de ello. Un secreto, precisamente, se debe respetar.

–¡Vaya, hombre, no necesito de tus lecciones! Yo no infrinjo las normas; eres tú quien las infringe. En mi vida había oído tamañas indecencias, unas preguntas de tan inaudita desverguenza. Al fin y al cabo, procacidades que te pintan de cuerpo entero.

–¿Y por qué entonces me sigue usted la corriente en esas desverguenzas y procacidades? Si no me equivoco, usted mismo y con sus propias palabras me dio a entender que sólo podría desearlo en tanto que no comiese a tiempo de comer. ¡Qué ingenioso había sido usted, después de todo!

–Claro que lo soy. Pero con todo, dos y dos son cuatro, eso no es un misterio. Tan sólo aquel que a tiempo de comer no coma, podrá desear verdaderamente. La calavera es el deseo, así son las cosas.

–Digamos que así sea. Pero ahora yo insisto y otra vez pregunto: ¿quién es usted?

–¿Qué te pasa? ¡Quién es usted!, me pregunta él, cuando sabe muy bien lo que pasa. ¿Te imaginas que iba a salir haciéndome el misterioso, con la cantaleta de que había sido la vida, la muerte, el demonio y tal y cual? ¡Quién es usted!, me pregunta él, y yo le respondo: ¡Soy tu cuerpo, carajo! Soy tú, soy yo, soy aquello que soy y tú lo sabes. Pregúntate a ti mismo, y ya verás cómo encuentras una respuesta para todo. Una esperanza sin esperanza es el mundo, y el mundo se reduce a ti y tu cuerpo. Y resulta chistoso el que nadie podrá arrebatarte tu cuerpo: él estará contigo por siempre y te será fiel, ahora y en la tumba. El cuerpo es la desesperanza, pero el acto de sobrellevarlo es una esperanza. Como fruto de la imaginación, el cuerpo representa la esperanza sin esperanza en una vida sin cuerpo, o sea la vida en sí. La vida en sí se vivirá con los ojos puestos en la vida, pero el cuerpo se interpone y, ello no obstante, la mirada traspasará el cuerpo, y lo desgastará con mayor rapidez que el vivir. Es de lo más raro que el cuerpo sea, al mismo tiempo, un estorbo y un medio para alcanzar la vida. Bueno pues, yo soy tu cuerpo, soy tu esperanza, y me confirmo en mi verdad por el sufrimiento, por la fealdad y la abyección. Hace mucho tiempo, cuando todavía no eras tú, ya había yo comenzado a ser, y terminé siendo tú y doliéndome de pies a cabeza el día que me viste, al quedarte prendado de mí. ¿Y tú, no sentiste nada?

–No sentí nada, se lo digo sinceramente, aunque me pareció verlo absorto, como arrobado por el recuerdo de alguna canción... Usted me conocía y me hizo una seña, burlándose de mí. Su aparición era siempre el anuncio de algún suceso funesto.

–Meras coincidencias. Pero tú no sabes. El día que tú te me

apropiaste, yo tenía tanta hambre como nunca, y adivinaba la inminencia de tu partida.

—¿Mi partida? ¿Y cuando ocurrirá?

—Ya ocurrió; en un sueño ha debido ocurrir. Tú no te alcanzabas; tú no eras suficiente para ti, y reventaste. Ahora me toca reventar a mí. ¿Qué es mi corazón? Un hueco; sin contenido y sin forma. ¿Qué es mi cabeza? Un cántaro roto. ¿Y mi estómago? Esta lleno de meados, según parece, y mis pulmones ya no soplan. Ya no como, ya no duermo.

—Pero yo como, yo duermo.

—Eso crees, gracias a mí. Pero, en realidad, tampoco lo crees, y basta de imposturas. Has mentido lo suficiente. Y has falsificado un saco, pudiendo haberte metido de una vez en el mío, es decir, en el verdadero.

—Yo no he falsificado nada. Fue un acto inocente, usted lo sabe. Quería confundirme con usted y ser el verdadero. Es difícil explicar cómo deseaba yo diseminarme en la ciudad y más allá de ella, estar en todas partes a un mismo tiempo, vivir y morir dentro de cada cual. Además, confieso que quería ocultarme de la vida, y también de la muerte. Se comprende que aquel que se disfraza lo hace porque tiene miedo.

—¿Miedo? Un recurso barato y fácil, un recurso ingenioso, cuando uno quiere vivir a toda costa y al mismo tiempo odia a su cuerpo. Yo que tú, no me disfrazaba; yo que tú, me volvía disfraz.

—¿Y cómo así?

—Poniendo mi persona al servicio del saco, y no el saco a mi servicio. Así podías haber hecho lo que precisamente pregonabas, es decir, sacarte el cuerpo.

—Pero, ¿acaso no lo hice? Es cierto que nadie sabe cómo es eso de sacarse el cuerpo, pero también es cierto que yo me lo saqué gracias al disfraz, aunque sin saber cómo. Y tan es así, que estoy fuera de usted.

—Te engañas. Una cosa es sacarse el cuerpo, y sacarse el saco es otra cosa. Hurtar el cuerpo a la muerte es una cosa, y otra muy distinta vivir en un cuerpo prestado, tal como vives tú, un mendigo muerto en vida. Yo no sé qué habría sido de ti al no habérsete ocurrido la farsa del saco, con lo que probablemente se allanó el paso de mi cuerpo a tu poder, aunque todavía siga siendo el cuerpo de algún otro. En todo caso, de hoy en adelante quedaremos alejados. Yo te haré señas, y tú también me las harás, si es que

así lo quisieras, pero estará prohibido que me mires o te mire, qué cosa tan rara, aunque continuamente nos mirásemos. En fin, alguna araña ha tejido entre tú y yo una red infranqueable. Tú serás una piedra en la calle, como lo seré yo junto a ti. Pero me pongo melancólico... A pesar de todo, yo te aprecio.

—No se apene...

—¡Quién sabe! Escucho tu voz, no te veo. ¡Dónde estarás!

—Estoy aquí, a su lado.

—¡Ah!, no te encuentro... Si extiendo los brazos, si me pongo de pie, si doy dos pasos por aquí y dos por allá... ¡Nada! ¡Estás en el vacío!

—Estoy dentro de usted, usted se siente en mí.

—En ti me siento..., y si ello es así, ¡qué feliz eres! Dime, cómo te pareces.

—No lo sé, no me veo, no me siento.

—Dime cómo me parezco yo.

—Es alto, y muy flaco. La nariz aplastada, los pómulos en punta. Una figura nada excepcional había sido la mía...

—¿Y qué te creías tú? Es muy vulgar, terriblemente vulgar mi figura, y menos mal que lo reconoces. Pero sin embargo deja de serlo, aunque tan sólo en la medida de las circunstancias que por el momento vives. Ni para qué perderse en cosas tales cuando nos queda poco tiempo, y cuando se acaba la noche y se acerca el momento de la despedida, pues en realidad yo no podré estar solo, allá, y tendrás que prepararte a participar de todos mis sufrimientos, una vez disipada la niebla y llegado el día, por lo mismo que tendremos que avenirnos, como ya dije, a cierto alejamiento, mas sin perdernos de vista el uno del otro, haciendo más llevadero el tiempo hasta reunirnos allá.

—¿Allá?

—Sí, allá, sencillamente porque yo no quiero retornar sin ti, o dejarte en el vacío. Ahora ponte este saco; ¡haz la prueba, se cayó al suelo!

—¿Y si yo no quisiera ir con usted?

—Peor para ti, estando en mis manos no sólo quitarte el cuerpo, ya que puedo quitarte la muerte y privarte de morir la vida.

—No crea usted. Yo, en ese caso, podría retornar por el río, en pos de mi primer antepasado, ir en busca de mi cuerpo, al verme privado del futuro y de la tumba. En todo caso, me quedaría el recurso de buscar en mi pasado, y podría recuperar el futuro...

– ¡Qué interesante! ¿Y luego, qué más?

–Escondido en la sangre, escondido en el río, transitando a través de mi padre, llegaría a desembocar por segunda vez en mi cuerpo, en el vivir. Fíjese bien: mi necesidad de futuro, o sea la tumba, me llevaría de retorno al pasado, realizando un milagro. De hecho, yo podría concebir la resurrección de mi padre y de mi madre, por el río, y nacer de nuevo.

– ¡Concebir la resurrección, nacer de nuevo, por el río! –se mofó el viejo–. ¿Sabes una cosa? Pierdes el tiempo, haces el ridículo. ¡Qué papel tan triste! ¿Acaso no te das cuenta?...

Felipe Delgado fue sacudido por una sensación extraña; en este momento se incorporó a medias en la acera, con sobresalto, dirigiendo la mirada a un grupo de borrachos que, habiéndose detenido para orinar sobre su cuerpo, ahora se alejaban festejando la ocurrencia.

Bajo la neblina del amanecer, soplaba una húmeda brisa. Uno que otro viandante cruzaba apresuradamente por la calle. En la Recoleta, las campanas llamaban a misa. Delgado se paró, haciendo un gran esfuerzo, y luego encaminó sus pasos por la calle Illampu, con rumbo a la casa de Oblitas.

CAPITULO XIII

Después de mucho cavilar sobre el asunto, Sanabria, habiendo decidido asumir plena responsabilidad en el problema que él mismo se había planteado con respecto a Delgado, llegó a la conclusión de que éste no debería permanecer por más tiempo en la ciudad y que, consecuentemente, se imponía, como el remedio ideal, su traslado a la propiedad de Uyupampa. Allí su protegido podría vivir, si es que no completamente aislado, cuando menos al abrigo del perverso mundo y sin que nadie lo molestase.

En tal sentido, Sanabria puso al tanto de su determinación a Estefanic.

En opinión de Sanabria, sería poco menos que un delito el

permitir que Delgado siguiese viviendo en la ciudad. El rato menos pensado, el pobre podría verse envuelto en alguna atrocidad, o bien aparecer muerto en plena calle. Al considerar como un deber de gratitud por el difunto Virgilio Delgado el hacer algo por su hijo, él, Sanabria, no veía solución más acertada que aquella que él proponía y, por tanto, estaba dispuesto a actuar con el apoyo de Estefanic, pues aquí no se trataba de hacer una obra de caridad, según él declaró, sino que era un deber el velar por alguien que necesitaba socorro y evitar un desenlace trágico, como por ejemplo, el peligro de una reclusión en el manicomio: catástrofe ante la que ya nada podría hacerse y que significaría para el desventurado un destierro en el reino del terror y el olvido.

–Luego, y para dejarnos de suposiciones –siguió diciendo Sanabria–, debemos tener en cuenta la grave responsabilidad que nos ha tocado enfrentar. Mire usted: yo no puedo quedarme con los brazos cruzados. Delgado está muy mal, con el alcohol a la diestra y la locura a la siniestra, un espectáculo sumamente triste para mí.

Sanabria había tomado tan en serio las cosas, que el propio Estefanic comenzó por sospechar que aquél exageraba.

Luego el doctor se refirió a Oblitas; no se explicaba la actitud de aquel señor, hombre probo y digno, a juzgar por las referencias de Estefanic, pero, por otro lado, un brujo cruel y perverso: muy notoria era su complacencia ante la degradación de Delgado, y también lo era un sentimiento de pena, que él trataba de ocultar; y la contradicción se acentuaba dándose el caso del enorme respeto mutuo que entre ellos existía, añadiéndose a ello la autoridad casi ilimitada que ejercía Oblitas sobre aquél.

–Es la verdad –se apresuró a confirmar Estefanic–; y tan es así, que tendremos que atenernos a su buena voluntad si es que queremos hacer algo. Pero ahora, me pregunto –se detuvo y vaciló un momento antes de proseguir–, yo me pregunto si no será demasiado precipitada la medida que usted propone. Sacarlo de la ciudad tan de sopetón, confinarlo en el campo, privarlo de repente de las costumbres que él ha seguido toda su vida... ¿No cree usted que eso sería contraproducente?

– ¡Absolutamente no, y precisamente lo tengo muy bien pensado! –replicó Sanabria con obstinación–. A Delgado me lo llevo. Dejarlo en la ciudad, eso sí que sería no sólo contraproducente, sino también criminal. Pero ante todo es necesario ponernos de

acuerdo. Usted aprueba mis planes con su silencio, pues quien calla otorga; y luego, no bien acaba de hacerlo, opone reparos que ahora me caen como un baño de agua fría. ¡Pero vaya, vaya, convengamos en que esos reparos obedecen a un sentimentalismo exagerado, y bien que usted lo sabe! Ahora, una cosa: ninguna oportunidad tan propicia como ésta para ofrecer a usted un techo seguro y amable en aquella mi heredad, donde podrá estar a sus anchas. ¿Qué le parece? Y no es que yo quiera dármelas de benefactor. Si usted quiere, puede irse como administrador a una de mis propiedades del Altiplano con poderes absolutos para hacer y deshacer; pero no creo que le convenga, por el clima; además, ya es tiempo de que nosotros los viejos nos dediquemos a descansar. En Uyupampa la vida es color de rosa, lugar incomparable para pasar los días en delicioso diálogo con la naturaleza. La casa es grande y cómoda, créame usted, y cuenta con un generador de electricidad; fíjese, inclusive hice llevar un telescopio que es toda una maravilla, y la mayor parte de mis libros están allá. Y luego, esas tierras son óptimas. Abunda el pasto; mis ovejitas dan buena carne y buena leche; también tengo aves, y mis treinta hectáreas de labranza me proporcionan papas de primera, legumbres y todo lo demás. En resumidas cuentas: donde hay lo suficiente, es imposible pasar hambre. Yo paso allí la mayor parte del año, creo que ya se lo dije, como que hace marras que no ejerzo la profesión, y allí me dedico a escribir, a leer, y así procuro alimentar mis inquietudes espirituales; como vivo solo y ya soy viejo, difícilmente puedo encontrar en la ciudad algo que me interese... Quién sabe lo que está escrito; pero yo tengo la esperanza de que mis buenas intenciones han de cumplirse, precisamente, por ser tales. ¡Qué opina usted a todo esto!

Estefanic contestó de mala gana, sin poder ocultar su actitud ante un ofrecimiento que, si bien era muy seductor, estaba condicionado a un designio que él rechazaba. Y prometió hablar con Oblitas a fin de preparar el terreno para una entrevista que Sanabria solicitaba y que, en el mejor de los casos, podría efectuarse el día siguiente. Pero ya que el doctor, en opinión de Estefanic, tenía metidas en la cabeza unas ideas completamente descabelladas, éste concibió la posibilidad de reformar las cosas apoyándose para ello en la influencia de Oblitas.

En efecto, con tal intención se plantó en las cercanías de la casa a primera hora de la mañana, poniéndose a espiar la salida de

Felipe, y luego entró en busca de Oblitas. Este estaba evidentemente malhumorado y quisquilloso cuando lo recibió.

–¿Qué se le ofrece a mi doctor Nicolás? –Oblitas dejaba escuchar un tono áspero desde las profundidades de su cuarto–. ¿A qué se deberá esta visita en tan tempranas horas del día? –y añadió con retintín–: El señor don Felipe acaba de salir.

–Mejor cosa no podía ocurrir –contestó Estefanic–; en realidad, no lo buscaba a él, sino a usted personalmente.

–¡Ah, qué bien! ¿Y como para qué será?

–Iré al grano; quiero charlar confidencialmente con usted, don Juan de la Cruz; pero, en primer lugar, quiero consultarle si le sería posible recibir al doctor Armando Sanabria, en vista de que él piensa visitar esta respetable casa; usted ya oyó hablar de él; yo me permití aconsejarle que viniera en busca de alguna orientación, sabe usted, porque ha tomado cartas con respecto a Felipe, y quiere mandarlo al campo. Usted conoce de cerca a Felipe; ya se sabe que la vida que lleva él es muy triste; en fin, iré al grano; le diré mi opinión al respecto, y confío en que usted me diga francamente lo que piensa, para saber a qué atenerme. Por de pronto, Sanabria lo amonestó severamente. Pero Felipe no quiere saber nada; y dice que la bodega es su vida, y que el peligro de volverse loco o morir como un perro a nadie debe importarle sino a él.

Oblitas, como de costumbre, estaba encasquetado con su sombrero negro, llevaba chaleco, y un enorme mandil de arpillera le caía hasta los tobillos; evidentemente, habíase visto interrumpido quién sabe en qué preparativos. Sin embargo, ahora escuchaba con atención.

–¿Y cuál es la opinión de usted al respecto? –inquirió.

–Yo opino que se cometería un atentado al arrancar a un hombre de allí donde buena o malamente vive –declaró Estefanic–. Esta es mi opinión, hablando en oro. A Sanabria le aconsejé que buscase el apoyo de usted en cualquier caso, pero lo hice con mi segunda, pues usted es la única persona que puede evitar el atentado; y estoy seguro que lo hará, sin necesidad de que nadie se lo ruegue...

–Sepa usted que no lo haré, aunque el mundo entero me lo rogase –interrumpió Oblitas de sopetón, con tono rotundo–; yo sostengo que no hay tal atentado; soy un hombre que cree en la maldición, doctor Nicolás, con perdón de usted.

Estefanic se quedó estupefacto. Oblitas se complacía ante el

efecto de sus palabras, y esto le daba bríos para perorar sobre sus temas favoritos.

—Así es la cosa —prosiguió diciendo—; no se puede con la maldición. ¡Bien que lo comprenden y todavía hablan de atentados, cuando el único atentado sería el cometido contra la maldición! Cualquier intento de apagar la chispa de la maldición que finalmente nos empujará a las tinieblas, eso sí que sería un atentado, y el intento será vano. Guay de aquel que se atreva a conjurar la maldición: caerá en pecado mortal, sufrirá atroces tormentos, eso es sabido. Usted es un maldito, yo soy un maldito, el señor don Felipe, todos nosotros somos unos malditos; con la maldición se nace y con ella se muere, amigo. No puedo yo oponerme, no puedo torcer el destino, yo no puedo oponerme a que el señor don Felipe vaya a vivir al campo; además de que eso sería vano, al mismo tiempo me colocaría frente a la maldición, y entonces estaría perdido. Por más que se haga lo que se haga, todo sucede porque tiene que suceder, ya le digo y le repito, no se puede con la maldición; el mundo es redondo, qué quiere usted que yo haga. El señor don Felipe sabe lo que es la maldición; él comprende en lo íntimo lo que son las cosas, y por eso mismo yo estoy seguro de que él no moverá un dedo para cambiar el curso de su destino frente a los inescrutables designios del Supremo. Desde este mismo instante, y si es que tiene el deseo de hacerme una consulta, ya el mentado señor doctor Sanabria puede estar seguro de mi incondicional ayuda para lo que se fuese. Todo es una maldición, le seré franco; si me llaman, yo voy, si no me llaman, no me meto; no soy quién para interponerme en el camino del señor don Felipe; nadie es quién para interponerse en el camino de nadie; soy fatalista; todo lo habido y lo por haber está escrito. Pero yo no sé por qué el señor don Felipe Delgado no me diría nada del asunto; para mí son una bomba todos estos planes; todos estos proyectos del señor doctor Sanabria o no sé qué cuantos, me causan verdadera sensación. Eso sí: la vida del señor don Felipe, de florecer ha de florecer, sea donde se fuese y como se fuese, yo le diré, y no existe mejor ni peor; aquí y allá, abajo y arriba, a izquierda y derecha, todo es y sucede porque debe. ¿Y ahora quieren que yo los ayude? Ayuda mía la tendrá el chico y el grande, por igual; yo no me corro ante el bien ni tampoco me corro ante el mal, todo lo comprendo y no tengo la culpa de nada, pobre mortal que ni siquiera sabe por qué y para qué se sufre, amigo, aunque conviviese por

igual con el buen ladrón y el mal ladrón, como convivo yo, y me resigno amoroso de Natura, páseme lo que me pase, miro a los demás con lástima y piedad, tal como seguramente ellos me miran a mí, a sabiendas de que son muchos los locos y al mismo tiempo muy pocos; yo estoy contento con mi maldición, pues mi sufrido corazón es temeroso de los designios de Dios Nuestro Señor. En fin, por algo será que conozco el camino de la eterna luz de la muerte... ¿Se servirá un mate de coca, un té, o bien una copita? —preguntó de pronto, y clavó una mirada indefinible, de burla, de tristeza y de regocijo sobre el huésped.

Estefanic se sentía completamente abrumado y desconcertado; sin embargo sostuvo aquella mirada, entrecerrando sus ojos azules, y dijo que una copa no le sentaría mal. Y con tono grave añadió:

—Francamente, me extraña mucho su actitud. Yo confiaba en su apoyo para sacar la cara por Felipe Delgado...

Oblitas había servido dos copas de un frasquito que guardaba en la alacena.

—¿Para sacar la cara? —preguntó con ironía y se dio un pedo, quedándose un poco avergonzado, y luego dijo sentenciosamente—: Se equivoca usted, y hace muy mal en extrañarse por una actitud tan justiciera como la mía. Yo puedo ver la luz pero usted no, porque mis ojos están dentro de la oscuridad y los suyos dentro de la luz. Pero sirvámonos, salud. Yo sostengo que se debe vivir verdaderamente y que, para vivir verdaderamente, es necesario estar en la oscuridad; en realidad no sólo se vive de aire y de sol, amigo, para merecer la gracia de vivir es necesario darse cuenta de que existe la muerte —exhaló un suspiro y luego preguntó, inopinadamente—: ¿Y adónde piensan llevarlo? Al señor don Felipe me refiero. ¿Se podrá ir a verlo alguna vez, o será muy lejos?

—Esas preguntas son demasiado prematuras, siendo así que no se ha resuelto absolutamente nada —observó Estefanic—. Claro que Sanabria me ha ofrecido su casa allí en su propiedad, por el resto de mis días. El lugar queda aquí cerca; pero usted ve, él quiere soterrar a Felipe, los ricos tienen sus caprichos...

—Cosa buena, cosa buena —interrumpió Oblitas con sarcasmo—. Ya me daré maña para ir por allá a visitarlos a todos ustedes, y será un gran gusto.

Por lo visto, Oblitas daba por resuelto el problema de buenas a primeras, como si todo dependiese tan sólo de él y no se tuviese que consultar la buena o mala disposición de las partes.

Estefanic no atinaba a explicarse tal actitud, y dijo:

—Cosa buena... Pero nadie podrá decidir por Felipe, excepto él mismo. Y él no quiere ir, como que no irá. Con mucha pena veo que no se podrá ni pensar en usted para respaldarlo en su decisión.

—Así no más es, mi doctor —declaró Oblitas—: ¡Eso ni soñar! La cosa es que el señor don Felipe es un hombre que tiene fe en su destino, usted no se imagina. Y ha de ir a donde lo lleven; él ha de ir, el corazón me lo dice, acuérdese de mí. Esté donde estuviese y vaya donde se fuese, él estará siempre allí donde debe; además, ya él ha comenzado a internarse en las tinieblas, amigo, él lo sabe, y en la misma medida acrece su fe. ¡Con todo, es muy grande la pena que infunde el destino del hombre, yo le diré!

—Seguramente así ha de ser, si usted lo dice —comentó Estefanic con resentimiento a tiempo de levantarse—; pero ahora debo irme; olvide usted lo que le dije, don Juan de la Cruz; no quiero que se me señale como chismoso, yo se lo ruego. Y le pido una contestación categórica para justificar mi visita: ¿puede venir a verlo el doctor Sanabria, esta misma tarde si posible?

—¡Con gusto lo recibiré! —contestó son solemnidad Oblitas—. ¡Me muero por conocer al doctor Sanabria; la visita de tan encumbrado personaje será un honor para mí! Y le ruego repetirle al pie de la letra el tenor de mis palabras. En cuanto a lo otro, pierda usted cuidado; yo no seré quién para confundir las buenas intenciones con los chismes; líbreme yo de creer ni siquiera entre sueños que un caballero como usted fuese un chismoso.

Estefanic dio las gracias y quedó en venir a primera hora de la tarde trayendo a Sanabria. Estaba descontento, se avergonzaba del fiasco sufrido en su visita; y se marchó, pensando finalmente en el ofrecimiento del doctor, que él aceptaría, a estas alturas en que se hacía sentir la vejez con todo su peso y la muerte se avecinaba. Por lo demás, según él pensaba, Oblitas era dueño de la situación y podía, aprovechándose de ello, imponer su santa voluntad y manejar las cosas a su capricho — ¡ridícula hasta más no poder era toda esta situación, después de todo! Y seguramente por eso mismo, con una especie de sentimiento de culpa, Estefanic sentía en estos momentos la necesidad de apiadarse de todo el mundo, y se moría por revelar a Felipe lo que se estaba tramando, pero en ningún momento olvidaba que él, Estefanic, y nadie más que él, había sido el promotor de todo cuanto estaba sucediendo, y, al mismo tiempo,

se consolaba con que ello iría a redundar en bien de todos, ya que, al fin y al cabo, Sanabria tenía la llave para la solución de muchos problemas.

Y se encaminó lentamente a la casa del doctor. Era la hora del almuerzo cuando tocaba la puerta; con mucho cuidado, con mucha prudencia, se refirió al resultado de la entrevista, mencionando la excelente disposición demostrada por Oblitas y la pasmosa seguridad de éste, quien ya consideraba el plan de Sanabria como un hecho consumado. El mensaje de Oblitas, naturalmente, fue recibido con enorme beneplácito. Exaltado por el entusiasmo, Sanabria se puso a soñar en mil cosas, y habló de una colonia en Uyupampa, para la rehabilitación de enfermos, lisiados y achacados, con salas de lectura, piscinas y todo lo demás, que él pensaba fundar en un futuro inmediato, según dijo, siempre que no se presentasen obstáculos insuperables, como ser, por ejemplo, el estallido de la guerra con el Paraguay.

—Lo menos que usted se merece por las grandes noticias que me trae, es un buen vino; y ahora pasemos a almorzar —dijo luego, y entró en el comedor tomando a Estefanic del brazo.

En la mesa hizo destapar una botella de *Mosela,* para brindar con su amigo; éste se limitaba a escuchar, mientras comía y bebía.

—Muchas cosas se pueden hacer con el permiso de Dios y la colaboración de hombres de buena voluntad —declaró Sanabria—; todo se podrá hacer, absolutamente todo, siempre que el famoso señor Oblitas no me salte con domingo siete. Ya se ve que él tiene un gran ascendiente, y bien puede reventarnos a última hora. Ya se sabe que será muy difícil, por no decir imposible, que Delgado llegue a dejar así porque sí la vida que lleva. Quién sabe si este brujo tiene sus razones para impedir la regeneración de los demás, y por pura táctica nos viene con promesas falsas. En fin, yo no soy guagua; a mí nadie me mete los dedos a la boca. Libraré batalla en caso necesario; el amor propio me obliga a gastar mi último centavo, en caso dado, para desbaratar cualquier maquinación. La vida tiene aspectos tenebrosos, eso es claro; estamos enfrentando un caso único, un caso raro. Pero yo lucharé con el arma de la ciencia frente al maleficio, si es que lo hay. Y ni para qué preguntarse quién saldrá vencedor. Yo le apuesto, don Nicolás, todos mis bienes contra su levita; qué me dice usted.

De este modo, Sanabria adoptaba la actitud de un campeón, y en ello se complacía. Pero sin embargo, no podía disimular su

nerviosidad. Consultaba a cada rato su reloj, y luego, no bien hubo terminado el almuerzo, se levantó de la mesa y dio la señal para encaminarse a la casa de Oblitas.

Sanabria era quien debería tomar la palabra, él debería asumir la iniciativa; y así se lo dijo a Estefanic antes de entrar, rogándole que, en lo posible, propiciase esa táctica.

Oblitas los recibió adoptando un aire solemne, y después de las presentaciones los invitó a sentarse alrededor de la mesa. Estaba vestido como para asistir a una ceremonia, todo de negro, con camisa blanca y el sombrero encasquetado. Y Sanabria se apresuró a tomar la palabra sin más rodeos, y fue directamente al grano, tal como su amigo ya lo hiciera por la mañana, pero con un tono muy diferente: miraba a Oblitas con ojos escudriñadores y fríos; no hacía nada por disimular un sentimiento de aversión y curiosidad; los gestos y ademanes, aunque las palabras eran mesuradas y amables, dejaban adivinar un ánimo predispuesto, de prevención y reserva. ¿Quién en el mundo, a no ser un espíritu desorbitado y maligno, podía quedarse impasible ante la desgracia de un pobre joven? --preguntábase Sanabria, mirando fijamente a su interlocutor--. Ante todo, él quería agradecer infinitamente al señor Oblitas por la ayuda generosa que éste ofrecía, según el mensaje que se había dignado transmitir por intermedio del común amigo Estefanic. Pues él estaba animado del firme propósito de salvar a Delgado; pero, como éste se mostraba reacio, era el señor Oblitas quien debía tomar cartas en el asunto, haciendo valer la enorme influencia que tenía sobre el ánimo de aquél, y confirmar así, con los hechos, sus ya referidas buenas intenciones, ya que de otro modo no se podía pensar en el buen éxito de la empresa. Sin embargo, Sanabria proclamaba con firmeza su intención de mover cielo y tierra, y no escatimar esfuerzo alguno para lograr sus propósitos... Tal vez el señor Oblitas no estaba enterado del sagrado sentimiento de amistad que durante incontables años había ligado a Sanabria con el ya difunto padre de Delgado, en cuyo homenaje, precisamente, él intervenía. Ahora bien; al verse en el deber ineludible de velar por un hombre abandonado, y al recurrir sin vacilación a todos los medios posibles para el logro de tan nobles propósitos, ¿acaso él, Sanabria, se equivocaba al pensar que el señor Oblitas jamás podría mirar con indiferencia el destino de Felipe Delgado, a quien seguramente profesaba una amistad sincera al par que un afecto casi paternal?

Oblitas, con característica actitud ceremoniosa, escuchaba con honda atención y parpadeaba, y al mismo tiempo daba unos golpecitos sobre la mesa con los dedos de la mano izquierda, mientras ocultaba la otra en la abotonadura del saco. Y cuando a su vez tomó la palabra, de pronto cambió de postura, para ponerse a tamborilear con los dedos de ambas manos sobre la mesa, mirando con aire de infinita conmiseración al doctor. Y dijo, con tono rotundo y cortante, que aquí no era necesario mover cielo y tierra, y que todo comentario estaba demás, pues que él era el primero en condolerse por la actual situación del señor don Felipe Delgado, a quien brindaba un cobijo bajo su humilde techo, únicamente por razones de admiración y respeto, ya que él, Oblitas, era un hombre que estimaba a las personas, no por lo que parecían ser, sino por lo que realmente eran. El, cuyo entristecido corazón sangraba minuto a minuto por el oscuro destino del hombre; ¿cómo así, por qué motivo, iba a mirar con indolencia el particular destino del grande y noble amigo, a quien, según era evidente, el señor doctor Sanabria se disponía a socorrer? Sin embargo él declaraba, ante todo y con absoluta sinceridad, su convicción firme en sentido de que el socorro, la ayuda, todo remedio, estaban por demás en el mundo, desde que todos y cada uno de los hombres, contra toda la corriente y a despecho de todas las circunstancias, deberían cumplir su destino, sin atreverse a decir pío, frente a la inutilidad de luchar contra los designios inexorables del Supremo Hacedor. Porque, ¿qué éramos nosotros, qué era el hombre, ante las fuerzas sobrenaturales, ante las magnas potencias, de las que no teníamos la más remota idea ni sabíamos en absoluto por qué hacen lo que hacen, y de las que tampoco sabíamos si lo que hacían no era para bien sino para mal?

Oblitas profirió un suspiro, para asumir un tono patético—: Ya que el doctor Sanabria era un médico ilustre, ¿acaso no estaba de acuerdo en que era inúltil curar, desde que la enfermedad no podía ser otra cosa que una señal de la sabiduría divina, una luz, un inexplicable destello de esperanza destinado al hombre? El, Oblitas, también era médico, si acaso no lo sabía el señor doctor Sanabria; y, como tal, estaba convencido de que el remedio no consistía en curar; pues efectivamente, ¿qué era lo que hacía el verdadero médico, sino precisamente tratar de comprender, tratar de desentrañar la causa última del mal, o sea su esencia, para acercarse de este modo al conocimiento del misterio y de la divinidad y movilizar las fuerzas ocultas, ahondando así cada día más y más

en la causa? Combatir el efecto era una sonsera; había que acercarse a la causa, era necesario comprender el secreto. Para hablar un poco más a fondo, él, Oblitas, quería subrayar lo siguiente: ¿Qué diferencia podría hallarse entre el bien y el mal, entre la salud y la enfermedad, siendo así que no había absolutamente ninguna diferencia? El diablo era muy amable; pero, eso sí, había que tratarlo con todo tacto, reverentemente, nunca con recelo, nunca con desconfianza. Así como nos movíamos en medio de fuerzas tremendas, a las que les poníamos meros nombres según nuestro capricho, así también no sabíamos cuáles de entre ellas eran buenas, cuáles malas, y cuáles de las buenas o de las malas estarían destinadas a señalarnos el camino hacia la luz. Pese a todo, sin embargo, y ya que el señor doctor Sanabria se empeñaba en aplicar algún remedio, Oblitas estaba dispuesto a colaborar de todo corazón, no obstante que él ya sabía, y lo sabía muy bien, que cualquier remedio no solamente sería inútil, sino que no haría más que agravar la maldición y precipitar el fin... Pues cada cosa en este mundo tenía vida propia, lo animado y lo inanimado, la piedra, el vegetal y la carne eran cosas libradas a su propio destino. En una palabra: había que dejar a cada cual tranquilo con su maldición. Oblitas curaba, eso sí, pero en realidad no curaba, y, al hacerlo, él se acercaba a las tinieblas, en busca de la luz, en busca de la llave secreta, en pos del verdadero sentido del mundo y de la vida, para aceptar el mal, la enfermedad, el vicio, el bien y la virtud, indistintamente. En su oficio, como médico, como estudioso de las ciencias magnas, como autor, Oblitas no se ocupaba de curar; lo que él quería era conocer. El que conoce es ya sano, de por sí, por más que esté enfermo; para el que conoce no existe la enfermedad como tal, el mensaje se traduce en términos de salud eterna, es un destello de la verdadera vida. ¿Qué ganaba uno con estar sano, libre de la enfermedad, si no hacía nada por conocer la verdadera vida? Y finalmente: desde que el misterio revelado era el único camino de la salvación y el hombre era en sí un misterio, y desde que el misterio revelado y la cara de Dios eran cosas que no se podían ver, ¿quién podría atreverse a soñar, ni siquiera remotamente, en la salvación del hombre?

—Yo me entrego con alma y vida a estos estudios —declaró Oblitas a modo de conclusión—; y nada hago a título de hombre bondadoso o malvado, yo vivo y obro tal como si estuviera de viaje, mirando y observando, extendiendo el brazo hacia lontananza, escudriñando el más mínimo detalle en el reino de la vida; qué más me da hacer esto o lo otro; si esta y la otra cosa y la de más allá van a parar en lo mismo. Yo lloro, yo sufro y río, allá yo con mi maldición, allá cada cual con la suya.

Y así por el estilo, cosas tales dijo Oblitas, y luego se quedó callado, lanzando miradas penetrantes ante la creciente alarma y perplejidad de Sanabria, el cual a su vez se preguntaba que con quién tendría que vérselas, finalmente, pensando que no se trataba de un simple brujo, y que estaba en presencia de un espíritu desorbitado y peligroso, sin duda, a juzgar por aquellos desvaríos inconcebibles; sin embargo, parecía ser un buen hombre este raro personaje, pese a la propaganda, pero, ello no obstante, se imponía un proceder cauteloso.

Y ahora dijo, con zalamería un tanto irónica:

—Gracias a Dios, ya habrá tiempo para explayarse sobre estos hermosos y escabrosos temas, tan hábilmente expuestos por mi colega el doctor Oblitas, un hombre que tiene mérito no solamente como médico, sino también como teólogo, según acabo de ver —así se expresó Sanabria, inclinándose ante Oblitas, a quien llamaba con sagacidad doctor y colega, y en seguida dijo—: Pues así, quiero manifestarle mis alabanzas y respetos, junto con mi profundo agradecimiento por su gran bondad. La colaboración que se digna extendernos es decisiva, y hablo con toda franqueza. ¡Y ahora ya puedo afirmar que el joven Delgado se salvará!... En fin, señores, yo por mi parte declaro modestamente mi fe en la salvación del hombre por el hombre.

En seguida, Sanabria pasó a exponer detalladamente sus planes. Oblitas escuchaba moviendo la cabeza en señal de aprobación, y declaró que, según ya se lo había hecho entender a Nicolás Estefanic, él tenía sus razones para estar plena y absolutamente seguro de que el señor Delgado accedería a alejarse de la ciudad. El viaje podría, por tanto, hacerse en cualquier momento, e inclusive mañana mismo, siempre que ello concordase con las circunstancias, las cuales por lo demás —según la opinión de Oblitas— estaban ya escritas en los libros del destino.

A esta altura, Estefanic hizo notar la inconveniencia de precipitar los acontecimientos, pues todavía quedaba una duda, muy ligera por cierto, pero duda al fin, sobre la actitud de Felipe. Claro que, al fin y al cabo, todo dependía de don Juan de la Cruz, en cuyo poder magnético, según afirmó Estefanic con toda seriedad,

podía confiarse a ojo cerrado; pero, con todo, como tan sólo faltaban unos pocos días para la Navidad, era pues conveniente que Felipe pasase en la ciudad una celebración tan significativa, ya que seguramente serían éstos sus últimos días en La Paz, tal como se desprendía de las previsiones que se estaban tomando en este momento precisamente.

En efecto, así quedó convenido, y se decidió la partida de todos juntos para el día 30 de diciembre como fecha definitiva. Pues Oblitas aceptaba de mil amores la invitación especial que le extendía el doctor Armando Sanabria para pasar el Año Nuevo en Uyupampa; en cuanto a Estefanic, quedaba sobreentendido que éste iría a vivir allí, tal como él había ya decidido, dando por aceptado el ofrecimiento de Sanabria. Sanabria, sin embargo, debía ausentarse a su propiedad de aquí a unos días, para retornar al cabo de otros tantos, y así lo manifestó, pues su presencia era urgente en la festividad de San Esteban, el Patrón de Uyupampa, que se celebraba el 26 de diciembre, oportunidad que él aprovecharía para echar un vistazo, verificar en persona los preparativos para recibir a los huéspedes y dictar las disposiciones del caso.

–¡La suerte está echada! –exclamó Oblitas con tono patético.

Se levantó con toda lentitud y luego, afanándose repentinamente, puso sobre la mesa cuatro botellas de cerveza que él tenía dispuestas en el suelo, y sirvió los vasos en obsequio de las visitas.

–¡A lo hecho, pecho, dice el refrán! –añadió ahora con un tono que, para el caso, resultaba cómico, y acto seguido se zampó el vaso que tenía entre las manos.

Los otros siguieron el ejemplo.

Sanabria exclamó:

–¡Muy bien dicho: a lo hecho, pecho; palabra suelta no tiene vuelta!

Estefanic quiso participar en este brindis:

–¡No hay mal que por bien no venga, señores! –dijo, y luego añadió–: Hablando en oro, aquí sí que los refranes vienen al pelo; no pueden faltar en los momentos críticos de la vida.

CAPITULO XIV

Oblitas no tenía tiempo que perder. Pues como confiaba ciegamente en su poder de persuasión sobre Delgado, había visto por conveniente –contando desde luego con el beneplácito de Sanabria– determinar la fecha para reunir en su casa a todas las partes interesadas, a fin de dilucidar definitivamente el asunto.

Y precisamente ahora que había llegado el día de la reunión, Oblitas se daba maña para abordar a Delgado, ofreciéndole un mate de manzanilla y, además, una copa de aguardiente, medio del que a veces solía valerse para retenerlo en casa, y del que ahora echaba mano con el doble propósito de conversar largo y tendido con él y asegurar su presencia en la referida reunión.

El influyente Oblitas se sentía tranquilo frente a un grave problema; eran sinceras sus intenciones al haberse atrevido a tomar por su cuenta y riesgo la solución de aquél, persuadido como estaba de que, en efecto, el destino se cumple, sea aquí o allá, no habiendo manera de modificarlo, puesto que era completamente vano oponerse al curso de los hechos, y muy sabio dejar que la realización de los mismos fluyese a través de alguien como él, Oblitas –el cual, desde luego, se prestaba de mil amores a servirlos, ya como instrumento, ya como ejecutor. La cosa es que los recientes acontecimientos habían excitado su vanidad al par que su imaginación. Con una inmensa dicha, Oblitas se consideraba el eje, la rueda motriz de un magno designio en una cadena que sólo Dios sabía en qué iría a parar, y no cabía en sí de orgullo al haberse visto en consulta con un colega, con un ilustre colega –dándose el lujo de taparle la boca, era justo reconocerlo; además, ¿no tenía él en sus manos, nada menos que el destino de Felipe Delgado, hombre tan digno como el que más? ¿Y para qué ni contar al doctor Estefanic, hombre no menos digno aunque un poco enredista, a quien se lo había enbolsillado en un periquete?

Si estos doctores confiaban ciegamente en él, allá ellos, pues a

todo esto, no le hacían ningún favor: él, Oblitas, confiaba en sí mismo, únicamente y por encima de todo, y era capaz de todo, con tal de cumplir su palabra. Y hablando buenamente: ¿No era cierto que Felipe Delgado, su gran amigo, había comenzado ya hacía rato a internarse en las tinieblas y que, aquí o allá, en la ciudad, en el campo o donde se fuese, su marcha no podría detenerse? ¿Y acaso algún poder en el mundo sería capaz de torcer el curso de las cosas? Aquí sí que no cabía pararse en miserias; no se habría ganado o conseguido nada, absolutamente nada, en favor del señor don Felipe Delgado al intentar que éste no fuese arrancado de su queridísima bodega, lejos de su amada ciudad, sino únicamente contrariar los profundos y sagrados principios que precisamente él, Oblitas, luchando a sangre y fuego y contra viento y marea, estaba dispuesto a defender, aun a costa de su vida.

Sobre la mesa brillaba una manta de mil colores, en la que Oblitas había dispuesto dos copas y una botella. Los rayos del sol inundaban la habitación; él estaba sentado frente a Delgado, el cual apoyaba la barbilla en ambas manos y los codos en la mesa, los ojos deslumbrados por el sol en medio del zumbido de las moscas, y bebía su copa tranquilamente, llevando a ratos la mano a la herida que tenía en la cabeza. Oblitas se ocupaba de la botella; la cosa no debería degenerar en borrachera –había que abordar el espinoso asunto previa la exploración del terreno, preveyendo en lo posible cualquier contratiempo. Y la maniobra de haberse puesto a beber, siguiendo la corriente a Delgado, era sin duda un golpe maestro: éste no podía ocultar su satisfacción ante semejante acontecimiento.

La charla apenas había comenzado, y de repente Oblitas decidió jugarse el todo por el todo:

– ¡A la salud del doctor Sanabria! –exclamó inopinadamente, y vació de un golpe su copa.

¿A qué le venía ese entusiasmo por alguien a quien, según era evidente, Oblitas sólo conocía de oídas? Delgado lo miró con desconcierto, y luego, de un momento al otro, soltó la lengua y se refirió en tono irónico a la tempestuosa entrevista sostenida días atrás con Sanabria. Precisamente era éste el punto que Oblitas buscaba para entrar en materia y atacar el problema, como ahora lo hizo, resueltamente, mientras que Delgado, contra toda previsión, escuchaba con interés y curiosidad, pues hasta el momento eran para él desconocidas por completo las intenciones que

abrigaba Sanabria, a las que Oblitas había comenzado por referirse en primer lugar, y que se manifestaban como una revelación, tanto más porque Felipe guardaba un recuerdo sumamente desagradable de aquella entrevista, según ahora declaró; pues lejos de atenerse a ciertas cuestiones, ignorando las relaciones de causa y efecto, por ejemplo, ¿qué había hecho el doctor Sanabria? El doctor Sanabria era un raquítico, y se había desatado en rudas palabras, sin proponer ninguna solución ni cosa parecida, insultando a Felipe, quien aparecía a sus ojos como un ser despreciable y envilecido que se hubiera entregado deliberadamente a la degradación y el vicio, quedando entendido que era hombre perdido a menos que cambiase de vida. He aquí algo que él, Delgado, no había podido ver claro, por muchas razones, además de que tampoco sabía cómo así podría cambiar de vida; etc., etc.

A esta luz, Oblitas se daba cuenta del error cometido por Sanabria, que se peleaba de buenas a primeras con Felipe, para luego verse en la necesidad de recurrir a Oblitas en vista de una oposición hipotética y que, en efecto, sólo existía en la imaginación de Sanabria. Por lo demás, Estefanic también había caído en este error, pero ya se sabía que el pobre estaba en la luna, y lo único que podía aportar a todo esto era una buena voluntad ciertamente no desmerecida por unos inocentes enredos.

De tal modo, Oblitas quedaba en libertad para manejar el asunto según los dictados de su propio criterio, con un ventajoso punto de vista; él ya sabía que la cuestión era dorar la píldora y tanto más si, en el fondo, era Delgado el primero en hacerlo, seguramente porque estaba harto de todo lo que sufría en su presente condición. Y habiendo expuesto con toda habilidad el punto central del asunto, escuchaba ahora tranquilamente los argumentos de Delgado, convencido de que éste no podía menos que aceptar los hechos, por más que su propio conformismo le causara un gran despecho. En efecto, Felipe atacaba un orden establecido por individuos como Sanabria, quienes tenían miedo y carecían de un espíritu en qué sostenerse; les faltaba coraje para sacrificarse por un ideal, estaban adormecidos por la buena vida, y no obstante pretendían dictar normas desde el abismo de estupidez en que vivían. Sin embargo él, Felipe –y así lo declaraba–, era hombre comprensivo; sabía apiadarse de aquellos que, disfrazando su propia miseria espiritual con la manía de hacer el bien, propagaban ideas de lo más peregrinas y se hacían ilusiones, todo por encubrir

inconfesables y bastardos propósitos destinados a imbecilizar al prójimo. El comprendía perfectamente el oscuro drama de aquellos que se apegaban a la dulzura del hogar y que no dormían tranquilos por el sobresalto ante la proximidad de los hombres libres, quienes ponían en peligro su seguridad y bienestar; y estaba dispuesto a alejarse, no solamente porque él era comprensivo, sino también porque tenía buen corazón y no quería defraudar la buena voluntad de un amigo de su padre; el doctor Sanabria, al fin y al cabo, no era un rufián. Pero, además, él señalaba otra razón: quería dejarse de mortificar al señor Oblitas, un verdadero y sincero amigo, quien le había dado muchas pruebas de tolerancia y de bondad.

Felipe Delgado atajó las protestas del aludido y prosiguió diciendo:

—Además, señor Oblitas, quisiera dejar establecido lo siguiente, de una vez por todas: yo me iré a esa endiablada finca, única y exclusivamente porque así lo quiero, ni más ni menos. No obedezco a presión alguna, y nadie podrá decir que yo hubiera aprobado en forma alguna la manera de pensar del doctor Sanabria, negando la mía propia. Hablando a calzón quitado, yo sé muy bien por qué me voy allá... ¡Mi partida, mi alejamiento, es una cosa necesaria, todo esto debe concluir, señor Oblitas! La vida está cansada de mí. Como en la vida todo se gasta, así también se ha gastado la bodega. ¡Un enorme y terrible desgaste ha sufrido la bodega, hasta el punto de volverse irreconocible! Hasta hace poco, estaba envuelta por una bruma de eternidad, y en esa bruma, yo me ocultaba de la vida y de la muerte. Yo no me explico qué es la bodega, o qué habrá sido. ¿Qué será?, me pregunto, y con ello me explico mi determinación de partir, ya que se me ofrece hacerlo precisamente en este momento crucial. La bodega era un lugar ideal en la oscuridad. Allá yo estaba tranquilo, allá podía buscar las causas por las que yo amaba la vida y por las que me escondía de ella al mismo tiempo. En la bodega yo encontraba la quietud y el silencio, mi propia intimidad. En los rincones brillaba una luz, y allí nadie podía importunar ni ofender a nadie. Todos eran unos seres misteriosamente iguales a mí, una especie de sombras en busca de la bienaventuranza... Señor Oblitas: la bodega era un reducto de luchadores, una escuela; allí se aprendía a vivir y a morir. El amar, soñar o matar no era delito. Y ahora que ya no existe la bodega, termina mi vida, una vez perdida la niebla de eternidad que me

envolvía, y se pierde un mundo verdadero, el mundo de las cosas simples, de las cosas conmovedoras. La vida no tendría significado, de no ser la devoción por la muerte; yo lo sé gracias a la bodega. Cada cual a su modo podrá llegar a saber esto y lo otro en una diversidad de maneras y lugares, en la ciudad, en el campo, de noche o de día, en una catacumba o en un palacio, con amor a la vida y por el amor a la muerte. En realidad, la bodega en sí no es nada. Pero el delirio, eso sí que es importante. Cuanto quiera en el mundo no sería nada a no ser por el delirio, y todo sería nada. Cada cual es libre de fundar un reino. Yo fundé el mío en una asquerosa cueva de borrachos y harapientos. Y allí ocurría la verdadera realidad, la vida y la muerte, y cualquier delirio era una realidad, simplemente porque a mí me daba la gana de que así fuese, en una bodega. ¡Nada tan digno como encontrar la perdición por propia voluntad y por una causa absurda, señor Oblitas! Luchar contra el destino es una estupidez, ya lo sabemos. Yo podría eludir mi destino, y no lo digo en broma. Podría eludirlo, no por mi propia voluntad precisamente, pero sí por alguna otra, que no obstante seguiría siendo la mía. Pero no soy de los que se aferran a lo que ya no existe. La cuestión es que mi alma sufre y se sacude ante aquello que dejó de existir. Eso no importa —declaró de pronto—: yo me voy al campo. Ya veremos lo que será de mí... ¿Y me dice usted que vendrá el doctor Sanabria, y también don Nicolás? ¡Muy bien! Déles usted la noticia; dígales: "¡Se va al campo, ha decidido irse!". Hágalo usted, se lo ruego. Yo me ocultaré debajo del catre, y usted les hará creer que no quiero oír nada de viajes ni de nada, a ver qué dicen y qué cara ponen, mientras nosotros nos reímos de ellos, y luego, el mejor rato, yo aparezco y me presento. Pero además, sería bueno invitarles unas copas, qué le parece...

Con estas palabras, Delgado había puesto en claro su actitud, y de tal modo quedaba resuelto un enojoso problema, definitivamente y para siempre.

Oblitas estaba de plácemes, por lo visto, y aplaudió calurosamente la idea de hacer aquella broma que proponía Delgado. Pero además, declaró que afortunadamente quedaba todavía mucho tiempo por delante para jugar otras bromas, para ahondar en las magnas cuestiones de la vida, y para muchas otras cosas, cuando él estuviese de visita allá en Uyupampa, tal como pensaba hacer frecuentemente. Estaba un tanto achispado, y Felipe más aún; con gran rapidez había mermado el aguardiente en la botella.

Como ya era hora de almorzar, encendió el anafe y puso el caldo.

En este momento apareció Peña y Lillo. Venía de la bodega, y dijo que allí se reclamaba la presencia de Delgado. Este, por toda respuesta, le dio de sopetón la noticia de su próxima partida –un baño de agua fría para el jorobado. En vista de las circunstancias, Oblitas vio por conveniente apagar el anafe, y luego dijo que sería un placer para él almorzar en una buena pensión, siempre que pudiera contar con la compañía de Delgado y del amigo Peña y Lillo, para celebrar en esta forma el gran acontecimiento. En realidad, según él pensaba, al ganarse la buena voluntad de Peña y Lillo se ganaba también la de los demás compinches de Delgado, pues la influencia de éstos no debería subestimarse en modo alguno. Por más que el asunto del viaje fuese ya un hecho, no dejaba de ser un poco sospechoso, precisamente, el conformismo demostrado por Delgado.

Durante el almuerzo, éste se refirió a su próxima partida con un entusiasmo que resultaba desconcertante, con palabras rebuscadas y altisonantes. Mas a ratos se tropezaba con los ojos de su amigo Peña y Lillo, quien lo miraba con un extraño aire, de duda y de reproche, como si él hubiese incurrido en una acción miserable, y a esto, Felipe Delgado asumía otro tono, y le ofrecía casa, mesa y mil maravillas en la finca de Sanabria, pasando por alto las observaciones, en cierto modo enigmáticas, en cierto modo sardónicas, que formulaba Peña y Lillo. Por lo demás, el incidente ocurrido hacía poco en la bodega había pasado al olvido, ya que ninguno de los protagonistas hubo de mencionar para nada el asunto. Oblitas se mostraba muy cordial, aunque un poco reservado, y, por halagar a Peña y Lillo, invitó a éste a la reunión que había de celebrarse en su casa. Empero, Peña y Lillo opuso reparos y se mostró reacio a concurrir, pues según dijo, no tenía el honor de conocer al doctor Sanabria, y podía verse con malos ojos su presencia en una ceremonia íntima, dado el carácter, ciertamente delicado y confidencial, de las cuestiones a tratarse allí –¿y de cuando aquí esos remilgos? –se dejó escuchar Delgado, interviniendo a esta altura.

–¿Que de cuándo aquí? –murmuró Peña y Lillo, y finalmente aceptó, a instancias de Oblitas; pues su presencia, según declaró éste, no era inoportuna, en absoluto, sino por el contrario, muy grata; además, como íntimo amigo de Felipe, mal podría ignorar sus problemas, por delicados y reservados que fuesen, en momentos tan decisivos como eran éstos.

Pero ya era hora de prepararse para la reunión; Oblitas se proveyó de algunas botellas de cerveza y aguardiente, queso, locotos y pan, a fin de agasajar a los participantes, apresurándose luego a retornar a casa. Sanabria y Estefanic llegaron de improviso, pisándoles los talones, y por ello hubo de fracasar rotundamente la broma que planeaba Felipe, quien no tuvo tiempo para ocultarse debajo del catre ni mucho menos. Tampoco el ansioso doctor tuvo tiempo para decir ni preguntar nada: su incertidumbre quedó desvanecida por las buenas noticias que con impresionante solemnidad le transmitía el colega Oblitas. Y entonces se lanzó a abrazar con loco entusiasmo a Felipe. Estefanic siguió el ejemplo; y también lo hizo Peña y Lillo, en forma asaz extemporánea, de mala gana y por no quedarse atrás, y luego fue presentado al doctor Sanabria; éste lo miró paternalmente, le dijo que tenía una fisonomía sorprendente y lo trató de "hijo mío", y eso que no le llevaba tantos años que digamos.

Una vez que tomaron asiento alrededor de la mesa poniéndose a charlar entre copa y copa, de pronto Oblitas tosió y se levantó lentamente: tosió de nuevo, y luego, ante la expectativa general, pronunció el siguiente discurso:

–Muy respetables doctores, muy respetables señores –comenzó diciendo con emoción–: Brindo por mi colega, el ilustre doctor Armando Sanabria; brindo por el no menos ilustre doctor Nicolás Estefanic; quiero rendir tributo de admiración a tan distinguidos personajes. Mi homenaje al doctor Sanabria; brindo por su sabiduría, por su altruísmo, por su capacidad; su espíritu formidable, generoso y emprendedor es capaz de mover montañas. Ofrezco mi homenaje al doctor Estefanic; él sabe guardar lealtad por todos y cada uno de sus amigos; brindo por la gran nobleza de su corazón, un corazón de oro. Y brindo por el amigo Peña y Lillo, fiel, invariable amigo; en él se reunen las más raras virtudes: la humildad, la abnegación, un verdadero espíritu de sacrificio... ¡Pero ahora brindo por la bienaventuranza del señor don Felipe Delgado! ¡Un gran hombre ha de alejarse del mundanal ruido; pero no de sus devotos amigos, aquí presentes! Aquí nos hallamos nosotros; aquí estamos para alentarlo, para acompañarlo en su vida futura, que tendrá por escenario verdes pastos, ovejas mil, campo abierto, árboles muchos, aire puro... ¡Pero ahora, señores, en esta oportunidad precisamente, vale la pena citar ciertas palabras, más o menos aleccionadoras! El hombre propone y Dios dispone, según

dice la sabiduría popular; el Altísimo propone y ya verá el hombre lo que dispone, según dice el mago oriental El – Zafat Akásch ben – Atrásch; ahora bien; el hombre puede proponer y disponer libremente, como también puede hacer y deshacer a su antojo, dado que las Magnas Potencias, que con el Supremo trabajan, ignoran al hombre en absoluto, según enseña mi antepasado, el sabio Akurruca Poopó; pues todo está escrito, y además el hombre, por ser una criatura que se resiste a salir de las concavidades en que vive sepultado, no tiene el menor interés por alcanzar la luz, y tampoco sospecha ni siquiera remotamente las revelaciones que se ocultan en el Edificio de la Creación, que cuenta cien mil niveles y sesenta mil distancias; ahí tienen ustedes, señores; sería difícil hallar una verdad tan absolutamente sublime como la que proclama el susodicho sabio, mi antepasado Akurruca Poopó; y a buen entendedor pocas palabras. Por lo tanto, sólo nos queda nuestra miseria, nuestra desventura, nuestro oscuro mundo; en una palabra: sólo nos queda clamar misericordia al Supremo. ¡Y que el Supremo nos mire con ojos de piedad, señores, y nos dé licencia para seguir siendo víctimas y verdugos, ángeles y demonios! He dicho.

Una cerrada ovación acogió el discurso pronunciado por el dueño de casa.

En seguida, el doctor Sanabria ofreció el suyo, y dijo:

—Señores, queridos amigos míos: ante todo quiero rendir homenaje a la generosidad de mi colega el doctor Juan de la Cruz Oblitas. De su original mentalidad esperamos muchos beneficios, tanto como de su espíritu, que irradia la deslumbradora luz de un misticismo profundo. Quiero brindar por él. Quiero agradecerle por los inmerecidos elogios con que se ha dignado referirse a mi insignificante persona. Quiero brindar por mi antiguo amigo Nicolás Estefanic, el noble caballero, a quien conocí en años mozos junto con el nobilísimo Virgilio Delgado, el difunto padre de Felipe Delgado. ¡Séame permitido, señores, rendir mi más conmovido homenaje a la sagrada memoria de Virgilio Delgado! Y quiero saludar al viejo compañero de mis primeras andanzas, llamado Nicolás Estefanic, hombre de recio temple. Tengo la suerte de verlo otra vez ahora, en pleno ocaso de la vida, cuando la muerte comienza a devorarnos en su misteriosa inmensidad, cuando la evocación poderosa se impone en la búsqueda de renovadas inspiraciones para crear, para construír, para sembrar simientes de bien en este mundo, con amor y humildad. ¡Y brindo por Felipe Delgado, el valeroso joven! Antes que caer abatido, víctima de la adversidad, se sobrepone orgullosamente; con titánica y ejemplar valentía decide emprender nuevas aventuras, nuevas andanzas en el largo camino que le queda por recorrer, con la determinación de dejar bellas flores a su paso, mas no abrojos o espinas. ¡Brindo por este espíritu rebelde y soñador: brindo por el poético espíritu de Felipe Delgado! ¡Y por último, señores, quiero brindar por la vida; y por todos ustedes, a quienes veré muy pronto reunidos ante la humilde mesa que les ofrezco con el alma en Uyupampa, aquel solitario pero muy acogedor pedazo de mi corazón!

Sanabria se sentó mientras era calurosamente aplaudido. Y mirando a Peña y Lillo, al que no había mencionado para nada en su brindis, le pidió disculpas por su condenable distracción y le dijo:

—También brindo por usted, hijo mío, con el tributo de mi respeto por los escondidos, intocables sentimientos que le hubieran inducido a escoger atrevidamente, junto con Delgado, un tenebroso camino. Yo admiro la osadía; los hombres de temple, si deciden beber, beben hasta matarse; pero añadiré mis votos por una vida mejor, ahora que usted puede imitar el ejemplo constructivo de su amigo.

Una vez que los demás participantes se mostraron renuentes a ofrecer otros brindis, una vez que Delgado declaró que estaba aburrido de escuchar tanta literatura, por segunda vez llegaba la hora de los abrazos, en los que todos se prodigaron como a porfía. Oblitas puso los platos, sirvió pan y tajadas de queso y locotos, con sardinas; y luego, como la cerveza se agotaba, salió apresuradamente, para reaparecer en seguida con una canasta llena de botellas. De sus bolsillos sacó mistura, y la arrojó afanosamente por puñados sobre los comensales, mientras daba una vuelta alrededor de la mesa, adornando a éstos con serpentinas.

La fecha del viaje quedó ratificada para el 30 de diciembre. Ese día, todos los allí presentes, inclusive Peña y Lillo, habrían de partir con rumbo a Uyupampa, en gran caravana —como dijo Sanabria explicando que el camino carretero sólo llegaba hasta cierto lugar y que, por tanto, era preferible hacer el viaje de un tirón a lomo de bestia. El tenía buenas mulas y, de todas maneras, corría por su cuenta todo lo demás, sin que nadie tuviese por qué preocuparse de nada, excepto presentarse en la casa de Oblitas a las 7 de la mañana del día señalado. Sin embargo, ya sea por extravagancia

o por lo que se fuese, Delgado manifestó de pronto su deseo de ir en burro, y, puesto que Sanabria no disponía de ninguno, Oblitas, que era muy conocido en los tambos, se comprometió a conseguir el animal.

Ya caía la tarde. El entusiasmo en la reunión languidecía. Delgado estaba intranquilo; deseaba irse a la bodega; todo el tiempo había permanecido taciturno, y no hacía nada por disimular una tristeza, una gran contrariedad, un estado de ánimo que al final rayaba en el estupor. De tal manera, que se levantó bruscamente, sin decir nada; y luego, dirigiéndose a Sanabria, el cual le dio un fuerte abrazo, se despidió de éste y le hizo entender, con palabras cortantes, secamente, que ningún poder humano era capaz de influir en sus decisiones, y que, si él abandonaba la ciudad, solamente lo hacía porque le daba la gana. Peña y Lillo se despidió al mismo tiempo, agradeciendo al dueño de casa; al doctor le dijo que se sentía honrado por el privilegio de haber sido invitado a su finca, y luego salió con Delgado.

En consonancia con el feliz desarrollo de las cosas, Sanabria había decidido adelantar la fecha de su viaje para el día siguiente, a fin de retornar el 28; y en vista de lo avanzado de la hora, también él se retiraba. Al mismo tiempo, arregló ciertas cuestiones. Delgado necesitaba ropa decente, y también algún dinero para sus gastos ya que, al fin y al cabo, tenía derecho a emborracharse en paz durante los pocos días que le quedaban en la ciudad. Para no despertar susceptibilidades o herir su amor propio, se decidió que Oblitas le diese discretamente cierta suma, y que corriese además con los gastos de ropa y otras cosas necesarias para el viaje, disponiendo libremente de unos fondos que le entregó Sanabria al efecto y que Oblitas, so capa de que eran unos ahorros, habría de hacer aparecer como suyos a los ojos de Delgado.

Ahora ya todo estaba dicho y hecho; Sanabria se despidió de Oblitas, con repetidos agradecimientos, y se marchó en compañía de Estefanic. Hallábase íntimamente satisfecho, convencido de que una nueva obra de bien se sumaba a las muchas que él había realizado en la vida.

CAPITULO XV

Para evitar explicaciones amargas, Felipe Delgado quería mantener en secreto la noticia de su viaje; desde un comienzo, había rogado a Peña y Lillo no decir nada del asunto. Sin embargo no dejó de causar extrañeza el nuevo aspecto con que se presentaba en la bodega. Temprano por la mañana, Oblitas lo había llevado por las tiendas del barrio, para comprar un buen terno, zapatos, camisas y ropa interior, una chamarra, y otras prendas y cosas, y así quedaron proscritos los antiguos harapos. Después de un buen remojón, como los que se daba con alguna frecuencia en el traspatio de la casa, inclusive llegó a afeitarse, y eso que ya lo había hecho una semana atrás; y luego, con un entusiasmo inusitado, visitó la peluquería. Ahora, una buena parte de la plata que le dio Oblitas, fue a parar a manos de los amigos; el resto lo derrochó con loco frenesí, hasta quedarse sin un centavo al promediar la noche. Innumerables preguntas le dirigían, entre broma y broma: ¿De dónde tanta plata? ¿Era alguna herencia, o un premio de la lotería?

Tan sólo Corsino Ordóñez se mostraba indiferente a las cosas. Como de costumbre, aquella tarde él se mantenía silencioso y reservado, detrás del mostrador, y estaba como adormecido por el ruido infernal que metía don Noé. Sin embargo al anochecer, finalmente se acercó a sus clientes, pasito a pasito, profiriendo quejidos, con el jarro en una mano y en la otra una vela, que colocó en la repisa; ya era bien sabido que estaba enfermo, y esta cara hinchada y amoratada no causaba extrañeza a nadie. Se sentó en un taburete; estaba triste; miró a los bebedores, uno por uno, moviendo la cabeza en dirección al rincón de don Noé y, con una sonrisa de mofa, bebió de un golpe el jarro de aguardiente: por fin se retiraba el carpintero, y el silencio se hizo en la bodega. Y Peña y Lillo salió, por quinta o sexta vez, pero ahora en busca de coñac, ya que Delgado, quien lo enviaba, estaba harto con el aguardiente

rebajado y, dadas las buenas razones que él tendría para ello, quería invitar un trago fuerte. Las tres botellas que trajo el emisario quedaron agotadas en un santiamén; un aire extraño comenzaba a soplar en la bodega; rara vez se había visto semejante desenfreno. Nadie podía permanecer quieto en un sitio; cada cual iba y venía de un lado para otro, todos gritaban y gesticulaban, y hasta los aparapitas se mostraban alegres; aquí todo el mundo ofrecía su alma, y el bodeguero, con un humor que cambiaba de repente, vocifera, hacía gestos y chistes, y a ratos cantaba:

Ay, mi amor,
mi bien,
nevando está...

y brindaba alegremente con sus amigos en el mostrador, mientras que los otros, sentados alrededor de un cajón en la plataforma, llorando y riendo, coreaban la canción:

Nevando está,
como expresión
de dicha y de dolor...
¡El tiempo pasará,
y siempre tú estarás! ...

Desde hacía rato, Delgado estaba adormilado y como ausente, y, sintiéndose ajeno a la gritería general, de improviso creyó ver un individuo que, con paso furtivo, se le acercaba y ahora se inclinaba, para hablarle al oído. "Alguien es Alborta; yo soy Alborta" —dijo el individuo. "En realidad mi nombre es Alberto, pero no me gusta; yo soy Alberto Alborta, y me llamo Bellido". A lo cual dijo Delgado: "¿Alborta? ¡Ah!..., ya". "¿No te acuerdas de mis aventuras? ¡Soy Bellido!", declaró el individuo; "yo era peluquero, pero tuve que volverme alcahuete, porque así lo quiso tu amigo Estefanic. ¿No quisieras una mujer? Yo conozco una; vive por aquí cerca, y nunca sale de su casa". "¿Una mujer? ¿Y nunca sale de su casa?", inquirió Delgado; él recordaba cierta historia que Estefanic le refirió, relacionada con un tal Bellido; y ahora dijo: "Me gustaría verla, con tal que no sea la que imagino". "Es muy fácil verla, nunca sale de su casa", dijo el otro; "tú no te imaginas; te paras frente a un cuartito, y ¡zas!, se te presenta la mujer que digo. ¡Pero sólo cuando la mires podrás darte cuenta de que era ella la mujer que precisamente buscabas tú!". Delgado estaba perplejo; se quedó callado, y el alcahuete prosiguió diciendo: "Bueno; ¿quieres ir? ¡Si quieres vas y si no lo dejas, yo no quiero

llevarte con engaños!". "¡Sí, quiero ir!", exclamó Delgado corriendo detrás del alcahuete, quien se alejaba ahora de la bodega, y lo perdió de vista frente a una casa en ruinas. Rápidamente, Delgado entró a la casa, y habiendo atravesado un oscuro zaguán, viose de repente en un patio muy pequeño, el cual parecía volverse aún más pequeño, en medio del silencio imponente que allí reinaba; y entonces le llamó la atención una puerta, y se detuvo a contemplar su forma, horrorizado por el indefinible carácter, de olvido y de vejez con que se desfiguraba, cuando a esto, se abrió la puerta, silenciosamente, dando paso a una mujer calva que se dirigía al encuentro de Delgado —ella miraba con fijeza a través de unos ojos vacíos; y, sonriendo con un enigmático gesto amoroso, ahora que reaparecía el alcahuete y le ponía una zancadilla, de pronto alzó los brazos al cielo, con ademán de súplica, y lanzando un espantoso alarido, se desplomó y cayó muerta, mientras que el alcahuete, dando saltos y sacando la lengua, a la vez que señalaba en dirección al cuerpo, se dirigió a Delgado y le dijo: "¡Esta era tu madre!".

Delgado volvió en sí bajo un medroso temblor, al escuchar estas palabras: "¡Ven, ven, ya es demasiado tarde para esperarte!".

Al mismo tiempo, el bodeguero lo llamaba con una seña.

¿Qué le querría decir? Delgado se acercó al mostrador; Corsino Ordóñez estaba enfurecido y exclamaba a gritos, empuñando las manos:

—¡Estoy enfermo, estoy sentenciado, tengo mal olor! ¡Se acabó la cosa; me duele la barriga y mañana mismo me llevan! —miró con indecisión a los que lo rodeaban, y bajando la voz, dijo ahora—: La gran puta; ¿para qué sirve la vida? Yo no gano nada riendo o llorando, señores; tengo un presentimiento grave, mis estimados; pero, ¿llorar yo? ¡Eso nunca!

—¿Y qué presentimiento será ése? —preguntó Beltrán.

El bodeguero lo miró con desdén y dijo:

—¿Qué presentimiento ha de ser? De todas maneras tú te callas; tengo yo la palabra. Además, nadie tiene la vida comprada; ¿qué es lo que pienso, qué es lo que digo? Hay que hacer una fiesta y despedirse, ¡estoy mal! —de pronto llevó ambas manos a su cabeza, como un loco, y exclamó—: ¡Voy a incendiar la maldita bodega!

Los bebedores estaban aterrados: Ordóñez, habiendo corrido con extraordinaria agilidad a la trastienda, reapareció esgrimiendo

un hacha, y luego de vacilar un momento, mirando con ojos extraviados, se lanzó sobre el tonel, para destrozarlo en seguida con feroces golpes en medio de una espantosa conmoción. Este hombre era la ira personificada; la bodega parecía temblar en sus propios cimientos, cuando luego emprendió con el armazón, que pronto caía hecho añicos junto con las botellas vacías y las demás cosas inservibles que se amontonaban allí, incluyendo aquella memorable figura de estuco del hombre muerto. Loco de furia, quiso prender fuego al banco de don Noé. La lata de gasolina, que él buscaba, fue retirada a tiempo, y alguien la escondió luego. Todos daban gritos, y en el callejón, se detenía la gente a su paso y miraba, y también daba gritos. Amézaga se plantó en la puerta, y la trancó por dentro. Y mientras que Ordóñez asestaba golpes a diestra y siniestra y los demás se esforzaban por reducirlo, habiéndose escuchado un tremendo alarido, un aparapita cayó ensangrentado con un raspetón en la cabeza, y sólo el cansancio puso fin al terrible arrebato.

Corsino Ordóñez estaba exhausto; le ofrecieron un jarro de agua, pero él pidió aguardiente y dijo, respirando agitadamente:

– ¡Por fin me doy el gusto de destrozarlo todo, con mis propias manos! Era mío, no era robado; todo esto era mío, gracias a mis manos, a mi trabajo. Yo me siento bien, disculpen la violencia. ¡Los bienes terrenales no sirven para nada, dice nuestra santa religión! ¿Qué te parece si tocamos, Indalecio? –propuso de pronto, dirigiéndose a Beltrán–: Saca la concertina y la mandolina, mis instrumentos tanto tiempo olvidados; están en mi cuarto. Sobre las ruinas de Pompeya, aquí en mi bodega, venga la música. ¡Buen humor, alegría, mis estimados! ¡Abajo la riqueza, viva la música!

– ¡Qué viva! –gritaron todos a coro.

– ¡Viva don Corsino, abajo el maldito carpintero!–gritaron otros.

–Gracias, gracias –dijo el bodeguero sintiéndose halagado–. Pero ahora yo ruego atención, un poco de calma. Todo es bueno; todo está bien; todo puede estar en armonía, sino que la gente no piensa, la gente no siente, son unos carajos. Hasta con la mismísima muerte mis estimados, todo es armonía, paz y tranquilidad. ¡Peña y Lillo! –llamó de pronto a éste, y le dijo–: Házme un favor, toma esto –sacó del bolsillo unos billetes y se los dio–; toma, y corre con esta fortuna, vuela por aguardiente embotellado y del

bueno, a lo que alcance. No te tardes; no vayas a ninguna bodega; no lo digo por egoísmo. ¡Yo invito!

Peña y Lillo no tardó en retornar con una talega llena de botellas, las cuales don Corsino mandó abrir inmediatamente.

–Presiento grandes sucesos, grandes acontecimientos –declaró ahora–: y todos verán que tenía razón. ¡Venga mi concertina! –Beltrán puso en sus manos el instrumento–. ¡Ven aquí, no te amilanes! –gritó dirigiéndose a Peña y Lillo–. ¡Ven; yo te regalo mi concertina, la niña de mis ojos; y te la llevas ahora mismo, después de la fiesta, para que conste!

Los circunstantes felicitaron a Peña y Lillo, el cual derramaba bendiciones y agradecimientos, y bebían a la salud de éste alabando el gesto de don Corsino, que se mostraba emocionado ante la alegría de los demás y no obstante estaba pesaroso, acariciando la concertina sobre sus rodillas, cuando exclamó con tono irónico:

– ¡Qué mejor que todos estemos alegres! Yo nunca he sido hablador pero ahora hablo, en primer lugar, porque me da la gana, y en segundo lugar, porque siento muchas cosas en mi corazón. Y por eso mismo mis palabras han de ser solemnes. ¿Para qué sirve la vida, para qué sirve todo esto? Si alguien me explicara para qué se vive, entonces yo me quedaría aquí; pero como sé que nadie sabe nada, entonces yo me voy. No puedo decir lo que me pasa, y tampoco puedo llorar. ¿Acaso alguno de los aquí presentes me ha visto llorar alguna vez? Llorar no es pecado, yo sé, y muchos de ustedes seguramente han llorado mil veces por mí. Pero no quiero escuchar recriminaciones ni preguntas indiscretas, ni disculpas ni lamentos, lo siento: de hoy en adelante tendrán que emborracharse en las recovas, en las carnicerías, ya verán dónde. Pero nadie debe decirle nada a Noé. ¿Por qué ha venido Noé? ¿Habrá venido a quitarme la vida y la bodega? ¿Será brujo? ¿Habrá algún misterio en su vida, o será Noé solamente un pobre canalla? Nadie tiene por qué averiguar nada; y aquel que se meta, a lo mejor recibe mi castigo en ultratumba. Nadie debe preguntar nada; nadie debe decir nada; váyanse por los cuatro vientos, olvídense de Corsino Ordóñez Barrionuevo y de la bodega, que ha sido un hogar para todos ustedes; y ahora que ese hogar ha de morir junto conmigo, respeten pues mi memoria. Además, si alguien quiere llorar, que tenga paciencia y vaya a mi tumba; aquí no tolero lágrimas de ninguna clase. No se aburran con estas mis palabras, eso les pido; mucho tiempo estuve callado. Déjenme desahogarme, será mi querer.

Soy un artista, muy pocos han llegado a comprender mi temperamento. ¿Acaso no ha sido necesario ser un artista para sobrellevar la vida que yo sobrellevé? ¿Qué he sacado en limpio? ¿Soy comerciante? ¿Dejo plata? ¿Qué es lo que dejo detrás de mi muerte, a no ser un recuerdo y nada más? Un recuerdo en cada uno de los corazones aquí presentes; y ese recuerdo vale más que todo el oro del mundo. ¿Qué pido, qué exijo? Nada; ni siquiera una lágrima, que tampoco ha de ser derramada en mi presencia. Mañana será un gran día; mañana nos iremos todos nosotros; y cada cual comerá de espaldas. Hay que ver; los muertos no comen así nomás, en un pueblo que yo conozco; a todos los mortales les espera una olla. A todos nosotros nos espera comer a solas. A los muertos no les gusta mirar ni que se los mire; ellos comen de espaldas, toda la vida.

—¿Y acaso los muertos comen? —preguntó alguien.

—Claro que comen —contestó Ordóñez—; me extraña tu pregunta. ¿Qué se hace tu cuerpo, y quién ha de ser el que se lo coma, sino tú mismo? ¡Mis estimados, a mí me gusta que todos ustedes tengan frío, porque la única manera de quererlos es compadecerlos! —hizo una seña a Peña y Lillo, bebió del jarro que éste puso en sus manos y, dirigiendo una mirada a los que lo rodeaban, les extendió una bendición—: Escuchen; un momento de solemnidad —dijo con energía—: Indalecio, Román, Delicado, y tú, Felipe, y usted, don César, mi sargento, glorioso veterano de la Guerra del Pacífico; tú, Amézaga, todos los aquí presentes, y todos ustedes —se dirigió a los aparapitas, que lo miraban azorados—; escuchen, estoy hablando: que Dios los bendiga. Esta noche me acompañan, gracias, gracias; me moriré aquí, rodeado de mis amigos; al pie del cañón; y seguro que tendré lindos sueños.

—¡Te pones fúnebre de buenas a primeras! —reprendió Beltrán—. ¡Con tus famosos presentimientos nos pones tristes a todos nosotros! ¿No dijiste que íbamos a tocar?

—¡Claro que dije —exclamó Ordóñez animándose—, y lo sigo diciendo! Acompáñame, Indalecio, vamos a ver, tú que no eres manco para la mandolina; muchísima atención —dijo ahora dirigiéndose a la concurrencia—; mucho silencio, mucho respeto; vamos a tocar unas piezas de don Adrián Patiño; alguna vez ha honrado mi bodega con su presencia el gran hombre; a todos ustedes les consta, mis estimados... ¡Y lo digo con orgullo: el autor de los famosos fox–trots incaicos es amigo mío!

—Hablando de músicos —insinuó Beltrán con tono condescendiente—, creo que don Simeón Roncal también es amigo tuyo, y alguna vez vino por aquí.

—¡Mentira, mentira! —replicó Ordóñez indignado—. ¿Te imaginabas que iba a morder el anzuelo? No me halagan tus embustes; a mí no me vengas a ofender con patrañas. Mejor por qué no dices que el autor de la Serenata de Schubert se emborrachaba aquí, y que también me visitaba el autor del Himno Nacional de Bolivia, y todo por adularme, lo mismo que si yo quisiera adularte diciendo que la huérfana Virginia se moría por ti.

—¿Pero, acaso ha existido alguna vez la huérfana Virginia? —preguntó Beltrán rojo de verguenza, mientras miraba a Ordóñez con ojos suplicantes.

—Claro que ha existido —declaró éste—: y se moría por mí; ahí tienes; por eso mismo don Simeón Roncal le dedicó una cueca, la mejor de todas, y su nombre lo dice: "La huérfana Virginia". Pero basta de bromas; el rey de la cueca jamás ha pisado mi bodega; y confieso que ni siquiera lo conozco de vista —miró a Delgado y le dijo—: Pero tú lo conoces; me contaste lo que pasó, y quiero recordar la historia... Una vez, al verlo —prosiguió diciendo y señaló a Delgado—, él se le acercó de buenas a primeras y lo saludó, prosternándose de hinojos en plena plaza Murillo; y dice que a esto, el rey de la cueca se asustó un poco, y pese a sus ruegos, Felipe no quería levantarse del suelo, hasta que el gran hombre le tuvo que invitar una copa. Esa es la historia. Al menos así me la contaste tú, Felipe. Y muchas personas me dijeron que era la pura verdad; Simeón Roncal le ofrece una copa, y no por hacerse el grande o por engreimiento, sino por amabilidad y para lograr que se levante, al verlo postrado de hinojos. Ahora volviendo al tema y para que conste, digo y repito que no tengo el honor de conocer a don Simeón Roncal. Tendré mis defectos; pero nadie podrá tildarme de farsante o mentiroso. Imagínense la situación, visitando mi bodega el rey de la cueca, como si nada; y Corsino Ordóñez tan envalentonado y engreído con eso, capaz de recibir al rey de Prusia y mirarlo como a carne de cogote. ¡Pero basta de charla, mis estimados! ¡Ahora tocamos, Indalecio!

—¿"Corazón de oro"? —propuso éste y rasgó las cuerdas con el plectro.

—¡Has adivinado mi pensamiento! —aprobó el bodeguero.

Y pulsando la concertina, hizo resonar unas notas: tal la señal

para atacar la pieza, briosamente.

Y predominando la chispa del sentimiento, en medio de apasionados brindis, con música de Patiño y de Roncal que hacía estremecer en sus fibras íntimas a los circunstantes, la borrachera no concluyó sino con la llegada del alba. Los músicos habían tocado toda la santa noche y estaban como muertos y perdidos de borrachos al finalizar la serenata.

Peña y Lillo se llevó la concertina y Beltrán la mandolina; mas éste, sin autorización alguna. Los demás, imitando el ejemplo, se llevaron muchas cosas, en calidad de recuerdo; ellos, según parecía evidente, no tenían por qué no hacerlo, dadas las circunstancias. En buenas cuentas, aquella noche la bodega dejaba de existir como tal.

En cuanto a Corsino Ordóñez, éste se había quedado acurrucado detrás del mostrador, y Amézaga cuidaba de él. Sin embargo, más tarde comenzó a sentirse mal; daba gritos desesperados, no podía más con el dolor y pedía aguardiente. En realidad, no habiendo de dónde sacar aguardiente, Amézaga decidió llevarlo al hospital. Y como tampoco había con qué pagar un auto, no tuvo más remedio que envolver en una frazada al enfermo y recurrir a unos aparapitas para conducirlo, atravesando la ciudad de un extremo al otro.

Sin embargo era vano este esfuerzo; Corsino Ordóñez ya estaba sentenciado. Sus horas estaban contadas, y él lo sabía. De ahí las palabras tajantes y valerosas que había de pronunciar a propósito de ciertas noticias que le serían transmitidas por sus amigos; pues Noé Salvatierra, el carpintero, en aquellos momentos se afanaba en un ataúd, precisamente en circunstancias que habría sido obvio señalar.

–¡Ah!, ¿de veras? –dijo el bodeguero–. ¿Y de cómo sabrá que me voy a morir? De todas maneras mi cuerpo merece respeto; cuidado con que se les ocurra enterrarme en un ataúd fabricado por ese carajo –y a tales palabras hubo de añadir estas otras, cuando se le hizo notar la maldad que demostraba el carpintero al no haberse molestado en disimular sus afanes–: ¡Ah!, ¿y ustedes creen que no me doy cuenta? Claro que comprendo; Noé lo hizo con toda intención, precisamente para que me lo dijesen. Pero eso no me va ni me viene. Después de todo, aquí el único que ha de morir soy yo, y no me importa lo demás. Que hagan ataúdes o dejen de hacerlos y se paren de cabeza, yo qué tengo que ver. Estoy

en mi lugar y soy el único que lo sabe; nadie podrá ocupar mi lugar, nadie podrá saber lo que yo sé, mis estimados; Dios ha hecho la muerte para la gente, para los que saben sufrir, para los que saben vivir, no para los hijos de puta, que no saben ni podrán saber lo que es la muerte; ellos no mueren; ellos se pudren eternamente, y nunca llegan a morir. ¿Qué es la muerte? La muerte es purificación, qué más quiero. Estoy alegre, me siento como si nada, y quisiera comer un plato de ranga–ranga, con locotos y ulupicas a la despedida, con su buena cerveza. No hablo por hablar, para que conste; aquel que muere en sus cinco sentidos sabe muy bien lo que habla, ya conoce las puertas de la muerte. Claro que unos tienen miedo y otros no, eso depende de la dependidura; yo me voy y santas pascuas. ¡Y todavía me vienen con cuentos y con ataúdes, y cosas por el tenor, que me importan un carajo!...

Así había de expresarse el bodeguero.

La verdad es que los clientes, habiendo ido a beber como de costumbre a la bodega, sorprendieron a Noé Salvatierra en pleno trabajo, herramientas en mano, serruchando y clavando afanosamente unos listones, parado frente al esqueleto de un enorme ataúd –y al mismo tiempo, quedaron enterados de lo ocurrido con Ordóñez. Pues el carpintero ya estaba de vuelta; él ya había corrido al hospital; cosa de lo más extraña y misteriosa, anoticiado del asunto sabe Dios por quién y cómo.

–¡Mi compadre está mal del corazón! ¡La barriga le falla, los hígados, todo le falla! –exclamó Noé Salvatierra a gritos no bien vio entrar a los clientes; y luego, sin interrumpir su trabajo y con una prontitud que resultaba grosera, satisfizo algunas preguntas. Según él mismo dijo, estaba de un humor negro; pero en seguida declaró lo contrario, inopinadamente–: ¡Estoy alegre y lo confieso! ¡Estoy alegre, mi compadre dejará de sufrir, quién no quisiera morir!

Por lo visto, Noé Salvatierra ni siquiera se molestaba en darse por aludido con los destrozos de la bodega. Una actitud de lo más humillante y ofensiva, que acabó por enardecer los ánimos. Felipe Delgado, el Delicado, Román Peña y Lillo y otros clientes, así como algunos aparapitas, se hallaban presentes.

El Delicado se le enfrentó, sacando a relucir un cuchillo:

–¿Qué le pasa a usted don Noé, ladrón de mierda carajo? –lo increpó–: ¿No está usted viendo este cuchillo? Nosotros podemos romperle las huevas. Nosotros podemos quemarlo vivo aquí

mismo, con sus maderas y todo.

El carpintero se demudó: esta reacción era insólita, una cosa que él no soñaba. Lanzó una mirada iracunda al Delicado; con un palo que tenía entre las manos dio un violento golpe sobre el ataúd y dijo, esforzándose por mantener la presencia de ánimo, mientras que los otros se agrupaban alrededor de aquél:

–¿Y de cuando aquí esas insolencias? ¿Quieren abusar de un pobre viejo y pegarme entre todos? ¡Pueden irse; aquí no hay nada; ustedes mismos lo han destrozado todo!

Detrás del banco se sentía seguro; con nerviosidad sujetaba el palo, en actitud desafiante; y al carraspear y escupir, trataba de evidenciar que él no tenía miedo.

–¡Cállese, viejo cojudo! –dijo el Delicado–. ¡Todavía viene con cojudezas, como si no supiéramos que el único criminal es usted!

–¿Y qué crimen habré cometido? Pregúntenle a mi compadre; él sabe muchas cosas. ¡Pregúntenle qué pasó con la Sisupieras!

–¡Ah, carajo! ¿Han oído? –dijo el Delicado–: ¡Como si nosotros fuéramos unos alcahuetes para ocuparnos de la Sisupieras! ¿Por qué no será más macho este maricón? ¡De repente yo me caliento y lo capo!

–No, no lo capes todavía –intervino Delgado–. Primero que vaya a comprar aguardiente; y si no quiere ir, lo encerramos en el ataúd.

Dicho esto, Delgado se encaminó al cuarto de Ordóñez.

Quién sabe si no se dejaba llevar por una malsana curiosidad. Y sin importarle el alboroto que en este momento se armaba, él avanzó. La lata de gasolina estaba al paso, y encendió un fósforo con la intención de prenderle fuego; sin embargo, un lugar que brillaba en medio de la penumbra le llamó la atención. Y acercándose poco a poco, los rasgos de una extraña criatura se le aparecieron, al reflejarse los suyos propios sobre la superficie de una de las esferas de bronce que adornaban el catre de Ordóñez. La nariz se abultaba, los ojos desaparecían, la frente y la quijada describían un círculo que parecía cerrarse por detrás de la cabeza con una expresión que por momentos se volvía triste y cómica a la vez, desvaneciéndose en medio de unas sombras en las que ahora, evidentemente, se situaba Delgado. La cabecera de la cama estaba allí, y encendió un cabo de vela que se encontraba sobre un cajón. Este aire de desolación, en este cuarto, de inmediato le indujo a preguntarse

qué sería lo que él hacía o buscaba allí. Y abrumado por una rara sensación, de vacío y abandono, en este ámbito extraño, mecánicamente se agachó, para mirar debajo de la cama, y encontró un bulto de gran tamaño. Era una talega de cotense, muy pesada, y con muchos esfuerzos logró sacarla de allí. Como el ladrón que teme ser sorprendido, con manos temblorosas desató el cordel y abrió la talega, pensando encontrar quien sabe qué, a medida que iba amontonando sobre el suelo unas cintas, con inscripciones conmemorativas y palomas bordadas, unas trenzas de cabello negro, unos pantalones, con un llavero nuevo, y luego otros, inconcebiblemente largos, como los que se usa en los circos; unos encajes y una especie de cortinaje, de muselina, una bandera, una enorme plancha a carbón, fotografías, una caja de inyecciones, un par de botines y muchas otras cosas, cuando a esto, irrumpió Peña y Lillo seguido por los demás, celebrando la humillación del carpintero, al que habían obligado a salir a la calle en busca de aguardiente, poniendo en práctica la recomendación de Delgado.

En efecto, Noé Salvatierra estaba temblando, y no se atrevía a levantar la voz ni mirar a nadie cuando trajo una botella. Sin embargo declaró lo siguiente, como quien se siente ofendido en su dignidad al hacer concesiones:

–Bueno; ya les he dado gusto. Y como ahora ya sé lo que ha de pasar, no me queda más remedio que terminar este trabajo para mi compadre –y volviéndose a su rincón, puso manos a la obra en el ataúd.

Felipe Delgado lo miraba con odio, y le dijo:

–No se apresure tanto, hijo de mil putas. Ahora me toca hablar a mí. ¡Oiga oiga, seré breve! ¡Mis palabras serán claras, diré la verdad sobre este viejo carajo llamado Noé! –cogió la botella y la llevó a sus labios, pero escupió en lugar de beber–. En este momento el impostor queda desenmascarado –dijo luego y se deshizo de la botella–. ¡Este es el alcahuete! –exclamó dirigiendo una mirada extraviada a sus acompañantes–: ¡Aquí lo tienen; él ha venido a llevarme a mí! ¡Soy yo quien tiene una deuda con él! Pero ahora, ¿de qué te ríes, alma negra? –interrogó al carpintero quien, mirándolo fijamente, le dijo que estaba loco–. ¿Qué es lo que dices, maldito alcahuete, cuando ni siquiera tú mismo sabes quién eres? Quédate con la bodega, te la regalo, quédate con el mundo, ya sabré dónde estar... –a esta altura, Delgado monologaba; el tono de su voz descendía, de tal manera, que ya nadie le hacía caso,

y ahora miraba con perplejidad a uno y otro lado; el carpintero seguía trabajando como si nada, y los otros, habiendo dado fin con la botella, decidieron irse.

¿Qué hacer? Estaba claro que deberían ir a ver al bodeguero; con todo, se reconoció la necesidad de tomar una copa antes de nada.

En la calle Tumusla un tal Villagra tenía una bodega, según indicó Peña y Lillo, quien invitaba; pues había vendido la concertina y ahora tenía plata. Y allí se fueron, tranquilamente. En verdad una cosa triste; algo que comenzaba a pesar en el ánimo de Delgado era esto –irse a otra bodega, como si todo diera lo mismo. Como si nunca hubiera pasado nada.

Sin embargo todos afectaban un aire de despreocupación, dadas las circunstancias.

A modo de explicación, Peña y Lillo le dijo a Delgado:

–Claro; esto es otra cosa. Yo vengo rara vez. Se llama El Secreto esta moderna bodega, quién creyera; y eso me inspira...

–Así es, señores; esa es la cosa. ¡El Secreto; así se llama este mi establecimiento, un hogar para todos ustedes! –declaró Villagra.

¿Y quién era Villagra? Villagra era un hombre bajito, un poco raquítico, un poco sonso, de aspecto lozano; tendría unos 60 años y atendía a sus clientes metido en un abrigo de color de tierra que le llegaba a los talones. La bodega era limpia, un armazón lleno de firuletes se erguía detrás del mostrador y dos toneles flamantes relucían montando guardia en ambos lados de la puerta. En la antigua bodega un cuartito estaba destinado a los más conspicuos bebedores; en cambio aquí, abríase amplio el espacio, como un patio, con piso de cemento, mesas decentes y unas buenas sillas de hierro; y hasta un urinario, con tabiques de ladrillo, se ofrecía en un ángulo conveniente. Aquí todo era moderno, todo el mundo se sentía encantado y a sus anchas. Aquí el aguardiente se servía en unas jarritas con unas flores pintadas en la barriga; se bebía en unas copas con asiento; no había rastro de jarros de hojalata; aquí nadie tenía por qué sentarse en el suelo; y venir aparapitas, eso de dónde. Aquí no se podía orinar en las botellas, eso era malo; arrastrar las sillas era malo; gritar era malo; y cualquier cosita, era malo. Todo era malo. Aquí, cuando los clientes querían comer, lo único que tenían que hacer era mover discretamente un dedo, hacer un gesto, y la mujer de Villagra, haciendo otro gesto,

aparecía en el acto con un platazo, no habiendo necesidad de ir por calles y plazas en busca de comida. En fin, ahora ya nadie tenía que subir y bajar gradas para nada, desde que aquí, en El Secreto, todo quedaba al nivel de la calle. Y como si esto fuera poco, también había música: a una seña de Villagra, un indiecito, con mandil blanco y la cabeza rapada, daba cuerda a un gramófono y ponía discos para recrear a los clientes con una música de última moda.

En cuanto a Peña y Lillo y sus invitados, se diría que, por acuerdo tácito, ellos evitaban cualquier alusión a Corsino Ordóñez, al menos por el momento. Y así las horas pasaron insensiblemente, con un desfile interminable de jarras y jarras de aguardiente que Peña y Lillo, sintiéndose en el mejor de los mundos al desempeñar el papel de anfitrión, se daba el gusto de pedir, pagando en el acto. Sin embargo las cosas cambiaron con la intempestiva aparición de Beltrán que, una vez enterado de los sucesos y habiendo seguido una pista segura, se presentó en El Secreto como un juez acusador y exclamó, plantándose ante la mesa que presidía Peña y Lillo:

–¡Almas envilecidas, corazones empedernidos! ¡Qué les pasa a ustedes!

–Realmente: ¿qué nos pasa a nosotros? –se preguntó a esto Peña y Lillo, inopinadamente.

–¡El mutismo dice mucho, señor Delgado! –amonestó coléricamente Beltrán mirando al aludido–. ¡Copa y copa, como si aquí nadie tuviera nada que ver con nada ni con nadie, v como si Ordóñez no estuviera revolcándose a estas horas en el lecho de muerte!

–Solamente un ratito –dijo Peña y Lillo asumiendo la defensa–; ya sabíamos que iba a venir, señor Beltrán, y lo estábamos esperando.

–¡Miente usted descaradamente y se burla! –gritó Beltrán con indignación–. Es una felonía; esto no tiene nombre.

No obstante, de pronto alargó el brazo, cogió una copa y bebió de un golpe, y luego de apaciguarse, se sentó en la silla que le ofrecían, y al poco rato ya estaba comentando:

–Vaya con el chiste; en plena calle Tumusla y todavía con música –y se puso serio cuando previno–: Pero los acompañaré sólo por unos momentos; yo por mi parte, iré al hospital. Un sagrado deber me llama, señores.

Según explicó luego, rato antes él había pasado por la bodega

y, al enterarse de las noticias que el carpintero le transmitió, lo único que hizo fue dirigirse en derechura a la calle Tumusla, seguro de encontrarlos allí donde precisamente abundaban las bodegas.

Villagra había acudido con presteza y metió su cuchara:

– ¡Aquí nos tiene usted; así es la cosa, y todos como amigos!

Y sin que nadie le dijese nada, Villagra vio por conveniente invitar anticuchos y cerveza por cuenta de la casa, y sirvió la mesa mostrándose muy obsequioso; además, justamente hoy día, él estrenaba un disco de última moda, según declaró con orgullo; y acto seguido, puso el tango *Soy la muchachita del circo.*

Por su parte Peña y Lillo se prodigaba a más y mejor, por no quedarse atrás; pero de rato en rato bajaba la cabeza y suspiraba. La tarde comenzaba a caer, y las sombras flotaban en la calle difundiéndose poco a poco. Beltrán bebía con desasosiego; y de repente, Peña y Lillo se puso a llorar.

Felipe Delgado temblaba de frío; se prestó una chalina del Delicado. Sentía un gran fastidio; llamó a Villagra para pedirle una taza de té. Y de buenas a primeras le preguntó, con tono sardónico:

– ¿Entonces, esto se llama El Secreto?

–Esa es la cosa –dijo Villagra; y tratando de explicarse mejor, añadió–: Mejor dicho, así es la cosa; no se llama El Secreto, sino Los Tres Caballitos.

– ¿Y entonces por qué se llama El Secreto, si no hay tal? –inquirió Delgado.

– ¡Esa es la cosa! –exclamó Villagra.

– ¡Qué disparate! –comentó Delgado.

–Sí, así es la cosa –dijo Villagra–. Pero tengo luz eléctrica; voy a iluminar el establecimiento –añadió luego y se retiró, quedando en efecto iluminado el establecimiento.

– ¡Esta es una cosa grave! –dijo ahora Delgado dirigiéndose a Beltrán–; usted ve, señor Beltrán; ya cae la noche, y basta de bromas.

–Sí; basta de bromas –admitió Beltrán.

Y ambos se levantaron.

– ¡Se acabó, señores! –exclamó Delgado y arrojó la chalina sobre la mesa–. ¡El señor Beltrán me acompaña y yo voy al hospital, vivo o muerto! ¡Oye! –dijo luego dirigiéndose a Peña y Lillo–: ¡Román, a ti me dirijo! ¡Préstame plata para ir en auto!

– ¡Te presto, pero yo voy con ustedes! ¡Vamos todos juntos!

–dijo éste–. ¡Vamos, vamos volando!

Peña y Lillo exhibió un puñado de billetes; pagó la cuenta y se lanzó tambaleante a la puerta, seguido por el Delicado, embarcándose todos juntos en un auto que Villagra hizo parar.

CAPITULO XVI

Con gran atención, Ordóñez escuchaba a sus amigos. Estos le dieron cuenta detallada de los ominosos afanes a que el carpintero se había entregado aquella mañana.

Y ahora que Ordóñez se reanimaba, al haber pronunciado ciertas palabras tajantes y valerosas, el asombro surgía, en forma inevitable, ante la misteriosa incursión de Noé Salvatierra en el hospital; ¿de qué medios se había valido para enterarse de los acontecimientos? Los aparapitas que prestaron su concurso en el traslado del enfermo al hospital quedaban de hecho descartados, puesto que Amézaga había estado con ellos y había utilizado sus servicios durante toda la mañana.

Con la ayuda de Beltrán, Corsino Ordóñez se reclinó en el lecho. El estaba tanto más sorprendido, según declaró,no habiendo visto ni entre sueños al carpintero.

No obstante, Amézaga sí lo había visto, cuando a la sazón Ordóñez se hallaba inconsciente.

He aquí una sorprendente declaración. Y para gran revuelo de todos, Amézaga prosiguió diciendo:

–Yo me molesté al verlo; el carpintero Noé no tenía pena. Estaba como si nada. Yo no quise decirle nada a usted, por no molestarlo.

– ¿Y qué dijo?

–No dijo nada; se paró delante de la cama, movió la cabeza y se fue.

–Bueno; pasemos la hoja –decidió Ordóñez–. Qué nos importa. Hoy es veintitrés, si no me equivoco, y mañana es Nochebuena –diriguiéndose a Beltrán, añadió–: Ahora dime, Indalecio: yo

acostumbro celebrar mi cumpleaños el treinta; ¿tendré todavía algunos días de vida? ¿Qué te dice el corazón?

—Qué ocurrencia; eso ni preguntar. Te quedan años de vida, no días, eso me dice el corazón. Y lo demás son disparates. Está bien. Te sanarás con un poco de reposo.

—¿Con un poco de reposo? ¿Cosa tan grave?

—De ser grave la cosa, no es grave —intervino Amézaga—. Además, el dolor ya pasó; eso se ve.

—Yo no lo veo; el dolor no pasó.

—¿No pasó el dolor? ¡Pero la inyección es santo remedio! Yo hablo porque oigo; el doctor dijo: "A éstos nunca les pasa nada; nunca les duele nada; para qué gastar pólvora en gallinazo".

—¿Y a mí qué me importa lo que dicen los doctores? La pólvora que se la guarden en cierta parte. Claro que el gallinazo se está, o sea el dolor; pero confieso que no me molesta mucho. Seguro que se ha quedado adentro.

—Nadie sabe lo que pasa —terció Peña y Lillo—. Además, el dolor se nota siempre, esté adentro o afuera.

—No, señor —dijo Ordóñez—; tú no sabes lo que dices. Cuando el dolor se oculta, viene el temblor, es lo que pasa.

—El temblor es otra cosa —afirmó Beltrán—; lo grave es el dolor, tú te burlas del temblor. Además, aquí no se trata de hablar sonseras; nosotros hemos venido para alentarte y ayudarte, y has de saber que saldrás con vida, por más que tengas dolor, temblor o lo que se fuese. El corazón me lo dice. ¿O será que yo miento? —preguntó dirigiéndose a Delgado.

—Aquí todo el mundo dicta cátedra sobre el dolor y el temblor —dijo éste saliendo del mutismo que observaba—: qué tenemos que ver nosotros con eso. La cosa es tal como dice el señor Beltrán —añadió luego, ocultando lo que verdaderamente él sentía—: Tú saldrás con vida, Corsino; el corazón me lo dice.

Violentamente contrariado, Delgado se sorprendió ante esta circunstancia: todos y cada uno de los presentes daban por segura la muerte del bodeguero, pero sin embargo disimulaban, y eso que sabían que éste era el primero que lo sabía.

El cual, medio cínico, medio frío, replicó ahora:

—¡Ah! ¿sí? ¿Saldré con vida, entonces? ¡Te agradezco, Felipe! ¿Y qué dirá mi compadre Noé? ¿Qué tal eres para hablar en público? Se trata de pronunciar un discurso —dijo de pronto—; cuidado con hacerte el del otro viernes; y ha de ser un discurso

ante mi tumba. Esta es mi voluntad; al cumplir mi voluntad honrarás mi memoria. Pero aquí está el chiste: se trata de maldecir a Noé Salvatierra, hasta la quinta generación, y condenarlo públicamente. Y tú ya sabrás cómo desenvolverte al pronunciar el discurso. Por lo menos que reciba ese castigo. Y ahora confieso: esta mañana lo vi, y para qué mentir, pero el muy animal no se dio cuenta. Yo me hacía el muerto y roncaba; y la cosa es que lo vi, lo vi y lo vi. ¿Y qué hay con eso? No soy egoísta; un secreto sirve de mucho en la vida: ¿qué pasa cuando alguien te mira y tú lo miras, y él no sabe que lo miras? Lo que pasa es que adivinas lo que él piensa, lo que él siente en las profundidades de su corazón...

Ordóñez se sentía feliz al beneficiar a sus amigos con esta enseñanza. Preguntó a Delgado si estaba dispuesto a pronunciar el discurso, y habiendo recibido una respuesta afirmativa, dijo con jovialidad:

—Disculpen; ¿quién de ustedes tiene plata? Quiero unas copas, mis tripas se queman, el cuerpo me lo pide. Un aguardiente, así que sea. Además, ¿habrá alguien que pueda traer mañana una botella de vino, para brindar en Nochebuena? ¿Y quién será?

Peña y Lillo había de serlo, en tal caso; y ahora, después de vacilar un momento, se levantó y salió en el acto.

—Seguro que pecó la concertina —observó Ordóñez con socarronería, y luego prosiguió diciendo—: No es por alabarme; pero les diré que yo tengo grandes secretos, mis estimados, y me los llevaré a la tumba. Pero quizá me anime a comunicarte a ti alguno de ellos, Felipe, porque has de saber que seré yo en realidad quien pronunciará el discurso, valiéndome de ti; y para inspirarme el tenor, bajaré a los infiernos. No serás tú quien maldiga ni odie, sino yo; y ya verás cómo se te ocurren de por sí unas palabras terribles para condenar a Noé, a medida que vayas hablando.

—Por lo pronto, esta mañana ya le cantamos cuatro verdades —dijo Delgado—, y el Delicado lo obligó a ir por aguardiente. Pero ahora, una cosa. Yo entré a tu cuarto a ver qué pasaba, y no creo haber hecho mal. Te confieso, me puse a curiosear una talega que encontré debajo de tu cama, sin saber lo que hacía; seguramente yo quería ver tus cosas y hacer algo, tú sabes; ya conocemos las intenciones del tal Noé.

En este momento retornó Peña y Lillo con una botella: —ni para qué preguntar de dónde salía la plata, según volvió a comentar Ordóñez festivamente a tiempo de coger la botella, y bebió con

avidez.

—El carpintero tendrá que contentarse con lo que hay —dijo luego dirigiéndose a Felipe—, y no podrá robarme sino esos cuatro trapos llenos de piojos que tú habrás podido ver. Y te diré que en ese lugar, ahí donde tú estabas, yo tengo una cosa; claro que mi enemigo tendría que volverse brujo para encontrarla. Y basta ya de farsas mis estimados; todos ustedes saben que me voy a morir, y parece que no bromeaba cuando se los dije; nadie tiene la vida comprada; llega la hora y llega el momento: es el gran momento. No necesito hacer testamentos; yo confío ciegamente en todos ustedes. Sepan que tengo un dinero. Un dinero que yo guardaba para mi vejez. Pero ya se ve que su destino era otro. Yo muero en mi ley, al pie del cañón, con mis buenos años encima; y no muero en la soledad, gracias a Dios, ni con el desconsuelo de que nadie me llore. Cerraré los ojos dando gracias a todos ustedes, que me han acompañado durante años y años, y soy franco, sin conmoverme por mi ingrata hija. Y mis nietos, los nietos que seguramente ya debo tener, tampoco me conmueven, no señor. Y para qué más preámbulos: yo decido legar a ustedes, los aquí presentes, ese dinero que tengo guardado, mis estimados; ésta es mi solemne voluntad.

Ordóñez hizo una pausa. Sus amigos lo miraban con admiración; bebió a su gusto y les ofreció la botella. Y luego prosiguió diciendo:

—No vayan a imaginarse que tengo una fortuna. Son setenta libras esterlinas oro. No bien cierre yo los ojos, ustedes van a la bodega. Sacan los ladrillos que quedan justamente debajo de la cabecera de mi cama. Cavan como una cuarta, ahí está la cajita con mis libras. Es una cajita de lata, que yo envolví con un pedazo de hule. La repartición se hará en partes iguales, en armonía y sin altercados, ésa es mi voluntad. ¿Cuántos son los aquí presentes? Son seis —pidió a Beltrán que hiciera el cálculo, y luego decidió—: Así será; así es; cada cual entrará en posesión de once libras esterlinas; es mi voluntad destinar las cuatro que quedan para sufragar los gastos de mi entierro. Una buena misa cantada, solemne, de cuerpo presente; una corona grande, elegante, con su tarjetón; claro que un tarjetón bien hecho; para eso hay imprentas; el ataúd, que sea fornido; no como los que hace el maldito que sabemos; y van a procurar enterrarme en fila superior, a una buena altura del

suelo. Si alcanza, me hacen poner una lápida de bronce, con ángeles; y si no, así nomás. Procuren pagar los alquileres de la bodega; con diciembre son tres meses, a razón de dos cincuenta por mes. Hagan alcanzar para un anuncio en el periódico. Dejo en manos de ustedes mi honorabilidad. No quiero merecer nada de nadie, no quiero que se murmure sobre mi tumba.

—Seguramente el maldito carpintero ha de querer traernos el ataúd —dijo con preocupación el Delicado—: y qué hacemos en ese caso.

—¡Qué hacemos en ese caso! Me extraña tu pregunta, Delicado; qué hacer sino quemar ese ataúd, en todo caso. Esa es mi voluntad.

—Vaya, vaya; usted va demasiado lejos —reprendió de pronto Beltrán al Delicado—; mida usted sus palabras, no salga usted con disparates y cosas que no le vienen al caso, cuando aquí lo que se impone es, en primer lugar, agradecer a Corsino Ordóñez por su gran generosidad y, en segundo lugar, dar por recibida la herencia de las libras, declarando, en tercer y último lugar, nuestra absoluta conformidad con los largos años que todavía tendremos que esperar para vernos convertidos en sus universales y reales herederos...

—¡Pero qué palabras tan floridas las tuyas! —interrumpió Ordóñez, irritado y sarcástico—. Francamente me disgustan; y no quiero decir que tú seas un hipócrita, sino que se impone aceptar los hechos, como los acepta el Delicado, de todo corazón y con toda sinceridad, ya que no le vienen al caso las palabras floridas.

Beltrán se defendió con un juego de palabras y dijo, tratando de disimular su contrariedad:

—¡Por lo visto, el Delicado justifica su apodo, y yo me voy al diablo con mi delicadeza, por pura torpeza!

—Ya que se trata de hablar —dijo el Delicado con engreimiento—, este pobre peregrino que corre por los mundos, o sea yo, se permite preguntar solemnemente qué daño le hizo usted, don Corsino, a ese hombre que nos hizo tanto daño a todos nosotros, o sea el hombre que lo odia a usted.

—¡Hasta la fecha nadie me hizo semejante pregunta! —exclamó Ordóñez con vehemencia—. Y te contesto solemnemente, y quiero que escuchen todos ustedes: ¡Yo no le hice daño, no le hice ningún daño al maldito Noé; y lo juro por mi alma! Pronto, muy pronto he de comparecer ante el Tribunal de Dios, no puedo mentir en trance de muerte. Noé se presentó en la bodega por la

fatalidad del destino; y si las potencias malignas lo han escogido a él y lo han enviado, y si él se prestó a servirlas, eso quiere decir que es un condenado. Y eso es todo. Así me explico lo que pasa, y no se me ocurre otra cosa. Pero me pregunto: ¿Por qué ha tenido que ocurrir esto, precisamente? ¿Por qué razón es precisamente Noé el instrumento de ese destino? Yo moriré sin haber hallado contestación a este gran disparate: Noé viene, como enseñado, y se adueña de la bodega. Es una cuestión terriblemente complicada, mis estimados; y es ésta la verdadera causa que me conduce a la tumba, pudiendo muy bien haber sido una enfermedad, un buen balazo, un accidente o cualquier otra cosa.

Beltrán aprovechó la oportunidad para mostrarse categórico y dijo, a modo de resumir la exposición:

—En una palabra: la manera con que muere cada cual es distinta de todas las demás, así como la cara, el modo de ser y el destino con que nace, y santas pascuas.

—Y por qué será así, nadie lo sabe —confirmó Ordóñez.

—El maldito don Noé nos dijo que usted sabe muchas cosas y que le preguntemos quién era la Sisupieras —comentó el Delicado.

—Les haya dicho lo que les haya dicho, a mí ya nada me extraña —dijo Ordóñez con visible exasperación—: ¡Y ahora me viene con la Sisupieras! Yo les contaré la famosa historia y seré breve. En mi juventud pasó la cosa; y es que conocí una buena moza que le decían de mal nombre la Sisupieras. Yo la toreaba, la hice mi querida y vivimos por algún tiempo, pero murió. Murió de un ataque. Con tal motivo apareció tomando cartas en el asunto un hermano suyo, un perfecto alcahuete; o sea Noé Salvatierra precisamente. Hubo líos policiarios; él dijo que la había matado yo, y me acusaron. Pero eran calumnias; y tan es así, que salí inocente, librándome por un pelo de la cárcel gracias a que no hubo pruebas. Pero Noé Salvatierra se aprovechó de la situación; me sacaba lo poco que yo ganaba; él me odiaba; y las cuestiones se pusieron feas hasta el extremo de verme obligado a pasarle una mensualidad, todo por librarme de no sé qué papeles, de no sé qué amenazas. Claro que el muy canalla no tuvo reparo en usufructurar y explotar y profanar la memoria de su propia hermana, de la pobre Sisupieras precisamente, para vivir a mi costilla. Y con el tiempo y las aguas, ahí tienen ustedes, se hizo mi amigo, me ayudó en algunas pequeñeces. Y me colaboró en el entierro de mi nietecita, no lo niego; pero eso fue para que en mala hora empezáramos a tratarnos de

compadres. Y después se perdió. Y se perdió, hasta el día en que de repente vino con engaños para invadir la bodega, como a todo el mundo le consta. Y con esto quedan pulverizadas todas las habladurías que ustedes mismos se encargaban de hacer correr de boca en boca; cuál será, cuál no será la deuda que, según dicen, yo tenía pendiente con Noé Salvatierra; cómo será; yo mismo no sé nada. De todas maneras, y para que vean ustedes cómo es la vida, algún misterio tiene que haber detrás de todo esto; y sólo Dios lo sabrá. Es algo que nadie me saca de la cabeza...

—Precisamente, y por lo que a mí me toca —dijo Delgado con tono reflexivo—, yo te voy a decir lo que pienso. Mi destino tiene mucho que ver con el destino de la bodega. El azar no existe, nada ocurre porque sí. Yo tengo la certeza de que la bodega deja de existir por mí y para mí, habiendo existido por mí y para mí. En realidad los hombres no vivimos en el mundo. Vivimos en unos mundos dentro del mundo. Cada uno de estos mundos es diferente de aquél, y también lo es el uno del otro. ¿Tendrá algo que ver el mundo en general con el hombre en particular? La muerte de un mundo significa la muerte de un hombre. Si el hombre tuviera una muerte en propiedad, entonces nunca moriría; el hombre debería crear la muerte, una muerte propia de ese mundo en el que vive y que resulta siendo el suyo. Yo lo intenté vanamente. Fracasé, cometí un grave error al pensar que el mundo que me pertenecía podía encontrarse en la bodega. Imagínate: en la bodega, que precisamente ahora se destruye por causa de un error. Pues un mundo no se encuentra; es necesario crearlo. De tal manera, que no tengo otro remedio que seguir mi camino, recorrer el poco trecho que me queda. Ya no hay tiempo para forjar un mundo.

—Esas ya son cosas más graves, yo comprendo —dijo Ordóñez con tono serio—. Por mi parte no me quejo: yo y la bodega nos vamos juntos al diablo. Me di el gusto de romper y destrozar las cosas con mis propias manos.

—Todo ha estado bien, entonces —dijo Delgado—; y en ese caso no hay para qué hablar más. Pero quiero hacerte un pregunta: ¿Por qué tu bodega se llamaba El Purgatorio? De tus propios labios quiero escuchar la respuesta.

—Me extraña tu pregunta —declaró secamente Ordóñez—: Mi bodega estaba en el purgatorio, todos lo saben; el purgatorio estaba en ella.

Dándose por satisfecho con esta respuesta, Delgado bebió un

trago de la botella que sus amigos hacían circular con disimulo, y se puso a fumar un cigarrillo que le ofreció Peña y Lillo.

Bajo la impresión de haberse hecho sospechoso por su furtiva salida en busca de aguardiente, Peña y Lillo estaba ojo avizor a unas monjas que se habían detenido en la puerta de la sala, e hizo notar que tal vez era ya tiempo de retirarse, tanto más por habérseles permitido el ingreso a una hora que no era la reglamentaria.

—Quédense hasta que los boten, y mientras tanto terminemos la botella —dijo Ordóñez a esto—. Menos mal que Amézaga me acompaña; sacó permiso para quedarse. ¡Qué resistencia: tú duermes eternamente en el suelo pelado! —le dijo a éste y añadió—: Claro que el Tintaya también podría quedarse, pero no creo que le den permiso.

El aparapita llamado Tintaya no participaba en la conversación; estaba acurrucado en un rincón y lamentó tener que irse. Por su parte Ordóñez celebraba como una suerte el haberle tocado esta cama, en un lugar aislado, y sin otra vecindad que la de un viejito, el cual permanecía inmóvil, con los ojos abiertos todo el tiempo, suspirando y profiriendo ayes de rato en rato. La cama de Ordóñez, en esta sala de caridad, era una de las tantas que se alineaban, en un mundo abandonado, en medio de la sordidez, bajo la luz amarillenta de un foco solitario en lo alto del techo. El mal olor no tenía por dónde salir. El aire, quieto y fantasmal, parecía oscurecerse en las ventanas, altas y angostas. Todo parecía agrandarse, y todo parecía estrecharse y encerrarse a lo largo de esta sala interminable.

—Yo me quedaría de todo corazón siempre que hubiera una cama —declaró Beltrán—. A mi edad, durmiendo en el suelo pelado, me voy al otro mundo —miró en torno pensativamente y luego dijo—: Pero caramba; qué triste es la vida; acabo de preguntarme si habrá dónde ir, y no encuentro respuesta. Tú, y solamente tú, Corsino, has podido abrir las puertas de tu corazón a los desamparados. A los que se morían de sed. A los que no encontraban una mirada afectuosa en este mundo. No me critiques; ahora hablo con el alma; éstas ya no son palabras floridas; permíteme expresar mis sentimientos. No puede decirse que nosotros seamos unos vencidos o unos derrotados; nosotros nos metemos en un rincón y dejamos la vía libre a los que participan en el festín de la vida. Allá ellos, mientras nosotros luchamos en nuestros dominios con la vida y la muerte, con la boca seca y el estómago vacío. Si

nadie les dice nada a ellos, a los felices hombres que viven a costa de la miseria humana y todos los aplauden, ¿por qué se nos ha de decir nada a nosotros? ¿Por qué se nos ha de condenar o vilipendiar? ¿Por qué, señores, si después de todo no pedimos nada a nadie, y bien que podríamos hacerlo desde que en realidad somos una especie de héroes? La peor parte la llevamos nosotros, y todo para beneficio de los demás; porque si no fuera por nuestro tormento, no habría goce; si no fuera por nuestra desgracia, no habría felicidad. Claro que sabemos quiénes somos; a nosotros no nos da la gana de pensar. Tenemos una mirada y un idioma para expresarnos. ¡Y somos orgullosos! De lo contrario tú, Corsino, por ejemplo, no serías lo que eres; tú serías un comerciante podrido en plata, con casas y con camiones. Y yo, un jubilado, un reumático, apoltronado en un rincón, predicando el bien y practicando el mal. Y usted, buen hombre, a usted me dirijo, amigo Peña y Lillo; usted sería uno de tantos mamones del erario público, quizá munícipe, pero jamás el hombre servicial y diligente a quien conocemos. Y usted, mi estimado señor Delgado, el hombre noble y sufrido a quien me dirijo, sería un cacaseno, un literato de esos, yo qué sé. ¿Qué más pruebas quieren ustedes? Aquí estamos; y somos y seremos orgullosos hasta la tumba. ¿Qué dices tú, Corsino?

—Hasta la tumba —afirmó éste.

—Además, somos alegres y ocurrentes —prosiguió Beltrán con elocuencia—; somos sanos de alma aunque no de cuerpo; estamos en un tris de caer redondos el rato menos pensado gracias a nuestra afición por el aguardiente; el aguardiente nos hace vivir, es lo malo; estamos condenados a morir, tanto por la falta como por el exceso de aguardiente; miren ustedes qué ocurrencia tan chistosa: si dejas de beber, comienzas a temblar; y cuando menos piensas, te viene el dolor, y entonces mueres; por otra parte, si comienzas a beber, dejas de temblar; y cuando menos piensas, te viene el dolor, y entonces también mueres. Ahí está el chiste. ¿Acaso no estamos entre la cruz y la espada? ¿Acaso no es hermoso estar entre la cruz y la espada? —se preguntó Beltrán finalmente.

—Es grandioso —afirmó el Delicado—. Pero ¿qué tal sería sacarlo a golpes al famoso carpintero? —propuso inopinadamente y añadió—: La bodega es nuestro corazón; la bodega es un templo; en ese templo tenemos que rezar y encomendarnos al alma de don Corsino.

—¡Cómo dices semejante cosa, Delicado! —exclamó aquél—;

para qué hablas si no comprendes; la bodega se acaba conmigo y muere conmigo. Hay muchos misterios; y digo misterios por una sencilla razón: en realidad yo sé todo, y sin embargo no puedo explicarme lo que sé. Claro que yo moriré y ustedes también morirán, mis estimados, pero no la bodega; la bodega se está, y se estará donde se está, por más que se convierta en carpintería; para mí la bodega es el alma; es una cosa como el alma; el alma cambia de cuerpo continuamente, pero sigue siendo la misma; eso es la bodega. El alma. Una cosa que se queda en lo más profundo del mundo; y también es como el amor. Porque se ama muchas veces en la vida, y se ama con un solo amor. Las personas amadas pueden desaparecer, pueden irse y morir, pero el amor se está en tu corazón, nadie te lo quitará. El hogar que tuvimos cuando niños, eso es la bodega; nadie nos molestaba; nadie nos decía nada; y es lo que creemos a sabiendas de que nos martirizaban y nos pegaban. Y así es la bodega; una cosa muy grande, que no sólo existe en el corazón, sino que también existe en la vida, por la misma razón de que existe una gran necesidad de vivir y una gran necesidad de cariño en la vida. Yo no doy consejos a nadie; pero no olviden una cosa: si es que no encuentran en ninguna parte algún cariño, ese no sé qué, que no tiene nombre, entonces váyanse a cualquier parte, busquen algún lugar oscuro, algún lugar frío, y busquen forzosamente; allí se sentirán felices y contentos, tal como en un verdadero paraíso, siempre que repitan en sus adentros estas palabras: "¡Aquí está la bodega!". La bodega era oscura, era fría; era una especie de calabozo, o de sepulcro, es muy cierto. Pero en ese calabozo, en ese sepulcro, todo lo que se tocaba y lo que se miraba, por más que hubiese sido muy feo, nos ayudaba y nos reconfortaba; y este milagro ocurría gracias a nuestro sufrimiento. Pero ahora mis estimados, no hay por qué afligirse. Yo tengo un pálpito; todavía puedo durar unos cuantos días; así que, váyanse tranquilos. Pero tengan cuidado con mis encargos; no se olviden de las cosas, del vino para mañana; por fin hemos hablado como se debe.

Corsino Ordóñez no aflojaba la botella; al parecer, estaba alegre y feliz. Ahora bebió con entusiasmo, espectacularmente y de un solo golpe el resto que había quedado, y se atoró de pronto, se convulsionó con violencia, dando un susto a sus amigos. Y luego, habiéndose disipado la alarma, al cabo se quedó quieto en el lecho, con la cara congestionada, los ojos entrecerrados, respirando afanosamente.

Claro que estaba muy cansado. Era mejor dejarlo dormir. Sus amigos así lo comprendieron, y, como además era ya muy tarde, finalmente, decidieron irse y se despidieron de Amézaga —ellos sabían que el enfermo estaba en buenas manos.

Pero sin embargo, Corsino Ordóñez no estaba durmiendo. Y tampoco estaba despierto.

Perdido viajero en pos de una luz, avanzando en oscuros países, Corsino Ordóñez confiaba encontrar hospitalidad y buscaba su alma, palpaba unas sombras. Brillaba una luz en la noche profunda, en una invisible morada, y en este mismo momento, un presentido camino se devanecía en el espacio de sombras. Ordóñez quería escuchar, Ordóñez quería hablar, Ordóñez quería preguntar. Ordóñez, con una suprema ansia, dejábase llevar por el deseoso deseo de desear, dejábase envolver por el deseo de conocer el deseo, con una fruición jamás conocida ni siquiera soñada. Sacudido por una violenta náusea, sus ojos se volcaron. Y, con una sensación de frío, y con la sensación de un tacto ajeno en el cuerpo, la boca se torció, cayó la mandíbula. Agudos ronquidos de pronto se escuchaban, y rompían la quietud. Amézaga, que dormitaba en un rincón, se incorporó con sobresalto. Este jadeo, áspero y desapacible, estrepitoso como un caldero a todo vapor, no dejaba dormir a la gente. Habían surgido exclamaciones y voces medrosas, y gritos de conmiseración, ante el feo estertor de alguien debatiéndose ruidosamente en la agonía.

Y eso, durante horas y horas.

El cuerpo vibraba. El cuerpo se agitaba con una actividad y furia brutales, con grandes temblores y convulsiones. Rebosante de espuma, en la boca abierta resonaban los ahogos y los ronquidos. En la altura aleteaba un misterioso vacío. Transitaban unas formas oscuras y volaban con desesperanza. Ahora sonaba la hora del silencio. Con un soplo de frío, con un soplo de angustia, resplandecía la presencia, en las tinieblas —extraño ángel, no tenía alas. En las honduras ardían los ojos. Más allá de la cara, miraba la cara, no se movía. Los interminables cabellos erizados se agitaban a lo largo del viento. Ahora el viento ululaba con los clamores de los muertos. Los muertos moraban en la distancia, en lejanos mares de oscuridad, y con sus clamores y con el espanto de sus clamores, con un hervor y con un rugido, llamaban al ángel. El ángel, frío y atento, escuchaba; el ángel se hundía, lentamente, en ocultos y extremos abismos. Ahora comenzaba a desvanecerse. Ahora

comenzaba a recogerse, con un terrible grito anónimo —ahora, en este momento, comenzaba a morir Corsino Ordóñez.

Y en algún lugar aún no alcanzado por el abrazo de la muerte se podía escuchar una voz. Había modo de ignorar cosas tales como el frío, la inmovilidad y las pesadillas que, por un instante, podían confundirse con la muerte. Era necesario escuchar, olvidar, esperar. Era inútil gritar. Y no obstante, en tales circunstancias precisamente, Ordóñez dio un grito. Y sin embargo no lo dio. Dejábase sentir un algo, que crecía y se achicaba. Y bien podía ser el cuerpo como también la muerte quien crecía y se achicaba, de un modo incomprensible, a medida que los huesos, y los dedos y la lengua, y los dientes y los ojos se achicaban y crecían incesantemente, y sobrepasaban el tamaño de este algo, de este cuerpo, de esta muerte que, al haberse vuelto imperceptible finalmente, ello no obstante, se podía sentir y tocar, y mirar aquí, en este algo, en este cuerpo, en esta muerte.

En cierto momento reapareció el ángel. Ordóñez lo miró en las tinieblas. El ángel se mostraba sorprendido ante la cama vacía, pues el ángel era él, Corsino Ordóñez, y ahora adivinaba la verdad en sus propios ojos, y lo comprendió todo. Ahora ya nada importaba nada, excepto que él, Corsino Ordóñez, fuese él, precisamente y no otro. Pues de haber sido otro, Corsino Ordóñez no habría sido él, en absoluto.

A eso de las 2 de la tarde, el cadáver fue llevado a la morgue —el 24 de diciembre de 1931, día jueves, para ser exactos.

CAPITULO XVII

Oblitas hizo grandes preparativos para la fiesta de Nochebuena. Tanto él como Estefanic pensaban que sería ésta la última vez que Felipe Delgado pasaba la Navidad en La Paz, y ambos se habían esmerado para ponerse a la altura de las razones expuestas en favor de que quedase diferida por unos días la fecha de la partida.

En un ángulo de la habitación, el Niño Dios presidía un

hermoso Nacimiento; bajo la sombra de las ramas de pino se erguían las imágenes de la Virgen María y San José; al pie del pesebre se prosternaban los Reyes Magos, sobre un tablado cubierto de musgo, en medio de los infaltables adornos y objetos en miniatura. En lo alto del Nacimiento brillaba una estrella de plata antigua.

La mesa estaba dispuesta para cuatro personas; Oblitas en persona se había ocupado en la preparación de la cena, y el rico olor de la picana inundaba la habitación. Las bebidas estaban dispuestas sobre una banqueta: un buen número de botellas de vino, cerveza y pisco, y dos jarras de jugo de damasco. Los regalos, que eran de rigor, se hallaban envueltos en papeles de colores, sobre la petaca, al pie del Nacimiento. Sin embargo, los minutos transcurrían y la medianoche se acercaba, y, a todo esto, Delgado no llegaba; había salido por la tarde para ir al hospital, en compañía de Peña y Lillo, comprometiéndose a regresar antes de las 12; y ahora, tanto más entristecidos a medida que se acercaba la hora de los abrazos, Oblitas y Estefanic se pusieron a beber, brindando por el advenimiento del Salvador, hasta decidir, finalmente, sentarse a la mesa, persuadidos de que Delgado se habría quedado acompañando a su amigo el bodeguero.

En realidad, semejante tardanza estaba plenamente justificada. Peña y Lillo y Felipe Delgado, dispuestos a ir al hospital, habían comprado una botella de vino y un paquete de galletas para regalarle a Ordóñez, siempre a costa de la ya referida concertina; pero sin embargo, sintiéndose solidarios del entusiasmo y la alegría de las gentes que iban y venían afanosamente por las calles, se quedaron por ahí, empinando el codo hasta tarde de la noche, y sólo entonces decidieron trasladarse al hospital, que, naturalmente, a esas horas ya estaba cerrado a las visitas. Después de mucho insistir y rogar consiguieron se les franquease la entrada; en tales circunstancias el médico de turno puso de manifiesto su extrañeza al enterarse del motivo que los traía, toda vez que el enfermo al que buscaban había fallecido.

En efecto. El médico de turno, un jovencito que —según la impresión de Delgado— más parecía marinero que otra cosa, dio cuenta de los detalles del deceso, ocurrido poco después del mediodía. Para ratificar la información hizo entrar en la sala a los visitantes y cogió un cuaderno, en el que leyó los siguientes datos alzando la voz con cierta pedantería: Nombre: Corsino Ordóñez

Barrionuevo, natural de La Paz; edad: 62 años; diagnóstico: cirrosis atrófica alcohólica. Fallecido el día 24 (hoy) a las 13 y 30.

Los amigos del ahora difunto Corsino Ordóñez escuchaban. Estaban petrificados. Rompiendo el silencio mortal que hubo sobrevenido, el joven retomó la palabra y dijo:

—Tendrán que llevárselo a más tardar de aquí a dos días; todo cuerpo pasa al anfiteatro una vez que fenece el término —y añadió, con suave tono profesional—: Ya todo estaba acabado cuando hice la visita. Al poco rato se nos fue. El pobre agonizó toda la noche; y conste que —prosiguió ahora con ironía— nadie debe agonizar sino de día, para no quitar el sueño a los que con tal motivo se quejan, sin saber que también ellos pueden agonizar y quitar el sueño a los demás. Y bien, señores, paciencia —dijo finalmente el joven—; eso es todo. Morir es lo más natural. Mañana piden el certificado y se llevan el cadáver. Ahora perdonen; la ronda me espera.

Y se dirigió a la puerta.

—¿Podemos verlo? —de pronto preguntó Delgado.

—¿A quién? ¿A mí? —replicó el médico; y con extrañeza se detuvo.

—Al cadáver, si nos permite —dijo Delgado.

—¡Ah! ¡Al cadáver! ¿A estas horas? —objetó vivamente el asombrado joven—. ¿Por qué y para qué? Las visitas por la noche están terminantemente prohibidas; en la morgue ni siquiera hay luz. Es imposible —miró a Delgado, con aire despreocupado y arrogante mientras se sacaba el bonete, para alisar los rubios y ondulados cabellos que caían sobre su frente, y volvió a ponérselo: este simpático joven imberbe era todavía un niño para ser médico—. ¡Es imposible, es prohibido! —repitió, ruborizándose ahora, seguramente al sentirse admirado—. Pero, si realmente quieren ir —dijo de improviso dubitativamente, con tono infantil y comprensivo—, pues vayan; en semejante oscuridad ya sabrán lo que hacen. ¡Miguel Angel! —gritó dirigiéndose a un mulato de elevada estatura, el cual merodeaba cerca de la puerta—: Debes haber oído —le dijo—: estos señores tienen un pariente que se les ha muerto y quieren verlo; llévalos. ¡Pero ya sabes que es una verdadera excepción!

Y con la palabra adiós, que profirio volviéndose gentilmente a los visitantes, se alejó apresuradamente de la sala el complaciente joven, mientras que Delgado musitaba a su vez, instintivamente, la palabra adiós.

Sin duda, el mulato se prometía una buena propina, cuando de pronto hizo una seña y exhibió una vela. Y dijo, a tiempo de hurgar en su bolsillo haciendo sonar unas llaves:

—¡Si no fuera por mí, hubieran tenido que ir por una vela sabe Dios dónde!

—¡Claro; sabe Dios dónde; es una gran cosa que tengas una vela! —asintió Delgado con gratitud—. Aquí tenemos vino. Yo me llamo Felipe, y él, Román —señaló a Peña y Lillo y luego dijo—: Tú te llamas Miguel Angel. ¡Podemos tomar una copa, Miguel Angel!

—Podemos; yo tengo un jarro; pero no aquí, sino allá —dijo el aludido, señalando vagamente hacia la oscuridad.

Tomó la botella que Peña y Lillo había extraído de un bolsillo y abrió la marcha, atravesando el larguísimo corredor que se extendía junto a un grupo de edificios. Se interesó por saber quién era el muerto, y se quedó sorprendido al decírsele que había sido un padre, no sólo para Felipe y para Román, sino para muchos otros también.

—¡Ah, entonces se trata de un padre! —exclamó el mulato, y luego dijo—: Yo mismo llevé el cuerpo esta tarde, y pesaba mucho. El Negro carga hasta dos muertos —se jactó ahora—; y todos le tienen envidia al Negro; el único que puede cargar dos muertos soy yo, el Negro; dos sirvientes pueden cargar un muerto, y no hay camillas; pero yo llevo dos muertos. Es muy raro; qué les parece.

Contaba muchas cosas el mulato, y se refería a ellas en términos fantásticos al par que tristes, cuando al cabo llegaron a un canchón: aquí estaba la morgue. Un pequeño edificio de dos cuerpos, con techo de calamina, el cual irradiaba un tenue fulgor en la oscuridad. Hacía una noche tibia y apacible, aunque amenazaba la lluvia como cosa corriente en el verano, con un cielo completamente cubierto de nubes en las que se reflejaba el indeciso resplandor de la ciudad.

El mulato encendió la vela, reluciendo sus ojos y dientes. Delgado se hizo cargo de la vela mientras aquél abría el candado, con fuertes tirones, y retrocedía unos pasos para cobrar impulso y lanzarse con todo su peso contra la puerta, la cual cedió ruidosamente al empuje del tremendo empellón.

—¡Adelante! ¡El único que sabe abrir esta puerta es el Negro! —exclamó Miguel Angel triunfalmente a tiempo de ingresar en el recinto.

Con la vela en la mano, Delgado avanzó cautelosamente en medio de una atroz pestilencia, seguido por Peña y Lillo, pasando a lo largo de los cadáveres; y luego, se detuvo junto a Miguel Angel, frente a la mesa en que yacía Corsino Ordóñez.

El portero, sonriendo como con pena, colocó cuidadosamente la vela en un hueco de la mesa, y en seguida ofreció el vino en un jarro de fierro enlozado, con un indefinible aire, de protección y bondad. Entonces se persignó y dijo:

—Por los muertos. Dios habrá querido que pasemos la Nochebuena con los muertos.

Era difícil apartar los ojos de aquella mesa. Felipe Delgado hizo un movimiento y volvió la cabeza, atrayendo a Peña y Lillo, con calma, bajo una mirada vagamente reflexiva que les dirigía Miguel Angel, para contemplar el cuerpo. Un cuerpo con calzoncillos y chompa, tendido sobre una plancha de calamina; la ropa, en un atado al pie de la mesa, como custodio del cuerpo; el cuerpo, como custodio del atado. Una cara negruzca miraba con ojos de espanto. Unas manchas resecas y unos espumarajos se reunían en la boca abierta, con la mandíbula sobre el pecho. La barriga, hinchada, tersa y brillosa, como una bola a punto de estallar. Esta mano, empuñada sobre la barriga, parecía asir con angustia todo cuanto escapase de la otra, extendida y vacía. En este momento podía difundirse un murmullo a lo largo del cuerpo, en esta quietud —he aquí el sentir de Delgado. Una evocación, mezcla de dolor y fantasía... En este momento se dejó escuchar un ruido. Un ruido extraño, surgido de las sombras. Un largo suspiro, el deslizarse de un cuerpo sobre el suelo. Con brusco movimiento, Miguel Angel cogió la vela, y ésta se apagó. En un rincón alguien se movía. Alguien estaba vivo, no cabía duda. Un alarido resonó en la oscuridad, cuando por fin Miguel Angel lograba encender la vela, y, al mismo tiempo, apareció un hombre. Hallábase en el paroxismo del espanto. Completamente desfigurado, y se diría enloquecido, veloz como el rayo, ganó la puerta y huyó, desapareciendo como un fantasma. Este hombre era Amézaga. Román Peña y Lillo y Felipe Delgado se miraron, sobrecogidos de pavor —cabía preguntarse hasta qué punto inconcebible podía llegar el sentimiento de fidelidad, y sin importar que este hombre estuviese borracho o no lo estuviese. Miguel Angel, aunque no sospechaba quién podía ser aquél, de todos modos se quedó tranquilo, en vista de que no se trataba de un resucitado; pues según dijo él, alguna vez había ocurrido un hecho semejante y no era, por tanto, nada raro que alguien se quedase dormido entre los muertos.

Había comenzado a llover; la lluvia golpeaba sobre el techo de calamina. Miguel Angel se apresuró a colmar el jarro; ahora bebió de la botella, hasta la última gota; y con súbita inquietud, exclamó:

—¡Se hace tarde; vámonos! Hay que persignarse. Son once almas; ¡hay mujeres, hay viejos, hay niños! Esta vela se queda para las almas.

Peña y Lillo compartió con Delgado un poco de aguardiente que él guardaba en un frasco. Miguel Angel dejó la vela sobre la mesa y luego encendió otra, que había sacado del bolsillo. Y se puso a silbar entre dientes, caminando en dirección a la puerta. Y de pronto se detuvo y dio media vuelta. Felipe y su amigo lo miraban sorprendidos: pasó junto a éstos, que se apartaron con temor, y, avanzando hacia el fondo del recinto, bruscamente se quedó plantado frente a una mesa solitaria que se hallaba adosada a la pared.

Y exclamó, con temblorosa voz:

—¡Es mi alma!

Estas palabras resonaban en el eco, con extraño acento. Los visitantes, viéndose aislados y solos, habiendo corrido al encuentro de Miguel Angel, se toparon en aquella mesa con el cadáver de un niño. Ante los ojos aterrados de Felipe Delgado, resplandecía con la luz de la vela una imagen sobrenatural. El niño acaso tendría unos catorce años. Los ojos cerrados, largas y rizadas las pestañas. La boca entreabierta, partido el labio inferior. La cara, de color de marfil, con un rizo sobre la frente. Los dientes, si bien muy hermosos, sin embargo parecían extrañamente grandes; un no sé qué de espanto se mostraba en ellos.

Miguel Angel se inclinaba sobre el cadáver, en una absorta y temerosa contemplación. Miró con recelo a los intrusos; ahora la presencia de éstos parecía ser incómoda para él; al cabo dijo, con tono doliente:

—¿Quién será? Si no viene alguien, si no hay nadie, qué pasará. Nadie puede enterrarlo. Se lo llevan los estudiantes y lo descuartizan. Está aquí desde ayer. El tranvía lo pisó, y le trituró las piernas. ¡Atreverse a tocar esto, levantar esta ropa! ¡Proteger el cadáver con el brazo extendido! ¿A quién no le da miedo, a quién no le da pena? Había que ver la sangre; ¡y qué sangre! Yo mismo

lo recogí en la calle. Yo mismo lo lavé. Lo pisó a media cuadra del hospital el tranvía de bajada, y murió al tiro –acarició la cabeza y peinó con los dedos el rizo, sobre la frente–. ¡Quién sabe lo que pasa en este Valle de Lágrimas! –exclamó con gran agitación. La vela estaba a punto de deslizarse de su mano. Delgado se apresuró a cogerla–. Podía vivir –prosiguió diciendo–; podía vivir, años de años, como yo; pero si ha muerto, así que sea. Así es mejor. ¡Era un sacrilegio, era un pecado! –repentinamente se enfureció y dio un manotazo sobre aquella cabeza yerta–. ¡Dios me perdone, Dios me ilumine! –clamó entre sollozos–: Estamos a solas, estamos totalmente rodeados por los muertos. Este niño está muerto. No sabe el secreto. ¡Yo lo amo con toda mi alma! ¡Es una maldición; es la hora de la desgracia!

Miguel Angel dirigió una mirada fugitiva hacia las sombras, y se quedó absorto.

Delgado sostenía la vela con mano temblorosa. Estaba intensamente sorprendido. Y, sin poder contenerse, miró al mulato y le dijo, con toda intención:

–Es realmente una desgracia; solamente un loco, solamente un borracho podría enamorarse de un niño, de un muerto.

–No es por borracho; no es por loco –declaró Miguel Angel–; estoy seguro. Todos estos días estaba oyendo una música.

–¿Una música? –murmuró Delgado.

–Una música –dijo Miguel Angel con aire contemplativo–. Ahora ya sé. Las cornetas lloran para anunciar la muerte. Yo tocaba la corneta; no miento. Anoche unas cornetas tocaban a lo lejos. Una música sonaba en mis adentros. Era una música como este muerto; y me sentí enamorado de un muerto, lo que nunca; estas cosas solamente pasan en la cabeza, en la imaginación. Los ángeles viven en la imaginación, el diablo vive en este mundo, en todos los rincones. Los que estudian saben. Los doctores, ellos saben. Pero yo solamente en mi alma puedo saber. ¿Será pecado adorar a un muerto? ¡Yo soy solo! Todo se va, todo se pierde. Uno toca una cosa en la corneta, una sola vez, por pura suerte. Y por más que uno toque mil veces una cosa, ya no será la misma, la que nos hace llorar. Ahora la música se ha perdido, está lejos, en los cerros. Ya no recuerdo. Los cerros de la ciudad tienen eco. Los cerros azules no tienen eco. La música que nos hace llorar se presenta con el eco de quien uno adora, no es de cada día.

Delgado escuchaba con gran atención. Y preguntó ahora:

–¿Y tú, por qué amas? ¿Es por el miedo, o por la música?

–Así yo amo –dijo el mulato, abriendo los ojos en un gesto de asombro, y con fanatismo afirmó–: Solamente por el miedo; solamente por la música; tiene usted razón. ¡Yo soy solo en el mundo, soy huérfano! ¡Y este muerto vive! –exclamó, acariciando el rizo del niño, y luego dijo–: Verguenza no me da; qué haré. Si él vivía, yo me mataba; es malo el amor. La Justicia Divina castiga. ¿Acaso ustedes no se asustan? ¿Acaso lo imposible no da miedo? Este ángel puede castigarme, a lo mejor me vuelvo loco. Es imposible profanar; soy capaz de enterrar las llaves. Soy capaz de botarlas al tanque –dijo en un murmullo, alargando lentamente el brazo en dirección a la puerta, y finalmente exclamó–: ¡Soy capaz de hacer cualquier cosa, con tal que el diablo no me llame!

Miguel Angel extrajo una botella del bolsillo; bebió con avidez, y luego ofreció un jarro a los visitantes. Estos bebieron; era alcohol puro.

Bajo la resonancia de la lluvia, todos miraban con fijeza. Los vivos de igual manera que los muertos. En presencia de los vivos resonaba la lluvia. De tal modo resonaba la lluvia en la intimidad de los muertos. El niño, con su cadáver, no estaba solo. Era intocable. Estaba erizado de aristas –se envolvía con una nube de pestilencia. Se desfiguraba y se transfiguraba en aras de la disolución. Felipe Delgado meditaba acerca de ciertas revelaciones comunes a su espíritu. "Escuchar una música, el soplo de las cornetas anunciando la muerte. Amar para vivir, amar para ser", dijo para sí, ante las formas que se dibujaban en las sombras. Se inclinó y miró de cerca. El olor de la muerte, en estas manos, en estos brazos, en este cuerpo, era el olor de la vida. Pensó en este niño. Pensó en un hijo, que él no tuvo nunca. Y se preguntó muchas cosas, en términos de pasado y futuro. Agitado por extrañas ideas, de suicidio, de odio y destrucción, que se retorcían en misteriosos presentimientos, se quedó maravillado –sin duda, este recinto se asemejaba asombrosamente a la bodega. Una parte de su propio ser tendría que quedarse aquí. Alumbró con la vela una oscuridad espesa, en la región de los ojos. Silenciosamente se extendió una línea de luz, señalando el perfil, y se desvaneció en los labios que callaban para siempre. Felipe Delgado echaba de menos el timbre de alguna voz que jamás le sería dado escuchar. "Qué podré esperar, dónde estará la espera", pensó ahora. "Dónde encontrar el tiempo para esperarte a ti", se dijo. "En el cielo y en el infierno, tú has de

ser la espera. Esperar a que llegue yo, aprender a ser como lo que tú eres, tal la espera de ti" —y con estos pensamientos, Delgado se alejó, alucinado por la imagen. Y seguramente era lo malo: esta imagen, la imagen de un muerto, la imagen de un niño.

Los visitantes detuviéronse un momento ante el cadáver de Ordóñez y luego salieron.

En plena lluvia, Felipe Delgado y Peña y Lillo trataban de orientarse, en medio de la oscuridad, guiados por las luces que brillaban en la calle, a gran distancia. Miguel Angel se tambaleaba, estaba receloso. Se podía acortar el camino. Se podía atravesar el canchón y salir por un atajo, según declaró, pero la pared que se levantaba sobre la calle venía a ser un serio obstáculo para un hombre como Peña y Lillo, que, seguramente, no podía saltar, y entonces decidió seguir por un sendero que se apartaba de las edificaciones, y recomendó tuviesen mucha cautela.

—Estoy triste —dijo—; en mi cuarto tengo alcohol. Tengo que disimular. Dios quiera que el doctor Delgado esté durmiendo.

Felipe Delgado se detuvo en seco. Le causaba asombro el que pudiese llamarse Delgado aquel doctor precisamente, y preguntó:

—¿Se llama Delgado ese doctor? Yo me llamo Delgado, y todo esto es muy raro.

—¡No me diga! —exclamó con estupor el mulato—; qué cosa más rara; usted mismo dijo denantes que se llamaba Felipe, y ahora qué dice: ¡el doctor Delgado también se llama Felipe!

Peña y Lillo miraba de reojo al mulato; así las cosas, era preferible callar, según decidió, pues esta aventura en el hospital le daba mala espina.

Frente a la coincidencia —una coincidencia dos veces extraña—, la estupefacción de Felipe Delgado llegaba a su límite. Estaba convencido de que no podrían deberse a una mera casualidad estas cosas. Era muy grande el desasosiego que le causaban el encadenamiento y la simetría de los hechos ocurridos. Sin embargo, cierta alusión en labios de Miguel Angel suscitaba ahora una especie de terror supersticioso en el oyente:

—El doctor Delgado es buena persona —decía a todo esto Miguel Angel, habiendo comenzado una perorata—; es mi defensor; y gracias a él no me botan, pero también es un abusivo. ¡Ya estoy cansado de ser su alcahuete!

¿Alcahuete? ¡Un alcahuete! ¿Acaso podría encontrarse aquí, y precisamente aquí, el misterioso significado de aquella pesadilla

que él, Felipe Delgado, sufriera recientemente en la bodega, sin necesidad de hallarse dormido, y en la que un alcahuete le había ofrecido una terrible visión? ¿Este mulato, por lo tanto, sería un instrumento, quién sabe de qué hado, quién sabe de qué designio, y haría pues las veces de alcahuete al servicio de Felipe Delgado cuando lo llevó en esta peregrinación aterradora, a contemplar la imagen sobrenatural que ahora flotaba sobre un abismo extrañamente familiar? ¿Cuál podría ser, entonces, el significado de estas realidades y de estas visiones, en las que se conjuncionaban, oculta y oscuramente, la muerte y el miedo, la madre, el amor y la locura?

De tal modo se hundía Felipe Delgado en el lago de los grandes terrores.

Ahora, habiendo avanzado silenciosamente y a favor de las sombras, sin ser vistos, por fin surgió la silueta del enrejado, sobre la calle. La sala del doctor Delgado, para satisfacción de Miguel Angel, estaba a oscuras. Con mucho sigilo, éste abrió la reja, recibiendo una pequeña propina que Peña y Lillo puso en sus manos; sin embargo, habiéndose alejado los visitantes, ahora los llamó, y luego, bajo un alero al abrigo de la lluvia, exhibió ante los ojos de Delgado un papel, que había sacado del bolsillo, y le dijo:

—Se lo regalo; es un recuerdo del ángel que murió; lo encontré en sus ropas. Debe ser un verso —y, señalando con el dedo la escritura en el papel, añadió—: Claro que no sé leer. Y quisiera saber lo que dice, si no es molestia.

Delgado tenía entre sus manos una hoja de papel cuadriculado; la letra, según era evidente, pertenecía a un escolar. Hizo un esfuerzo, bajo la penumbra, allí donde apenas llegaba la luz de la calle, y leyó en voz alta.

Tratábase de una poesía, y era la siguiente:

"EL NOMBRE DE LA TRISTEZA

"Era un día muy bello;
los niños jugaban,
en las hermosas calles del pueblo,
y gozaban de las obras de la Naturaleza;
yo escuchaba el trino de los pajarillos,
caminando junto a mi fiel perro,
y pensaba en un amor que me entristecía...

¡Pensaba en un nombre que no olvidaré jamás,
porque era el culpable de mi tristeza!
¡Yo pensaba en el nombre de la tristeza,
que no se olvidará con la muerte!".

Felipe Delgado guardó en su bolsillo el regalo. Miró largamente al mulato, el cual se mantuvo en silencio. Luego, sin decir una palabra, hizo una seña a Peña y Lillo y traspuso la reja, encaminándose lentamente calle arriba, bajo la lluvia que arreciaba, mientras que el solitario Miguel Angel, habiéndose quedado inmóvil durante largo rato, al cabo cerró la reja, y se confundió en la oscuridad.

Y de tal manera, los caminantes fueron avanzando en silencio a través de la calle desierta, sin hacer caso de la lluvia, cuando a todo esto, habiendo recorrido un gran trecho, a la altura de la calle Yungas se vieron abordados por un hombre que andaba cantando y gritando, el cual exclamó de sopetón:

–¡Creo haber perdido un ser querido esta noche, señores! ¡Y no sé por qué lo busco en el corazón de los demás! ¿Somos, o no somos amigos?

En realidad era un anciano, de rostro macilento, vestido con harapos; una especie de levita, que se pegaba a las desnudas carnes, le llegaba hasta las rodillas, y el pantalón, solamente hasta las canillas. Daba la impresión de ser un caballero muy decente que hubiera caído en desgracia. Con plácida sonrisa, encendió un cigarrillo que Delgado le había ofrecido en respuesta a su requisitoria de amistad, y luego declaró:

–¡Yo, señores, voy no sé dónde y no sé cómo! ¡Yo, señores, no me quedo en mi rincón por falta de una vela! –alisó sus blancos cabellos y dijo ahora–: ¿Por qué en Nochebuena se complace uno buscando mundos perdidos? –y luego preguntó–: ¿Con qué destino van los señores, o también están sin rumbo, como yo?

–Todo depende –dijo Delgado con tono enigmático.

–¿Y de qué depende? –replicó el viejo con aspereza–. En resumidas cuentas, no hay por qué afligirse; perder el rumbo es poca cosa.

–Nadie se aflige –dijo Delgado–; pero todo depende. Esta noche ha nacido el Hombre, precisamente; pero el hombre que no pierde el rumbo no ha nacido todavía. Todos nosotros hemos perdido el rumbo; nada importa que uno tenga o no tenga adónde ir, hoy o mañana; todos estamos perdidos. Aquí me tiene, por ejemplo: ¡yo estoy perdido!

–¡Así se habla, así me gusta! –aprobó el viejo con entusiasmo.

–¿Dónde está ese paquete de galletas? –requirió Delgado dirigiéndose a Peña y Lillo–. ¿Lo tienes todavía?

Este guardaba el paquete de galletas, el cual pasó ahora a poder del viejo:

–No será mucha cosa; le ruego tomarlo como de quien viene –dijo Delgado.

–¡Bendito sea el Niño Jesús! –exclamó el viejo, y guardó el paquete en las profundidades de su levita–; esto es una gran maravilla; la generosidad me infunde respeto, me hace llorar de pura esperanza, me roba el corazón... Sabe Dios las privaciones que sufrirán ustedes; y todavía regalan galletas al primer pedigueño que ven. ¿Pero ahora, no quieren que se los baile, no quieren que se los cante? –propuso de pronto y, sin más, se puso a bailar, cantando una tonada con estos versos:

Con amor mueres
y con muerte amas,
vida de mi vida,
sangre de mi corazón...

De repente se plantó en seco y dijo a gritos:

–¡Soy huérfano, y me llamo Juan Vicente Matienzo! ¡Soy huérfano, y todavía me quejo siendo tan viejo, qué les parece!

Y luego se alejó el huérfano, sin más, gesticulando y dando saltos con la agilidad de un niño, cuesta abajo por la avenida; y ahora cantaba otra vez:

No te asuste la muerte
sino el amor,
en esta vida que es muerte
sin un amor...

Esta noche, ciertos huérfanos coincidían al proclamar amargamente su condición de tales. Felipe Delgado lo había advertido. Además, presentábase el caso de alguien que, al igual que él, no le tenía miedo a la muerte, pero sí al amor.

Ahora se perdía Juan Vicente Matienzo a lo lejos, borrado por el velo de la lluvia. Y todavía podía escucharse su canto:

Sin una velita
me voy de este mundo,
sin una velita
para verte otra vez!...

CAPITULO XVIII

El discurso ante la tumba de Ordóñez fue todo un fracaso. Mejor dicho: no hubo tal discurso. Y por tanto, la voluntad del difunto no pudo cumplirse.

En medio de la expectativa general, Felipe Delgado avanzó en dirección al nicho; y después de vacilar un rato, exclamó: "¡Señoras y señores, aquí yace Corsino Ordóñez!"... Y luego se quedó mudo, para volver a exclamar: "¡Señoras, señores, ésta es la última morada!"..., quedándose mudo otra vez. Claro que él estaba un poco borracho, habiendo bebido unas copas, precisamente para darse valor. Pero sin embargo, ni por esas lograba dominar su nerviosidad. Aunque se alegraba de ver a Noé Salvatierra entre los circunstantes, vivito y coleando y con el negro Ventura a su lado, mientras que aquéllos se mantenían cabizbajos y en actitud respetuosa, Delgado no atinaba a hilvanar un discurso, esperando, en cambio, escuchar alguna voz misteriosa que le susurrase al oído aquellas palabras rotundas y precisas que, sin duda, le faltaban para salir del trance enojoso. Pues no se podía insultar y vociferar ante esta nutrida concurrencia y mucho menos en presencia de los muertos, sino que se trataba de lanzar hábilmente una terrible andanada de acusaciones y abominaciones so capa de oración fúnebre, de tal modo, que el enemigo de Ordóñez cayese fulminado en el acto. Una hazaña hasta tal punto extraordinaria no podría realizarse sin el concurso de alguna misteriosa inspiración de ultratumba. Y como esta inspiración no llegaba nunca y Felipe Delgado no salía del suspenso, la concurrencia se impacientaba por momentos y todos lo miraban –eso era lo malo–, sin exceptuarse Noé Salvatierra.

El orador trataba de sobreponerse; después de todo, ya había pronunciado un discurso, tiempo atrás, ante la tumba de Ramona Escalera. No era la primera vez que se veía en tal trance. Claro que en aquella oportunidad pronunció un discurso porque le dio la gana, sin necesidad de que nadie le dijese nada, y además el público se reducía a Peña y Lillo solamente, en tanto que ahora se congregaba un montón de gente encabezada nada menos que por Noé Salvatierra. El mismo que, en este momento, contemplaba al orador con un aire extraño, a cuatro pasos de distancia, con una mezcla de mofa, de tristeza y beatitud, a tiempo que meneaba la cabeza. Una provocación demasiado abierta para ser ignorada; Felipe Delgado trató de contestar, y, lleno de ira, alzando los brazos y empuñando las manos, no pudo articular una sola palabra, cuando de repente Noé Salvatierra giró en redondo y le dio las espaldas apartándose del grupo con el negro Ventura que lo seguía. Y luego, después de haber avanzado unos pasos, de improviso volvió a darse la vuelta, de tal modo, que ahora caminaba de espaldas a tiempo de alejarse mientras miraba descaradamente a Delgado, el cual a su vez se quedó tieso ante la actitud del carpintero, que se le antojaba inaudita. Los movimientos de Salvatierra habían pasado desapercibidos a los circunstantes; los circunstantes miraban a Delgado y Delgado miraba como hipnotizado a Salvatierra, el cual no dejaba de mirar a Delgado mientras se alejaba con una chistosa actitud, meneando la cabeza y haciendo unos gestos que el negro Ventura imitaba en los más mínimos detalles, retrocediendo lentamente, tal como acotumbran ciertos espectadores en el cine cuando se levantan y, para no perderse las últimas escenas, van avanzando de espaldas en dirección a la puerta. Resultaba obvio que una cosa es retroceder avanzando, y lo único que hacían Salvatierra y Ventura era alejarse en retroceso, que es otra cosa, aunque ello no fuese tan simple a los ojos de Felipe Delgado, debido a que el negro Ventura estaba detrás de Salvatierra y no obstante parecía estar delante; y no pudiendo saberse si Salvatierra estaba delante o detrás de Ventura, desde que podía estar ya detrás o delante de éste al mismo tiempo, tampoco podía saberse si era Ventura quien lo estaba, pudiéndose decir que cada cual caminaba detrás y delante del otro, y que ambos caminaban hacia adelante y hacia atrás, y avanzaban de espaldas y de frente en dirección a Delgado, avanzando para retroceder y retrocediendo para avanzar, retrocediendo y avanzando al mismo tiempo.

En realidad, la conducta del carpintero no podía ser más sospechosa. Su sola presencia en el entierro había causado revuelo. Todos lo miraban con recelo en el canchón de la morgue, apoyado en la pared, manteniéndose lejos de los demás, muy orondo, muy pagado de sí mismo, con sombrero de paja, guantes blancos y terno negro, dirigiendo miradas de profundo desprecio en torno de él, haciendo gala de una actitud que, por lo visto, estaba en absoluta contradicción con ciertos hechos ocurridos durante la mañana precisamente, en circunstancias en que los herederos estaban en correteos para preparar el entierro.

Vale la pena reseñar lo ocurrido aquella mañana.

En efecto, como las circunstancias apremiaban, Felipe Delgado envió a Peña y Lillo al hospital, a primera hora, en busca de Beltrán y los demás. Por fortuna, todos ellos estaban allí y el emisario los encontró reunidos en el canchón, a poca distancia de la morgue. Sin embargo, no pudo menos que sobresaltarse con la presencia de Amézaga, y, habiendo sucedido lo que sucedió la noche anterior, algo sencillamente espantoso, he aquí que el protagonista relataba, justo en este momento y quizá por décima vez, la macabra aventura, cuyos pormenores suscitaban el interés de Peña y Lillo por lo mismo que no los conocía. Pues efectivamente: al ver muerto a Corsino Ordóñez, ¿qué otra cosa podía hacer él, Amézaga, sino ahogar una pena tan tremenda? Estaba solo, no tenía a quién acudir, ni siquiera había venido un amigo; salió a la calle, en su desesperación imploró por caridad unos reales, se emborrachó y luego, con la intención de velar el cadáver, se fue a la morgue, llevando una botella en una mano y una vela en la otra. Y seguramente porque la borrachera pudo más que el miedo, allí se quedó dormido, hasta que de repente despertó y corrió despavorido, se puso a salvo de los muertos y, reconociendo entre éstos a Peña y Lillo y a Felipe Delgado, creyendo que habían resucitado, por poco no se vuelve loco, habiéndose puesto a vagar y vagar por las calles toda la noche. Amézaga, a esta altura, apelaba al testimonio de Peña y Lillo, el cual se dio el gusto de aterrorizar a sus oyentes narrando, con lujo de detalles, la escena por él presenciada.

Pero ahora Amézaga reclamaba otra vez la palabra; él había tomado debida nota de la ausencia de los amigos de Corsino Ordóñez, y condenaba la ingratitud. En cuanto a Peña y Lillo y a Felipe Delgado, según afirmó, de nada les valía el haber ido de noche,

a hora nona; y seguramente aquel susto mayúsculo que se habían pegado era el castigo que se merecían. A todo esto, el Delicado sacó la cara por Peña y Lillo y dijo que no había tal castigo, haciendo notar que, no obstante de haber velado el cadáver, quien llevó la peor parte en el susto había sido Amézaga, precisamente y no otro.

Pero no había tiempo que perder, y mucho menos en discusiones. El señor Beltrán estaba apurado. Era necesario ir de inmediato a la bodega, sacar las libras esterlinas y disponer el entierro; ni para qué entrar todavía a la morgue.

Felipe Delgado los esperaba en Churubamba. Allí se reunieron todos, y luego se encaminaron a la bodega. La bodega estaba cerrada con tres candados; esto no sorprendió a nadie. Por suerte, uno de los vecinos tenía una barra de hierro; era enorme. Después de varios intentos lograron forzar la puerta, y de inmediato se pusieron a cavar en el lugar indicado por Ordóñez; allí encontraron la caja de lata con una envoltura de hule. En una larga tira de paño, se hallaban envueltas las hermosas monedas de oro. En el acto pasaron a poder de los respectivos herederos, quedando Beltrán como depositario de las cuatro libras para los gastos del entierro.

Y ahora que todas las miradas se concentraban en el odioso ataúd que Noé Salvatierra había destinado a su compadre, Felipe Delgado manifestó su determinación de cumplir la voluntad del difunto y empujo el ataúd gradas abajo, lo puso en medio del callejón, le roció gasolina y, sin más trámite le prendió fuego. Una llamarada se elevó a gran altura, mientras el vecindario festejaba la hazaña. Aprovechando el pánico, el Delicado se trepó al banco de carpintería y allí se puso a cagar. Beltrán lo miró, atónito, y luego lo felicitó. Una chola que vendía comida, y ciertos aparapitas, quedaron autorizados para llevarse las botellas y demás bártulos, así como las frazadas del difunto. Amézaga, el Delicado, Felipe, Tintaya, Peña y Lillo, y aun el viejo Beltrán, como obedeciendo a una secreta señal, todos saltaron como fieras. Cada cual por su lado se dedicó a destruir todo lo que encontraba a su paso. El banco de carpintería fue volcado patas arriba, el cajón de las herramientas hecho añicos, y éstas desparramadas en el suelo. Sin embargo, nadie quiso tocarlas.

Era la una y media de la tarde cuando se alejaron de la bodega. ¿Para qué ni siquiera molestarse en cerrar la puerta? –los amigos de Ordóñez dieron las espaldas al ataúd que seguía ardiendo.

Un turco de la calle Honda, de grandes bigotes y cachimba, cambió algunas libras a los herederos, pues éstos no querían cambiarlas todas. Luego los herederos, después de beber y comer en la chingana de un japonés, en la Plaza de San Francisco, se fueron a la calle Figueroa para comprar un buen ataúd. Había que apresurarse. Quedaba sobreentendido que el entierro se realizaría forzosamente aquella misma tarde. Los dolientes distribuyéronse atinadamente las diversas diligencias del caso. Beltrán, Delgado y Tintaya se encargaron de hacer todo cuanto correspondiese en el hospital. Peña y Lillo voló al cementerio, a fin de ver un nicho y contratar solemnes oficios religiosos, de cuerpo presente. Las formalidades en el registro civil fueron cumplidas por Amézaga y el Delicado. Estos se embarcaron más tarde en el carro fúnebre llevando el ataúd para luego reunirse con los demás en la morgue.

Los preparativos quedaron concluídos sin tropiezo alguno y tan rápidamente como nadie esperaba.

Sin embargo a Felipe Delgado había de esperarle cierta sorpresa –una cosa para él grave. Había echado de menos el cadáver del niño; ya no estaba en la morgue. Y, con indecible horror, vio a Miguel Angel –sobre una mesa, el mulato yacía sin vida, la cabeza destrozada. Era difícil reconocerlo. ¿Qué atrocidad, que extraña tragedia habría ocurrido? ¿Acaso por obra de alguna misteriosa ira fulminante? Mientras amortajaban el cadáver de Ordóñez, Delgado escuchó ciertos comentarios fantásticos. Podía tratarse de un suicidio, o de un accidente, pero también de un asesinato.

He aquí algunos detalles de la versión suministrada por un tal Zegarra, compañero de Miguel Angel.

La noche de la tragedia, eran avanzadas las horas y de pronto escuchó Zegarra unos golpes: Miguel Angel llamaba a la puerta de su cuarto, y estaba visiblemente alterado. Buscaba compañía, quería pasar el rato y disipar las penas. Zegarra, en efecto, lo hizo entrar y bebieron un poco de alcohol con agua. Sin embargo, Miguel Angel, dando muestras de una gran angustia, al cabo se retiró, y, a todo esto, habrían transcurrido unas dos horas cuando Zegarra, despertándose sobresaltado por unos lamentos y unos cantos, y escuchando el ruido de un pesado golpe al mismo tiempo que un grito, se levantó, y habiéndose encaminado en dirección al tanque de agua, donde parecía haberse originado el grito, viendo esfumarse a su paso una sombra fantasmal y fugitiva al pie de la torre, allí precisamente encontró a Miguel Angel, el cual era ya cadáver, en un charco de sangre. Un hecho del que Zegarra no podía dudar era éste: Miguel Angel cayó de la cornisa del tanque, que se elevaba a unos 20 metros de altura. Inútil querer averiguar más sobre el extraño suceso. Ahora bien: la posesión del secreto era una cosa inquietante, algo que a Felipe Delgado le daba en qué pensar; las verdaderas relaciones y causas del suceso, forzosamente habrían de quedar en el misterio.

Delgado salió de la morgue y se reunió con los dolientes. Estos se hallaban en el canchón, y miraban con gran recelo a Noé Salvatierra. ¿Qué pretendía al mostrarse aquí tan tranquilo el tal don Noé? –se preguntaban ellos. ¿Acaso no se delataba este hombre, encubriendo quién sabe qué espantosos designios de venganza, mientras pretendía ignorar los graves hechos ocurridos en su carpintería? Con la inquietud consiguiente, Delgado y los suyos conjeturaban esto y lo otro, en tanto que algunos conocidos y vecinos de la bodega sostenían una animada charla a corta distancia de la morgue. Unos diez aparapitas se hallaban repantigados sobre una pared del ruinoso edificio, mascando coca, y hablaban sin cesar. Uno de ellos se había apostado cerca de la puerta para espiar los preparativos en el recinto, haciendo señas ante la expectativa de sus compañeros, quienes se disputaban ya el privilegio de conducir el ataúd, pues el carro aguardaba en la calle y la distancia era considerable. Sin embargo, ya que dicho privilegio tan sólo correspondía a los más allegados, el Delicado y Tintaya tuvieron a bien hacer una concesión, y dos aparapitas ocuparon los puestos respectivos.

Era un día gris, triste y húmedo, como mandado hacer para un entierro. El cortejo avanzaba lentamente. Las vecinas del callejón Pucarani marchaban en segundo término, con los ojos llorosos, detrás de los dolientes; luego, ciertos parroquianos de la bodega, conocidos y amigos (entre ellos, Salvatierra y el negro Ventura), y los aparapitas cerraban la marcha. Algunas de las mujeres portaban ramilletes de margaritas y de retamas; las coronas brillaban por su ausencia. El carro fúnebre –en realidad un pequeño camión pintado de negro– hallábase completamente pelado cuando de repente partió a toda velocidad, mientras que los deudos se embarcaban en un auto y los participantes del cortejo tomaban por asalto un camión que prestaba servicios por cuenta de la empresa de pompas fúnebres. Noé Salvatierra, que seguramente no era quién para treparse a un camión con toda esta gente, se quedó desconcertado en madia calle, sin saber qué partido tomar, y luego hizo

parar un auto en el que se embarcó a toda prisa, acompañado por Ventura.

En solemne oficio religioso, con profusa iluminación, dos curas cantaron la vigilia, con acompañamiento de armonio y violín, y luego, con diez lloronas que encabezaban en forma impresionante el cortejo, se inició la marcha a través del camposanto. Los dolientes lamentaban no haber tenido tiempo para comprar coronas, pues no escatimaban gastos en aras de un entierro pomposo que bien merecido lo tenía el difunto. Dos curas estaban presentes a falta de uno para decir los responsos frente al nicho –nicho de primera clase, adquirido a perpetuidad y situado a buena altura del húmedo suelo.

En tales circunstancias, Felipe Delgado se disponía a pronunciar su discurso, y, habiendo ocurrido el incidente del carpintero, el cual se apartó ostentosamente para escarnio del orador, éste se balanceaba sobre las puntas de los pies, olvidándose por completo del discurso, mientras que Salvatierra se alejaba por el largo sendero, siempre de espaldas y precedido o, si se quiere, antecedido por Ventura, en tanto que Delgado entrecerraba los ojos, concentrando sus esfuerzos para no perder de vista al carpintero que, a todo esto, se había vuelto más pequeño que un insecto, y sólo era visible por el sombrero de paja y los guantes blancos, de igual modo que el negro Ventura por su negrura, desapareciendo finalmente a lo lejos, cuando de pronto, Delgado se tambaleó, llevó ambas manos al pecho, dio un grito y cayó de bruces en tierra. Con todo, el accidente no alarmó ni poco ni mucho a los circunstantes, quienes desde hacía rato ya notaban cosas raras, habiendo dirigido sus miradas allí donde Delgado dirigía la suya, al mismo tiempo que el carpintero se perdía de vista; todos ellos acudieron a prestarle socorro, y luego de hacerlo sentar, le echaron grandes cantidades de agua, utilizando unas latas que pidieron a un chico.

El infortunado orador volvió en sí al poco rato, y se incorporó silenciosamente, con una palidez mortal y la ropa chorreando agua.

Y ahora, cuando todos se persignaban ante la tumba y dábase por finalizada la piadosa misión, Amézaga consideró de su deber agasajar a los concurrentes con motivo del duelo, y los llevó a una de las tantas chinganas estratégicamente situadas en las vecindades del cementerio. Hizo servir chicharrón, en grandes platos, y pidió un fardo de cerveza, dándose aires de gran señor. La chingana

habíase llenado con los huéspedes, muchos de los cuales tuvieron que permanecer de pie, mientras que los aparapitas se repantigaban y se apoyaban sobre las paredes. A la dueña y sus ayudantes les faltaban manos para atender a tan nutrida concurrencia. Ninguno de los dolientes quería quedarse atrás; a ellos les escocían las manos por gastar la plata que habían heredado. Cada cual, a su turno, pidió un fardo de cerveza, haciendo servir platos de lechón al horno, ranga–ranga y ají de gallina.

Concluida la comilona, era necesario caldear el espíritu; y nada tan apropiado para ello como el aguardiente. Las mujeres, que preferían seguir con la cerveza, escuchaban entre sollozos las vociferaciones de los hombres que, alabando sin cansancio las virtudes del desaparecido, bebían a más y mejor en grandes copones.

En medio de un terrible griterío, se retiraron las mujeres a poco de cerrar la noche, y por su parte los bebedores rompieron a llorar, a jurar y maldecir a propósito de la desventura que a todos y cada uno de ellos les afligía, sintiendo en el alma una gran pena por la acogedora y silenciosa bodega, ahora perdida, añorando en lo profundo del corazón el alto y oscuro recinto. Por vez primera en su vida, echaban de menos un refugio en el que la soledad, los pesares y las amarguras podían cubrirse de sombras, con ese frío intenso y seco, bajo la mirada triste, vagamente protectora, del enigmático Ordóñez, en medio de murmullos y monosílabos. Pero ahora cada cual ya sabía, secretamente, qué camino tomar. Cien bodegas, a lo largo de la calle Tumusla, en la Garita de Lima y las calles adyacentes, e inclusive en el propio callejón Pucarani, abrían sus puertas a toda hora.

En cuanto a Felipe Delgado, no existía para él ninguna otra bodega en el mundo. Ya todas habían dejado de existir al mismo tiempo que la bodega llamada El Purgatorio. Era una cosa inquietante, extraña y triste el haber resumido el mundo y la vida en la bodega El Purgatorio. Y precisamente porque sabía que las cosas creadas ya no se las podía volver a crear, él había tenido que inventar un recinto, un mundo, una vida. Y de tal modo, tenía la sensación de haber hecho una broma pesada consigo mismo. Sin embargo no se disgustaba ni se sentía defraudado. Era una cuestión de misticismo. Pues en ciertos lugares el ejercicio se practicaba cómodamente, ni cerca ni lejos del mundo, en medio del bienestar, lejos del terror, del peligro y la miseria, en desproporción con la búsqueda. En un recinto tabernario, tan peregrino y oscuro como El

Purgatorio, donde la ingenuidad era el denominador común, costaba la vida toda búsqueda; cada cual tenía que asumir su propia actitud en el aprendizaje de la vida y la muerte. En el mundo exterior sucedía de muy otra manera. Unos simulaban aprender y otros aprendían en el olvido. Había quienes lo hacían de un modo sensato, por las vías legalmente prescritas y aceptadas, con el permiso de las instituciones y sin alejarse de las normas ni atentar contra las buenas costumbres o tocar lo prohibido. Felipe Delgado lo sabía. Pues aquel que se atreviese a poner en juego su alma y eligiese su propio camino haciendo caso omiso de las normas, fatalmente tendría que ser castigado. Y para tranquilidad de la gente, el castigo tendría que sobrevenir por sí solo, sin que nadie tuviese necesidad de mover un dedo, dictar una sentencia ni decir una palabra.

PARTE CUARTA

CAPITULO PRIMERO

El lunes 28, Sanabria retornaba de Uyupampa.

Lo primero que hizo fue buscar a Oblitas. Este le dio un detallado informe de los acontecimientos ocurridos durante los últimos días. Y señaló el carácter altamente significativo que asumían los mismos, por cuanto se referían a la desaparición de la bodega y la muerte de su propietario, habiendo cargado el demonio con ambos. Pues Delgado ya no bebía; estaba entregado a la contemplación, y se pasaba la mayor parte del día en el cementerio, rindiendo culto a los muertos y quedándose prosternado horas enteras ante las tumbas. Y de retorno a la casa qué hacía, sino sentarse en el filo de la cama, inmóvil y mudo, y con frecuencia, dejándose arrastrar por la ira ante la menor cosa. Y –según Oblitas– ya casi no comía; nada le interesaba, excepto el cementerio precisamente.

A Sanabria le llamaba la atención el hecho de que la bodega cerrase sus puertas y al mismo tiempo muriese el bodeguero, justamente en vísperas de la partida de Delgado: aquí había algo raro, en opinión de Sanabria; no se trataba de una mera coincidencia. Este hecho le parecía terriblemente extraño y le causaba asombro. Oblitas se mostró de acuerdo, sólo que, según dio a entender, él no tenía por qué asombrarse ante cosas tan simples. Pues en su opinión, la bodega y Felipe Delgado eran una misma cosa; la bodega no había existido jamás, sino en la mente de Felipe Delgado. Desde luego, él, Oblitas, no pretendía poner en duda la realidad de la bodega, que ciertamente había existido como tal, pero lo único que pretendía era poner en claro un punto de vista que –por lo demás– se basaba en una observación extremadamente sutil. Pues la bodega había asumido una realidad que no era válida para nadie en absoluto sino solamente para Delgado.

–Aquí no se trataba de hablar por hablar –prosiguió Oblitas–. Aquí nadie habla de coincidencias, sino que se trata de una maldición, pura y simplemente; y por lo tanto, no hay para qué

asombrarse. La bodega es el efecto, no la causa. La causa debe encontrarse en la disolución de la bodega y se llama Felipe Delgado. No obedece a la realidad de los hechos, entre los cuales bien puede contarse la muerte de Ordóñez, sino que obedece a la apariencia de éstos, que se subordinarán a las transformaciones en la mente de Felipe Delgado, debiéndose buscar en estas transformaciones el verdadero origen de los hechos, pero jamás en los hechos mismos.

Sanabria se mostraba desorientado, y declaró con tono irónico que su mente era demasiado limitada para asimilar tamañas sutilezas, quejándose del lenguaje, oscuro y confuso, que empleaba el expositor al abordar un tema ya de por sí oscuro y confuso. Oblitas se esforzó vanamente por disimular su indignación. Únicamente por la Magna Ciencia uno podía profundizar en muchos misterios –según declaró–; lo primero era ponerse a la altura de un elevado y secreto lenguaje, cosa difícil, por no decir imposible, para el no iniciado.

Sanabria pasó por alto las palabras del quisquilloso interlocutor. Después de todo, le causaba gracia la seriedad, puerilmente asumida por el pontífice de la Magna Ciencia para defenderse, en circunstancias siempre parecidas a ésta. Y de tal modo, con toda sagacidad abordó otros temas, expresando a Oblitas su satisfacción por la eficacia y tacto con que manejaba los asuntos de Delgado, y luego se puso a contemplar los ornamentos y adornos del Nacimiento y elogió, en forma calurosa, el artístico arreglo que, en su opinión, era fiel reflejo del gran espíritu que Oblitas personificaba.

A esto llegó Delgado. A los ojos de Sanabria, parecía más encorvado que de costumbre y repentinamente envejecido. Estaba con la ropa mojada, había venido en plena lluvia. Con aire de ausencia y sin fijarse en nadie, se fue derecho a la cama, donde se dejó caer, permaneciendo inmóvil y rígido como un muerto.

Mas al cabo de pocos minutos, se paró de un salto y de pronto dijo:

–Señores: ¿En qué bodega, en qué lugar, dónde o cuándo se podrá dar tiempo al tiempo y abismarse en la vida que transcurre? Ya no hay tiempo para llegar al otro lado de la contemplación. Ya no hay tiempo para llegar al origen del sufrimiento. Ustedes se sientan tranquilamente para hablar en secreto, y ni siquiera se preguntan qué es lo que pasa con el sufrimiento. Ustedes se quedan

toda la vida contemplándose las caras y creen que todavía tendrán tiempo para sufrir. ¿Qué esperan? ¡Despierten, señores! ¡Ya no tienen tiempo para sufrir! Sentarse y contemplarse las caras es una verguenza, señores. Yo no conozco lo que es descansar.

Oblitas y Sanabria se miraban las caras. Era mejor hacerse los desentendidos. Delgado, guardando silencio, se tendió nuevamente en la cama. Ellos continuaron la charla, en voz baja. Ya anochecía. Oblitas puso dos velas ante el Nacimiento, y luego encendió el anafe de bomba para poner un poco de té. En este momento llegó Peña y Lillo. Peña y Lillo, secándose la cara con un trapo y quejándose de la lluvia, declaró que estaba triste; él era un cero a la izquierda, y no tocaba ningún pito; por lo tanto, el doctor bien podía hacerse pesar por haberlo invitado a Uyupampa –nada tan absurdo: el doctor lo tranquilizó. Estefanic se presentó al poco rato. Por su parte, dijo que estaba hecho una noche. Consultaba a solas con su alma; reflexionaba sobre la próxima partida; él se atenía al generoso ofrecimiento del viejo y noble amigo Sanabria, a quien rendía eterna gratitud; pero no quería abusar, no quería ser una carga.

Sanabria hizo un gesto de impaciencia. Bruscamente, señaló un asiento al recién llegado, que se había quedado como una estatua frente a él, y dijo:

–Es algo que ya traté de darles a entender, pero ahora seré más explícito –su tono era cortante, categórico–. No soy un tonto, señores, no soy un maniático ni un idiota, pero sí un hombre que ha cometido muchas faltas, que ha inferido graves daños, y quién sabe si tuve o no tuve razón o lo hice por pura maldad. Eso lo dejo a Dios. Y la cuestión es que hice daño, mucho daño; precisamente quiero que lo sepan. Pero también quiero rogarles olviden esta grave confesión, a la que sin embargo me veo forzado para explicar mi conducta. ¿Por qué les ofrezco de buenas a primeras el refugio de mi residencia campestre? ¿Por bondad, por interés? ¿Qué querrá el viejo rico, dándoselas de benefactor? ¡Vaya, pongamos las cartas sobre la mesa! Soy un egoísta, y todos lo somos, cada cual a su manera. He hecho buenos negocios con el Estado; he metido gato por liebre a gil y mil en transacciones bien concebidas y hábilmente ejecutadas, sin salir de las normas: aquel que tuvo la oportunidad y no hizo lo mismo, pues que tire la primera piedra. He hecho mucha plata arriesgando muy poco y sin trabajar. Y como no soy mezquino, viéndolo bien, ni tampoco un

tonto, pues aprovecho la oportunidad que se me brinda para rodearme de buenos amigos y remediar en algo mi soledad y aburrimiento haciendo un beneficio. Eso es todo, señores, necesariamente tienen que comprenderlo de una vez, para evitar situaciones falsas. Usted no debería agradecerme tanto y tanto –dijo con resentimiento dirigiéndose a Estefanic–; a mí me duele la sorpresa, el pasmo que le causa una actitud como la mía. Usted, en mi lugar, ¿acaso no haría lo mismo? ¿Qué mejor para mí, que encontrarme en la vejez y rememorar los años pretéritos con un amigo que, precisamente, ha sido testigo de mi propia juventud? ¡No soy un imbécil para menospreciar semejante fortuna, don Nicolás! –miró a Oblitas y le dijo–: ¿O qué opina usted, profesor Oblitas? –y, sin esperar respuesta, se dirigió a Peña y Lillo–: ¿Y usted, hijo mío, qué me dice? –con tono de triunfo, satisfecho de su alocución, dijo finalmente–: No hay vuelta que darle; aquel que no sabe mirar en su justo valor las cosas, está reventado.

En tales circunstancias, Estefanic era quien debería contestar y así lo comprendió cuando dijo:

–Hablando en oro, yo soy principalmente quien debe contestar, doctor Sanabria –y, quedándose aturdido un momento, añadió–: Pero no sé qué decir. Ante palabras tan francas y categóricas uno ya no sabe qué decir... En fin, tomé unas copas, en el trayecto; estoy entristecido...

En efecto, Estefanic reprimió un sollozo. Realmente, él había tomado una copas, y pedía disculpas; terrible impresión le causaba un sueño que tuvo, asistiendo a un entierro, viajando al cementerio en calidad de difunto, en lugar de viajar a Uyupampa.

¡Algo de verdad había en este sueño! El, Estefanic, pobre viejo con un pie en el sepulcro, por fin encontraba un rincón para sus huesos, allá en el campo, junto a la naturaleza, elevando una canción de gratitud a Dios. ¡Y qué privilegio, al menos para él, alejarse de la ciudad! Alejarse por siempre jamás de la ciudad; la amada, la ingrata ciudad que ofrecía desengaños solamente, infortunios, miserias y dolores solamente.

Luego Estefanic calló, dando por concluídas sus lamentaciones.

Sanabria le dio la razón:

–Hay que reconocer que usted tiene razón –dijo–. Pero de todas maneras, todavía nos espera a nosotros los viejos un poco de alegría; nadie nos la podrá negar.

Ahora Sanabria miró su reloj y se puso de pie. Y, habiendo declarado que era hora de sacar a Delgado del letargo en que estaba sumido, se acercó al anafe y puso a hervir una jeringa que sacó del bolsillo. Luego, después de preparar una ampolla con una diminuta pastilla que guardaba en el estuche, se acercó a la cama en que Delgado yacía inconsciente y, una vez descubierto el brazo, le puso la inyección. El efecto no se hizo esperar. El paciente, con un estremecimiento que recorría a lo largo de su cuerpo, se despertó. Y dando un bostezo y estirando los miembros, con el apoyo de Sanabria, se levantó de la cama. Estaba de lo más bien. Sentándose en una silla, un poco desconcertado, al cabo de un momento pidió un cigarrillo y se puso a charlar con toda tranquilidad. Mientras tanto Oblitas, que miraba la escena con afectada indiferencia, habíase puesto negro de ira. Esta ira, sin duda, respondía a los atropellos cometidos por Sanabria, el entrometido que, con una pretendida superioridad, obraba a sabiendas, aplicando procedimientos sospechosos y vulgares, nada dignos del verdadero médico, pero sí del farsante, para escarnio de las Artes Mágicas. Sin embargo se contuvo, concretándose a decir lo siguiente: "¡Qué locura; sólo cura quien conoce a Natura!".

Nadie pareció haber escuchado sus palabras. Ahora no había más remedio que invitar un plato de sardinas con marraquetas. Así lo comprendió Oblitas, habiendo llegado a semejante conclusión en vista de las circunstancias; después de todo, él era demasiado radical. Era terco, arrogante, desconsiderado: lo sabía, mas no quería reconocerlo. Puso la mesa y salió, para comprar él en persona, dos latas de sardinas, seis botellas de cerveza y cuatro marraquetas.

Comiendo con buen apetito, el ánimo favorablemente predispuesto, la conversación no podía menos que progresar en torno al tema favorito. Todos los aspectos se abordaban con cierto humorismo, un poco morboso, tocante al viaje, y merecían especial interés, ya tuviesen relación directa o indirecta con aquél, o no la tuviesen más que remotamente. Suscitaba preocupación la marca, el tamaño, la forma, y aun el color de cierto candado, al que Peña y Lillo se refirió, a propósito de la seguridad o inseguridad que la puerta de su cuarto ofreciera. Sanabria, por su parte, describió detalladamente las providencias adoptadas en Uyupampa; se refirió al alojamiento de los huéspedes, a quienes él quería brindar una grata permanencia. Esperaba, para mañana por la tarde, la llegada

de una recua de mulas; al haberse ratificado una vez más y en forma definitiva la fecha de la partida para el miércoles 30, aun en caso de que lloviera, Sanabria quedaba en recoger a los viajeros en la casa de Oblitas, al rayar el alba. Sin embargo él debía procurarse mañana mismo, a primera hora, unas provisiones, de acuerdo a una lista que había preparado, y solicitó la ayuda de Oblitas en dicho cometido. Por su parte Oblitas, atento a los deseos de Felipe, ya que éste quería viajar en burro, aseguró haber solucionado el problema. En cuanto a Estefanic, él ya tenía resueltos sus problemas, que por lo demás se reducían a notificar su retiro del cuarto en que vivía y cancelar el alquiler. Peña y Lillo, en realidad, no tenía ningún problema, excepto el de echar el ya mentado candado a su cuarto, como a diario lo hacía, sin temer que nadie le robase el colchón de paja, dos frazadas, un devocionario, una tetera, un jarro y unos cuantos cajones vacíos, y total de bienes, que él poseía en este mundo. Sanabria le alargó un poco de plata, sin temor a ofenderlo; y se lo dijo –pues por algo había decidido llamarlo "hijo mío"; no era ningún pecado la falta de unos pesos en vísperas de viaje.

Sanabria tenía sobrados motivos de regocijo. El día martes, invitó un gran picante de gallina en su casa.

El doctor hizo correr toda clase de bebidas, sin tasa ni medida. Whisky, coñac, anís, benedictini. Vinos del Mosel y del Rhin. Pisco y cerveza, y hasta chicha. Había de todo en su mesa. Peña y Lillo se embolsilló sin asco una buena cantidad de habanos; y habiendo quedado la caja vacía, el doctor tuvo la delicadeza de regalársela.

Al atardecer llegó la anunciada recua de mulas, celebrándose el acontecimiento con reiterados brindis.

El día de la partida amaneció nublado. Era miércoles. A las ocho de la mañana, los viajeros finalizaban sus preparativos para emprender la jornada. Oblitas estaba de plácemes; con aire majestuoso se movía de aquí para allá, en medio del griterío. El patio estaba lleno de gente, como en las ferias. Peña y Lillo se había hecho presente a las seis de la madrugada. Poco después aparecía Sanabria, a la cabeza de la recua, montando una mula amarilla y escoltado por cuatro pongos. Tres mulas, más viejas que el demonio, venían ya ensilladas, para Oblitas, Estefanic y Peña y Lillo. Otras tantas cargaban las provisiones. Había azúcar, harina, unas latas de alcohol, un tambor de coca, cerveza, buenos licores y otras

delicadezas. Tres mulas habíanse reservado exclusivamente para el equipaje, así como para el combustible destinado al generador eléctrico. En cuanto al burro fletado por Oblitas, el animal, de color canela, hallábase tranquilamente en el patio, con una carona roja.

Estefanic llegó con el eterno tonguito, el maletín a cuestas y una frazada al hombro, justo al mismo tiempo que Sanabria. La aparición de la recua había causado sensación. Pululaban los vecinos dando grandes voces. Los chicos, jugando y gritando, se revolcaban en un montículo de cebada junto a las bestias. Felipe Delgado iba y venía apresuradamente, con gran excitación. Quién sabe si estaba alegre o alarmado; más tardaba en entrar que en salir del cuarto, y luego se detenía a pasar revista a los equipajes, mirando y remirando con asombro. Ahora bebía por primera vez desde el viernes, día del entierro de Ordóñez. Y bebía a sorbos una infusión de toronjil con aguardiente. Hallábase libre de la melancolía en que últimamente se había sumido. Momentos antes de la partida estaba en sus cinco sentidos y, evidentemente, mantenía el control sobre sí mismo cuando le dijo a Oblitas, con tono de convicción:

–Señor Oblitas: si llegara a emborracharme, no podría montar; este viaje en burro me salvará.

Estaba muy ufano de su ropa nueva. Se arremangaba a cada rato los puños de un enorme saco, de gruesa tela azul. En cambio la chamarra, de badana, con cuello de piel, la camisa y los pantalones, color caki, y unos botines, todo estaba como a medida, de igual modo que una cachucha, con orejeras –y con estas orejeras, bien abrochadas por debajo de la barbilla, y con una tosca chalina de vicuña que completaba la vestimenta, más unos anteojos completamente negros que Peña y Lillo le trajo de regalo, y que él se había calado en el acto, se diría un esforzado expedicionario disponiéndose a cruzar los Andes. Peña y Lillo, con una rotosa boina azul y unos guantes de lana, estaba muy emocionado; pues Felipe, en un gesto de desprendimiento, le entregó las últimas tres o cuatro libras esterlinas que le quedaban de la herencia de Ordóñez. Estefanic, llevando su frazada a cuestas y un abrigo de paño sobre la levita, de pronto se vio derramando lágrimas, y cuando le preguntaron el motivo, dijo que no había tal y que solamente le ardían los ojos. Oblitas estaba todo vestido de negro, como de costumbre, sólo que ahora, ganando estatura, exhibía un macabro

sombrero embarquillado; ello no obstante, al término de los preparativos, apareció con un imponente y hermosísimo poncho multicolor. Sanabria, con relucientes botas, colán blanco y chamarra de gamuza, impartía órdenes a diestra y siniestra, blandiendo un fino sombrero jipijapa.

Como en campaña, Oblitas hizo servir unos jarros de café; ya sonaba la hora de la partida. Los viajeros montaron en sus respectivas cabalgaduras; los pongos se pusieron en guardia, estratégicamente situados. Una vieja avanzó precipitadamente, y daba pena verla cojear, derramando lágrimas al encararse con el grupo de jinetes, y, cuando de pronto comenzó a proferir injurias y maldiciones con insospechada ira, sin saberse por qué, dos cholas echando afanosamente montones de mistura la hicieron callar, en medio del alboroto que armaban los chicos, mientras que Sanabria arrojaba un puñado de monedas al aire, y sacaba la lengua y cerraba los ojos, con unos gestos de príncipe. En este momento Oblitas hizo una seña; y al mismo tiempo que estallaba una salva de camaretas haciendo temblar la casa, dio una orden con voz estentórea, y partió la caravana con los pongos a la vanguardia.

Extraña caravana –espectáculo nunca visto, para curiosidad del vecindario; pues ya había cundido la voz, y se sabía que los nuevos amigos del brujo Oblitas y del loco Delgado eran un médico y un químico, y seguramente el jorobado era la mascota. Extraña caravana, tomando de bajada la calle Rodríguez, enfilando hacia el cerro de Laikakota, avanzando a través de Miraflores con rumbo al este, en pos de una colina que se perfilaba muy próxima a la meta. Pues en realidad, hallábase a unos 15 kilómetros del río Orkojahuira la residencia campestre de Sanabria, señalando dicho río el límite oriental de la ciudad.

Ahora bien, la residencia campestre de Sanabria contaba con un administrador –un hombre ya entrado en años, llamado Menelao Vera. Decidido y leal, con largos años de trabajo y muchos aciertos en su haber, por lo mismo que se sentía indisolublemente ligado al propietario por los lazos del compadrazgo, este hombre, en ausencia de Sanabria, era señor de horca y cuchillo; hacía lo que le daba la gana y se enojaba de todo; no le gustaba que lo llamasen señor, pero sí don Menelao. Anotemos estas particularidades. Don Menelao no creía en nada; creía en todo. Decía una cosa, y luego decía otra. Hombre raro. Nada le parecía mal; nada le parecía bien; pero, simplemente, le parecía. ("¿Estará bien o

estará mal, don Menelao? " –le preguntaban. "¿Qué le parece? " –y él respondía: "Me parece"). Además era muy supersticioso. Untándose los ojos con lagañas de perro, uno podía ver fantasmas. Torciendo sus ojos los corderos así o asá, anunciaban tales y cuales calamidades. El canto del gallo a tal hora, era seña segura de revolución, y a tal otra, de incendio. Para ganar un pleito o la lotería, uno podía invocar a Judas, pero, eso sí, exhibiendo las partes pudendas, si es que no quería incurrir en pecado mortal. La hora de la muerte se adivinaba en la llama de la vela, y el día, en la baba del sapo. El poto de las moscas era santo remedio para el orzuelo. Quien comía tunas a la luz de la luna, se volvía sordo. Para conjurar a Lucifer, bastaba zurrarse –al menos, así lo sostenía don Menelao Vera.

El administrador había dispuesto y preparado todo lo necesario para recibir dignamente a los huéspedes en cumplimiento de las expresas instrucciones impartidas por Sanabria. La casa estaba limpia como un anís. Era una vieja casona, de dos pisos, muy bien conservada. Paredes de un metro de espesor, puertas fornidas, tumbados altos. La atmósfera era grata, con un olor particular, como de cosas olvidadas o guardadas. Tenía muchas dependencias, muchos recovecos y un torreón, muy bonito, que servía de mirador. El generador eléctrico era el orgullo de Uyupampa. Había una radio, buena luz y todo lo demás. Dos cuartos, bien amoblados y llenos de sol, estaban destinados a Felipe Delgado y Nicolás Estefanic respectivamente. En una amplia sala, contigua al dormitorio que ocupaba Sanabria en sus largas estadías, hallábanse dos camas, tendidas limpiamente en nobles cujas de nogal, para Oblitas y Peña y Lillo. La mesa aguardaba con seis cubiertos para el almuerzo. Había ají de gallina y de conejo, y asado de cordero con chuño, papas, choclos y habas.

A las once de la mañana despachó don Menelao cuatro peones para facilitar el paso de la recua. Vestido rigurosamente con terno negro y sombrero negro, en abierta incongruencia con la escopeta que llevaba al hombro, se puso a otear el horizonte. Era un feo día. Amenazaba llover, pero el viento podía batir las nubes, según pensaba el administrador cuando se vislumbró la recua, ascendiendo lentamente por el sendero. De un momento al otro comenzó a disiparse la bruma que dificultaba la visibilidad. He aquí un buen agüero; don Menelao dio un brinco de alegría, escopeta y todo. La luz del sol se proyectaba a través de un claro,

esparciéndose sobre la comarca en feliz coincidencia con la llegada de los viajeros.

CAPITULO II

Sanabria estaba satisfecho.

Los huéspedes fueron posesionados en sus respectivas habitaciones y después de un breve descanso salieron al patio para refrescarse. Allí los esperaba Sanabria a la sombra de un sauce y los llamó, extendiendo el brazo con infantil regocijo para señalar la ciudad que brillaba en la lejanía con la irrealidad de un espejismo; estupendo espectáculo que, por eso mismo, aún debería ser revelado en su verdadera magnitud gracias a los medios que Sanabria prometió facilitar a los huéspedes no bien hubiera pasado el almuerzo. Y luego los condujo al comedor.

El anfitrión ofreció la cabecera a Oblitas, sentándose junto a Estefanic. Peña y Lillo y Felipe Delgado se situaban en el lado opuesto; don Menelao a la cola.

A todo esto, don Menelao suspendió las cejas dirigiendo penetrantes miradas a los sirvientes. Indudablemente, éstos adivinaban el pensamiento de su patrón y, habiéndose movilizado en el acto, sirvieron los platos con extraordinaria prontitud.

En tales circunstancias Sanabria hizo la señal de la cruz para dar comienzo al almuerzo:

—Gracias sean dadas por este pan, Dios esté con nosotros —dijo y, dirigiéndose al administrador, añadió—: Ya usted lo sabe: a partir de hoy el doctor Estefanic y el señor Delgado nos honran como huéspedes de por vida en esta humilde casa —con tono solemne anunciaba el hospedaje de por vida; y luego declaró—: Por lo que se refiere al profesor Oblitas (dicho título, por lo visto, era el que Sanabria quería conferir a Oblitas en forma definitiva), el profesor, así como también este buen amigo Peña y Lillo, quizá sean huéspedes transitorios tan sólo, pues lamentablemente ellos, según se supone, han de tener sus razones para apegarse a la ciudad

pudiendo muy bien quedarse de por vida en Uyupampa; pero con todo, mis queridos amigos —dijo a éstos—, ustedes tendrán que venir con toda frecuencia y obligatoriamente, diría yo, a fin de hacernos más llevadera la vida y compartir con nosotros en interesantes charlas, disfrutando del aire libre. Después de todo, hay que vivir, ya que se sufre; gracias a Dios tenemos un techo, y podemos redimir una malograda juventud, así como endulzar una árida vejez. ¡Señores, amigos míos, qué alegría compartir este techo con todos ustedes!

—¡El techo, bendito sea! —exclamó de improviso don Menelao y dijo—: Me permito usar la palabra en mi calidad de administrador de Uyupampa, tierra bendita del señor doctor Armando Sanabria, mi compadre y benefactor aquí presente. El humilde servidor que habla, inmerecidamente desempeña esas delicadas funciones, pero quiere tener el honor de dar a todos ustedes la bienvenida, respetables doctores, profesores y señores; quiere ofrecerles sus servicios en todo momento; y quiere asegurarles una estadía ciento por ciento feliz... Si cometí un verdadero atropello al tomar la palabra, por eso mismo debo terminar, pero no sin antes decir lo siguiente: señores, ustedes son mensajeros del sol, Y no lo digo por decir; pues esta mañana, ¡ah, esta mañana!, nuestro cielo de Uyupampa, oscurecido por la bruma, se disipó como por arte de magia no bien aparecieron en la hondonada unos gallardos jinetes; jinetes que, si no me equivoco, no eran otros que ustedes, señores, o sea: los mensajeros del sol a lomo de bestia...

Dicho esto, el orador no pudo más y se quedó sin habla, seguramente por la emoción.

Para romper un silencio embarazoso, Sanabria intervino oportunamente y exclamó:

—¡Significativas y sentidas palabras, compadre Menelao! ¡Un aplauso! —y, aplaudiendo con los demás, añadió—: ¡Ahí tiene usted el premio!

En este momento Estefanic se puso de pie, bruscamente, y dijo con tono irritado:

—Doctor Sanabria: para un viejo como yo la hospitalidad es una cosa muy triste —y ahora añadió, dejándose caer sobre la silla—: No tome a mal estas mis sinceras palabras, se lo ruego; olvidemos lo dicho.

Semejante actitud causaba extrañeza y nadie sabía qué decir, a todo esto, cuando Oblitas tomó la palabra:

—La hospitalidad, señores —dijo con tono grave—, es manjar de dioses; quien da y quien recibe, ambos participan de este goce supremo. ¡Gracias y gracias, de todo corazón!

—¡Yo digo lo mismo! —exclamó Peña y Lillo sorpresivamente—: ¡Estoy conmovido!

El dueño de casa sonrió con gesto de beatitud.

A una penetrante mirada que le dirigía don Menelao, un sirviente destapó unas botellas de cerveza y llenó los vasos. Bebieron todos al unísono estimulados por Sanabria, luego de lo cual dijo éste:

—¡Quién más conmovido que yo! ¡Que se vayan las penas, y que renazca la esperanza en voacé!

—¿Voacé? —dijo Delgado con extrañeza, interviniendo de tal modo en la conversación—: ¿Qué quiere decir voacé?

—¿Voacé? —dijo a su vez Sanabria, quedándose sorprendido—. ¡Caramba, ha de ser una palabra nueva; te agradezco por hacérmelo notar! —declaró con regocijo—: Según me suena, podría decirse voacé para simplificar las cosas, o sea, como pronombre colectivo, comprendiendo todos y cada uno de los géneros, personas y números, pues vaya usted a saber, no soy fuerte en gramática: yo, tú, él, nosotros, vosotros, ellos, ellas; ahí tienes, de no ser tu pregunta, a estas horas se habría perdido sin remedio voacé, una modesta contribución al enriquecimiento de la lengua.

Felipe Delgado había vuelto la cabeza con ostensible indiferencia haciendo ver que él no prestaba la más mínima atención a la respuesta que Sanabria le dirigía. Este pasó por alto el desaire; y dijo con entusiasmo:

—Ya podemos estar tranquilos con la seguridad de que esta mi palabreja voacé, como neologismo, no se perderá en el olvido; y todo por un azar. Pues así en lo pequeño como en lo grande ocurre la misma cosa; las ideas extraordinarias, los inventos revolucionarios en su gran mayoría, tan sólo surgen con la intervención del azar. Y sin embargo es posible eliminar el azar orientando las relaciones humanas de modo que éstas se difundan en las causas apartándose de los efectos.

La vehemencia y el apetito voraz: he aquí las características que, de por sí, podían ya definir a Sanabria en esta oportunidad.

La atención en la mesa, las viandas y su aderezo, y las bebidas, todo daba gusto, mientras que los sirvientes, siempre fascinados por las penetrantes miradas que don Menelao les dirigía, se movían

como fantasmas, silenciosamente, y portaban panes, copas, platos y botellas, de aquí para allá, con prontitud y oportunidad pasmosas, sin que la palabra hablada tuviese que intervenir para nada en absoluto —una proeza tan extraordinaria, de transmisión del pensamiento puro y simple, debería causar asombro; pero sin embargo —según reflexionaba don Menelao—, el único en asombrarse era él.

Sanabria se expresaba con gran vehemencia cuando prosiguió diciendo:

—¡Mi sueño dorado, qué diablos! No hace mucho referí el asunto a don Nicolás; mi propósito de fundar un centro de rehabilitación para lisiados y achacados. Viéndolo bien, por qué no hablar a calzón quitado; en realidad, se trata de una colonia experimental. Yo les aseguro, mis planes irán adelante siempre que no estalle la guerra. En Uyupampa dispongo del espacio suficiente para instaurar no diré una, sino diez colonias. Pienso que tendría que ser al mismo tiempo que una colonia, un cenáculo, quiero decir un ateneo o cosa por el estilo; un laboratorio, una escuela viva, un campo de acción, realizando muchas cosas, investigando alma y cuerpo; y en su caso, dando nueva vida al hombre para corregir, por la autorrelación psicosomática, el mecanismo en aquellas facultades que, por el propio hecho de ser positivas, precisamente, tienden a disgregarse desarrollando una función negativa. Especulaciones aparte, por el momento sólo pretendo exponer en conjunto algunas cosas que tengo en la cabeza. Mantengo correspondencia activa con personajes ciertamente muy capaces y muy notables, como ser, patrones y gestores de una cantidad de instituciones filantrópicas en el mundo entero, ministros de la teosofía científica, investigadores, sociólogos y políticos, de tal manera, que yo sé lo que pasa. Estando bien informado y, en realidad, sabiendo a qué atenerme, no hago castillos en el aire, tanto más por cuanto llegan mis planes mucho más lejos de lo que nadie puede imaginar.

Hizo una pausa, cual esperando la aprobación de sus oyentes, y ante el silencio que guardaban éstos, prosiguió diciendo:

—Pienso en reuniones de obreros, pordioseros, mecánicos, grandes y chicos, ricos y pobres, en cuyas reuniones cada cual pueda debatir lo que le dé la gana, para aprender y para comunicarse. ¿Y qué podría sacarse en limpio? Todo depende; yo pienso en la relación humana como expediente para descifrar el misterio del hombre: la toma de contacto en el plano puramente humano, con

toda libertad y al margen de prejuicios. ¿Y qué luces, qué enseñanzas, qué lecciones podrían salir del diálogo, con la intervención de individuos tales y cuales, sin distinción de ninguna clase? Por la comunicación directa y un diálogo a calzón quitado, pueden los hombres resolver diferencias encontrando puntos comunes. Por el curso natural de las relaciones humanas puede revelarse cada hombre como lo que verdaderamente es y seguir el camino que le corresponde. Bajo la figura de un pordiosero bien puede esconderse un verdadero artista, y en cambio, aquel que se considera artista, quizá ni siquiera sepa cómo ordeñar una vaca o pegar un botón cuando las circunstancias se lo exigen, no obstante que todo hombre que se respeta está obligado a saber de las cosas dignas y simples que, efectivamente, lo serán en sus manos, por indignas o complicadas que fuesen. Por eso yo concuerdo con que en el mundo antes que en los manicomios, no son todos los que están, ni están todos los que son... Por ejemplo yo, ¿habré nacido para ser un triste mediquillo? En respuesta afirmo rotundamente que no; pues era demasiado tarde cuando me di cuenta que debí ser literato... Pero Dios es grande; médico o literato, seguiré siendo como lo que soy y precisamente, a eso iba, si es verdad que no se puede ni se debe dejar de ser lo que se es. La educación no pasa de ser un barniz por el cual nos engañamos a nosotros mismos para engañar a los demás. Yo no concedo, no admito en modo alguno la validez de la educación para formar o reformar en su naturaleza al individuo. Cada cual es, únicamente por los atributos con que ha nacido.

—¿Y si hubiera recibido una esmerada educación aquel pordiosero al que usted se refería, en el que se ocultaba un artista? —observó Estefanic—. El campo experimental de Uyupampa, ¿acaso no vendría a ser lo mismo que un aula de humanismo?

—Pues claro que no —afirmó Sanabria—. Según da usted a entender, aquel pordiosero no sería tal siempre que hubiese recibido una educación; pero yo le pregunto: ¿será necesario que dicho pordiosero deje su condición de tal, para ser el artistas que es? En realidad sólo importa saber lo que es él verdaderamente: si es un artista metido a mendigo, o un mendigo metido a artista. En cuanto al campo experimental de Uyupampa, ciertamente será un campo experimental: ni más ni menos. Y en cuanto a la educación, yo me río de ella. La mera técnica, la mera ciencia, eso se aprende. Pero no se aprende aquello que anida en el espíritu. Uno nace así,

o nace así; no se puede aprender a ser bueno o malo.

Oblitas creyó llegado el momento de intervenir y dijo:

—Si me permiten meter mi cuchara, en primer lugar quisiera declarar que desconozco en absoluto eso que el doctor Sanabria ha designado como teosofía científica; y luego, quisiera expresar mi opinión en favor del respeto universal, resumiendo la cuestión de la manera siguiente: nadie tiene derecho a educar a nadie. La educación es una cosa demasiado miserable y relativa y no debe confundirse con la moral que, según yo sostengo con plena covicción, es un valor absoluto. Estoy al lado de mi ilustre colega para reírme, sólo que no me podría reír de la educación. Francamente yo no sé qué será la educación, puesto que no es nada; pero sin embargo no es digna de risa; la risa es cosa de misterio, es cosa grave, según yo sostengo. El individuo es lo que vale; solamente él y nadie más que él. El hombre, como hombre y como individuo,comprende; pero en cambio, el asno como asno, entiende. Por los conceptos que mi colega formula, yo sacaría la conclusión de que, en el fondo, no se pretende practicar el bien, sino que la cosa se reduciría a excitar aquellas fuerzas por las cuales el hombre se acercaría directamente a un mundo absoluto: es decir, al mundo de las revelaciones.

—Perfecta conclusión —asintió Sanabria—: El hombre debe trascender, y por eso mismo, él debe respetar ante todo y por sobre todo la individualidad, qué diablos.

—Así no más es la cosa —comentó Oblitas y dijo—: Señor doctor, ahora siga usted ilustrándonos sobre sus interesantes planes, si no es molestia.

—No faltaba más, con todo gusto. Y confieso que me siento halagado por el interés que usted demuestra con respecto a mis planes, qué estímulo tan grande. Ya veo que mi sueño dorado merece el interés de todos ustedes. Yo les propongo proseguir estas conversaciones con miras a elaborar un plan de acción... Y sentar las bases para una gran obra, hacer algo insospechado. Una colonia de tipo excepcional; comprometerse en cosas inauditas; la eutanasia especulativa y aun su práctica; la eugenesia; la palingenesia, la catalepsia y otros enigmas, investigando con entera libertad todo cuanto hay de nuevo y sorprendente, el ocultismo y la magia, la teosofía, a la que, por los demás, me referí como científica, ciertamente en términos muy relativos —dijo dirigiéndose a Oblitas conciliadoramente—: Y desde luego, me atrevo a contar con las

poderosas capacidades del profesor Oblitas, a quien consultaré sobre la posibilidad de traer una media docena de iniciados del Oriente. No ha de faltar, ha de sobrar material humano; legislación adecuada, si es que no la hay, la habrá, yo respondo de ello. Cuento con el apoyo del Presidente; estoy ligado al Presidente por una noble amistad; no es cosa de broma. En fin, me propongo redactar una breve memoria sintetizando los conceptos vertidos en esta nuestra conversación como fundamento de ulteriores y concretas conferencias, ya sea para ampliar, suprimir, o perfeccionar tales conceptos.

Ante la perorata, Peña y Lillo se concretaba a mover afirmativamente la cabeza en señal de aprobación. Delgado callaba; Oblitas se había puesto meditabundo, y Estefanic, por su parte, miraba con aire ausente. Don Menelao emitía confusas exclamaciones, sin duda para testimoniar su incondicional conformidad con el patrón. Finalmente, éste pasó a otros temas. Tocante a la jornada, que se hizo a lomo de bestia y con toda felicidad pese a las precarias condiciones del tiempo, llamó la atención sobre la temeridad que suponía el no haber provisto a los viajeros con algunos paraguas, siendo así que los había de sobra en Uyupampa como también pongos para llevarlos; y con esto quiso aludir a un descuido, del que don Menelao era el único responsable. Oblitas se mostraba preocupado por el burro en el que Delgado hizo la jornada, y que él, Oblitas, sin tener en cuenta la fecha de su retorno, se había comprometido a devolver en el término de dos días. Y de tal modo, planteaba implícitamente la cuestión, no plenamente aclarada hasta el momento por el anfitrión, relativa a su permanencia en Uyupampa. Pues en efecto: ¿Por cuánto tiempo estaba invitado Oblitas? El no lo sabía a ciencia cierta, como tampoco lo sabía Peña y Lillo; pero Sanabria sí lo sabía: éste dijo que podían quedarse de por vida o el tiempo que buenamente quisieran, con lo que reiteraba una vez más la invitación formulada anteriormente; sin embargo, ya que sus invitados mal podían irse mañana ni pasado, expresó vivamente el deseo de que se quedasen por lo menos hasta después de la fiesta de Reyes. En cuanto al burro, eso no podía afligir a nadie. Mañana mismo el colono Rigoberto, hombre de confianza, podía ir a La Paz y devolverlo, según las instrucciones que Oblitas tuviese a bien impartir. Este agradeció, alabando el buen sentido de Sanabria, que se dignaba interponer sus buenos oficios para zanjar un espinoso asunto. A propósito de todo ello, Sanabria se dirigió a Delgado, que tuvo la ocurrencia de viajar en burro, y, al felicitarlo y elogiar un hecho tan original no pudo menos que sonreír ante el obstinado mutismo que guardaba aquél.

Por medio de las consabidas operaciones de telepatía, con una oportuna mirada, don Menelao hizo servir el café y los licores. Sanabria ardía en deseos de cumplir con lo prometido a sus huéspedes a propósito del espectáculo de la ciudad; y habiendo concluído el almuerzo, ahora se levantó de la mesa y los invitó a que lo siguieran, conduciéndolos precipitadamente a una habitación situada en lo alto de la casa. Esta habitación, muy amplia y con grandes ventanas, hacía las veces de mirador. Sanabria tomó la delantera, sorteando varias pilas de libros que se amontonaban en medio de un tendal de cosas, y se detuvo frente a un enorme armazón que, cubierto con una polvorienta lona, resultó siendo un telescopio. He aquí la sorpresa que él tenía reservada a sus huéspedes.

Gracias a este instrumento, el observador podía verse transportado a un punto en la distancia, sin haberse movido de su sitio. Abrió la ventana y señaló la línea del Altiplano a gran distancia, los picos de la cordillera, en una asoleada lejanía la hoya de La Paz, y hacia el sud, dos cumbres del Illimani. Sanabria se dispuso a enfocar el telescopio; movió la palanca de suspensión; al parecer, había una falla en el mecanismo. De pronto se deslizó el eje que soportaba el tubo, volviendo bruscamente a su posición de descanso; tal sería la violencia del impacto, que se desprendió una pieza y voló por los aires; cayó al suelo y se hizo añicos. Los circunstantes miraban con pena; la pérdida arrancó una imprecación a Sanabria (¡carajo!), rara vez escuchada en su boca; y recogió la pieza, junto con unos pedazos de cristal. Pues se trataba del prisma y nada menos... ¡Cosa irritante y aun estúpida, ya que a nadie le gustaría mirar la ciudad cabeza abajo! La cuestión era diferente con los planetas. Los planetas no tenían pies ni cabeza. Pero los objetos terrestres sí los tenían; y este prisma, adosado al ocular, servía precisamente para mirarlos como era debido. Sanabria puso la pieza sobre la mesa; era necesario pedir a Europa el repuesto; cerró la ventana. Menos mal que no había otros deperfectos que lamentar, según comprobó en ese mismo momento, añadiendo consoladoramente que el prisma no era necesario para la observación de los astros. Sin embargo Oblitas no se avenía a quedarse con los crespos hechos y formuló abiertamente su deseo de mirar la ciudad, aunque más no fuese que patas arriba.

Encantado de la vida, Sanabria enfocó el imponente instrumento: ¡allá, o mejor dicho aquí, podía verse una calle! Oblitas la reconoció después de escudriñar un momento: era la calle Tumusla. ¡Y qué gracia le causaba la gente que caminaba patas arriba y no se caía! Claramente podía ver a los viandantes, distinguir el color de sus vestimentas y aun las caras en detalle. Tal como precisamente la imagen se presentaba, ahora sí que podía decirse que el mundo estaba de cabeza. Y cedió su puesto a Delgado. Se podía enfocar el punto deseado con sólo imprimir ligeros impulsos a una palanca modificando la posición del tubo. La calle Tumusla parecía descender hacia la Garita de Lima, y la avenida Baptista, hacia el cementerio. Un abismo se suspendía sobre El Alto de La Paz y colgaba gigantesca la imagen del Corazón de Jesús, con el cielo como abismo y el abismo como cielo. La ciudad era irreconocible en algunos lugares mientras que otros se identificaban fácilmente. Buscando con mucho cuidado, se logró enfocar la casa de Oblitas; el barrio de la antigua bodega fue ubicado gracias a la vecindad del convento de la Recoleta, cuyas torres apuntaban —naturalmente— hacia abajo; mas tan sólo alcanzaba a vislumbrarse una esquina, en una calle desierta y una pared en ruinas, sin que Peña y Lillo ni el propio Delgado pudiesen precisar exactamente el lugar, conociendo como conocían aquellos parajes, ni siquiera con un ocular de gran potencia que Sanabria había colocado. Aunque a un principio lamentó —también él— la rotura del prisma, Delgado hallábase encantado y como si hubiese recibido noticias de lejanos países, según su propia declaración, habiendo afirmado que le gustaba mirar desde lejos la ciudad, y que estuviese cabeza abajo no le importaba. El ya sabía que las cosas no podían mirarse, sino tan sólo como una realidad puramente imaginaria y convencional. Sin embargo, si la ciudad estaba realmente cabeza abajo, qué mejor; el primero en celebrarlo sería él, y qué mejor que desconfiar de la lógica y atenerse a lo que se ve, según afirmó, añadiendo que era triste vivir engañado por las apariencias, y quizá imposible alejarse de los caminos ilusorios y conocer la verdadera realidad.

Con estas palabras Delgado salió de un obstinado mutismo.

Llegado su turno, Estefanic rechazó con soberbia el puesto que Peña y Lillo le cedía: dijo que no, gracias; él estaba cansado de manejar grandes telescopios en Europa, y sin ir muy lejos, en el observatorio astrofísico de Potsdam.

Ahora bien; Estefanic mentía como un colegial. Ni siquiera

había pisado Alemania, y menos aún Potsdam, según le constaba a Sanabria. Por lo demás todos se quedaron estupefactos ante una actitud tan desconcertante en un hombre como Estefanic, no haciendo otra cosa que confirmar algo que se volvía más y más notorio desde su llegada a Uyupampa, o sea el mal talante, la intolerancia y la extrema irritabilidad.

A todo esto, Sanabria se sintió deprimido. Vanamente trataba de explicarse aquella actitud, a todas luces ofensivas para él, y ahora se esforzaba por evitar cualquier amenaza de desencanto —razón suficiente para tocar prudentemente la retirada después de ofrecer un plato frío.

El siguiente día, último del año, amaneció lloviendo a torrentes. Se suspendía el suave olor de la vegetación sobre la tierra mojada, y parecía flotar más allá del espeso velo de la lluvia. Don Menelao cruzaba y volvía a cruzar con gran rapidez el patio, provisto de un paraguas, impartiendo órdenes y supervisando a la servidumbre que, desde el amanecer, habíase puesto en preparativos para la gran cena con que Sanabria quería agasajar a sus huéspedes festejando el Año Nuevo. Y cosa extraña: Sanabria estaba sorprendido; jamás se había sentido tan alegre; he aquí un estado realmente ajeno a él y que, según él suponía, en gran parte podía deberse a la novedad de las circunstancias, recibiendo huéspedes y haciendo fiestas como si el mundo fuera color de rosa. Cosa rara; pues Sanabria no podía frenar una creciente excitación y, al mismo tiempo, prefería ignorar las causas. Se sentía rejuvenecido y como renovado; los sentimientos de altruísmo, con una fuerza positiva habían afluído a su espíritu. Se observaba a sí mismo, a ratos con entusiasmo, a ratos con temor, y se sentía capaz de hacer causa común con todo aquello que precisamente él había considerado repudiable tan sólo ayer. No más moralismo, no más intransigencia; se alegraba Sanabria con el descubrimiento. Aquella mañana dio pruebas de su excelente disposición a tiempo de cruzar el patio, habiéndosele acercado Estefanic para pedirle disculpas por lo ocurrido en el mirador, quien le dijo: "¡Usted comprende inteligentemente una torpeza imperdonable, y puede perdonarme!", a lo que Sanabria contestó: "¡Yo comprendo astrofísicamente, y en Potsdam lo perdonaré!" —y naturalmente, abrazó en el acto a su amigo olvidando la cuestión.

Pese al tiempo lluvioso o más bien gracias a él, todos se levantaron muy temprano aquella mañana y, unos y otros, imitando a

Sanabria, se lanzaron al patio a refrescarse bajo la lluvia que caía a chorros de lo alto del tejado. Nadie era ajeno a esta atmósfera de júbilo; todos hacían chistes y bromas; Estefanic, cambiando radicalmente de humor, corrió ágil como un niño y trajo su tonguito para beber el agua de lluvia y brindar de este modo: "¡Salud y mil veces salud con el elixir de la vida!".

Peña y Lillo se puso a bailar bajo la lluvia, mientras que domésticos y labradores, desde lejos observaban tímidamente la escena; Oblitas, dando una nota sensacional, no se quedó atrás e hizo pareja con aquél, bailando al compás de las palmadas que los otros daban.

Para el almuerzo se reunieron en la cocina, alrededor de una mesa redonda, cerca de la lumbre. Una leve humareda se desprendía del fogón. La lluvia arreciaba mientras todos comían con buen apetito. Había pollo con mayonesa, cordero asado y papas fritas. El pan olorecía recién salido del horno. Felipe Delgado rechazó la comida y prefirió beber té. Dijo que quería hablar de un sueño que tuvo aquella noche y pidió atención.

Entonces se puso a contar, habiéndose soñado con que el alba era tragada por una llamarada. Unas aves volaban hacia un mundo invisible. En muda contemplación, miraban el Sol. El Sol aumentaba de tamaño al soplo de un alma. El alma se hallaba a la espera de algún recinto, más allá de las esferas del cielo. Resonaron unos pasos; los pasos íbanse acercando. ¿Qué caminante se atrevería a turbar el reposo de Felipe Delgado en este lecho de tinieblas en que los milagros se volvían realidades y provocaban la muerte, haciendo moverse los movimientos con el despertar de la naturaleza áurea, al surgir de ésta el cuerpo inmortal? "Por la idea de ser sin forma, una síntesis de vida y muerte, de todo y nada, de vacío, quedará realizado el conocimiento y todo aquello que se llama muerte", dijo una voz y prosiguió: "El equilibrio es un milagro; la vida es como la piedra, el temor de la locura es lo que impide percibir la esencia y el movimiento de la vida. Tiene mucho que ver con la sangre el reino de los cielos, la sangre que circula al señalar el rumbo. Llámase sangre lo que no es cuando ello aspira a ser esencia en mi sangre; mientras corren los ríos y ruge el mar, mientras refulgen los astros, mi sangre hierve: ¿cuál será la sangre que no esté en mí? Y yo, ¿en cuál sangre habito, vivo y muero, en cuál sangre me regocijo al no ser o dejar que nadie sea, o maldecirme para ya no ser jamás, sino en mi propia sangre?". dijo la voz, y

luego calló. Felipe Delgado miraba el mundo, el mundo envuelto en la oscuridad, y ansiaba una gota de rocío: fue un mal sueño el que tuve, un sueño en que el rocío y la sangre se confundían –dijo ahora, pues con estas palabras terminaba el relato–. Yo tengo la virtud de conocer –añadió–, y por eso Dios me mira con ojos de piedad. Dios es yo. Por eso estoy despierto, sin poder sentir mi propio movimiento en rededor de Dios; en el reino mineral se percibe la forma, en la cual no se percibe la rotación de las imágenes; a ello se debe la identidad de la coloración en aquel reino. Esto es todo lo que recuerdo. Y me pido perdón a mí mismo y me hundo, y me duermo, y no quiero nada más. Hice un esfuerzo muy grande para contarles este mi sueño, les pido perdón por haberlo tenido. Es muy difícil contar algo que realmente haya ocurrido; ¿no les parece? En cambio, no hay nada tan fácil como contar fantasías, cosas que nunca pueden ocurrir en la realidad.

–Cosa curiosa –comentó Sanabria–; lo que dices es tan cierto como el sueño que tuviste, según me parece.

Como ya terminaban de almorzar, la circunstancia fue aprovechada por Sanabria que, para evitar –como diría él– ulteriores abundamientos que no siempre le parecían gratos a propósito de ciertos temas, pasó rápidamente a otra cosa e invitó a los huéspedes a un pabellón contiguo a su cuarto, ofreciendo mostrarles algunas curiosidades en la seguridad de que no se harían pesar después de haberlas visto.

Sanabria mandó iluminar el pabellón y, a modo de confirmar sus aseveraciones exhibió, primeramente, un ejemplar en miniatura del Nuevo Testamento. Este libro, según dijo, se clasificaba entre los más pequeños del mundo; la letra era tan pequeña que no se distinguía a simple vista, pero se podía leer con ayuda de una lupa que, en efecto, estaba montada en el primoroso estuche del ejemplar. Edición impresa en Leipzig, en 1926; tamaño: 2 x 3 centímetros; 280 páginas. Luego sacó a relucir otra miniatura. Un revólver de fabricación belga. Tenía 4 centímetros de largo. Las balas eran de verdad, y tan pequeñas como la cabeza de un fósforo. Sanabria cargó el arma y disparó oprimiendo el gatillo con un cortaúñas. Y habiendo hecho fuego, dañó inadvertidamente un objeto de entre los más curiosos en su colección: una cabeza parlante que, además, podía adivinar el destino, contestando las preguntas dirigidas por el interesado. Si bien era lamentable el accidente ocurrido, se tranquilizó el coleccionista, ya que también era

mecánico, según declaró, y podía arreglar el desperfecto. Y luego, exhibió otras rarezas. De una gaveta extrajo dos tabaqueras de oro y otras dos de plata: ¿que quién las hubo utilizado? –Maquiavelo y Beethoven, las de oro; Jorge Isaacs y el Gran Mariscal de Ayacucho, las de plata. Sin embargo Estefanic hizo notar que en Europa no se conocía el tabaco cuando Maquiavelo; además, Beethoven era demasiado pobre para usar objetos de oro. Sanabria declaró que eso no tenía importancia, y con toda sangre fría, siguió mostrando otras cosas. Un reloj del Zar de Rusia (aunque no supo precisar cual de los zares); un tintero que Melgarejo utilizaba para escribir cartas de amor; un teléfono de concha, robado por el pirata Francis Drake en sus correrías por el Caribe: incongruencia monumental que, esta vez, Oblitas hubo de poner en evidencia –pero eso, ¿qué importaba? ¡Un teléfono, hace 400 años! Sanabria, como coleccionista, ya sabía que eso no podía ser, pero sin embargo se sujetaba a la verdad del sujeto, o sea, la verdad del coleccionista. Pues para el coleccionista existían dos clases de verdades: la verdad del objeto y la verdad del sujeto. La verdad del objeto no servía para nada; en cambio la verdad del sujeto, era la verdadera verdad del coleccionista. Y acto seguido (como para demostrar que él era dueño de plasmar tranquilamente una realidad allí donde no la había en absoluto) exhibió una pistola automática afirmando que perteneció a Platón. Y como ahora era necesario demostrar la validez de la verdad del objeto en contraste con la así llamada verdad del sujeto, tanto más cuanto que podía encontrarse el medio de hacerlo en el pabellón del coleccionista, así diciendo, abrió un estante y exhibió un extraño y complicado aparato –he aquí algo que se remitía a la verdad del objeto. Un aparato a base de poleas, con unos contrapesos en forma de huevos y unos pedales; los pedales servían para accionar un mecanismo que estaba conectado con una especie de tubo imitando un falo. Ahora bien; dicho aparato era originario del Japón y, según explicó el coleccionista esta vez en términos clínicos, estaba destinado a su uso por las señoras en ausencia del esposo o cuando éste marchaba de viaje. Tal un arma eficaz contra el adulterio y la prostitución –y en todo caso, un exponente del ingenio que caracterizaba a los hijos del Sol Naciente.

Sanabria se deleitaba mostrando a los visitantes una parte de los tesoros que guardaba en su pabellón de coleccionista –y como era muy divertido en sus ocurrencias, al fin, todos rieron. Oblitas

recibió en calidad de recuerdo una antigua miniatura de bronce: un ídolo extremadamente gordo. Peña y Lillo recibió asimismo una antigua miniatura de bronce: un jorobadito que estaba ensuciando. Por lo que se refiere a Estefanic y Felipe, Sanabria declaró que ellos eran de la casa y que, por lo tanto, tenían tiempo de sobra para elegir y quedarse con lo que buenamente quisiesen.

A todo esto el día había avanzado. El sol se acercaba al horizonte. Ya se iniciaba la hora del crepúsculo. Anochecía ahora, y comenzaban a escucharse fuertes estampidos de camaretas y bombas que hacían estallar los labradores saludando el inminente advenimiento de un nuevo año. En el salón, el doctor conversaba con sus invitados, bajo la luz brillante de las lámparas eléctricas. Todos parecían embelesados, con cierto aire de tristeza evocadora en espera de la hora cero, como si a la llegada de ésta hubiesen de verse resumidas todas las amarguras del pasado y, al mismto tiempo, hubiesen de anunciarse de un golpe otras mucho más grandes para el futuro.

Sanabria miraba a cada momento su reloj, con inquietud. En el patio, los fuegos artificiales dispuestos en un armazón de cañahuecas se encendieron de pronto en mil colores, ante la ansiosa mirada de Sanabria, quien acababa de dar a los sirvientes una señal convenida. Pues había llegado la hora. Eran las 12 de la noche exactamente y, en este momento, todos se confundían en un abrazo. Sanabria en persona abrió un cajón de champán y sirvió unas hermosas copas de cristal bebiendo en medio de un tremendo alboroto, al estallido intermitente de los fuegos artificiales que zumbaban, silbaban y giraban en una fascinadora policromía. Delgado se había apropiado de una botella y sin embargo no bebía. Miraba los fuegos, los cohetes zafando por la tangente, trazando fugitivamente unas líneas de color azul, escarlata y verde, que se perdían en las tinieblas. Lejanamente se escuchaba el estallido de bombas y petardos con un trasfondo de gritos, ayes y lamentos, quizá en la ciudad, y se dispersaban en medio de la noche, en lo no hallado nunca.

Al cabo descendía el silencio sobre la comarca.

El anfitrión, después de la cena, a la cabecera de la mesa, pronunciaba solemnemente un discurso –agradable pieza oratoria, breve y concisa, matizada de fina ironía, conciliando –según ha de reconocerse en justicia– la sobriedad con el candor y la emoción. Ahora bien; Estefanic dio –nuevamente– la nota discordante. Al

considerarse obligado a ofrecer un discurso, se refirió a cuestiones totalmente fuera de lugar expresándose con pedantería, en términos oscuros y forzados. En una palabra: todo lo que dijo fue un desatino, de principio a fin y, a tiempo de sentarse, poco le faltó para no rodar por los suelos –y es que el pobre estaba borracho hasta verte Cristo mío. Felipe Delgado, repetidas veces, había intentado levantarse de su asiento para abalanzarse sobre el orador, sintiéndose aludido por ciertas expresiones, vertidas en el malhadado discurso, que mencionaban el nombre de Ramona Escalera con groseras remisiones a propósito del aparato –muy famoso– de las japonesas. La cuestión no era para menos, y, a no ser por Menelao Vera que, oportunamente, suspendió las cejas dirigiendo miradas penetrantes a los sirvientes, quienes lograron sujetar a Delgado, éste habría terminado estrangulando al pobre Estefanic. Pues Estefanic, aquella noche, parecía haber sido picado por algún mal bicho; no obstante que se le había pasado la borrachera y los ánimos se habían aplacado, y, más aún, como si fuese poco su dicurso, de buenas a primeras volvió a la carga –esta vez a propósito de la gordura–, trayendo a colación aquella figurilla de bronce con el evidente propósito de zaherir a Oblitas, y dijo con pedantería:

–Yo, como doctor en química y en ciencias metalúrgicas de la universidad de Belgrado, forzosamente debo rendir culto al progreso de la ciencia. Hay cosas que hasta hace poco eran un sueño y nada más, pero hoy por hoy es posible la fabricación de substancias capaces de modificar ciertos procesos de asimilación y eliminación, liberando así a las heces fecales de todo olor ofensivo y remediándose, al mismo tiempo, el aspecto, la forma y el color de las mismas. Y también en la orina se dejarían sentir las bondades de semejantes substancias. Se podría orinar un líquido noble y, hasta cierto punto, potable. Todos nosotros, todo el mundo, a tiempo de comer presentimos la presencia de los excrementos. Y causa gracia, causa pena el caso de los gordos; la cuestión es que los gordos se llevan la flor como campeones de la caca.

Así concluyó Estefanic. Hizo una venia, satisfecho de sus palabras y se sentó, mientras que cierta persona estaba sobre ascuas. Pues Oblitas era gordo y todos los demás eran flacos. Trataba de disimular una situación embarazosa. Por razones obvias y de amor propio no quería darse por aludido. En tal caso, poniéndose en evidencia, habría tenido que asumir no solamente su propia defensa, sino también la de los gordos en escala universal y terminar a

capazos, tal vez recurriendo a la violencia. Tal el sentir de Oblitas en momentos en que los circunstantes, llenos de perplejidad, dirigían la mirada hacia su obesa persona, en medio de un pesado silencio, cuando a todo esto Sanabria intevinò rápidamente y, disertando con doctas palabras acerca de la nutrición, las grasas, los albuminoides y carbohidratos, puso en evidencia el ridículo en que incurría un doctor en química al plantear cuestiones ya de por sí ridículas y luego, insistiendo reiteradamente sobre el tema, con el propósito de dar satisfacción al ofendido Oblitas, finalmente dijo:

–Pues así me permito reprochar una torpeza muy grande; el haberse abordado un tema absolutamente impropio, ni siquiera digno de una merienda de negros, y, cosa más grave, en detrimento de la condición humana y la natural dignidad... Pero ahora basta; he sido franco y pido perdón; lo ingrato se debe olvidar, lo pasado pisado –declaró por último y añadió con animación–: Ahí tienen ustedes, bebamos. Yo no puedo ocultar mi inclinación por Baco. Mi inclinación por Baco, sin embargo, tan sólo se manifiesta en contadas oportunidades. El cuerpo pide alcohol desde lo profundo; pero únicamente se le dará gusto de allá en cuando. ¡Salud, pues; echemos la casa por la ventana y olvidemos las penas!

Bebieron todos. Cada cual por su lado sentía un gran alivio. Estefanic, apabullado por la filípica, dijo con timidez:

–Siento mucho, sí, lo siento. Uno hace cosas, será la vejez. La muerte está al acecho. Nosotros los viejos somos los que menos la deseamos. Somos incapaces de vencer el terror que crece y crece con los años –cogió su copa y bebió de un golpe–. Ustedes perdonen; estoy triste. Me moriré pronto, señores.

–Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos será el reino de los cielos –acotó Oblitas con toda intención a manera de comentario.

– ¡Ah, morir, morir! –exclamó Sanabria sin prestar atención a Oblitas y, levantando los brazos en alto, añadió–: ¡La muerte; qué pavoroso enigma! Morir con la mirada fija en el cielo, en un árbol. ¡Un sauce llora aquí, en Uyupampa, en el patio de la casa!... ¿Le gustaría? –preguntó a Estefanic–: ¿Le gustaría morir a la sombra del sauce? A mí me gustaría... ¡Pero usted ha de vivir, no ha de morir!

–No lo creo; me gustaría morir a la sombra del sauce –dijo

Estefanic—; ese árbol es hermoso, muy hermoso, y no debe quedarse solo...

—¿Y usted, realmente cree que ese árbol necesite de su compañía? —interrogó de pronto Oblitas y añadió con mordacidad—: Dejando de lado todo sentimentalismo yo le diré, francamente, que ese inmenso sauce requiere una cantidad de abono mucho mayor que la que podría rendir el cadáver de usted.

—Sus rencorosas palabras no me llegan, no me afectan en lo más mínimo —replicó Estefanic airadamente—. Yo soy un sentimental y me enorgullezco de serlo; el sauce que tanto le preocupa ha de progresar, su corpulencia se duplicará con el abono de mi espíritu, esté usted seguro. El abono que mi cadáver pueda rendir cuesta como máximo veinte centavos pero nadie, y mucho menos usted, será capaz de aquilatar el valor de mi espíritu, de mi alma. El cadáver de usted, y lo mismo daría decir que usted en persona, seguramente podrá rendir muchísimo más abono que mi cadáver; eso no discuto, lo sabe cualquier labrador de Uyupampa...

Oblitas dirigió una mirada de conmiseración a su adversario y le dijo, con abrumadora suficiencia:

—¡Vaya vaya, qué pena! ¡Cállese la boca, amigo, usted no sabe nada: no me hable de su alma ni me venga con labradores ni cosas del espíritu, y mucho menos con abonos y cadáveres!

Sanabria se fastidió:

—¡Señores, esto es absurdo! —exclamó con severidad—. ¡Ya basta de abonos y de cadáveres! Finalmente, mal se pueden esgrimir semejantes argumentos para vengar inocentes y pequeñas ofensas, mutuamente inferidas al calor del vino y por mera ligereza —y añadió con tono perentorio—: ¡Háganme el bien de darse la mano, como caballeros y como amigos!

Sanabria reiteró su demanda y, de hecho, se levantó de su asiento y cogió por las manos a los antagonistas, confundiéndose con éstos en un abrazo de reconciliación. Sin embargo faltaba un detalle muy importante a propósito del cual Estefanic debió tomar la iniciativa, causando a todos una gratísima impresión, cuando se dirigió a Delgado, resueltamente, y le pidió perdón por las expresiones que, según dijo, había vertido sin la menor intención de ofender a nadie en lo más absoluto.

Sanabria estaba loco de contento.

—¡Bravo, bravo! —dijo a gritos—. ¡Entre caballeros no podía ser de otro modo! ¡Pero usted se olvida de darnos música, querido

compadre! —exclamó inopinadamente dirigiéndose a Menelao Vera—: Fíjese: la cosa es que cumpla su verdadera función el gramófono, cuando menos esta noche —añadió con energía poniéndose muy serio—; hoy más que nunca se impone rendir culto a las armas de la Nación, recibiendo el nuevo año a los acordes del Himno Nacional: ¡la Patria está en peligro, señores! ¡De pie todos! —ordenó de improviso y con tono vibrante, y bruscamente, él mismo se puso de pie.

Los huéspedes obedecieron la orden como un solo hombre, habiendo comenzado a escucharse en este preciso momento el Himno Nacional gracias a la asombrosa presteza con que el administrador procedió a poner el disco, quedándose luego junto al gramófono en posición de firmes, haciéndose el que cantaba y abriendo la boca y moviendo lo labios exageradamente. Sanabria, de pie ante la cabecera de la mesa, por su parte cantaba con una voz atiplada y los ojos en blanco; Oblitas, con voz potente y bien timbrada, cantaba como es debido; Peña y Lillo tarareaba, puesto que no sabía cantar ni tampoco sabía la letra; Estefanic sabía la letra, pero no sabía cantar ni tampoco tararear, limitándose a recitar, y Felipe Delgado, por momentos cantaba, y miraba fijamente a Menalao Vera.

El amo de Uyupampa quedó satisfecho rindiendo homenaje a la Patria; a partir de este momento, cundió el entusiasmo y comenzó la verdadera fiesta; el gramófono hubo de funcionar sin tregua, hasta el amanecer, repitiendo una y otra vez algunos discos de música ligera: boleros de caballería, cuecas y fox—trots, huayños y marchas militares, y además, la Danza de las Horas, de Ponchielli, una pieza favorita de Sanabria.

CAPITULO III

El tiempo de aguas no era ninguna broma. En diciembre había llovido poco, pero en enero, el cielo se caía.

Sanabria se mostraba afligido a propósito de las lluvias precisamente, no obstante que auguraban una buena cosecha en Uyupampa. Pues lo que le inquietaba, en realidad, era el peligro que eventualmente correrían sus grandes intereses económicos, y él no lo negaba, habida cuenta los importantes latifundios que poseía en el Altiplano, donde precisamente las lluvias, tardías al par que torrenciales, podían acarrear cuantiosos daños. A ese paso, había recibido una misiva, en la que —según declaró con tono de misterio— se le comunicaban no sé qué noticias alarmantes. Y haciendo suponer que se referían a recientes choques armados con los paraguayos en el Chaco, a propósito de lo cual encontraba serios motivos de preocupación, decidió hacer un viaje relámpago, con el doble propósito de inquirir noticias e inspeccionar sus fincas, dando un salto a La Paz en coincidencia con la partida de sus huéspedes, el 7 de enero.

Oblitas, en atención a sus innumerables compromisos, consultas y obligaciones —así lo dijo—, tenía que irse, desgraciadamente; pero en cambio, dábase por feliz viajando con el doctor. En cuanto a Peña y Lillo, ganas no le faltaban de quedarse y lo dijo con franqueza, sino que, simple y llanamente, su presencia en La Paz era de la mayor urgencia para ofrecer, en primer lugar, una misa por el alma del difunto Corsino Ordóñez a las tres semanas de su deceso, y en segundo lugar, para velar por sus propios intereses, habiéndose apoderado de él, Peña y Lillo, una angustia mortal tocante a las libras esterlinas heredadas de Ordóñez, que —en realidad— estaban escondidas en su cuarto.

El jueves a primera hora de la mañana montaron los viajeros en sus respectivas mulas. Oblitas y Peña y Lillo se despidieron de Delgado con la promesa de retornar en carnaval para quedarse por largo tiempo, y habiéndole preguntado qué se le ofrecía, éste les encargó con urgencia una libreta, muy fina, y una buena

plumafuente, declarando que tenía el propósito de ponerse a escribir sus memorias con carácter irrevocable, cuando de pronto, se puso furioso y, señalando a Estefanic y a Vera, afirmó que eran unos asesinos y Sanabria, un cobarde, que lo abandonaba a sabiendas de que iban a matarlo. Sanabria retornó a los pocos días trayendo una libreta y una pluma sin que nadie se lo hubiese encomendado, pero ello no obstante, no tuvo la suerte de recibir las gracias, pues Delgado, lejos de dárselas, más bien reiteró sus acusaciones, y luego, esgrimiendo amenazadoramente la libreta y la pluma, corrió a encerrarse en su cuarto —para comenzar sus memorias, seguramente.

Sanabria estaba muy excitado a su llegada. Aunque no había nada que temer en sus propiedades del Altiplano y todo marchaba bien, es decir, las tierras y los hombres, habiendo podido comprobarlo en una inspección que hizo él en persona, ello no obstante, su estado de excitación radicaba, según dijo, en una noticia bomba que tenía entre manos. Para desahogarse, convocó a Estefanic y a Vera a una reunión confidencial y, habiendo prevenido el absoluto secreto de la misma, reveló el verdadero motivo de su reciente viaje relámpago, que precisamente se relacionaba con dicha noticia bomba. En resumen: un primo suyo, coronel de Estado Mayor y con asesoría cerca de Su Excelencia, había requerido el concurso de él, Sanabria, para una conferencia de índole secreta y carácter oficioso, aunque no oficial, presidida por cierto personaje muy encumbrado, con la participación de varios caballeros, todos ellos imbuídos de patrióticas intenciones y sanos propósitos, a fin de examinar desapasionadamente el actual estado de cosas a la luz del imperativo nacional, habiendo llegado todos ellos, en forma unánime, a la conclusión de que la guerra era la guerra; y como tal, inevitable. He ahí la verdad desnuda. El Manco Peña, el Achachi Guillén, el Bolita Aramayo, el Chihuanco Capriles, el Pablito Sinalmorzar, el Mula López, el Microbio del Amor, todos ellos, civiles y no civiles, militares y no militares, para no citar una legión, sostenían idéntico parecer, sin exceptuarse el propio Sanabria —quien, evidentemente, era uno de los pocos en no tener apodo—, habiendo sopesado fríamente la realidad de ciertos hechos altamente confidenciales y delicados. En este momento Sanabria pidió mucha atención, ya que por lo visto, Estefanic y Vera, en su calidad de oyentes y quizá por temor al desencanto, no se atrevían a formular cierta pregunta que flotaba en el aire. En efecto: ¿cuál

era, pues, a todo esto, la famosa noticia bomba? –he aquí que Sanabria no sabía absolutamente nada de nada: a buen entendedor pocas palabras. Y aun en caso de que supiese algo, ni por esas podía él decir absolutamente nada; el divulgar secretos de Estado era delito de alta traición a la Patria, y se catigaba con la pena de muerte. Sin embargo, cualquier ciudadano de la República, por humilde que fuese, estaba en condiciones de comprender la gravedad de la situación, analizando con sangre fría las noticias que a diario aparecían en la prensa y se perifoneaban por la radio. Ciertas potencias extranjeras empeñadas en hacer desencadenar la guerra, con la intención de hundir a Bolivia, fomentaban abiertamente los febriles preparativos bélicos del enemigo, al mismo tiempo que ponían toda clase de trabas a nuestras gestiones para la adquisición de armamento, aprovechándose de nuestra condición mediterránea, mientras que por otra parte, con toda habilidad boycoteaban las negociaciones de arbitraje creando, de este modo, un estado de cosas insostenible para los bolivianos, pero del todo favorable a los paraguayos que, a ese paso, envalentonados cada día más y más con ingentes cantidades de pertrechos bélicos, se sentían orgullosos de sus actos de agresión y barbarie incursionando en nuestros fortines cada vez que les daba la gana, como dueños y señores absolutos del Chaco Boreal. En vista de todo ello, la guerra era inevitable. Sanabria se solidarizaba en forma incondicional con esta grave conclusión. Sus alcances, perfectamente previstos y debidamente fundamentados, habían sido expuestos con todo detalle en oficio estrictamente confidencial cursado al Capitán General del Ejército, doctor Salamanca. Y naturalmente, bajo rúbrica de todos y cada uno de aquellos caballeros, los cuales no hacían otra cosa que interpretar el sentir del pueblo todo; un pueblo que, gracias a Dios, en los actuales y álgidos momentos marchaba en pos de un alba augural, con derroteros en los que vibraba la energía de un gran hombre: el Presidente Salamanca. Si el enemigo quería la guerra, pues la tendría. En tal caso, he aquí la consigna: ¡Arrollar y aniquilar sin piedad al enemigo; hacer polvo con él y, a sangre y fuego, ocupar Asunción!

Los oyentes se quedaron estupefactos con la perorata. Y ante el silencio que ahora guardaba el expositor, quien había adoptado una actitud de recogimiento, con todo sigilo desalojaron el gabinete.

Es la verdad que Sanabria encontraba coyunturas para fantasear

a cada paso; y como era afecto a jactarse y quería dar la impresión de que seguramente conocía sabe Dios qué secretos, se refería a la política, las finanzas, la inminencia de la guerra y demás problemas de un modo impersonal, asumiendo un tono cortante, y con un lenguaje tan rotundo y categórico, como no lo tenía el propio Presidente de la República. Avido de noticias, hizo un viaje con el exclusivo propósito de comprar una nueva radio. Un supereterodino terriblemente caro, enormemente fino, capaz de captar estaciones del mundo entero, infinitamente más potente que ese vejestorio que estaba por demás en Uyupampa y que no servía para maldita la cosa, según dijo, pues las noticias eran sencillamente una cosa tremenda, como el pan, una cosa de vida o muerte, y de la cual ningún hombre con dos dedos de frente podía prescindir y mucho menos él, Sanabria, quien tomó directamente a su cargo la responsabilidad de conectar la super–radio, en ardua tarea que duró tres días y que, afortunadamente, no fracasó, habiéndose logrado el mejor de los éxitos al recibir una porción de estaciones, no sólo de nuestro Continente, pero aun de la lejana Europa.

Ahora que había visto por conveniente hacer un alto después de muchos días de vida agitada, el inquieto Sanabria tuvo una idea: instituyó unas reuniones en el salón, y las llamó *Noches amables*. El gestor había concebido dicha idea pensando en sus amigos. Pues allí podían encontrar solaz y esparcimiento, ya sea escuchando la radio, cambiando ideas, haciendo adivinanzas o jugando a las cartas, disfrutando de unas noches amables, tal como el nombre lo indicaba. Ni qué decir tiene que Estefanic y Vera se encendieron de entusiasmo y aplaudieron la idea. Sin embargo, más era la bulla y la novelería que otra cosa. Con *Noches amables* o sin ellas, ya todo el mundo estaba reunido en el salón noche tras noche. Más no se podía, era lo único. Felipe Delgado se indignó, se sintió ofendido. ¿Qué tenía que ver él con noches amables y alcahueterías y patrañas por el estilo? Tan sólo un pelafustán, un simulador o un cobarde podía alucinarse con tales bajezas y porquerías, y lo dijo para que conste: él rechazaba las amabilidades, las cosas amables. Estaba solo. Con gente o sin gente, se sentía solo. Y le gustaba eso: estar solo. Es cierto que tenía miedo, un miedo vago, atroz, y lo confesaba en honor a la verdad; no con ánimo de quejarse. Además, ya sea así o asá, él no sabía ningún juego, ninguna adivinanza, y tampoco le gustaba escuchar la radio, ni cambiar ideas. En resumidas cuentas: no dejó de ir al salón para

estarse a su manera, ya que los demás se estaban a la suya.

Ahora bien; Felipe Delgado no hablaba con nadie; y si alguna vez decía algo, era para referirse a sus memorias. Dichas memorias eran un misterio, y –según sus propias palabras– este misterio lo tenía loco. Entraba al salón y qué hacía, sino ir y sentarse en una butaca del rincón más apartado, poniéndose a contemplar toda la noche su libreta y su pluma. De repente, se confundía en preparativos y empezaba a escribir, dejaba el cuaderno y dirigía miradas a los concurrentes, para luego preguntar, en plena reunión de las *Noches amables,* cosas y más cosas.

En días despejados, pasaba su tiempo observando la ciudad con el telescopio; allí permanecía horas enteras, abstraído en la contemplación. Una tarde, con toda paciencia, con todo cuidado, desarmó íntegramente el aparato. Además de que el mecanismo estaba entorpecido, el polvo, acumulado en el tubo, enturbiaba la visión. Limpió los diafragmas, los lentes, el intrincado mecanismo de la montura ecuatorial, puso aceite, y luego, armó el telescopio, con tal destreza, como tan sólo un experto en la materia habría podido hacerlo –y conste que el propio Sanabria lo reconoció, quedándose perplejo ante la hazaña. Y ahora que había anochecido, el empeñoso experto no tenía tiempo que perder. La luna en cuarto creciente brillaba cerca del horizonte y no tardaría sino breves minutos en ocultarse. En un abrir y cerrar de ojos los preparativos llegaron a su fin. La circunstancia era propicia; Delgado enfocó el astro. ¡Y qué visión más clara, qué espectáculo más imponente! ¿Qué imágenes podrían surgir en la mente de aquel a quien se ofrecía esta extraña revelación? ¿Qué impresión le podrían causar estos abismos y estos cráteres, esta espeluznante densidad de sombras, en contraste con una fría y, al mismo tiempo, quizá incandescente blancura? Pues era ésta una temible blancura, una luz de muerte. Era como aquella luz que, muchas veces, habiendo surgido quién sabe cómo, se apagaba entre sueños, quizá por falta de alguna luz. En realidad, la luz, con esta luz no era posible. La cara tenía mucho que ver con esta luz. Felipe Delgado se acordaba de su cara –cara oscura la suya una noche que estaba a oscuras ante el espejo, cuando entraba la luz de la luna por la ventana. La cara hecha cenizas, el color de la cara, de hielo. Así la luna, hecha cenizas, color de hielo. El color de la luz no tenía color. El color no tenía luz, era negro. Pues la luz no tenía luz; dejaría de ser luz en cuanto la tuviera. La luz, en sí misma, no podía identificarse

con la luz ni con ella misma, sino con la luz, siempre que ésta no fuese idéntica a sí misma. La identidad no existía sino que era, como una cosa que no era; ahora Delgado lo sabía, y habiendo presentido el reino de la luz en la identidad, sabía, asimismo, que la diversidad era pura ilusión. Pues el reino de la identidad tan sólo se encontraba en el reino de Dios... En este momento, un extraño suceso tomó por sorpresa a Delgado. La luna había entrado en contacto con la línea del horizonte; y de pronto se hundió con una rapidez sobrecogedora en medio del resplandor que señalaba su rastro, desvaneciéndose en las tinieblas.

Mal podía el telescopio ofrecer un interés cuando no permanente, siquiera duradero. Después de todo, era Delgado el primero en lamentarlo. Vagaba en la casa, de acá para allá, con angustia. Diríase que buscaba una cosa que no podía hallar por haberse olvidado qué era. Se quedaba parado, frente a las paredes y las ventanas, los ojos clavados en un punto impreciso. Una vez, era una mosca y se detuvo a mirarla. Esta mosca no podía volar. Estaba envuelta en un silencio mortal. Se frotaba las alas y los ojos con las patas, y de repente, habiéndose quedado quieta, deplegaba las alas y avanzaba a gran velocidad un cortísimo trecho para detenerse en seco, pues evidentemente, no podía volar. Y ahora comenzaba a frotarse con dos patas el apéndice sexual, que parecía una cola y que, según miraba el espectador, era exactamente igual al de un burro, o, cuando menos, al de aquel que Oblitas había fletado para el viaje a Uyupampa. En este instante la mosca avanzaba de nuevo un corto trecho a toda velocidad, y parecía haber enloquecido. Se frotaba las alas, pataleaba y se frotaba los ojos en procura de mirar quién sabe qué. A lo mejor tenía que morir y ahora quería volar por última vez, pero ya no sabía cómo. Angustiosamente, en cortas y veloces carreras desesperadas, esta mosca del diablo no salía de ahí. Dio media vuelta, con una rapidez muy extraña, que causaba curiosidad y pavor, y volvió a su sitio. Muchas, muchas veces repitió la misma operación. ¡A lo mejor ella volaba, allá en sus adentros! Y lo último y lo más horroroso: de pronto, por vez primera, hizo un ruido, batiendo las alas; y se quedó clavada en el sitio. Delgado se acercó, y le dio un soplo. No pasó nada. La mosca ni siquiera fue capaz de caerse al suelo; estaba quieta. Era como una mancha. Ya nada quedaba por hacer excepto matarla, pero no valía la pena. Pues Delgado –como buen conocedor de las moscas– tenía sus buenas razones para asegurar que ellas,

las moscas, se te acercaban y te mortificaban por el puro afán de supervivir, y en tus gestos y movimientos, ellas precisamente buscaban excitar su propio deseo de vivir y de volar, mientras que tú, con golpes y manotazos, las hacías vivir, para tormento tuyo y del género humano. En vista de ello, había que dejarlas estarse allí donde se estaban, consumiéndose de odio y de terror ante la indiferencia con que las mirabas tú. Pues si una mosca era capaz de sentir odio y terror, no estaría loco aquel que odiaba y temía a una mosca. De todos modos, una cuestión por demás complicada —Felipe Delgado era tal vez una mosca, y tal vez sabía que el hombre que se confunde y que se espanta frente al mundo que lo rodea, ha de procurar ponerse a salvo, buscando un mundo de silencio y de tinieblas.

Hacia fines de enero arreciaron las lluvias. El mes se despidió con un verdadero diluvio. Sin embargo, con la llegada de febrero hubo un cambio brusco. No se movía una hoja. Comenzaron días depejados y hermosos. Ello permitía salir al campo, ir a los cerros, hacer largas excursiones. Y Sanabria estaba dichoso. Ya podía reanudar sus caminatas y buscar piedras raras, internarse en las grietas y las cavernas, y hacer y deshacer. En opinión de Menelao Vera, un cambio tan brusco no podía ser sino lo que era, pues en realidad, así como todo cambio brusco era de mal agüero, todo cambio era brusco —claro que resultaba muy difícil entenderle. Y según dijo, las cosas podían marchar al revés, de allá en cuando; pero lo que más le llamaba la atención y le daba rabia, era que, lloviendo en enero loco y en febrero poco, se hubiese desmentido nada menos que un famoso refrán que decía: Enero poco y febrero loco.

Por su parte, Delgado no quería saber nada: estaba harto con los días de sol. Ante todo, le gustaba la lluvia; y según sostuvo Menelao Vera —del que por lo demás nadie dudaba, siendo bien sabido que tenía por oficio espiar a todo el mundo—, su tema era lanzarse en pleno aguacero con rumbo al norte y trepar al pretil de un pozo abandonado que allí existía, permaneciendo inclinado sobre la lúgubre boca en una peligrosa posición: Menelao Vera lo había visto con sus propios ojos. Y habiendo comparecido ante Sanabria dijo que en su triste condición de mero administrador carecía de la autoridad necesaria para frenar al imprudente y energúmeno excursionista, y por lo tanto, como no podía hacer nada para evitar que apareciese muerto el rato menos pensado, sólo quería

concretarse a dar la voz de alarma haciendo constar que a partir del día de hoy se consideraba libre de toda responsabilidad con respecto a tan peliagudo asunto, aunque recomendaba, ello no obstante, buscar un pastor para Felipe Delgado, ya que él, Menelao Vera, no tocaba ningún pito y mal podía asumir semejante papel.

Terriblemente enfadado con estas palabras de su administrador, que él consideraba injuriosas y temerarias en grado sumo, Sanabria le dijo secamente:

—Perro insolente metido a chistoso: no me exponga a que lo saque vendiendo almanaques, o lo haga fusilar en el Chaco por traidor y malagradecido —y con esto lo puso en su lugar.

Estefanic se hallaba presente, y sostuvo que, si Delgado se exponía a la lluvia, simplemente lo hacía por instinto de conservación; pues según lo demostraba la realidad de los hechos, no sólo mascando coca uno podía asimilar la insospechada energía de ciertas partículas misteriosas que por ahora desconocía la ciencia, sino que las fuentes de esta energía se encontraban asimismo en los efluvios eléctricos de la lluvia, de tal manera, que bastaba con empaparse un rato en ella para captar en cantidad superabundante aquellas partículas de energía. Y no otra cosa hacía Felipe Delgado aunque sin darse cuenta, beneficiando su salud mental y corporal gracias a las virtudes salutíferas de la casta lluvia.

—¿Y por qué casta? —he aquí una desconcertante pregunta, formulada de sopetón por Sanabria y que Estefanic no supo contestar.

No contento con esta salida, Sanabria quería mortificar a su amigo; pues pese al desplante del administrador tenía ganas de reír, habiéndole causado gracia el espanto con que éste recibió sus amenazas.

En este momento iban caminando a lo largo de un sendero en las proximidades de la casa. Era un día radiante. Estefanic se defendía del sol con un gran sombrero de paja. Sanabria no aflojaba su sombrero jipijapa. Aquél estaba extrañamente cohibido, tenía un aire de resentimiento. Sanabria le dirigió una mirada de asombro y, aparentando preocupación, le dijo:

—Don Nicolás: la sinceridad es un lujo tan sólo permitido entre viejos amigos... ¡Es usted víctima de una perniciosa influencia, y permítame que se lo diga, tal influencia viene de Oblitas! Es cosa abrumadora. Y los efectos; qué efectos tan catastróficos

para su personalidad. Quizá sea hora de hacer descansar esa pobre cabeza. Quizá usted mismo no se da cuenta. Pero los hechos lo dicen. ¡Esos desvaríos! ¡La casta lluvia, unas partículas misteriosas, de insospechada energía y unos efluvios eléctricos que desconoce la ciencia! ¿Qué es eso, y de dónde salen tales desvaríos? Cosa grave. Y conste que puedo citar mil, dos mil, tres mil casos, tanto o más graves que éste.

Sin atinar a decir nada, Estefanic se paró en seco. Se puso rojo de ira. Se quedó con la boca abierta. Sanabria se detuvo a dos pasos de distancia. Lo miraba con fingida seriedad, pero, de pronto, se puso realmente serio. Pues con sus alusiones no había hecho otra cosa que ofender a Estefanic entre broma y broma, ya que precisamente era Oblitas y no otro quien, al predicar sus acostumbrados desvaríos —para Sanabria, claro que lo eran—, había mencionado ciertas partículas misteriosas que, una vez movilizadas por efecto de la lluvia, tenían la doble virtud de curar a los locos y enloquecer a los cuerdos. Y el mismo Oblitas había hecho un chiste cuando dijo, a propósito de ello, que, sin ir muy lejos, era fácil comprobar su teoría, observando atentamente al doctor Estefanic y los cambios que éste sufría con la lluvia.

Ahora bien; si Oblitas decía una cosa, al poco rato ya Estefanic andaba repitiendo la misma cosa, y por el tono y por los ademanes y hasta por los gestos de la cara, no parecía sino un Oblitas de barba y con cabello blanco. Tan extraño fenómeno habíase manifestado a partir de la llegada a Uyupampa, acentuándose cada vez más a medida que pasaban los días y —cosa sorprendente— no obstante que Estefanic estaba resentido con Oblitas. Y no había vuelta que darle.

En vista de tan críticos antecedentes y tanto más por cuanto Estefanic, de un tiempo a esta parte se había puesto extremadamente susceptible, Sanabria lamentaba su falta de tacto, deplorando haber llegado tan lejos con una broma. Lleno de confusión y de pena, bajando los ojos, hurgaba en su cabeza y buscaba algún modo de rectificar sus palabras. Momentos demasiado incómodos y amargos para esbozar una sonrisa y articular una frase. La actitud por él asumida era demasiado patética. Sanabria, lejos de disimular, se puso en evidencia: pues en efecto, vióse interrumpido por Estefanic quien le dijo:

—¡No se aflija, no es para tanto! Me doy cuenta de lo que pasa, guárdese sus explicaciones —y con voz temblorosa, prosiguió diciendo—: Yo le diré lo que pienso; y si le duele me lo dice a fin de que yo pueda pedirle disculpas en mi calidad de huésped. Y con lo dicho, no podré seguir un minuto más en esta casa. ¡Haga el favor de escucharme, usted ve la paja en el ojo ajeno y no la viga en el suyo! Va a La Paz por un día o dos, y luego viene con cuentos; habla de secretos de Estado, de conferencias, de guerras; y todo el mundo tiene que escucharle y tiene que creerle sin chistar. ¿Y por qué? ¡Porque los potentados pueden permitirse toda clase de lujos, y tanto la mentira como la sinceridad es para ellos un lujo! ¡Créame, yo puedo gastarme únicamente un lujo, y es mi dignidad intelectual y moral! Y esta mi dignidad no sufre ningún daño con las influencias. De estar influenciado, lo estoy, y no solamente por el señor Oblitas, sino por todo el mundo. Hablando en oro, la animadversión del señor Oblitas no me interesa; las rencillas tampoco; hidalgamente, aplaudo sus ideas y hasta me apropio de ellas, pero únicamente cuando éstas encuentran algún eco en mi conciencia. Sepa usted que los inventos, los descubrimientos y las ideas, no tienen dueño, no son propiedad ni del señor Oblitas ni de nadie, sino que son patrimonio de la humanidad. Aquel que se cree libre de las influencias es un perfecto cangrejo. Yo soy un hombre, no un cangrejo. Generalmente callo, no acostumbro importunar a nadie; pero no bien abro la boca para exponer libremente mis ideas y sentimientos, usted se mofa cruelmente de mí. ¿Qué le hice yo? La sinceridad no es un lujo, al menos para mí. ¡Treinta años que vivo y que sufro en tierras de Bolivia, mi segunda patria, esforzándome por retribuir la generosa acogida que me brindan sus hijos! ¿Y todo para qué? Para que al final un amigo, el más viejo de mis amigos, el único testigo de mi juventud, me agravie con sus riquezas y sus insultos! Doctor Sanabria: ¿qué daño le hice yo? —sacó su pañuelo, se limpió la boca y los ojos, y lo estrujaba con ambas manos cuando prosiguió diciendo—: ¿Qué le hice? ¿Por qué no me deja hablar, por qué me ataca y se ríe de mí? ¿Acaso no existen las partículas en cuestión y no se llaman iones, para que usted se burle? ¿Para eso me ha traído usted a sus propiedades rurales, para eso me ha brindado un techo en su residencia campestre? ¿Para preguntarme por qué era casta la lluvia, y que por qué no lo era; y para avergonzarme delante de gente, tal como ya lo hizo en Año Nuevo, dando lugar a que un simple administrador o mayordomo me mire con menosprecio y se permita humillarme, atenido a la ración de coca que me proporciona como

por caridad? —guardó su pañuelo y, en este momento, arrancó de su cabeza el sombrero de paja, como sorprendido de que lo llevara puesto, y lo arrojó violentamente al suelo—. ¿Para eso me ha traído usted? ¿Para acusarme con toda saña, como se acusa a un canalla, a un débil mental que repite lo que los otros dicen? ¡Pero llegado el momento yo digo basta, gracias por todo y esto se acaba! —exclamó irguiéndose muy agitado, reluciendo con el sol dos lágrimas en los ojos azules—: Lo dicho, dicho está y se acaba esta amistad, con sus treinta años y todo... ¿Para qué, si no sirve de nada? Hay una sola cosa: y es la pena de mi alma por tener que alejarme de este pobre Felipe Delgado y dejarlo en medio de enemigos, pobre alma que sufre... ¡Pobre alma que recorre el camino de la santidad, ya Oblitas lo dijo! —reprimiendo un sollozo y agitando los brazos, ya sin saber qué decir, exclamó a gritos—: ¡Mándeme al Chaco, hágame fusilar por traidor y malagradecido; yo no tengo temor a la muerte! —y lanzando a su viejo amigo una mirada altiva y serena, finalmente dijo—: ¡Lo único es la muerte! ¡La muerte! ¡La única amistad, la única verdad, el único refugio! Adiós.

Sanabria estaba petrificado.

Estefanic sacudió la cabeza, le dio las espaldas y se alejó a toda prisa.

Con una honda depresión a causa de lo ocurrido, pensando que el destino de las *Noches amables* no era menos triste que el de los hombres, Sanabria, sentado solitariamente en una poltrona en el salón, maldecía su suerte. Una actitud como la que Estefanic asumía era para él a todas luces injusta, y le dolía que éste se mostrara tan radical hasta el punto de haberse encerrado en su cuarto para anunciar su propósito de partir al día siguiente. Y sin embargo, ya sabía Sanabria; las desgracias no vienen solas. Pues ahora, como si todo lo sucedido fuera poco, y como si el demonio así lo hubiese querido, Felipe Delgado no aparecía por ninguna parte.

Consecuentemente Menelao Vera, pasando las de Caín en circunstancias en que Sanabria estaba iracundo y en que la noche estaba negra como nunca, y en que amenazaba llover después de muchos días de calma, en medio del fragor del trueno habíase lanzado precipitadamente y con ejemplar intrepidez en peligrosa misión de rescate encabezando nutrido contingente de peones. Con un largavista de lata pretendía perforar el velo terrible de las sombras; desplegaba a sus hombres para moverse con infinita cautela cual cazadores en pos de una fiera; ordenaba tocar los cuernos y, en seguida, revocaba la orden; renegaba de su suerte. Y dijo que si algo echaba de menos, era su fiel escopeta; ni en el pozo ni en las vecindades se encontraba un alma; seguramente Vera quería dar la impresión de que se pegaría un balazo en caso de no encontrar al fugitivo. Dispuso la búsqueda en el cerro antes de explorar el fondo del pozo. Maldijo su falta de previsión por no haber traído las teas que precisamente hacían buena falta aquí. Pero supo ingeniarse un remedio. Hizo que se prendiese fuego a las matas resecas. Surgió un vivo resplandor por aquí y por allá; los exploradores, esgrimiendo unas ramas a manera de teas, a fin de emprender una prolija búsqueda en las breñas y fisuras, imitando el ejemplo del jefe, lanzáronse a trepar cerro arriba soplando los cuernos y profiriendo alaridos que resonaban con el eco.

En lo hondo de un agujero, y entre unas matas que se hundían a uno o dos metros de profundidad, un cuerpo fue encontrado de pronto. En medio de indescriptible alborozo, comprobaron que en efecto se trataba de Felipe Delgado, el cual despertaba en este momento. El peón Rigoberto, hombre de confianza de Sanabria, famoso por su vista de águila y por su fuerza extraordinaria, fue quien lo encontró, y ahora lo sacó a la superficie. Estaba sano y salvo. Menelao Vera se puso celoso: nadie era dueño de hacer nada, sino solamente él; y por eso mismo, reprendió al peón, acusándolo por alguna falta imaginaria, y acto seguido se puso a gritar, atribuyéndose todas las hazañas habidas y por haber.

El tiempo apremiaba; no cesaba de tronar y podía desencadenarse de un momento al otro la lluvia. Menelao Vera estaba ansioso de comparecer ante su señor, y quería darse maña para emprender de una vez el retorno, con la prueba viviente del rotundo éxito logrado en la expedición; de tal manera, que al resplandor de las improvisadas teas, ahora se dirigió al extraviado excursionista, adoptando una actitud servil y, con tono quejumbroso y con fingida amabilidad, le dijo:

—¿Y qué hacía usted aquí, joven? Caramba caramba, esto no está bien. Yo me desvivo por usted, y sin embargo usted, quiere exponerme a que el doctor me liquide como a un perro —sacó del bolsillo una naranja y se la ofreció a Delgado, en inopinado gesto—: Tenga la bondad —dijo—: Sírvase, para la sed.

Delgado recibió la naranja y la dejó caer al agujero:

—¿Y usted, qué hacía aquí? —preguntó a su vez, y luego declaró—: Yo vivo en esta concavidad, señor. En la luna hay

concavidades; pero la luz verdadera no ilumina.

—Así que sea, pero apúrese. Tenemos que regresar —dijo Vera.

—Yo tengo la luz, señor —dijo Delgado—. Me lo han dicho las voces. ¿A quién quiere que yo crea: a mí mismo o a las voces?

—Bueno; a las voces.

—Tiene razón. Y luego, los que no creen en las voces están perdidos; uno no debe creer en uno mismo, sino en lo que uno cree. ¿Y usted, en qué cree?

—Yo también creo en las voces. Apúrese.

—¿Entonces, usted también escucha voces?

—Claro que sí.

—¿Y qué le dicen?

—¿Qué me van a decir? Me dicen de todo.

—¿De todo? Es peligroso; antes de creer en las voces hay que pensar. La luz trabaja sin cesar. Usted debería tener cuidado. A mí me ha llamado la luz, pero yo no quiero ir todavía. A usted puede matarlo. El rato menos pensado las voces se vuelven luz, y la luz trabaja sin cesar. En esta concavidad se encuentra la luz. Me da tirones, y me llama. Si no me cree, acérquese y vea.

—¡No gracias!

—Porque si no me cree, acérquese y mire lo que pasa; es un gran secreto. ¡Yo me iré pronto! Claro que usted es un chismoso, pero yo puedo comprar su silencio... ¡Me iré, es el gran secreto!

—¡Ah, qué gran secreto!

—Es el gran secreto, ya ve usted. Nadie puede imaginar cuánto he caminado para llegar a esta concavidad. Y si usted cree que el pozo tiene algo que ver con esta concavidad, está muy equivocado: por más que le ponga mil tapas y la cierre herméticamente, persistirá la luz en esta concavidad. En cambio, el pozo se inundará con las tinieblas en cuanto usted le ponga una tapa; y seguirá en tinieblas por más que le meta fuego. Señor, la verdadera luz no viene ni va. Le enseñaré un gran secreto: cierre los ojos en la oscuridad y hágalos mover de un lado al otro mirando de reojo. Entonces verá sus ojos dentro de sus propios ojos. Haga la prueba. Eso significa que la luz verdadera se encuentra dentro de los ojos. Los ojos son formidables...

—¡Los ojos serán formidables, pero esto ya es un fastidio! —exclamó Vera de mal humor—: Ahora nos vamos; usted abusa de mi paciencia.

—Sí señor, los ojos son formidables y yo abuso de su paciencia, pero usted es un pobre tipo —repuso Delgado y luego añadió—: ¡Pretende burlarse y dice que escucha voces, y ni siquiera sabe dónde está parado!

Y con esto, se lanzó a todo correr cerro abajo. Vera y sus hombres le dieron alcance, y luego lo llevaron ante la presencia de Sanabria.

El día siguiente prodújose la llegada de dos personajes, a quienes —por lo demás— se esperaba en Uyupampa. He aquí un acontecimiento feliz que Sanabria no había previsto en cuanto podía favorecer la solución de la crisis con su amigo Estefanic.

CAPITULO IV

Navigare necesse est
Vivere non necesse

Así rezaba sobre el mármol del monumento a Colón, una sentencia a él atribuída.

Al pasar por el Prado, Oblitas habíase quedado sorprendido leyendo esta sentencia, hasta tal punto, que decidió dibujar un cuadro, con un velero perdiéndose en las tinieblas bajo este lema:

Es necesario navegar
Vivir no es necesario

Y entonces se le ocurrió ponerle vidrio y marco; y una vez hecho esto, Oblitas, pensándolo bien, vio por conveniente regalar el cuadro a Felipe Delgado. ¡Después de todo, era muy difícil encontrar un verdadero regalo! Pues en una entrevista que tuvo por objeto ultimar los preparativos del viaje, Peña y Lillo le había mostrado una Biblia, que él pensaba ofrecer a Delgado. ¡Una Biblia! La Biblia era la Biblia, desde luego; pero, ello no obstante, cualquiera podía darse el lujo de regalar una Biblia, excepto Oblitas precisamente, por la sencilla razón de que él no era un cualquiera para regalar una Biblia; y si Peña y Lillo lo hacía, allá él con sus

caprichos.

Mas estas cuestiones quedaban relegadas a un plano puramente circunstancial, al menos para Oblitas. Pues Oblitas, de un tiempo a esta parte, vivía intrigado a causa de cierto suceso, con cuya noticia habíase quedado atónito, una vez que le fue transmitida por Peña y Lillo. El hecho había pasado prácticamente desapercibido, ya sea por la tensión generalizada ante el inminente peligro de un conflicto armado o por lo que se fuese, tratándose de José Luis Prudencio o, más exactamente, del asesinato de éste, consumado por una hermana suya. Peña y Lillo había rogado a Oblitas guardase completa reserva; pues en vista de las consecuencias que podría acarrear, según dijo, era mejor ocultar esta impresionante y trágica noticia. Pero para Oblitas no era mejor. Oblitas rechazó rotundamente la insinuación, puso en claro que no toleraba iniquidades, y condenó a Peña y Lillo por proponer tales y tamaños absurdos. Su firme propósito era hacer saber la noticia a quien correspondía, por impresionante y por trágica que fuera, con la plena seguridad de que absolutamente a nadie le haría mal en el sentido que Peña y Lillo imaginaba. ¿Pues qué sabía éste de la vida, ni de nada, al plantear una cosa ya de por sí baladí, y qué pretendía y qué demostraba, sino una lamentable falta de miras con respecto al mundo particular de Felipe Delgado? Por más que insistiese no ya Peña y Lillo pero Satanás en persona, él, Oblitas, con su nunca satisfecha sed de verdad y con su odio por todo tapujo, estaba decidido a revelar aquella trágica noticia, tanto más por cuanto el pan del hombre estaba amasado no con miel, pero sí con hiel.

Pasados los días, a último momento Oblitas quiso mostrarse magnánimo; y habiendo cambiado de talante, pidió disculpas a su compañero de viaje, haciéndole comprender con buenas razones aquellas otras que, según adujo, le asistían en su determinación de no callar la tantas y tantas veces mentada noticia.

Y le regaló dos bollos de chancaca para el camino.

De tal modo, que el sábado de carnaval, 6 de febrero y faltando un día para cumplirse exactamente un mes de su retorno, partieron a lomo de bestia con rumbo a Uyupampa. Peña y Lillo viajaba con un flamante abrigo de casinete gris; y este abrigo le quedaba mal —según Oblitas. Debajo del abrigo, un terno flamante, de casinete azul marino, asimismo le quedaba mal; y —quién creyera— así como le quedaba mal un flamante maletín en el que guardaba la Biblia y otras cosas, así también le quedaban mal

aquellos dos bollos de chancaca que, en el camino, iba comiendo él. Definitivamente —según Oblitas—, lo único que le quedaba bien, puesto que también la joroba le quedaba mal, era la joroba propiamente dicha. Por lo demás el hombre, a no dudar, administraba con admirable sensatez las libras heredadas de Corsino Ordóñez, añadidas las que Felipe le regaló en un gesto de desprendimiento.

En cuanto a Oblitas, éste viajaba envuelto en un imponente poncho multicolor, igual que la otra vez. Empero, esta vez, su llegada provocó tremendo revuelo. La aparición de un Mesías difícilmente habría causado tal conmoción. Sanabria habíase lanzado a toda carrera para recibirlo; Menelao Vera pisaba los talones a su amo, corriendo oficiosamente detrás de éste; Felipe Delgado observaba desde lejos la escena, y nadie hizo caso de Peña y Lillo. Oblitas se apeó de la mula para escuchar a Sanabria; Sanabria le refirió el incidente; en lontananza, señaló a Estefanic. Estefanic estaba como una estatua; estaba a solas con su alma en lontananza, y esperaba una mula, amenazando partir a pie. Ahora bien; Oblitas podía decir con todo derecho: vine, vi y vencí. Llegar a Uyupampa, asumir el papel del supremo juez, dirimir en dos por tres un gravísimo conflicto y restablecer la concordia, todo fue uno. Pues la intervención de Oblitas causó asombro por sus efectos fulminantes y por su eficacia abrumadora, así como por la originalidad y el estilo: y qué mejor para él. Eso decía mucho de su persona.

Consecuentemente, muy ufano de que su talento, su elocuencia, su energía y su valor civil, su intuición, y todas sus demás virtudes hubiesen sido puestas una vez más en juego para beneficiar la causa de la confraternidad humana, con lo que se afianzaba el común afecto de los afortunados mortales reunidos en Uyupampa, Oblitas, habiendo eliminado de un solo golpe toda señal y todo vestigio de rencores y de resentimientos, procedió a entregar el regalo, que él apreciaba en alto grado; y siempre ansioso de ofrecer nuevas enseñanzas, se puso en tren de explicar ciertos detalles, al mismo tiempo que absolvía las preguntas del auditorio.

¿Qué de dónde pudo él haber sacado aquellas palabras, que encerraban tan extraño y tan osado pensamiento con una grandeza tanto más terrible cuanto más profunda?

—Claro que no de mi cabeza —declaró Oblitas, mirando de hito en hito a los oyentes—; estoy seguro que todos y cada uno de ustedes, habiendo visto estas palabras no cien, pero mil veces, otras

tantas han pasado de largo sin fijarse en ellas: pues si bien se hallan escritas en idioma extranjero, cualquiera puede entenderlas, tal como las entendí yo, habiéndome quedado sobrecogido cuando se me revelaron en su verdadera luz, con lo que me vi inducido a dibujar la alegoría que ustedes ven en este pergamino, presintiendo que semejante regalo fuese digno del señor Felipe Delgado y algunos pocos que, como él, se arriesgan en las tinieblas y emprenden la gran aventura, despidiéndose de la vida con la misma tranquilidad con que lo harían de una enamorada cualquiera. Pero, ¿de dónde habré podido yo sacar estas palabras, cuya grandeza es más que inconcebible? La cosa es saber usar los ojos, amigo; la cosa es saber ver esos mundos por donde uno anda, y leer un lema que, precisamente, se halla en el monumento a Colón, en pleno Prado de La Paz, con aquellas palabras que sólo un Colón pudo haberse atrevido a pronunciar...

Oblitas cogió el cuadro, lo miró con los ojos entrecerrados, situándose ya en este ángulo, ya en aquel otro; y luego declaró, con tono concluyente:

—No está mal el velero; la caligrafía tampoco —y volviéndose a Felipe Delgado, puso en sus manos el cuadro y le dijo—: Es suyo.

Delgado se quedó pensativo; silenciosamente, salió.

Y colocó el cuadro sobre la pared en su cuarto, a la cabecera de su cama, y volvió a mirar la inscripción: Navegar es necesario —no es necesario vivir. Esto le causaba júbilo. ¿Qué es el júbilo? —se preguntó. Muy extraño le parecía encontrar que no era nada. El júbilo —pensó— era causado por el júbilo mismo; nada tan gratuito como él. Pues de otro modo, el júbilo no sería júbilo. Ciertamente, morir era más importante que vivir, pero con todo, navegar era todavía mucho más importante que morir.

¿Y el regalo de Peña y Lillo? Ahí estaba la Biblia. Una edición de lujo que, por inexplicables o, más bien, explicables razones, se vendía por la nada, y que Peña y Lillo compró, llevado por su buen corazón. Pues él no habría podido animarse a presentar un regalo de tal naturaleza en pleno carnaval, sino porque pensaba que las Escrituras eran mucha cosa para un hombre como Felipe Delgado, el solitario que se alejaba del mundo.

Felipe Delgado se hallaba de pie ante el dibujo del velero, dando las espaldas a la puerta, y de pronto se sobresaltó con la aparición de Oblitas. Lo hizo pasar y le ofreció una silla. Estaba

tranquilo, y evidentemente, encontraba satisfacción al mostrarse amable, según notó aquél, quien se sentía orgulloso viendo que su regalo fuese apreciado en su verdadero valor.

Y sin más rodeos, Oblitas hizo el relato sobre el fin de Prudencio. Delgado escuchó atentamente; mas, no se sorprendió en absoluto. Sentado en la cama, parecía sumirse en una gran pesadumbre.

Dirigió una mirada de curiosidad a Oblitas y dijo:

—¿Y qué quiere usted que yo haga cuando el círculo se cierra? ¿A mí qué me importa que asesinen a ese señor y se queme su casa, y su hermana se vuelva loca? —se levantó de un salto y cerró la puerta, y volviendo a sentarse, prosiguió diciendo—: Yo no puedo hacer nada; el círculo se cierra y todo se acaba. El fuego todo lo consume. Ramona es quien yo amo; y amo su muerte. Ella ha encontrado una morada en la electricidad, y tiene olor a quemado. Está en el centro del círculo; ella sola soporta la temperatura del círculo, yo estoy fuera de él... Y no se hable de los hombres, señor Oblitas, ya se sabe su destino. ¿Qué se hará? Unos están en el centro del círculo, otros dentro de él, y otros fuera de él. ¿No le da pena? Hablemos del círculo, hablemos del fuego. El círculo es fuego que permanece apagado dentro de él, y sólo se enciende con el fuego del verbo que fue encendido con el fuego del círculo. Pocos hombres han conocido el círculo; muy pocos han soportado su revelación; yo soy uno de ellos. Así, señor Oblitas, como conozco el círculo y conozco el fuego, este conocimiento me impide llorar por el destino de los hombres.

Oblitas no sabía qué decir, y se sintió aliviado ante un súbito cambio de humor de Delgado, que, habiéndole rogado expresamente se guardase de contestar en lo más absoluto, formulaba una pregunta: ¿Por ventura, se encontraría un hombre, llamado Felipe Delgado, a bordo de aquel velero que Oblitas dibujó? Nadie en el mundo lo sabía, excepto Oblitas; tal el secreto que, junto con el velero —y Delgado era quien lo aseguraba—, había de perderse para siempre en las tinieblas.

Oblitas sonrió enigmáticamente; no dijo nada.

Los dos amigos conversaron todavía un largo rato; y luego se fueron al gabinete de Sanabria.

En plena charla con Estefanic y con Peña y Lillo, mientras todos ellos bebían un poco de limón con mucho aguardiente para esperar el almuerzo, Sanabria daba rienda suelta a su imaginación

con apasionados comentarios sobre los asuntos del Chaco y otros temas de candente actualidad. Al ver a los recién llegados, se interrumpió y agitó los brazos, haciendo advertir que fingía sorpresa –¿habría sostenido Oblitas alguna conferencia secreta con Felipe Delgado? –se preguntaba Sanabria, y luego exclamó festivamente:

–¡Me muero de curiosidad profesor Oblitas, nada de secretos! ¿Qué misteriosos temas abordaba con el joven Delgado?

–¡Ah, cosas son de unos seres que se mueven en las sombras de un pretérito lejano! –declaró Oblitas con aire melancólico y bebió del vaso que le ofrecían–. Escuché la palabra del señor Felipe Delgado; él sabe cómo remontarse a la transparencia en las alturas para mirar la oscuridad y el espacio del alma. Pero aquí –dijo de pronto con tono de broma–, aquí nadie ha de atreverse a guardar secretos, disfrutando de generosa hospitalidad en esta casa; pues hablando de hospitalidad, yo hablo de confidencia, y al hablar de confidencia, hablo de esta casa, hablando de esta casa para hablar del templo de la confidencia; y con esto queda dicho todo. Secretos no los hay; simplemente se comentaba una noticia, muy extraña, de un asesinato –dirigió a Peña y Lillo una mirada irónica y declaró–: Precisamente en estos momentos se halla ante nosotros el señor Peña y Lillo, gran amigo nuestro y verdadero mago en el arte de inventar, perdón, de relatar fidedignas historias de asesinatos –y sin apartar los ojos de éste, añadió con tono autoritario al par que persuasivo–: A nadie afecta en lo personal, amigo; anecdóticamente, a todos interesa. Queda usted invitado a relatarnos, si gusta con lujo de detalles, el asesinato de José Luis Prudencio, que en paz dencanse...

–¡Oh, y esto justamente había que guardarlo para inyectar nueva vida a mis pobres *Noches amables*! –se quejó Sanabria, y aguzó el oído.

Peña y Lillo miró a todos lados. Y qué nerviosidad: con gesto de aplomo se arregló la corbata. El narrador de la historia, una vez refundida, aumentada y corregida con una enojosa serie de pormenores, de los cuales poseyera la clave, precisamente, no podía ser otro que él, Peña y Lillo. Los detalles, que éste conocía como pocos, eran escalofriantes:

José Luis Prudencio había sucumbido por atroces golpes que le fueron asestados en el cráneo y con un caño de hierro por su hermana Lucía Prudencio en circunstancias tales que nadie podía animarse a pormenorizar. El móvil del crimen quedó

inequívocamente establecido, no siendo otro que el odio y el deseo de venganza acumulados a lo largo de los años por una anciana mujer que, habiendo vivido tarde y mañana bajo el signo del horror, tenía que verse obligada a protagonizar infamantes papeles –por lo general en calidad de ayuda de cámara–, con una participación activa y directa en prácticas inconfesables, a las que el hermano entregábase desenfrenadamente. En ardua investigación atingente a un caso sin precedentes en el acontecer local, habíase definido el testimonio de monstruosas aberraciones conformando un cuadro de inconcebible abyección y locura. Ahí estaban las innumerables y abrumadoras pruebas físicas, clasificadas en el gabinete de la policía por el criminólogo Mariño, y que, habiendo sido prohibida su exhibición al público, el criminólogo enseñaba a sus amigos (entre los cuales, casualmente, se contaba Peña y Lillo). En base a las declaraciones que, a tiempo de confesar su delito, voluntariamente prestara Lucía Prudencio ante la justicia, podíase caracterizar la índole oscura de los hechos. Pasábase la vida Prudencio urdiendo simulacros, ya de la más refinada crueldad, ya de la más abyecta y brutal perversión, con objeto de martirizar a la anciana. Innumerables veces intentado, el incesto habíase frustrado todas y cada una de éstas. Le regalaba flores, perfumes, sombreros y chocolates, y, un momento dado, arrebatábale los obsequios y los arrojaba por la ventana. La obligaba a vestirse de hombre, con colán y botas, para marchar de largo a largo en el salón, al compás de unas marchas militares que hacía tocar en el gramófono. Los viernes, tenía ella que presentarle infaliblemente un informe detallado sobre el sabor de unos chocolates rellenos de porquería, que en su presencia se veía obligada a comer. Vaya usted a saber las enormidades de polvos de cantáridas y afrodisíacos poderosos que el maníaco ingería, desfogándose con lo primero que encontraba a su paso, y, muy a menudo, con los pongos: –"¡A falta de pan buenas son tortas!", dejábanse escuchar a esto unas voces entre la concurrencia a los debates, pues según Peña y Lillo, los magistrados se empeñaban en ventilar públicamente el caso, y así daban pábulo a semejantes explosiones de procacidad. Por lo demás, nada ni nadie se salvaba del viudo; ni las mujeres, ni los hombres, ni tan siquiera los animales. El viudo hallábase atrapado en fantasmagóricas constelaciones de criaturas. Había patos, llamas, gallinas, perros, y muñecas inclusive. Por lo que toca a Lucía Prudencio, ¿qué pudo pasar con esta pobre anciana, habiendo

sido víctima de crisis nerviosas ya a comienzos del proceso y que a diario se repetían con más y más violencia, sino que fue a parar al manicomio? El reciente incendio ocurrido en la casa de la calle Recreo era un digno epílogo de la atroz historia. Y fue poco después del asesinato y por causas no conocidas, cuando precisamente ardió la antigua casa de Prudencio durante horas enteras a vista y paciencia de una multitud de curiosos, habiendo quedado convertida en un montón de escombros y de cenizas.

Tal el relato de Peña y Lillo.

Los circunstantes guardaban silencio. Oblitas, asumiendo una actitud de árbitro supremo, tomó la palabra y dijo:

—Así nomás es la cosa, amigo. El camino que conduce a las tinieblas detrás de las cuales se halla la luz primordial, no podrá encontrarse por la mezquindad. La grandeza es el único camino; el renunciamiento, la entrega total: he ahí el único camino. La locura tiene que ser grande, no hay locura pequeña. A mí nadie me viene con que la locura fuese una sola para todos. A cada cual le toca la locura que se merece. Son pocos los locos y al mismo tiempo son muchos, así como son pocos los elegidos y muchos los demás. Yo me cuento entre los pocos, pero no me jacto de mi condición ni me importa que me cuenten entre los más. Diré en justicia, refiriéndome al tan mentado señor Prudencio, que él bien podía haberse contado entre los pocos, a no ser por la mezquindad que lo perdió. Le faltó altura. El pobre no pudo caer al abismo. Se cayó de la mesa, y ni siquiera se rompió la cabeza. Ya lo vimos. Alguien tuvo que rompérsela. Incapaz de enfrentarse con los abismos del vicio, no pudo soportar el resuello de las tinieblas, amigo, y muchísimo menos internarse en ellas. No tenía fe, y valentía tampoco. El descreído no podrá emprender la búsqueda de la luz, y tampoco el cobarde. Hombres como aquél, tendrían que repetir lo siguiente, desvirtuando la grandiosa sentencia de Colón: "¡Es necesario vivir, no es necesario navegar!". Ahora, como mis virtudes de hombre respetuoso y ecuánime sobradamente me facultan para abordar cuestiones delicadas, no pecaré de temerario al sostener que Prudencio fue el culpable de la muerte de su esposa. ¿Y por qué? Pues por haberse metido con una muñeca. Efectivamente, este hombre hizo su amante a una muñeca; yo me sé la historia al dedillo; hablo con conocimiento de causa. ¿Qué es una muñeca, después de todo, si no una cosa sin vida? Una cosa sin vida es la imagen de una necesidad de vida y que, para el caso, consiste

precisamente en aquella forma de vida que pudo transmitir este hombre a la cosa sin vida que era una muñeca. La muñeca comenzó a vivir por el maleficio surgido en cierto momento, al diseminarse el licor del pervertido en las entrañas de la muñeca, habiendo sido éste, precisamente, el comienzo del fin de aquella señora que por desgracia era su esposa. Ahí tienen ustedes la verdad en toda su crudeza; y debe rechazarse categóricamente toda especia en sentido de que ese bendito señor hubiese sido afectado por la muerte de su esposa. Todo lo contrario. El fornicador no tenía por qué afligirse; la muerte sería reabsorbida por la muñeca. Pues habiendo sido enterrado con el cadáver un símil de la muñeca, ésta cobraba una vida siempre renovada a expensas de la muerte y de la depravación. Yo nada digo sin antes haber meditado largamente, amigo. Y así me explico la caída de este hombre. Un hombre incapáz de concebir y de vivir la helada soledad de las tinieblas, un hombre sin religión, y que ni cree en el Altísimo ni cree en Satanás, se queda preso en las redes del mero vicio, sucumbe a la más leve locura, no puede aspirar a la idealidad de la luz. Ya se sabe que el siempre respetado y temido Satanás nada tiene que ver con las pequeñas o grandes desgracias que pudieran afligir a un hombre de semejante jaez, por más animales y pongos que hubiese sacrificado con la intención de hacer méritos, y esto lo digo para mi coleto; si alguien no me entiende, allá él. Ahora, ¿quién podría atreverse a formular el más leve comentario tocante a la señora doña Ramona? Mucho cuidado; es otro cantar. Pues ella supo ser verdadera, habiendo obedecido única y exclusivamente a la causa del espíritu. Por último: ¿acaso no es una verdad patente la ira del Cielo, el fuego que se desata? Felices los que saben sobrellevar la maldición, amigo; y para qué hablar más.

En este momento, aprovechando la coyuntura, Menelao Vera anunció el almuerzo. La cabecera de la mesa fue presidida por Estefanic a instancias de Sanabria. Este declaró haberse sorprendido con los juicios de Oblitas, y dijo:

—El profesor va demasiado lejos en alas de su fértil imaginación; lo digo con toda sinceridad. Sabemos que el tema da para mucho, pero también sabemos que no dan para tanto los desvaríos a que pudiera verse conducido un pobre hombre. No pocas veces a lo largo del ejercicio de mi profesión me vi tentado por el estudio de las aberraciones sexuales. Si bien es ésta una especialidad del psiquiatra, el médico general no puede ni debe

deconocerla. En resumen, quisiera limitarme a declarar lo siguiente: yo estimo en su respectivo valor la connotación fantástica en las interpretaciones del profesor a este respecto, aunque ello no tenga absolutamente nada en común con la objetividad desde un punto de vista epistemológico.

—Muy bien —replicó Oblitas—. Pero es la cosa que yo no entiendo qué querrá decir la palabra epistemológico. Es más, tampoco lo deseo —y con desdén añadió—: Entender lo que no se desea, no solamente no sirve de nada, sino que perjudica —hizo un puchero, emitió un suspiro y declaró—: Así lo sostengo yo, y cada loco con su tema; en muchos puntos no estaré de acuerdo con el señor doctor, pero líbreme Dios de no respetar su criterio. Y por qué no pasar la hoja. Hay una cuestión: mañana tenemos domingo siete, si no me equivoco, y es día aciago; tengo entendido que el señor Menelao Vera ha ganado fama como experto conocedor de supersticiones. La que mencioné no se origina en estas alturas, sino allende los mares —dirigió al administrador una mirada distante y le dijo—: A ver, a ver; qué le parece el domingo siete.

—El domingo siete me parece —contestó Vera a secas, pues ya era sabido que todo le parecía, y añadió luego—: Seguro que trae muchos accidentes, doctor profesor.

—¿Y qué más? —interrogó el doctor profesor recientemente nombrado.

—Trae derrumbes, colerones. Mortandad y fuego a las naciones. Pérdidas a los hombres que salen a la calle. Si cae siete, el domingo me parece; y si cae trece, el martes también me parece.

—Entonces debe ser la guerra —intervino Sanabria con buen humor, tocando su tema favorito—: ¿Qué otra cosa puede ser? Si mi compadre Menelao habla de mortandad y de fuego, nada raro sería que mañana mismo se nos aparezca algún cometa anunciando la calamidad, como el cometa Halley, que anunció la Guerra Mundial. Yo estaba en los Alpes cuando apareció el cometa; ¡y qué espectáculo majestuoso! —se dirigió a Estefanic y le dijo—: Si mal no recuerdo, usted estaba en las minas de Virgilio Delgado por aquel tiempo.

Estefanic guardaba una actitud de reserva. Daba pena mirarlo. Todos lo habían visto parado, inmóvil en el campo, esperando una mula para irse. Y Sanabria sabía que era incapaz de hacerlo, habiendo evitado a toda costa enfrentarse con él y habiendo tenido que fingir, al rogarle que desistiese de un propósito que —y esto

no se lo dijo— nadie tomaba en serio, excepción hecha de Oblitas que, a su llegada, había asumido una actitud auténticamente dramática posesionándose de un papel que de todas maneras halagaba su vanidad, y tanto más por cuanto que Estefanic, con su decisión, le inspiraba mucha pena. Y quién más halagado que el propio Estefanic ante el revuelo causado por su drástica determinación, habiendo hecho Sanabria todo lo posible por exagerar la nota ante los demás a fin de sugerir una atmósfera de alarma, conmovido como estaba, de un modo muy extraño y particular ante el espectáculo que Estefanic ofrecía esperando que le diesen una mula para marcharse en el acto, sin tonguito —cosa increíble— y con un gran sombrero de paja —el mismo que día antes arrojara lejos de sí, unas abarcas en los pies pelados, la levita cubierta de polvo y un enorme bulto que cargaba sobre sus espaldas manteniéndose todo el tiempo exageradamente erguido, con una actitud por la que debería de suponerse que sería muy capaz de llevar sus amenazas al terreno de los hechos.

En contestación a lo dicho por Sanabria, Estefanic miró a éste, y luego declaró con sonrisa afectada:

—Yo lamento contradecirlo, doctor Sanabria. Efectivamente, yo estaba en las minas de don Virgilio Delgado en 1910, año en que apareció el cometa Halley; pero como la Guerra Mundial estalló en 1914, forzosamente debo preguntarme qué relación puede haber entre uno y otro suceso...

—¡Con perdón de usted, salta a la vista una relación misteriosa entre ambos sucesos! —interpuso de pronto Peña y Lillo con toda sangre fría, sin duda para congraciarse con Sanabria, a quien dirigió una mirada de inteligencia.

—¡Ah!..., claro —exclamó éste con desaliento, y luego, disimulando su turbación, dijo inopinadamente—: Según me anuncia mi primo el coronel Sejas Jaimes, se tiene previsto un próximo estallido de las hostilidades. Se habla de movilización general. La cosa está grave.

—Puede ser; muy bien puede ser —asintió Oblitas—. Yo también creo que estallan las hostilidades. A diario parten contingentes de tropas con destino al Chaco; yo mismo estuve una serie de veces en la estación, y dicho sea de paso, presencié escenas de verdadero patriotismo; hay que ver cómo la gente derrama lágrimas de orgullo y se agolpa delirante de entusiasmo para despedir con flores, camaretas y serpentinas a nuestros soldados; hay que ver

cómo grita: ¡Abajo el Paraguay, viva Bolivia! ¡Viva el soldado glorioso del Ejército! Y mientras que el pueblo se alista bajo banderas, el ciudadano comprende perfectamente que los sufrimientos que habrá de soportar no serán vanos. Fíjese por ejemplo: en cuestión de divisas, el Banco no quiere saber nada. A mí se me rieron en la cara por la gran ingenuidad en que seguramente incurrí al haber solicitado un pequeño giro para traer unos materiales de trabajo y unas obras sobre el Régimen del Fuego y sobre Ibn–Sina, más conocido como Avicena...

– ¡Oh, profesor!, pues yo tendré a mucha honra allanar el camino por ese lado –ofreció Sanabria, seguramente impresionado con el patriotismo demostrado por Oblitas–: No deben negarse divisas al investigador, al estudioso. El Banco lo atenderá en el acto con una esquela mía. Yo habría podido facilitarle un cheque particular si no estuvieran controladas por el gobierno mis disponibilidades propias, como que hoy por hoy, absolutamente todas las divisas lo están, según lo exige la crisis bélica. Pero esa esquela tendrá el carácter de una orden; al fin y al cabo, las divisas que pido me las he ganado yo.

–Muy amable –dijo Oblitas–: gracias mil. ¡Y con el terrible interés que tengo yo por el macabro Ibn–Sina, dígame! Claro que unas cuantas libras esterlinas más o menos, en nada podrán afectar al régimen de economía bélica, beneficiándome yo con el Régimen del Fuego.

–Tiene usted toda la razón del mundo –asintió Sanabria–; pero un caso aislado y excepcional no puede multiplicarse; no se puede conceder divisas a gil y mil, échele pluma, necesitamos armamento y más armamento. Una bala de fusil es un enemigo menos, eso está bien, pero nuestro armamento es anticuado, según dice mi primo. Imagínese, uno de esos cañones modernos es más grande que esta casa y vale una fortuna. Con el valor monetario que representa un proyectil de artillería, cualquiera podría vivir tranquilamente un año; y quien paga es el pueblo. Sin embargo, si es la Patria quien lo exige, no hay vuelta que darle. Cuanto más dinero tengamos, tanto mayores serán nuestras probabilidades de triunfo. Según Napoleón, tres cosas deciden la victoria en la guerra: el dinero, el dinero y el dinero...

Sanabria, que encontraba muy grata la compañía de Oblitas mientras podía explayarse horas y horas en apasionadas disquisiciones sobre el tema de la guerra, tal como lo hacía ahora,

habiendo monopolizado la conversación desde la hora del almuerzo hasta la cuatro de la tarde, empezó a sentirse culpable ante sus otros amigos, quienes se aburrían con el tema y guardaban un obstinado silencio, y a todo esto, habiéndose hecho cargo de la situación, ya que después de todo era carnaval, dijo habérsele ocurrido una idea, y propuso organizar una *Velada de máscaras*, como variante de las *Noches Amables* –las cuales seguían teniendo vigencia, al menos para él. La idea encontró buena acogida; y, dado que en su pabellón de curiosidades el gestor de la velada tenía una guardarropía suficiente para disfrazar no ya a cinco, pero a cincuenta individuos, y puesto que sólo se requería de ingenio y habilidad para lograr un buen disfraz, todo el mundo quedó satisfecho. Sanabria se disfrazó de Federico el Grande; Oblitas, habiéndosele ocurrido disfrazarse de Federico el Chico por seguir la corriente, al último cambió de idea, y se disfrazó de aviador; Vera se disfrazó de cura; Peña y Lillo y Estefanic, de espías, boliviano y paraguayo respectivamente. Felipe Delgado se mostró reacio; hizo saber que él, ya de por sí, estaba disfrazado desde su nacimiento.

La *Velada de máscaras* se inició con salvas de cohetes y gran despliegue de serpentinas y de mistura, a cuyo objeto habíanse apostado estratégicamente los sirvientes en momentos en que los invitados comenzaban a ingresar en el salón, donde se había dispuesto una mesa con lechón al horno y cerveza, vino y otras bebidas. Oblitas, por lo visto, quería volar ya que era aviador, presentándose con unas impresionantes alas de satén y túnica blanca salpicada de estrellas, y más parecía ángel que aviador. Federico el Grande, con deslumbrante uniforme y gigantesca espada que arrastraba por el suelo, cubierto de condecoraciones el pecho y fastuosa capa, disparó un par de balazos y causó sensación. El espía boliviano apareció vestido de negro, con pantalón corto, medias largas y botines, camisa de deporte con el cuello volcado y cachucha, llevando un catalejo en la mano. El espía paraguayo estaba patapelada, ya que los paraguayos no usaban zapatos y se les decía patapilas. Sin embargo, a juzgar por la escopeta, los rollos de mapas en una canasta y la enorme brújula, que cargaba Estefanic como parte de su equipo, la ingenuidad de los espías paraguayos debería de ser fenomenal. Menelao Vera, de entrada, tuvo que despojarse de la hermosa sotana y del capelo que le servían de disfraz, pues el aviador, habiendo comenzado a elogiarlo con toda intención por la elegancia con que lucía las prendas, le dijo que era un perfecto

cardenal, y que su porte distinguido causaba asombro; mas, el momento crítico, y cuando ya se le subían los humos al cardenal, de pronto le preguntó si no sería pecado mortal usar como disfraz de carnaval un hábito sagrado, a lo que Vera depuso su dignidad, empezó a temblar y corrió despavorido a cambiarse, apareciendo a poco en mangas de camisa, con látigo y bombachas, los pelos alborotados y un ojo con tamaño parche, dando unos sordos mugidos y como quien hace ver que no se amilana. Le preguntaron de qué estaba disfrazado, y dijo que de don Quijote; quién sabe si no bromeaba, pero esta vez Oblitas se quedó con la boca abierta y no supo qué decir. Federico el Grande estaba contentísimo. Según su opinión, el disfraz del espía boliviano era el mejor de todos, y decidió premiarlo con una moneda de oro. Luego blandió su espada, sacó su revolver, apuntó al espía paraguayo y lo metio preso detrás de un sofá. El consejo de guerra decretó el fusilamiento del espía; por humanidad se le puso unos zapatones a fin de que no se resfriara en la marcha al patíbulo, improvisado al pie del sauce en el centro del patio; y acto seguido, se ejecutó la sentencia por un pelotón de indios. Sin embargo, a los pocos momentos el cadáver del espía hallábase cómodamente sentado, bebiendo un ponche bien caliente, en animada conversación con don Quijote.

Felipe Delgado, que se mantenía alejado en un rincón, estaba pluma en mano; de rato en rato contemplaba su cuaderno, se inclinaba y se ponía a escribir, y hacía señas al sirviente, el cual le traía tazas y más tazas de té. Y viéndolo así solitario, el espía boliviano se le acercaba, y sentábase a su lado para conversar un momento con él.

El aviador había suplicado a Federico el Grande le ayudase a sacarse las alas. Bebía como el que más y, para beneplácito de éste, ahora volvía a la carga con el tema de la guerra, desgalgándose contra los espías.

—Nosotros los bolivianos somos demasiado cándidos y sentimentales, amigo; todo nos da pena —dijo Oblitas—. ¡No somos capaces de fusilar a una mosca, y vamos a fusilar a un espía! Todo nos da pena y sabe Dios la multitud de espías paraguayos que estarán pululando en los ministerios y en las oficinas, amigo, en nuestros arsenales, en el propio Palacio de Gobierno. Y con los argentinos mucho ojo. La Argentina explota grandes factorías y controla los ferrocarriles en el Paraguay. La Argentina se parcializa por completo con el Paraguay y sin embargo lo niega. Y mientras tanto, ciertos argentinos radicados en Bolivia se aprovechaban de la situación para dedicarse impunemente al espionaje. En comparación con esta gente astuta y mañuda nosotros somos unos pobres negros con mamadera. Estamos rodeados de enemigos y nos acosan por todo lado los fantasmas del espionaje y de la iniquidad. Y si eso quiere decir que existe virtualmente el estado de guerra, deberíamos actuar en consecuencia, aplicando un poco de psicología mágica en la retaguardia. No cometamos el error de subestimar al enemigo; la opinión sensata del país tiene que reconocer hidalgamente que estos paraguayos son más vivos que las arañas. Fíjese usted: no recuerdo si me he soñado o me han dicho que el Paraguay está valiéndose de los negros en sus servicios de espionaje.

—No me diga —comentó Federico el Grande feliz de la vida—: voacé ha debido soñarse. Los negros no pueden ser espías.

—¿Y por qué no? —protestó Oblitas.

Federico el Grande, colocando a un lado la espada, que le molestaba, dijo con tono indolente:

—Pues porque son negros; y como tales, no pueden pasar desapercibidos. Sin embargo, todo puede ser, y si los paraguayos tienen espías negros a su servicio, allá ellos. Sea como se fuese y con espías negros o sin ellos, el temple de un pueblo se pone a prueba en la guerra; nosotros tendremos que afrontar tremendas dificultades. Para comenzar, desde el punto de vista estratégico—geográfico estamos reventados. El coronel Efraín Sejas Jaimes, como usted sabe, es primo mío. Este distinguido militar ve muy negra la situación. Ahí tiene voacé, un militar indoctrinado en las altas tradiciones de la escuela alemana; ésa es cabeza. Por algo el Presidente le tendrá una enorme confianza. En fin: él hizo un esbozo del actual estado de cosas en conferencia secreta celebrada hace poco. Encaramos problemas casi irresolubles. La guerra exige esfuerzos sobrehumanos, y además, un heroísmo sin límites, del que felizmente es muy capaz el soldado boliviano. Mire usted profesor, mi primo conoce el Chaco palmo a palmo. En el Chaco no hay agua. El Chaco es un infierno para el soldado boliviano, en tanto que para el soldado paraguayo es un paraíso. La zona de operaciones queda enormemente alejada de los centros de abastecimiento, y como consecuencia, urge la necesidad de organizar y mantener un sistema permanente de etapas, cosa muy difícil; luego tiene usted la formidable extensión de las líneas; un flujo de tropas, de vituallas y de equipo, que debe mantenerse a lo largo de mil kilómetros;

la precaria situación en cuanto a suministros; los vehículos motorizados, que se requieren en número de mil por lo menos, y sólo tenemos cuarenta; añada voacé la falta de material rodante, las enormes deficiencias en la red ferroviaria y la cantidad irrisoria de pertrechos bélicos; piense en una pobreza de recursos que raya en lo inconcebible, y tendrá una idea, aunque pálida por cierto, de los problemas que confluyen en el sombrío panorama de la realidad que pinta mi primo Sejas Jaimes.

—¡Pero entonces estimado colega, con un panorama tan sombrío de la realidad como el que ha pintado su primo Sejas Jaimes —exclamó Oblitas con indignación—, se necesitaría estar loco para ir a la guerra, y yo, francamente, no me explico por qué somos así!

—¡Pero yo sí! —replicó Federico el Grande, y habiéndose despojado de la deslumbrante guerrera, se puso una bata vulgar y silvestre, para luego añadir—: ¡La cosa es que somos así, y estamos seguros de ganar la guerra!

—¡Ah!, entonces cabe deducir que su primo es un derrotista —dijo secamente el aviador.

—¡No hay tal! —declaró Federico el Grande con severidad—. Todo lo contrario. Al poner el dedo sobre la llaga, mi primo arriesgaba su propia reputación. Y precisamente gracias a hombres como él, que tienen la valentía de poner el dedo sobre la llaga, se hace posible remediar nuestros puntos débiles. Escuche voacé, ya ha comenzado una acción en gran escala para remediar esos puntos débiles. Y según apreciaciones compulsadas últimamente, nosotros hemos de ganar la guerra pese a quien pese. En la cartera secreta del Presidente de la República figura una directiva al Comando Superior del Ejército, señalando el objetivo final. Y ese objetivo es Asunción, qué le parece. ¡Alegrémonos ante la inminencia de operaciones tácticas de gigantesca magnitud que envolverán, arrollarán y aplastarán al enemigo!

—¡Operaciones gigantescas que aplastarán al enemigo, eso me parece! —exclamó Menelao Vera, que escuchaba devotamente y aún exhibía un gran parche en el ojo.

—Ya veo; usted señor doctor me hace asustar, y luego, me hace alegrar —dijo Oblitas un poco corrido y añadió—: Usted me azarea, y me desconcierta manejando con tanta maestría unos grandes golpes efectistas. ¡Cómo se ve que le sobra eso que yo llamo talento psicológico, y no lo digo por adularlo! Además, Dios sabe

que en ningún momento me referí a su primo con mala intención. Ahora ya sé que su primo arriesgaba el pellejo en aras de la verdad, en aras de la Patria.

El espía boliviano y el espía paraguayo, sentados en un sofá, cuchicheaban de rato en rato llevando las manos a la cara, mientras el uno se acercaba al oído del otro para musitar quedamente, ocultando sus gestos como verdaderos espías. Felipe Delgado, en su rincón, estaba ahora completamente inmóvil y contemplaba la escena.

Previa consulta con sus invitados que, al igual que él, tampoco querían más lechón, el dueño de casa mandó traer un buen caldo de gallina, y luego dijo:

—Voacé sabe muy bien lo que pasa: si salgo a la plaza y me pongo a decir disparates afirmando que los paraguayos han de ser expulsados del Chaco a latigazos, seguro que el pueblo me alza en hombros y al día siguiente me condecoran con el Cóndor de los Andes; pero si se me ocurre decir unas cuantas verdades sobre la situación, en ese mismo momento me agarran y me ahorcan por derrotista.

—Ni más ni menos —asintió Oblitas—. Imagínese señor doctor, el Presidente atreviéndose a proclamar unas cuantas verdades desde el balcón del Palacio, y ya veríamos si el pueblo no hierve de ira y lo trucida. Y es que el pueblo necesita que se le mienta, y le gusta la mentira porque sus ilusiones se alimentan con ella. Toda ilusión es ya una mentira desde que está reñida con la verdad; y puesto que el conocimiento verdadero de la verdadera ilusión es un privilegio que solamente se reserva al mago, con la simple verdad se acabaron las ilusiones, amigo. Para comprender tales cosas hay que conocer de psicología; el que no conoce de psicología está frito. Y conste que no me refiero a la psicología convencional, formal o racional, de la que yo me río porque no sirve para nada, sino que me refiero a la psicología mágica, o verdadera, cuyo conocimiento he logrado yo asimilar con amplitud y profundidad a lo largo de muchos años en mi sacrificada existencia. Y perdone usted, la aclaración era necesaria. Pues como iba diciendo, el Presidente mal puede salir y decir la verdad de buenas a primeras ni siquiera en tratándose de hechos gratos al pueblo, los cuales deberán dosificarse de tal modo, que a primera vista aparezcan como falsos, dejando que el pueblo sea quien descubra por sí mismo que no lo son, a fin de lograr un efecto cien veces, mil veces más positivo con su difusión.

Para infundirle confianza, al pueblo habrá que hacerle consentir muchas cosas. Por más que el pueblo supiese que nuestro armamento es más viejo que Matusalén y que necesitamos mil camiones y tenemos solamente cuatro, el pueblo esperaría que los gobernantes afirmasen lo contrario, intuyendo que el remedio se hallará como una realidad detrás de tales afirmaciones. El ciudadano consciente de su responsabilidad, que calla todo cuanto sabe porque sabe lo que sabe, es contrario al desaliento y la desmoralización. En el seno de la familia todo se sabe, pero cada cual aparenta que no sabe que el otro sabe, y nadie dice nada, limitándose a repetir lo dicho por los gobernantes; pues los gobernantes, que callan lo que callan los demás, aparentan que no saben que los otros saben lo que saben. Los gobernantes saben lo que callan; los derrotistas y los escépticos no saben nada, y no callan nunca; los traidores callan, cuando saben y cuando no saben, y los renegados callan porque no saben, pero el pueblo, no solamente sabe por qué calla lo que calla, sino que también sabe por qué calla lo que sabe. En el seno del pueblo, nadie sabe nada, y, al mismo tiempo que todos saben todo, cada cual sabe que el otro sabe, pero todos callan lo que saben, aunque no sepan lo que callan cuando callan lo que saben...

–¡Ah caramba, a ese paso una guerra es menos complicada! –exclamó abrumado Sanabria–. Me confunden esos juegos de palabras; a voacé le ha dado por la broma, profesor.

–Nada de eso; tan temerario no soy. La Patria no admite bromas –repuso Oblitas–. Pero sin embargo, debo declarar que la presencia de un espía paraguayo no le hace en esta conversación secreta, desde que ha sido fusilado –añadió con tono de broma, y luego prosiguió diciendo–: Seré breve, permítame señor doctor; entrando en materia, quisiera encarar el problema tal como yo lo veo, o sea, a la luz de la psicología mágica. Según yo sostengo, es absolutamente necesario adoptar en lo interno, en el plan individual y colectivo una política descabellada. Todo se reduce a mirar las cosas tal como si uno se encontrase en otro planeta. La cuestión es como caminar en el borde del abismo con el deliberado propósito de precipitarse al vacío el momento en que este propósito se viese debilitado. Más allá de la paradoja hay una clave misteriosa que, en manos del iniciado, es arma terrible. No es cuestión de hacer payasadas o decir diparates por gana y gusto. Con semejante arma uno puede incendiar el mundo, resucitar muertos y hacer

cuanto le dé la gana. Obsérvese que, de entre todos nuestros gobernantes, quizá el único que merece el título de tal es Melgarejo. Melgarejo hizo un gobierno mágico; y gobernó a sabiendas de que para gobernar no es necesario saber gobernar, pues una cosa es gobernar, y saber gobernar es otra cosa. ¿No ha sido la falta de apoyo popular el gran problema de todos los gobiernos? El pueblo ha de apoyar a un gobernante siempre que éste sea capaz de infundir terror y que, al mismo tiempo, no obstante inspire lástima. ¿Qué pretendía Melgarejo, sino inspirar lástima cuando se jactaba de una extrema miseria, permaneciendo en cama para recibir en audiencia a fin de que lo viesen a él, pobre y sacrificado Presidente, que tenía que dormir sin sábanas? Salamanca, el gran patricio, en una de esas debería salir en mangas de camisa al balcón del Palacio y ponerse a gritar, angustiado y desgreñado, aparentando un gran desamparo y una necesidad imperiosa de escuchar la voz del pueblo. Sería un gran golpe efectista.

–Claro –asintió Sanabria–. Pero no debe olvidar voacé que todo golpe efectista es cuchillo de doble filo.

–No tal –dijo Oblitas–. Yo le diré que en el plano de la psicología mágica, las cosas son muy diferentes. Precisamente habría que mantener sobre ascuas al pueblo, sumirlo en permanente desconcierto: desconcertar es dominar. El presidente debería cometer una que otra locura; debería salir a las calles haciéndose el extravagante y sin perder el aire de dignidad, con gesto de profunda preocupación, vestido a lo pobre, más o menos como lo está el señor Peña y Lillo en este momento, seguido por una legión de edecanes en uniforme de campaña, para escándalo de la opinión pública, suscitando ya curiosidad, ya pena, ya ira, ya malevolencia entre los ciudadanos y sembrando el desconcierto por calles y plazas, pues ya lo dije y lo repito: desconcertar es dominar. ¿Qué diría el doctor Salamanca si alguno de los personajes que lo rodean, digamos Tamayo, que tiene mucho ascendiente, le propusiese la aplicación de la psicología mágica en los asuntos de Estado? El doctor Salamanca es un asceta, hombre severo y rígido como pocos. A lo mejor pone el grito en el cielo y se muestra renuente a cargar con una responsabilidad que seguramente no hallaría justificativo ante la historia. Quién sabe a qué clase de argumentos se tendría que recurrir para persuadirlo. En último término, aquel que gobierna la paradoja ya puede gobernarlo todo. Pero ahora sigamos adelante. En ciertos casos se debería adoptar medidas novedosas, por

decirlo así, aunque éstas no dejarían de ser drásticas allí donde correspondiera. A los espías, si es que han sido hábiles y sagaces en sus trajines, se les hace la distinción de enterrarlos vivos; y a los demás lléveselos a la hoguera. Mano de hierro...

—Esa es la cosa —aprobó Sanabria—. Mano de hierro; con eso sí que estoy de acuerdo.

—Y se fusila a cada paso —prosiguió Oblitas—; pena de muerte para la traición, el soborno, la cobardía, la especulación, el robo, los negociados. Cortes marciales. Lógrase incrementar el ingreso fiscal aboliendo las aduanas y propiciando el comercio de importación en masa, para la consiguiente reexportación en masa. Gigantescas fogatas arden día y noche en El Alto de La Paz, en Caja del Agua y en Santa Bárbara para quemar a los omisos y a los derrotistas. Magia y magia y más magia se pide; magia se requiere hoy por hoy amigo, en tiempos de crisis bélica. Se instituye la celebración de verbenas en las plazas públicas con damas y cholitas simpáticas para despedir a las tropas que parten al frente. Tamayo, ese hombre genial, tendrá sus extravagancias, y eso ya es cosa de profundidad, pues Tamayo deconcierta y domina; y sin haber conocido la psicología mágica, ya la conoce, porque sencillamente es un hombre que ríe. La cuestión es que todos nosotros los bolivianos somos demasiado solemnes. Nosotros los bolivianos somos incapaces de reírnos de nosotros mismo, y nos tomamos tan serio que hasta nosotros mismos nos asustamos. Por ejemplo, sin ir muy lejos, yo soy un hombre solemne, y lo reconozco, aunque en realidad no lo sea sino por ciertas razones mágicas, muy secretas y muy mías, ya que en el fondo me río de mí mismo precisamente porque sé lo que hago. Ahí tienen ustedes, no es cuestión de amontonar tropas o comprar armamento y botar plata a la calle; la cuestión es encontrarse en el espíritu, en lo imponderable, en los valores que se conjugan y que se entrelazan y constituyen eso que se llama Bolivia. La otra noche me encontraba yo en el mundo astral preocupado por los graves acontecimientos que se avecinan y convoqué a Satanás pidiéndole alguna revelación. Mentiría si dijese que alguna vez me dio motivo de queja; pero esta vez, nada quiso revelar y, muy apenas, me sugirió unas cuantas cosas y cosillas que me han servido de inspiración precisamente en esta mi charla, habiéndome transmitido, en fin, una que otra idea, uno que otro consejo de importancia absolutamente fundamental para enderezar la nave del Estado y que, en realidad, debería yo a mi vez transmitir al Primer

Mandatario.

—¿Y qué espera voacé que no lo hace? —observó Sanabria con fingida seriedad—. Fíjese, si lo considera de su deber...

—No —dijo Oblitas secamente—. Más bien prefiero callarme; son cosas extremadamente sutiles amigo, y ni siquiera yo mismo puedo desentrañar su verdadero sentido, sino a costa de terribles esfuerzos psíquicos. Sin embargo quiero referir de pasada cierta enseñanza de Satanás con respecto al rumor. Según esta enseñanza, la mejor arma para luchar contra el rumor es el propio rumor. El Gobierno debería desencadenar sistemáticamente grandes campañas de rumores y tan descabelladas como fuese posible, en todo lo largo y lo ancho del territorio de la nación. Estas campañas de rumores absurdos y descabellados, precisamente, tendrían por objeto neutralizar y desbaratar el derrotismo, la mezquindad de miras y toda actitud negativa, induciendo en el seno mismo del pueblo un elemento festivo, de chanza y de burla, una predisposición al buen humor, a la risa, un sentimiento de confianza y de optimismo. Ni para qué insistir en los insospechados alcances del hecho y los infinitos matices resultantes, según la calidad, intensidad y carácter de los rumores inducidos. Pero claro; estas cosas pertenecen a un orden sumamente elevado, complejo y profundo; los torpes de espíritu, los huérfanos de fantasía, los que navegan en los abismos de la estupidez jamás podrán comprender ni por asomo tamaños refinamientos de la psicología mágica. Cosas y casos por los que se puede llegar a muchas conclusiones amigo, de entre las cuales, hay una que salta a la vista y es que la grandeza rara vez acompaña a los gobernantes. Los vividores, los oportunistas y logreros, los ganapanes que estudian abogacía y no estudian nada, los parásitos, los que leen un par de libros y lo saben todo, ellos son quienes se adueñan de la cosa del Estado para gobernar a la que te criaste. Ellos manejan todos los resortes y hacen y deshacen como pontífices del patriotismo, de la cultura, de la dignidad, de la moral. Aquí sí que vienen a ser flores exóticas Salamanca y algunos pocos de sus colaboradores con el gran Tamayo a la cabeza, pero quién responde de los demás. Ahora si gobernar es fácil, si robar es fácil, si hundir al país es fácil y todo viene a ser fácil, para qué hablar de psicología mágica, amigo, para qué discutir, para qué renegar; ya se trate de hacer una adivinanza o de ganar la guerra, cada loco con su tema; yo entro por el mar y salgo por la garita.

–¡Margarita, y cada loco con su tema! –exclamo Sanabria con inopinado énfasis, pues precisamente estaba loco por salir del tema.

–Ya ve usted señor doctor –añadió Oblitas–, en homenaje a la amistad no olvido sus gustos, me doy maña para hacerle adivinanzas restando seriedad a una conversación como ésta.

–Gracias profesor Oblitas –dijo Sanabria–. Pero quiero apresurarme a confesar que su exposición me ha dejado tieso. Habría que sembrar de una vez el caos y la locura para sacudir la conciencia de nuestro pueblo ya que la sensatez ha fallado. Habría que poner a un loco de atar al mando de la República; pero desgraciadamente, eso no es cosa fácil. Compadre –dijo dirigiéndose a Vera–, sáquese usted ese emplasto del ojo para no parecer un brujo en desgracia, hágame favor de traer otra botella de moscatel, y que viva el carnaval. ¡Pero miren, cómo el pobre Felipe se nos quedó dormido! –añadió, habiendo reparado de pronto en semejante novedad, pues efectivamente, aquél dormía. Dos pongos se encargaron de llevarlo a su cuarto, transportando al durmiente silla y todo a fin de no despertarlo.

A todo esto, los espías estaban idos de borrachos; ello no obstante, todavía trataban de disimular guardando completo silencio, y se mantenían inmóviles mirando fijamente mientras que una sonrisa enigmática vagaba en los labios del paraguayo, y los labios del boliviano se petrificaban con un extraño aire inexpresivo. Ambos por igual hallábanse sumergidos apaciblemente en un mundo inaccesible y distante. Sanabria se puso a silbar entre dientes y, por su expresión, podía decirse que estaba triste y satisfecho a un mismo tiempo. Oblitas, con aquella túnica blanca cuajada de estrellas, estaba muy bien sentado, el cuerpo perfectamente identificado con el nombre del cuerpo, y éste con el nombre de Oblitas, el cual, sin embargo, bien podía no ser el mismo Oblitas, los brazos apoyados sobre los costados del sillón, mirando frente a sí irónicamente con unos ojillos brillantes; y tan pronto parecía el dueño y señor absoluto de la casa como un extraño en lo más absoluto.

Menelao Vera apareció trayendo la botella y llenó las copas. Seguramente le dolió la observación de Sanabria. Pues sin duda, ahora que estaba sin parche, ya no podía sentirse importante. Tal vez por despecho habíase puesto un terno negro, como para salir a la calle. Y se sentó, con el ceño fruncido, guardando cierta distancia de los demás cuando, de un momento al otro,

inexplicablemente los espías se pusieron a llorar, silenciosamente, y miraban el vacío, como ausentes, manteniéndose inmóviles mientras corrían y corrían lágrimas y lágrimas tristes por sus mejillas. Sanabria, Oblitas, Vera, todos ellos miraban a los espías y sin embargo, no les hacían caso. Y creyendo que seguramente lloraban por chiste, ya que ni siquiera se movían ni hacían nada por secar sus lágrimas ni se ocupaban de las copas que estaban a su alcance, ellos vaciaron las suyas.

Oblitas miró de reojo a los espías y, dirigiéndose a Sanabria, rompió el silencio con estas palabras:

–Señor doctor: perdone la incongruencia; permítame hacer una pequeña observación acerca de la sabiduría popular. La sabiduría popular puede interpretarse de mil maneras distintas y, a su vez, cada una de éstas podrá interpretarse de otras mil maneras, asimismo distintas y cuanto más disparatadas tanto más verdaderas, razón por la que precisamente se explica el inmenso poder renovador de la sabiduría popular. Observe usted que la totalidad de nuestra sabiduría proviene de los aymaras y perdone la incongruencia. Entre los aymaras, era el dibujo un ejercicio por el que se plasmaba la noción del infinito. El dibujo sin artificio y puramente objetivo, sin planos de fondo y sin perspectiva, es el infinito, y se representa con el simple trazo de una línea. En tanto que el ocho viene a ser un símbolo del infinito, hay una prueba que se conoce desde hace miles de años, y que yo llamo la prueba de las cabras. Sólo hace falta una tira de papel para generar el infinito. Colando con un poco de goma ambos extremos se forma un círculo, y poniendo en contacto los respectivos planos, sale un ocho. Sin embargo, si el contacto se establece con los planos anterior y posterior, se fractura el infinito en beneficio del círculo. Pues efectivamente, lo unidimensional se fractura en las dimensiones y cada una de éstas resulta ser un infinito fracturado, habiendo dejado de formar parte unitaria del infinito. ¿Y qué tendré yo que ver con semejantes incongruencias? Yo no tengo la culpa de que se encuentren sistemas galácticos por montones en la punta de un alfiler, y, si es que digo desatinos, hágamelo notar señor doctor; es carnaval, uno se emborracha con tanto moscatel y lloran los espías; todos lloran, y llora el general Daza, y tolera la invasión chilena de nuestro litoral del Pacífico, todo por emborracharse como un Juanlanas precisamente en carnaval; pero ahora, con tal que los paraguayos no se entren a la región petrolífera mañana domingo

siete, todo estará bien...

Dicho esto, Oblitas hizo un brindis por el carnaval, y dedicó palabras de elogio al gestor de esta *Velada de máscaras*.

Sanabria, Oblitas y Vera bebieron hasta la madrugada del día domingo siete; los espías lloraron hasta la madrugada del día domingo siete. El día domingo siete no pasó nada.

CAPITULO V

Sanabria se pasaba la vida quejándose. Estaba descontento con la marcha de los acontecimientos. Le dolía que sus expectativas se viesen defraudadas.

Una noche, jugando distraídamente con Estefanic, dejó lar cartas y dijo:

—Mire usted don Nicolás y póngase la mano al pecho; me duele que mis expectativas se vean defraudadas. Esta inquietud, esta ansiedad, esta tensión no acaban nunca, ya no puedo más con el tedio. De nada vale revestirse de paciencia para esperar el gran día, la paciencia se acaba. Es una ansiedad morbosa quizá, y hasta podría decirse que la guerra fuese para mí una bendición antes que una maldición; pero debemos definirnos de una vez por todas como república soberana que sabe hacer respetar su integridad territorial, y se acabó. Usted está viendo; me muero de impaciencia todos los días de Dios, vivo pendiente de un hilo, pegado a la radio desde que amanece hasta que anochece, y voy una, dos, tres veces por semana a la ciudad y me pregunto para qué, cuando ya me cansan los rumores, cuando espero que pase algo y no pasa nada, y cuando soy capaz de volverme loco y las hostilidades no estallan nunca.

En tales trances Estefanic debía desempeñarse como paño de lágrimas haciendo lo mejor posible para consolar a Sanabria. Sin embargo sus argumentos resultaban demasiado débiles. Sanabria, guerrista por temperamento, no podía dejar de lamentarse y utilizaba esos mismos argumentos para darse la razón.

A todo esto Oblitas, con el deseo de ponerse a la altura de las circunstancias, en vísperas de su retorno a la ciudad, había anunciado su decisión de averiguar la fecha exacta del estallido de las hostilidades. Y habiendo recurrido a la luz solar, a la memoria magnética, a la piedra menguante y al arcano de la coca, después de encontrar serios tropiezos en la práctica de todos y cada uno de estos intentos, llegó al extremo de convocar a los Tenebrosos del Invisible. Empero, los Tenebrosos del Invisible se quedaron con la boca cerrada, y Oblitas se quedó con la boca abierta, achacando el rotundo fracaso a la falta de divisas. Ante una alusión tan precisa y directa, Sanabria no pudo menos que acordarse de su promesa y encontró una respuesta, asimismo precisa y directa, extendiendo un cheque al portador —en moneda nacional— con el expreso y manifiesto propósito de subsanar aquellas fallas materiales que según sostuvo Oblitas obstaculizaban las operaciones mágicas. Y de este modo Sanabria, en abierta contradicción con sus propias convicciones, aprobó tácitamente las prácticas de Oblitas dejando traslucir una credulidad pura y simple. Y lo hizo a sabiendas. Pues en efecto, al incorporarse en la órbita de influencia oblitacista, incurriendo en aquella misma debilidad por la que precisamente él había criticado a Estefanic, quiso adelantarse a cualquier posible crítica y declaró que tenía sus propios defectos y debilidades a mucha honra; y luego, haciendo notar a Estefanic el detalle, para festejar la ocurrencia citó un conocido refrán y dijo con buen humor: Nunca digas de esta agua no he de beber. Ni cabe duda que Sanabria se divertía desde el momento que los Tenebrosos del Invisible nada tenían que ver con la falta de divisas, del mismo modo que sufría con el tema de la guerra, yendo y viniendo de la ciudad a Uyupampa y de Uyupampa a la ciudad, así como también se placía al digerir una abrumadora variedad de rumores allí, en el foco mismo de las noticias. Además, hallaba una compensación en sus tormentos de carácter patriótico jactándose a cada paso, ya sea con motivo o sin él, y de tal manera, que para sustentar esta fuente de sinsabores y de placeres, Sanabria saltaba a la ciudad las veces que podía. Faltando pocos minutos para dar el salto llamaba a los huéspedes, anotaba sus encargos, pronunciaba una arenga, con paso marcial se encaminaba al patio, y luego de montar la mula, partía a todo trote. De regreso entregaba los encargos, se quejaba, y disertaba largamente para mencionar la gran novedad —que era siempre la misma—, referente a tales y tales cosas que su primo

el coronel había dicho y no había dicho en conversaciones secretas; y de esta suerte, sus jactancias no conocían límite. Por ejemplo, en una de esas, lo hacía llamar el Presidente y le ofrecía el cargo de asesor; y claro, de buenas a primeras no podía aceptar Sanabria; el cargo le quedaba chico. Finalmente, no era viaje para él y carecía de sentido, si no se trenzaba en polémicas y en dimes y diretes con encumbrados personajes de la política, de las finanzas, de la milicia, y los derrotaba en toda la línea.

Sanabria, para satisfacer su vanidad y no por otra cosa, pasó la Semana Santa en La Paz observando fielmente los ritos de la Pasión. De este modo, podía exhibirse en calidad de benefactor y gran filántropo, recibiendo el homenaje de las beatas en los sermones, en las procesiones y demás solemnidades. A fines de marzo estuvo de retorno, con sendos paquetes que contenían ropa de abrigo para sus protegidos, por cuanto ya se dejaba sentir el frío; pues aun cuando todavía faltaban dos meses y más para la entrada al invierno, a medida que iban pasando los días anochecía tanto más temprano, rayando el alba tanto más tarde. En la tersura del cielo azul y profundo no había ni rastro de nubes, cosa rara, siendo otoño. Pues así se anticipaba la estación, he aquí una atmósfera invernal saturada de luz, plasmándose el mundo de las formas con un fulgor de perennidad. Al atardecer soplaba una brisa helada, como ajena al mundo y discurría solitariamente.

Con una fea cara se presentó abril. La temperatura iba en descenso. Menelao Vera, por orden superior, se encargaba de mantener una temperatura agradable en el salón, bajo el imperativo de hacer más llevaderas las *Noches amables* en invierno, cuando los días son cortos, las noches son largas y un ratoncito roe en la ventana –según recitaba Sanabria recordando unos versos de la infancia. Hacia mediados de mayo la temperatura había descendido a 4 grados bajo cero, y una noche, se cortó la luz en plena velada. El cuarto del generador estaba lleno de humo; se trataba de un serio desperfecto. Menelao Vera partió al alba, y trajo un electricista; el electricista se hizo el interesante, y Sanabria montó en cólera y se puso un guardapolvo. Así las cosas, el electricista se puso al trabajo, y todo el mundo tuvo que morirse de pena y de aburrimiento durante los cuatro días que tardó la reparación del generador.

Por paradoja, gracias al frío, todo el mundo tomaba helados en el desayuno, gracias a Vera; pues éste sacaba provecho de la noche

haciendo helar en el tejado unos platos de café con leche y de chocolate, precisamente para el desayuno. Gracias al frío, comenzaba a repuntar el entusiasmo por las *Noches amables* y, gracias al frío, Felipe Delgado se pasaba noches enteras pegado al telescopio, gracias a la auspiciosa limpidez del cielo invernal; y gracias a ello, Estefanic y Sanabria, ocurriéndoseles no pocas veces declarar desiertas las *Noches amables*, irrumpían en el mirador con la intención de echar un vistazo al firmamento. En tales circunstancias, Sanabria sacaba a relucir un montón de libros, mapas y tablas, y, tratando de localizar tal o cual estrella perdida en el laberinto del cielo, se enredaba en intrincados cálculos que, sin embargo, no podía resolver, no obstante la buena voluntad de Estefanic que, a su vez, no atinaba a manejar el compás, la regla o el lápiz. Y de tal modo, ni siquiera llegaban a mirar el cielo estos astrónomos, sino que, después de pelear a propósito del ápex, de la ascensión recta y del vórtex, habiéndose olvidado totalmente del telescopio, abrumados por la complejidad de los cálculos, cansados de discutir sin ton ni son, finalmente abandonaban el recinto, dejando tranquilo a Felipe Delgado.

Felipe Delgado se quejaba a causa del frío y del silencio. Un día, habiendo lanzado un ultimátum por intermedio de Estefanic a fin de que atendieran sus quejas, declaró que tendría que verse obligado a suspender el trabajo de sus memorias, si no le daban un poco de calor y otro poco de ruido –he aquí un problema irresoluble, ante el cual se asustaron todos menos Sanabria: ¿acaso él no estaba allí presente, siendo como era el único llamado a remediar cuanto problema surgiese, ya sea en Uyupampa o donde quiera que se fuese, y por irresoluble que pareciese? En efecto, Sanabria encontró el remedio, suministrando al mismo tiempo calor y ruido a Felipe Delgado con un buen anafe de bomba que hizo instalar en el cuarto de éste. La solución rayaba en lo milagroso, al menos para Estefanic y Vera que, habiéndose quedado maravillados al unísono, manifestaron su plena conformidad con la opinión formulada por Sanabria, en sentido de que no existían muchos hombres dotados de un ingenio tan asombroso como el suyo.

Por pura curiosidad, una noche, se pusieron a espiar a Felipe Delgado; Vera, Sanabria y Estefanic, en fila india, como ladrones y sin zapatos, avanzaron de puntitas para no hacer ruido, y, a través de unas rendijas en la puerta del cuarto, vieron a Delgado ante la mesa. Las numerosas rendijas permitían que cada cual por su

lado atisbara con toda comodidad en el interior del cuarto. En un taburete, el anafe ardía a toda presión, tal vez demasiado cerca de la mesa; Felipe Delgado que al parecer estaba escribiendo, en este momento se rascó la cabeza adoptando un aire pensativo, y de pronto se levantó con sobresalto; abrió un cajón y, cual si hubiese adivinado la presencia de Sanabria, exhibió aparatosamente unos objetos —en los que éste reconoció con horror sus valiosos ejemplares de miniaturas bibliográficas—, y luego, acercándose al anafe con la intención evidente de arrojarlos a las llamas, hizo una mueca que denotaba profundo desprecio y los dejó en la mesa, cuando a todo esto —para alarma de los observadores que se imaginaban lo peor—, habiendo sacado a relucir un enorme cuchillo, aferrándose a una pita que pendía del tumbado, la cortó de un solo tajo, de tal manera, que en momentos en que aquéllos estaban pendientes del espectáculo, de repente cayó estrepitosamente sobre sus cabezas una verdadera tempestad de tierra y los dejó aturdidos, sin atinar a otra cosa que huír con una extraña lentitud —esta vez por ironía, y seguramente para no hacer ruido.

El día siguiente del suceso, Sanabria recibió una misiva. Felipe Delgado era el remitente.

He aquí su contenido.

"Muy señor mío:

"Le ruego muy encarecidamente no espiarme. Usted arrastra a los señores Estefanic y Vera en indignas aventuras. Usted tiene la culpa de que estos seres hayan caído bajo una lluvia de tierra que estaba destinada a usted exclusivamente.

"Lamento haber tenido que recurrir a las vías de hecho haciendo llover tierra pero no es mía la culpa. Debo defenderme, aunque no soy sanguinario, guerrista o asesino como cierta gente.

"No me espíe señor mío; cuanto quiera que mi pluma vierte ha de guardarse en profundo secreto. Por algo habré tendido trampas acá y acullá; Judas es Judas. Doy gracias al Señor por haberme dados ojos y oídos en todos los rincones habidos y por haber. No me obligue a quemar sus miniaturas, sus libros o sus joyas; el fuego es mucha broma, no me obligue. Aquí no hay ingenio que se tenga. En una de esas agarro y hago llover diez mil diablos de tierra para sepultarlo a usted, y ya veremos quién responde.

"Precisamente por el poder que tengo en mis manos no debo perder la cordura y la humildad. Víctima como soy de numerosos atropellos y provocaciones, el rencor no anida en mi corazón.

Sírvase recibir con estas líneas el testimonio de mi gratitud por el anafe de bomba. Dicho invento me proporciona un poco de calor y otro poco de ruido.

"El que suscribe, rogándole dejar en paz tanto al suscrito como también a las memorias de éste, saluda a Ud., repitiéndose como su seguro servidor y se llama,

Felipe Delgado".

"P.D. No se asuste por las miniaturas; en un paquete se las devuelvo intactas. En tratándose del señor Juan de la Cruz Oblitas, copias van y copias vienen".

Estefanic —pues el emisario era él— había hecho de tripas corazón para entregar el susodicho paquete y la carta a Sanabria, quien se quedó atónito con la lectura de esta última. Ya estaba visto que no cabían comentarios, y ambos se quedaron callados, mirándose el uno al otro, tal como si hubiesen cometido algún inexplicable desacierto, cuando Estefanic, a todo esto, suspendió las cejas imitando a Sanabria que, habiéndose desfogado con Vera, y habiéndole prohibido terminantemente toda intromisión en los asuntos de Felipe Delgado, de repente rompió a reír estrepitosamente, y dijo que esta vez, alguien había demostrado ser más ingenioso que él.

A partir de aquel día, Felipe Delgado se hizo cargo de la limpieza de su cuarto, del tendido de su cama, del cuidado del anafe y demás cosas. Colocó un pedazo de hule sobre la puerta para tapar las rendijas, y después de improvisar nuevas trampas en previsión de ulteriores incursiones, llegó al extremo de prohibir la entrada a los sirvientes, adoptando la política de echar llave su cuarto. En realidad, él tenía gran cuidado con el cuaderno de sus memorias, que ocultaba en lugares secretos. Según la opinión de sus amigos, aquella tarea le servía como desahogo y como entretenimiento, no siendo presumible que hiciese otra cosa al encerrarse horas enteras en su cuarto.

Y por cierto, era ésta una cosa muy interesante: quién más calificado que Sanabria para reconocerlo. Como que, al haber cundido de un momento al otro la tentación de escribir memorias, y habiendo sido el primero en ser tentado, Sanabria dictaminó el caso. Y dijo que era él quien en verdad tenía motivos para escribir memorias, lo mismo que Estefanic, por haber vivido muchísimos años y por tener mucho que contar, mucho que decir y mucho que recordar... Ahora bien; Sanabria se puso a la obra bosquejando un plan de muy vastos alcances. Este plan, según

declaración de su autor, tardaría por lo menos un año en desarrollarse, como requisito previo para emprender las memorias propiamente tales.

Sin embargo, por lo que se refiere a Nicolás Estefanic, el viejo luchador ya no podría ponerse a la tarea. Ya no podría emprender cosa alguna –nunca más.

Nicolás Estefanic no tenía la culpa. ¿Quién podía tenerla? Nadie. Una enfermedad –la neumonia– lo llevó a la tumba. La neumonia tuvo un curso fulminante. El doctor Sanabria, en medio de terrible desesperanza, vio agotados todos los recursos médicos. Al cabo de una breve aunque denodada y valerosa lucha, Estefanic entregó su alma a Dios. Murió con toda rapidez. El cura llegó demasiado tarde; no hubo tiempo para el viático ni para nada.

Nicolás Estefanic fue enterrado a la sombra del sauce que le gustaba; así quedó cumplido un expreso deseo del sentimental anciano. Al declinar el día, ya la fosa estaba cubierta. Era la hora en que unas palomas en el tejado alzaban el vuelo. Sanabria y Menelao Vera se inclinaron devotamente; y, al mismo tiempo, cuando los indios de la comarca se ponían de rodillas para repetir en voz alta unas palabras pronunciadas por el cura al término de la oración, unas mujeres vestidas de negro rompieron a llorar a gritos.

A último momento, apareció Felipe Delgado. Llegó a toda carrera. Estaba desgreñado, sumamente pálido frente al sepulcro, cuando desdobló un papel con temblorosas manos, y habiendo pedido silencio para ofrecer una oración fúnebre, con voz conmovida, leyó lo que sigue:

> "*¡Bendito seas más allá de este mundo, Nicolás Estefanic! ¡En señal de humilde gratitud, he querido escribir esta oración para ti!*
> *Montañas a gran distancia del tiempo;*
> *con la nieve que cayó una mañana,*
> *yo recuerdo haberte visto caminando.*
> *La simplicidad del aire se acercaba a la vida; allá en la lejanía, yo conocía tu actual imagen,*
> *pero no sabía que llegarías un día aquí.*
> *Encontrándome absorto en una antigua contemplación, anoche vi tu cadáver:*
> *yo estaba ayer allá, aquel ayer se vuelve hoy, este allá se vuelve aquí,*
> *y mientras la vida vive toda la vida, no pasa nada, y pasa todo.*
> *Miro el tiempo, miro esto, miro aquello;*
> *eso que se llama lo que tú eres, no es nada, cualquier cosa; eso mismo puede ser lo que tú sientes, lo que tú miras,*
> *eso mismo.*
> *Que no pueda aprenderse a comprender cosas tales como la antiguedad y la distancia, como el movimiento y el olvido,*
> *eso mismo me preocupa.*
> *Antiguas son las montañas; distante es la distancia; un recuerdo del olvido es el olvido;*
> *el verdadero movimiento es invisible.*
> *A lo largo de la vida, espera siempre la muerte; aquello que esperamos en la muerte, es lo que siempre nos espera;*
> *y tú ya lo sabes.*
> *¡Ya lo comprendes y conoces tú, Nicolás Estefanic, en la inconcebible morada de la distancia!*".

Y de este modo, habiendo concluído de leer su oración, Felipe Delgado se retiró de inmediato.

Al anochecer comenzaron las honras fúnebres celebradas por los indios; Sanabria, aunque no quiso tomar parte en ellas, sufragó los gastos de alcohol. Y sin pérdida de tiempo, despachó a Menelao Vera para hacer saber la infausta noticia a los amigos de Felipe Delgado.

Aquella misma noche, éste desarmó las trampas de tierra que funcionaban en su cuarto; se sentía muy solo y abatido.

Sentado ante la mesa, la mirada en el vacío, tenía un extraño desasosiego. Había decidido esperar. El peligro era mortal, ya él lo sabía. La verdadera fe era una cuestión mortalmente peligrosa. El deseo que no se cumple sigue siendo tal, he ahí la hermosura del deseo. A menudo se desea tan sólo el deseo pero no la realización del mismo. Y no se cumple lo que se desea pero lo que no se desea se cumple. Uno siempre se sorprende haciendo esfuerzos por no desear que se realice lo que realmente desea a fin de que se realice. Y Delgado lo sabía. En el fondo, uno desea que se realice aquello

que teme, y por eso mismo, precisamente, no lo desea. Pero el deseo, el imposible deseo, se cumple por la fe. Ya Felipe Delgado lo sabía. Y había decidido esperar.

Serían las once, y esperaba en medio del silencio; de pronto se dejaron escuchar unos pasos en el corredor. Alguien toco la puerta. Delgado se levantó sobresaltado cuando tocaron otra vez y, avanzando paso a paso, con la intención de sorprenderse a sí mismo, se detuvo ante la puerta, esperó un momento y abrió de un golpe.

¿Estaría soñando? No, no estaba soñanado. El lo sabía. Precisamente Estefanic se hallaba ante la puerta, y habiendo notado la consternación de Delgado, le dio la mano y le dijo:

—Ya me doy cuenta; me viste muerto y te sorprendes viéndome aquí. La realidad como tal no existiría a no ser por la fe. Yo no hago más que repetir lo que dice el señor Oblitas, a quien rindo mi homenaje. Pero debo quejarme a causa del frío y del silencio, al igual que tú. ¡Y qué noche tan negra, y qué aire! ¡Házme pasar!

Delgado guardaba silencio. Estefanic, sin esperar más, entró al cuarto. Y visiblemente satisfecho al ver que Sanabria estaba allí, se puso de cuclillas sin ningún pudor, y luego de haber evacuado, se sentó en una silla. Delgado se quedó sorprendido con el tremendo susto recibido por Sanabria ante la irrupción de Estefanic que, enfrentándose con este último, lo tranquilizó con toda facilidad:

—Ya comprendo —le dijo—; usted soñó conmigo, doctor Sanabria; todavía persiste la fuerte impresión. Felizmente no me pasó nada, ya usted lo ve. Pero después de todo debo pedir disculpas. ¡Tan incalificable es mi grosería como sublime la grandeza con que ustedes la reciben!

—No se apene usted ni se achique, ríase —repuso Sanabria—; yo, por mi parte, estupefacto no estoy, pero gozoso sí.

—¡Miente usted! —exclamó Felipe y, creyendo que realmente soñaba al no haberse sorprendido en lo más mínimo con la extraña escena, pidió una aclaración a Sanabria—: Si todos mienten —le dijo—, dejémonos pues de mentir nosotros; hágame el gran favor de explicarme qué es lo que pasa: ¿Estaré loco, o me habré soñado con que estaba despierto?

—Mire usted don Nicolás lo que pasa con nuestro joven amigo —dijo Sanabria desternillándose de risa—; nuestro joven amigo, creyendo estar despierto y sabiendo muy bien que no lo está, a

sabiendas de que efectivamente está despierto, todavía viene, me insulta y me dice que todos mienten, y me pide que le explique qué es lo que pasa —y dirigiéndose a Delgado, declaró—: Simplemente yo no me explico semejante cosa, Felipe, tú desvarías; ya sueñes o dejes de soñar, toda la vida cometes el error de confundir el sueño con la bella realidad —miró a Estefanic y le dijo—: Ahora bien; ¿qué me dice usted a todo esto don Nicolás? ¿No le parecería mejor que nos vayamos con la música a otra parte antes de que este loco nos saque con las cajas destempladas? Además, téngase en cuenta que el anafe ya me tiene loco.

—A mí también me tiene loco; vámonos, vámonos y vámonos —contestó Estefanic y, levantándose, miró a Felipe y le dijo—: Buenas noches, Felipe; mira cómo extiendo el brazo para abrir la puerta, qué chistoso. Pero ahora escucha esto: tú quedate aquí, la permanencia es un enigma; los valientes tienen ojos hermosos porque comprenden la significación de la permanencia. ¡Piénsalo bien y mira la llama, Felipe de mi alma!

Delgado dirigió una mirada a la llama. Se encontraba solo en las cuatro paredes de su cuarto. Después de recapacitar un momento, decidió averiguar por su propia cuenta la verdad de la situación y salió de su cuarto: ¡Qué desierto, qué oscuro estaba el patio! Bajo las espesas sombras de la noche, se acercó al sepulcro. Y con profunda angustia, removió la tierra y se sintió perdido: allí yacía Estefanic. Resueltamente, volvió sobre sus pasos y tocó la puerta de Sanabria. Estaba desesperado.

Sanabria tardó en abrir. Y con tono de reproche, le dijo:

—¡Pero mira, a estas horas me despiertas como si nada, aquí me tienes escupiendo sangre! Además, tengo frío, el silencio me entristece; pero sin embargo mi alma está salvada y la tuya no. ¿Qué placer encuentras en quemar mis bellezas? ¿Pretendes hacerme desviar del camino recto? ¡Los muertos no te aman, qué perverso eres! ¡Por más que odies y quemes y por más que sufras, por más que hagas lo que hagas, con el silencio y con el frío perecerás! Ahora mira; prepárate; tienes que ponerte en mi lugar...

Así diciendo, Sanabria torció la cabeza, profirió un ronquido, contuvo un ataque de tos y, abriendo la boca, precipitadamente se acercó a un balde para vomitar en medio de ayes y de temblores. La sangre rebalsaba en el balde; Sanabria, que seguía vomitando y vomitando, de pronto cayó pesadamente al suelo. Y luego de levantarse, con el rostro más palido que la misma muerte, empapó

una toalla para ensangrentarse la cara, y finalmente se acostó y apagó la luz, ignorando por completo la presencia de Delgado. Este, amedrentado por la oscuridad, corrió hacia la puerta y allí se quedó quieto. ¿Qué necesidad tenía de transponer el umbral si, tal como pudo comprobar en este momento, precisamente se encontraba en su cuarto? Ahí estaba el anafe, ardiendo con una llama azulada; la llama emitía unas chispas, y Delgado las miraba fascinado; estas chispas eran bellas, flotaban en el aire y el podía cogerlas sin hacerse daño. Y mientras que las chispas comenzaban a incrustarse en su cuerpo suscitando un rumor inquietante, ahora presenciaba más allá de la puerta el espectáculo del fuego en la terrible plenitud de su actividad. Y más allá de la puerta, habiendo tardado una eternidad en abrirse otra puerta, más allá de esta puerta, cual si la extraña omnipotencia de un sol se hubiese extinguido de pronto, ardía con débil temblor una chispa. ¡Y qué temible el palpitar de la oscuridad en este momento! Ya nada ni nadie existía excepto Felipe Delgado, el cual sólo existía para saber que él no existía y para mirar todo cuanto existió.

Transcurriría apenas un instante de oscuridad, y ahora, habiendo despertado con el ruido de la puerta en momentos en que entraba Delgado, Sanabria encendió la luz. Felipe Delgado, de pie ante la cama, no se movía. Estaba desnudo; el cuerpo totalmente ensangrentado, los ojos mirando con fijeza. Sanabria no se atrevía a respirar; el aspecto del recién llegado le infundía pavor. Al cabo de largo rato, levantándose como pudo, alcanzó la puerta y se lanzó a toda carrera en busca de auxilio.

Felipe Delgado se hallaba como clavado en el sitio, y según notó Sanabria cuando hubo regresado a su cuarto, no se había movido durante su ausencia. Dos indios se adelantaron y le pusieron un abrigo sobre los hombros; con la ayuda de Menelao Vera, lo llevaron al gabinete de Sanabria, y después de practicar un reconocimiento de urgencia, éste curó dos heridas profundas, en la frente y en el pecho. Hizo suturas en el brazo, donde se abría un gran tajo, y vendó una serie de contusiones. Por lo demás, el estado general de Felipe Delgado no ofrecía cuidado. Su ropa fue encontrada en el cuarto del difunto; sin embargo, no pudo saberse con exactitud de qué modo sucedieron las cosas.

Sanabria, a todo esto, se sentía fastidiado hasta más no poder y, por el momento, suspendió sus viajes a la ciudad. Ya la muerte de Estefanic le había causado un enorme dolor. Pero la muerte de

Estefanic, por otra parte, le causaba alarma. Estefanic era menor que él, con unos cinco años; tal circunstancia había contribuído a que se agravara una depresión ya de por sí explicable.

La llegada de Oblitas se produjo a poco de habérsele comunicado la noticia. Pero esta vez no trajo ningún alivio. Claro que Sanabria estaba con el ánimo predispuesto, y no pudo menos que sobrevenir un altercado ya que Oblitas, por su parte, se gastaba un humor negro al hacerse presente en Uyupampa.

Quien empezó fue Oblitas, no bien hubo desmontado de la mula, encarándose con Sanabria después del saludo de rigor, cuando dijo inopinadamente:

–El dolor sólo me interesa en cuanto escuela de hombres que crecen; yo desprecio a los hombres que decrecen. Con todo el respeto que le debo señor doctor, pídole perdón por un argumentar tan radical; pero, ¿de qué servirá la presencia de mi pobre persona aquí en Uyupampa? Y conste que para acudir puntualmente a esta cita con el dolor, me vi obligado a fletar dos mulas aunque necesitaba una solamente, y todo por culpa del señor Román Peña y Lillo. Este señor quiso hacer ostentación de un falso espíritu solidario a fin de encubrir sus artimañas, y vio por conveniente atenerse a mi persona para luego burlarse de mí y salir ganancioso a costa de mi bolsillo. Como usted sabe, yo no tengo animales ni para remedio, y puesto que el señor Menelao Vera no pudo o no quiso ocuparse de ello, a duras penas logré conseguir un par de animales rogando y suplicando a gil y mil, taloneando de sol a sol y recorriendo todos los tambos, después de haber buscado vanamente en su residencia la ayuda del caso señor doctor, y para colmo de males, ahora veo que mi presencia carece de sentido; francamente, yo no comprendo de qué modo podría ser útil aquí en Uyupampa.

Sanabria se quedó atónito.

–Vayamos con calma, profesor Oblitas –dijo con tono cortante–: Yo no acostumbro exigir nada a nadie ni tengo por qué sacar provecho de mis amigos y huéspedes; y en tratándose de usted, le aconsejaría quedarse tranquilo, nadie le pide nada. Yo por mi parte no me atrevería a pedirle sino algún portento, alguna cosa que esté a la altura de sus antecedentes, como por ejemplo, hacer resucitar a los muertos, o algún imposible que, por ironía precisamente, usted no podría realizar jamás. Ahora por favor fíjese: nadie le dio motivo para alterarse en esta casa.

–¡Nadie se altera teniendo motivos suficientes para condolerse

por la incomprensión humana! –exclamó Oblitas con enojo, y añadió–: El ser humano, lejos de razonar se abandona al impulso del corazón. ¿Qué remediaré yo con mi presencia si, efectivamente, ni siquiera tengo poderes para hacer resucitar a los muertos? Es una maravilla ir y venir como cometa, propiciar la guerra y azuzar a los pueblos, pero es un crimen viajar y viajar y sacrificarse porque sí y dejarlo todo, meterse en honduras y hacer lo que precisamente hago yo, para chuparme coscorrones, patadas y puñetes en lo moral. Pero en todo caso, si mi presencia es indeseable en estas heredades señor doctor, dispuesto estoy a retirarme de ellas y desaparecer para siempre.

Oblitas puso punto final a su discurso, y se aprestaba ya a cabalgar en la mula cuando de pronto, deteniéndose bruscamente declaró:

–Es de importancia vital cancelar una deuda –y a tiempo de entregar a Sanabria unos billetes que extrajo de un bolsón, dijo con tono firme–: Aquí tiene, cuánto le agradezco; precisamente gracias a usted, muy pronto recibiré las especies del sustantivo.

Sanabria estaba sorprendido; metió los billetes en su bolsillo y, en momentos en que Oblitas se disponía a partir, resueltamente dijo:

–Venga, venga; usted no se me va; nadie ha de pelear por una mula más o menos –cogió a Oblitas por un brazo y lo condujo hacia la casa–. Mire usted –añadió ahora señalando en dirección al sauce–: Allá duerme Nicolás Estefanic. Hacemos mal en alterarnos.

–Realmente nos hemos alterado –asintió Oblitas–. No podemos distanciarnos por pequeñeces cuando también nos espera la tumba –y deteniéndose frente a la puerta, con tono reflexivo dijo–: Ante todo, permítaseme expresar mi sincera admiración por la delicadeza de su espíritu, señor doctor; usted ha sabido cumplir los deseos del difunto dándole sepultura al pie de este imponente sauce. Y del mismo modo, con toda hidalguía, debo proclamar mi arrepentimiento por la ofensa que le inferí al doctor Estefanic aquella amarga noche de Año Nuevo, cuando me referí con torpeza a su espiritual deseo de dormir el sueño eterno precisamente al pie de este hermoso árbol. En fin; Dios me perdone.

Con lágrimas en los ojos, entró Oblitas a la casa, y habiendo cambiado súbitamente de tema, al mismo tiempo que cambiaba de humor, pidió a Sanabria que condenase públicamente a Peña

y Lillo por sus artimañas y le exigiese una rendición de cuentas, y luego prosiguió diciendo:

–Pues precisamente; si usted me pregunta qué pasa y que por qué ese señor Román Peña y Lillo todavía no llega, la respuesta va para mi capote. En realidad es difícil contentar a la gente. Este señor, como ya dije y para que conste, sin ánimo de indisponerlo, me pide y me exige una mula, se descontenta con ella so pretexto de que era chúcara y va y la devuelve, sin duda para embolsillarse el valor del flete como también la garantía, y según supe, decide venir a pie, después de haberme ocasionado perjuicios y molestias mil. Ya ve usted cómo uno no escarmienta y se desvive por el prójimo, mientras que el prójimo se ríe de uno y escupe en cuanto lo ve piar. Y para que vea usted hasta dónde llegan las cosas, resulta que este señor Román Peña y tantos tiene libras esterlinas oro, de una herencia que el bodeguero famoso le dejó a su muerte, y de un regalo que el señor Felipe Delgado le hizo; hermosísimas, antiguas libras, y, a sabiendas de que yo me moría por tener unita siquiera, él va y las ofrece a los turcos. Pero dejémonos de pequeñeces; aquí traigo una talega con algunas raras especies de mi herbolario.

En efecto, Oblitas hizo descargar su equipaje, y acto seguido, después de ponerse un enorme mandil de cotense, abrió una talega en presencia de Sanabria. Esta talega estaba repleta de unas bolsitas conteniendo diferentes hierbas. Oblitas, a tiempo que las colocaba sobre una mesa, dirigió a Sanabria una mirada irónica y le preguntó, mientras mascaba unas briznas de hierba que en este momento se había llevado a la boca:

–¿Se nota, o no se nota un repentino cambio en mi manera de ser? –y sin esperar respuesta, prosiguió diciendo–: Así nomás es la cosa; las palabras fluyen y fluyen de mis labios como el agua de la fuente, y mis ojos brillan como luceros. Al organismo debe dársele de allá en cuando un pequeño susto, una pequeña sorpresa; por primera vez me está usted escuchando hablar del asunto. Vea vea; haciendo hervir unos cuantos palitos de esta hierba, obtiene usted orines; orines de origen vegetal, créame, es cosa muy importante, pues según reza una antigua profecía, los orines de origen vegetal serán utilizados como combustible universal en el futuro, ya que los orines de origen animal solamente sirven para lavarse la cabeza. Esta otra hierba se toma para mejorar el entendimiento; esta otra para estimular la sociabilidad; aquella otra para producir lo que yo llamo el efecto del garrotillo. Ahora considera alma:

estas hierbas que separé en bolsitas especiales, tienen propiedades absolutamente misteriosas, las cuales ni siquiera yo mismo he llegado a conocer. Y precisamente, a propósito de lo dicho por usted no hace rato sobre los portentos que no se animaba a pedirme, quisiera consultar con usted, y lo haré más luego señor doctor, pidiéndole su valiosa ayuda para unos experimentos que pienso realizar con estas hierbas. Mientras tanto vea usted estita; se prepara en forma de colirio para dar brillo a los ojos; los ojos no brillan así nomás sino por algo, es lo que pasa; pero cuando los ojos comienzan a brillar con este colirio, nadie sabe lo que pasa. Esta otra hierba, dependiendo de la dosis, produce ya catarro, ya angina, ya diarrea, ya cólico o todo a la vez; es una broma. Justamente por eso mismo yo me río de las normas, reglas, sistemas, principios y demás absurdos, dígame; para curar como Dios manda, yo me atengo únicamente a la voz interior, y jamás podría atreverme a curar en ausencia de ella, qué le parece. Procediendo al azar, manejándose a ciegas, preparando como le venga las pócimas, los emplastos, las embrocaciones y las cataplasmas en esta y en esta otra forma, y según el puro humor, resulta la medicina perfecta; y puesto que el médico no es quién para gobernar cuando Natura gobierna, entonces no hay más remedio que moverse, hurgar y actuar, amigo, abandonarse a las corrientes del verdadero capricho, dejando que los sonsos se enreden con el raciocinio. Yo aplico indistintamente cualesquiera hierbas para los oídos o la barriga, para la comezón o la úlcera, trátese del órgano o de la enfermedad que se fuese. Esta hierba o la otra, ambas han de curar como con la mano, ya sea el asma o la escarlatina; cualesquiera de ellas será santo remedio para los sabañones, la sordera, el coqueluche, la tisis o las almorranas, según mi voluntad, conforme yo vaya asimilando la economía de la voz interior al sintetizar los mensajes que de ella recibo, substituyendo tales y tales virtudes en la bendita hierba por tales y tales otras, de acuerdo a las exigencias del momento.

Sanabria escuchaba con una sonrisa, dejando traslucir ya estupor o desagrado mientras que Oblitas, hablando sin pausa, iba y venía de un lado a otro en la habitación, poniendo y sacando y sacando y poniendo estas y estas otras bolsitas en la talega, habiendo llegado al paroxismo en medio de un frenesí que, a los ojos de Sanabria, no era sino delirio, cuando finalmente anunció su propósito de iniciar unas jornadas experimentales de alta escuela, para cuyo efecto pidió a Sanabria que pusiese unos diez peones a su

disposición. Sanabria se negó rotundamente; en tratándose de experimentos, según dijo, él no podía permitir el empleo de seres humanos: ahí estaban los animales. Oblitas criticó a Sanabria y dijo que el hombre, para considerarse verdaderamente civilizado, debería dejar en paz a los animales. ¿Qué culpa tenían los animales? Esos seres inocentes y puros, no tenían absolutamente nada que ver con la estupidez humana o con los experimentos. Además los experimentos, para ser verdaderos, en opinión de Oblitas, forzosamente tendrían que hacerse con seres humanos, pero jamás con los pobres animales. En conclusión Sanabria, para dejarse de discutir, consintió en poner cuatro peones a disposición del osado investigador, previa la firma de un documento según el cual, Oblitas se responsabilizaba solemnemente por la vida de aquéllos.

A todo esto Oblitas se puso morado de contento; y por otra parte, poco le faltó para estallar de alegría ante la noticia que le dio Sanabria momentos después de la llegada de Peña y Lillo que, efectivamente, venía a pie, habiendo sido atacado por una jauría de perros al caer la noche en medio camino. El viajero, que ofrecía un aspecto lamentable, con un mordisco en el trasero, gracias a ello se libró de la ira de Oblitas, así como de la reprobación de Sanabria, aunque fue obligado a rendir cuentas. Y el día siguiente partió con Menelao Vera llevando la mula, habiendo retornado al anochecer del mismo día, cuando pidió disculpas y se puso a las órdenes de Oblitas que, precisamente, necesitaba un ayudante para los experimentos que estaba a punto de iniciar.

Y aquí Peña y Lillo habría de encontrar motivos más que sobrados para asombrarse y maravillarse en grado superlativo, a juzgar por las referencias que más tarde suministraría a Felipe Delgado.

Pues en efecto, a poco de comenzar los mencionados experimentos, Peña y Lillo sería testigo de un verdadero portento, cuando uno de los peones comenzaba a achicarse rápidamente, y al cabo de breves días se volvía tan pequeño que Oblitas tuvo que esconderlo en una caja de zapatos a fin de evitar inconvenientes con Sanabria. Sin embargo, habiendo adoptado la política de olvidarse del peón, finalmente lo dejó desaparecer y se quedó maravillado con los resultados, no pudiendo resistir a la tentación de poner a Sanabria al tanto de los mismos. Sanabria a su vez se quedó maravillado, y con tono doctoral, aprobó calurosamente una tesis formulada por Oblitas sobre el proceso de achicamiento que, según

adujo éste, había de prolongarse a través de la eternidad, afirmando que el peón de marras pasaría a ser inmortal nutriéndose a costa del peso que perdía a medida que iba achicándose hasta el infinito. Otro de los peones apareció misteriosamente hinchado; y antes de que nadie se hubiese dado cuenta cabal del asunto, parió una criatura. Y habiendo sido llevada la criatura a un cuarto oscuro y tibio, donde quedó al cuidado de Peña y Lillo por expresa determinación de Oblitas y de Sanabria, quienes –según Peña y Lillo– le dieron el nombre de Juan Joseph Ovejas con la intención de enviarla a Londres para su estudio por los sabios, todo terminó con la súbita muerte de la criatura. En cuanto a los otros dos peones, el uno, habiendo sido sometido a innumerables cuanto peligrosos experimentos, se mantuvo como si nada; y el otro, dando muestras de terror desde un principio, seguramente al presentir lo que le esperaba, huyó sin dejar rastro.

Aunque a Felipe Delgado le causaban infinito asombro las hazañas realizadas por Oblitas, tal como se las refirió Peña y Lillo, sin embargo las consideraba como una cosa absolutamente natural, dado que el extraño carácter de la cuestión coincidía con ciertos fenómenos que, de un tiempo a esta parte, el propio Delgado experimentaba en su pellejo precisamente. Pues habiendo comenzado a sentirse de cabeza en el suelo, no podía librarse de esta sensación ni siquiera cuando se hallaba en cama, y sólo encontraba alivio al ponerse realmente cabeza abajo, aunque para ello requiriese que alguien lo sostuviera en aquella posición. A todo esto, no tardarían en presentarse unos tirones que lo martirizaban originándose en los abismos de la tierra. Sin embargo frente a la mesa, abstraído en el trabajo de sus memorias, sentíase a salvo. "Estas sensaciones no me seducen, pero me aterran", decía para sí Felipe Delgado; "en realidad, no son sino meras apariencias. Interpretar el tránsito, de nada sirve. Interpretar la ausencia de la razón de ser, buscar la lejanía y vivir y perderse en ella, o habitar entre las sombras y quedarse quieto en medio de un olor de vejez, de nada sirve, como tampoco sirve divagar. Toda definición es aventurada, pues los hechos en que se apoya una definición de ningún modo traducen las verdaderas realidades", razonaba Delgado. "¿Sobreviene el desequilibrio por la ausencia de la tensión? ¿Podría explicarse el desequilibrio como un estado de ánimo caracterizado por la búsqueda de reposo? Tememos perder la tensión a la que estamos sometidos, y no queremos sacudirnos de ella, precisamente

porque ella nos priva de la libertad a la que sin embargo aspiramos. Cuanto más se eleve la tensión tanto mayor será el equilibrio; el equilibrio es la negación de la libertad".

A medida que Delgado iba liberándose de la tensión, poco a poco el mundo iba alejándose de él, mientras que el tiempo circulaba a gran velocidad en sus venas. Felipe Delgado encontraba en los ojos de un cordero la imagen de sus propios ojos: si un cordero te mira con ojos expresivos, eres dueño de encontrar en ellos un camino de redención; el extraviado en las tinieblas tiene este solo recurso: ir en pos de la luz por el camino de las tinieblas. Y así Felipe Delgado, enamorado de un cordero, sumíase en un estado de gran perplejidad; en tales trances ya a nadie reconocía, de nada se acordaba; él mismo sentía extrañeza de sí. Por un raro estado de ánimo, veíase impulsado a realizar imposibles, y se desesperaba por sacarse el cuerpo. Él podía mirar una mosca que sonriese, por lo mismo que ni siquiera entre sueños se daría el caso. Contemplando a los insectos, se aproximaba y poníase muy cerca de ellos, contenía la respiración en busca de un cambio de color, de una sombra, de un parpadeo bajo la intensa luz del sol, revelando unos ojos misteriosos. Con indescriptible alegría volaban los insectos; y, hablando secretamente en medio de un silencio sepulcral, eran tragados por las tinieblas y los aires; Felipe Delgado se quedaba y se quedaba, y se miraba las uñas. Algún movimiento ondulante, alguna succión amenazaba sepultar al hombre en las profundidades de la tierra. Para salvar el abismo que lo separaba del animal y por su apego al animal, daría un salto, de monte a monte; conocería el prodigio y el espanto en la pureza de un aliento y le pondría un nombre al animal, mas un nombre inefable, un nombre hermético. Ni atreverse a pronunciarlo; ya él sabía. Nombrada la palabra, consumada la cruza. ¡Y qué terrible no poder nombrar lo sabido! ¿Podría él, Felipe Delgado, vivir ahora, como en la vida y como en la muerte no se vive, con el secreto de un nombre inefable? La esencia de la soledad puede darse en una circunstancia cualquiera; Felipe Delgado cree conocer la esencia de la soledad. Esta soledad ha sido vista por él. Era su cuerpo. Su cuerpo de cabeza, de espaldas, de rodillas; con los hombros y los codos hundiéndose en lo profundo de la tierra –empavorecido por unos tirones surgidos de lo profundo de la tierra, Felipe Delgado miraba su cuerpo. Y por una enorme pesantez situada en alguna ignorada región del cuerpo, éste era arrastrado en dirección del cuerpo en

que se encontraba Felipe Delgado; originándose en la soledad, estos aterradores tirones estaban destinados a expulsarlo de la tierra o sepultarlo en sus entrañas. Los tirones, cada vez más violentos, a veces duraban mucho, muchísimo tiempo. Quizá años y años –y esto, generalmente, al encontrarse inmóvil como una estatua el cuerpo de Felipe Delgado, las más de las veces en las vecindades del pozo. Entonces Menelao Vera y su gente, en una frazada, lo hacían echar para llevarlo a su cuarto y dejarlo en la cama. Y tendría que esperar muchos años –en el devenir del tiempo particular– para verse libre del violento tirón y volver en sí.

Muy rara vez se podía hablar con él, aunque Oblitas y Peña y Lillo lo hacían con alguna frecuencia. Quienes lo rodeaban, podían notar a su paso un olor inquietante, un olor escondido, como de vejez. Su cuerpo estaba seco, no sudaba. No tomaba ningún líquido. Se diría que la ropa formaba parte integrante de su cuerpo. Dormía con la ropa puesta, y sólo se cambiaba de allá en cuando. Menelao Vera hacía las veces de peluquero en Uyupampa; sus servicios eran rechazados por Felipe Delgado. Este en realidad parecía un ermitaño, con la melena hasta el pescuezo. Alguna vez usaba las tijeras para recortarse la barba. Profundamente abatido con la muerte de Estefanic, desde el día del entierro apenas si pronunciaba una palabra. Y luego, tampoco quiso hacerse ver sus heridas, que por lo demás se sanaron muy pronto. El contacto con sus semejantes érale indiferente por completo. Seguramente la comunicación existiría de por sí, en algún lugar de la vida pura; y más allá del vivir, carecía de sentido.

CAPITULO VI

– ¡Qué sorpresa! –exclamó Sanabria–. Lo felicito.

Menelao Vera no cabía en sí de gozo. Pues había hurtado el cuaderno de las memorias de Felipe Delgado.

–Yo ya sabía –dijo–. Por eso estaba a la pesca del famoso cuaderno.

–Y qué diablo de hombre para darse maña –añadió Sanabria–. Bienvenido sea el paréntesis que se abre en medio de esta avalancha de contrariedades y de amarguras.

–Claro que ha sido un sacrificio y ha costado muelas sacar –declaró Vera–. Estaba bien envuelto y bien cosido en un pedazo de cotense, bien oculto debajo de unos ladrillos, pero ya ve usted, yo logré sacar.

–Bien hecho. Y sepa usted que no me queda más remedio que felicitarlo por el atropello cometido.

– ¡Yo agradezco su bondad! Y además ya sabía; por eso he preferido no dormir, helarme de frío y hacer cualquier sacrificio, con tal de sacar. Nadie sabe el sacrificio que me ha costado sacar.

–Ya me imagino –dijo Sanabria–; y no me venga con exageraciones. Atentado tan grave resulta ciertamente pasible de castigo. Es como para darse con una piedra en el pecho. Lo que sí le pido es absoluta reserva, aunque carece de importancia en el fondo. Ahora déjeme solo y regrese más tarde.

–A sus órdenes –asintió Vera–. Cosa que yo recoja el cuaderno; cosa que vaya corriendo y lo ponga en su sitio, a no ser que se me ordene otra cosa.

–Ya le dije que regrese más tarde –repitió Sanabria.

Y luego señaló la puerta con impaciencia, despidiendo finalmente a su servidor.

Y con cierta satisfacción que le hacía sentirse culpable, agitando el cuaderno entre sus manos y marcando el compás de alguna tonada que trataba de recordar, se fue el doctor Sanabria a su gabinete, para disfrutar a su gusto el solaz que –según daba ya por sentado– le proporcionarían las memorias de Felipe Delgado –mas para grave desengaño de su parte, no bien hubo comenzado a examinar el cuaderno, encontró páginas y páginas plagadas de disparates. Encontró refranes, absurdidades, blasfemias y despropósitos; encontró afirmaciones y acusaciones gratuitas y temerarias a cada paso, y encontró palabrotas, mentiras, maldiciones y garabatos, y –para decirlo todo de una vez– mucha locura. Y se sintió defraudado.

Pero sin embargo había que ver. El autor de las memorias abordaba un mundo de cosas.

Los fragmentos que siguen han sido transcritos a la letra, fiel y exactamente, con sujeción al contenido y la forma.

"Al pie del Illimani

"Al pie del Illimani, nacido sin saberse cómo ni por qué, convocado que fui por la luz de este mundo a los quince días del mes de noviembre de mil novecientos tres años de la era que corre, y llamado y bautizado y confirmado con el nombre de Felipe Virgilio Francisco Delgado Borda, si ha de darse crédito a testimonios que cursan en los estrados parroquiales de la Iglesia de San Sebastián, sita en la plaza de Churubamba de esta muy noble y muy alta ciudad de La Paz, doy comienzo a estas mis memorias, decidido como estoy a poner en obra un propósito largamente acariciado.

"Y pretendo amplificar la existencia y poner en movimiento la rueda, hasta hoy inmóvil, con un movimiento en el cuerpo profundo, que será transmitido por el cuerpo visible: con estas mis memorias, no pretendo sino únicamente subvertir el movimiento que me mueve; sacar de mi cuerpo el cuerpo que me encuerpa; existir la existencia que me existe. Pues en último término, todo se reduce a caminar ciegamente y con fanatismo, por el propio hecho de que aquel camino, erizado de peligros y dificultades, que se transita con gran recelo y temor, sencillamente no existe en absoluto. Y sea ésta la señal para dar paso a confesiones y revelaciones que ha tiempo y por torrentes se agolpan en un pecho atormentado".

"Una imagen insepulta

"Una imagen insepulta aparece cada vez más claramente a medida que uno vuelca los torrentes de las aguas límpidas y claras, conformando las memorias por conducto de la mano, de la pluma y de la tinta mientras va plasmando las palabras y las letras y los signos, realizando un movimiento irrealizable, absorbiendo el tiempo que se recoge y que se consume, para devolverlo nuevamente al tiempo que ni se recoge ni se consume, pero que se queda atrapado bajo la forma complicada o sencilla de la letra y del signo, esforzadamente dispuesta por obra y gracia del ingenio del hombre, siempre reverente y siempre alerta a cualquier cambio, a cualquier movimiento que miles y miles de veces se repite, instante tras instante, y que sin embargo es para él una revelación, porque así se acentúa el sentimiento del dolor y la angustia, de la desolación y la muerte, encontrando el campo abierto en esta hoja, en este papel con el hervor de estos signos y de estas configuraciones que escriben la historia de la vida y la vida, siempre lóbrega y siempre desesperanzada, y sin embargo digna de vivirse. Y por eso escribe el hombre. Escribe sin saberse por qué, y por eso es grande y por eso es mísero.

"La imagen insepulta que se me aparece transida de júbilo y que en este momento ha volado, es la imagen insepulta de mi imagen. Insepulta imagen que transita sin cesar, con aires glaciales que soplan en las concavidades de mi mente, y que soplan en señal de duelo, en señal de júbilo, en señal de adiós.

"La causa de un vivir engañoso reside en la mente. La mente impide ser lo que se es, con espesas nubes interponiéndose en el ínfimo espacio que me separa de la realidad verdadera, temible por oculta, inalcanzable aunque próxima, palpable y visible sólo en la medida en que se revela por la imagen insepulta que divaga en estos mismos espacios que mi pluma acierta a señalar a su paso por la superficie del papel, pues la distancia que existe entre estas líneas, entre estas palabras y estas letras, la que se interpone en el recorrido que mis memorias quieren alcanzar, es precisamente la distancia que me separa de mi imagen insepulta. Si podré salvar esta distancia, es lo que me pregunto. Quiero trocar la morada de los vivos con la morada de los muertos; quiero constituir en este mundo aquella imagen insepulta que yo soy, aunque no sé que lo soy, por lo mismo que ignoro lo que soy".

"Un impulso irrefrenable

"Un impulso irrefrenable me empuja a escribir lo que escribo. Y cuando quiero lo que quiero, un profundo espacio se abre ante mis ojos, como si el espacio de mis ojos no pudiera haberse dilatado, ocupando como ocupa el espacio que se abre ante mis ojos. Pues una vez convencido de que lo que es, puede y no puede ser lo que es y lo que no es, siempre que no sea lo que es, para citar sólo un ejemplo, uno ve con asombro la cosa simple, real y fría, que no complicada y llena de peros como la pintan los mojigatos que todo lo enredan y salen por la tangente con la patraña a cuestas. La cuestión es la siguiente: parar de un golpe la marcha poco a poco avanzando; he aquí una sentencia totalmente disparatada y que sin embargo encierra mucha sabiduría (sentencia no mía; sino que el señor J.L. Prudencio la parió, habiendo llegado a mis oídos

por interpósita persona)".

"Me duele la cabeza

"Me duele la cabeza, y no sé si podré dar curso a mis memorias en el estado en que me encuentro. La aspirina es cosa curiosa: mal hace uno en confiar en la aspirina; pues mientras que por un lado se disipa el dolor de cabeza sin aspirina, persiste por el otro con aspirina: de donde se desprende que no hay tal remedio. Es de notar que el dolor de cabeza es privilegio exclusivo del hombre; el único animal racional de la creación no puede jactarse de ello. De sobra sabemos que aún no se ha dado el caso de un animal con dolor de cabeza (excepción hecha del doctor Sanabria, naturalmente). Pues el dolor de cabeza, como todos los demás dolores, es un enigma; y el enigma, como todos los demás enigmas, es insoluble. Y si uno se esfuerza en buscar una respuesta, ello se debe únicamente a la urgencia de la respuesta por la respuesta, como producto de la pura estupidez".

"A partir de la conmoción

"A partir de la conmoción que sacudió hasta sus cimientos la obra alquímica, la razón ha sido glorificada hasta el paroxismo y una torcida visión ha ido cobrando cuerpo hasta el punto de ofuscar al individuo. No es sorprendente el grado de sensatez que ha hecho carne en el hombre y que ha llegado a la demencia. La actual despersonalización de los pueblos coincide con el desplazamiento de las vibraciones que en otros tiempos movían el planeta, y que hoy, por fortuna, se concentran en ciertos elegidos. Y tal como si los océanos se hubieran volcado sobre una laguna con todo su peso, así estos elegidos deben soportar la enorme tensión que los abruma. Así la locura que durante los últimos siglos viene manifestándose bajo la atenta vigilancia de aquellos quienes la fomentan con oscuros designios, y que se estaciona en un plano ambiguo y por tanto negativo, caracterizando a las masas que constituyen la norma universal, es de hecho una locura de la degeneración, en contraposición con la locura dinámica y regeneradora, la que infunde una libertad interior totalizadora y por la que precisamente se diferencia en alto grado la individualidad siempre movida por un impulso destructor y creador a la vez. Y con esto no es

difícil deducir conclusiones.

"La enorme cantidad de energía que se concentra en los elegidos, necesariamente asumirá un curso imprevisible, luego de haber alcanzado el punto crítico. Capaces de soportar la carga de una concentración hasta tal punto inmensa de vibraciones, pero privados de gobernar la energía que las produce, estos elegidos son sin embargo capaces de sustentar vastos espacios y altas cumbres del poder y del espíritu humanos, logrando así establecer un equilibrio compensador, y consiguiendo al mismo tiempo mantener en suspenso el punto crítico que, de otra manera, daría curso a la involución del planeta, lo que se opondría a la absorción de la diversidad por el Uno, como consecuencia de la pérdida de las vibraciones que hoy, en cambio, se conservan y que mañana determinarán la aniquilación de un mundo que debe ser aniquilado. El enigma que cunde y el misterio que se difunde, una vez vistos en las tinieblas en que toda luz fenece, cosas son que se tornan cada vez más familiares en este recinto, conforme voy avanzando en el largo recorrido sembrado de terrores y de sepulcros que estas mis memorias me deparan".

"Días van, días vienen

"Días van, días vienen, dice el refrán. Mis memorias lo demuestran. Las mías vibraciones no son irreversibles, generando como generan un tiempo particular que es el mío, y alargando como alargan la duración de éste, mientras que por otra parte, yo hecho de menos no sé qué. ¡Días van, días vienen, el mundo da vueltas! Hoy por ti, mañana por mí: es la ley. Y mientras tanto, yo echo de menos no sé qué. Seguramente ha de ser una cosa que se me perdió, que me fue arrebatada, o quizás ni siquiera me la dieron. Y yo digo que es lo peor el que se nos arrebate una cosa que no hemos recibido. No es mi cuerpo lo que echo de menos, ni mis ojos, ni tampoco mi vida. Yo sé que sé muchas cosas, pero sin embargo no digo nada. Sé muy bien que mis enemigos se mueren de ira al verme estar como me estoy, no tengo por qué lamentarme. De nada tengo que curarme. Lo que sí necesito y lo que sí me importa es adueñarme de mi estado. Entonces cambiarán los papeles. El poseso será posesor. El dominado será dominador y el vencido será vencedor. El humillado será soberano. El cabro será cabrón y el huevo será huevón. El fuego será sojuzgado y la luz

será oscuridad. En una palabra: la lana será lana, los animales animales, y los hombres, hombres. Zapatero a tus zapatos, ya lo dijo el sabio. Y nadie se atreverá a meterse en lo que no debe. Satanás habrá tomado cartas en el asunto, y para ese entonces, de una vez por todas y para siempre, se habrá posesionado del planeta, y los elegidos encontrarán finalmente el ansiado júbilo. ¿Y qué decir de los demás? Allá ellos. El doctor Sanabria que siga siendo un perfecto alcahuete; Estefanic un bitoque, Peña y Lillo un retoque, Oblitas un estoque; mi tía un ritornelo, mi tío un escalpelo, mi abuelo un paralelo; y el tal Vera, una bayadera. Lo que cuenta es la verdadera vida y el verdadero talento; de nada sirven los años vividos y la simulación del talento".

... ...

"Ahora yo declaro haber buscado toda mi vida a quien amo. Mi búsqueda ha sido infructuosa, todos lo saben. Y tuvo su punto de partida en un sentimiento universal, o sea, el amor a la patria. No sé si ustedes me entienden, nunca lo sabré. El amor a la patria me ayudó durante toda mi vida en la búsqueda. Pero seguramente cometí algún error. Y en tal caso, tendré que encontrar el error para proseguir la búsqueda. El amor es una tarea, la patria una obra. Para encontrar a quien uno ama, primeramente habrá que desentrañar esa obra inconmensurable que se llama la patria. La patria es de la más grande significación para el encuentro de quien uno ama, digo yo. Pero nunca, sino cuando ya es demasiado tarde, se llega a saber que quien uno ama no se halla en la patria particular, pero sí en la patria universal. Y es en aquella patria particular donde uno busca y no encuentra. En el imposible, en este allá y en aquel aquí se encuentra la búsqueda, digo yo. Además, quien yo amo no es contemporáneo; puede haber nacido hace mil años o tan sólo hoy día, o puede que nazca dentro de mil años, en mi patria particular o fuera de ella. Pero, en el supuesto de que fuera mi contemporáneo y que estuviera en mi patria particular, siempre estaría muy lejos de mí, siempre muy lejos. Más allá del mar, y más allá de la tierra; más aquí de la muerte y más allá de la vida. Pues en realidad, quien yo amo, no es que habite en otra patria o que viva en otro tiempo, sino que tiene dos caras. Yo declaro que por no haber encontrado a quien amo, por eso precisamente, vive y vivirá quien amo; y por idéntica razón vivo yo. De haber

encontrado a quien amo, ya habrían muerto mis ojos, se habría borrado de mi alma el amor, y se habría adueñado de mí un sentimiento particular, individual y cambiante; a eso habría tenido que llamar amor.

"Amar con tal amor
habría sido lo peor;
cosa peor que el olvido,
suceder no habría podido;
más habría valido
el no haber nacido.

"¿A dónde habría podido llevarme aquello? ¡Pues a un viaje por toda la redondez del mundo! Y para conocer el mundo se necesita mucho tiempo, muchos años. Quizá mil años. ¡Tanto tiempo y tan largo viaje, a causa de un presunto error, y sólo para comprobar que no hubo tal error y que me equivocaba, habiendo sido la equivocación lo único en comprobarse! Pues sólo cuando ya es demasiado tarde, uno llega a saber que no se podía amar a nadie en particular, pudiendo haber amado la esencia del mundo, la grave angustia en la que los seres se envuelven; pues la humanidad se manifiesta de un solo golpe en cierto momento, cuando uno, súbitamente y sin saberse cómo ni por qué, se queda petrificado y mira el vacío con un júbilo y con una angustia inexplicable: ahí está la humanidad. Es un ser que cambia de cara y de color; tan pronto como es blanco es negro; y habla con los dientes, con los ojos, con los huesos y con el cuerpo todo, un idioma que tú no entiendes pero que, sin embargo, comprendes perfectamente. Es la niebla. Y entonces uno llega a saber que no era posible amar, sino únicamente a la niebla; y uno la ama tanto más cuando ella desaperece".

... ...

"Volviendo al tema de la patria, digo lo siguiente. Se llama patria el punto de partida del ansia de amar; patria se llama la primera luz con que viste alumbrarse una antigua repisa en la que descifrabas los enigmas de la primera luz en los ojos de tu madre. Se llama patria la luz primera, y también la luz última; y así también se llama el camino que nos conduce hacia otras patrias en donde seguramente relucen otras luces que a su vez señalan otros caminos

hacia otras patrias cuyas luces igualmente nos incitan a seguir caminos y caminos hacia patrias y patrias futuras. Y así se ve que todo es llanto, armonía y fuego, y finalmente, negrura. ¡Yo he buscado; yo declaro haber buscado! Y así he cumplido con mi deber para con la patria. Mil antes de haber llegado a la vida y a la patria, yo sabía que nunca encontraría el amor; y sin embargo lo he buscado. Pero existe un consuelo, y es saber que estoy aquí. ¡Que todos miren el encanto de saber que estoy aquí! Pues aquí estoy, contemplando mi futuro en lo inanimado: la forma última, la extrema forma en el camino de la búsqueda, lo inanimado. La suprema representación del supremo cansancio y del supremo esfuerzo; lo inanimado no conoce el cansancio. Allá podré buscar lo que no encontré aquí. Tendré que morir. Seré inmóvil. Una piedra. ¡Yo he buscado! Yo declaro haber buscado. ¿Y usted, qué declara? ".

"Sin haber aprendido

"Sin haber aprendido no se puede amar. El amor necesita ser conocido para manifestarse; de ningún modo se podrá amar por acaso o en cualquier instante. Para conocer el amor y acercarse a él, habrá sido necesario recorrer muchos caminos a lo largo de los años todos de la vida, y dejar atrás las renovadas juventudes; habrá sido necesario pisotear y aplastar a los caminantes que, al no conocer la luz de la verdad y no merecer tal conocimiento, sólo sirven como un puente para abreviar nuestro recorrido. Pues ellos, esos caminantes, deberán nutrir la sed del iluminado con la savia de sus vidas y de sus esperanzas. El destino de esos caminantes no será otro que dejarse embelesar por el iluminado. El iluminado no vacila en destruir cuanto quiera que se encuentra a su paso en el camino que conduce al amor. El iluminado vive de la destrucción y del aniquilamiento mientras dura la búsqueda. Siembra la muerte, siembra la abyección a su paso. Son solamente unas formas del amor aquellas tumbas, aquellos pantanos de podredumbre, aquella desolación que el iluminado deja a su paso. Y estas formas del amor han de orientar al iluminado en el camino de la promisión y de la verdadera vida. La verdadera vida se simplifica a los ojos del iluminado. Todo ello está hecho de muerte, de abyección, de locura, de violencia a lo largo de los años de la vida. En el camino se quedan unas flores muertas, las ilusiones. Es la última siembra del

iluminado; ya los caminantes se encargarán de la cosecha".

... ...

"Es difícil buscar el amor si no se encuentra la ayuda del tiempo misterioso. El iluminado necesita dirigir los ojos al cielo. El tiempo misterioso viene del cielo. El tiempo misterioso es un devenir de las ilusiones que laten de por sí a lo largo de las jornadas. Y estas ilusiones habrán de morir cuando suene la hora final en la quietud de los pantanos y en las piedras solitarias, a la aparición de la diosa amorosa. En sus pupilas habremos visto nuestras propias pupilas cayendo muertos a tiempo de evocar el remoto instante de la infancia en que hubimos iniciado la marcha ante cuya meta nos hallamos ahora sin darnos cuenta de haber llegado a ella. Y habrá sido esto el amor; esto realmente: el deseo de que algún niño pudiera conocer el asombro de una niña ante algún fugitivo reverbero causado por algún otro niño en la idealidad".

"Si voy a la botica

"Si voy a la botica y pregunto por la señora Anita buscando un poco de platita, nadie me contesta; pero si voy a la botica y pregunto por la señora Anita sin buscar un poco de platita, el boticario me contesta y me dice que ella ha salido, y que me estuvo esperando toda la tarde; y se calla. Yo me callo, nada más pregunto o digo de lo ya preguntado y dicho; y después de largo rato en presencia de un señor de anteojos que está parado a mi lado si voy a la botica, le digo al boticario: "Dicen que usted es potosino"; y el boticario me contesta: "Sí, soy potosino"; y se calla. Yo hago lo posible por quedarme callado, y noto que el señor de anteojos se parece a él mismo, cosa rara, pues todos se parecen a todos, unos a otros y nadie a sí mismo; y mientras que lo observo y permanece callado y asombrado sin animarse a prender un cigarrillo que tiene entre los dedos, pensando que yo soy el señor que está a su lado, me doy cuenta de que soy yo el señor que está a mi lado, y prendo el cigarrillo cuando hablo con el boticario, hablando aquel señor pero no yo, escuchando al boticario en donde yo me encuentro, cuando el señor escucha en donde no se encuentra escuchando al boticario; y cuando el boticario escucha a la boticaria, mientras que la boticaria no escucha al boticario, en estos momentos en que

todos estamos callados hablando en la intimidad del sepulcro, un señor entra, se detiene ante el mostrador, y pregunta por una cajita, invocando el nombre de una señora que viene a la botica a comprar una cajita; a lo que le pregunta el boticario: "¿Qué cajita?", y el señor contesta: "Una cajita blanca". "¿Una cajita blanca?", pregunta el boticario: "¿Será belladona entonces?", y el señor contesta: "Seguramente ha de ser, pero blanca". "¿Blanca? ¿Belladona blanca?", pregunta el boticario; "Así debe ser", dice el señor; "Entonces no puede ser", dice el boticario; "Belladona blanca no puede haber; ¿dónde se ha visto belladona blanca? La cajita puede ser blanca, pero no la belladona". "¿Y qué puede haber entonces si es que no hay belladona blanca?", pregunto yo si voy a la botica; "No puede haber nada, a no ser eso mismo", contesta el boticario; "¿Pero entonces no puede ser eso mismo?", pregunta el señor. "Puede ser eso mismo, pero no belladona blanca", responde el boticario, y saca una cajita; a lo que el señor dice: "Entonces así debe ser, si es que puede ser", y se va con la cajita; y entonces aparece una chica, y el boticario le dice a la chica: "¿Qué quieres, chica?", y la chica le dice al boticario: "¿Tiene crema?", "¿Qué crema?", le pregunta el boticario: "¿De lechuga, de almendras, de limón?" "No sé qué crema", dice la chica; "¿Cuál crema, qué crema?", repite el boticario si voy a la botica; "No sé", dice la chica; "Es una crema de belleza"; "¿De belleza? ¿Pero entonces qué crema? No molestes chica; a lo mejor es crema de rosas", dice el boticario; "Qué ha de ser crema de rosas, una crema de belleza que siempre compro aquí", dice la chica; "¡Qué siempre compro aquí!", exclama el boticario, y le pregunta a la boticaria: "¿Qué crema será esa?", y la boticaria me pregunta a mí: "¿Cuál crema será esa?", y yo le contesto a la boticaria: "Debe ser la crema esa", y la boticaria le dice al boticario: "Esa debe ser la crema esa", y el boticario le dice a la chica: "¿Será esa la crema que quieres, chica, o será otra?", a lo que la chica le dice al boticario: "Esa debe ser la crema esa, a no ser que sea otra", y la chica se va, si voy a la botica".

"Por el alcohol

"Por el acohol se me revelaba el futuro, un tiempo escondido, un tesoro escondido, el júbilo perenne de vivir la bienaventuranza de los días lejanos en un soleado camino. Se me revelaba el tiempo futuro, el tiempo misterioso en el oscurecido recuerdo de la juventud; allí yo podía morir por conveniencia, por cansancio o por comodidad, allí podía sentarme junto a la lumbre con la muerte a mi lado. Con el júbilo del tiempo futuro, el regalo del alcohol era la verdadera vida. La verdadera vida flotaba en el rescoldo del horizonte, y se incendiaba con el resplandor de una tierra prometida en la intimidad de mis entrañas; y en medio de una oscuridad que era luz en mi mente, yo aparecía en el futuro, mirando con un ojo el terror y con el otro la maravilla. ¡Oh alcohol de mis amores, cuchillo de doble filo; beber de ti ya no quiero!".

... ...

"Yo bebía con misticismo. Y por haberme privado del alcohol, ahora me veo privado del futuro. Si yo pudiera ocultarme del tiempo —cosa que equivale a morir—, mi presente se volvería perenne. Cuando pienso en el alcohol, pienso en la inmortalidad, y cuando pienso en la inmortalidad, pienso en la dirección del tiempo, que corre a la inversa (yo llegué mañana, me iré ayer). Además se me ocurre que el hombre no podrá alcanzar la inmortalidad mientras no haya alcanzado la velocidad del tiempo. Acercarse a la inmovilidad, esa es la cuestión. Pues la inmovilidad es la esencia del movimiento, como lo es también del conocimiento, y es más veloz que la luz; la luz es tan sólo una de entre las muchas manifestaciones de la inmovilidad. El universo se mueve, y todo se mueve en el universo; pero sin embargo, existe el reino de la inmovilidad: Dios es inmóvil".

"No se sabe

"No se sabe lo que pasa con la música. Es una búsqueda eterna. Se ha perdido algo que nunca existió. Para componer música, previamente habrá que descomponer un espejismo. El espejismo que nos impide ver hasta qué punto la música no se parece a la música. Por las diversas formas de los instrumentos esbozamos la forma de la música, pero ésta persiste sólo en la idealidad y no puede revelarse, sino que se dispersa con la diversidad de las formas.

"La música se aniquila por sí misma a través de una fracción de segundo y se realiza gracias a la duración fragmentaria de la

existencia".

... ...

"Los instrumentos musicales son hermosos, nadie lo duda. Y cuando uno los mira, se olvida de la música. Yo miraba embelesado los instrumentos al paso de las bandas y dirigía mis ojos al cielo, para escuchar allí, más bien que en mi corazón, algo jamás escuchado; y me iba, en pos de mi alma, en pos de la música que mi alma seguramente escuchaba.

"Muchas veces, me quedaba parado frente a una tienda en la calle Honda, contemplando unas cornetas, unas trompas, unos trombones, unos instrumentos olvidados en una inmensa vitrina y que, según yo recordaba, desde que tenía uso de razón se hallaban allí colgados, en grandes clavos.

"Y estos instrumentos, estaban cubiertos por el polvo de los años; y yo me preguntaba por qué estaban allí, sin que nadie los comprase. Mucha pena me daban estos instrumentos; y los miraba como una cosa inalcanzable".

"Parece mentira

"Parece mentira, pero sin embargo es verdad. ¡Hermosa verdad el Hielopán y no menos el Termopín! ¡Oh inventos de mi alma, Hielopán y Termopín, destinados a inmortalizar mi memoria, siempre que no me salga el tiro por la culata! La gente podía haberse imaginado un helado delgado, un delgado helado, o un termo delgado, con los nombres Hielodelgado y Termodelgado para mis patentes de invención. Felipe Delgadopín, inventor del Termopín, como Felipe Delgadopán, inventor del Hielopán, la celebridad es cosa mía.

"¡El Hielopán, y qué substancia más rara! El Hielopán es una substancia muy rara, bajo cuya acción cualquier líquido, llámese agua, aceite, mercurio, alcohol, sangre o cerveza, alcanza instantáneamente su punto de congelación. Mi fórmula es elástica. ¿Qué quiere la gente? ¡Hielopán en polvo, en comprimidos, en gotas, y también en gas! En cuanto a su potencia, con un miligramo de Hielopán se podrá congelar una tonelada de agua destilada, al nivel del mar; o sea, que una cantidad dada de Hielopán será capaz de congelar un cantidad de agua mil millones de veces mayor.

Como es natural, la proporción ha de variar según el líquido a tratarse. En escala industrial y para su presentación mi substancia tendrá que ser debidamente dosificada a fin de facilitar su manejo, ya en polvo, ya en pastillas, ya en gotas, ya en gas, para helar el vino por barriles o por copas, para congelar cadáveres, para beber cerveza helada y bajo un calor sofocante, para su uso en la mesa, en el taller, en la oficina, en las excursiones y en las aventuras. Por supuesto, la substancia no altera en forma alguna el líquido con ella tratado, a no ser la temperatura; pues a falta de tal propiedad mi invento no serviría para maldita la cosa. Más aún: el Hielopán es incoloro, inodoro, insípido. Es inocuo. Su costo de producción es de un orden asombrosamente bajo: se podrá comprar cien gramos de Hielopán con lo que cuesta una salteña.

"La otra de mis fórmulas, o sea el Termopín, vaya, vaya: actúa a la inversa. Bajo su efecto alcanzan los líquidos su punto de ebullición. En general y por contraparte, sus características fundamentales corresponden a las del Hielopán. Es obvio que ambos inventos tendrán miles y miles de aplicaciones por completo insospechadas, tanto en la guerra como en la paz.

"En realidad, yo pienso valerme de estas mis fórmulas y entrar en acción para instaurar un gobierno mundial bajo la dictadura de un boliviano. Y reservándome la Oceanía, dicho continente pasará a mis manos para instaurar allí un mundo aparte. Pero antes, pienso hacer hervir las costas chilenas, sin decir a nadie nada; a ver si así nos devuelven nuestro Litoral. En cuanto al problema con el Paraguay, la cosa es sencilla: no bien estalle la guerra, agarro un poco de Hielopán, hago congelar el río Paraguay y sanseacabó. Gano la guerra. Pero además, también pienso suministrar la cantidad suficiente de Termopín a la India (La Grand), de modo que la India (La Grand, quiero decir: India la Grande), por conducto de los acólitos del Mahatma Gandhi, proceda a bloquear las Islas Británicas, haciendo hervir los mares que las rodean y, después de ocupar el territorio inglés, se dé a la tarea de doblegar sistemáticamente el estúpido orgullo de sus habitantes. Como única retribución, pediré el título de doctor *honoris causa* de la universidad de Calcuta. Y valga la oportunidad para proclamar mi repudio por Inglaterra. ¿Quiénes son los ingleses, que se permiten insultar al Mahatma y decir que era un viejo piojoso, sino los mismos ingleses quienes acuden al uso de cosméticos en lugar de bañarse? Al fin y al cabo los hindúes se bañan como moscas, en el Ganges y en el

Bramaputra; pero claro que mueren como moscas, gracias a la explotación inglesa. Según he sabido, pretenden los ingleses exterminar a las moscas; lo malo es que no hay tales moscas a no ser los hindúes precisamente".

... ...

"Sea como se fuese, la tal civilización no me gusta; nadie sabe para quién trabaja. Estoy en camino de resolver el ciclo de la entropía; acabo de resolver la cuadratura del círculo, asi como el problema del movimiento perpetuo... (Y sin embargo, no hay tal. Sencillamente no existen tales inventos o descubrimientos, sino que son mis puros inventos. Esta confesión no debe figurar en mis memorias; Dios me libre de ello. Sería una verguenza. Ya veo a mis enemigos bailando de alegría sobre mi tumba. Por lo demás, al patriotero de Sanabria, quiero reventarlo con el Hielopán. Fraguar una carta, del inventor X, haciéndole creer que él solito puede ganar la guerra. Claro que si descubre la verdad, me capa)".

"Pero ahora

"Pero ahora me pregunto qué es lo que me pasa. Qué soy, quién soy. Como borracho, he fracasado; el verdadero borracho debe morir como Corsino Ordóñez, al pie del cañón. ¡Y qué triste mi caso, estoy de cabeza y me siento otro! No extraño a nadie; no puedo llorar; no extraño nada. Me da igual comer, no comer, dormir, no dormir, estar aquí, estar allá. Yo mismo no soy, sino otro. Soy uno más otro: es decir, dos. Pero en vista de que soy otro y también soy yo, me veo forzado a ser yo mismo, aunque al final resulte siendo otro, es decir yo mismo más otro, o sea mi hijo. Y este es el nombre que toda mi vida quise tener. Esto es claro, y lo otro, tan oscuro como yo mismo. Y si esto es así, debo ir al mundo. Debo responder ante el mundo en tal condición. Debo ir al mundo y entrar en el mundo, mirar todas las caras y conocer las caras de mis semejantes. Encontrar una cara en la que pueda leer el estado del mundo y quedarme toda la vida mirando esta cara. Quiero ser un espejo del mundo. Quiero adoptar el gesto del mundo. Mi cara deberá reflejar el estado del mundo: "¡Pero ese no es el estado del mundo!", exclamarán seguramente Sanabria y Menelao Vera, asustados de sus propias fechorías al verme la cara.

Y será un motivo para mandarlos a cierta parte".

"Busco en la superstición

"Busco en la superstición una defensa contra ciertas fuerzas ocultas. Y ahora quisiera explicarme por qué lo hago. En realidad, cuanto más supersticioso yo sea, tanto mejor defendido estaré de aquellas fuezas ocultas, tales como las que me quieren arrebatar del mundo a plan de tirones. Y el único medio para defenderse de ellas consiste en la interpretación de las mismas, lo que precisamente se consigue por la superstición. ¿Pero, a qué viene este mi temor por las fuezas ocultas? ¿Será una cosa gratuita, o tendrá alguna razón de ser? Sin duda se trata del temor de lo desconocido o, más bien dicho, del temor de algo tan terriblemente desconocido que, al no poder ocultarse más allá de lo desconocido, busca la forma de lo conocido, tornándose tanto menos conocido cuanto más desconocido bajo la forma de lo conocido. A lo que yo me pregunto: ¿podrá haber maravilla más espantable que el hacerse invisible una cosa a fuerza de volverse visible? La luz sólo es visible en su propia fuente, o cuando toca un cuerpo, pues es invisible en su curso a través del espacio. Pero cosas tales como la electricidad (que no se ve y se siente), y el sonido (idem y se escucha), y el olor (idem y se huele), pueden hacerse visibles por la superstición, pudiendo también hacerse audible la luz. (¡Oh superstición, cuchillo de doble filo; olvidarte no puedo, pero sí mirarte y adorarte!)".

... ...

"El misterio, atraído por las fuerzas irradiantes de la superstición, se allega y se revela al supersticioso, y le roza la frente. Dicen que no hay tal misterio, que el misterio deja de ser tal en cuanto se descorre el velo de los así llamados fenómenos; eso dicen; pero afortunadamente, el relámpago, la luz, el agua, el movimiento y las demás cosas en su totalidad, siguen siendo un misterio; y seguirán siéndolo hasta el fin de los tiempos, por más que la ciencia diga lo contrario. ¿Acaso sabe la ciencia qué pasa con la electricidad? ¿Acaso la ciencia ha podido inventar un remedio para la gripe? ¿Y qué pasa, cuando un científico estornuda y se le pregunta por qué lo hizo? No pasa nada, el mutismo dice mucho. ¿Qué es

el imán? ¿Por qué un gato ha de ser negro? ¿A quién le consta que dos y dos son cuatro? ¿Qué pasa con la unidad y con la pluralidad? Pero la ciencia te responde al instante: ¿Y a ti qué te pasa? ¿Por qué no aprendes a respetar a la ciencia?".

... ...

"Todos mis movimientos, hasta donde humanamente es posible, se hallan regidos por el curso dextrógiro (derecha–izquierda, en la simetría del espejo), siguiendo la dirección señalada por el flujo cósmico que gobierna la rotación de la Tierra y de todos los cuerpos habidos y por haber. Y de tal modo, me pongo el zapato del pie derecho primero, y luego el zapato del pie izquierdo; y observo religiosamente esta regla, tanto al vestirme como al desvestirme; y por supuesto que lo hago con todas y cada una de mis prendas de vestir. Meto primero los miembros de la derecha, antes que los de la izquierda, en el saco, en los calzoncillos, en el pantalón. Este ha de ser un ejercicio espiritual alto y verdadero, así cierro en mi cuerpo el círculo cósmico: la derecha primero, luego la izquierda; aparecen los astros aquí, y desaparecen allá. Y es la superstición un ejercicio mágico, por el cual se estimulan las facultades escondidas que, alguna vez, te sobrecogen y te sacuden, por una fracción de segundo, cuando percibes una presencia prodigiosa y sientes el misterio de algún mensaje. A raíz de un trance parecido, se me ocurrió pensar una vez en una escritura universal, a utilizarse por cualquier persona sin necesidad de aprendizaje previo, y simplemente por intuición. Y la cosa se reduciría a "escribir" dejando que corra la pluma, que por sí sola iría trazando los signos de una escritura supersticiosa, comprensible por quienquiera que supiese mirar el reflejo en el agua. Pues el agua es una idea. La vida en este mundo es el reflejo de una idea".

"Me mira el cordero

"Me mira el cordero, y parece quedarse petrificado por el espanto de alguna visión, incomprensible y abrumadora, que se vislumbrase más allá de mí y de un apacible mundo de silencio. ¿Quién será el cordero? Yo no lo amo, sino que lo amo porque no lo amo. Y aunque lo amase, tampoco lo amaría, sino porque lo amo. El cordero me mira, y yo lo miro, y nadie sabe por qué,

sólo que él no sabe que no sabe, mientras que yo sé que no sé. Y por eso el animal es puro, y el hombre impuro.

"Una sola vez lo vi. Y por haberse confundido con los demás corderos, dejó de existir para mí. Pues todo ha de ser igual que todo; de otro modo, no sería distinto".

"Y estas dos bolitas

"Y estas dos bolitas con que el cordero me mira y con que yo lo miro, son los ojos. Dos bolitas, que Satanás ha tocado para conferirles luz y oscuridad. Con una manifestación en lo no manifestado, el cordero me mira. En la mirada con que el cordero me mira, se manifiesta la no manifestación con que el cordero me ama. Yo amo al cordero con la manifestación que se manifiesta en la mirada con que lo amo. La causa por la que amo al cordero se manifiesta en lo no manifestado. Satanás ha querido manifestarse en el cordero con la mirada que se manifiesta en la manifestación con que el cordero me ama. El misterio que se apaga bajo la luz y que se enciende bajo la oscuridad; el misterio que se oculta del sol y que resplandece bajo la noche, quiere manifestarse en estas dos bolitas que Satanás ha tocado".

"Ahora que he cogido la pluma

"Ahora que he cogido la pluma, pienso escribir una gran obra; vale decir, la biografía de un grande hombre. Y lo haré con el propósito de reivindicar su memoria. Se trata de uno de los hijos más ilustres de Bolivia, uno de sus más grandes presidentes. Me refiero al audaz soñador, que pensó en la ciudadanía universal y que, por risueño contraste, al mismo tiempo fundó el ahora populoso barrio de Miraflores, en el antiguo valle llamado de Poto–Poto, el cual hoy por hoy abarca una cuarta parte de la ciudad. Aludo al gran estratega, al vencedor de veinte batallas, al instaurador del sistema métrico decimal en Bolivia, al gestor del ingreso de este país en la Unión Postal Universal; me refiero a un gran hombre, calumniado, vilipendiado y difamado y que, gracias a su intuición genial, determinó en definitiva la participación de nuestra patria en el concierto de las naciones, y creó un excelente sistema bancario, meditó en cosas tales como la abolición del pasaporte internacional, borradas que fueran las imaginarias líneas fronterizas de las naciones, y

mandó analizar las hojas de la coca, cosa que a nadie se le había ocurrido antes, del mismo modo que se empeñó en legalizar, y para siempre, la propiedad de las tierras por los indígenas, propósito que, como muchos otros, más tarde sería torcidamente interpretado por los eternos cronistas al servicio de la plutocracia. Y luego, a quién me he de referir, sino al enemigo público número uno de la burocracia y del papeleo, que ministraba justicia cual Salomón redivivo y que se mostraba tan magnánimo para con los desheredados y los humildes, como sanguinario para con los traidores, ladrones, cobardes, simuladores y adulones, eterna caterva de parásitos que acuden en legiones al poderoso. Y así, pues, a quién me he de referir, sino al hombre que brillaba por la grandeza de sus actos y que, en respuesta a la reina Victoria, quien había borrado del mapa a Bolivia, no tuvo incoveniente en borrar del mapa a Inglaterra; un hombre que tuvo la peregrina ocurrencia de llamar hugonotes a sus opositores, y la no menos peregrina pero en verdad fantástica idea de hacer una cruza de hombre con animal, no sabiéndose, empero, con exactitud si fue vaca o yegua; y mandó encerrar en el calabozo del palacio de gobierno, a un soldado de la guardia junto con la vaca, o yegua, por ver qué pasaba; y qué iba a pasar, sino que, al cabo de cuatro meses, nació una criatura. El asunto se guardó en estricto secreto por orden del presidente; el presidente quería asegurar la perpetuación de la nueva especie antes de cantar victoria; sin embargo, dicen que los encargados de la vigilancia incurrieron en algún descuido, ocasionando que la bestia destrozase al recién nacido. Y es lástima no saber detalles sobre un hecho de tan extraordinaria magnitud.

"El presidente, hombre de acción y de lucha, hombre honrado, valiente y leal, exigía estas mismas virtudes de quienes lo rodeaban; y contó en su gobierno, sin duda que debido a su propio valor y su talento, nada menos que con la colaboración de los más ilustres patricios de la época. Tales don Narciso Campero (más tarde presidente), don Isaac Tamayo, don Mariano Donato Muñoz, don Rosendo Gutiérrez, para no citar una veintena; y nada de pelafustanes. Hizo correr sangre, y mucha sangre, es cierto; pero no es menos cierto que la sangre lava los males. Y no fue quién para usufructuar del erario; dormía sin sábanas a fin de ahorrar gastos a la nación. Era de una honradez acrisolada. Y tan es así, que después de su derrocamiento, asesinado en tierras extranjeras por un felón que de tal modo demostró monstruosa ingratitud por aquel a

quien sólo debía favores y beneficios, murió en la más extrema miseria. Pero, ¿a qué más rodeos para identificar al grande hombre, en tratándose de Mariano Melgarejo y nada menos? Y tal el tono de la biografía que pienso escribir; y no necesito ni me importan los juicios y opiniones que aparecen en los libros; todos ellos están inspirados por la infamia. Además, yo sabré cómo hago la biografía de Melgarejo; imaginando e inventando cosas; pues una cosa es la historia que nadie lee en los famosos libros, y otra muy diferente la que rige y la que vale, es decir, la verdadera historia, la que vive en el alma popular, en nuestros corazones y en nuestra imaginación".

"El señor Oblitas

"El señor Oblitas se cree la octava maravilla del mundo. El señor Oblitas ha estado en la India, en el Reino de Siam, en China y Cochinchina, ha sido el favorito de no se qué Lama, ha estado en el Japón y ha estado en Persia. Y me lo dijo de borracho; pero, al recordárselo yo poco después, se puso colorado. Quién sabe si Oblitas estaba borracho y, sin haber estado allí, habiendo estado allí de borracho, jamás estuvo allí. Ahora anda en no se qué trajines con el doctor Sanabria haciéndose el mago, se mete en líos y brujeríos precisamente para disimular que es mago, y todos creen que se hace el mago, menos yo. ¡Ah Oblitas; Oblitas, y cuánta razón tiene él! Y cree ser mago, y al mismo tiempo no cree. Quién sabe si Oblitas, para no quedarse a solas con su propia duda, hace que los demás participen de ella; y si esto es así, quiere decir que Oblitas es mago, sin remedio. Y es un perfecto animal, hace lo que le da la gana, tal como debería hacer todo hombre. ¿O estaré hablando disparates? ¡Ojo, mucho ojo con Oblitas! De curar, no cura; no tiene la intención de curar; lo que él quiere es, precisamente, curar, pero en realidad, curar para incurar, no para matar ni para sanar. ¿Y Sanabria? ¿Qué hace, qué quiere Sanabria? Debería darle verguenza, su profesión es inútil. Las enfermedades no tienen otro remedio que el que viene de por sí y cuando Dios lo quiere. Y yo digo que el acto de curar, aparte de innecesario, es inmoral, antinatural y criminal.

"La salud

"La salud me da asco. La sola palabra me revuelve las tripas. La curación es una patraña. ¿Qué es eso de la salud? ¿Qué es eso de mente sana en cuerpo sano? ¡Porquerías! La enfermedad —leáse anormalidad— constituye el impulso motor del mundo. En el reino de la normalidad es imposible que existan cosas hasta tal punto anormales y milagrosas como el equilibrio, la rotación o la muerte. Yo declaro mi absoluto convencimiento en sentido de que, de no haber existido la enfermedad, la nada se habría quedado como tal. ¡Oh enfermedad, cuchillo de doble filo; temerte no puedo, pero sí adorarte!".

"El pobre enfermo

"El pobre enfermo, aterrorizado por el dolor y la muerte, no vacila en descubrir sus intimidades y se desnuda en presencia del médico que, después de recetar unas cucharadas, unas obleas, unos comprimidos y unos supositorios a base de almíbar, somete al paciente a mil humillaciones y le pide orines, excrementos y sangre, so pretexto de análisis; y luego, no contento con eso, como quien nada hace, le abre la barriga o bien la espalda o la cabeza, según la dolencia, y todo para qué, para precipitar la muerte del paciente, seguramente por impaciente. ¿Como médico, acaso el famoso doctor Sanabria ha podido evitar la muerte de don Nicolás? No ha podido; y tampoco el mejor médico del mundo habría podido, pues la hora de la muerte está escrita, la enfermedad no es cosa que mata y los médicos están demás. Don Nicolás tenía que morir, y habría muerto igualmente, con catarro o con gripe, tanto más por cuanto aún no ha nacido el médico capaz de curar el catarro o la gripe".

"Ahora me pregunto

"Ahora me pregunto qué pasará mañana; es feriado. Seguro que Vera ha de ir a la ciudad y quisiera encargarle alguna cosa; pero más vale no pedirle favores, es darle importancia. Estoy sumamente amargado; nadie me hace caso; aquí nadie tiene idea de nada. Pregunto la hora y se me contesta: "¡Contigo pan y cebollas!". Me tratan como a un perro, como si yo fuera no sé qué,

y lo único que hacen es burlarse de mí. En una de esas pierdo los estribos, salgo de mis casillas y guay del que se me plante. Menos mal que tengo un palo en mi cuarto, las heridas son las heridas. ¿Cómo estará, dónde estará a estas horas don Nicolás? ¡Muy lejos! ¡Don Nicolás está muy lejos de su alma, y también lo está de su cuerpo! Sin embargo, no es el muerto quien muere, sino el que se acuerda del muerto. Don Nicolás me quería, y yo también lo quería. Por lo menos ya se libró de mí. Yo agarraba en una de esas y le rompía el brazo, la canilla o no sé qué, y no por maldad, sino que se pasaba hablando sonseras y disparates sin ton ni son, creyendo que uno se quedaba atónito con sus decires".

"Aquí la mirada

"Aquí la mirada no cuenta para nada. Esta gente no entiende el lenguaje de la mirada. La mirada cataliza. Ella atomiza. Ella electriza. Es coherente, ella paraliza; hace las veces de impulso eléctrico visible, y además es intocable. El zaparrastroso de Sanabria no entiende estas cosas; pero yo sí, a pesar de que soy tan zaparrastroso como él. Porque ¿qué ropa, qué zapatos, qué cosa me dan a mí? He llegado al extremo de andar con el culo al aire, y por eso me pregunto: ¿Qué ropa, qué zapatos, qué cosa me dan a mí? ¿Y la comida? ¿Qué clase de comida me dan a mí? En una de esas agarran y me dan no sé qué, creyendo que yo soy quién sabe qué. Menos mal que casi no como, y por eso mismo quisiera ser invisible. Invisible como la electricidad o como el aire, para fluir y fluir y no tener nada que ver con esta cáfila de traidores".

"Pero la electricidad

"Pero la electricidad es mejor que el aire; por qué será, a mí me gusta más. La otra noche me soñé con la electricidad. La electricidad se me apareció vestida de luto. Era una mujer hermosísima, y se parecía a Ramona; qué hermosa boca, qué hermosos ojos. Y respiraba con dificultad. Y me dijo: "Yo soy la electricidad; de noche duermo en la ciudad y de día en el campo, y duermo toda la vida; pero esta noche, he querido velar por ti, oh pobre alma. Como puedes ver, soy tu amiga; has de saber que sin mí, ustedes los muertos no podrían llegar a podrirse; pues los muertos se pudren de horror, y yo soy quien les infunde el horror por el cual ustedes los muertos se pudren de horror. La llegada de la putrefacción es

inminente; yo te aconsejo dejar de morirte. A todos les espera un horror muy grande. No existe una mente perversa para concebir el horror de la putrefacción. Bebe por copas sangre de lagarto, a la luz del sol, durante trece días, y durante veintiún noches, agua de la vertiente a la luz de las estrellas, si es que quisieras vislumbrar el gran misterio que me rodea. El número de la muerte es el quince; el veintisiete, el de la vida. Corresponde el nueve al número neutro, el seis al número polar, el quince al día de tu nacimiento; y con el nueve, la muerte es el veinticuatro. La electricidad es quien te lo dice". Así me habló la electricidad entre sueños. Ahora pienso neutropolar un poema —neutropolar, o sea, escribir como realmente se debe—, y enviar el poema a mis muertos, a mi madre. (Madre mía: si te hubiera conocido, no habría podido conocerte como te conozco sin haberte conocido. Para conocer por ti y por mí lo que tú no pudiste conocer, para sufrir por ti y por mí lo que tú no alcanzaste a sufrir y para postergar la hora de tu muerte, para eso yo nací, pues tú morirás sólo cuando haya muerto yo. Es muy grande mi devoción; yo conozco un sentimiento angelical por no haberte conocido, y conozco la divinidad por el conocimiento de ti, así como lo desconocido, con más verdad que lo conocido. Mas, igualmente me habría acercado a la divinidad, conociendo lo desconocido al haberte conocido). Iba diciendo que sacaré copias del poema que pienso neutropolar, y las enviaré a mis muertos, que son los siguientes: mi madre, mi padre, mi profesor Calixto María Medrano (¡claro que ha debido morir!), Ramona, Corsino Ordóñez, mi tía Lía, don Nicolás (¿y Titina?) (¿y mi tío Apolinar?), mi abuela, y quién sabe qué otros más. (¿Y ese ángel; ese demonio, que una noche vi en la morgue; estará vivo, o seguirá muerto? ¿Y los presagios; los presagios escondidos en aquella música de sombras, se cumplirán alguna vez? ¡Cómo será! Tales presagios eran el espejo de estos presagios en la terrible aventura, aquella noche de Navidad, al progresar en mi memoria la imagen del ángel como un tardío presagio. Era un derrumbarse el mundo, era un temblor en la grave profundidad. Con un bramido sordo resonaban las trompetas, en una honda negrura se desvanecía el ángel, su vuelo había traspasado mi corazón, en las regiones del alma oscura, y se escuchaba secretamente una revelación, un lamento de abrumadora lejanía... ¿Llegarán a cumplirse alguna vez los altos presagios, que se esconden en el adagio, de la Sinfonía en do menor? ¿Y qué hado presidió el decurso, aquella noche? Las

cosas diversas de la noche, las irrealidades alumbradas por el fuego de la realidad, nos envolvían con un aire espeso a todos nosotros, a los vivos y a los muertos, todos protagonistas del drama. Yo me sobrecogía con mis propios sentimientos, que yo mismo encubría y que, habiendo permanecido en lo oculto de mi corazón, repentinamente se me revelaban en las invocaciones, en las confesiones, en las maldiciones de Miguel Angel —¡Miguel Angel, el alcahuete!—, el mulato que, habiendo tentado al amor, fue tentado por la muerte)".

... ...

"Difícil es apartarse de un mundo milagroso; cuanto más temible la congoja, tanto más seductora se vuelve, en este preciso instante, en que una profunda tristeza me conmueve y un amargo llanto me sacude. Y tal ocurre con la evocación: es como el soplo de un aire helado, cuando resurgen no se qué asociaciones de la Primera sinfonía, y cuando en un trasfondo, en la inconmensurable amplitud de una lluvia universal, el tercer movimiento se difunde en la distancia, con escondidas resonancias que me devuelven un perdido recuerdo: tal la imagen de mi madre en la distancia. Pues allí se encuentran aquellas mismas resonancias, las que me inducen a escudriñar algún abismo y recuperar esta imagen. Y lo digo para que conste en estas mis memorias: lo único que me toca es pisotear toda lamentación. Dejar de echar de menos mi pasado y renunciar al futuro, de un solo golpe. ¿Qué más da? Ya no tengo nada, ya no tengo libros, ya no tengo discos, no tengo dónde caerme muerto, todo está perdido; hasta mi alma. ¡Qué haber de muertos, y yo me quedo solo! Lo único que me queda es afrontar el presente, llevar adelante mis planes, hacer cuanto me propongo. Todas las copias de mi poema han de ser neutropolares; seré yo el primero en recibir una copia, como que estoy muerto. Y qué raro: me olvidaba de Miguel Angel, el famoso muerto, a quien debo mandar la suya. En cuanto al nombre que llevará mi poema, para qué ni pensarlo, si de por sí ya se llama: "A la electricidad". En cuanto a su extensión y su fondo, su tono y su forma, eso no es problema; la electricidad me lo dice:

"Sacan los muertos del balde la cola,
por fuera y por dentro y en todo momento,

de noche y de día se pudren de horror,
y sacan del balde los muertos la cola;
y bailan sus ojos el baile de la cola,
arriba y abajo, a diestra y siniestra,
y les crece la cola por fuera y por dentro;
parecen arañas que bailan el baile
de la trampa,
y parecen disfrazados que bailan el baile
de la oscuridad,
el momento de decir, como privarse de orinar;
con las quijadas desvencijadas
y los pelos enredados,
con los dientes afilados
y los codos abollados,
sacan del balde la cola los muertos;
con fuerte olor a quemado
y con fuerte zapateado haciendo temblar
los huesos,
con la calavera fresca dando fuertes
cabezazos
y con la calavera desgreñada fuertes
zapatazos;
con la ventolera
de la calavera,
volteando taburetes y dando porongazos,
sacan los muertos la cola del balde;
pudre que te pudre,
cola que te cola,
baila que te baila;
con el culo al revés volando por el aire...

"Y con esto, ya puedo comenzar el poema. ¿Y los otros muertos? ¿Acaso puedo olvidar a los muertos que se cuentan como arenas en el mar? Una copia, especialmente neutropolada en hueso, o bien en bronce, volará con destino a todos los muertos habidos y por haber. ¿Y Prudencio? ¿Por qué Prudencio no habría de recibir una copia? Qué ocurrencia; y todo será hecho por telepatía".

"Acabo de recibir

"Acabo de recibir una carta. Es una carta que don Nicolás me escribe desde el más allá.

"Felipe de mi alma: En último término, no hay sino un problema, y este problema se reduce a la permanencia: es necesario permanecer en la permanencia.

"Tú habrás de buscar tu permanencia bajo el solo influjo de la fe; pues de lo contrario, si buscas una permanencia y permaneces con el solo propósito de encontrar tu propia permanencia, renuncias a ti, y te bamboleas y caes.

"La permanencia en la incertidumbre te salvará, mas no la certidumbre de la permanencia. Si aspiras a permanecer por la fe, no hagas bromas. Si no quieres verte perdido, mirando sin poder mirar y hablando sin poder hablar; si no quieres verte hundido en la certidumbre de la permanencia, no hagas bromas.

"Deberá de haber identidad entre tu vida y la vida; pues de otro modo, no habrá vida. He aquí la significación de la permanencia.

"Y la identidad, deberá ser una obra de creación, y cada cual deberá trabajar en esta obra, a lo largo de muchísimos años, sobrellevando muchísimos sufrimientos. En la identificación y en la búsqueda de la permanencia, es necesario ser valiente y tener ojos hermosos. La permanencia, tan pronto se halla en la vida como en la muerte. Pero sin embargo, nadie ha de acercarse a la vida, ni tampoco a la muerte: el equilibrio lo prohibe. Y por la fe en la permanencia se guarda el equilibrio.

"Son dos las esferas de tu existencia. Una es visible, la otra invisible. Ambas se suspenden en el recinto de la permanencia por el soplo de la incertidumbre, y ninguna podrá quedarse, ni tampoco podrá caer. Pues la permanencia —ya lo sabes en definitiva— es incertidumbre. Un ansia de alumbrar la significación de la muerte.

"Quédate allí donde tú estás, Felipe de mi alma, para morir poco a poco.

"Allí donde tú estás, allí encontrarás una morada para tu muerte, muriendo pausadamente.

"En el campo estoy; se mece la arboleda con el viento, más allá de los arbustos; y desde muy lejos, en las colinas, los sones de una música me invitan a decirte adiós.

" ¡Me voy, pues, en pos de los sones lejanos, y te saludo!".

"Cuando por mucho tiempo

"Cuando por mucho tiempo se ausentan las ilusiones y cuando las ilusiones se pierden para siempre, cuando uno llega a echar de menos que no echa de menos, recordando que no recuerda, sintiendo que no siente, oyendo que no oye y viendo que no ve, cuando uno llega a saber que no sabe, llegando que no llega, andando que no anda, soñando que no sueña y hablando que no habla, amando que no ama y tocando que no toca, uno echa de menos lo ocurrido, viviendo que no muere y muriendo que no vive".

CAPITULO VII

El frío era sumamente intenso y recrudeció en junio. En pleno invierno, Uyupampa ofrecía un aspecto desolador. Los campos estaban secos, los cerros grises y pelados, los árboles desnudos. Un viento helado soplaba por las tardes, silbando en medio de alguna llovizna, haciendo vibrar las ventanas y gimiendo en los aleros.

Sanabria hallábase preocupado con ciertas disputas sobre linderos, cuya solución quedaba postergada año tras año causando malestar a labradores y propietarios (de tierras colindantes estos últimos). Ante la amenaza de guerra, cundía la indiferencia por las faenas agrícolas, concentrándose la atención en los rumores que, de uno u otro modo, circulaban sobre repentinos aprestos bélicos. Una severa helada había acabado por malograr casi por completo los sembradíos –y ojalá que no ocurriese lo propio en las fincas del Altiplano: Sanabria se horrorizaba al solo pensar en ello.

Los viajes de éste se repetían con más frecuencia que antes; o sea que –y digámoslo paradójicamente– ahora viajaba de la ciudad a Uyupampa en lugar de viajar de Uyupampa a la ciudad, pasando –como es natural– la mayor parte del tiempo en esta última. En cuanto a Oblitas, éste seguía haciéndose ver asiduamente en

Uyupampa, del mismo modo que Peña y Lillo.

Sanabria y Oblitas estaban de uña y carne. Aquél debía tener sus buenas razones para acrecentar su obsequiosidad y complacencia durante los últimos tiempos y tal vez lo hacía porque necesitaba de los servicios de Oblitas. Un día le dijo:

–Profesor Oblitas. Necesito consultar con usted. Tengo un asunto urgentísimo; debo resolverlo cueste lo que cueste. El asunto se ajusta enteramente a la legalidad, ni para qué decirlo, pero, por ciertos detalles técnicos que oportunamente le explicaré, yo no puedo realizar la gestión. Sin embargo, usted podría hacerlo figurando como personero de tal y tal empresa y con el respectivo poder notariado; pues mi nombre no deberá aparecer en absoluto. Naturalmente usted, como gestor, percibirá los honorarios que en justicia le corresponden.

El asunto, en términos generales y según fue expuesto por Sanabria, se relacionaba con la propiedad de tierras; mas, como en materia de propiedad de tierras las gestiones, simples en apariencia, tendían a moverse en un trasfondo extremadamente intrincado, Sanabria ponía a disposición de Oblitas la perfecta maquinaria que él había montado en la burocracia a propósito de los numerosos asuntos que tramitaba con el Estado, y de la cual, precisamente, Oblitas tendría que valerse para llevar adelante el trámite en las esferas ministeriales mientras que Sanabria, por su parte, se encargaría de tocar ciertos resortes y mover ciertos hilos en las altas esferas ejecutivas a fin de abrir rápidamente las puertas del éxito.

Vista la proposición, Oblitas se mostró de acuerdo; Sanabria lo celebró, y de inmediato se pusieron en actividad.

Como se aproximaba el día de San Juan, Sanabria quiso aprovechar la oportunidad para halagar a los indios haciendo un festejo en grande. Le interesaba conseguir el apoyo de éstos y, en circunstancias en que los antiguos pleitos sobre linderos llegaban a un punto crítico, habiendo acordado conceder una compensación por pérdidas en las cosechas, ahora quería dar el golpe de gracia, celebrando la noche del 23 con gran despliegue de fuegos artificiales y de fogatas y con ingentes cantidades de bebida y de comida.

En vísperas de la fiesta, Oblitas se hizo presente en compañía de Peña y Lillo, con dos mulas cargadas de productos pirotécnicos; y como no podía ser de otro modo, ponderó ante Sanabria la calidad excepcional de los mismos, para luego ponerse a la tarea de revisar minuciosamente los cartuchos, los soportes, las guías, los

armazones y las cañas, a fin de prevenir posibles accidentes y fiascos. Habíase dispuesto la quema de estrellas giratorias, una locomotora, ojos de dragón, rayos volantes, luces del infierno y otros efectos pirotécnicos, amén del lanzamiento de seis globos, dos de seda y cuatro de papel.

No bien cayó la noche, habiéndose congregado todos los vecinos de Uyupampa en los terrenos circundantes de la casa –lejos del patio, lejos de la tumba de Estefanic–, al resplandor de gigantescas fogatas, cinco indios comenzaron a soplar con todas sus fuezas unas cornetas tocando aires de fiesta, y se pusieron en circulación abundantes cantidades de comida y de bebida. Con gran alboroto se inició la quema de fuegos artificiales; el espectáculo causó asombro; mas, al final del programa, los espectadores fueron sorprendidos por una catástrofe ocurrida con la locomotora, que estalló y que –para desprestigio de Oblitas– voló en pedazos lejos de ponerse en marcha. Los globos respondieron bien; una vez inflados bajo la supervisión de Oblitas, se remontaron majestuosamente, perdiéndose de vista en el cielo estrellado. Luego se echó la suerte con estaño derretido. Al solidificarse en un bañador lleno de agua, el metal ofrecía mensajes que los conocedores deberían interpretar. Oblitas era uno de ellos; pero sin embargo, se quedó callado y puso mala cara en vista de que los concurrentes no le pidieron que leyera estos mensajes, no obstante que todos ellos sabían que podía hacerlo. En cambio, ahí estaba Menelao Vera poniéndose a leer sin que nadie se lo hubiese pedido, sólo que Sanabria le dijo que eran sandeces y lo hizo callar en el acto.

Junto a una fogata, Felipe Delgado y Peña y Lillo charlaban quedamente.

Delgado dijo:

–Yo me acuerdo de las noches de San Juan; muchas veces yo he sido yo, en San Juan. ¿Y tú?

–Muchas veces –dijo Peña y Lillo.

–¿Y el fuego te duele?

–Me duele.

–A mí el fuego me duele; a mí el fuego me purifica –dijo Delgado. Y de pronto, sacó a relucir el cuaderno de sus memorias y lo arrojó a las llamas–: ¡Ahí va, Román! –exclamó ahora–. Para eso uno vive, para eso uno sufre; para que todo se acabe. Por el fuego uno vive; por el fuego uno muere la vida eterna. Con el fuego nacen y mueren todas las cosas. Yo me encuentro en el centro

del círculo.

–Quería pedirte un gran favor, si no es molestarte –dijo de improviso Peña y Lillo–. De regreso de Antofagasta, como recordarás, empeñaste tu abrigo donde la Mujer Gris. Tras antes de ayer lo vi a su marido andando por las calles con tu abrigo, y fui donde la Mujer Gris y le dije que estabas en el campo, que necesitabas tu abrigo y me habías comisionado a mí para recogerlo. La Mujer Gris se asustó, y dijo que me lo entregaría, siempre que le lleve un papel de tu puño y letra y con tu firma, que tiene que ser idéntica a la del recibo que le dejaste. Eso sería todo. Tú me das el papel y yo recojo el abrigo; es preferible que pase a mi poder a que se lo agarre un cualquiera. Y es de vida o muerte recogerlo esta semana o la otra, porque además, la Mujer Gris dice que su marido tiene que ir a la guerra.

–No entiendo lo que dices, Román. ¿Qué favor me pides? La Mujer Gris me adora. Yo te puedo dar esos papeles, pero no de noche –declaró Delgado y en seguida se apartó de Peña y Lillo.

Y habiendo pasado junto a Sanabria, haciendo caso omiso de las palabras que éste le dirigía, se perdió de vista.

Sanabria quiso sentirse desairado, y con tal motivo, se quejó a Oblitas.

–Me siento desairado –dijo–. Ya ve usted, Delgado no quiere hablar conmigo.

–No crea usted –dijo Oblitas–; en tratándose de mutismo, la cuestión va más allá de lo personal.

–¿Pero sabe usted? –comentó Sanabria–: Yo esperaba que Delgado bebiese ahora.

–Yo no –repuso secamente Oblitas–. El señor Delgado ya tiene bastante con todo, y nada le importa a no ser las tinieblas. La fidelidad de las tinieblas.

–Sombría visión la suya –dijo Sanabria–. Yo me pregunto qué tal le sentaría a nuestro joven amigo una breve estadía en la ciudad y variar un poco. Qué le parece.

–Un absurdo –sentenció Oblitas–. Al iniciado en las tinieblas todo le da lo mismo. Al señor Delgado todo le da lo mismo.

–¿Y a usted no le da pena semejante situación?

–¿Pena a mí? Ay tata, a mí no me da pena. Las cosas son como son, amigo, el propio Satanás no podrá torcerlas. Yo le diré que tengo para mí que todo esto se acaba pronto.

–¿Que todo esto se acaba pronto, dice usted profesor? Qué

agorero. ¿Y nuestros asuntos, también se acaban?

—Nuestros asuntos no, pero sí el fuego propiciador del ente.

— ¡Menos mal! —exclamó Sanabria con buen humor, y se dirigió a Peña y Lillo que, en este momento, se hizo presente—: No sea esquivo, hijo mío —le dijo—. Usted aparece y desaparece misteriosamente, lo mismo que su amigo Delgado. A Delgado no conviene dejarlo solo, en circunstancias como ésta. Pasó por aquí hace apenas un momento.

—Justamente acabo de verlo —explicó Peña y Lillo—. Lo noté un poco amargado. Quemó su cuaderno de notas, y dice que quiere estar solo, aislado, lejos del mundo, para inspirarse a su gusto. Es lo que pasa con todo poeta.

—Indudablemente —dijo Sanabria—. Pero ahora siéntese con nosotros —y dirigiéndose a Vera, le dijo—: ¿Y usted qué nos dice, compadre?

— ¡Lo que yo digo es una lástima, señor doctor! —repuso aquél.

— ¿Y qué es lo que usted dice?

—Yo digo que es una lástima lo que pasa.

— ¿Pero qué es lo que pasa, compadre?

—La vida; eso es lo que pasa.

— ¿Estamos locos o no puede explicarse mejor?

—No puedo, señor doctor.

— ¡Bueno pues! —exclamó Sanabria con exasperación—: ¡Eso tiene beber con exceso!

—Yo no bebo con exceso; le aseguro que no es eso —replicó Vera.

Sanabria le dirigió una mirada de extrañeza.

—Tenga cuidado —dijo con tono amenazador—. Retírese, y vea qué pasa con el señor Delgado. Al señor Delgado no lo veo.

—Yo tampoco —declaró Vera, para gran irritación de Sanabria, y de inmediato se retiró.

—Está poniéndose raro este hombre, profesor Oblitas —dijo Sanabria—: De repente se nos vuelve loco. Pero qué nos importa —añadió—. Ahora bebamos tranquilamente.

La fiesta había llegado a su culminación hacia las once; sentados sobre un tronco y frente a un tablón en el que se amontonaba un tendal de botellas y vasos, departían Sanabria, Oblitas y Peña y Lillo, y saludaban a los indios, retribuyendo los homenajes de pleitesía que éstos se empeñaban en ofrecer. Los más pululaban en

pequeños grupos, ya ante las fogatas, arrojando manojos de paja y ramas secas, ya ante unas ollas de gran tamaño que vaporizaban con el ponche en sendos braseros. Los músicos, de pie en una eminencia del terreno, soplaban las cornetas a más y mejor. Las llamaradas ganaban altura iluminando la densa humareda. El ruidoso vocerío se disolvía en el aire nocturno, al calor de la atmósfera.

En aquellos momentos, Delgado se hallaba en las vecindades del pozo. Estaba sentado sobre una piedra, contemplando la ciudad que resplandecía a lo lejos, cuando de pronto, se sobresaltó con unas pisadas que en este momento se detenían cerca de él, y habiendo presentido la presencia de alguien que se situaba a sus espaldas, pensó: "Es una sombra; la sombra es como la muerte. La muerte es un aparapita disfrazado de sacristán" —y en el supuesto de que efectivamente alguien estaría allí, ahora exclamó:

— ¡Si alguien ha venido a turbar mi contemplación, diga quién es!

En medio de la oscuridad, se dejó escuchar la voz de Menelao Vera:

— ¡Yo no he venido a turbar su contemplación, soy Menelao Vera!

— ¿Y entonces a qué ha venido? —preguntó Delgado sin moverse ni mirar.

—He venido por orden del doctor Sanabria —dijo Vera—. Pero además, en caso de que a usted le pasara algo, el único responsable sería yo.

— ¡Qué ridículo! ¡Eso requiere que le rompa la cabeza de un botellazo!

—No creo que requiera.

— ¿Y por qué no?

—Nadie debe olvidar que todos somos iguales ante Dios.

—Usted me mortifica con frases hechas y no comprende nada.

—Yo comprendo todo, permítame.

—Usted no comprende nada, permítame. Usted no sabe que sólo se comprende lo que no se comprende. Lo que yo comprendo lo olvido al instante, pero nunca olvido lo que no comprendo. La cuestión es no comprender nada. Todo cuanto comprendemos no lo comprendemos, pero en cambio, comprendemos realmente lo que no comprendemos. Yo por ejemplo, no comprendo aquello que está perdido y muerto, precisamente porque lo comprendo. Dejé de beber y no lo comprendo, precisamente porque lo

comprendo. Ahora quisiera hacerle una pregunta: ¿cuál es el animal que más le gusta?

—El cangrejo.

—¿Y por qué el cangrejo?

—Por el puro cangrejo. ¡Pero un momento! ¿Quién pregunta a quién, y quién contesta a quién, y quién es quién?

—Eso: ¿quién es quién?

—Así es; habrá que saber quién es quién. Mejor dicho: habrá que saber quién de entre nosotros es el Verdadero...

—¿El Verdadero? ¿Y por qué con mayúscula?

—¿Con mayúscula? ¿Y cómo así ha llegado a saberlo? Es increíble: se ve que usted lee mis palabras en lugar de escucharlas. Yo por mi parte no hablo ni tampoco leo; yo escribo.

—Déjese de escribir y diga de qué modo podremos saber quién de entre nosotros es el Verdadero.

—No se me ocurre.

—Pues que sea por medio de un botellazo.

—¿No sería mejor sortear?

—¿Y para qué, pudiendo dilucidarse de un botellazo? Fíjese bien: el Verdadero.

Felipe Delgado se puso de pie en este momento.

—No tenga miedo —dijo ahora.—. Nadie ha muerto de un botellazo.

—No tengo miedo —declaró Vera—. Ni hablar de botellazos, eso no me preocupa. Créame, en realidad tengo mucha pena. Sobre estas tierras ha descendido la fatalidad, la muerte, la locura. Ya no se puede hablar con nadie, yo sufro a solas. Nadie es capaz de escuchar, todos ellos se ríen y se mofan. El Mal ha hecho presa de todos nosotros. El doctor y su amigo Oblitas, así como el jorobado, todos ellos están enajenados. A propósito de jorobados: a mí el señor Peña y Lillo me da miedo. Todo jorobado lo es porque carga un jorobado dentro de sí. En fin, el doctor Estefanic ha muerto, los sembradíos se han ido al bombo, los labradores mueren embrujados, o bien huyen de sus tierras, usted está perdido, y en vista de tantos y tantos horrores, a mí no me queda otra cosa que salir en defensa de mi porvenir. La guerra que se nos viene no remediará nada. Ojalá se divida la tierra por un cataclismo, yo clamo y clamo a Dios. Las órdenes del doctor no me importan, señor Delgado, pero tampoco he venido a turbar su contemplación. En realidad quiero darle un consejo.

—¿Un consejo? Se lo agradezco sinceramente, no necesito consejos. En cuanto a lo demás, tiene razón, todos estamos enloquecidos. Pero siempre lo estuvimos y somos unos malditos. Es lástima que sólo ahora usted se haya dado cuenta. Yo nunca me imaginé que usted podía ser sincero y tener pena; usted tampoco se imaginó que yo podía expresarme con sensatez. Estamos en paz, déme la mano —Delgado estrechó la mano de Vera, y de improviso inquirió—: ¿Y qué consejo quería darme?

Vera retrocedió un paso, y dijo:

—Quería aconsejarle que beba.

Delgado se quedó sorprendido, y preguntó:

—¿Qué le induce a darme ese consejo?

—Voy a procurar explicarme —dijo Vera—. No tengo presunciones de médico ni de adivino, señor Delgado; pero yo le aseguro que si usted bebe, volverá a ser lo que fue: dejando de beber usted está perdido, y bebiendo está salvado.

—El argumento es justo —declaró Delgado—. Pero me inquieta esto: ¿Por qué se interesa usted en que yo no me pierda? ¿Qué significa para usted el estar perdido?

—Procurando contestar a sus preguntas, le confesaré que a mí no me interesa que usted se pierda o no se pierda. Lo único que yo quiero es que usted se vaya de aquí. Para irse de aquí, usted tiene que volver a ser lo que fue. Y para volver a ser lo que fue, usted tiene que beber. Soy sincero: lo único que me interesa a mí es que usted se vaya de aquí.

—¿Y por qué ese interés? ¿Me odia usted?

—Claro que lo odio. Pero aunque no lo odiara, seguiría siendo de vida o muerte que usted se vaya de aquí. ¡En qué hora fatídica vendría usted, señor Delgado! ¡En qué hora fatídica se le ocurriría al doctor traerlo aquí! Usted tiene una sombra fatídica; lo sabe, y sin embargo no quiere irse; es imposible que lo haga por su propia voluntad. ¡Yo no sé qué daría por librarme de su aciaga presencia!

—Pero en ese caso, es muy raro que no se le haya ocurrido matarme. Por aciaga que sea mi presencia y por triste que ello fuera, no me iré. No me iré por mi propia voluntad, es cierto, ya usted lo dijo. Además, tampoco vine por mi propia voluntad. Yo soy un instrumento, nada más que un instrumento. Si usted tiene pena, qué diré yo. Mire la ciudad, está allá, y yo aquí, dése cuenta —Delgado señaló en dirección a la ciudad—. Mi destino está

allá, no aquí; y sin embargo, no debo moverme; estoy aquí, mirando la ciudad, y no puedo tocarla. Señor Vera: yo no me explico por qué no se le ocurrió matarme.

—Muchas veces tuve la oportunidad de hacerlo. Y todo habría quedado en el más profundo misterio. No lo hice. Al fin y al cabo soy cristiano. Pero ahora tome; beba; siga mi consejo —dijo Vera y, habiendo extraído del bolsillo una botella, se la ofreció a Delgado, y repitió con tono apremiante—: Tome, beba; así será mejor.

Delgado cogió la botella —y entonces bebió ávidamente.

CAPITULO VIII

Estantes y habitantes, pobres y ricos, viejos y jóvenes, todos los uyupampeños en general se habían pegado una gran borrachera la noche de San Juan.

Un manto de humo flotaba en el cielo. La ciudad difícilmente era visible. Se respiraba un olor a quemado. En negros promontorios, las extinguidas fogatas contrastaban por su aspecto con la frescura y la luz.

Sanabria no se levantó de cama sino a eso de las doce, lo mismo que Oblitas y Peña y Lillo. Felipe Delgado, en cambio, había madrugado —y Menelao Vera, ni qué decir.

Menelao Vera exhibía una ostentosa venda en la cabeza, como resultado de un botellazo —pues en efecto, Felipe Delgado se lo había propinado la noche anterior, utilizando la misma botella que precisamente aquél puso entre sus manos.

—¡Ahí va el maldito! —mascullló Vera, de pie ante la puerta de la cocina, dirigiendo una mirada hacia la tumba de Estefanic, donde Delgado se hallaba ahora arrodillado—: ¡Maldito loco! —repitió entre dientes.

Y barbotando torrentes de maldiciones y amenazas, ahora se dispuso a emprender los preparativos para la parrillada de colosales proporciones que Sanabria habíase propuesto ofrecer en el

vasto escenario que se extendía más allá del pozo, dando cabida, de esta manera, al gran número de labradores que precisamente habían sido invitados al festejo.

La parrillada comenzó con los mejores auspicios; pues a tiempo de iniciarse la comilona, he aquí que Felipe Delgado se levanta de repente y, saliendo al encuentro de Menelao Vera y encarándose con éste, le da un fuerte abrazo y le pide perdón. De tal manera, que el rencoroso administrador, con una abultada venda en la cabeza, no tiene otro remedio que rendirse —al menos, así lo demuestra. Los rústicos comensales brindan entusiasmados, y luego prorrumpen en frenéticos vivas a Sanabria que, como campeón de la fiesta, se une al abrazo fraternal.

Oblitas se mostraba reservado; y según coligió Sanabria, ello no podía deberse sino a la intensa contrariedad que le causaba el que Delgado se hubiese puesto a beber sin más, ya que con esto precisamente caían por los suelos todas las previsiones de Oblitas.

Muy pronto dióse comienzo a los discursos de rigor; en primer término, saltó a la palestra Menelao Vera, para alabar al doctor y tocar en seguida el punto relativo al botellazo, llevándose ambas manos a la cabeza y atribuyendo toda la culpa del incidente a los malos espíritus. Luego tomó la palabra Oblitas y expresó sus buenos deseos por la permanente ventura y dicha del anfitrión. Y finalmente, el propio anfitrión pronunció un discurso para agradecer de todo corazón a sus amigos, y luego de dar la bienvenida a los labradores, derramando lágrimas se refirió a la definitiva ausencia de aquel viejo y noble amigo llamado Nicolás Estefanic.

Peña y Lillo miraba a Delgado, y Delgado miraba a Peña y Lillo, y mientras ambos bebían como si nada, Sanabria y Oblitas miraban a Delgado, pero sin embargo, ninguno de los dos decía nada, y cada cual miraba enigmáticamente al otro.

A todo esto, un anciano se puso de pie y, en nombre de los labradores, agradeció humildemente la invitación e hizo votos por una invariable concordia en la comarca. Y luego, poniéndose de hinojos, dijo que quería comunicar una buena nueva, y era que sus compañeros estaban dispuestos a renunciar a los antiguos pleitos con el señor, siempre que éste se comprometiera a asumir la defensa en los pleitos con los propietarios de las tierras vecinas, en vista de que ellos, los indios, carecían de recursos para satisfacer las siempre crecientes exigencias de los abogados. Además de eso, el señor debería conferirles la gracia de practicar desvíos a fin de

mejorar el regadío en los terrenos que ellos poseían, y por último, a cambio de su total renuncia a dichos pleitos, solicitaban asimismo la concesión de terrenos cerro arriba, haciendo constar que ello no afectaría al señor sino que, por el contrario, le beneficiaría, por tales y tales razones. El anciano se puso de pie y dijo que todos estos compromisos, en caso de ser aceptados por el amo, tendrían que hacerse constar en papeles y documentos debidamente firmados por un abogado en La Paz. Finalmente, con voz tonante, declaró que todos ellos, los indios, habiendo escuchado ciertos rumores, estaban dispuestos a marchar a la guerra como un solo hombre para defender a su patria Bolivia; en cuyo caso las peticiones, los litigios y todas las demás cosas, ya no importarían nada. Luego hizo una reverencia, elevó las manos al cielo, suplicó benevolencia para con ellos los comunarios y colmó de bendiciones al señor, instándole a que considerase favorablemente estos asuntos, siempre y cuando el estallido de la guerra no se opusiese a ello.

Sanabria se sentía de plácemes por la buena y, por lo demás, para él inesperada disposición que demostraban los indios en el arreglo de los viejos litigios. En apasionada arenga, pronunciada en un aymará que inclusive causaba envidia al propio Oblitas, hizo ver la necesidad de mejorar las cosechas, ahora que el país se hallaba en peligro de guerra. Dijo que cualquier promesa, cualquier compromiso y cuanto quiera que fuese, tendría que estar subordinado a los altos intereses de la Patria. Prometiendo defender a los indios, proclamando su voluntad de conferir a éstos la gracia de practicar desvíos así como de labrar las extensiones que ellos quisiesen cerro arriba, para cerrar con broche de oro su discurso, ofreció conseguir que el reclutamiento no afectase en gran medida a los labradores; pero en cambio, se apresuró a declarar que él personalmente, estaba ansioso de marchar a los frentes de batalla, pues según dijo, él no era quién para negar el aporte de su sangre a la causa de la Patria. Y finalmente, irguiéndose en toda su estatura, lanzó un mirada con aire de protección a los invitados, y entonces gritó:

– ¡Viva Bolivia!

– ¡Que viva! –exclamaron los indios en coro–: ¡Nosotros defendemos a nuestro salvador!

– ¡Así me gusta! –contestó Sanabria.

Y luego, dando muestras de satisfacción, se dirigió al anciano y le dijo:

–Ahora ven, acércate y dame la mano.

El anciano se acercó y dijo:

–No, nosotros no queremos darte la mano. Nostros queremos abrazarte y felicitarte.

Sanabria se emocionó ante el afectuoso requerimiento; recibió al anciano entre sus brazos, y con cierto aire de mansedumbre, se puso un poncho que éste le ofrecía, mientras que los indios, en compacto grupo, brindaban por la ventura del amo de Uyupampa, echando mano de unas latas de alcohol que, a tempranas horas de la tarde, Sanabria había hecho sacar de sus despensas.

Una banda de música, con dos trombones, dos trompetas, bajo, bombo, tambor y platillos, rompió a tocar a todo esto. Los músicos habían llegado minutos antes a Uyupampa; habíanse detenido a cierta distancia de los allí reunidos, sin que nadie pudiese advertir su presencia; y repentinamente habíanse puesto a tocar con toda su alma, de tal manera, que el súbito retronar de la música, tan sorpresivo como inesperado, causó gran revuelo y alborozo entre los indios, quienes prorrumpieron en vítores a Sanabria, para la consiguiente perplejidad de éste. Pues estaba en su conciencia que nadie le había pedido permiso para traer ninguna banda, a no ser que Menelao Vera, siempre afecto a dar sorpresas y a salir con la suya, hubiese urdido una maniobra.

Y con esto, Sanabria extendió el brazo y señaló con el dedo al administrador, mientras que éste lo miraba con gesto de exagerada beatitud, y le dijo:

– ¡Usted ha sido quien urdió la maniobra! Pero vea usted, no pagaré la banda; ahí tiene –añadió, mostrándose complacido, y extrajo un manojo de llaves que entregó a Vera–: Tome –le dijo–. Si el señor Delgado bebe, que beba, pero de lo bueno. En la puerta de mi morada, haré esculpir la siguiente sentencia, con letras de fuego: "Después de todo, leche; después de leche, nada". ¡Menelao Vera, a usted me dirijo: qué le parece! –exclamó con tono enigmático, y ahora que todos lo miraban con extrañeza, dijo finalmente–: Haga favor de traer dos botellas del gran jerez que yo guardo, y además, seis copas de cristal de roca.

–Muy congratulado, a mucha honra –dijo inopinadamente Menelao Vera.

Y se apresuró a cumplir la orden, retornando al cabo con el encargo.

Sanabria, luciendo orgullosamente el poncho que había

recibido como regalo de los indios, abrió parsimoniosamente las botellas, y sirvió las copas.

—Ustedes saben —dijo—. El vino, si es generoso, tonifica el cuerpo, y alegra el corazón a los justos.

Y luego brindó con sus amigos, a los sones melancólicos aunque pretendidamente alegres de la banda, que ahora llegaban desde la distancia.

En circunstancias tales, ya pasaban las horas; ya caía la tarde; ingentes masas de oscuridad parecían abalanzarse desde los confines del oriente. Amedrentados con el despiadado rigor del invierno, todos decidieron tocar a retirada.

Y pronto iniciaron el retorno a la casa. Delgado se había quedado a la zaga, y Sanabria, que preguntaba por él, mandó a Menelao Vera en su busca. El administrador no tardó en darle encuentro, en las vecindades del pozo, y le invitó a que lo siguiera.

Mas Felipe Delgado le dirigió una mirada glacial y le dijo:

—Recuerde esto, señor Vera: el abismo es para caer en él, no para matarse.

Y acto seguido, le dio las espaldas, alejándose en dirección a la quebrada. "Su tema es el pozo; líbreme Dios del endiablado", pensó Menelao Vera, viendo a Felipe Delgado que avanzaba a campo traviesa y en línea recta, como quien se dirige a un lugar ya conocido.

Delgado cruzó por unos tupidos arbustos que se interponían a su paso, y habiéndose enredado en los espinos, apartó éstos a manotazos para seguir su camino. "Ni cabe duda que se encamina en busca de un pozo imaginario que él tiene a la vista", pensó ahora Vera, y luego se dijo: "¡Que se vaya; que se vaya de estas tierras de Dios el ave de mal agüero!". Quedóse todavía por largo rato contemplando la distante figura, hasta que ésta se perdió de vista en medio de las sombras que comenzaban a caer sobre el campo. Y luego, se retiró de allí a paso vivo.

Entonces compareció ante la presencia del doctor Sanabria, para decirle que Felipe Delgado no se encontraba en ninguna parte, y aquí no pasó nada. Asombrado y colérico ante la actitud del administrador, quien sin el menor empacho parecía dar a entender que ni a él ni a nadie le importaba ni mucho ni poco el que Delgado pudiese desaparecer sin más, Sanabria disparó una severa reprobación a Vera, por un descuido que, según manifestó, era en todo punto criminal, y le intimó a encontrar a Delgado, cueste lo que

cueste, si es que no quería verse en trance de perder su puesto en Uyupampa.

Menelao Vera se sintió aterrado; no tenía más remedio que confiar en que encontraría esta vez a Delgado, como lo había encontrado en anterior oportunidad, y esperaba protagonizar nuevamente una hazaña parecida. Estaba seguro de que nada grave había ocurrido; estaba seguro de dar con el paradero de Delgado; y así se lo dijo con tono compungido a Sanabria suplicándole que comprendiese su situación, en vista del golpe terrible que significaría el que se sospechase de él, relacionando este grave suceso con el incidente del botellazo recibido la noche anterior.

Sanabria no quiso oir más. Se concretó a reiterar su intimación, y luego despachó ásperamente al administrador.

La lobreguez de la noche y el espantoso frío reinante, mal podían desanimar ahora a Menelao Vera, habiéndose propuesto jugarse el todo por el todo para encontrar a Felipe Delgado.

Con desesperación partió el hombre, a la cabeza de diez peones —borrachos todos ellos, al haber participado en el festejo de Sanabria— para explorar la quebrada. Sin embargo, al cabo de dos largas horas, retornó con las manos vacías. Pero ahora no podría permanecer inactivo. Ahora que verdaderamente le infundía pavor la extraña desaparición de Felipe Delgado, a la luz de la violenta reacción demostrada por Sanabria, vio por conveniente organizar dos expediciones provistas de teas y linternas: una, para ampliar la búsqueda en la quebrada, y la otra, para explorar en las vecindades del río, habiéndose puesto a la cabeza de esta última. Y todo para nada.

A ese paso, la cosa se ponía fea. Vera se debatía en un terrible sentimiento de culpabilidad. ¿Qué hacer? Después de escuchar algunas opiniones de los indios, quienes se inclinaban a creer que era muy posible que Felipe Delgado hubiese sido materialmente tragado por la tierra, Menelao Vera vio una salida para el difícil trance, iniciando una exploración en el pozo. Y esa misma noche y sin importar lo avanzado de la hora, montó un impresionante aparato.

Aquella empresa había de acabar en una tragedia.

En presencia de Sanabria, de Oblitas y de Peña y Lillo, hizo encender una enorme fogata concéntrica amontonando grandes cantidades de leña alrededor del pozo, a unos seis metros del brocal, y apareció con la escopeta al hombro y el látigo en la mano, impartiendo órdenes con voz estentórea, tal como si se tratara de

acorralar a una bestia infernal, mientras que los peones atizaban a más no poder y las llamas crepitaban y ascendían a gran altura. Varios de los peones –borrachos todos–, portando sogas, transpusieron el círculo de fuego por un sector que había quedado libre. Estos hombres, pululando alrededor del pozo, muy pronto tuvieron que refugiarse en el brocal, apartándose del intenso calor. De pronto, en medio de una especie de rapto de temeridad, Vera se encaramó espectacularmente en el brocal y, a esto, acertó a zafársele del hombro y caer en la profundidad del pozo la escopeta que tan sin motivo exhibía. Al parecer, no esperaba otra cosa para iniciar la operación y despachar hacia el abismo a Rigoberto, el más corpulento de los peones, no pudiéndose saber si lo hacía para rescatar el arma o para buscar a Delgado.

El descenso no era cosa fácil. El riesgo era mortal, habida cuenta que el pozo, largamente abandonado, carecía de peldaños o cosa que se le pareciera, añadiéndose a esto la mala calidad de las sogas, de lana de oveja y que no tenían gran resistencia. Con todo, se inició el descenso hacia las profundidades del pozo por Rigoberto, quien emprendía valientemente la aventura.

Sin embargo, al cabo de esforzadas operaciones, el explorador aún no tocaba fondo, y como la soga no daba para más, se quedó colgado en medio camino, y luego empezó a gritar.

Menelao Vera, blandiendo el látigo, se inclinaba sobre el pozo, dando grandes voces. Seguramente que ahora se le ocurriría alguna solución frente al percance, cuando gritó con voz de trueno:

– ¡Entonces escupe, escupe te digo! ¿No me oyes?

– ¡Yo oigo! –contestó Rigoberto como hundiéndose en el fondo de la tierra, y con acento sepulcral se quejó–: ¡Pero no puedo escupir, estoy con la boca seca!

– ¡Escupe y haz la prueba, por más que no puedas! –bramó Vera–. ¡Si no puedes escupir, qué te cuesta mear! ¡Oyendo el ruido se adivina la altura!

Al cabo de unos instantes, Rigoberto hizo saber que había meado; sin embargo, Menelao Vera demostraba una exagerada incredulidad ante la noticia.

Y exclamó amenazadoramente:

– ¡No mientas! ¡Yo quiero saber la altura! ¿Cuántas veces has meado?

– ¡Tres veces he meado! ¡Tres veces no he oído nada, tres veces nadie contestaba!

– ¡Qué cojudo! ¿Y acaso no puedes adivinar la altura?

– ¡No puedo! ¡La altura está muy abajo! –contestó categóricamente el explorador.

En estos trances, Sanabria franqueó la muralla de fuego. Oblitas y Peña y Lillo siguieron el ejemplo, y ahora se arrimaban cautelosamente sobre el brocal. Vera ya se daba cuenta de la gravedad de la situación, y estaba asustado. En realidad, la soga ofrecía muy poca resistencia; para evitar una tragedia, era absolutamente necesario tocar cuanto antes el fondo. Por su parte, los peones eran partidarios de izar de una vez a su compañero, y además daban muestras de cansancio y ponían mala cara.

Pero sin embargo, Menelao Vera seguía insistiendo. Pretendía ser minucioso y sentar precedentes. A pesar de todo, él quería salir con la suya y demostrar su tenacidad. El en persona escupió y tiró piedras, con el manifiesto propósito de verificar la altura, aunque al parecer no se daba cuenta de que era Rigoberto quien recibía los impactos. Y después de enredarse en intentonas tan absurdas cuanto complicadas, habiéndose quedado en las mismas, ello no obstante, no tuvo inconveniente en anunciar que sólo faltaban escasos centímetros para tocar el fondo, mientras maldecía la hora de haber traído una soga que no servía para nada, ya que tampoco había otra en Uyupampa. Esta vida –según declaró– era muy amarga, con la desgracia y mala suerte que azotaban estas tierras.

De pronto se produjo un violento tirón y cundió el pánico. Rigoberto, suspendido en el vacío, gritaba y clamaba pidiendo que lo rescataran rápido. Sin duda, algún empalme o nudo comenzaba a ceder, y la soga se estiraba peligrosamente por efecto del tirón, amenazando romperse en cualquier momento. Con espanto, Vera dio orden de izar. Los peones cobraron impulso con una brusca maniobra de vaivén, y comenzaban ya a jalar vigorosamente, cuando a esto se rompió la soga y resonó un grito en el pozo, en momentos en que Rigoberto se precipitaba con un golpe sordo y pesado.

En tales trances, se abrió una corta pausa, mientras Sanabria y Oblitas, ya al rayar el alba, organizaban a toda prisa una operación en regla para rescatar a Rigoberto, que según todas las evidencias, seguramente era ya cadáver. En la operación se utilizó un cable de acero que Sanabria tuvo la suerte de encontrar en el depósito, y descendió un indio debidamente equipado. Según pudo comprobarse, la profundidad del pozo era mucho mayor de lo que

cualquiera podía imaginar.

A costa de grandes esfuerzos se rescató el cuerpo del infortunado Rigoberto, quien en efecto había perecido a causa de una fractura en el cráneo. Por lo demás –y para gran extrañeza de todos–, la escopeta de Menelao Vera no pudo ser habida.

Y prosiguió la búsqueda de Felipe Delgado. La población de Uyupampa en su integridad fue movilizada por Sanabria para emprender una exploración sistemática. Se escudriñó en las grietas, en la quebrada, en los cerros. Se rastreó a lo largo del río, en lóbregos agujeros y en los matorrales. Se hurgó por aquí y por allá. Todo para nada.

Ahora sólo quedaba buscar en la ciudad y había que hacerlo, aunque más no fuera que por pura formalidad. Pues extrañamente, a esta altura de las circunstancias –y Oblitas lo hizo notar–, a nadie causaba asombro, sino que, por el contrario, parecía lo más natural del mundo el que Felipe Delgado hubiese desaparecido inexplicablemente y sin dejar rastro.

CAPITULO IX

–Ni usted señor doctor Sanabria, ni usted señor Peña y Lillo, ni yo, ni nadie se sorprende con la cosa, dígame –declaró Oblitas.

Sanabria le daba secretamente la razón, aunque se resistía a admitirlo, y escuchaba con paciencia aquella noche, habiéndose reunido con Oblitas y con Peña y Lillo para adoptar medidas de común acuerdo –y con tal motivo, Vera estaba presente.

–Usted ve, yo soy franco –añadió Oblitas–. En trances graves, en trances de misterio, en trances de espanto y de locura, amigo, no hay otro remedio que hablar a calzón quitado, si me permite la expresión. Pues usted ve, a mí me gustaría creer que dos y dos son cuatro, pero la cosa es que no puedo.

–Una visión que no comparto, pero que sin embargo comprendo –dijo Sanabria–. Lo malo es que no arroja ninguna luz sobre el problema.

–Ni para qué arrojar ninguna luz sobre un problema que no existe –replicó Oblitas–. La gente que desaparece no desaparece porque sí y sin más motivo, dígame, sino que tiene sus buenas razones para desaparecer, por lo mismo que esas tales razones no existen sino en la imaginación de los incautos. Yendo al grano, yo le diré que el señor Delgado ha de estar en su camino; yo conozco muchísimos casos de gente desaparecida misteriosamente, y por eso mismo, a mí me sobran razones para asegurar que el caso del señor Delgado es absolutamente diferente. El sabía adonde iba. Y si afirmo que es inútil buscar al señor Delgado, y si sostengo que el señor Delgado ha desaparecido para siempre jamás, no seré temerario ni mucho menos, puesto que me atengo a ciertas conclusiones extraordinariamente asombrosas, a las que llegué hace ya tiempo, en base a la simple observación de la simetría y de la sincronía, partiendo de la fecha del nacimiento del señor Delgado. Y le diré de paso que se necesitaría ser una pared para no quedarse lelo ante semejantes conclusiones; la cosa es sencillamente fenomenal, amigo.

La insinuación era tan directa, que Sanabria, muy a pesar suyo, no tuvo más remedio que mostrarse interesado. Y fingiendo inquietud y consternación, guardó silencio y luego dijo:

–¿Una cosa fenomenal, dice usted profesor? ¿Y no podría ser más explícito?

–¡Si usted me lo pide, cómo no, señor doctor! –exclamó Oblitas entusiasmado–. Pero fíjese, así nomás no puedo revelar ciertos arcanos, dígame, y me concretaré a los hechos. Además no quiero extenderme en detalles; no quiero cansarlo. La cosa es tan extremadamente simple, que asusta. Ya usted juzgará por sí mismo. Como usted sabe, tanto lo creado como lo increado se rigen por las leyes de la simetría y de la sincronía. Las vibraciones cósmicas que gobiernan el curso de los mundos y de los seres no son sino una emanación simétrica de los centros de energía del Omnipotente, que por lo demás inciden sincrónicamente en el plano cincuenta y nueve mil cuarenta y nueve, cuya cifra se obtiene multiplicando cuatro veces nueve por nueve, en cuyo plano está situado nuestro universo. Así se explica el porqué del nueve; pues como usted sabe, en la síntesis mágica, la suma se realiza con y sin el nueve al mismo tiempo, de tal modo, que se obtiene siempre el mismo resultado; y con esto voy al grano. Sin ánimo de jactarme, le diré que yo se lo dije y se lo anuncié al señor Delgado: el señor

Delgado tenía veintisiete años de edad cuando le ocurrieron los dos sucesos más importantes de su vida, a saber: el descubrimiento de la famosa bodega y el conocimiento de la señora Ramona. Veintisiete, dígnese tomar nota, señor doctor: veintisiete. Dos más siete, igual nueve; esto es, cero. Yo le dije al señor Delgado: "Fíjese, señor Delgado: el tercer acontecimiento de su vida, que será el último, ocurrirá en simetría con el veintisiete". Tal como suena. Ahora hágame favor, señor doctor, moléstese en sumar los dígitos de la fecha en que desapareció el señor Delgado: veinticuatro de junio de mil novecientos treinta y dos. O sea: dos más cuatro, seis; más seis, que viene a ser el número del mes, igual doce; más uno del mil, más nueve del novecientos, más tres del treinta, más dos del dos, igual veintisiete; esto es, cero. Pues si hacemos la suma sin el nueve, fíjese bien, tenemos dieciocho, o sea, uno más ocho, igual nueve; esto es, cero. Ahora póngase la mano al pecho, y diga usted si no es para quedarse lelo.

Sanabria había depuesto su actitud escéptica. Y ahora que se sentía realmente impresionado, dijo:

—Tiene usted razón. Es verdaderamente una cosa extraña. Y lo malo es que no se trata de una mera coincidencia; es muy inquietante y lo reconozco. Tendré que confrontar los tratados de madame Blavatsky; a ver qué nos enseña a este respecto. ¿Usted ha leído a madame Blavatsky?

—¿Yo? Ni por el forro —repuso Oblitas con desdén—. Yo no veo qué podría enseñarme a mí esa madama Mamatsky o no sé qué cuantos. Pero volviendo al tema y para rematar el asunto, le diré una sola cosa. Los dígitos de la fecha de la muerte de la señora Ramona suman igualmente veintisiete. Tengo presente la fecha: siete de junio de mil novecientos treinta y uno. Métale pluma. No se puede cerrar los ojos a la realidad verdadera, amigo. Los hechos son los hechos, y yo me callo. Sin embargo escucho al sabio que dice: Es necesario encontrar, si es imposible buscar; y que añade: Si es imposible encontrar, es necesario buscar. Pues el misterio mismo qué es, sino materia viviente, y tal el punto de partida de mis juicios: por más que se busque, y por más que se sepa dónde, no se puede encontrar lo perdido; y sin embargo, es necesario buscar, hay que ir y buscar, por aquí y por allá, aun a sabiendas de que uno se engaña, dígame, pues buscar es un deber. La vida misma qué es, sino un permanente buscar; un dar tiempo al tiempo, un buscar por buscar, digo yo para mi coleto; un dejar al tiempo la solución de las cosas. Usted ve, en buscar porque sí se encuentra el enigma.

—Imagínese qué triste para mí esta situación, profesor Oblitas —dijo Sanabria, sin prestar atención a las palabras de aquél—; es un caso de conciencia. Me siento muy deprimido, y no sé si seré o no culpable de los acontecimientos. Uno de mis más entrañables amigos muere en Uyupampa; y desaparece en Uyupampa, misteriosamente, el hijo de Virgilio Delgado. Y quien tuvo la mala ocurrencia de traerlos no fue otro que yo. En una palabra: por hacer bien, hice mal. En el fondo, Felipe Delgado me odiaba. ¿Qué derecho tenía yo de meterme en su vida? Nicolás Estefanic, en cambio, me quería, aunque en el fondo me despreciaba. Pero ya basta de lamentaciones; usted perdone. El solo hecho de contar con su ayuda y colaboración me reconforta.

—En buena hora —dijo Oblitas—. Usted comprende, yo estoy afectado como el que más con el suceso. Sólo que mi manera de ser difiere de la suya. En realidad, nadie estuvo tan cerca del señor Delgado como lo estuve yo, y no lo digo con ánimo de menguar méritos a nadie. Es una historia muy triste, y tengo mucha pena. De todas maneras me propongo celebrar una sesión. Me propongo hacer una consulta, en este caso excepcional, una vez que termine la búsqueda. Y cuento con su presencia, señor doctor. También pienso invitar a los señores Peña y Lillo y Vera.

—Muy amable, me siento muy honrado —dijo Vera, interviniendo de pronto—: ¿Y de qué se trata?

—Se trata de una consulta. Ya lo dije —declaró secamente Oblitas.

—Ya; porque verdaderamente, todo es terrible —repuso Vera—. La muerte de Rigoberto es terrible; existe la sed de muerte; y ciertos seres, para colmarla, chupan el barro en las concavidades...

—A estas alturas no me venga con aires de misterio —interrumpió indignado Sanabria—. Es una estupidez. Usted se hace antipático y sospechoso. Además, ya se sabe que el único culpable de la muerte de Rigoberto es usted. Aprenda a respetar a los muertos. Que yo sepa, ellos no se meten con usted. Y no me hable. No me dirija la palabra. Haga favor de preparar agua caliente y canela, guindas y todo lo demás, para tomar un poco de ponche. Haga favor de sacar un poco de ron y que enciendan una fogata en el patio. El fuego —dijo luego dirigiéndose a Oblitas— es propicio a la meditación. Un consuelo para la pena.

—El señor Vera odiaba a Felipe —dijo Peña y Lillo no bien salió el administrador.

—Esa es la cuestión —asintió Sanabria—. Y en estos momentos ha de sentirse culpable. Para nadie es un misterio que este hombre tiene el pecado de ser rematadamente imbécil. Pero mire usted, hijo mío —dijo dirigiéndose a Peña y Lillo—: estaba pensando que los amigos de Delgado, que desde luego son los amigos de usted, podrían ayudarnos en nuestras averiguaciones en la ciudad. Usted podría ponerse en contacto con ellos y decirles francamente lo que pasa. Ofrézcales una buena gratificación, quizá cien y hasta doscientos bolivianos por cabeza, para que nos ayuden.

—Es una gran idea —aprobó Peña y Lillo—. Nada raro sería que Felipe los busque, o que ellos lo vean a él. Pero más vale ser franco, doctor Sanabria; como amigo íntimo de Felipe, tengo la obligación de decir lo que pienso. Y le doy la razón al señor Oblitas. La cosa es que Felipe ha desaparecido para siempre y nunca más lo volveremos a ver. Pero estoy a sus órdenes, si se trata de buscarlo.

—Delgado tiene que haber ido a alguna parte —dijo Sanabria—; y, si ello es así, forzosamente tiene que estar allí, vivo o muerto. El hecho puede ser interpretado por el profesor Oblitas o por quienquiera en mil formas diferentes, pero no por eso ha de cambiar. Humanamente es posible encontrar a Delgado, sólo que, en este caso, no sabemos en absoluto a qué atenernos. Yo soy dueño de pensar que Delgado voló al cielo o descendió a los infiernos, y no menos dueño el profesor Oblitas de creer que se hizo humo o se petrificó, pero jamás nadie ha de pretender que la razón no tiene razón. Precisamente, yo diría que sin el concurso de la razón, ningún enigma puede confirmarse como tal. ¿Ha huído, se ha matado, ha sufrido un accidente, lo han asesinado? Quién sabe. Pero deberíamos de tener en cuenta algo muy importante; y es que Delgado había empezado a beber de un momento al otro.

En este momento entró Vera y anunció a Sanabria haber cumplido sus órdenes.

—Y si su destino era desaparecer sin dejar rastro, ya lo veremos —prosiguió Sanabria—. Por mi parte, razones no me faltarían para suponer que se hubiese metido en alguna caverna, para así ir y explorar con aires de aventura, atenido a mi afición por la espeleología. Pero ya ven ustedes que no lo hago, y a buen entendedor pocas palabras.

Y con esto Sanabria, luego de invitar a sus huéspedes a que lo siguiesen al patio, hizo llamar a los deudos de Rigoberto, quienes esperaban en las vecindades de la casa junto con los dolientes y amigos del difunto, una vez que hubieron enterrado a éste.

En el curso del velorio, una noche sin luna, bajo las estrellas que brillaban con una luz tenebrosa en el cielo del invierno, los dolientes clamaron, rezaron y gritaron por las almas, con negros ponchos y con negros mantos, con multitudes de sombras en todo lo largo y lo ancho del patio, en el que se alzaba la tumba solitaria de Nicolás Estefanic. Y todos ellos se acurrucaban en círculos concéntricos alrededor del fuego, bebiendo alcohol en abundancia y con aire ritual, profiriendo desgarradores lamentos por las almas, en obstinado y monótono coro. En la tapia cercana a la puerta de la cocina, quieto y silencioso, estaba sentado Sanabria, fija la mirada en el fuego. Peña y Lillo y Oblitas guardaban una actitud parecida. Con andar furtivo, y con mano temblorosa, Menelao Vera se ocupó de servir el ponche. Pasada la medianoche, cada cual se recogió sin decir palabra.

Ya sabían ellos cuán vano resultaría seguir buscando en Uyupampa.

Y de tal manera, que el día siguiente partieron a La Paz.

Allí prosiguieron la búsqueda, confiados en aquellos viejos amigos que, efectivamente, y tal como había previsto Sanabria, gracias a los fondos que le suministró a Peña y Lillo y que éste hizo circular, se pusieron en campaña, bajo una persistente y extemporánea llovizna.

Antes de nada, iniciaron un extenso recorrido por todas las cantinas y bodegas habidas y por haber. Y luego, después de incursionar en el callejón Pucarani y pasar frente a la ya desaparecida bodega, hicieron averiguaciones en la policía, en el hospital, en la asistencia pública y en la morgue. Aunque ninguno de ellos tenía la menor esperanza de encontrar a Delgado, ello no obstante, nadie decía nada y todos caminaban callada la boca, afanosamente por calles y plazas y sin rumbo fijo, como si fuera cosa de tropezarse con Delgado a la vuelta de una esquina, de un momento al otro, dependiendo nada más que de un poco de tiempo y de paciencia. De pronto, alguno de ellos se detenía para contemplar una puerta, un poste, o un montículo de basura, y, mientras que algún otro dirigía miradas penetrantes a los transeúntes, un tercero entraba en una casa y, luego de echar un vistazo al patio y las

gradas, en seguida salía, moviendo la cabeza con aire abatido. Y cuando ya nadie sabía qué hacer ni qué decir a todo esto, se miraban de soslayo, se ponían serios y se enjugaban la frente, se frotaban la cara y metían las manos en los bolsillos, haciendo gestos y sacando la lengua, seguramente para poner de manifiesto la preocupación que los embargaba.

Sanabria, mientras tanto, hizo formalizar con sus abogados las correspondientes notificaciones a las autoridades; y, habiendo ofrecido una crecida gratificación por cualquier dato sobre el paradero de Felipe Delgado, puso su casa a disposición de los investigadores y se quedó allí en espera de noticias, las cuales, sin embargo, o brillaban por su ausencia o resultaban tan absurdas como superabundantes al término de cada jornada, cuando los amigos, completamente molidos de cansancio y con historias y fábulas descabelladas, aparecían en la casa y se desplomaban pesadamente sobre las espléndidas poltronas de Sanabria, para luego beber y comer a su regalado gusto.

El miércoles a mediodía se presentó Oblitas. El hombre daba muestras de gran indignación y ni siquiera quiso sentarse, cuando de buenas a primeras dijo:

–¿Qué es esto? Por mi parte se acabó, señor doctor. Que los ilusos sigan buscando y preguntando si así lo desean. ¿Usted cree de buena fe que se pueda encontrar algún rastro? A mí me parece una burla. No comprendo cómo usted fomenta comedias. Feliz de la vida con una caterva de perdularios que nada tienen que ver con nada.

–Mire usted, profesor Oblitas –dijo Sanabria pálido de ira–: yo no tolero insolencias.

–No quiero ser temerario en mis juicios –declaró Oblitas sin prestar atención a las palabras de Sanabria–; pero puedo afirmar que el tal Menealo Vera, rey de la hipocresía y verdugo de los indios, es quien tendría que responder por el paradero del señor Delgado. Yo que usted agarro y lo mando a la cárcel. ¿Por qué tendrán que trotar de Herodes a Pilatos esos pobres personajes que el señor Peña y Lillo capitanea? –y para pasmo de Sanabria, dando la impresión de haber perdido el juicio, de pronto exclamó–: ¡Usted se divierte con los desdichados en el escenario de la ciudad, ay mamita! ¡Qué cargo de conciencia! –y de repente se puso a gritar–: ¡Ay doctor, cuidado con las malas lenguas! ¡Yo no dije lo que dije!

–¡Mire usted lo que dice! –exclamó Sanabria con estupor, cuando a todo esto Oblitas, asumiendo un aire compungido, dijo:

–¿Qué dije? Dios no permita que me vuelva loco. Perdóneme; lo siento en el alma. Le diré que la tensión de nervios es cosa grave, dígame –y con inopinado cambio de humor, abordó el tema de la búsqueda–. El señor Delgado ya no está en este mundo –dijo sentenciosamente–. Ni para qué insistir, es inútil buscar. Yo sabía, y por eso mismo busqué. A mí no me gusta incomodar. Machaca machaca, qué se saca, digo yo. Me empeñé a fondo; desplegué esfuerzos mil, y realicé pesquisas por mi propia cuenta y riesgo. Y me sacrifiqué, en mérito de los altos principios que sólo pertenecen al maestro. El maestro sólo recurre a la Magna Ciencia en casos extremos. El maestro, antes de consultar con la Magna Ciencia, tendrá que haber agotado una y mil veces todos los recursos al alcance del común de los mortales.

Sanabria escuchaba en silencio y con gesto de resignación. Oblitas hizo una pausa y luego dijo:

–No quiero cansarlo ni quitarle tiempo; sólo quería saludarlo. Y lo que me trae, es un asunto muy importante, del que ya le hablé; no sé si usted recuerda. Se trata de consultar con el destino; se trata de una sesión de carácter excepcional –Sanabria asintió amablemente, dando a entender que recordaba–. Y esta sesión –prosiguió Oblitas– se realizará impostergablemente el viernes, a las nueve en punto de la noche, en mi humilde casa. Y precisamente, venía a rogarle y suplicarle no deje de asistir. Su presencia física será de gran ayuda, usted no se imagina. El aura crepuscular atrae; el aura matinal repele; y en este principio hermético se basará mi consulta, dígame. Todo será aclarado en aquella sesión; todo será resuelto. El invitado de honor es usted, y tiene que estar presente. Así lo exige la simetría. Por eso insisto en mi súplica. Si posible enviar mensaje al tal señor Vera, ordenándole terminantemente que asista, qué mejor. Pues pienso desenmascararlo. No hace rato, hice extensiva mi invitación al señor Peña y Lillo. Me encontré con el pobre taloneando allá lejos, por Chacaltaya. Es un buen hombre.

Y con esto, Oblitas se marchó bruscamente.

Y Sanabria, que se preciaba de ser ecuánime, no pudo menos que sonreír. En realidad, estaba de acuerdo con el parecer de Oblitas en lo relativo a la búsqueda de Felipe Delgado. Sanabria sabía muy bien que los sanos propósitos no siempre eran bien

interpretados. A menudo suscitaban comentarios malévolos, y aun provocaban el escarnio público. Y esta ventura era de tal naturaleza, que en el mejor de los casos no podía menos que degenerar en una burla sangrienta, de la que Sanabria sería el blanco. Por lo demás, aunque fascinado con la ingenuidad increíble y la desconcertante sutileza de quienes participaban en la aventura, Sanabria ya estaba cansado con todos estos trajines, por lo que decididamente resolvió poner punto final a la búsqueda, muy a pesar de cierto sentimentalismo que lo dominaba.

De tal manera, que procediendo en consecuencia, ese mismo día recibió a los investigadores en el salón principal de la casa, no sin cierta ceremonia, y les hizo saber su determinación –y, siempre generoso, no olvidó gratificarles con bonitas sumas, a título de legítima recompensa por sus afanes.

Y con tal motivo, como dueño de casa que sabe ser hospitalario, Sanabria ofreció un poco de cerveza, un poco de lechón, un poco de humintas, y un poco de licor –todo en abundancia.

A todo esto Peña y Lillo se sentía agraviado. Y así se lo dijo francamente a Sanabria. Pues si Sanabria pensaba decretar la definitiva suspensión de las investigaciones, debió hábérselo comunicado, aunque más no fuera que por haberle confiado la responsabilidad de aquéllas, con lo que al mismo tiempo habría podido ahorrarle muchas dificultades. Y no es que él, Peña y Lillo, pretendiese con esto recriminar a Sanabria, según declaró ahora, sino que, antes por el contrario, quería prestarle un último servicio, y así se lo manifestó. Pues un señor Ampuero, quien lo acompañaba en estos momentos, angustiosamente buscaba ponerse al habla con el doctor Sanabria, y, dada la evidente importancia del asunto, accediendo a sus ruegos, Peña y Lillo había visto por conveniente facilitarle una entrevista, toda vez que el señor Ampuero conocía un secreto por el cual sería un hecho hallar a Felipe Delgado. Pero ahora resultaba que, sin saber nada de nada y con toda inocencia, y sin sospechar ni remotamente las determinaciones adoptadas por Sanabria a esta altura de los acontecimientos, Peña y Lillo había dado un paso en falso al gestionar la entrevista, no obstante de que al mismo tiempo había cumplido estrictamente con su deber, y eso era lo malo, según señaló quejumbrosamente; en cuanto a lo demás, ya el doctor Sanabria vería lo conveniente. Quién sabe qué revelaciones misteriosas no le esperarían; por algo el señor Ampuero se soñaría con Felipe Delgado, y no por nada se empeñaría en

contar su sueño al doctor Sanabria.

Y con esto, como dando a entender que allí finalizaba su misión, Peña y Lillo hizo las presentaciones del caso y declaró secamente que él no quería estar demás. Y luego de pedir permiso a Sanabria, hizo ademán de retirarse, cuando éste lo atajó y, con actitud conciliadora, le pidió tuviera calma, ya que en modo alguno quiso ofenderlo, y le dijo que todo podía arreglarse con un poco de buen humor y con un poco de paciencia. Por lo demás, Sanabria se complacía en felicitar a Peña y Lillo por su iniciativa, y agradecía el haber conocido al señor Ampuero, al mismo tiempo que manifestaba un decidido interés por el sueño que el nuevo huésped se ofrecía a contarle. Y luego, dirigiéndose al señor Ampuero, se puso gentilmente a sus órdenes, suplicándole hiciese favor de sentirse como en su casa, y con fingida seriedad, le rogó procediese al relato.

El señor Ampuero, un hombre bajito, un poco viejecito y con cierto aire chistoso, con ojos saltados y abrigo rotoso, con camisa hecha girones y fuerte garrote bajo el brazo, habiendo permanecido a todo esto inmóvil y silencioso junto a Peña y Lillo, siempre pendiente de Sanabria y devorando con los ojos a éste, de pronto se dispuso a entrar en acción, y sintiéndose alentado con las palabras que aquél le dirigía, echó mano de una fila de copas que se encontraban a su alcance y bebió ávidamente, y luego, después de pronunciar breves palabras introductorias sobre el misterio de los sueños, haciendo saltar amenazadoramente los ojos a tiempo que se enfrentaba con Sanabria, procedió incontinenti a contar su sueño, en estos o parecidos términos:

Vagaba Ampuero en medio de la oscuridad cuando se encontró con un hombre que buscaba el camino del matadero, y este hombre tenía sed y quería beber un vaso de sangre, pero se había extraviado, y se llamaba Felipe Delgado. Y ahora aparecía de pie sobre una piedra, a orillas de una ciudad iluminada por el sol y tenía dos hijos, llamados Narciso y Narcisa, que se peleaban por un manojo de flores silvestres no obstante que éstas cundían por toda la redondez del mundo, y mientras que Narciso decía que su padre era paraguayo, Narcisa decía que era chileno, mientras que Felipe Delgado, que ante semejantes afirmaciones se dejaba arrastrar por la ira y por el dolor de barriga, decía que él era lo que era y que era boliviano; y esto haciendo y esto diciendo, de repente dio un resbalón en la piedra en que estaba parado y cayó en las

profundidades del Infiernillo, el horrendo abismo que se hunde en las faldas del Calvario; y cuando a todo esto escuchaba entre sueños Ampuero los alaridos de Felipe Delgado pidiendo socorro en las profundidades del Infiernillo, y cuando Narciso y Narcisa festejaban los alaridos del pobre padre con una maldad que entre sueños se conocía con el nombre de maldad olímpica, de pronto despertó Ampuero, temblando de miedo y temblando de frío.

Y tal el sueño de Ampuero.

Ahora bien; como el Infiernillo existía en la vida real y el Calvario se hallaba cerca de la ciudad, según hizo notar Ampuero, nada costaba organizar una expedición y cumplir así con un sagrado deber de amigo, y más aún si él, Ampuero, estaba absolutamente seguro de que encontraría a Felipe Delgado en el Infiernillo, ya sea por la pura belleza del acto o por el temperamento del puro gesto; y como es natural, confiaba en que el doctor Sanabria no vacilaría un solo instante en suministrarle algunos fondos para emprender el salvataje.

Una propuesta asaz peregrina y no menos chistosa, según el sentir de Sanabria, que esta vez no quería dar brazo a torcer. Y como no ignoraba que los sueños sueños son, no le pareció mal decírselo llanamente al soñador, y aquí no pasó nada –pero sin embargo, con todo disimulo, extrajo del bolsillo un billete de corte mayor y lo hizo deslizar en manos de Ampuero.

Entre lágrimas y risas y con expresivos agradecimientos, bebieron todos afanosamente, a la salud de Sanabria.

Y Sanabria se lamentaba. Y deploraba la ausencia de Oblitas. Y con mirada vaga, buscó la compañía de Peña y Lillo, y reconocía haber cometido un error suspendiendo bruscamente la búsqueda, útil por inútil, importante por gratuita; y dijo que todo error cometido era un error necesario. Pues esta búsqueda le había permitido encontrar una perspectiva próxima, dijo Sanabria a Peña y Lillo en voz baja y hablando como en secreto, y le había permitido encontrar un confín de la ciudad que se apaga; le había conducido a la íntima morada de los grandes seres anónimos que nada quieren, nada temen, nada esperan, porque son capaces de vivir una vida. A estos seres debía agradecer Sanabria el haber vivido una aventura vivida. Una aventura que no duraba en el tiempo, sino que duraba en la vida; con la desaparición y la muerte –y con esa suerte, y con ese relámpago, y con esa envoltura con que se envuelve la vida para manifestarse, dijo Sanabria, él había vivido la

duración de una aventura vivida, en momentos de la más extraña y hasta entonces desconocida fantasía, si fantasía podía llamarse la sobrecogedora realidad que sopla libremente en los aires y los cielos, que ruge indistintamente de día y de noche, en cada recinto y en cada camino; en las ciudades, en las aguas y en los campos; en los resquicios del sepulcro y en los espacios alegres; en todo momento y en todo lugar, y dondequiera que el hombre se encuentre. Y de este modo, dijo Sanabria, le había sido dado percibir la atroz y asombrosa realidad del hombre. Y era por eso por lo que ahora él podía mirar una cosa, y podía sentir un incomprensible desasosiego y una pena muy grande por una cosa. Y había comenzado a sentirse muy miserable y al mismo tiempo muy afortunado; y con una duda, y con un espanto, y con un no sé qué, había llegado a vislumbrar la infinita maldad del hombre; y en esta maldad, había llegado a vislumbrar una infinita pureza. Que no se apenase Peña y Lillo; era eso lo importante.

Y de pronto, Sanabria calló.

Echaba ahora una mirada sobre el salón. Y con aire de felicidad, contemplaba la reunión. El ir y venir de los invitados, el gesto de aquellos que ocupaban las butacas, que hablaban y reían, que comían y bebían con extraordinario contento, mientras que una legión de sirvientes, que lucían pantalones con abertura en el talón, y por la que aparecían los pantalones interiores y de inmaculada blancura, se movían infatigablemente y con aire marcial, muy erguidos, muy diestros en el manejo de copas y vasos y botellas, acarreando bandejas a toda carrera, con blancos secadores colgando en los hombros, con camisa cerrada y sin cuello, negros y relucientes los pelos, atendiendo solícitamente, sin tropezarse, sin confundirse y sin reír –y Sanabria los miraba con gran complacencia.

Rodeado por los invitados que incesantemente le ofrecían sus respetos y le agradecían y brindaban por su salud, Sanabria vio por conveniente pronunciar un discurso; y lo hizo con la vena sentimental y melancólica que ahora parecía predominar, confluyendo principalmente en la evocación.

Pues él, dijo Sanabria, presenciaba el fin de una época de su vida que sería la última, ahora que ya no tendría de qué ocuparse, a no ser lo de siempre; el pensamiento de la guerra que, finalmente, y para gran desencanto de su parte, quizá ni siquiera estallaría; la pura rutina del quehacer cotidiano; los labradores, las

fincas, los pleitos; a no ser lo de siempre, ahora y siempre,y que, como todo en el mundo, colmaba la medida. Y en estos momentos en que bebía una copa tras otra y en que era el primero en sorprenderse con ello, quería ser absolutamente sincero; y con todo sentimiento, declaraba que ya él, como viejo que era, estaba con un pie en el sepulcro; y sobradas razones tendría para estar como estaba, tan triste y apesadumbrado. ¿Acaso no era ésta ni más ni menos que una reunión de adiós? ¿Y quién más llamado que Sanabria para saborear el pan de la despedida? Vivir el pasado es lo que quería. Quería dolerse de los tiempos idos que jamás volverían. Y, con grande ansia, quería rememorar lejanos momentos, y compartir muchas cosas con los difuntos. Quería buscar a Felipe Delgado, en un recinto que sólo él conocía. Y quería echar una larga mirada –irrevocable y definitiva– en pos de los nobles y grandes amigos que se perdían ahora entre las sombras.

Por lo demás, Sanabria tenía motivos para congratularse en el más alto sentido; y con esto, tal como afirmó, quería referirse a los amigos de Peña y Lillo, que eran los amigos de Felipe Delgado. El solo haberlos conocido era ya una fortuna –la fortuna de haber conocido un mundo. Y Sanabria quería ofrecerles el homenaje de su gratitud y simpatía. Ellos eran quienes guardaban un pretérito, la imagen del desaparecido. El testimonio de sus andanzas, una clave íntima y recóndita. A estos extraordinarios amigos de Felipe Delgado, les agradecía Sanabria; admiraba su espíritu de sacrificio y sus sentimientos de elevada amistad. Eran hombres de fe. Y por eso mismo, eran capaces de crear hechos y acontecimientos; por la fe. Pues la fe había impulsado sus actos, en todo momento. En el curso de interminables recorridos, a lo largo de las calles. En todos los rincones imaginables de la ciudad, de día y de noche, en busca de Felipe Delgado. Y precisamente, en desolados trances, de perdición y vacío; bajo un signo que no podía ser otro, sino tan sólo el de la desesperanza.

Con estas palabras, Sanabria levantó su copa, en señal de despedida.

Y con gesto vivo, con apasionada unción, bebió de un solo golpe.

CAPITULO X

Ahora sólo nos queda referir lo ocurrido en la sesión convocada por Juan de la Cruz Oblitas.

Pero antes quisiéramos dar cuenta de cierto episodio que hubo de suscitarse la noche del viernes precisamente, en circunstancias en que Román Peña y Lillo, un poco nervioso, un poco impaciente, rondaba por las calles a modo de hacer hora para encaminarse a la casa de Oblitas.

Efectivamente, Peña y Lillo habíase lanzado a la buena de Dios en un largo recorrido, partiendo de la calle Evaristo Valle y rematando en lo alto de la ciudad, para luego desandar el camino a través de la Garita de Lima, la calle Tumusla, la avenida Pando y el callejón Inquisivi, para internarse en el callejón Pucarani –tal vez llevado por la esperanza, demasiado remota, de encontrar algún rastro de Felipe Delgado– y para contemplar, una vez más –no obstante haberlo hecho cien veces durante los últimos días–, la puerta nuevecita de la antigua bodega, cerrada a piedra y lodo a las ocho de la noche; para observar, para tocar y para mirar la espesa capa de pintura amarillenta que cubre la superficie de la puerta nuevecita, y para leer un letrero que dice: "Carpintería el Diluvio Universal, de Noé Salvatierra"; y para volver las espaldas en definitiva, con la intención de poner rumbo a la casa de Oblitas, cuando de pronto se detuvo bruscamente en las proximidades de Churubamba, a la vista de un raro espectáculo que en efecto se ofrecía, en un sombrío recodo –y nosotros hemos de referirlo.

He aquí un hombre desgreñado, de rala barba y con traza de facineroso, predicando con voz tonante ante un grupo de gente, cuando a todo esto, Peña y Lillo se acerca, y se queda mirando al hombre.

En violento contraste con los harapos que cubren el cuerpo de la cintura para arriba, luce este hombre un vistoso colán de diablofuerte, de color azul y botas negras, bien lustradas. Con el brazo

en alto, sostiene un farol de vidrio y hojalata, y, al indeciso resplandor de una vela de sebo que allí arde, agita el otro brazo, con gran energía, recalcando y machacando las palabras que en este momento pronuncia ásperamente –se diría un Zaratustra de plazuela; un loco metido a profeta, según todas las apariencias.

Los curiosos en el corrillo mantiénense inmóviles y absortos al calor de la vela. Con las cabezas ladeadas, con aire lejano, arrobados por alguna extraña fascinación, la baba se les cae por la boca, y escuchan como embrutecidos al peregrino personaje, que ahora clama mirando al vacío:

– ¡Hace falta saber que todos somos iguales, almas amigas! ¡Todos somos uno y lo mismo! La vida ha repartido por igual su misterioso don entre todos y cada uno de nosotros; grandes y chicos, pobres y ricos, el pan de Dios es uno y solo. Cada cual cree ser diferente del otro, y muchos creen ser superiores por la ropa, por el nombre que llevan, por los bienes terrenales de que disfrutan; y ante esto, yo me pregunto: ¿Quién no tiene corazón? Y respondo: ¡Todos tenemos corazón! Si el hombre hace abandono del corazón y ennegrece su propia vida con el egoísmo y con la concupiscencia, es justo que el mundo se vuelva contra el hombre y le pague con la misma moneda; si el hombre olvida el origen divino de las especies y acumula bienes terrenales; si escarnece la mansedumbre, si pisotea a los píos y desprecia a los humildes, sin saber que el mundo se ilumina en su verdadero esplendor con sólo un adarme de la luz que derraman a torrentes los píos y los humildes...

Hizo una pausa mientras peinaba con la mano los negros mechones que caían sobre su frente, y luego prosiguió:

– ¡Todos comemos del mismo pan, y por eso mismo debemos alargar la mano, almas amigas! ¿Y con qué objeto alargar la mano?, se me preguntará; y yo responderé: ¡Con objeto de recuperar la perdida luz! En cualquier momento, y aun en el momento de la muerte, podemos alargar la mano y recoger un adarme de luz, con la misma facilidad con que recogemos un poco de agua. ¿Y con qué objeto recoger un adarme de luz?, se me preguntará; y yo responderé: ¡Con objeto de alcanzar a ser lo que se es, almas amigas! ¡O víctima o verdugo; o candoroso o depravado; o pío o impío; o ladrón, o criminal, o santo o pervertido; o bueno o malo; hay que ser lo que se es, almas amigas! Yo os digo: zapateros, carniceros, carpinteros; curas y pastores de almas;

empleados, albañiles; médicos, dentistas y profesores, todos obreros de la vida, almas amigas: no os quedéis siendo a medias; debéis perseguir ser lo que sois, cueste lo que cueste; el disimulo es horrendo pecado. Dios condena a los que se desesperan por ser lo que no son; El condena a los que siendo felices o infelices, afortunados o miserables, persiguen el cambio de su condición. ¡El corazón manda, almas amigas, y nadie deberá quedarse tal como está, ni tampoco deberá moverse de su sitio, a no ser por mandato del corazón! ¡Y aquel que desoyera la voz del corazón, guay de él; se verá condenado por su propio corazón!

Parpadeaba la vela a todo esto, y muchos curiosos se habían sumado al corrillo.

De pronto el orador declaró con tono solemne:

–Almas amigas: mañana me voy. ¿Habrá alguien que sepa decir dónde estaré mañana? Mañana ya no estaré en el mundo de los vivos: esta noche os hablo por última vez. Yo os aseguro que el mundo de los muertos no será mi paradero; os aseguro que el mundo de los muertos no existe. Y entonces, ¿dónde están los muertos?, se me preguntará. Y yo responderé con la misma pregunta: ¿Dónde están los muertos? ¿Si no están en el cielo ni tampoco en el infierno; si no están en la luna, ni en el sol, ni en las estrellas; dónde están los muertos? ¿Dónde estaré yo mañana? ¡Escuchad, almas amigas: mañana estaré en el aire, junto con todos los muertos!

Gritos y voces se dejaron escuchar ante tal declaración.

– ¡Yo os mando y ordeno callar! –exclamó iracundo el predicador, y luego afirmó–: En el aire estaré mañana; en el aire. Y no escupáis al cielo; no hay vida sin muerte; no hay vida sin aire. La vida vive del aire, y la muerte es purísimo aire. Yo pregunto: ¿Qué es el aire?, y respondo: El aire soy yo. Lo que respiramos no es aire; es una cosa que no existe, y que se llama aire; el aire soy yo. Lo sois vosotros y lo son todos cuantos moran en este Valle de Lágrimas. Aire somos; y la muerte sea con nosotros. ¿Qué es el corazón? El corazón es aire. ¿Y qué es lo que palpita en el pecho? El aire es lo que palpita en el pecho; y palpita al soplo del alma. ¿Y qué es el alma? El alma es lo que es, pero quiero comunicaros un secreto, almas amigas; existe un globo en la cabeza; y este globo estalla por la potencia del sol. Y la potencia del sol es maléfica para todos nosotros, los hambrientos y los sedientos, que somos presa de hondos y dolorosos sentimientos al estallido de

este globo. Y el estallido no se produce repentinamente. Se anuncia con mucha anticipación y con ataques de sed y de hambre. Y estos ataques duran: veinte años celestes para los santos; diez años solares para los Cantores del Caos; cinco años elementales para los Peregrinos de la Tentación; diez años lunares para los humildes y los píos; diez años terrestres para los Purificados. Los bien comidos y los bien bebidos no conocen otro malestar que el de la barriga llena; estalla el globo de un momento al otro, y ellos no reciben ningún anuncio; mueren los bien comidos y los bien bebidos sin decir pío; mueren sin eructar, ni vomitar, ni gritar, ni llorar... ¡Ay, ay! ¡La noche avanza! ¡Ay almas, las sombras me envuelven ya! –exclamó ahora y dijo, con tono de congoja–: Apártense de mi lado las almas amigas que no quisieren mis últimas palabras escuchar; tiempo ya no tengo; apiádense de mí las Blancas y las Negras Potencias. ¡Cúmplase el eterno aniversario del dolor al estallar el globo del alma mía! ¡Llamado estoy, nombrado estoy con terrible campanazo por los guardianes del Templo del Aire que navega en medio del Caos Universal!... ¡Ya me voy, mundo de mi corazón, ya me voy! ¡Eres un mundo hermoso; y qué pena que sobre tu redondez tengan que habitar unos seres llamados humanos, asquerosas bestias que vomitan lodo inmundo y baba endurecida en la propia maldad de sus entrañas!... ¡Yo odio a estos seres, mundo de mi corazón, pero amo a los animales, como amo a todo cuanto se oculta en tus concavidades! ¡Adios, ya me voy, lago azul! ¡Tú eres la niña de mis ojos; tú lloras por mí toda la vida! ¡Ya me voy, montaña Illimani; tú eres el orgullo de mi pecho; tú eres la soberbia de mi sangre, oh genio poderoso y apacible! ¡En tu helada frente se filtran los aires! Con el aire, con el agua, con el azufre y con los raros metales pesados que guardas tú, yo podré construir hacia el fin del mundo unas alas; y con estas alas, los píos y los humildes podrán salvarse y volar a las estrellas! ¡Adiós; yo me despido de ti, montaña Illimani, seso mío; eres tú la bandera del mundo! Gracias a ti, los pobres huesos míos han podido resistir la calcinación; gracias a tus enseñanzas, he podido soportar los infiernos del sufrimiento sin proferir un ay; tú me enseñaste cómo hacer miel con la hiel; de ti aprendí a no suspirar ni llorar por la soledad del alma mía. ¡Adiós, Illimani, Blanca Potencia!

El predicador hizo una pausa, y luego, ante la expectativa de sus oyentes, prosiguió diciendo:

–Mi aire se quedará por siempre en mi sitio. Que los vivos hagan y deshagan con los cuerpos; nada tienen que ver con el aire puro, con el aire inmortal y sagrado en que se acurrucan los muertos. Cuando yo muera nadie podrá verme, pero yo podré ver a todos desde mi aire. Aquellos que por algún azar llegasen a transitar a través del aire de los muertos, serán repentinamente poseídos por una inexplicable alegría, y la buena suerte los acompañará durante tres meses; durante tres días disfrutarán el don de la adivinación, y podrán contemplar en las estrellas la visión del ser amado, durante medio minuto... ¡Yo no miento; en los caminos de este mundo se ha enronquecido mi voz, mis decires son verdades, soy santo y no miento!

–¿Y qué más? –dijo alguien de buenas a primeras.

–¿Qué más? –replicó con extrañeza el santo, y luego sentenció–: El alma amiga que ha buscado en boca ajena una respuesta, teme encontrarla en su propio corazón, precisamente porque ya la sabe: es un alma amiga que ha nacido para santo, y quiere matarme.

–¡Qué disparate! –exclamó alguien con enojo–. Eso sí que es hablar por hablar. A usted nadie quiere matarlo; usted incrimina a la gente sin motivo, y eso no es digno de un santo.

Con débiles destellos se consumía ya la vela; y a ese paso, comenzaba a soplar un viento helado.

–¡Sólo un santo puede conocer la tentación! –declaró ahora el predicador–. Habéis de saber que aquella alma amiga que se dirigió a mí con una pregunta, quiere matarme y tiene miedo: ha sido víctima de la tentación, y está al borde del abismo; o me mata o cae. Y tendrá que dar el primer paso en el camino de la santidad. Pues por ser quienes sois, almas amigas, os diré que el camino de la santidad es el camino de la tentación. La verdadera santidad se encuentra en la última gota de la tentación. La tentación es aire puro. Vencerla no es nada difícil; pero entregarse en cuerpo y alma a la tentación; dejarse quemar y consumir por la tentación, eso es lo difícil. Unicamente el hombre que haya decidido caer podrá conocer el abismo; jamás podrá entregarse a la tentación un hombre que no haya sido capaz de suicidarse. Si el cuerpo sobrevive, si queda algún rastro de pellejo sobre los huesos y los huesos no han llegado a calcinarse por el fuego devorador, entonces uno es santo...

Aunque no era una novedad para nadie que la vela estaba a

punto de consumirse, pues en efecto lo estaba, de pronto alguien interrumpió al orador y exclamó, con el evidente propósito de burlarse de éste:

—¡La vela se apaga, y nosotros nos vamos!

—¡La vela se apaga! —gritó con angustia el predicador haciendo eco de la alarma y puso el fanal en el suelo, mientras hurgaba una bolsa que pendía en su pecho.

—¡Quien se entrega a la tentación se vuelve santo o se vuelve loco! —exclamó de pronto.

—¡Entonces que traigan una vela para el loco! —replicó uno.

—¡Más respeto; nada de loco! Que traigan una vela para el santo —corrigió otro.

Y este último, que seguramente era carnicero a juzgar por el ensangrentado mandil de lona que llevaba puesto, sacó del bolsillo una moneda y, a tiempo de exhibirla ante el público, preguntó:

—¿Nadie quiere ir a comprar una vela para el santo?

Se acercó un chico alargando la mano para recibir la moneda; pero habiendo sorprendido la escena, en este momento el profeta exclamó:

—¡Ven aquí, chico Perico! ¡Yo no pido vela ni pido nada! —y, rápido como el relámpago, sacó a relucir una moneda y gritó—: ¡Yo tengo plata para comprar vela, toma, toma!

—¡Qué ocurrencia; ven aquí, chico Perico, que no se moleste el santo! —exclamó el carnicero y le dio la moneda al chico Perico.

A los pocos momentos éste regresaba con tamaña vela que el afligido profeta partió en dos, para poner una mitad en el fanal y guardarse la otra. Y habiendo avivado la llama, en medio del regocijo general, suspendió el artefacto a la altura de su cabeza, y dijo:

—¡Luz de mis ojos, aire de muerte que haces vivir a la vida, mundo de mi corazón! —dirigió una mirada a sus oyentes y luego declaró—: Almas: ya que no retirasteis vuestros cuerpos de este mi cuerpo; ya que no os fuisteis de mi lado; ya que no huisteis ante la inminencia de las sombras ni ante los mortíferos miasmas que se desprenden de la soledad; conmovido hasta las entrañas por vuestra humana solidaridad para con la infinita tristeza del hombre, os he de conferir la gracia de repetir para vosotros y por vosotros, almas amigas, la Oración del Caos, que ha surgido del Cuerpo del Hombre.

Así diciendo, dejó el fanal a sus pies y luego elevó ambas manos por encima de la cabeza. A la indecisa luz de la vela estaba pálido como la muerte, clavados unos grandes ojos negros en el cielo, agitados por el viento los pelos y los harapos, cuando comenzó a orar con voz monótona y grave, de la siguiente manera:

—Santo santo, pío pío; ave blanca, ave negra; hágase la tentación presente omnipotente, y por su obra y por su gracia, sucumba el fuerte de carne y perviva el fuerte de huesos, ave blanca, ave negra; el que calcina sea fuego bendito, y el que acaricia, maldito; santo hueso y mala carne, y la vida fuego; buena carne para el pío, y mala para el impío; impío y pío, conozca el fuego al pío y al impío; carnal goce para los bienaventurados sea el carbón y todo lo mineral, y para los condenados, sea goce la carne putrefacta; santo santo, pío pío, pan de Dios; haznos aire, de nos saca el cuerpo, que por pura bondad a nos hubiereis dado; saca saca, expulsa, arranca y arrebata; negra sospecha no cunda, que por pura maldad, dado hubiereis un cuerpo a nos, y la dura prueba retirada sea; un cuerpo disteis a nos, mas no tenaza; sé humano; el humano a divina prueba no sea sometido, si humana tenaza le disteis, santo santo; únanse ave blanca y ave negra, y huevo den, que el bien no contenga ni tampoco el mal, pero el bien y el mal; macho y hembra a un mismo tiempo, de dos potencias potencia, confúndanse en uno y solo, potro y potranca; y todas cosas del mundo, una sola sean; cabra y cabrón, flor y vino, aire y piedra, a sola semejanza del pan de Dios Omnipotente; santo santo, pío pío; la Tiniebla Aparente recoge, Santo Inmortal, Santo Fuerte; por la Eternidad y por los siglos de los siglos, saca saca, haznos aire; el mundo recoge, y devuelve al Caos Universal; si el fornicador recogido fuere, ya nunca más fornicaría, santo santo; escucha nuestras súplicas, amén.

Tal la oración pronunciada por el profeta.

Y habiendo recogido el farol, exclamó con aire grave:

—¡La Oración del Caos, almas amigas! ¡Ha surgido del Cuerpo del Hombre!

—¡No puede ser! —exclamaron en el corrillo.

—¿Qué es eso de fornicador y potranca, pío pío y saca saca? —se preguntó alguien.

—¡Blasfemias y disparates! —dijo otro.

—A lo mejor es un Anticristo.

—No, no puede ser; con botas nunca se ha visto.

—¡Yo os mando y ordeno callar! —vociferó imperiosamente el santo—. Vosotros no sabéis lo que es una oración verdadera. Es muy malo ensalzar y adular a Dios. Dios sólo conoce el dolor, y por el dolor reconoce a sus hijos. Con dolor hay que hablar a Dios, no con palabras bonitas. ¡Teneis que orar con dolor, pero jamás con amor, almas amigas! Y ahora mis últimas palabras en este mundo, a vosotros han de estar destinadas, con la revelación de la gran verdad universal... ¡Cada uno de nosotros y cada uno de los animales y todo cuanto nos rodea, es una y la misma cosa, almas amigas! Esta vela, esta luz y las estrellas que os contemplan, todo es una y la misma cosa; los ríos, las montañas y las piedras, todo es una y la misma cosa. La sola cosa que era, en un principio, se desunió y se rompió, y se hizo trizas. Los pedazos que todavía quedan tienen nombres inventados por el hombre, son palabras inventadas por el hombre. Y estas palabras, para aquellos que se han alejado del corazón, para los que se contentan pensando en la redondez del mundo, seguirán siendo palabras, solamente palabras y nada más que palabras. Y yo os digo que nosotros los que sufrimos, comprendemos la verdadera significación de las palabras. Así comprendemos la verdadera significación de la redondez del mundo; y no sólo sabemos que el mundo es redondo, sino que también sabemos que esta redondez es apena un decir. Ya sabéis que las palabras no se las lleva el viento; ya sabéis que el mundo es redondo y que al mismo tiempo no lo es; ya sabéis que la palabra es nuestro único consuelo, y que este consuelo es nuestra fuerza. ¡Ya sabéis que es necesario orar, almas amigas! Ya lo sabéis: en la palabra está escondido el verdadero nombre de Dios... ¡Orad, almas amigas!

De pronto hizo el santo un movimiento brusco, y, habiéndose enfrentado con un anciano que lo miraba arrobado, le entregó un puñado de billetes que en este momento extrajo de su bolsa.

—¡Esto es para ti! —le dijo el santo—: ¡Para que te compres un abrigo de lana, y para que te compres pan! —añadió mientras el anciano, completamente estupefacto, se guardaba a toda prisa la plata en los bolsillos.

Y luego, en medio de exclamaciones de entusiasmo y admiración, el profeta declaró:

—¡Yo no necesito plata, almas amigas! ¿Y por qué?, se me preguntará; y yo responderé: Porque para irme y para morir, sólo necesito mi cuerpo. ¡Pues mañana me voy, a la hora del alba, almas amigas! Y vosotros habeis de seguirme, tarde o temprano. Yo os esperaré en el aire, allá nos veremos las caras. ¿Y qué ganaremos viéndonos las caras?, pregunto yo; y respondo: ¡Allá, solamente allá comenzará la verdadera espera, la espera del día en que todo sea uno solo, como el pan de Dios! Con la partida y con la muerte, hemos de encontrar una nueva vida, almas amigas. Y hemos de retornar a ese mundo poderoso, a esa patria verdadera, en la que todo es uno. Almas amigas: nosotros los errantes hemos de encontrar aquella patria verdadera en el seno de la vida, sin necesidad de pedirle nada a ella; a nosotros los errantes ha de sernos revelada la verdadera vida por medio del cuerpo, bajo la luz del sol y en pleno día... Almas amigas que me escucháis: el momento en que se haya encendido un relámpago enceguecedor, y cuando exclaméis: "¡Dónde estará la luz!", ese momento, yo os habré recordado en la lejanía. Una adivinación, una respuesta ha de retumbar en la lejanía, a lo largo de la noche, y ha de cundir el silencio, y ha de cundir la oscuridad. Y una vez transcurridas muchas edades de silencio y de oscuridad, ha de revelarse la luz en las entrañas del mundo; y han de resonar estas palabras en medio de las tinieblas: "Mañana seré". Y ahora yo me pregunto: ¿Amanecerán mañana las calles del mundo bañadas por la luz? Y contesto: ¡Cómo será! Escuchad, almas: dolor y tentación, necesidad y hambre, miseria y peste, y todos los sufrimientos, son fruto de un escozor que Dios sintió en la cara; arrancó Dios un pelo de Su barba a tiempo de rascarse; y entonces, como no sabía qué hacer con él y tampoco tenía dónde ponerlo, hizo el mundo con este pelo. ¿Qué cara ponéis, almas? ¡Es muy fácil decir: esto es así, esto es asá; pero hace falta saber que nada en absoluto es asá, sino que todo es así, almas amigas!...

En esto, Peña y Lillo se alejó del corrillo. Y con paso rápido, encaminóse hacia la casa de Oblitas.

CAPITULO XI

Peña y Lillo saludó con buen humor.

—Aquí me tiene con la joroba a cuestas —dijo—. Me detuve y me atrasé por culpa de un mártir, o predicador, que se despidió del mundo en plena calle anunciando su muerte para mañana mismo. Dice que es santo, qué hombre más raro; anda de colán y grandes botas, no pide nada a nadie, y más bien regala plata a gil y mil...

—¡Ah, el Loco Casasola! —exclamó Oblitas, quien había tomado nota de la descripción—: Yo ni soñaba que podía estar aquí, es un poco raro el Loco Casasola.

—¡Pero entonces usted lo conoce! —dijo Peña y Lillo con asombro.

—¿Y cómo quiere usted que no lo conozca? —repuso Oblitas—. Todo el mundo lo conoce a Casasola, es pariente mío, dígame, sobrino mío en segundo grado, es decir, hijo de un primo hermano mío, yo soy Oblitas Casasola. Y resulta muy raro que un hombre como usted no conozca la historia del Loco Casasola. El Loco Casasola muere cuando le da la gana; predica en el campo, en los pueblos, no me explico de cómo se le habrá ocurrido venir a la ciudad. Un día aparece en Jesús de Machaca, allí predica, muere y lo entierran; el día siguiente aparece en Santiago de Machaca, y se pone a predicar, y muere y lo vuelven a enterrar; y el rato menos pensado, se presenta en San Andrés de Machaca, para predicar y para morir, y no bien lo entierran, ahí lo tiene usted, predicando en Santiago de Huata, donde vuelve a morir y donde lo vuelven a enterrar; y así por el tenor, por más que lo entierren mil veces, las mil veces vuelve a resucitar mi sobrino, para predicar, para morir y para hacerse enterrar, ya en este lugar, ya en aquel otro lugar, y es de nunca acabar, yo le diré, en todos los pueblos del lago lo entierran a Casasola, y Casasola siempre resucita. Usted ve, no hay para qué alarmarse; la gente es más indiferente que no sé qué. El Loco Casasola es inmortal, toda Bolivia lo sabe; y sin embargo,

todavía hay gente que se hace la que no sabe.

—Realmente —comentó Peña y Lillo—; tiene usted mucha razón. Y solamente en Bolivia pasan semejantes cosas; sin ir muy lejos, tenemos el caso del afamado fascinador peruano Desiderio Jactares, ocurrido en La Paz en la época del doctor Bautista Saavedra. ¿Usted recuerda?

Oblitas ni siquiera se dignó escuchar la observación.

—Y si es que todavía hay gente que sigue creyendo que el Loco Casasola es loco, qué mejor —prosiguió diciendo tranquilamente—. Porque en realidad, el Loco Casasola no es loco, ni mucho menos, sino que tiene sus razones para hacerse el loco. Loco no es aquel que teje redes para pescar y que construye botes para navegar; aquel que hace milagros con la totora; aquel que se atreve a surcar en plena tormenta las aguas del lago, no es loco, incansable viajero que de sol a sol recorre caminos y pueblos, dígame, aquel que de mil maneras se sacrifica para salvar a sus hermanos los indios, no es loco. ¿O usted sería capaz de tejer cien varas de bayeta de la tierra en un abrir y cerrar de ojos o hacer aparecer leguas y leguas de pasto en áridas pampas de la noche a la mañana? Loco no es aquel que muere por la salvación de sus hermanos y que resucita para velar por ellos. El Loco Casasola tendrá sus defectos, nadie lo niega, pero no es loco; que se haga el loco es otro cantar. A lo mejor usted cree que es así nomás tener sangre en la cara, y tal vez por eso se imagina que un cualquiera puede hacerse el loco, pero póngase en el pellejo del Loco Casasola y ya veríamos lo que pasa. Quien por el hombre lucha y quien por el hombre aboga y quien por el hombre se aventura en las tierras del peligro, tiene dos caminos: o se hace el loco o se pierde. Y aquel que se hace el loco y aquel que se pierde, tiene dos caminos: o dejar de perderse y de hacerse el loco o salvar al hombre; no es así nomás tener dos caminos. Por eso para salvar al hombre hay dos caminos: o perderse o hacerse el loco. Y por eso aquel que tiene dos caminos está perdido. Y sin embargo el Loco Casasola no está perdido, aun a pesar de que está perdido y no obstante que tiene dos caminos y se hace el loco. Pero de estas cosas usted no entiende, amigo, y es mejor que pasemos la hoja.

Oblitas, visiblemente malhumorado, en mangas de camisa, con sombrero y con enorme mandil de cotense, ofreció una silla a Peña y Lillo y dijo:

—No hace rato, me vi honrado con la visita de dos personajes

de verdadera talla, dígame, el terciario Ismael Sotomayor y Mogrovejo, y el présbitero Felipe López Menéndez. Como usted seguramente no ignora, el primero es un gran historiador, y el segundo, un gran teólogo. Estos personajes son íntimos amigos del que habla, yo le diré, pero tuve que despedirlos, todo por esperarlo a usted y nada menos. Y como si fuera poco, el señor doctor Armando Sanabria no podrá acompañarnos esta noche; vino personalmente a disculparse. Lo atingen muchas preocupaciones de Estado. Muy confidencialmente, me hizo saber que en las altas esferas la guerra con el Paraguay se da como un hecho; yo le diré que el señor doctor vive pendiente de importantísimos asuntos de Estado. Eso me consta; yo tengo multitud de negocios con él. En cuanto al tal Menelao Vera, el muy cobarde asesino, el verdugo del indio, esta noche me proponía desenmascararlo, pero ya ve, con hacerse humo lo compuso todo. Así las cosas con mis invitados, tendré que celebrar la sesión en presencia de unito solamente. Este bañador de soltero que hice preparar habrá que dárselo a los perros, sardinas y todo, fíjese —de debajo de su cama, sacó Oblitas un enorme bañador repleto de soltero, lo exhibió y, acto seguido, lo echó llave en el ropero: seguramente para que se lo coman los perros, pensó Peña y Lillo, y al mismo tiempo sintió que se le hacía agua la boca—. Porque si yo tuviera libras esterlinas oro —satirizó Oblitas ahora—, nada me costaría invitarle champán y pavo trufado en lugar de unas sardinas y unas cebollas que, desgraciadamente, tampoco puedo ofrecerle, puesto que están en mal estado, tal como usted acaba de ver.

Oblitas dirigió una mirada irónica a su interlocutor, y luego, habiéndose perdido de vista en un oscuro rincón para meter un destemplado ruido, haciendo sonar latas y botellas, al cabo reapareció con un jarro de té, que puso con desgano sobre la mesa, declarando que no estaba en condiciones de ofrecer otra cosa, y de buenas a primeras dijo:

—¿Acaso no sabe usted que el señor Delgado vivía en medio de visiones? El señor Delgado tenía plata, era joven, pudo vivir feliz..., como vive la gente, con una mezquina felicidad, yo le diré... He estado pensando en su suerte, y me he preguntado lo siguiente: ¿Era el buen camino, o sería el mal camino aquel que tomó el señor Delgado? Usted no sabe lo que yo sé, amigo.

Colocó sobre la mesa un platillo con azúcar y un jarro de fierro enlozado, con un brebaje que, según notó Peña y Lillo,

despedía un olor desagradable, y que él no habría bebido por nada del mundo; y luego, Oblitas se dejó caer en un sillón, frente al silencioso huésped, a quien se puso a mirar como con pena, cuando prosiguió diciendo:

—En primer lugar, viene a colación el fantasma que lo perseguía; luego viene la difunta, y por último, la maldición que, según entiendo, no fue para mal, sino para bien. ¿Era o no era la maldición ese famoso antro, esa famosa bodega? ¿Y por qué la tal bodega se va al diablo al mismo tiempo que el señor Delgado? ¿No será ésta una prueba clara o yo estaré equivocado, dígame?

El interrogado guardaba obstinado silencio. Oblitas gesticulaba, empuñaba la mano derecha y escondía la mano izquierda a la altura del pecho, por debajo del mandil.

—¿Y la difunta? —se preguntó ahora, y luego dijo—: Difunta y fantasma eran la misma cosa; y hasta me atrevería a afirmar que Felipe Delgado, fantasma y difunta, eran tres personas en un solo hombre.

—¿Qué hombre? —inquirió Peña y Lillo rompiendo su mutismo.

—¿Pero acaso usted no ha conocido a la difunta? —preguntó Oblitas.

—¿Qué difunta? —volvió a inquirir Peña y Lillo, completamente confundido.

—¡Ah caramba! —exclamó Oblitas—: Se hace el desentendido y quiere meterme los dedos a la boca, preguntando sonseras: ¡Qué difunta, qué hombre; como si no supiera quién es el hombre y quién la difunta! ¿Y tampoco llegó a notar ninguna rareza en la persona de la difunta? Me refiero a la señora Ramona, a quien usted conoció; yo solamente llegué a ver su cadáver. Usted está frito si es que no se dio cuenta que la difunta tenía olor a quemado. El fantasma y la difunta se pasaban la pelota, digo la pelota, por decir el señor Delgado, que no sabía por quién decidirse. El señor Delgado me dijo que un fantasma no es hombre ni tampoco mujer, y por lo tanto, no puede ni engendrar ni parir. El señor Delgado le ponía a todo un disfraz, ya de muerte, ya de vida; pero a la muerte, la disfrazaba invariablemente de vida. ¿Qué pasa cuando uno, viendo un fantasma, ve una mujer, dígame? ¿Y qué pasa cuando uno disfraza de mujer hoy, y mañana de fantasma a un ser imaginario, hágame el favor? ¿Qué le ocurriría a usted si le ocurriera una cosa formidable, perdone la expresión? ¿Acaso no se sentiría

usted formidable?

Apremiado de tal manera, Peña y Lillo se vio obligado a romper su actitud de reserva, y dijo:

—A mí no me ocurren cosas formidables, ni me siento formidable, ni me siento raro. Yo no sé nada. Yo no me meto en nada.

—¡Con que el muy inocente no sabe nada ni se mete en nada! —se burló Oblitas, y luego añadió: Si uno se asusta, será por algo. Son problemas complicados, amigo. Si hasta el propio señor Delgado se confundía, considera alma cómo me confundiré yo. Si uno mismo se disfraza y ve un fantasma por mujer y viceversa, y si los disfraza y no se decide por ninguno, será porque no quiere reconocerlos. La difunta era un fantasma; y sin embargo tenía tratos con el señor Delgado, que se retrataba por el fantasma que lo perseguía, el cual tenía tratos secretos con la difunta. Pero no siempre han de ser reales las cosas que suceden; muchas veces las cosas que suceden no suceden. Precisamente, el señor Delgado dudaba de aquellas realidades que los demás tenían como tales. El me dijo una vez: "¡Señor Oblitas, fíjese qué cosa tan tremenda; el mar no existe; y sin embargo todos creen que existe, hasta tal extremo, que inclusive navegan en él!". Y otra vez me dijo: "¡Señor Oblitas, quién sabe qué bicho es uno; yo amo al mundo entero; tanto corazón para tan poco mar!". Pero, a propósito del mar, recuerdo cierto agravio que me infirió a su retorno de Antofagasta, cuando me dijo: "¡Para usted cualquier viaje ha de ser hermoso, con tal que no le cueste nada y le caiga del cielo!". Yo tomé sus palabras al pie de la letra, y le respondí: "Así nomás es, señor Delgado. ¿Cómo no han de ser hermosos los viajes que no me cuestan nada y que me caen del cielo, si yo viajo a los astros, a las estrellas, y me veo transportado a las regiones de la nada, sin ocuparme de viajar a Antofagasta?". Le di una verdadera lección, qué le parece; y así lo reconoció el propio señor Delgado, cuando con lágrimas en los ojos, me dijo: "¡Señor Oblitas, usted me ha dado una verdadera lección!". Y le diré que quien tenía que viajar acompañando al desaparecido, no era usted, sino yo, habiendo prometido hacerle mi cura de sal marina para corregir ciertas anomalías relacionadas con la sensación de la gravedad, la cual está estrechamente ligada con la propensión al amor en cuanto se refiere a calidad, cualidad, cantidad y género. Tales anomalías suelen ser frecuentes, y el secreto de las mismas puede palparse y verse en la sal marina que, precisamente, se distribuye allí donde la estabilidad corresponde a

la amplitud, y donde la amplitud corresponde al equilibrio, como causa y efecto del agua de mar. Hay que darse maña para ver lo que pasa, amigo. En la sal se encuentra el secreto de la armonía. Yo le diré que el vivir es apenas un reflejo opaco de un misterioso estado que late con una gran luz. Tengo entre mis curiosidades un pequeño microscopio de aficionado, y me quedo lelo mirando las formas de perfección en los cristales de la sal. Es como si uno estuviera en presencia del caos y que éste hubiera querido cristalizarse para conocer su espíritu. Y se siente uno dichoso con la sospecha de que estos cristales pudieran sentirse halagados de que uno los mirase, o que ese espíritu se hubiese cristalizado con el solo propósito de halagar al espectador. Aquí tiene usted una revelación. La muerte se organiza. La muerte es la geometría en los cristales de la sal. Yo digo para mí: nos hace falta un lugar inaccesible a la podredumbre. Deberíamos reunirnos en un mundo lejano, confundirnos con el estado misterioso de la sal y participar en el vivir mineral. Podríamos llegar a ser humildes conociendo la inmortalidad. Nadie tiene idea de cómo hace la vida para que la sal sea sal.

Oblitas sacó del bolsillo unas hojas de coca y las llevó a la boca mientras dirigía una mirada de abrumadora conmiseración a Peña y Lillo, el cual a todo esto se moría de hambre y de aburrimiento. Y luego dijo:

—Usted pone mala cara con el propósito de hacer escarnio de mi persona, y le entran por una oreja y le salen por la otra las revelaciones que yo, pobre ingenuo, en un arranque de bondad y de nobleza, me tomo la molestia de hacerle conocer, en la creencia de que usted se preciaba de ser amigo predilecto del señor Delgado. El señor Delgado acariciaba grandes sueños políticos, dígame; amaba con delirio a la patria Bolivia, y tenía la intención de fundar el Partido Fanático Boliviano, esa es la cosa. Una faceta totalmente ignorada del señor Delgado. A mí me dijo una noche: "Señor Oblitas: esta vida no puede seguir. Quiero ponerme a prueba. Subir al Illimani, purificarme, y luego fundar un partido: el Partido Fanático Boliviano; qué le parece". "Cosa soberbia", le dije yo, "siempre y cuando sea un verdadero partido; fanático por aymara, boliviano por boliviano". "¡Ah ya!...", me dijo el señor Delgado; "un partido precisamente, en el más alto sentido; un partido con una fuerza tan grande como para redimir a los descreídos, aniquilar a los oportunistas, y hundir a los masones; como

para determinar una revolución radical, poniendo en obra las grandes orientaciones que Tamayo postula, instaurando aquella verdadera nación que deberá ser Bolivia, con el retorno de la grandeza aymara, con una organización militar y jesuita, con el sable reivindicador y conquistador bajo el signo del Ande, con el soplo de aires renovadores al conjuro de mucha sangre, al conjuro del trabajo demoledor, con música de hielo, con espíritu guerrero, y con sacrificios infinitos para forjar al hombre boliviano, con verdadero misticismo y con verdadera religión; qué le parece", concluyó el señor Delgado con voz vibrante y con ojos que se le saltaban de las órbitas. A lo que yo le contesté: "Que las todopoderosas y omnipotentes deidades del Ande se muestren propicias a tan nobles ideales, señor Delgado, es lo que importa; y yo cuidaré de ello, se lo prometo, como ahijado que soy de tales deidades del Ande". Y de repente el señor Delgado declaró lo siguiente: "O se me revela el misterio de la patria o me saco el cuerpo. La verdadera grandeza es una sola; y no se da sino únicamente por la revelación de este misterio. La patria es un misterio, señor Oblitas; solamente por el misterio de la patria podrá revelarse la verdadera realidad del mundo". "Comparto su sentir, señor Delgado", le dije yo; "únicamente por el fanatismo se nos puede revelar este misterio. O se ama a la patria con fanatismo o no se la ama en absoluto. La patria es aquel planeta que nos permite habitar en este planeta; yo quisiera llevarlo a usted a Curva, a Charazani, a los reinos de los callahuayas; yo quisiera que usted vea y conozca cómo los magos hacen patria, cómo perforan y cómo construyen túneles y caminos secretos, cómo se adentran en profundidades formidables de la tierra, cómo viajan por debajo de los mares y por debajo de los volcanes, atravesando rutas misteriosas que comunican el Asia y otras regiones del mundo, que comunican los territorios americanos del centro, del sur, del norte, del este y del oeste con redes interminables de viaductos, de túneles, de pistas y toda clase de socavones, que se internan en los mismos infiernos, que comunican con ciudades que nadie sueña, en las cuales habitan enanos y sere sobrehumanos en calidad de rectores, dígame, yo quisiera llevarlo a esos reinos, señor Delgado, en que hierve la caldera del fanatismo, en que brama la tempestad del fanatismo, para que usted vea lo que se puede hacer por obra del fanatismo. Y por eso mismo, el Partido Fanático Boliviano que usted piensa fundar, resulta un presagio por el solo nombre, el cual por una parte, será motivo de risa

para el político profesional, causando por otra parte, la exaltación del hombre político que todo boliviano lo es". En contestación a mis palabras, el señor Delgado dijo: "Sus palabras, señor Oblitas, son para mi espíritu lo que el oxígeno para mis pulmones, lo que la sangre para mis venas. Aquí no cabe agradecer, señor Oblitas; yo sé decir que usted es un boliviano muy grande, y permítame que se lo manifieste, con toda humildad, con todo respeto, y con toda admiración". Y de sopetón, el señor Delgado me hizo esta pregunta: "Dígame, señor Oblitas: ¿usted ingresaría al Partido Fanático Boliviano?". Y yo le contesté: "De hecho, señor Delgado. Y ya puede contar con la colaboración de callahuayas y magos que, llegado el caso, le suministrarán instrumentos de insospechada y temible potencia, en lo material y lo espiritual, que podrían decretar la definitiva ascensión de nuestra patria Bolivia, que duerme ahora y que despertará mañana, de una vez por todas y para siempre". Ante estas palabras, el señor Delgado, con lúgubre mirada, con mortal palidez, y con fuerza profética muy digna de un hombre como él, me dijo: "Señor Oblitas, una confidencia. O mucho me equivoco o el misterio de la patria jamás me será revelado. Mucho me temo que tendré que sacarme el cuerpo". Y con estas palabras el señor Delgado, puso fin a la conversación y se fue a la bodega, dígame. Ahí tiene usted. Una faceta que el señor Delgado, tal vez no quiso mostrársela, precisamente, dado que usted es incapaz de guardar un secreto. Ahora yo le diré que el señor Delgado andaba con la patria a cuestas; la brasa de la patria le hacía vivir; la brasa de la patria quemaba y abrasaba sus huesos, huesos bolivianos como ellos solos; y me pregunto si no sería esa la razón por la que amaba sus huesos por sobre todo en el mundo, dígame. Sólo que usted se está durmiendo descaradamente, según acabo de ver. Ciertas cosas grandes están más allá de su alcance, y resulta inútil hablar. ¿No quisiera usted que le cuente chistes groseros? ¿O prefiere usted exponerme a suspender la sesión? ¿Qué quiere usted que yo haga? Lo que sí le aconsejo es que tome nota de mis expresiones en lugar de quedarse dormido y de ponerse colorado. Para usted todo es igual, lo mismo con Charazani que sin Charazani, con callahuayas y sin callahuayas, por más que el propio Satanás en persona aparezca sentado en esta mísmisima mesa.

Oblitas se dejaba llevar en alas de sus propias palabras y se levantaba de la mesa, y caminaba por aquí y por allá, para luego

volver a sentarse, ahora sin importarle ni mucho ni poco que Peña y Lillo le prestase atención, en tanto que éste, sin hacer nada por disimular su aburrimiento, se quedaba dormido de rato en rato, despertando con cierto sobresalto ante las palabras de Oblitas.

—No quiero cansarlo ni molestarlo, amigo —dijo éste de pronto con tono patético—; tenga paciencia, sólo trato de ver una cosa; la consulta ya llega, y hay cosas y cosas. El señor Delgado me hacía mil confesiones. Una vez me dijo que amaba con locura, y no sabía qué. "¡Señor Oblitas, yo amo con locura, y no sé qué!", me dijo. Según su opinión, uno ama solamente cuando se interna en las tinieblas; y cuanto más se interna uno en las tinieblas, tanto más ansía alcanzar la luz de la muerte. Tenga usted en cuenta que yo no digo nada; estoy tan callado como usted, y sólo hablo por boca del señor Delgado. Con él sostenía yo larguísimas conversaciones sobre estos formidables misterios. Yo, en mi calidad de hombre entregado alma vida y corazón al estudio del más allá, me sentía a mis anchas en las elevadas oscuridades del espíritu, abordando temas muy graves, como ser el amor, la muerte, la salvación eterna. Problemas de padre y señor mío, y que, sin embargo, no son ajenos a mis humildes luces. Créame, la íntima relación de la vida cotidiana con la locura y con el más allá, es un hecho. Todo iniciado lo ve. El diablo sabe más por viejo que por diablo. ¿Consejos? Claro que yo se los daba al señor Delgado, pero el señor Delgado era hombre que no prestaba atención a los consejos que uno le daba. En fin, la maldición, la tentación, la ira, el gran amor a la vida y a sus secretos, destrozaron sus esperanzas terrenales, sus ilusiones, sus sueños. Toda esperanza quedó ahogada desde un principio por la duda, que es el vicio. Cuando el hombre se ríe de la maldición en público, en lugar de hacerlo a solas, o cuando huye de ella o la toma con demasiada seriedad, la duda recrudece, y se apresura a dar fin con el hombre. La duda, es decir el vicio, gana misteriosamente una gran fuerza, a medida que va destruyéndose el instinto de conservación con el goce sensual, bien que el hombre es un vicio de la vida. Cuando el vicio se ve retratado en los ojos del hombre, que son los suyos propios, se sobrecoge de espanto, emprende con su propia destrucción, y quiere matarse a la mayor brevedad. Siente el vicio un gran dolor; por algo será que late en sus entrañas un corazón, como el corazón de un ángel: y pretende el vicio vivir sin el hombre, quiere alejarse de quien le infunde

asco, de quien le roba y le come aquel corazón, que es nada menos que la pureza. El hombre, por su parte, quiere vivir junto a la pureza y no tiene dónde encontrarla sino en el vicio. Por esta razón, hombre y vicio no pueden vivir por separado, éste no puede existir sin aquél. Ambos resguardan la pureza que uno y otro ansía; éste y aquél saben que, si la tuviese toda para sí, el otro perecería. Y como cada cual sabe que la pureza tampoco podría existir sin sus nupcias, ambos se ven confundidos en un abrazo definitivo, cuando de repente se encuentran avanzando en medio de las tinieblas. Si el uno cae, el otro acude en su ayuda y lo levanta; marchan a tientas, ambos sufren por igual, no tienen reposo, y sin embargo, el gran viaje no los cansa. Ellos hicieron causa común, atormentados por el ansia de llegar a la gran luz de la muerte, y se aman para matarse. Y en momentos en que las tinieblas comienzan a volverse tan espesas como la gelatina, hombre y vicio abren los ojos, dándose cuenta de que si la pureza los ha unido aquí en este mundo, ha sido con el único fin de enviarlos a las tinieblas, donde precisamente ahora los mantiene en indisolubre comunión con la soberana determinación de conducirlos sanos y salvos hacia la luz eterna, la que ninguno de ellos podría alcanzar por sí solo. La pureza los tiene encadenados, será necesario que marchen lado a lado para llegar al término del viaje y no se separen, pues la soledad del uno determinaría la perdición del otro; lo cual sería irremediable. ¿Comprende usted y se imagina?

Bajo el apremio de unas miradas truculentas que Oblitas le dirigía, Peña y Lillo exclamaba a ratos: "¡Ah, claro!"; "¡Eso sí!"; "¡Qué cosas, qué cosas!", a sabiendas de que él no podía comprender una cosa que no le interesaba.

—Y ahora dígame —prosiguió Oblitas—: ¿Qué haría el hombre en las tinieblas, al encontrarse de repente con que él no está? El sabe que no está, y, aunque también sabe que está, asimismo sabe que es imposible estar donde él sabe que no está. ¿No quisiera usted saber qué es lo que le ha pasado al hombre, que se ha visto en semejante trance? Se lo diré: el vicio se ha perdido en medio de las tinieblas, es lo que ha pasado. Algún accidente, algún mal paso, hizo que se zafase o se rompiese la cadena que los unía. Perdido y desaparecido el vicio, ahora el hombre está solo. Pero ante todo, el hombre no está; él sabe que no está, y al mismo tiempo, sabe que está. Es una broma pesada, amigo; precisamente, una broma que pesa mil veces

más que lo que pasan juntas todas la bromas pesadas, habidas y por haber... Y es la muerte pesada. La muerte pesada se diferencia de la muerte corriente en que, como su nombre lo indica, se deja sentir por una gran pesantez. Esta gran pesantez se sitúa junto al hombre, no sobre el hombre, quien ignora su propia ubicación y, al sentirse como la pesantez personificada, se desdobla al mismo tiempo que esta pesantez, con la sensación de haber muerto por cuenta de alguien que se hubiese situado a su lado... Yo le diré que el hombre no se siente solo, sino únicamente cuando sabe que lo está. ¡El hombre no busca apoyo en la fe, sino el momento en que se siente irremediablemente perdido! La fe es la fe; el saber no tiene nada que ver con el creer. El creer en lo sabido no tiene chiste. La cosa es creer en lo no sabido; para ser no se necesita saber. Pero iba diciendo que el hombre se ve oprimido por un gran peso... En medio de la soledad, él ya no siente la presencia de su cuerpo; y ahora, a cambio del mundo que él era, sólo siente una especie de ahogo, una especie de suspiro que no termina nunca, al haberse alojado con atroz silencio dentro de su cuerpo la muerte pesada. Y no se trata del hombre que, según sabe éste, halláse muerto a su lado, no obstante que él sabe que nadie lo está, sino que se trata de alguien que sabe que está presente y que el hombre sabe que no lo está. La muerte pesada se hace sentir con el peso de la vida que ella extrae del hombre, pero jamás penetra dentro de él y lo mata. De esta manera la muerte pesada se hace perceptible a sí misma. Pues no es la muerte a secas. La muerte pesada cobra vida y presta vida; entra y sale del cuerpo, y nadie sabe cómo es. ¿Sera hembra? ¿Será macho? ¿Usted qué dice? ¿Y si tiene vida, qué vida será ésta, para que ni siquiera entre sueños la conozcamos? No conocemos a la muerte, pero la muerte nos conoce a nosotros, y por eso nos tiene a su merced, dígame. En el reino mineral está la vida de la muerte, y la muerte de la vida, en el reino animal. La verdadera manera de ser de la muerte, seguramente permanece en el misterio, aun para ella misma. De ahí que se vuelve pesada, en el intento de reconocerse y contemplarse en la imagen de aquel a quien el vicio abandonó en medio de las tinieblas. La muerte no lo mata, sino que oprime al hombre con aquella pesantez, para hacerse perceptible no al hombre, sino únicamente a sí misma. Pues el hombre se siente muerto de muerte pesada por la ausencia del vicio; y si siente que no habrá salvación para él, allá él; si el mismo infierno se apaga con el

helado soplo que él siente en las tinieblas, allá él; si no hay para él no se diga luz, ni tampoco vida eterna, pero ni siquiera una brasa que purifique sus huesos tras mil años de calcinación, allá él...

De pronto Oblitas interrumpió su discurso y dijo:

–A lo mejor usted se imagina que yo hablo disparates y que digo una cosa y me desdigo de la otra; pero pierda cuidado, amigo, y ponga atención: escuchar como si lloviera es una cosa, y otra muy distinta entender lo que se escucha. Ya se sabe que no es usted un ser irracional, no obstante la ignorancia, la incredulidad, la malacrianza y otros defectos capitales; pero de todas maneras, así nomás es la gente; hay que ver cuán inútiles resultan los esfuerzos que uno hace. ¿Para qué meterse a escribir, para qué meterse a meditar, dígame? Ahí tiene usted mi obra magna –con el brazo extendido, señaló una caja de cartón en la que se amontonaba una gran cantidad de papeles–: "De las tinieblas, humanas y divinas". Una obra en la que se halla trabajando años y años su autor. Un estudio comparativo del pensamiento mágico y de la sabiduría de los aymaras. ¡Qué no se estudia aquí! Se estudia lo inverso del existir, las leyes paradójicas en el universo, la lógica cósmica, el origen del fuego, la lucha del Sol con el Demiurgo, el arcano del hueso; todo sucede al revés de lo que ustedes se imaginan. El verdadero hombre es de piedra, nosotros no somos hombres ni somos nada. Los astros que han muerto son los que refulgen, y los astros que esperan vivir, están muertos. Tan muertos como nosotros, dígame, que creemos estar vivos. Nuestro destino: una región más allá del universo. Es natural que nosotros no lleguemos a darnos cuenta de ciertas cosas, puesto que estamos muertos, aunque sentimos nuestra presencia por el efluvio del alma. El alma será alma tan pronto como se haya transfigurado este nuestro cuerpo aparente. Me río cuando oigo hablar de millones de años luz. Y me río, porque no hay tal. La distancia no existe. Las galaxias están al alcance de la mano, por más que se separen de nuestra mirada los quintillones de años luz que usted quiera. Nosotros no estamos solamente aquí, sino allá, y más allá, en la nada, y más allá de la nada. El cuerpo será cuerpo cuando se mueva en la quietud, dentro de sí mismo, y vaya y venga a través del todo sin necesidad de ir, y cuando viaje en el espacio del alma. Y será hermoso y simple como la línea del rayo. Y será el cuerpo una luz que alumbre para sí y que se mire a sí misma y desde adentro. Un ojo transparente, un ser inmortal, en medio de un universo que chisporrotea y que

jamás se consume. Y a propósito de esto, me acuerdo que una noche, al haber abordado yo este último tema, el señor Delgado me dijo: "Señor Oblitas: me quedo lelo. ¿No será una bacteria, no será un virus, el cuerpo que usted precisamente acaba de describir?". Y ante esta observación del señor Delgado, yo también me quedé lelo, francamente le diré, no obstante que sé muy bien a qué atenerme en lo tocante a la substancia de mi obra magna. ¿Qué no hay en ella? Aquello que uno mira, no es lo que uno mira, sino lo que uno es. Ahí tiene usted un vislumbre en el misterio de la sincronía y de la simetría. El hombre, en la distancia y en el más allá de la distancia, es la propia distancia en el propio más allá de la distancia. El hombre se difunde en la distancia; la distancia que se difunde es el hombre. El hombre es la distancia. Caminante nocturno, cual furtivo resplandor de misteriosos fuegos, transita el hombre, eternamente un aquí, y jamás se mueve de su sitio. Como usted comprenderá, se encuentran en mi obra magna los signos y las cifras de multitud de enigmas cósmicos. Sólo espero concluir ciertas experiencias para dar remate a la obra; esto es, siempre y cuando la Patria no se vea envuelta en una guerra que ya parece avecinarse. Pero nos hemos apartado del tema, dígame, ahora quiero volver a la muerte pesada; y le diré que la muerte pesada también puede apoderarse del vicio, si el vicio es abandonado por el hombre. En el camino, la pureza vigila a sus entrañables pretendientes, cuida de que no se separen ni caigan. Porque amigo, si no fuera la pureza, no existiría el vicio, ya lo dije, en cuya atracción el hombre encuentra el camino de la gran luz. ¡Ah, qué misión difícil cumple la pureza, al guiar a través de las tinieblas a sus eternos enamorados! Cuida de ellos como de unos mellizos recién nacidos, a quienes de suyo les resultaría imposible vivir separados. Cuida de ellos a lo largo del camino, y no ve la hora de darles el soplo, el suave empujón que los lanzará al lago de luz, una vez vencida la terrible jornada. La pureza ama al hombre y ama al vicio, el cuerpo donde se aloja y el alma a la que salva; ama en ellos a la muerte y a la vida; los ama en el calor de unos labios y en la fragancia de una flor. Ella, por sobre todas las cosas, y de principio a fin, ha de mantenerlos unidos hasta que, una vez tragados por la gran luz, se confundan con la vida eterna. ¡Así vuela jubilosa la pureza, en las entrañas del vicio y en las entrañas del hombre; así excita mortalmente los apetitos bestiales; así alimenta todas las hogueras de la lujuria, y hace desencadenar todas las pasiones! Así, al mandato

de la gran luz de la muerte, cumple la pureza con el mundo. La gran luz de la muerte significa la vida eterna; si bien podemos creer en ello, no lo comprendemos. "¡Para alcanzar la vida eterna, habrá que padecer en este mundo, señor Oblitas!", me decía sin cesar el desaparecido. Y tenía razón. Se tendrá que recibir el azote del dolor y ser digno de las más terribles incitaciones, de un infierno de tentaciones que solamente la pureza es capaz de encender. ¿Y qué significa la vida eterna? A lo mejor usted está interpretando en forma literal estas cosas. No creo que a nadie le guste vivir eternamente. La vida eterna significa conocimiento. El desaparecido me dijo: "¡Señor Oblitas: vivir una fracción de segundo en la luz primordial, es haber vivido la vida eterna!".

Oblitas se detuvo un momento y, después de mirar inquisitivamente a su huésped, dijo con sorna:

—Pero a todo esto, usted no tiene ninguna maldición, que yo sepa, y si es así, está usted frito. Apúrese para alcanzar la vida eterna; vaya a ver si no se topa con alguna maldición en las calles. Es bien sabido que hombre sin maldición es hombre perdido. ¿Y qué diré yo, que tengo una gran maldición, gracias a Dios? Y no es el licor ni tampoco los fantasmas, como era el caso del desaparecido, sino una irremediable debilidad por el sexo débil... ¡En este mismo momento siento un no sé qué, desde los talones a la cabeza! ¡Ya ve usted, la pureza me hace cosquillas desde el más allá!...

Oblitas cogió un trapo. Se secó el sudor que le cubría la cara. Peña y Lillo lo miraba de reojo, y ahora tosió. El poco de té que quedaba en el jarro, seguramente ya estaba frío. Oblitas exploraba descaradamente con sus brillantes ojillos la persona toda de su interlocutor, cuando prosiguió diciendo:

—El vicio lucha por la salvación del hombre, y el hombre lucha por la salvación del vicio. Ellos no hicieron otra cosa que dejarse estar para verse en las tinieblas el rato menos pensado, marchando encadenados y a tropezones con rumbo a la gran luz. ¡En esta vida hay momentos en que no se sabe qué ni quién es uno! La duda, cuando se disipa a tiempo de surgir, impide el nacimiento de muchas almas, las que en la eternidad se quedan sin nacer; y cuando no se disipa, nace el hombre, y con él vive el vicio hasta la tumba. ¡Pobre señor Delgado! El señor Delgado no tenía nada en común con aquellos que lo conocieron y que lo acompañaron en este mundo; y, como no sabía qué hacer con su persona, se volvió loco y se partió en dos, pasando a vivir en cada una de sus mitades, en

las entrañas del fantasma y en la tinieblas de la difunta respectivamente. De no haber sucedido esto, el señor Delgado habría muerto hace marras. Cuando el hombre se queda apoltronado y cuando no se mueve, a sabiendas de que las abiertas y largas tumbas de la calle y del camino lo esperan, el vicio es quien se horroriza. Y es éste un horror que ha de convertir en locura, ya usted ha visto. El señor Delgado, a última hora, tuvo una gran ocurrencia: lejos de vivir, lejos de morir, se ocultó en la bodega, y luego, desapareció sin más, y se hizo humo. Si está vivo, tendrá que morir algún día; pero qué ha de estar vivo; a estas horas ha de estar en las tinieblas, en trance de emprender el viaje con rumbo a la gran luz. Pero falta saber qué me dirá la coca. Ahora fíjese; la única cosa que de él queda, es un saco. Y yo conservo este saco. El me lo dejó cuando se disponía a viajar, y me dijo: "Señor Oblitas, guárdemelo este saco, es como la niña de mis ojos; yo no podré llevarlo, sería una locura ponérmelo allá, a orillas del mar". Así me dijo; y yo, como me precio de ser amigo fiel, no pude menos que guardar religiosamente el saco en esta mi petaca, bajo de llave.

Peña y Lillo se acordaba del saco, y también se acordaba del tonguito que Felipe Delgado tuvo la ocurrencia de regalarle para saludar al mar, en cuyas aguas precisamente, acabó por desaparecer cierta noche. ¿Y qué más le daba a Felipe ir al mar y saludar al mar con su saco? ¡Eso no habría sido ninguna locura! –se decía Román Peña y Lillo en sus adentros, medio risueño, medio melancólico, olvidando por un momento a Oblitas.

–Ahora yo –prosiguió éste– le mostraré el saco en este mismo momento; al fin y al cabo, usted también tuvo la suerte de ser honrado con la noble amistad del desaparecido, no diré del difunto.

Oblitas extrajo del bolsillo un manojo de llaves, y luego de abrir la petaca, que estaba cerrada con dos candados, sacó a relucir la prenda de Felipe Delgado.

–Aquí tiene el saco, ya lo ve; y no vaya usted a creer que son mis inventos –dijo Oblitas a tiempo que sacudía la prenda en las narices del huésped, y luego exclamó–: ¡Ah vida ésta! Lo usaba el fantasma, dígame; jamás perteneció al señor Delgado... ¿No nota usted el olor raro que tiene?

Efectivamente, Peña y Lillo sentía un olor extraño, a yerbas podridas, parecido al que emanaba el brebaje en el jarro de Oblitas.

–¡Por qué será uno tan emotivo! –exclamó éste de pronto–. ¡A mí me da pena, qué olor será éste! ¡Los olores, ay mamita, si pudieran hablar; este saco, estos remiendos; todo esto encierra muchos secretos, amigo!

Sostenía el saco apegado a su cuerpo y trataba de alisarlo, cuando se inclinó pesadamente sobre el suelo para recoger algo que había caído de un bolsillo de la prenda. Y luego de incorporarse dijo:

–Ah, claro; son unos talismanes. Esta llave, yo mismo la puse; esta muela, yo mismo la puse –y exhibió la llave y la muela.

Peña y Lillo se preguntaba si efectivamente tendría algo que ver con Felipe Delgado esta muela, y dónde diablos estaría la puerta de esta llave; cuando de improviso, Oblitas dijo con tono solemne:

–La hora de la consulta ha llegado.

Puso la prenda sobre una silla, y luego, emitió un profundo suspiro. Sacó a relucir una bolsita de coca, y volvió a sentarse ante la mesa; y ahora, con un gran aire ritual, bebió la infusión del jarro. Entonces apoyó ambos codos sobre la mesa, y, suspendiendo la mano, dejó caer lentamente las hojas de coca, desde lo alto. Con gesto grave, dando sordos gemidos, repitió varias veces la operación. Y finalmente, habiendo dejado caer la última hoja, ésta quedó incrustada por el filo, en medio de las que se amontonaban sobre la mesa.

Entonces Oblitas miró en torno con aire de misterio, y dijo:

–Ah, ya; ahora veo. Mejor dicho, no veo. Las hojas que deberían haberme dicho algo, no me dicen nada, y en cambio, las que deberían de haber caído para adornar las verdades que aquéllas no me dicen, ahora caen fuera de lugar, y vienen y me dan una respuesta totalmente fenomenal, amigo.

Peña y Lillo miraba recelosamente las hojas, cuando de pronto preguntó:

–¿Y habrá algo de malo en una respuesta totalmente fenomenal?

–La respuesta es totalmente fenomenal, eso es todo –sentenció Oblitas–. El que tenga o deje de tener algo de malo es otro cantar. Aquí no se trata de buscarle tres pies al gato; aquí se trata de interpretar al pie de la letra lo que dice la coca; y lo que dice la coca es totalmente fenomenal.

–¿Y entonces se puede saber lo que dice la coca? –inquirió

tímidamente Peña y Lillo.

—A eso voy, amigo —dijo Oblitas—. Usted ha visto; usted es testigo. La coca dice que el señor Delgado está aquí.

—¡Aquí! —exclamó Peña y Lillo con sobresalto, y luego, con estudiada indiferencia, añadió—: Todo puede ser.

—No es que todo puede ser —replicó Oblitas con enojo—. Sepa usted que la palabra de la coca es palabra santa. Y si la coca dice que el señor Delgado está aquí, se acabó la cuestión. Ni atreverse a discutir. Usted puede equivocarse; la gente puede equivocarse; y hasta yo mismo puedo equivocarme, aun siendo yo; pero la coca, jamás.

Peña y Lillo se puso rojo. Y con repentina osadía, dijo:

—Ahora comprendo. Nosotros podíamos habernos ahorrado el trabajo de talonear sin ton ni son por calles y plazas, de haber sabido que usted era adivino.

—¿Cómo? —repuso Oblitas fuera de sí—. ¿Quién le ha dicho que yo soy adivino? ¿Y cómo se atreve a insultarme en mi propia casa? Sepa usted que no soy adivino, ni brujo, ni alcahuete. Soy filósofo y médico. Además usted no es quién para hablar. A usted le pagan para talonear, y no contento con lo que le pagan, todavía se embolsilla la plata que les corresponde a quienes le ayudan a talonear. Atrévase a decir que no es cierto.

—No es cierto —dijo Peña y Lillo con valentía—. Y Dios es testigo.

—No quiero discutir —declaró Oblitas coléricamente—. Pero en esta vida no hay que hacerse pesar por haber ido en busca de quien se perdió en el camino. Y si usted cree que el sabio puede hacer lo que le da la gana, yo le diré que no hay tal. El sabio no puede acudir así nomás a la Magna Ciencia; primero tendrá que recorrer todos los caminos del común de los mortales. Y así las cosas, usted me salta con que yo soy adivino, y todavía me discute y me mira con malos ojos. ¿Me habré conchabado como adivino o habré robado a título de tal, para que usted me venga a humillar con insultos y disparates?

Encogido en su asiento, Peña y Lillo maldecía la hora de haber acudido a la sesión. Pero, ya que no se animaba a levantarse y despedirse de una vez por todas, tenía que chuparse el sermón de Oblitas.

—De todas maneras yo —prosiguió diciendo éste—, como hombre comprensivo que soy, con toda nobleza lo perdono, amigo.

Tenga usted en cuenta que yo, al haber preguntado al Arcano por el paradero del señor Delgado, no lo hice a título de adivino, sino que únicamente me atuve a los deberes que en rigor me corresponden. Y ya usted ha visto: el Arcano ha respondido, y me ha dicho: "Está aquí". Y ante semejante revelación, yo no tengo más remedio que decir amén y agachar la cabeza, amigo; qué quiere usted que yo haga, si el señor Delgado efectivamente está aquí. Pero ahora una cosa, y se lo digo para que conste: el señor Delgado, para bien o para mal, nunca más se hará presente; nadie volverá a verlo, en este cuarto, en estas calles, en este mundo; nunca más. Y nada de duelo, amigo, nada de frío, nada de pena. ¿Acaso alguien ha dicho que el señor Delgado no está aquí? ¿Quién puede dudar de la palabra santa? ¿Qué hacer ante el imposible de ver lo invisible? ¡Hay que creer, amigo! ¡No hay más remedio!...

Y con esto, el dueño de casa guardó silencio —extrañamente, ahora callaba. Juan de la Cruz Oblitas era todo mutismo.

Peña y Lillo quiso aprovechar la coyuntura.

Sin esperar más, se levantó. Se despidió y salió a toda prisa.

INDICE

PARTE PRIMERA

PARTE SEGUNDA

PARTE TERCERA

PARTE CUARTA

Esta tercera edición a cargo de Editorial Difusión Ltda. se terminó de imprimir el día 26 de marzo de 1980.

Talleres Gráficos del Comité Ejecutivo de la Universidad Boliviana, avenida Arce 2606, La Paz.

Anclada en el sub–mundo paceño, Felipe Delgado *provoca a los abismos encerrados en una ciudad y un hombre. Marcado por un destino, Felipe Delgado transita por el delirio y la locura tratando de descifrar, tratando de conocer las leyes que entretejen su vida con su ciudad y su patria.*

Felipe Delgado *ofrece un marco amplio de referencia que viene a integrarse con la obra poética de Jaime Saenz. Nacido en La Paz (1921), Jaime Saenz ocupa un lugar de privilegio en la poesía boliviana. En 1975, la Biblioteca del Sesquicentenario publicó su* Obra poética. *Esta edición recoge los siguientes libros:* El escalpelo *(1955),* Muerte por el tacto *(1957),* Aniversario de una visión *(1960),* Visitante Profundo *(1964),* El frío *(1967),* Recorrer esta distancia *(1973); posteriormente se publicó* Bruckner/Las tinieblas *(1978).* Felipe Delgado *inaugura la publicación de la obra en prosa de Jaime Saenz. En esta otra dimensión de su trabajo se anuncia también la próxima aparición de* Imágenes Paceñas *y* Vidas y Muertes.

LUIS H. ANTEZANA J.